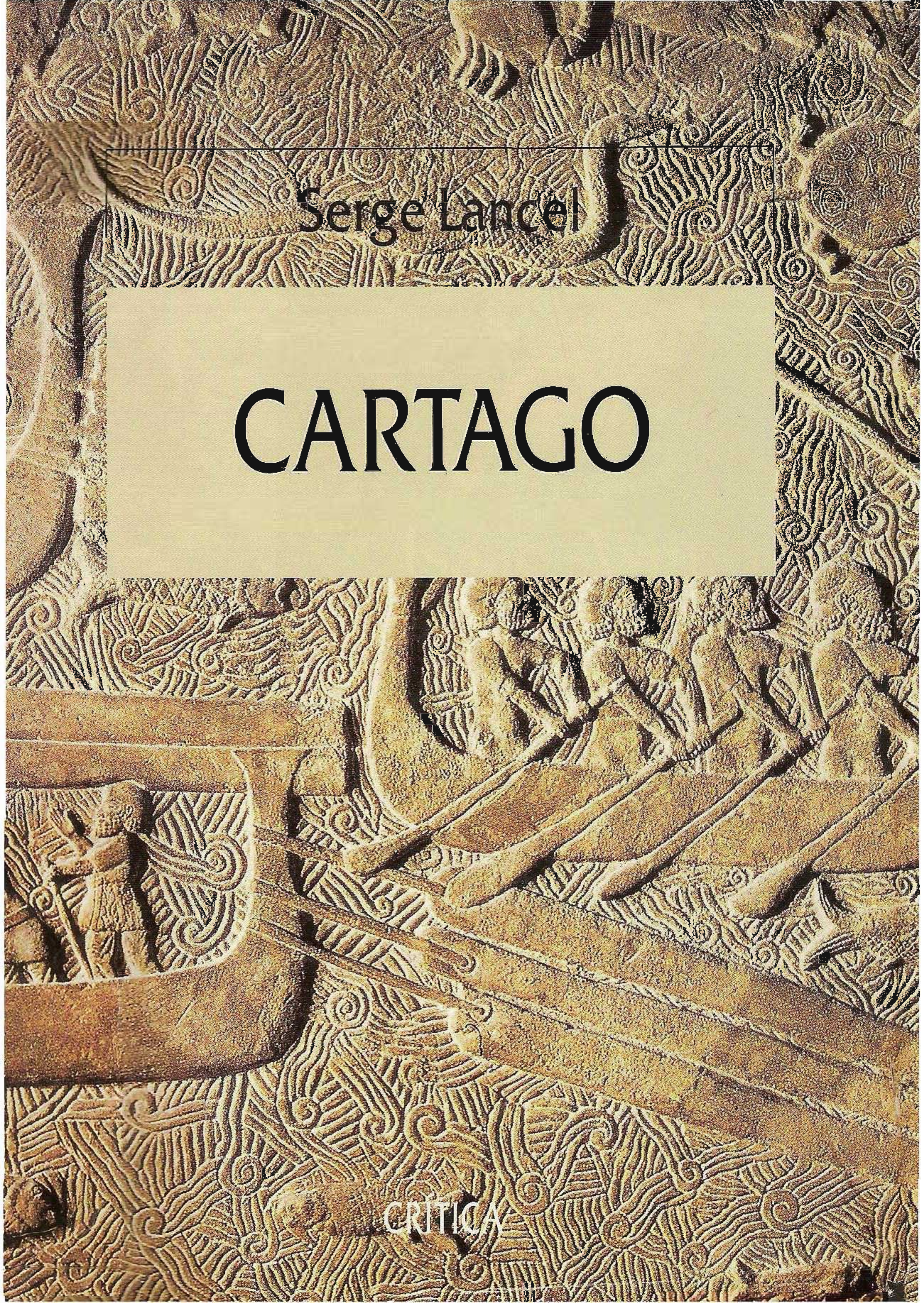

Serge Lancel
CARTAGO
CRÍTICA

SERGE LANCEL

CARTAGO

Traducción castellana de
M.ª JOSÉ AUBET

CRÍTICA
GRUPO GRIJALBO-MONDADORI
BARCELONA

Título original:
CARTHAGE

Diseño de la colección y cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-633-9
Depósito legal: B. 3.766-1994
Impreso en España
1994.—HUROPE, S.A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

Este libro está dedicado a la memoria de aquellos arqueólogos altruistas —muy especialmente Louis Carton, François Icard y Charles Saumagne— que, en la primera mitad de este siglo, contribuyeron con sinceridad, generosidad y pasión al conocimiento y salvaguarda de la Cartago púnica.

PRÓLOGO

El viajero que se dirige a Cartago por mar se hunde de madrugada en una nasa cuyos extremos se cierran lentamente. Desde estribor habrá divisado, al pasar, la isla Plana, y más adelante la punta acerada del Ras-el-Djebel, el antiguo promontorium Apollinis, *antes de percibir, entre las aguas turbias que lo bordean, el confuso estuario del Medjerda, el antiguo* Bagrada. *Desde babor, y en días claros, se habrá perfilado, sobre la superficie del agua, la silueta de unos centinelas en la entrada del golfo, Zembra y Zembretta, las islas Aegimures. Más allá, la elevada y temible proa del cabo Bon cierra el horizonte por el este, luego desciende y vuelve a elevarse en las cercanías de Túnez con la doble protuberancia del Bou Kornine, que caracteriza a este paisaje como lo haría el Vesubio en la bahía de Nápoles. Llegado a esta altura, nuestro viajero, volviendo ahora su mirada a la derecha, ve desfilar, muy cerca, el perfil de las colinas que forman el sitio de Cartago: el promontorio de Sidi-bou-Said y más adelante las escotaduras que conducen a Byrsa. Recordará que hace mucho tiempo una reina llegada de Oriente cerró en este paraje un extraño trato con los indígenas; que bastante más tarde un rey cruzado murió en este lugar y le dio su nombre durante algún tiempo; y que un cardenal primado de África, mucho más cercano a nosotros, construyó aquí una catedral cuyas cúpulas se yerguen todavía como un símbolo: tres momentos de significado desigual referidos a un destino excepcional. Pues la Historia se encariña con aquellos lugares que un día eligió.*

Ésta fue, a finales del siglo IX *a.n.e. —si hay que dar crédito a la leyenda—, la ruta final de los inmigrantes fenicios. Hoy el viajero desembarca en La Goleta, a medio camino del cordón arenoso que separa el mar de lo que queda todavía del lago de Túnez. ¿Dónde fondearon sus primeras naves los compañeros de Elisa? Tal vez, como luego veremos, en la playa de* Salambó *—¡recuerdo de Flaubert!—, donde en aquella época todavía no existían cuencas de las lagunas actuales; o en una pequeña bahía colmatada tiempo atrás, donde se levantan ahora los restos de las termas de Antonino; o acaso en la playa de arena rojiza de la «hondonada de Amílcar», donde, trece siglos más tarde, el joven Agustín, todavía atraído por las glorias terrenales, se embarcaría rumbo a Roma.*

Inclinado sobre la playa, el pueblo de Sidi-bou-Said ofrece en sus diversos

niveles el candor de sus casas que resplandecen con el azul de sus puertas, ventanas y celosías. Desde aquí nuestro viajero percibirá mejor, al igual que antaño los compañeros de Dido, la realidad del lugar, más marítimo aún de lo que parecía tras esta primera aproximación por mar. Hacia el sur y hacia poniente —y ayer más que hoy, cuando el hombre rellena sin escrúpulos los equilibrios naturales para poder edificar—, las aguas del lago de Túnez azotan la costa sur del istmo que une la península al continente. Al noroeste, Sebkha er-Riana, un pantano salobre encostrado de sal durante la estación seca, extiende su silueta glauca y rememora los siglos en que el mar cubrió ampliamente el golfo de Útica. Desde las elevaciones de Sidi-bou-Said, el sitio de Cartago aparece tal como era, una punta de flecha dirigida hacia Oriente, que un día quedaría quebrada por una fortificación que bloquearía el istmo, convirtiendo de nuevo la península en la isla que había sido en los albores de los tiempos humanos.

No es de extrañar que una situación así sedujera a los marinos fenicios que acompañaron a Dido-Elisa. Esa Cartago que fundarían aquí una vez superada la barrera del cabo Bon —¡terrible eufemismo!—, sería en tierras de África la primera gran fundación colonial de los pueblos llegados de Oriente, semitas o griegos; en tierras de África, o más bien en las márgenes costeras de África: Carthago ad Africam, *lo mismo que se decía de Alejandría, que estaba en las márgenes de Egipto:* Alexandria ad Aegyptum.

Marginal sin llegar a ser precaria, Cartago vivió así durante mucho tiempo orientada hacia el exterior, la imagen más lograda de aquellas ciudades marítimas que Cicerón describe en un célebre texto: «sus habitantes no se aferran a su residencia, sino que se alejan de sus casas movidos por esperanzas y deseos que les dan alas». Más tarde vendría el tiempo en que los conciudadanos de Hannón el Navegante se convertirían en los de Magón el Agrónomo y darían a la vieja ciudad púnica una sólida base de apoyo para controlar los campos del hinterland, *hasta el punto de que, suprema paradoja, sería un producto de esta tierra, el higo enarbolado por Catón en el Senado de Roma, el que daría al enemigo de siempre la señal de rebato. Pero el poderío de Cartago fue, ante todo, el de un «imperio del mar». Frutos de esta constante apertura al exterior serían: la sorprendente plasticidad de esta ciudad que permaneció semita en lo más profundo —sobre todo religioso— de ella misma, pero que también fue griega, ibérica, italiana y a la larga, naturalmente, africana; su capacidad, en compensación, para exportar a todos los confines del Mediterráneo occidental sus productos y creencias; pero también su incapacidad, menos benéfica —salvo en los días terribles de su larga agonía—, de formar en su seno la base del patriotismo contra el que nada pudieron los asaltos de Aníbal en Italia.*

Al atardecer, ante este golfo cuyo añil se vuelve negro, el viajero habrá comprendido que gran parte de la historia de Cartago ya estaba grabada de antemano en este paisaje.

Capítulo I

LA EXPANSIÓN FENICIA EN OCCIDENTE Y LA FUNDACIÓN DE CARTAGO

La fundación de Cartago a finales del siglo IX a.C. decidió durante muchos siglos el destino cultural y político de la cuenca occidental del Mediterráneo. Pero esta fundación no constituyó un acto aislado, sino que se inscribió en el marco de un vasto movimiento que atrajo a estas costas, a través de oleadas sucesivas, a exploradores y comerciantes llegados de Oriente. Las dificultades que encuentra el historiador para recopilar estos acontecimientos son múltiples. Asegurar su realidad y su propio carácter, apreciar su importancia relativa, delimitar la cronología, suelen ser tareas arduas basadas en la crítica de todo un conjunto de datos literarios, arqueológicos, e incluso epigráficos, cuyo embrollo ha contribuido, y no poco, a enturbiar la percepción de la expansión fenicia en Occidente.

La tradición escrita y su crítica

Las fuentes de esta historia no fueron siempre tan complejas y diversas. En las épocas en que sólo podía tomarse en consideración la tradición escrita —hasta finales del siglo pasado—, las cosas parecían relativamente simples. Esta tradición atribuía a la expansión fenicia los destinos más lejanos en las fechas más arcaicas. Los navegantes orientales habrían llegado a los rincones más remotos —como queriendo delimitar su territorio—, para establecer más allá de las «Columnas de Hércules» —nuestro estrecho de Gibraltar— cabezas de puente para futuras empresas. En la costa atlántica de Andalucía, Gades (Cádiz) habría conocido una fundación en el año 1110 antes de nuestra era, según el autor latino Veleio Patérculo. En la orilla opuesta, la fundación de Lixus (Larache, en Marruecos) habría sido, según Plinio el Viejo (*H. N.*, XIX, 63), todavía más antigua (fig. 1).

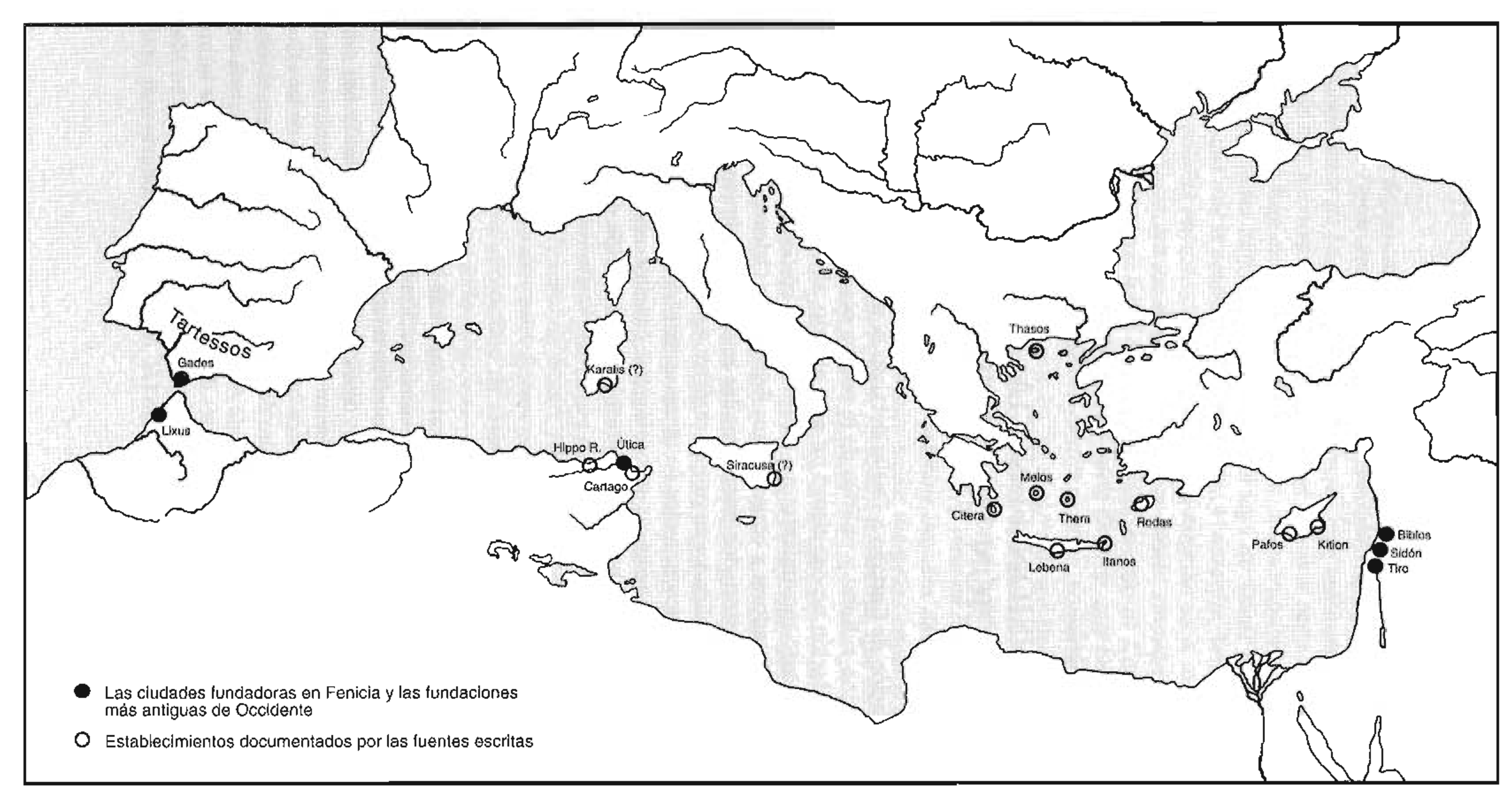


FIGURA 1. La primera expansión fenicia en el Mediterráneo según la tradición escrita.

Una vez consolidados estos puntos extremos, la ocupación de Útica, al norte de Túnez, en la desembocadura del Medjerda y al fondo de un golfo entonces accesible desde alta mar, habría culminado poco después el dominio fenicio sobre las costas septentrionales del Magreb. En su magna obra dedicada al emperador Tito en el año 77 de nuestra era, Plinio dijo que en su época, en el templo de Apolo en Útica, todavía eran visibles las vigas de madero de cedro de Numidia en el estado en que fueron colocadas 1178 años antes, es decir, en el 1101 a.C. Esta cifra coincide con la del pseudo-Aristóteles (*De mirabilis* ..., 134), para quien la fundación de Útica habría tenido lugar 287 años antes que la de Cartago, si se admite para esta última la fecha de 814 a.C. Veremos más adelante que estos dos indicadores concordantes corresponden al sistema cronológico de Timeo de Taormina. Otros establecimientos escalonados a lo largo de las costas africanas habrían completado este dispositivo. Según las fuentes fenicias, mencionadas por el historiador latino Salustio (*Yug.*, XIX, 1), de este dispositivo formaron parte, en esta misma costa norte del Magreb, una Hippo —existen dudas sobre si se trata de Hippo Regius (Annaba, ex Bône, en Argelia) o de Hippo Dhiarrytus (actual Bizerta, en Túnez)—; Hadrumeto (Susa), jalonando la costa oriental de la moderna Túnez; y, mucho más al sur, Leptis Magna, la de Libia, que habrían constituido así los relevos o «escalas» indispensables en la ruta de regreso a Oriente. Estos mismos anales tirios, recogidos por un historiador de época helenística, Menandro de Éfeso, situaban en la primera mitad del siglo IX antes de nuestra era la fundación en «Libia» (el vocablo tiene aquí la acepción geográfica antigua más amplia), por parte del rey de Tiro Ithobaal, de una ciudad con el nombre de Auza, cuya localización se desconoce pero que podría ser Argel o incluso Orán, sobre todo a raíz de los problemas que plantea su identificación —que parecería imponerse— con la ciudad de Auzia (Sour-el-Ghozlane, ex Aumale), documentada en época romana en los altiplanos de Argelia. En el caso de Cartago, y si nos atenemos exclusivamente a la tradición escrita, la duda oscila en principio entre una datación muy arcaica, que se remonta a finales del siglo XIII a.n.e., y otra más tardía, tres siglos más tarde. Más adelante veremos que esta fecha del 814 a.C. es la que se ha impuesto no hace mucho, no sin dificultades.

La primera actitud de los especialistas y del público culto fue la de admitir la validez de estos hitos cronológicos, a pesar de su sorprendente antigüedad. Esta confianza de los eruditos, concretamente la del alemán F. Movers, que a mediados del siglo XIX publicó un compendio en tres volúmenes sobre los fenicios que sentó cátedra durante bastante tiempo, puede considerarse una manifestación del orientalismo por entonces muy en boga, más marcado en literatura, con respecto a Cartago, con la publicación en 1862 del *Salambó* de Flaubert. En aquella época se solían atribuir a los fenicios las mayores iniciativas. Al mérito de haber «inventado» el alfabeto, se añadía el de haber sido los maestros de los griegos en el conocimiento y explotación de las rutas marítimas. Según Bérard, el mismísimo Homero habría encontrado en algún manual oriental de *Instrucciones náuticas* las bases del marco geográfico de la *Odisea*, y las grandes líneas de la leyenda de Ulises en algún «periplo» fenicio (V. Bé-

rard, 1930, p. 146). Más adelante, cuando tratemos el *Periplo de Hannón*, analizaremos —para una época mucho más reciente— las bases escritas de esta problemática.

Los datos arqueológicos

Las primeras reacciones contra esta confianza excesiva en la primacía de la empresa oriental surgen al calor del auge experimentado por la arqueología a finales del siglo pasado. Primero, y de forma positiva, en el mundo griego, mejor dicho en el mundo egeo, donde las excavaciones de Cnossos y de Micenas revelaron con toda claridad la originalidad e importancia de las civilizaciones protogriegas, reforzando la posición de los partidarios del «milagro griego» frente a la seducción del «milagro oriental». Pero la «feniciomanía» fue dura de pelar, porque en 1894 W. Helbig todavía explicaba que la civilización micénica se debía a los fenicios. La arqueología desempeñó su verdadero papel más tarde, pero ahora de forma negativa, en la cuenca occidental del Mediterráneo, cuando los arqueólogos no consiguieron verificar sobre el terreno, en ninguno de los sitios evocados más arriba (ni siquiera en Lixus, Útica y Cartago), las altas cronologías de la tradición escrita. Estas últimas constataciones negativas no tardaron en suscitar, en sentido inverso, los excesos del llamado «hipercriticismo». Así, según algunos, el gran desarrollo de la colonización fenicia no se habría producido hasta el siglo VII a.n.e., y por lo tanto habría sido muy posterior a las primeras fases de la colonización griega en Sicilia y en el sur de Italia: una posterioridad que, de hecho, habría comprometido seriamente la posibilidad misma de la colonización, máxime cuando sabemos que en esa época la propia Fenicia conocía grandes dificultades con los asirios (en Chipre, en Sidón y sobre todo en Tiro) a principios del siglo VII, lo que excluiría prácticamente las condiciones para el inicio de grandes empresas en dirección a Occidente.

En las últimas dos o tres décadas, y sobre todo desde hace unos años, los progresos de la investigación arqueológica han incrementado considerablemente el número y la complejidad de los datos, y paralelamente han abierto el camino para encontrar soluciones más moderadas, lejos de los excesos de la «feniciomanía» y de los abusos de los partidarios de las cronologías bajas. Las realidades de la expansión fenicia aparecen ahora más claras, aprehendidas en el tiempo a través de procesos lentos y progresivos, no compatibles con la presentación puntual de fundaciones legendarias. De la simple aceptación del relato mítico —cuyo estudio como tal conserva todo su interés desde una perspectiva estructural—, se ha pasado a la difícil elaboración de una historia basada sobre todo en los datos fácticos integrados dentro de esquemas de probabilidad: probabilidad de las condiciones de navegación en la época arcaica, posibilidades reales de intercambios comerciales en áreas geográficas definidas.

Por fortuna, los textos literarios todavía intervienen para dar contenido y sustancia a estos esquemas. Como esos versos de la *Odisea* (XV, 414 ss.), don-

de el porquero Eumeo relata a Ulises su propia infancia, y menciona a «aquellos fenicios rapaces, famosos marinos con su negro bajel, portadores de mil baratijas (*athyrmata*)». El poema homérico muestra además a esos marinos yendo a tierra justo el tiempo para avituallar y corromper a las jóvenes, y haciéndose a la mar tras realizar intercambios furtivos. Se ha apuntado recientemente (M. Gras, 1989, pp. 106-107) que esta visión del mercader fenicio tiene fecha y que esta imagen sólo es plenamente válida en la época (entre el siglo X y el VII a.n.e.) en que lo esencial del tráfico marítimo entre ambos extremos del Mediterráneo escapó al poder político fenicio, más concretamente a sus soberanos, para caer en manos de una clase de mercaderes piratas. Un poco más tarde Heródoto (I, 1) transmitirá lo que entretanto se había convertido en un tópico, a través de un relato donde se menciona el puerto de Argos: «Llegados al país, los fenicios intentaron colocar sus mercancías; cinco o seis días después de su llegada, cuando ya habían vendido casi todo el cargamento, un grupo numeroso de mujeres descendió a la orilla, entre ellas Io, la hija del rey Inachos. Mientras miraban y regateaban cerca de la popa del barco, los fenicios se lanzaron sobre ellas: la mayoría huyó, pero Io y otras fueron apresadas y los fenicios las introdujeron en su barco, que zarpó rumbo a Egipto».

Heródoto habla de «mercancías» sin precisar. En cuanto a la palabra que figura en el texto homérico, *athyrmata*, sugiere el lujo o la gratuidad, «chucherías», y nos deja perplejos: *athyrmata* puede ser lo que en la jerga de nuestra sociedad de consumo serían *gadgets* o cachivaches. Hacia finales del siglo VI un pasaje del *Periplo* del pseudo-Escylax precisará lo que los mercaderes fenicios proponían entonces a los «etíopes»: aceite perfumado, piedras de Egipto, jabalíes y cerámica ática. Pero ¿de qué se trataba a principios del primer milenio? Las cosas que se esconden tras las palabras no son inocuas, porque a los ojos del arqueólogo es el descubrimiento, por parte fenicia, de la moneda de intercambio, mejor dicho, de los objetos de intercambio, lo que establece la realidad de ese intercambio y permite una aproximación cronológica. Añadamos que un objeto no siempre resulta fácil de identificar en todas sus dimensiones y que la explotación de determinados descubrimientos resulta a veces problemática.

Citaremos el ejemplo, esta vez clásico, de la estatuilla de bronce recuperada hace unos treinta años en aguas de Selinunte, en la costa meridional de Sicilia (fig. 2). El no especialista quedará sorprendido ante la voluminosa bibliografía —decenas de artículos, centenares de páginas— que ha suscitado esta figurilla, venerable, cierto, y más valiosa aún después de ser rescatada de las aguas. Se ha querido ver en ella al dios Melqart —el Heracles de los griegos, el Hércules de los latinos. En realidad, este pequeño bronce forma parte de la serie figurativa que los arqueólogos de Oriente Medio denominan un *smiting god*: el dios que marcha hacia el enemigo preparándose para golpearlo con un arma que blande en su mano derecha levantada. Aunque sea lícito reconocer una divinidad del mundo sirio-fenicio —más que un Melqart, un Ba'al o un Reshef—, ¿lo es también considerarlo como un testimonio de la expansión fenicia a Occidente, tal como se propuso hace una veintena de años? El mejor elemento de

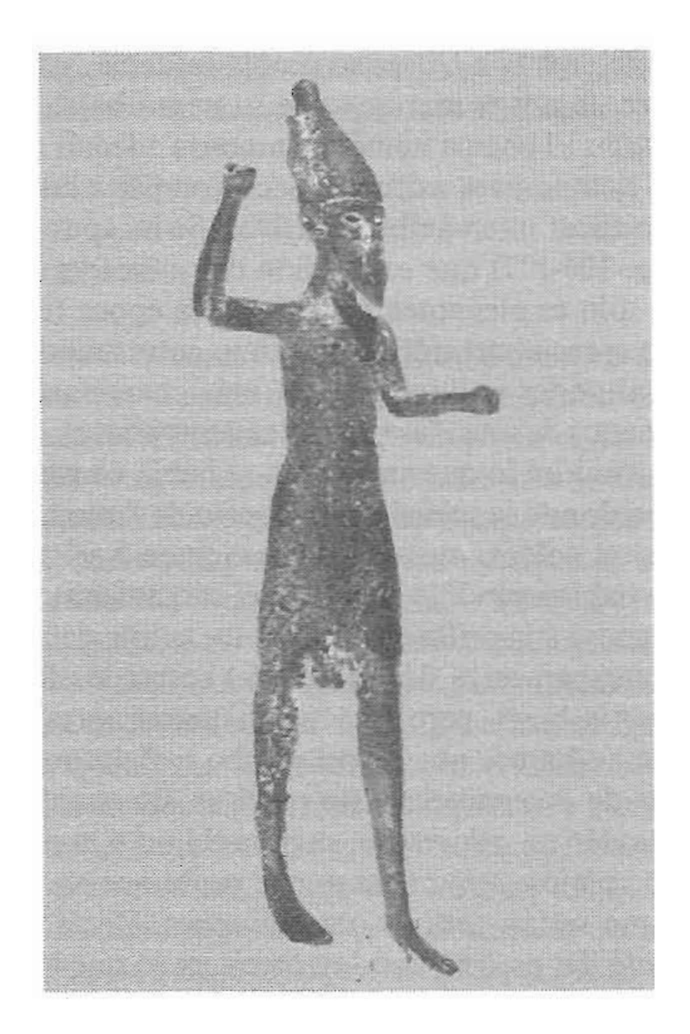


FIGURA 2. La estatuilla de Selinunte.

comparación es una estatuilla hallada en Ugarit (Ras Shamra, en Siria), conservada en el Museo del Louvre, y fechada en los siglos XIV-XIII a.n.e. Aunque ésta sea también la fecha aproximada atribuible a la estatuilla de Selinunte, no se puede atribuir su transporte a la navegación fenicia, a menos que se sugiera implícita y gratuitamente que el objeto fue transportado dos o tres siglos después de su fabricación. En cambio resulta tentador atribuirlo a la expansión micénica, que, gracias a conjuntos de cerámicas, sabemos que llegó al sur de Italia (Apulia y Calabria), a la Sicilia suroriental y a las islas Eolias antes del final del Micénico IIIB, es decir, antes de la destrucción de los palacios micénicos hacia el 1200 a.C.

Pero a raíz de los minuciosos análisis realizados en estos últimos quince años de los bronces hallados en Sicilia y Cerdeña, y de las correlaciones que se han podido establecer en Chipre (sobre todo en Kition) con figurillas de *smiting gods* completamente análogas a los modelos sirio-palestinos de la edad del Bronce, hoy se tiende más bien a relacionar la exportación de estos bronces, entre ellos el Melqart o Reshef de Selinunte, con la época de apogeo de la irradiación chipriota, que se sitúa claramente a principios del primer milenio (A. M. Bisi, 1980, pp. 5-15).

Se dirá además que, por lo que se refiere a la misma Fenicia, intervienen datos históricos poco discutibles para mermar aún más la credibilidad de una cronología alta para las fundaciones occidentales, y para corroborar en cambio los testimonios que llevan a situar las grandes empresas coloniales entre el siglo X y el siglo VIII. Después de la edad de oro de mediados del segundo milenio, a la que sigue primero la sumisión a la tutela de los grandes imperios —el hitita en el norte, el Egipto faraónico en el sur—, y luego la intrusión de los Pueblos del Mar, los inicios del primer milenio corresponden a la época de un auténtico renacimiento de las ciudades marítimas de Fenicia. A falta de unidad política, éstas acceden entonces a una cierta unidad cultural. También entonces parecen tener lugar progresos técnicos decisivos en la construcción naval, que proporcionarán mejores oportunidades a la navegación de larga distancia, tales como la utilización del betún para la impermeabilidad de las carenas y la confección de cascos con cuadernas, que proporcionarán a los barcos la robustez necesaria para afrontar la navegación regular en alta mar.

De Chipre a las Columnas de Hércules

No resulta sorprendente que la presencia fenicia fuera de las costas del actual Líbano se documente primero, y claramente, en la cuenca oriental del Mediterráneo (fig. 3): en primer lugar, en la costa oriental de Chipre, que constituyó para los marinos fenicios la primera orilla visible, en Kition (Larnaka); luego en la isla de Rodas, en Ialysos, y en Creta, donde dos puertos de la costa meridional llevan el nombre significativo de Phoinix. En su progresión hacia el oeste, Sicilia constituyó una posición clave. La breve discusión sobre el bronce de Selinunte da una idea del problema. Añadiremos que en el cuerno suroriental de la isla (donde el sitio de Thapsos, al norte de Siracusa, lleva un nombre semita), destaca sobre el fondo distintivo de la facies cultural local, la civilización de Cassibile, la impronta bastante nítida de una influencia fenicia, reconocible tanto en los vasos «sículos» como en las series de fíbulas, navajas de afeitar o hachas. Estos vestigios se sitúan, imprecisamente, en el siglo XI o en el X, y existen dudas justificadas para relacionarlas con un texto del historiador griego Tucídides (VI, 2, 6), que afirma que los fenicios se instalaron primero por todo el contorno de la isla, para luego replegarse hacia la parte occidental tras la llegada de los griegos. La razón que da el historiador para la elección de esta zona de repliegue, la proximidad de Cartago, convierte a este testimonio en cronológicamente sospechoso. Más al oeste, en la costa meridional de Cerdeña, la estela inscrita de Nora proporciona un hito cronológico importante (fig. 4): constituye aún hoy el texto en lengua fenicia más antiguo que se conoce en la cuenca occidental, con una datación en torno a la segunda mitad del siglo IX (M. G. Amadasi-Guzzo, 1990, pp. 72-73). Aquí tendríamos vestigios de una protohistoria fenicia, relacionada con la cultura local de las *nuraghas*.

Desde Nora, en el extremo meridional de Cerdeña, la ruta marítima hasta las Columnas de Hércules, a ambos lados del estrecho de Gibraltar, era todavía

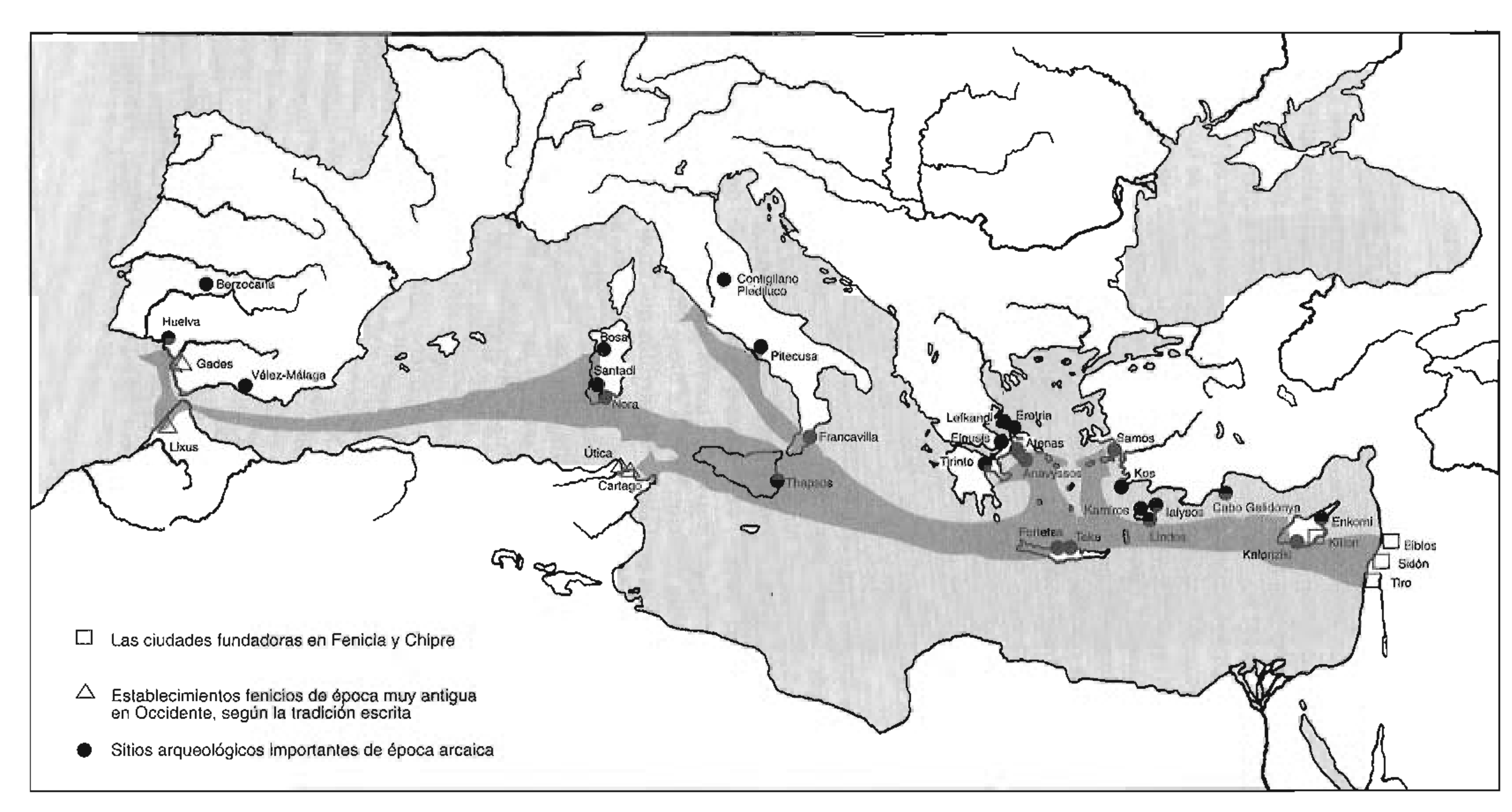


FIGURA 3. La primera expansión fenicia, según H. G. Niemeyer.

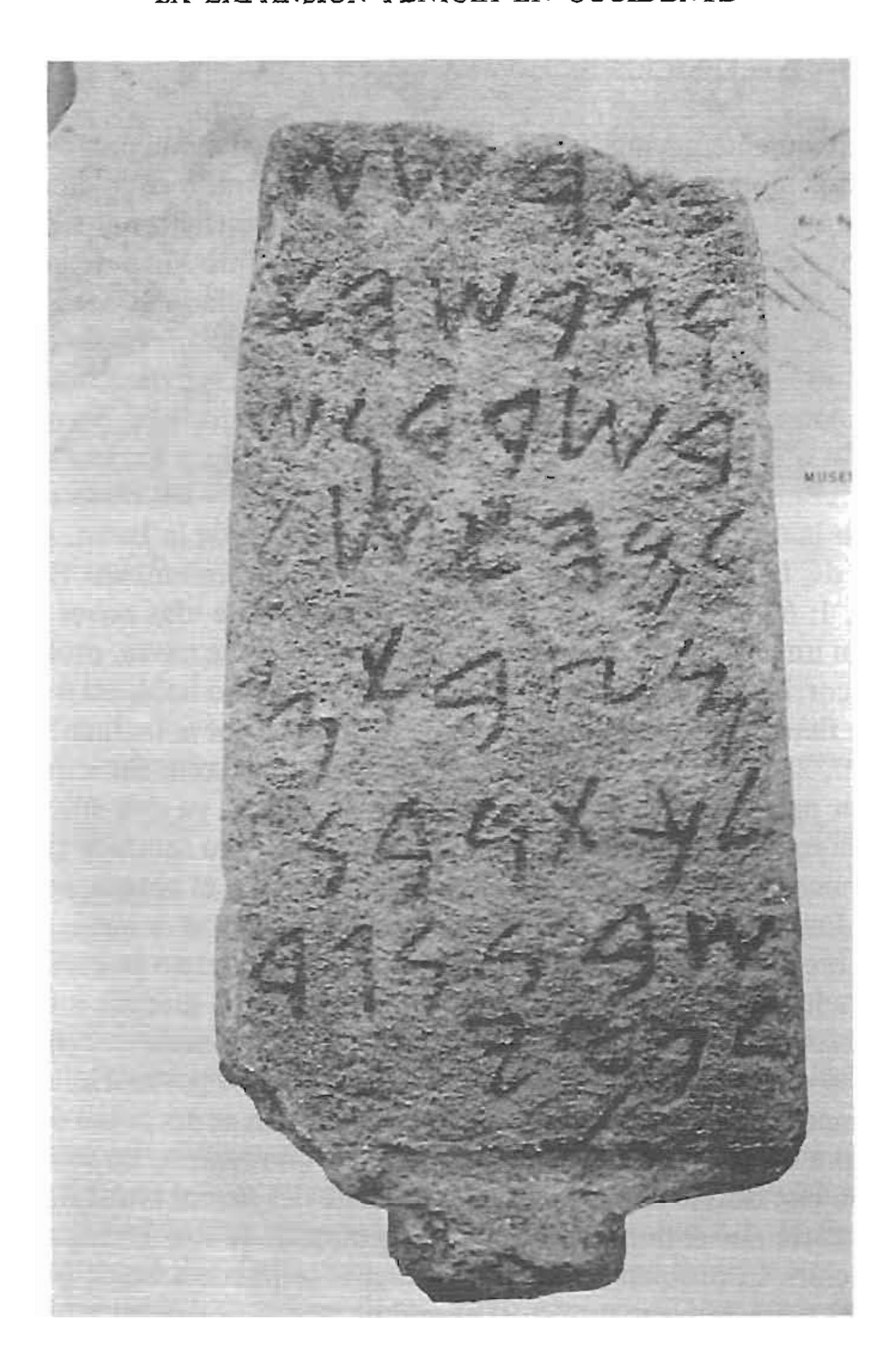


FIGURA 4. La estela de Nora.

larga. Como ya se ha señalado, nada permite aceptar la veracidad de las altas cronologías que la tradición otorga a estas fundaciones del extremo occidental. En Lixus concretamente, en la costa atlántica de Marruecos, ningún elemento del material de excavaciones parece ser anterior al siglo VII (M. Ponsich, 1982, p. 826). En cambio, en el lado opuesto, en Andalucía, donde la investigación arqueológica es muy activa desde hace una veintena de años, tiende a reducirse la distancia entre los datos empíricos y las indicaciones de los textos.

Tartessos y los fenicios en España

Es efectivamente hacia esta región del sur de España que parecen orientarnos los textos bíblicos, que convierten el siglo X, centrado en la ciudad fenicia de Tiro, en una segunda edad de oro en el sentido estricto del término. Así, los párrafos del primer libro de los Reyes y del segundo libro de las Crónicas atribuyen a la flota conjunta del rey Hiram y de su aliado el rey Salomón de Israel, al que había ayudado a construir el Templo, dos destinos preferentes: Ophir, en busca de oro, y Tarsis (o mejor dicho, Tarshish), de donde, cada tres años, también traían oro y plata, además de marfil, monos y pavos (o, según otra lectura, que preferimos: marfil de elefante, estiletes y hachas). Por lo general todo el mundo está de acuerdo en situar Ophir —sin duda una región, más que un lugar puntual— en las costas de Arabia o de la India. En cambio, el nombre de Tarsis es ambiguo: cuando el Antiguo Testamento (I Reyes, 10, 23; Is., 23, 1; 60, 9) habla de la «flota de Tarsis», o de «las naves de Tarsis», se piensa en una categoría de barcos, en un cierto tipo de navío, probablemente de largo recorrido, así llamados en función de un destino habitual o también de un tipo de flete muy concreto; pero otros textos, y a veces incluso los mismos (I Reyes, 10, 23; 2 Cron., 9, 21), indican de forma bastante clara que Tarsis es también un país o una región, necesariamente lejana, ya que sólo se regresa de ella cada tres años para traer artículos preciosos, pero también riquezas mineras no menos apreciadas, como el estaño, el hierro y el plomo, según señala el profeta Ezequiel (Ez., 27, 12) a principios del siglo VI a.n.e.

Ahora bien, tales yacimientos metalíferos representaban la prosperidad de un El Dorado andaluz que, siguiendo a Heródoto, los griegos y después los latinos llamaron Tartessos. En estos textos, el topónimo suele designar una ciudad —como en Heródoto, que mencionaba una ciudad portuaria, un lugar de comercio marítimo—, y los autores que la mencionan se decantan o por Gades (Cádiz) o por Carteia. Para otros, Tartessos era una región, un reino a ambos lados de un río, donde se reconoce el bajo valle del actual Guadalquivir, delimitado al norte por el importante complejo minero de Río Tinto, todavía hoy en explotación. El problema estriba en saber si se puede admitir como segura la identidad entre Tarsis y Tartessos: al menos parece que, si hubo varias Tarsis —por ejemplo la Tarso de Cilicia—, uno de estos sitios supuestamente semitas tuvo que ser la Tartessos de los autores clásicos. Según uno de los últimos especialistas en analizar minuciosamente el tema, desde un punto de vista sobre todo filológico, Tarshish/Tartessos no sería más que la realización variable de una misma raíz con variante consonántica *trs/trt* de la lengua indígena de los iberos del sur (M. Koch, 1984, pp. 139-140). Esta identificación parece cierta al menos para la época del segundo tratado entre Roma y Cartago —que se sitúa a mediados del siglo IV a.n.e.—, y en el texto donde Polibio nos habla de él (III, 24), se menciona una ciudad púnica de España cuyo nombre, Mastia Tarseiôn, sugiere que al menos por esas fechas los habitantes de Tarsis eran los mismos que los del país de Tartessos. Y un léxico griego de la época del bajo imperio romano que ha conservado intacta esta ecuación: «Tarsis, la Bética»,

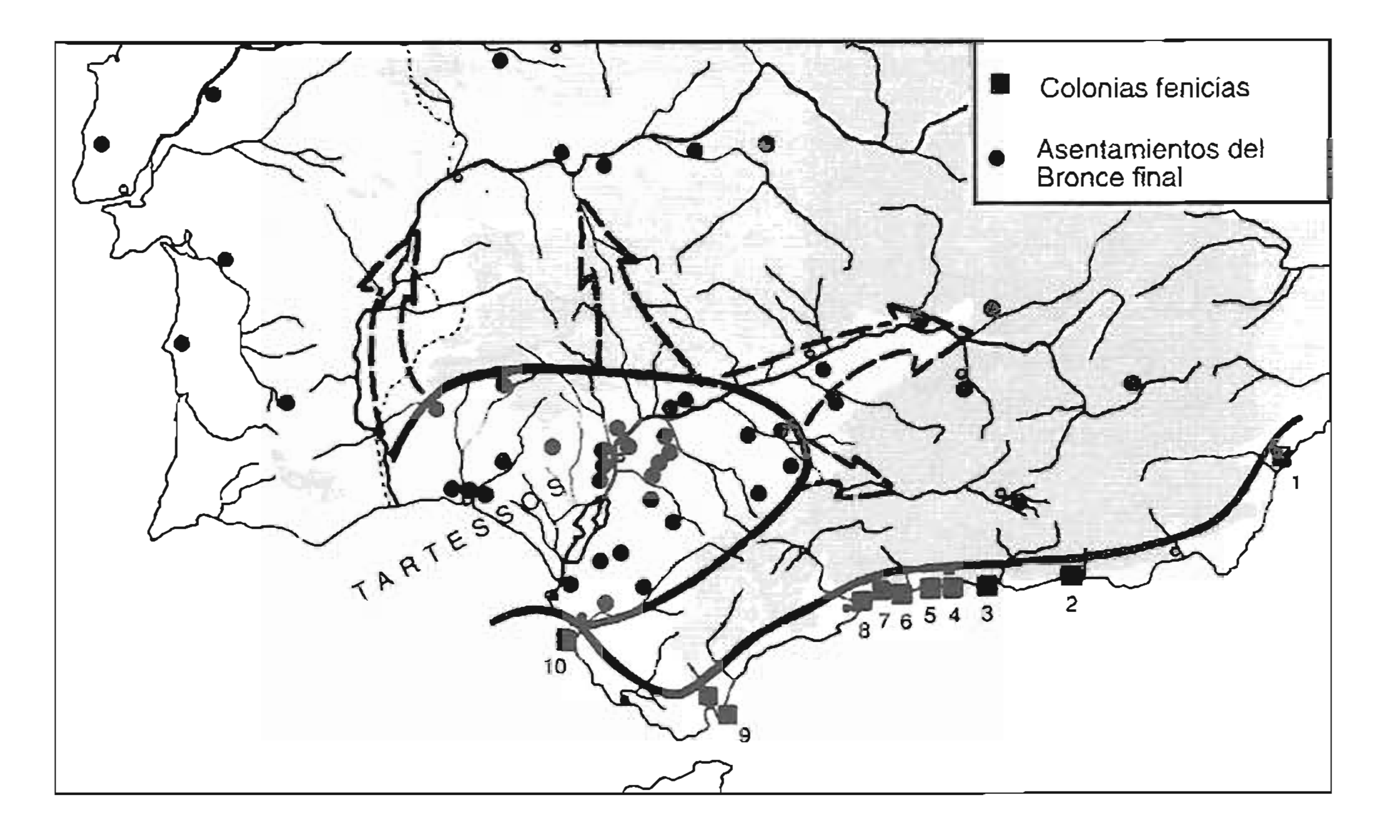


FIGURA 5. Las colonias fenicias desde la Costa del Sol hasta Cádiz y los sitios del Bronce final en la región de Tartessos (bajo valle del Guadalquivir). Las flechas indican la expansión «orientalizante» del siglo VI. 1: Villaricos; 2: Adra; 3: Almuñécar; 4: Chorreras; 5: Toscanos; 6: Mezquitilla; 7: Málaga; 8: Guadalhorce; 9: Gibraltar; 10: Cádiz.

nos revela el viejo topónimo del Antiguo Testamento gracias a la mención del nombre que entonces se daba a Andalucía en la nomenclatura de las provincias del imperio.

Junto a esta documentación escrita, la arqueología del sur de España suma desde hace unos veinte años resultados impresionantes. Dos publicaciones jalonan especialmente esta investigación. En 1968, en Jerez de la Frontera, los arqueólogos españoles dedicaban a Tartessos un gran congreso internacional (*Tartessos y sus problemas*, Barcelona, 1969). Quince años más tarde, el equipo del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, que ha sumado sus esfuerzos a los de sus colegas españoles, hacía en Colonia un balance de los progresos realizados sobre el tema de los «Fenicios en el oeste» (*Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982), balance ya superado por las últimas y muy activas investigaciones en los centros costeros del sur de España (fig. 5).

Pero centrándonos en lo esencial, lo más destacable de estos trabajos son no sólo los nuevos descubrimientos, sino una mejor caracterización de los centros ya conocidos y un análisis más ajustado de sus facies. En efecto, varias prospecciones arqueológicas descubrieron hace tiempo en el valle del Guadalquivir los vestigios de una colonización agrícola antigua, aparentemente próspera si nos atenemos, por ejemplo, a la calidad de los marfiles descubiertos en las tumbas de Carmona, al norte de Sevilla, y también cerca de esta ciudad,

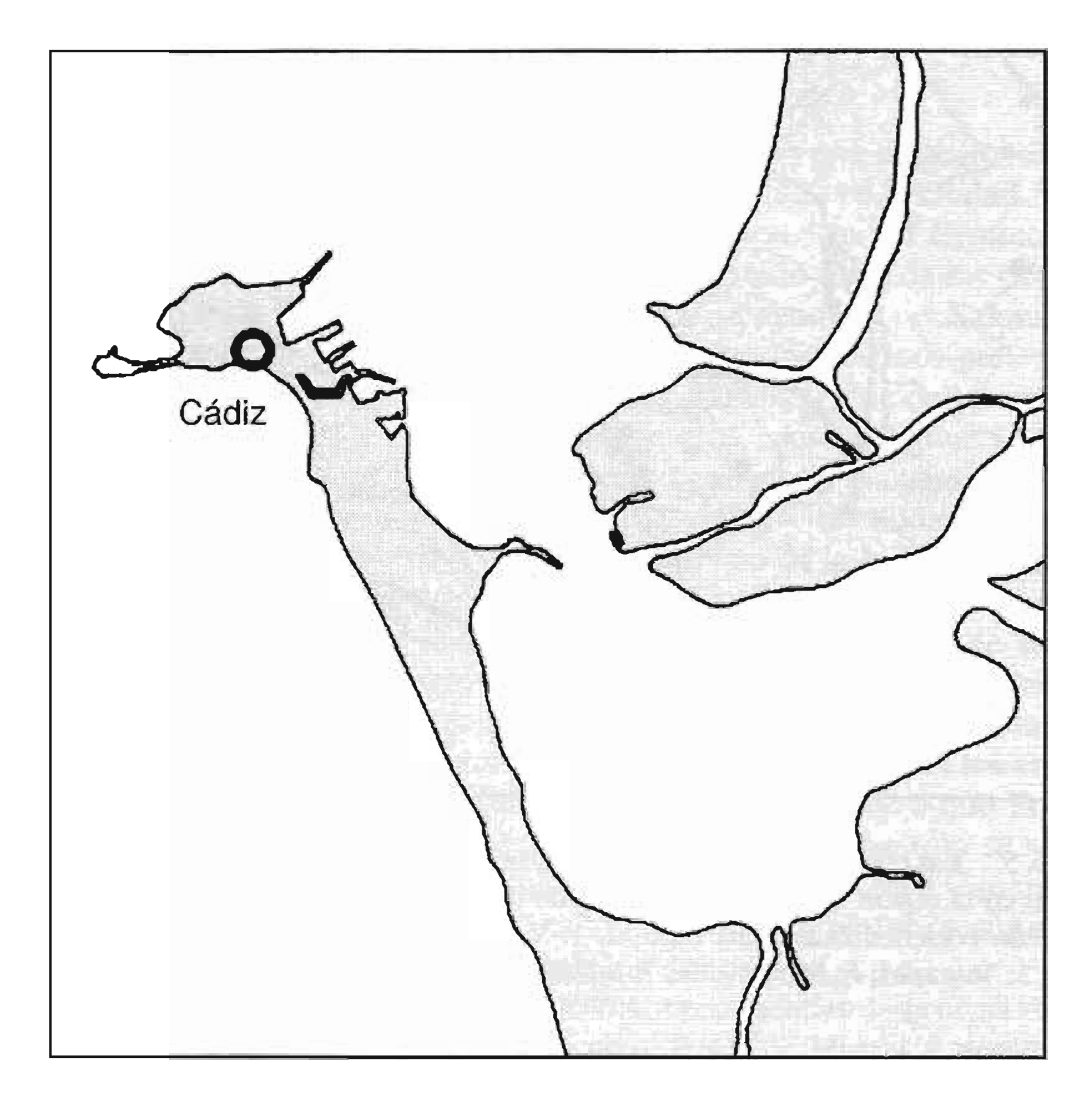


FIGURA 6. El sitio de Cádiz (Gades).

al tesoro de orfebrería de El Carambolo: como la de la Aliseda, en el valle medio del Tajo, esta orfebrería —fechada en los siglos VII-VI—, pese a no remontarse a los primeros tiempos de la expansión fenicia, revela influencias fenicias indiscutibles en el marco de una producción local. Ahora se comprueba mejor cómo esos centros «tartésicos», cuyo primer desarrollo remonta a la edad del Bronce y cuya riqueza se basó inicialmente en la explotación de las minas de Sierra Morena, se vieron culturalmente alimentados y valorizados por los establecimientos fenicios de la costa (M. E. Aubet Semmler, 1982, pp. 311-320).

El nombre de Gades es el primero que nos viene a la cabeza, condicionado sin duda por la tradición literaria pero también por el sitio, que tanto recuerda a Tiro con su isla paralela a la costa y separada de ésta por un canal (fig. 6). Es un paisaje fenicio por excelencia: aunque desconfiando del continente, el fenicio se arrima lo máximo posible, pero sin instalarse en él: «los fenicios se instalan siempre entre tierra y mar» (M. Gras, P. Rouillard, J. Teixidor, 1989, pp. 53-61). Por desgracia, salvo algunos hallazgos sorprendentes —como la figurilla de lo que parece ser un Ptah (fig. 7)—, el conjunto de la documentación



FIGURA 7. El Ptah de Cádiz.

arqueológica no remonta más allá del siglo VI en ese sitio ocupado sin interrupción desde la más alta antigüedad y que aparece muy removido. Sin embargo, existe la posibilidad de que excavaciones puntuales permitan remontar mucho más lejos, esperanza que ha crecido considerablemente desde que el hábitat de Doña Blanca, en la desembocadura del Guadalete y frente al islote fenicio de Cádiz, libró materiales orientales del siglo VIII (D. Ruiz Mata, 1985, pp. 241-263).

En cambio, en este litoral mediterráneo de Andalucía por el que tenían que pasar necesariamente los navegantes llegados de Oriente antes de franquear el estrecho, se han llevado a cabo notables descubrimientos. Primero, de este a oeste, cerca de Almuñécar, en lo que sería el sitio de Sexi, Estrabón (III, 5, 5) señala que los tirios, impulsados por un oráculo a fundar un establecimiento en las Columnas de Hércules, se detuvieron allí para ofrecer un sacrificio a Melqart. Allí se descubrió una necrópolis de incineración con sepulturas fechadas a finales del siglo VIII y principios del VII, pero con una facies egipcia marcadamente presente en los vasos de alabastro, cuatro de ellos con cartelas de faraones del siglo IX, mientras que otro reproducía un texto fenicio junto a inscripciones pseudojeroglíficas (M. Pellicer Catalán, 1962).

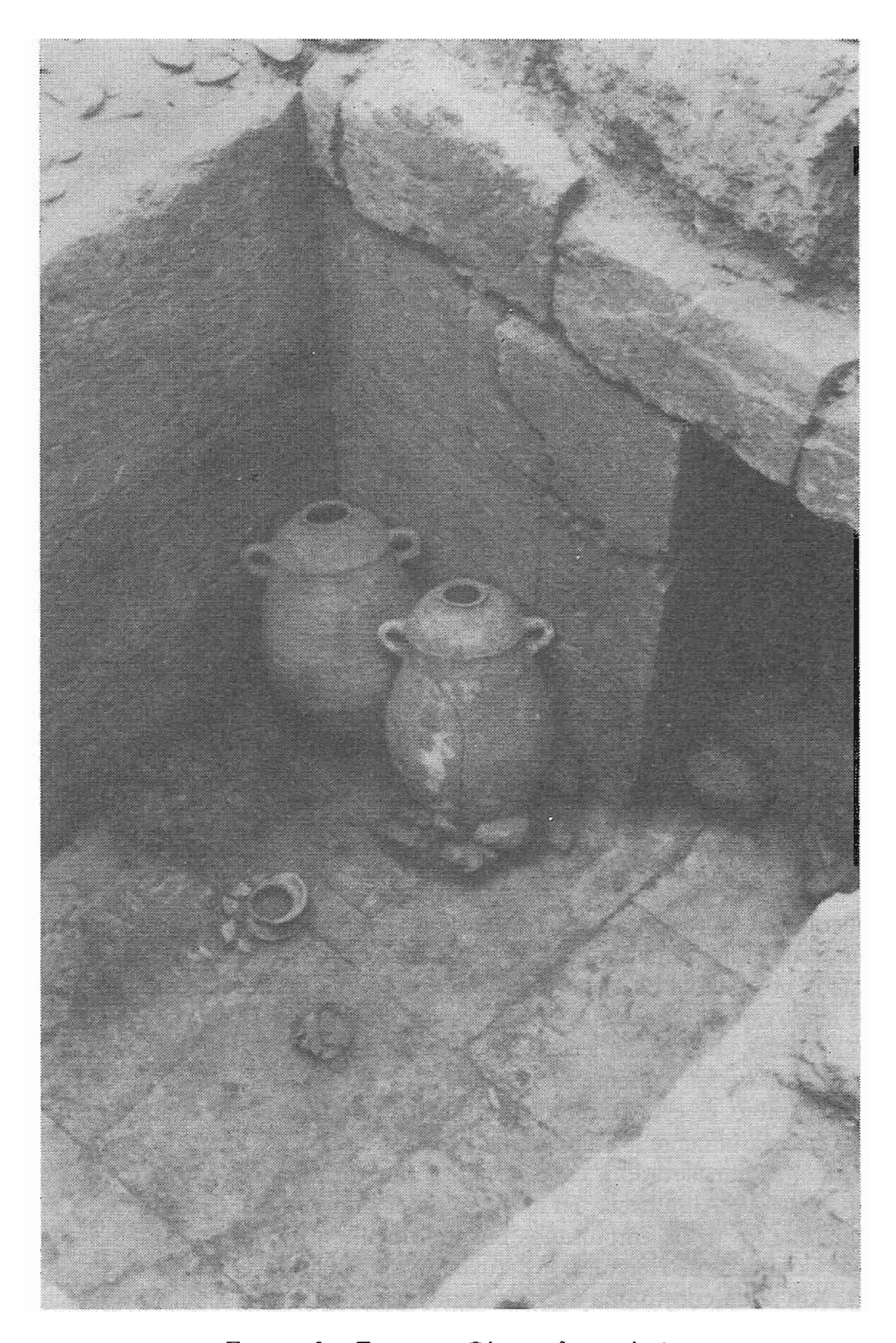


FIGURA 8. Trayamar. Cámara funeraria 1.

A treinta kilómetros hacia el oeste, en Toscanos, cerca de Torre del Mar, varias estructuras en aparejo de grandes dimensiones se fechan en torno al 700 a.C. Se identificaron como almacenes en forma de estancias alargadas donde se amontonaban ánforas y otros recipientes de almacenamiento; recientes sondeos han determinado que un arenal toscamente acondicionado hizo las veces de puerto. En la misma zona, la necrópolis del río Algarrobo, en Trayamar, ha proporcionado tumbas construidas en aparejo de grandes dimensiones, cuyos materiales se sitúan en la segunda mitad del siglo VII (fig. 8). Pero dos establecimientos contiguos, el de Chorreras y el de Morro de Mezquitilla, corresponden a un hábitat doméstico, con casas construidas con muros de ladrillo de adobe, cuyo primer horizonte data del siglo VIII. En la provincia de Cádiz, un pequeño establecimiento, en el Cerro del Prado, en la desembocadura del río Guadarranque, puede datar de finales del siglo VII (H. Schubart, 1982, pp. 207-231). Así, si se admite que los primeros testimonios arqueológicos de un sitio pueden manifestar un cierto retraso —a veces de varios decenios— en relación con las primeras instalaciones humanas en el lugar, habrá que reconocer que todo este litoral suroriental de la península ibérica, la última etapa antes del franqueo de las Columnas de Hércules, estuvo densamente colonizado por orientales desde el siglo VIII, y sin duda un poco antes. Por lo que se refiere a las factorías más occidentales (pues el papel comercial de estos establecimientos andaluces es evidente), los últimos contrafuertes de la cordillera bética ya no representaban una barrera en la ruta hacia el país de Tartessos y sus riquezas mineras.

MÁS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES: DE LIXUS A ÚTICA

Al otro lado del estrecho, en tierras africanas, la realidad del terreno se presenta muy diferente, como si los textos que sitúan a uno y otro lado Gades y Lixus formando los dos pilares de una colonización fenicia muy antigua hubieran establecido una simetría forzada y ficticia (fig. 9). Sin embargo, Lixus, al igual que Gades, es a su manera un sitio fenicio ejemplar: un lugar de estuario, que facilita el fondeo de barcos y que además cuenta, en este caso, con el incentivo adicional de una colina rodeada por un meandro del uadi Loukkos, auténtico hito para los marinos orientales y acrópolis-mirador para los ocupantes del sitio.

Pero en el estado actual de conocimiento, los niveles más antiguos de un vasto conjunto de templos superpuestos —cuyo primer nivel podría corresponder al templo de Melqart, todavía más antiguo que el de Gades, según Plinio (*H. N.*, XIX, 63)— no remontan más allá de principios del siglo VII (M. Ponsich, 1982, p. 438). En la zona más próxima al estrecho, la presencia fenicia en Tingis (Tánger) puede fecharse lo más pronto en el siglo VII, gracias a los materiales de las necrópolis (M. Ponsich, 1967). Y hay que descender mucho más al sur de la costa atlántica, hasta Mogador, a casi 700 kilómetros del estrecho, para localizar otra escala, fechada en la misma época, en la ruta marítima

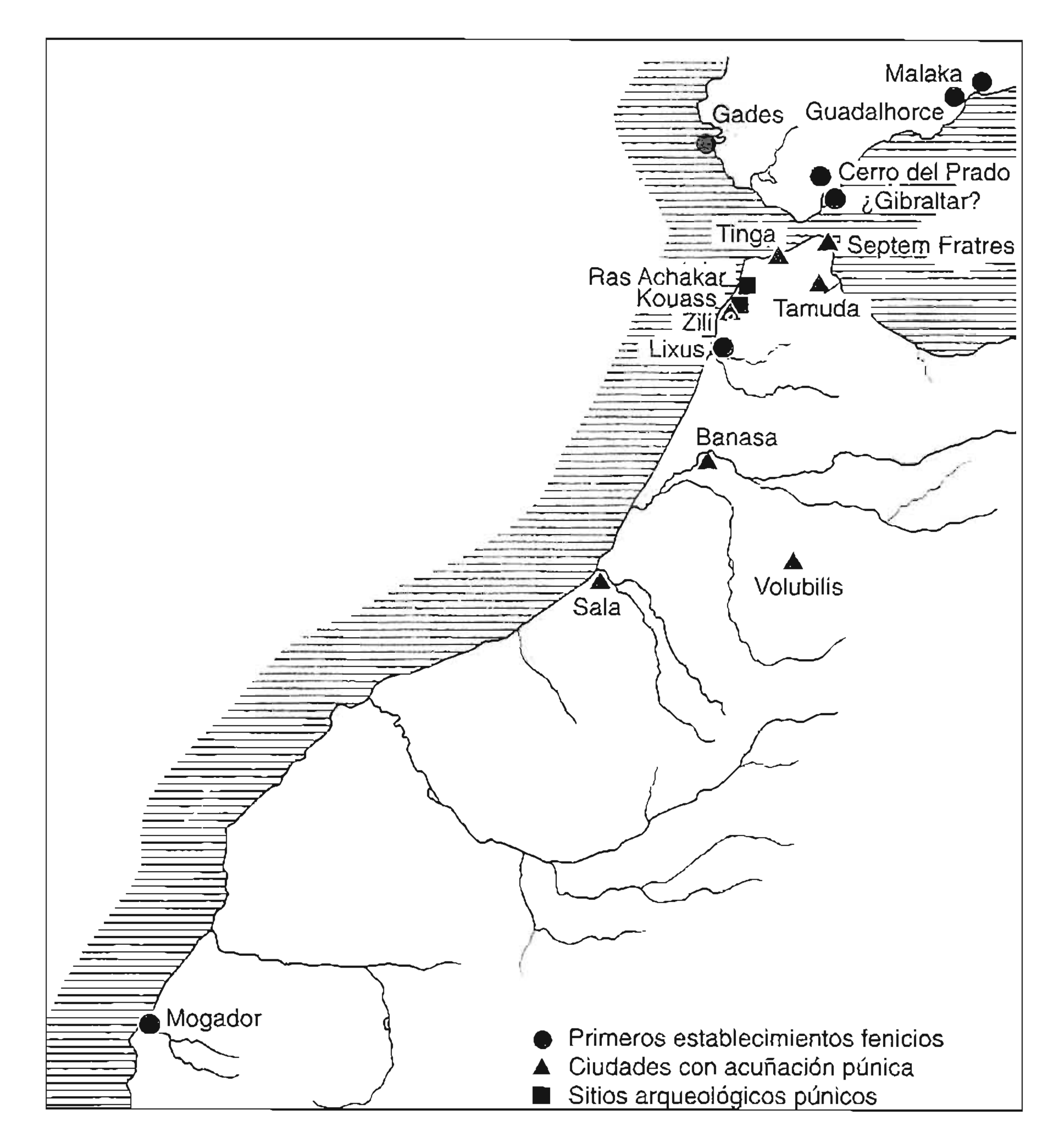


FIGURA 9. Los fenicios a ambos lados del estrecho de Gibraltar y en la costa atlántica de Marruecos.

hacia el Gran Sur (A. Jodin, 1966). El interés de este sitio lejano —un sitio típicamente fenicio, en una isla próxima al continente— estriba en el descubrimiento de fragmentos de ánforas áticas y jonias de mediados del siglo VII, sin equivalentes en Cartago ni en otros sitios púnicos de Túnez. Y como en Lixus, en Mogador las excavaciones han revelado una cerámica roja bruñida, de origen fenicio, que deja de estar presente en Cartago a principios o, como mucho, a mediados del siglo VII.

De esta constatación cabe deducir dos conclusiones. La primera, sobre la que volveremos más adelante, es que Cartago parece haberse quedado fuera de la ruta marítima que, de este a oeste, llevaba en época arcaica a los navegan-

tes y comerciantes fenicios hasta las fundaciones más occidentales. La segunda es que, desde esta época, existió una comunidad de cultura entre la civilización fenicia fuertemente implantada en el sur de España y los establecimientos mucho más dispersos del extremo oeste africano. Esta simbiosis en época arcaica, y más tarde las relaciones privilegiadas del eje norte-sur, será una de las características principales de la región: hay que tener presente que, en términos económicos y culturales, y también geopolíticos, ésta se distinguirá siempre del resto del Magreb, de cuyo destino nos ocupamos a continuación.

Se ha formulado la hipótesis de que en esta época (siglos IX[?]-VIII) las naves llegadas de Fenicia al extremo Occidente por una ruta más septentrional jalonada por las islas Baleares regresaban a Oriente cargadas de mineral del país de Tarsis-Tartessos bordeando la costa africana y haciendo escala en Cartago, donde sólo descargaban una pequeña parte de su cargamento (C. Picard, 1982, p. 170) (fig. 10). El interés de esta hipótesis estriba en el pequeño volumen —por no hablar de ausencia total— de vestigios arqueológicos en Cartago que atestigüen la existencia de intercambios entre la ciudad africana y el país de Tartessos en época arcaica. Sin embargo —y ahí radica la dificultad—, estas naves, que lógicamente no podían hacer de una sola tirada este largo viaje marítimo por la costa septentrional del Magreb, tampoco han dejado trazas de su paso a lo largo de centenares de kilómetros de costa, por lo menos en el estado actual de nuestros conocimientos. Veremos que en esta costa las escalas identificadas hasta ahora no son fenicias, sino «púnicas» y bastante más tardías (siglos VII-VI).

ÚTICA

Antes de abordar Cartago, la única escala atestiguada por la tradición en época arcaica —si se exceptúa la hipotética Hippo— fue Útica (fig. 11). La antigua ciudad corrió la misma suerte que muchos sitios de estuario —recuérdese Aigües-Mortes o Brouage en Francia—, engullidas poco a poco por los aluviones de un río que las alejaba del mar: el pequeño promontorio donde se fundó el establecimiento fenicio, en la desembocadura del Medjerda, domina actualmente una llanura pantanosa que ha diluido parcialmente los contornos del sitio antiguo (fig. 12). Desde las reconstrucciones fantasiosas y románticas del ingeniero Daux en tiempos de Napoleón III, hasta las reiteradas iniciativas de Cintas a mediados de este siglo, el lugar ha defraudado considerablemente a cuantos se han dejado influir por la imagen de sus orígenes. Los niveles prerromanos tan sólo han proporcionado necrópolis, ciertamente espectaculares (figs. 13 y 14), que han librado un material nada despreciable, pero cuyas tumbas más antiguas no son anteriores al siglo VIII, a pesar de los esfuerzos realizados por su descubridor para subir la cronología (P. Cintas, 1970, pp. 294-308), lo que nos aleja bastante de aquella venerable fecha del 1101 a.C. que Plinio el Viejo asignaba a la construcción del templo de Apolo. En Útica queda mucho por hacer, y resta la esperanza de ver a los arqueólogos reducir las distan-

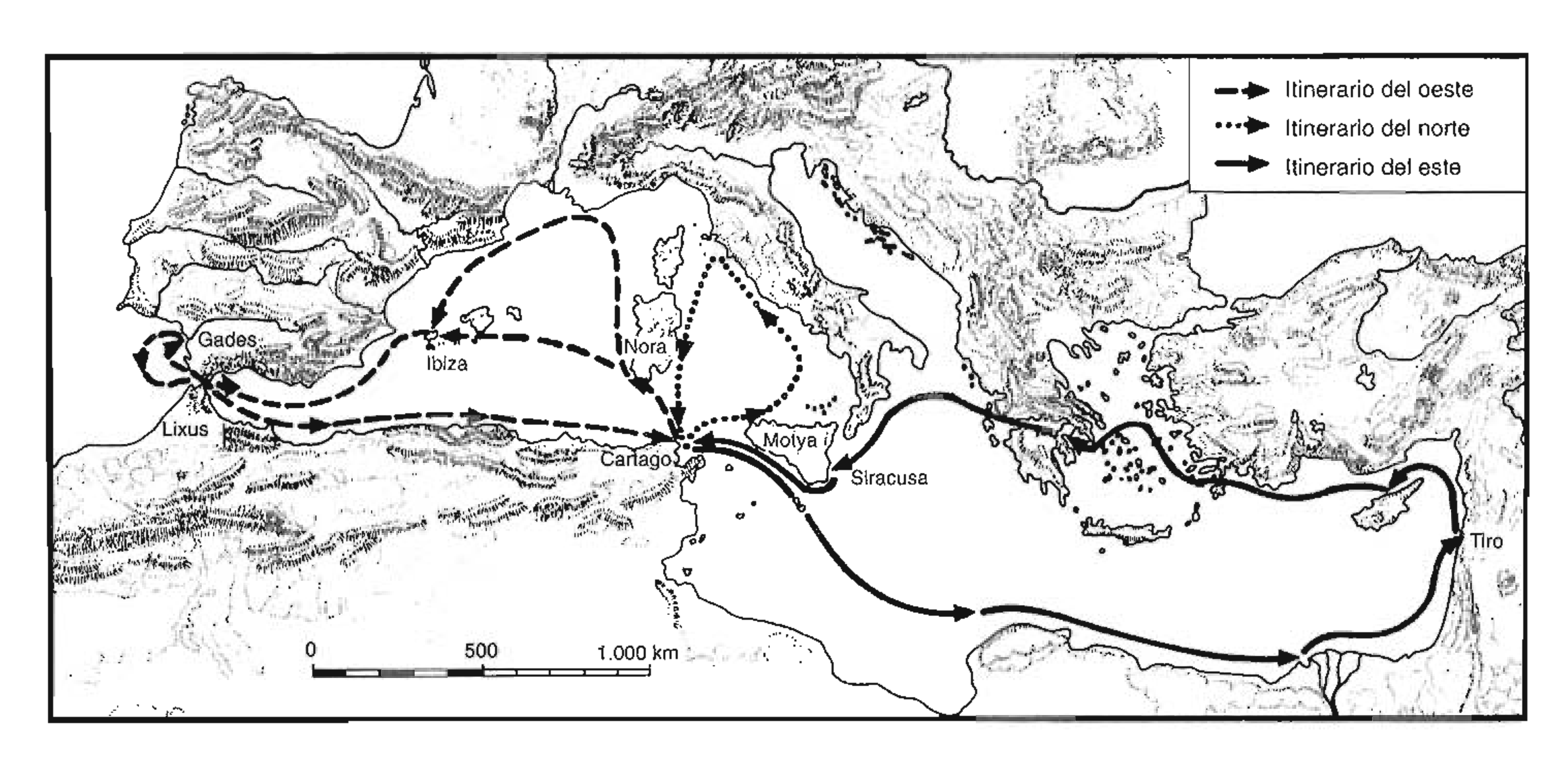


FIGURA 10. Los itinerarios fenicios en el Mediterráneo.

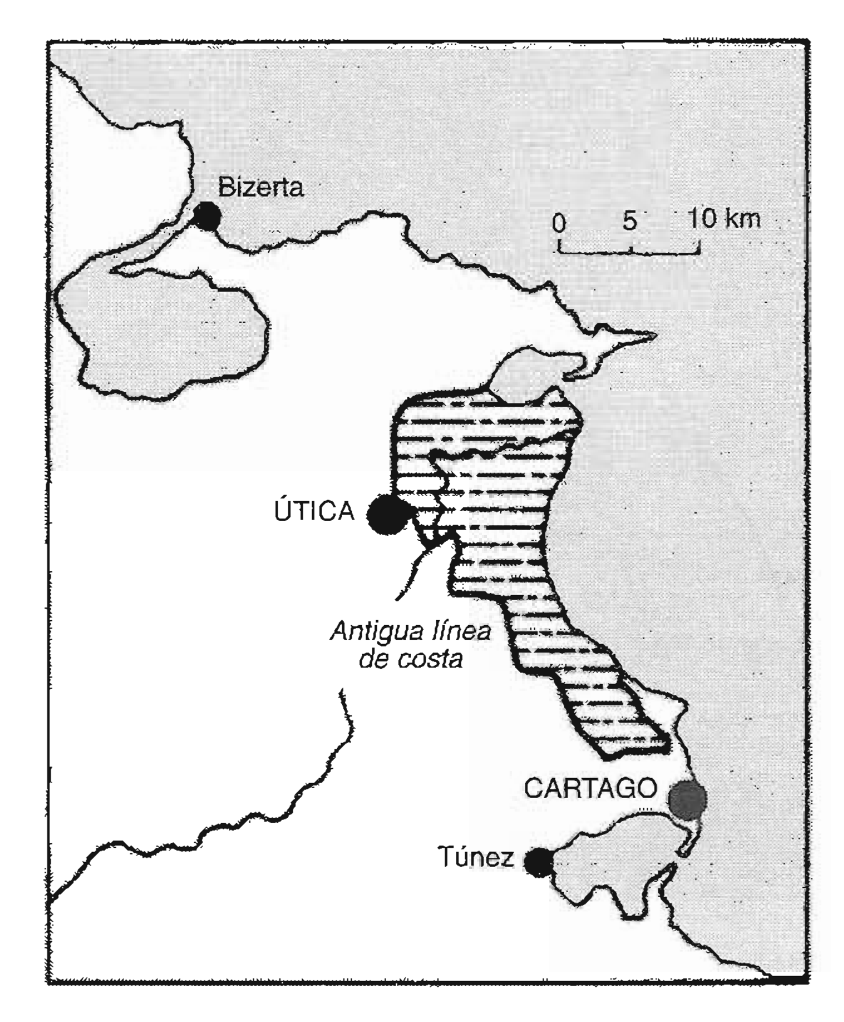


FIGURA 11. El sitio de Utica y el de Cartago.

cias todavía considerables que las separan de las fechas altas de la tradición, pero en condiciones difíciles, ya que Útica es un sitio en gran parte destrozado, abandonado durante demasiado tiempo a la iniciativa de los propietarios del terreno y excavado con frecuencia de forma anárquica, que han agravado todavía más las remociones generadas por la naturaleza. Por suerte no sucede lo mismo con Cartago: allí la documentación de los textos y de la arqueología son considerables, aunque la concordancia entre ambos registros relativa a los primeros tiempos de la ciudad constituye todavía un problema.

LA FUNDACIÓN DE CARTAGO

Cartago no escapó a ese esfuerzo de la tradición clásica por dotar a las ciudades fenicias de Occidente de unos orígenes sumamente antiguos. Históricamente, el fenómeno es totalmente comprensible, ya que estas tradiciones emergieron en una época —a partir del siglo IV a.n.e.— en que el poderío cartaginés en el Mediterráneo occidental era ya un hecho: precisaba de unos orígenes a la medida de su poderío. Así se explica que la ciudad africana no estuviera ausen-

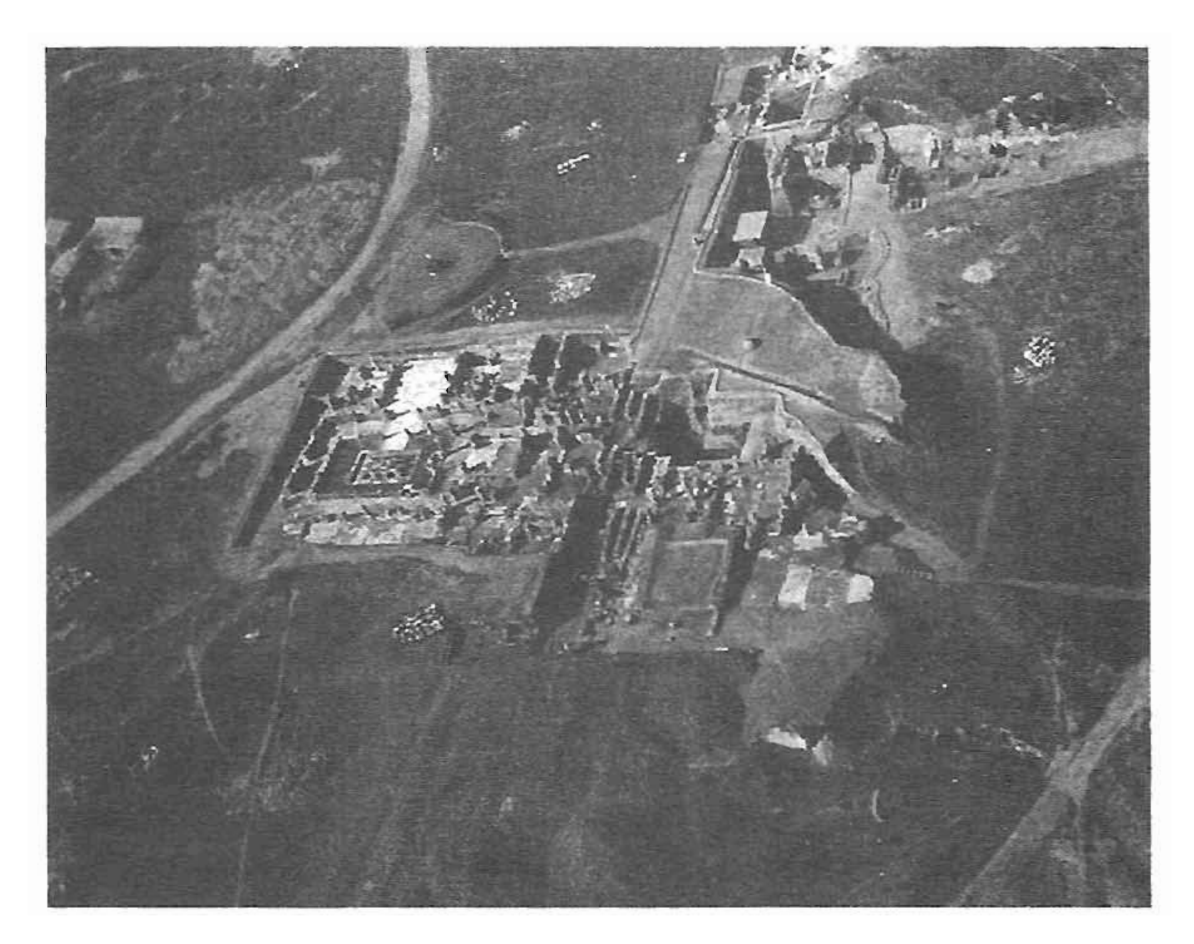


FIGURA 12. Vista aérea de la «necrópolis de La Berge», en Útica (fotografía de P. Cintas).

te de los cómputos y cálculos que afectaron también a su gran rival, Roma, y que tuvieron como punto de partida cronológico la destrucción de Troya.

TRADICIÓN «ALTA» Y TRADICIÓN «BAJA»

En este contexto, se explica que un texto fragmentario de un historiador griego de la primera mitad del siglo IV, Filisto de Siracusa, afirmara que «Cartago fue fundada en aquella época por los tirios Azoros y Karkhedon» (Jacoby, *Fragm. hist. graec.*, II, B, n.º 556, frag. 47). La «época» en cuestión viene indicada en la *Crónica* de san Jerónimo, quien ocho siglos más tarde recupera esta tradición y, citando a Filisto, precisa que Cartago fue fundada en el «año 802 de Abraham», es decir, en el 1215 antes de nuestra era. Esta fecha es anterior en 33 años a la caída de Troya, según la crónica de Eusebio, y en 30 años según Apolodoro. Así, Filisto fijó la fundación de Cartago una generación antes que la caída de Troya y él mismo se situó en la tradición de los trágicos griegos —véase las *Troyanas* de Eurípides—, que ya evocaban a Cartago a propósito de acontecimientos anteriores a la guerra de Troya. A esta misma tradición se adscribe también, de forma aparentemente independiente, otro historiador griego del siglo IV, Eudoxio de Cnido, según el cual «poco antes de la guerra

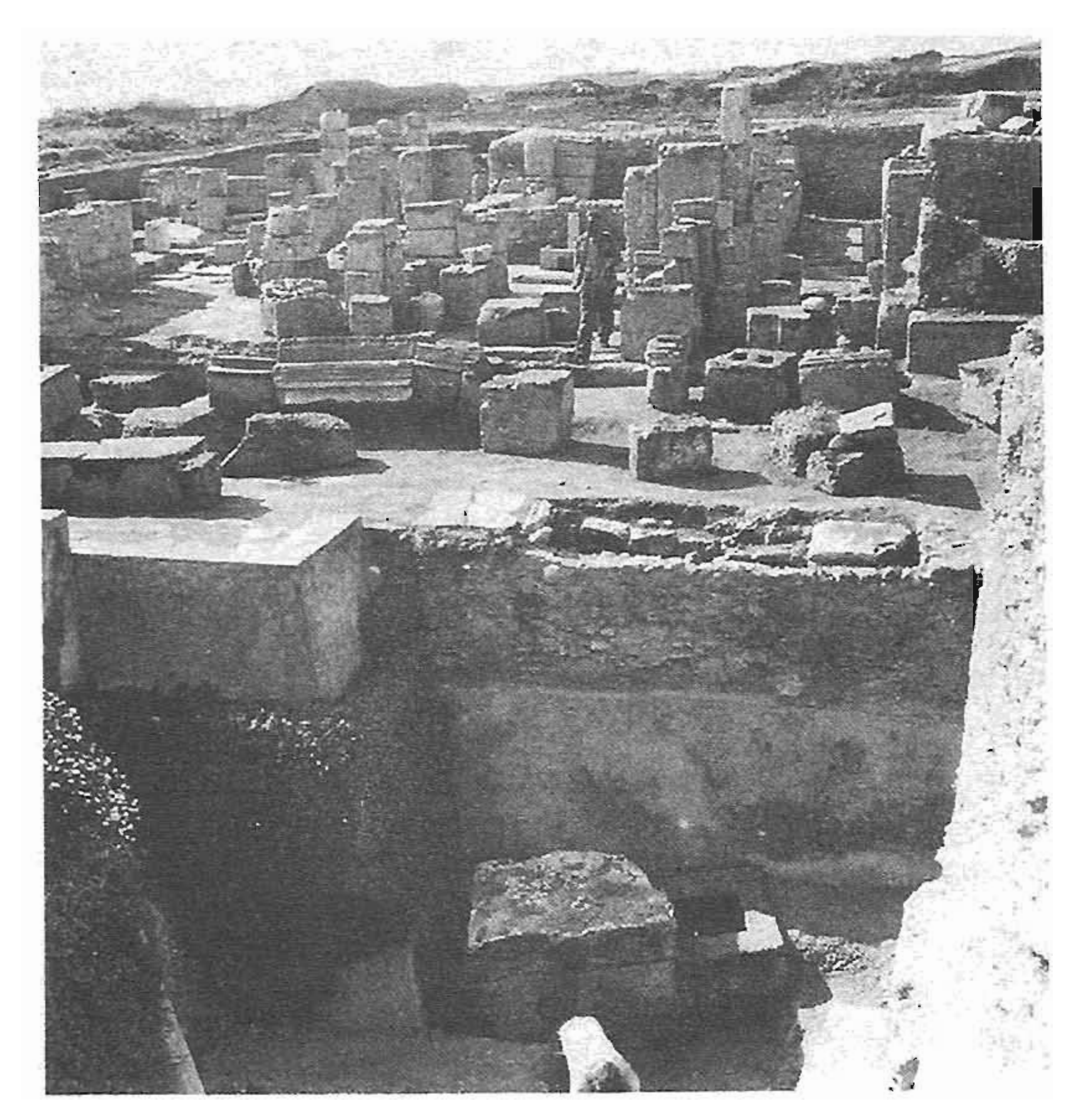


FIGURA 13. La «necrópolis de La Berge», en Útica.

de Troya los tirios colonizaron Cartago bajo el mando de Azoros y Karkhedon, del cual recibió su nombre la ciudad». La tradición así fijada en la época griega clásica no cayó en saco roto, ya que la encontramos de nuevo en un autor del siglo II de nuestra era, hoy todavía una de las fuentes más importantes para la historia de Cartago, Apiano, quien escribe (*Libyca*, 1): «Los fenicios fundaron Cartago en Libia 50 años antes de la conquista de Troya; los fundadores fueron Zoros y Karkhedon». Además de la fecha, otro elemento común a todas estas distintas versiones de la misma tradición es el papel desempeñado por sus héroes fundadores, Azoros o Zoros, sin duda un derivado del nombre de Tiro (= Sôr o Sur, «roca» en fenicio), y Karkhedon, nombre epónimo transparente, ya que no es más que la transcripción en griego del nombre semita Qart Hadasht, la «ciudad nueva» fundada en Chipre antes de serlo en Cartago. ¿Por qué los partidarios de esta tradición, siguiendo a Filisto y a Eudoxio —y antes de ellos, a Eurípides— relacionaron la fundación de Cartago con una época anterior a la toma de Troya? Se ha propuesto una ingeniosa explicación: la lec-

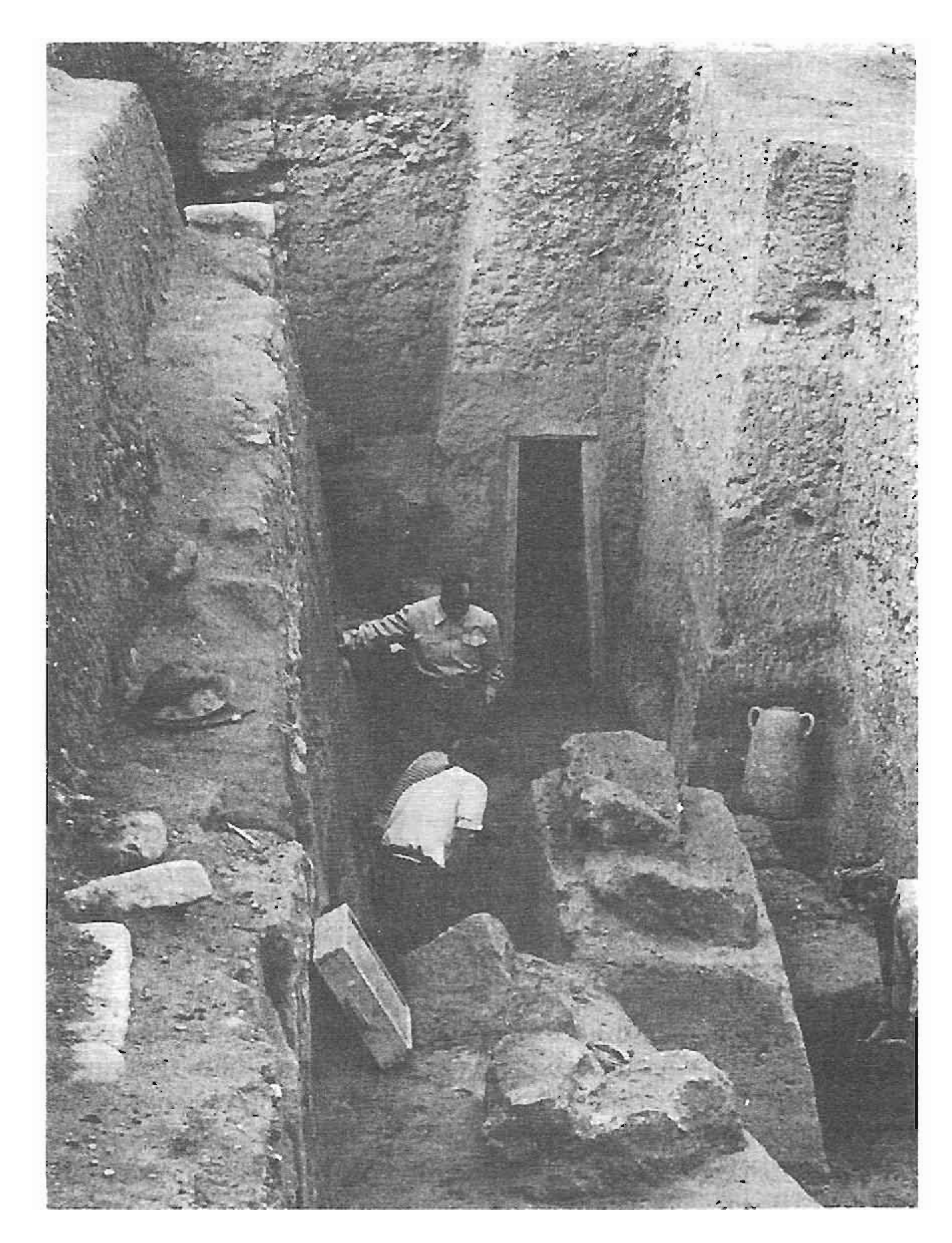


FIGURA 14. Excavación en la necrópolis de Útica. La fotografía muestra perfectamente la diferencia de nivel respecto del estrato romano.

tura de la *Odisea* habría llevado a creer que los griegos de la época de la guerra de Troya conocían el occidente mediterráneo; como por otra parte se sabía que Cartago ya existía cuando los griegos fundaron sus colonias en el Mediterráneo occidental (sobre todo en Sicilia: Siracusa y Megara Hyblaea), se dedujo que la ciudad fenicia era de época anterior a la toma de Troya.

En relación con esta tradición alta, las fuentes que fijan la fundación de la colonia tiria a finales del siglo IX a.n.e. y que mencionan las circunstancias de esta fundación, se imponen en número, en convergencia y en coherencia. Pero sobre todo, a diferencia de lo que acabamos de ver, se basan en una analística oficial. La metrópoli fenicia, Tiro, llevaba al día crónicas que incluían sobre todo listas reales, donde se hacían constar la duración de cada reinado y los acontecimientos más notables (J. Teixidor, 1989, pp. 47-48).

Los originales de estos anales, e incluso su transcripción local, se han perdido. Pero la historiografía griega los explotó parcialmente. Éste fue el caso de un griego de Sicilia, Timeo de Taormina, que estuvo en contacto con los púnicos establecidos en la isla y que, a principios del siglo III, tuvo la oportunidad de recabar información sobre todo cuanto los cartagineses conocían de su propio pasado. Según Timeo, Cartago fue fundada 38 años antes de la primera Olimpíada, es decir, en el 814-813 a.C. Con un año de diferencia, es la fecha que más tarde menciona Cicerón en su *De republica* (II, 23, 42), y las mismas indicaciones se encuentran también en Veleio Patérculo y en la *Crónica* de san Jerónimo. Probablemente estos últimos autores derivan en este sentido de Timeo, aunque no puede descartarse una diversidad de fuentes. En cualquier caso, la solidez de esta tradición que sitúa en el 814 a.C. la fundación de la ciudad viene confirmada una vez más por el testimonio de otro historiador griego de la primera mitad del siglo II a.n.e., Menandro de Éfeso, que utilizó —se sabe con certeza— y tradujo fuentes escritas fenicias. Sus noticias fueron recogidas a fines del siglo I de nuestra era por un judío helenizado procedente del entorno del emperador Tito, Flavio Josefo. En él se lee que la fundación de Cartago tuvo lugar durante el séptimo año del reinado del rey Pigmalión de Tiro. Traducido en cronología absoluta, este cómputo de los anales tirios corresponde al año 819 a.C., o también al año 814, en Timeo, o al año 824 en Justino (XVIII, 4-5). Esta diferencia de unos pocos años se explica por errores en la conversión de las diferentes eras y son en sí mismos poco importantes. Hoy suele aceptarse la variante menos antigua, la que da la fecha del 814.

EL MITO DE FUNDACIÓN

A esta convergencia en la fecha se añade la convergencia de nuestras fuentes respecto a las circunstancias de la fundación, recogidas en lo esencial de forma idéntica por Timeo y Menandro, inmortalizadas por Virgilio y explicitadas en el siglo II de nuestra era por un compilador latino ya citado, Justino. El elemento común de estas versiones distintas es el drama que se desarrolló en Tiro cuando el rey Pigmalión, por codicia, mató al marido de su hermana

Elisa. Entonces esta última huyó con algunos fieles, entre los que se encontraban los notables de la ciudad. Hizo escala en Chipre, y después de varios peregrinajes que le valieron el nombre de Dido (*Deidô*) entre los indígenas, llegó a Libia. Es evidente que los detalles de esta trama contemplan variantes, sobre todo por lo que respecta a los nombres de los protagonistas, que obedecen a la dificultad de transcripción de los nombres semitas a las lenguas clásicas.

Solamente una aclaración acerca del nombre de la heroína. Elishat, transcrito Elisa por los griegos, está atestiguado repetidas veces en exvotos púnicos de Cartago. Sin embargo, es el nombre de Dido el que ha prevalecido para la fundadora de Cartago, quizá porque figuraba en las fuentes latinas: en Naevio, en Ennio y sobre todo en Virgilio. Al lado de Elisa, Dido constituye un apodo. La que se llamó Elisa en Tiro pasó a llamarse Dido en África: la «errante», como se ha visto en Timeo; la «mujer viril» (*virago*), según el gramático Servio, comentarista de Virgilio; la «asesina de su marido», según Eustacio, un comentarista bizantino de Homero. Los autores modernos no han sido más afortunados en sus esfuerzos por vincular esta denominación a una significante raíz semita o incluso al griego. El lector de Virgilio, el amante de la ópera de Purcell, el melómano amigo de Berlioz y de sus «Troyanas en África» no lamentarán que un nombre rodeado de un halo de esta envergadura incorporara, con esta opacidad filológica, un poco más de misterio.

En el «gesto» de Elisa-Dido se dan dos rasgos particularmente sobresalientes que merecen comentarse. Cuando la tiria hubo fundado Cartago, el rey de los libios, Hiarbas, pretendió desposarla. Antes que ser infiel a su primer marido, asesinado por Pigmalión en Tiro, fingió llevar a cabo una ceremonia expiatoria y se arrojó a la hoguera que ella misma había encendido. De esta «vulgata» común a Timeo y a Justino, Virgilio sacaría más tarde, como se sabe, un partido literario: a la vista de las naves que se llevaban a Eneas hacia su morada divina, levantará en las playas de Cartago la hoguera de la pasión traicionada. Es lícito ver perfilarse detrás de este mito de Elisa-Dido pereciendo entre las llamas la realidad religiosa del autosacrificio que el rey —o la reina— debía realizar, en un contexto fenicio, en caso de crisis grave —en el presente caso para perpetuar la fundación frente a la amenaza indígena. Posiblemente los sacrificios de niños, inmolados en el fuego del tofet, no fueron más que una derivación ritual de esta práctica excepcional. Se observará que, según Justino (VI, 6), Elisa-Dido hizo levantar la hoguera en el extremo de la ciudad: y veremos que el área de sacrificio del tofet se extendió hacia la orilla sur de la Cartago púnica. En el otro extremo de la historia de Cartago, el mito conservó su valor simbólico: en la primavera del 146, cuando la ciudad era pasto de los soldados de Escipión Emiliano, la mujer de Asdrúbal, el general derrotado, se lanzó a las llamas con sus hijos desde lo alto del último bastión de resistencia de la ciudad en el templo de Esculapio (Eshmún), en la cima de la colina de Byrsa (Apiano, *Libyca*, 13). Mito e historia se unirán para rizar el rizo, con una misma figura femenina emblemática en ambos extremos.

El segundo rasgo destacado del mito de fundación es precisamente una imagen explicativa —«etiológica»— del nombre de Byrsa dado a la ciudadela pú-

nica. Virgilio la conocía, y dando por hecho que su público también estaba al corriente del ardid de Elisa-Dido, se limitó a hacer una alusión elíptica: los tirios, señala (*En.*, I, 367-368), «compraron de hecho cuanta tierra —llamado por ello Byrsa— pudieron abarcar con el lomo de un toro». El relato de Justino, más detallado, desmonta el mecanismo del ardid, que se basa en la utilización por la fenicia de una palabra con doble sentido: Elisa adquiere tanta tierra como puede «cubrir» (*tegere* o *tenere*) la piel de un buey, luego hace cortar la piel en tiras muy finas para acotar, de una forma que la otra parte no había previsto, un espacio que el comentarista de Virgilio, Servio, evaluará en 22 estadios, es decir, aproximadamente unos 4 kilómetros de perímetro.

Seguramente esta fábula fue elaborada en lengua griega en época de Timeo, o tal vez incluso antes, y cabe suponer que *bursa*, piel de buey en griego («bolsa» en castellano), permitiera en griego un juego de palabras con alguna radical semita aún desconocida utilizada por los compañeros de Elisa para designar su primer establecimiento. Y antes de preguntarse, topográficamente, qué hay que entender por Byrsa, señalemos que incluso antes de que los romanos axiomatizaran la *fides Punica* —léase la «perfidia púnica»—, los griegos ya habían remarcado, en contraste con la ingenuidad de los libios, el *sophisma* de Elisa, en latín su *calliditas* (J. Scheid-J. Svenbro, 1985, pp. 328-342). El arte de darle la vuelta a la negociación en beneficio propio, que hizo la fuerza de Cartago, y que los griegos de Sicilia, y luego los romanos, experimentaron en carne propia, queda ya simbolizado por el ardid de Dido.

La realidad del terreno

Sin duda el sueño de todo arqueólogo es conciliar la realidad de campo con los datos de las fuentes. En Cartago los arqueólogos han soñado mucho, con resultados diversos. Sus primeros esfuerzos se encaminaron exclusivamente a la búsqueda de los orígenes. En 1858 Flaubert pasó una primavera en Cartago para impregnarse de los lugares por donde discurrirían los personajes de *Salambó*. Al año siguiente un arqueólogo, Beulé, más conocido como el «inventor» de los propileos de la acrópolis de Atenas, ocupaba el altiplano de Byrsa, por entonces denominada de San Luis, para descubrir el famoso recinto de Cartago. Al término de un trabajo realizado con probidad, cuyo informe contiene observaciones todavía útiles, sólo puso al descubierto un segmento del poderoso muro de sustentación con el que los romanos, en época del emperador Augusto, habían rodeado la colina, previamente decapitada y transformada en una meseta.

Las necrópolis arcaicas

Quedaba por descubrir la primera Cartago (fig. 15). Fue el objetivo de una arqueología básicamente funeraria, muy activa a partir de las últimas décadas

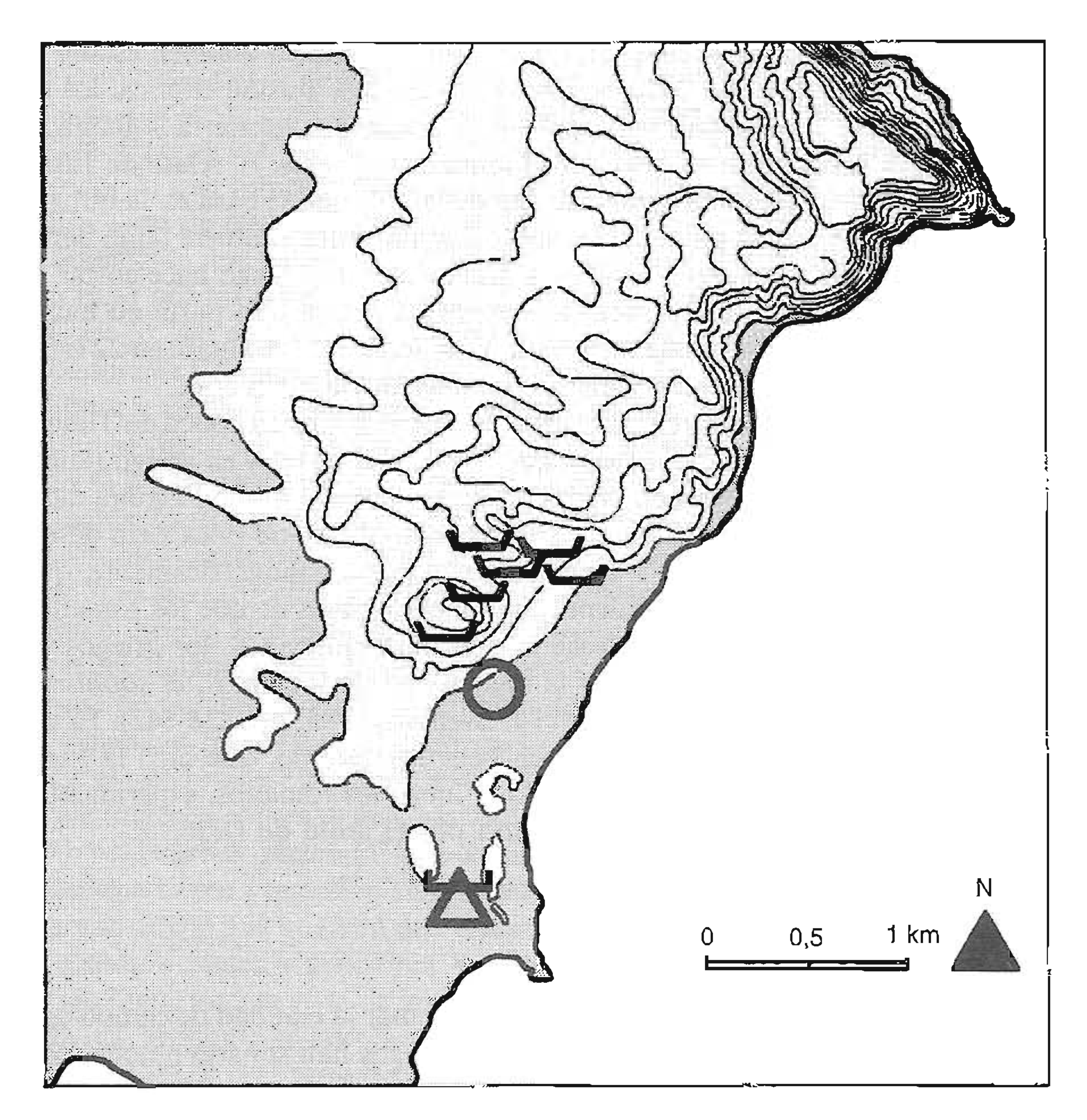


FIGURA 15. Representación esquemática de la Cartago arcaica. Al norte, las necrópolis; en el centro, el hábitat urbano; al sur, el tofet.

del siglo XIX, en cuya práctica rivalizaron en entusiasmo la Dirección de Antigüedades de Túnez, y sobre todo su segundo titular, P. Gauckler, uno de los mejores excavadores de su tiempo, y un Padre Blanco, A.-L. Delattre, al que debemos la mayor parte de los descubrimientos, realizados también con una cierta premura para llenar de objetos de excavación los fondos de los museos que se estaban inaugurando entonces por todas partes, incluida la misma Cartago. En los primeros años del siglo XX ya se conocía a grandes rasgos la situación de las necrópolis más antiguas de la ciudad púnica; esta topografía funeraria sólo se ajustaría después (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 13-60). Las tumbas de época arcaica configuraban, desde la colina de San Luis (hoy Byrsa) hasta el sector denominado de Dermech, detrás de los actuales restos de las termas de Antonino, un arco de círculo apoyado sobre la línea de los altos: el

hábitat contemporáneo a estas necrópolis tenía todas las posibilidades de estar situado entre este círculo y la línea de costa.

En este punto hay que plantear el difícil problema de la cronología de los materiales recogidos en estas sepulturas. Los ajuares funerarios constituyen, como vemos, si no la única, al menos una de las mejores fuentes de conocimiento del arte y artesanado púnicos, sobre todo los de época arcaica; se trata de conjuntos formados por elementos diversos: amuletos, colgantes, joyas, máscaras y navajas de afeitar, pero sobre todo, vasos de terracota. Esta última categoría de materiales proporciona los mejores criterios de datación. Sobre todo las cerámicas importadas del mundo griego, algunas fechadas a veces con un cuarto de siglo de diferencia. Mientras que la cerámica protoática es rara —en contraste con el extremo occidente suribérico y marroquí—, el material originario de Corinto es especialmente abundante en las tumbas arcaicas de Cartago (E. Boucher, 1953, pp. 11-29). Pero muy pocos objetos de esta procedencia —los aríbalos panzudos protocorintios— permiten remontar más allá de principios del siglo VII. Así, solamente algunas tumbas de las laderas orientales de la colina denominada «de Juno» o de las laderas bajas de Dermech pueden fecharse a finales del siglo VIII, mientras que abundan las tumbas del siglo VII en estos mismos sectores y en la ladera sur de la colina de Byrsa (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 321-325; S. Lancel, 1982, pp. 357-359). Queda la posibilidad de que las tumbas más antiguas de Cartago, contemporáneas de su fundación, o algo posteriores (principios del siglo VIII), no hayan sido todavía localizadas. Podrían estar situadas en la franja interna de estas zonas funerarias, muy cerca de su hábitat correspondiente (P. Cintas, 1970, pp. 441-442), y veremos cómo la reciente localización de algunos elementos de dicho hábitat arcaico autoriza a intentar precisar esta correspondencia. Pero tal como están hoy las cosas, casi un siglo separa la fecha tradicional del 814 de las sepulturas consideradas hasta hoy, *con certeza*, las más antiguas.

El tofet

Subrayamos las últimas palabras, ya que también existe la posibilidad de que las sepulturas de la época más antigua no se hayan reconocido a la vista de su material, o que no se las haya querido reconocer. Supone plantear el problema de la datación de las cerámicas de tradición fenicia que constituyen, lógicamente, lo esencial de los ajuares funerarios. La cuestión se planteó de nuevo, con un aporte masivo de documentación, a raíz de la excavación del tofet, y sobre todo de la exploración llevada a cabo bajo la dirección de Cintas entre 1944 y 1947. Volveremos más adelante sobre esta área de sacrificios (*infra*, p. 213). Por el momento baste con decir que la realidad arqueológica que presenta el tofet consiste en la acumulación, a lo largo de los siglos, de depósitos votivos formados por una estela o un cipo dispuestos sobre una o dos urnas cinerarias. Esta acumulación ha producido niveles más o menos mezclados, en cuyas profundidades, y en contacto con el suelo virgen, reposan las deposiciones más

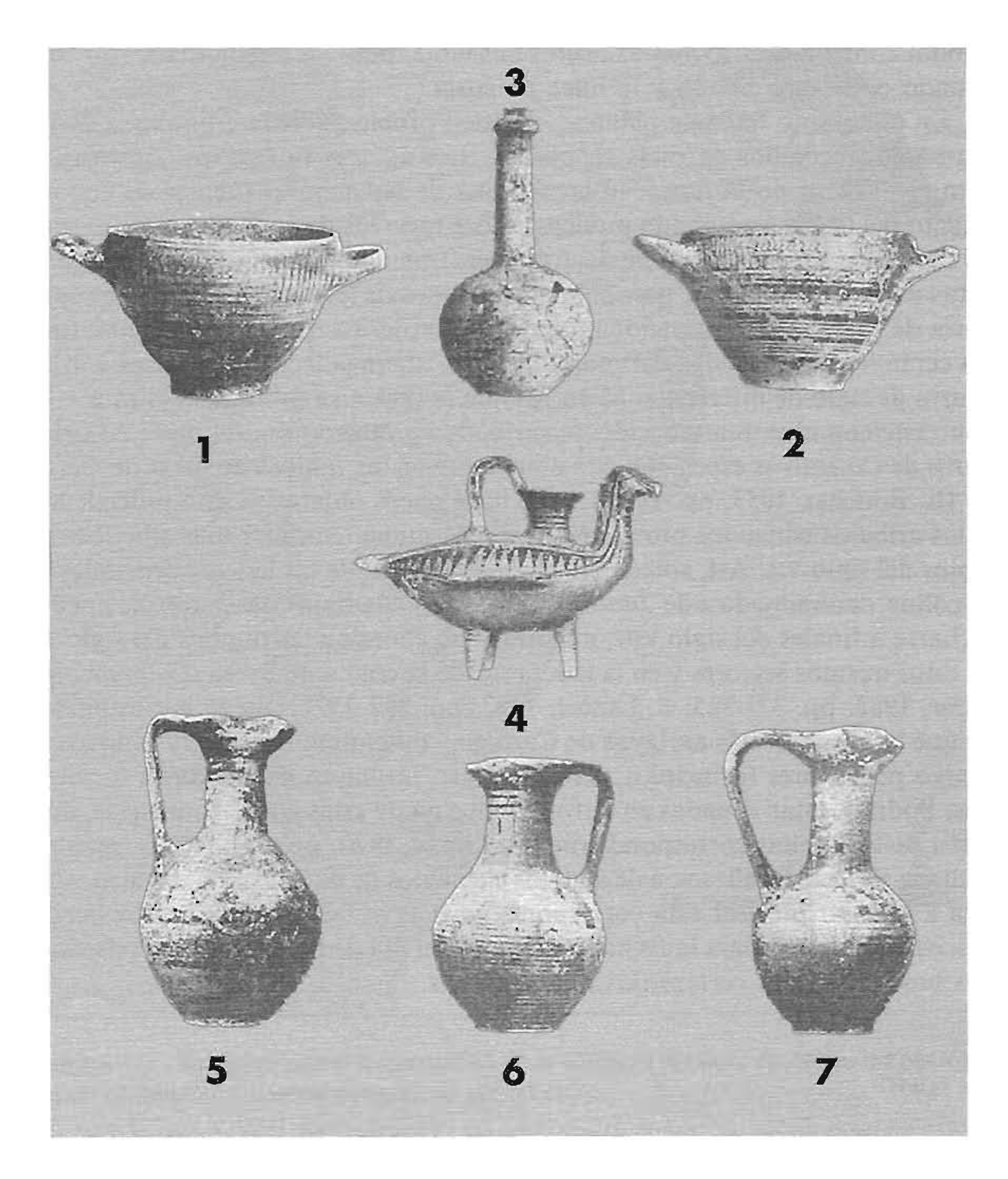


FIGURA 16. La cerámica griega del «depósito» de la «capilla Cintas». 1 y 2: *kotyles;* 3: «aspersor»; 4: *askos;* 5 a 7: *œnochoés.*

antiguas. En este nivel, en el lugar del yacimiento que pudo ser la playa lagunar, con un perfil diferente de la orilla, adonde llegaron los primeros navegantes fenicios, Cintas sacó a la luz lo que para él pudo ser una especie de santuario levantado, si no en los mismos orígenes del sitio, por lo menos en los primeros tiempos de la fundación (P. Cintas, 1948). Se había acondicionado una cavidad natural en la roca para formar un pequeño recinto que contenía dos conjuntos distintos de objetos: en lo más profundo, vasos griegos: dos pequeños *skyphoi*, tres pequeños *œnochoés*, un «aspersor» (fig. 16): encima, y descan-

sando sobre un nivel de sedimentación, un depósito posterior formado por un ánfora fenicia y una lucerna de dos mechas. Los vasos griegos del depósito más antiguo son protocorintios, o emparentados con el protocorintio, de la época de los aríbalos panzudos, es decir, contemporáneos de los vasos que fechan las sepulturas más antiguas.

Es cierto que la cronología absoluta de estas cerámicas no se ha determinado *ne varietur*: en la época en que Cintas lo descubrió existía una tendencia a rebajar toda la cronología de este conjunto, para el que F. Johansen, en su *Vases sicyoniens*, propuso en su día un amplio margen situado entre el 800 y el 725 a.C. En cuanto al *askos* en forma de pájaro, de bella factura, que acompañaba al conjunto de vasos protocorintios, aunque corresponda a un tipo chipriota elaborado en el siglo IX, parece lógico pensar que se trata de una réplica insular, acaso euboica, y su cronología no puede disociarse de la de los vasos vecinos (M. Gras, 1989, p. 214).

Por lo tanto Cintas tuvo que trasladar sus esperanzas de poder fundamentar arqueológicamente una datación muy arcaica para los inicios del tofet a otro hallazgo, realizado por la misma época, pero esta vez no en el recinto, sino en un «depósito de fundación» acondicionado en la base de un murete contiguo a la «capilla»: este depósito contenía, por un lado, una lucerna de una sola mecha —indicio de cronología alta: todas las lucernas-escudillas fechables en el siglo VII son de dos mechas—, y por otro, un ánfora con asas retorcidas, que su descubridor quiso identificar como «submicénica» y datar a finales del siglo X (fig. 17). Pero el dictamen de un especialista realizado en la época misma del hallazgo (P. Demargne, 1951, p. 50), permitió relacionar este vaso con la serie de vasos geométricos tardíos o subgeométricos de las islas griegas —Thera, Delos— que, como aquél, llevan en el hombro una decoración de triángulos en zonas que alternan con círculos concéntricos y, en el cuello, franjas de zigzags entre triglifos. Pero ni la cronología más generosa permite remontar esta ánfora cicládica más allá del 750 a.C. Esta contrariedad hizo que el descubridor de este «santuario» minimizara la importancia de su hallazgo, banalizara su «capilla» (P. Cintas, 1970, pp. 315-324; añadamos que hoy se tiende a considerar el famoso depósito como el producto de una deposición votiva de un tipo particular: M. Gras, 1989, p. 218) y reivindicara la importancia de las cerámicas no griegas en el cómputo de la cronología del sitio.

Este último paso parece legítimo. Primero, porque no hay razón para que una categoría de cerámicas bien representada en los sitios orientales desde finales de la edad del Bronce deba excluirse como elemento de datación. Y segundo, porque este paso, en Cartago, se basa en una observación del máximo interés. Veremos más adelante que los investigadores que se han interesado en el tofet han admitido para estos niveles más antiguos una distinción entre dos grandes estratos: «Tanit I» y «Tanit II». Ahora bien, parece que, salvo muy contadas excepciones —en que aparecen asociadas a la cerámica protocorintia de la segunda mitad del siglo VIII—, la mayor parte de las cerámicas de Tanit I están ausentes en las sepulturas, incluso en los sectores más antiguos de las necrópolis de Cartago. Es el caso sobre todo de los vasos «chardon», pero tam-

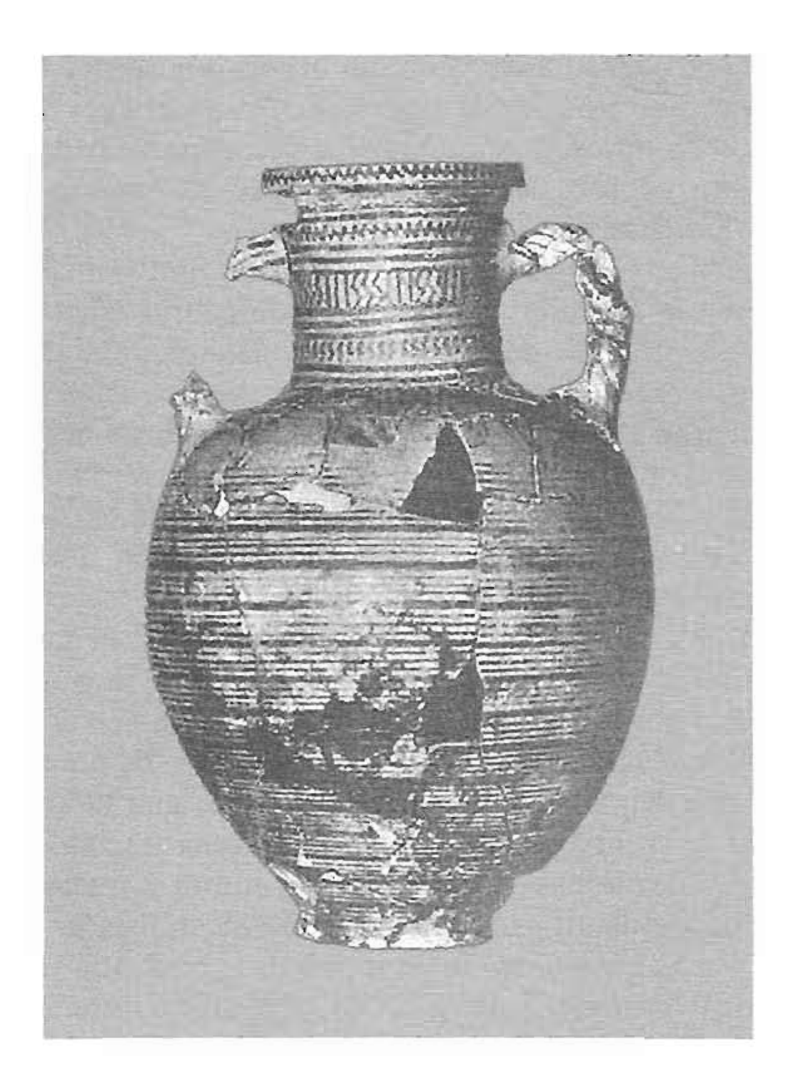


FIGURA 17. El ánfora tardogeométrica del «depósito de fundación».

bién de varias formas de ánforas con asas verticales, horizontales, parcialmente engobadas —con bandas anchas en medio o en la parte inferior del objeto— con engobe rojo fuerte (*red slip*), y frecuentemente decoradas en el hombro con estrigilos, zigzags o trazos horizontales o verticales que destacan sobre una superficie clara (fig. 18). Por consiguiente, es lícito pensar que en las necrópolis con este tipo de material arcaico quedan tumbas todavía por descubrir.

Una última cuestión: respecto a la datación de los testimonios más antiguos de la metrópoli púnica, ¿es posible realmente independizarse de los hitos cronológicos de la cerámica griega? Hay muchas reticencias, como si se tratara de un salto en el vacío. Todo el esfuerzo comparativo de un Cintas (1970, pp. 330-370) consistió en demostrar que las cerámicas de Tanit I debían asociarse a las series paralelas —en cuanto a forma y decoración— halladas en Chipre y el Próximo Oriente e integrarse en las cronologías del Próximo Oriente, que atribuyen a la mayoría de estos materiales unas cronologías comprendidas entre el 850 y el 700: como se ve, un margen muy amplio, demasiado para representar criterios discriminatorios en el caso que nos ocupa. Pero persiste la presunción de que determinadas ánforas arcaicas del tofet puedan fecharse a principios del siglo VIII.

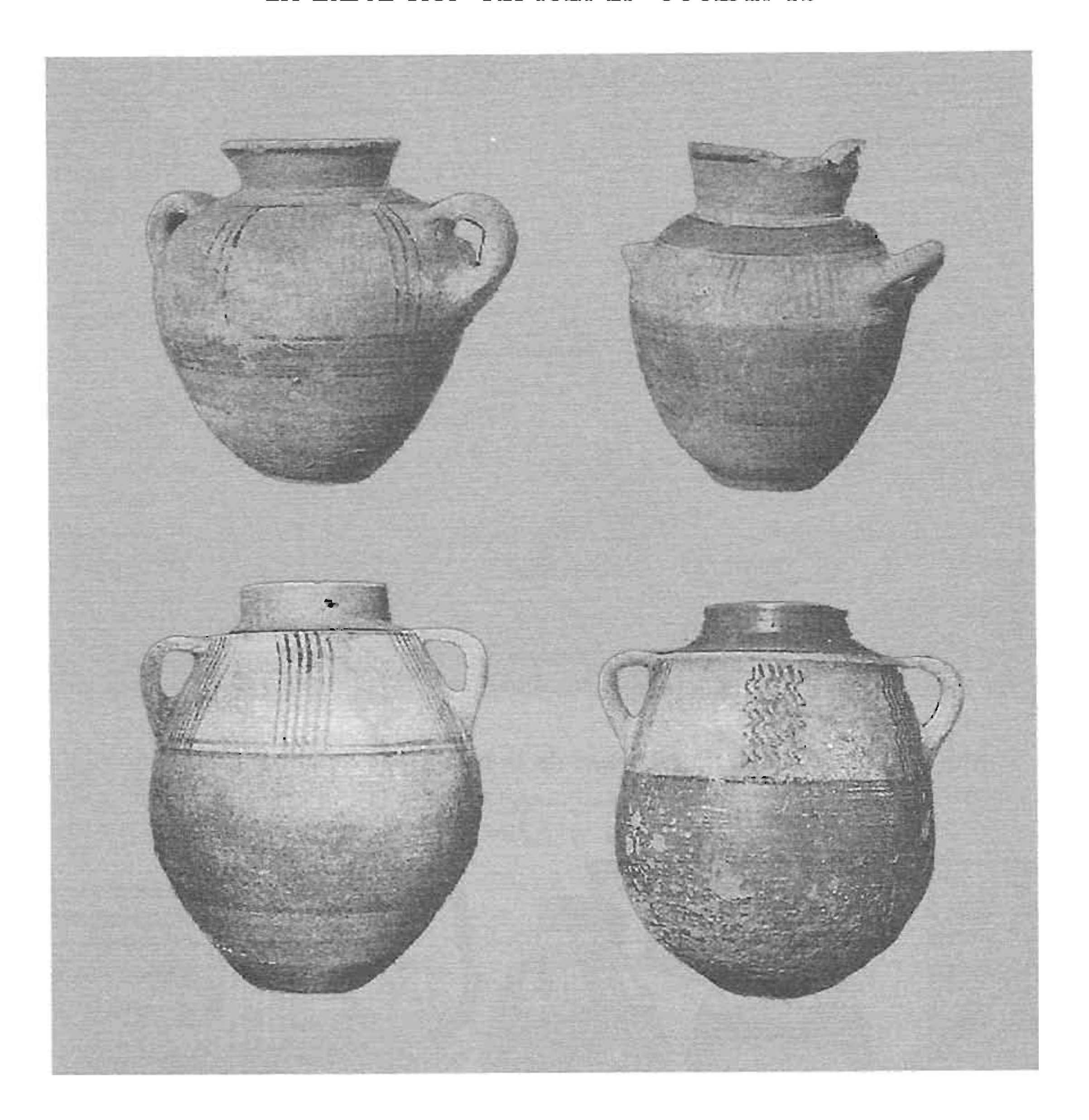


FIGURA 18. Ánforas arcaicas del tofet (Tanit I) de tradición fenicia (excavaciones de P. Cintas).

EL ESTADO ACTUAL DE LAS DATACIONES ARQUEOLÓGICAS

En este debate, las cerámicas griegas tendrán, pues, la última palabra. La hipótesis de una cronología alta se ve una vez más reforzada por una revisión reciente de los *kotyles* (o *skyphoi*) del recinto de la «capilla Cintas»: estos dos pequeños recipientes con asas horizontales del tipo «Aetos 666» —en alusión a un ejemplar descubierto en las excavaciones de Aetos, en la isla de Ítaca— podrían fecharse de hecho en el segundo cuarto o a mediados del siglo VIII (B. D'Agostino, 1977, pp. 48-49). Y un cuenco de *chevrons* procedente de la necrópolis de la colina de Juno sería también de finales de la primera mitad del siglo VIII (fig. 19), procediendo estos tres vasos, quizá, no de la misma Grecia, sino de talleres de Ischia, en la bahía de Nápoles. Añadiremos el dictamen —por

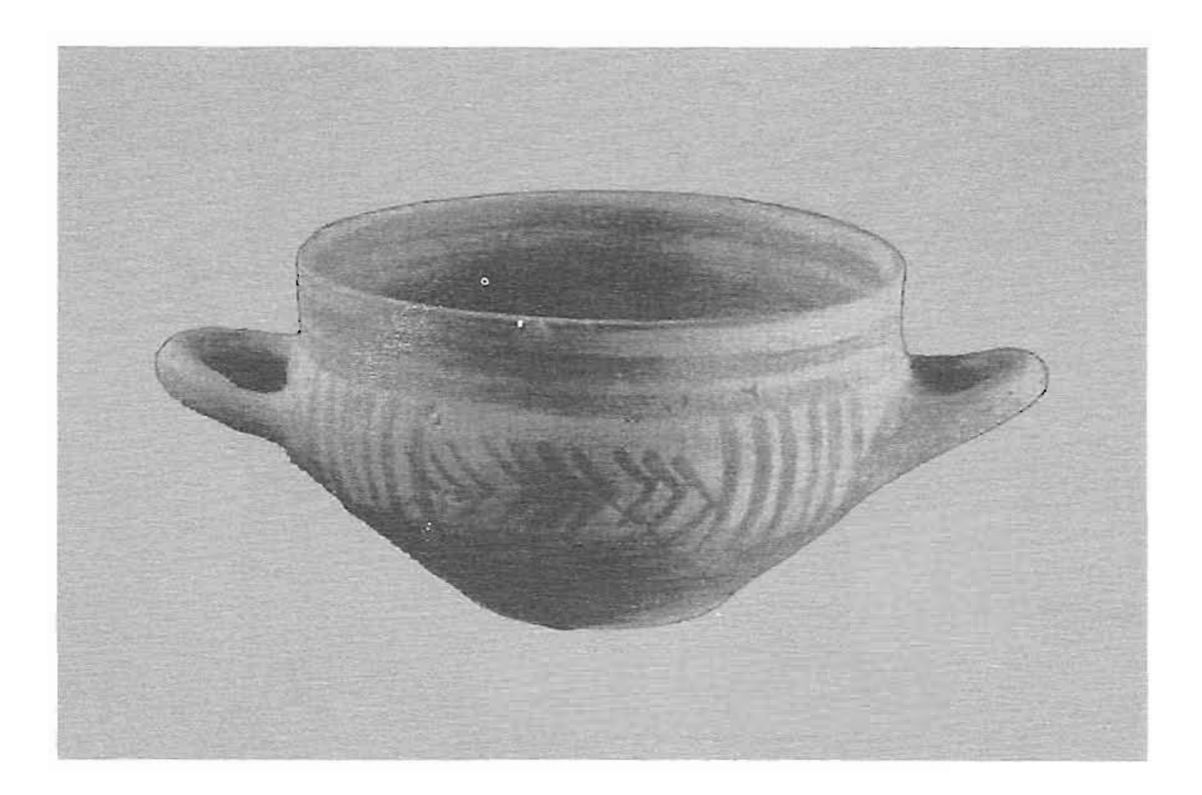


FIGURA 19. Cuenco de *chevrons* de la necrópolis de la colina de Juno.

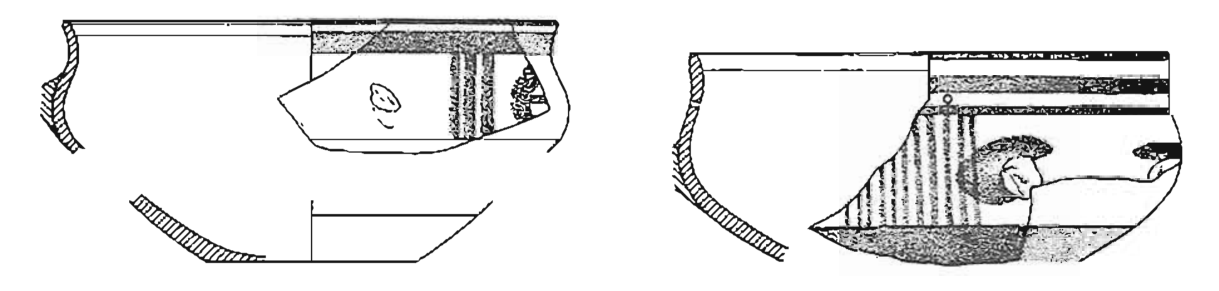


FIGURA 20. Fragmentos de dos copas euboicas (mediados del siglo VIII a.n.e.) procedentes del hábitat arcaico de Cartago.

el momento el penúltimo, ¡si no el último estado de la cuestión!— de una de las mejores conocedoras del material arcaico, tanto griego como fenicio: la malograda A. M. Bisi revisó recientemente (1983, pp. 693-715) toda la documentación relativa a las cerámicas más arcaicas del tofet de Cartago, especialmente las del «depósito de fundación». El análisis que ha podido realizarse sobre este material a la luz de los resultados de excavaciones recientes en Pithecussa, en Italia, y también en la isla de Eubea, en Grecia, mostraría que productos de influencia euboica o euboico-cicládica están próximos a objetos típicos del protocorintio antiguo, que pueden fecharse en el segundo cuarto del siglo VIII.

Varios sondeos profundos realizados recientemente en los niveles del hábitat de época arcaica, en el centro mismo de la Cartago más antigua, han descubierto grandes fragmentos pertenecientes a copas del geométrico reciente pro-

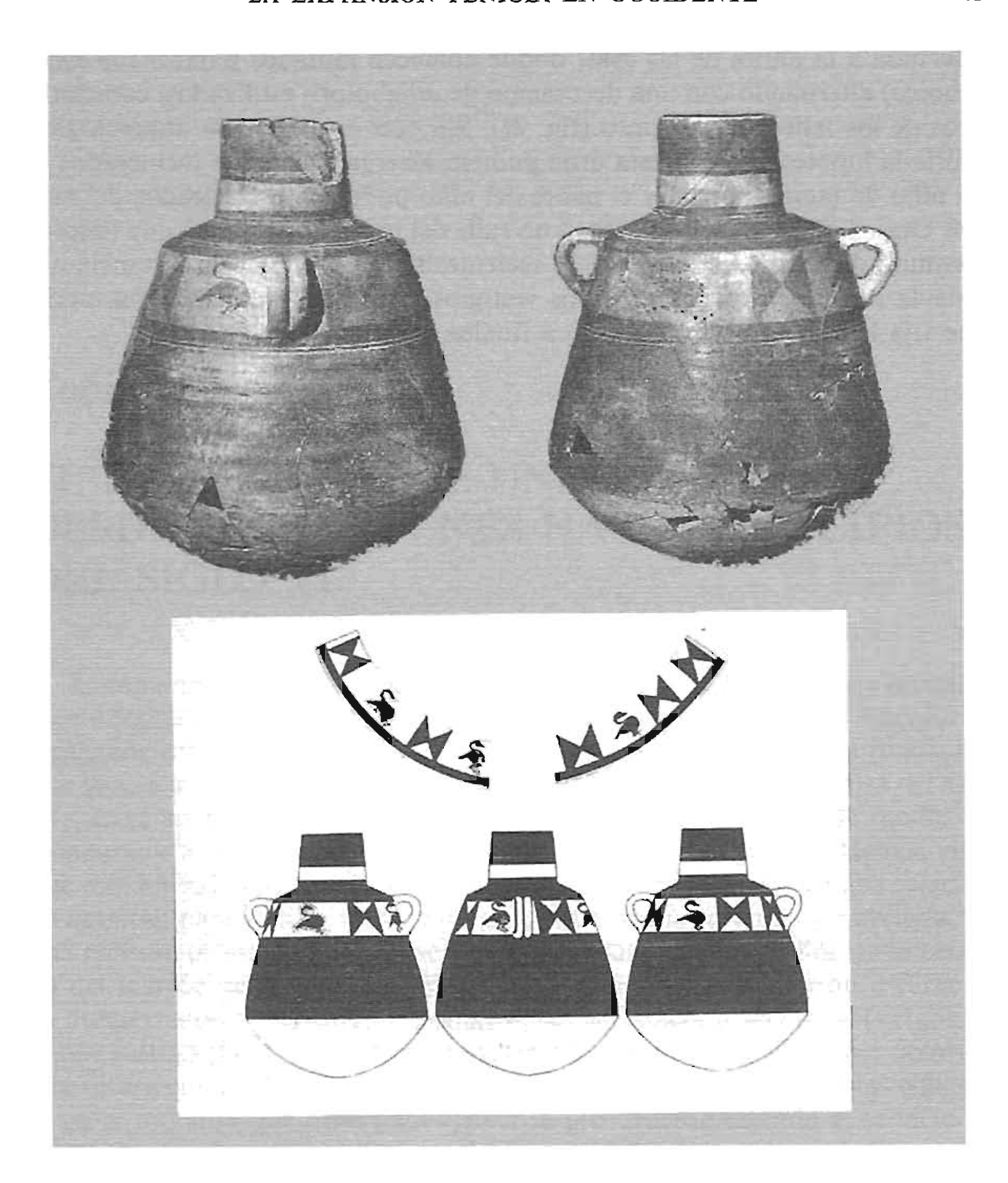


FIGURA 21. Ánfora procedente del tofet de Cartago (excavaciones Lapeyre).

cedentes de Eubea, y que pueden fecharse en el segundo o lo más tarde en el tercer cuarto del siglo VIII (M. Vegas, 1989, pp. 213-214) (fig. 20). Pero resulta difícil de precisar si son de procedencia directa de Eubea o si pasaron a través de la Italia central. Y en muchos casos, cuando estamos en presencia de un vaso de forma típicamente fenicia pero con una decoración claramente griega, no cabe excluir que esta cerámica se fabricara en Cartago, pero con la aportación de una mano griega salida de talleres corintios o euboicos: sería el caso de una pieza excepcional procedente de las excavaciones realizadas en el tofet de Salambó por el padre Lapeyre en 1934: una urna de engobe rojo, salvo una banda

reservada a la altura de las asas, donde aparecen pintados pájaros (de estilo euboico) alternando con una decoración de «diabolos» estilizados, característicos de los talleres de Corinto (fig. 21). Sin caer en la ficción arqueológica, cabría la hipótesis de que esta urna pudiera albergar los restos incinerados de un niño de familia mixta, y el padre del niño pudo ser el decorador del vaso (M. Gras, 1989, pp. 219-220). Para no salir del tema, concluimos que todo un conjunto de indicios arqueológicos recientes tiende a reducir la distancia que todavía subsiste entre los primeros vestigios materiales y la tradición escrita que fija la fundación de Cartago a finales del siglo IX.

Capítulo II

EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD: DESDE LOS ORÍGENES HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO VI

Comparado con los demás establecimientos fenicios de Occidente prácticamente contemporáneos, y más concretamente con los del litoral de Andalucía, arqueológicamente los más conocidos, Cartago constituye la única fundación que se adecua a los criterios de una ciudad. Y seguramente no es cosa del azar que, en el mundo semita, sólo Cartago diera pie a una leyenda de fundación comparable a las leyendas fundacionales de las colonias griegas. Hemos visto que esta leyenda estableció entre Cartago y la metrópoli de Tiro una relación de *apoikia*, para utilizar el vocablo griego, en forma, original y novelada, de una escisión provocada por el asesinato perpetrado por Pigmalión en la persona del marido de su hermana Elisa-Dido.* Los que acompañaron a Elisa en su huida fueron ciudadanos —*politai*—, según Timeo, o *senatores* (notables), según Justino (IV, 15), es decir, un sector de la aristocracia tiria, que dotarían a la futura ciudad de una estratificación social completa. También las ochenta *virgines* raptadas por Elisa para ejercer la prostitución sagrada al servicio de Venus durante la escala en Chipre (Justino, V, 4-5) asegurarían el poblamiento de la nueva ciudad. El rasgo es, indudablemente, paralelo al del rapto de las Sabinas, que también condicionó el desarrollo demográfico de Roma, y que aviva la sospecha de la existencia de un esquema estructural propio a estos relatos; pero en este caso, los antiguos vínculos entre Tiro y Chipre confieren a esta deportación de mujeres jóvenes el carácter de una auténtica *deductio*, de una transferencia políticamente organizada de población.

* Aunque muchos nombres fenicio-púnicos se han traducido habitualmente en una doble «ss» (Elissa, Massinissa, Gulussa, etc.), sin duda por fidelidad a la versión griega, aquí he optado por castellanizarlos definitivamente. En cambio, por lo que se refiere a los nombres de Aníbal, Asdrúbal o Amílcar, he preferido atenerme a su forma más implantada y convencional, pese a que, en realidad, su grafía debería incorporar la raíz semita «h»: Haníbal, Hasdrúbal, Hamílcar (véase el cap. VI). (*N. de la t.*)

De la colonia tiria a la metrópoli africana

Si en Roma hubo una afluencia de refugiados extranjeros atraídos por la política de asilo, en Cartago la llegada de los libios seducidos por las posibilidades de realizar negocios hizo el resto: «A partir de esta muchedumbre de hombres —dice Justino (V, 11)—, se formó una especie de ciudad». Los enviados de Útica vinieron a bendecir esta fundación, cuyo éxito parecía completo: «Los diputados de Útica —dice Justino (V, 12)—, viendo en ellos a unos padres, les llevaron presentes y les conminaron a fundar una ciudad allí donde el azar les había llevado a establecerse». La frase es ambigua: la exhortación a fundar una ciudad sugiere un patronazgo, lo que a su vez desmiente la entrega de regalos, que implica más bien una relación de vasallaje. Es la ambigüedad típica de las relaciones primerizas entre un establecimiento, Útica, cuyas tradiciones proclaman la anterioridad sin determinar su estatus, y una fundación más tardía, Cartago, claramente designada por otras tradiciones como destinada a convertirse en la metrópoli de los fenicios de Occidente.

Al salir de Tiro, Elisa-Dido no sólo se hizo acompañar por una delegación de la nobleza de la ciudad, sino que se llevó también lo que Justino (IV, 15) denomina los *sacra Herculis*, los objetos litúrgicos del culto de Hércules, nombre que adoptó el dios fenicio Melqart en la *interpretatio Romana*. Coherente en el desarrollo de su ficción, el texto de Justino presenta esta exportación como un acto de fidelidad a la memoria de Asherbas, el marido de Elisa, que fue sacerdote de Hércules-Melqart en Tiro. Pero se sabe que Melqart (el «rey de la ciudad» en fenicio) era la divinidad poliada de Tiro. Durante la primera fase de la colonización del extremo Occidente, el culto se extendió hasta Gades y Lixus, a ambos lados de las llamadas precisamente Columnas de Hércules. La exportación de los *sacra Herculis* aseguraba a la fundación de la colonia una consagración religiosa, del mismo modo que la presencia de ciudadanos y notables en el círculo de allegados de Elisa le confirió una base política.

Veremos que Melqart no conservó en Cartago el primer rango divino, ya que su culto estaba muy por detrás del de las dos divinidades supremas, la pareja formada por Tanit y Baʿal Hammon; pero el vínculo de unión entre la «nueva ciudad» y la antigua metrópoli quedará sellado durante siglos a través de la embajada que cada año salía de Cartago para celebrar un sacrificio en el templo de Melqart en Tiro (Quinto Curcio, IV, 2, 10). La ofrenda que los cartagineses llevaban para la ocasión representaba en origen, según Diodoro Sículo (XX, 14), un diezmo en el sentido estricto de la palabra, es decir, la décima parte de las rentas de la ciudad africana. Más tarde, ya próspero, los cartagineses fueron desatendiendo sus deberes de fidelidad, si bien, añade Diodoro, los peligros que corrieron a finales del siglo IV a raíz de la expedición de Agatocles, les devolvieron el respeto hacia aquellos deberes y enviaron al Melqart de Tiro suntuosas ofrendas. Mientras tanto, a raíz de las victorias de Cartago, se ofrecieron dones extraordinarios a la antigua metrópoli: en el siglo VI el senado de Cartago ordenó al hijo del general Malco que llevara al Hércules tirio una parte del botín capturado por su padre en Sicilia (Justino, XVIII, 7, 7);

a finales del siglo V, una estatua de bronce del dios Apolo procedente de Gela, Sicilia, fue enviada a Tiro para ser colocada en el santuario de Hércules. Pocos años antes de la caída de Cartago, Polibio (XXXI, 12) todavía mencionaba las naves portadoras de ofrendas destinadas a los dioses de Tiro, y veremos que en el año 195 Aníbal, que huía de incógnito de su patria, al ser reconocido en Cercina (Kerkenna, a la altura de Sfax) por mercaderes fenicios, se hizo pasar por el enviado del senado de Cartago en Tiro. Los lazos entre la vieja ciudad fenicia y la «ciudad nueva» se mantuvieron tan fuertes a través de los siglos —lazos que no se documentan tan claramente en ninguna otra ciudad fenicia de Occidente— que, más allá de la presentación novelesca de las leyendas de fundación, resultan casi superfluos los numerosos testimonios escritos (Diodoro, XVII, 40; Estrabón, XVII, 3, 15; Tito Livio, XXXIII, 49) que afirman que Cartago fue desde su origen una colonia oficialmente «transferida» por Tiro.

Así pues, Cartago asumió desde el principio un destino especial: ni «cabeza de puente» hacia el extremo Occidente o hasta la punta del Magreb, como las primeras fundaciones (Gades, Lixus, Útica), ni «factoría» con vistas a una estrategia mercantil, como los establecimientos del litoral del sur de España, acaso instalados en los siglos VIII y VII para consolidar las antiguas relaciones comerciales con Fenicia, por entonces amenazadas por las empresas de la colonización griega en el Mediterráneo occidental. Al igual que Útica, pero con un desfase en el tiempo que sugiere en sí mismo una vocación histórica distinta, Cartago se instaló en una posición geopolítica fuerte en la punta medianera del África mediterránea, una «tierra de misión» para la civilización artesanal y comercial de los semitas. Y la arqueología constata hasta la saciedad que las técnicas que llevaron consigo se implantaron sin demasiada competencia en el contexto indígena de los paleobereberes de época protohistórica.

Pero del relato de fundación conviene retener algunos rasgos que demuestran que, cuando la nave fenicia aborda la península de Cartago, no llega a una tierra totalmente carente de organización política. Más allá de su función etiológica, la historia de la piel de buey cortada en tiras muy delgadas implica, y apenas oculta, el pago de un tributo de pago obligado a una autoridad reconocida. Lo confirma y lo precisa el resto del relato cuando, tanto en Timeo de Taormina como en Justino (VI, 1), Elisa-Dido es solicitada en matrimonio por el rey de los libios, y más concretamente por un personaje que Justino llama Hiarbas, al que cree rey de los maxios, nombre apenas deformado de los habitantes de un territorio próximo a Cartago, el *pagus Muxi* que, en forma romanizada, fue heredero de una circunscripción territorial púnica (J. Desanges, 1967, pp. 304-308). Pese a los avatares de su transmisión, el relato legendario canaliza una vez más la realidad de una coexistencia política, en los orígenes de Cartago, entre los fundadores de la colonia llegados de Oriente y una soberanía libia (G. Camps, 1979, p. 44); aunque la leyenda añade que Elisa se sacrificó en la hoguera para escapar a las instancias del rey de los maxios, lo que fija los límites de esa coexistencia. Pero interesa señalar que los inmigrantes fenicios no introdujeron sus técnicas artesanales y mercantiles en un espacio total-

mente vacío desde el punto de vista étnico y político. Lo que denominamos civilización púnica —unas prácticas religiosas y funerarias, unas formas de vida y un artesanado— nació del encuentro en tierras africanas entre un sustrato libio-bereber todavía inmerso en la protohistoria y una cultura semita ya inmersa en la historia. En cierta forma, es el producto de un injerto realizado con éxito.

La primera Cartago

Lo cual no excluye que en la península donde nació, cercana todavía entonces a la isla que fue en los albores de los tiempos humanos antes de que los aluviones del Medjerda crearan y consolidaran el cordón litoral que la uniría al continente, Cartago fuera una creación *ex nihilo*, tal y como ha demostrado la arqueología, en contra de Virgilio.

Virgilio describió el nacimiento material de Cartago a su manera, a la manera de un poeta que procede mediante atajos que comprimen, en una visión sintética, una inmensa obra de creación a través de los elementos escalonados de la evolución de una ciudad real, pero también ideal: «Eneas admira esta obra, hasta no hace mucho constituida por simples chozas; admira sus puertas, la animación y el adoquinado de sus calles. Los tirios trabajan arduamente; prolongan las murallas, levantan la ciudadela ... unos construyen puertos, otros colocan asientos profundos en los teatros ... ¡Oh, dichosos aquellos cuyos muros se elevan ya del suelo, dice Eneas y, alzando sus ojos, contemplan los techos que coronan la ciudad!» (*En.*, I, 421-427). Esta ciudad que Eneas ve levantarse es tanto la Roma que él mismo sueña con fundar, como la Cartago que Augusto, poco antes de nuestra era, decide reedificar, al menos parcialmente, sobre las ruinas de la ciudad destruida en el 146 a.C., como es el caso de los puertos superpuestos a los antiguos *cothons*.

A nadie extrañará si decimos que, frente a esta pródiga imagen literaria relativa a la emergencia de la primera Cartago, la arqueología tan sólo puede proponer un paisaje bastante pobre (fig. 22). Los arqueólogos saben perfectamente que en todo yacimiento los vestigios de un primer establecimiento, en gran parte mermados, si no totalmente arrasados, por los nuevos emplazamientos, y engullidos en las profundidades de terraplenes y de superposiciones, sólo han dejado huellas poco perceptibles. No es difícil imaginar lo que puede ocurrir en un sitio que ha conocido el paso de quince siglos de transformaciones, hasta su casi último y definitivo soplo de vida, en el 698, una ciudad cuyos restos fueron luego desmembrados al filo de los años para ser trasladados y reutilizados por los constructores de Túnez, de Kairuán, e incluso de Pisa y Génova. En las páginas siguientes tendremos ocasión de repetir que la situación arqueológica más frecuente en Cartago, lejos de presentar elevaciones y estructuras de muros, revela sobre todo los negativos de estos muros y de sus fundamentos, vendidos piedra a piedra a lo largo de los siglos, e incluso todavía hoy. Hasta el punto de que durante la campaña de excavaciones internacionales patrocina-

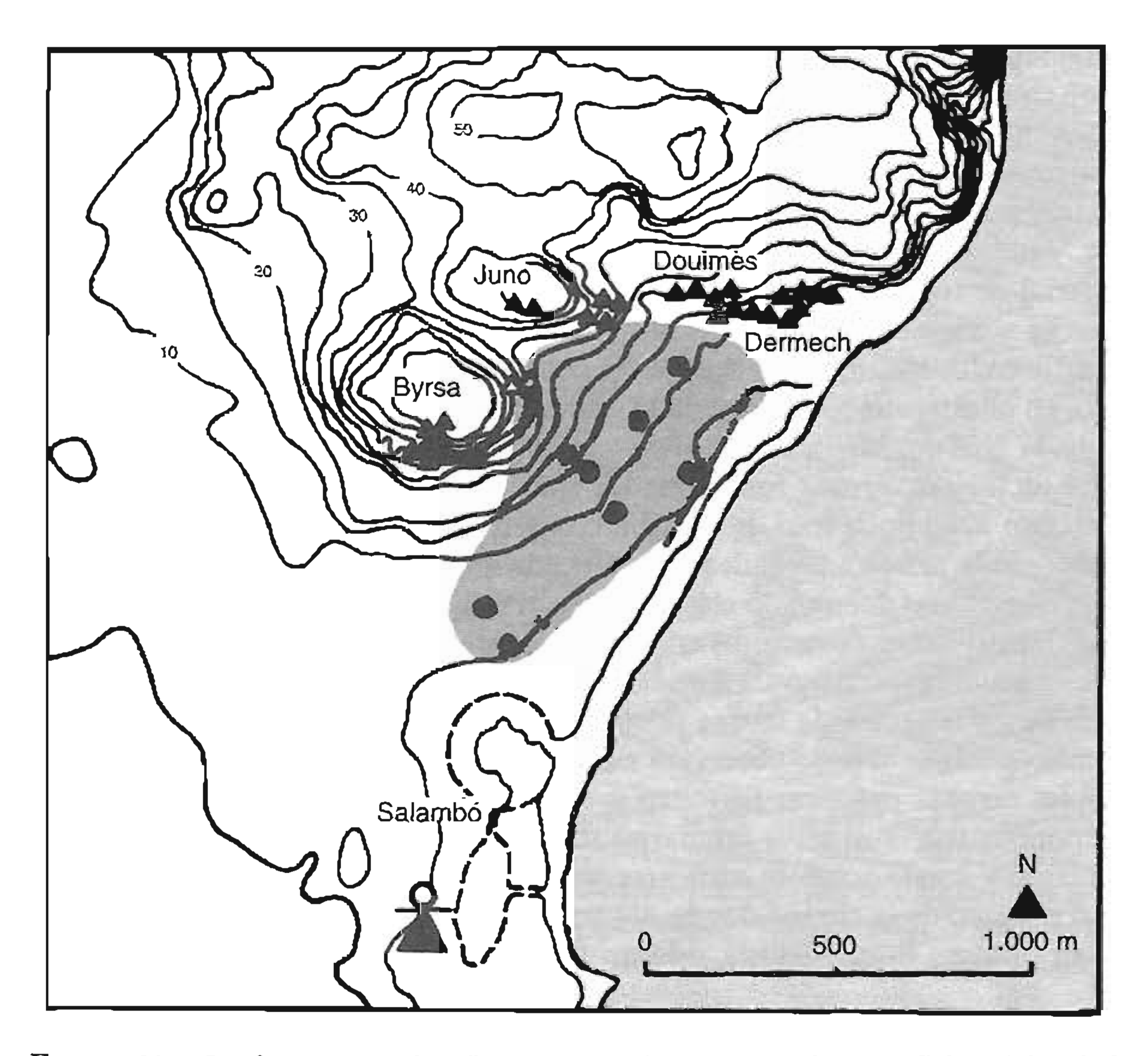


FIGURA 22. La Cartago arcaica. La zona en gris representa la superficie teórica de la ciudad, rodeada en la periferia por las necrópolis de Byrsa, Juno, Douimès y Dermech. En el barrio de Salambó, los puertos, al este del tofet, todavía no existían en aquella época.

das recientemente por la Unesco el vocabulario de los arqueólogos incorporó un nuevo término para designar esta constatación con tanta frecuencia anotada en los informes: el de «robber trench», «fosse de spoliation» o «fosa de saqueo».

Antes decíamos que en la época en que se empezó a interrogar al suelo de Cartago —en la segunda mitad del siglo XIX—, con métodos que no tenían ni la exactitud, ni la sensibilidad, ni los escrúpulos científicos actuales, sólo los estratos subterráneos de los muertos, preservados de los saqueos por su propia profundidad, habían empezado a hablar. Si bien las excavaciones recientes (1976-1985) de la misión arqueológica francesa han puesto de manifiesto el papel funerario de la ladera sur de la colina de Byrsa desde principios del siglo VI (S. Lancel, 1982, pp. 263-364), y completado así el mapa de las necrópolis arcaicas, lo esencial de esta topografía se conocía ya desde hacía varias décadas. Así sabemos que las primeras sepulturas se emplazaron, por un lado, com-

pletamente al norte de la pequeña planicie litoral, en los lugares llamados Dermech (hoy en la parte alta del parque arqueológico de las termas de Antonino) y Douimès (al otro lado de las vías de tren del TGM), y por otro, en las laderas expuestas al este de la colina llamada de Juno; en ambos sectores algunos enseres funerarios se fechan, a partir de las cerámicas griegas, a finales del siglo VIII, y no se excluye la posibilidad de que algunas tumbas que sólo contenían material de tradición fenicia puedan ser anteriores. En el sur de la colina de Juno se alcanzan fechas apenas más recientes —primera mitad del siglo VII— a partir de los ajuares funerarios de la colina de Byrsa. Exactamente al sur del sitio, en el extremo occidental de lo que mucho más tarde será el puerto mercante, el área de sacrificio del tofet —descubierto en 1922— completa el panorama de las estructuras funerarias (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 13-60).

Hasta hace poco sólo se contaba con estos datos para inferir el emplazamiento de la primera ciudad, y aun procediendo por analogía: se sabe que en las civilizaciones del mundo clásico las necrópolis se desplazaban hacia la periferia del hábitat, y extramuros en el caso de que este hábitat estuviera rodeado de una muralla. Nada avala que esta separación entre vivos y muertos —una prohibición religiosa de la que se conocen excepciones, como por ejemplo la Atenas del siglo VI— se observara rigurosamente en medios semitas. Aunque simples razones prácticas permiten avanzar la hipótesis de que el hábitat correspondiente a estas áreas funerarias se erigió en el amplio espacio delimitado por ellas, y donde debió de edificarse tambien, en su límite sur, el tofet: un área en el extremo de la ciudad donde, según Justino (VI, 6), Elisa-Dido hizo montar su pira, en lo que habría sido un gesto fundador del ritual.

El hábitat más antiguo: las recientes investigaciones

Para verificar esta hipótesis quedaban por descubrir en el perímetro así delimitado vestigios del hábitat arcaico. En 1978-1979, en la excavación realizada por la misión arqueológica alemana al borde del paseo marítimo, frente al ex palacio del bey, se descubrió en las tierras de relleno subyacentes un hábitat púnico de finales del siglo V, con material cerámico arcaico y elementos fechables hacia finales del siglo VIII: significaba que a unas decenas de metros hacia el interior de la orilla actual, un hábitat arcaico, del que subsistían dos tramos de muros del siglo VII, pero que luego aparecía nivelado, se había utilizado de base para construcciones posteriores. A la derecha de ese punto, aunque más hacia el interior de las tierras, en la ladera sureste de la colina de Byrsa, y en el eje de lo que será luego el *decumanus maximus* romano, una excavación realizada en 1983 (F. Rakob, 1984, pp. 3-4) descubrió estructuras *in situ* bastante modestas: el zócalo de una pared de adobes sin cocer, asociado a un suelo de tierra batida y a material cerámico que permiten remontarse hasta finales del siglo VIII (punto 5 en nuestra figura 23).

Toda una serie de observaciones realizadas en estos últimos años a partir de sondeos estratigráficos puntuales en diversos puntos del sector norte de la

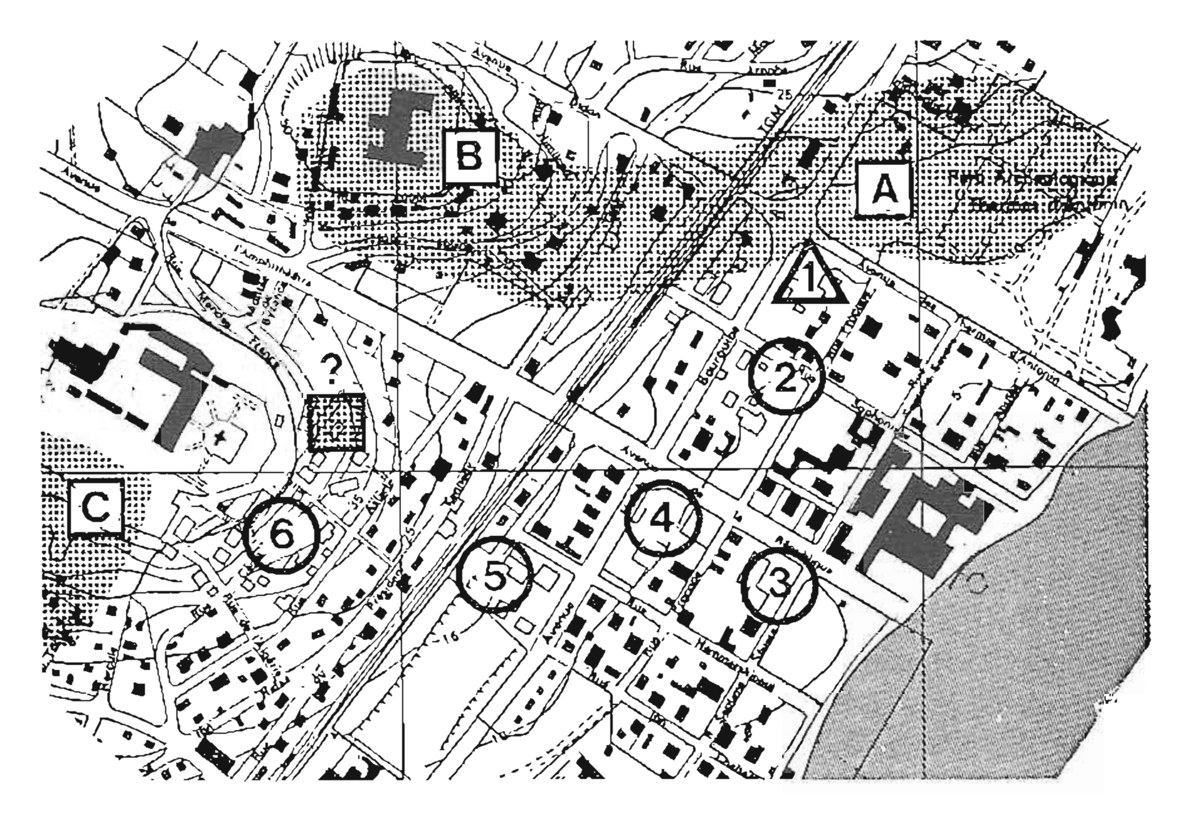


FIGURA 23. La zona norte del sitio urbano de la Cartago púnica. La zona punteada en gris corresponde a la zona de necrópolis: A: Dermech-Douimès; B: colina de Juno; C: ladera sur y suroeste de Byrsa; en la ladera este, el cuadrado con un signo de interrogación representa las hipotéticas «tumbas Saumagne». En el cruce de la Avenida Habib Bourguiba con la Avenida de las Termas de Antonino, el triángulo 1 marca la ubicación de una tumba arcaica excavada por Cintas (*Manuel d'Arch. punique*, t. I, 1970, p. 441). Los círculos marcados del 2 al 6 representan la ubicación de los vestigios de hábitat arcaico descubiertos en recientes sondeos.

llanura litoral, entre la orilla y las faldas de las colinas de Juno y de Byrsa, han permitido apreciar la extensión de la ciudad arcaica, aunque no siempre de manera exacta, antes de finales del siglo VIII, o por lo menos entre principios del siglo VII y el siglo VI (fig. 23). Cabe observar, para la pequeña historia que así se engrana en la gran historia, que muchas de estas observaciones partieron de un equipo de arqueólogos británicos que localizaron los estratos arqueológicos que habían quedado al descubierto gracias a las obras de canalización y desagüe realizadas en la primavera de 1986 en las calles de la actual concentración urbana: porque hasta aquel momento, si la Cartago romana disponía de alcantarillas alineadas en el eje de todos sus cardios y decumanos, la moderna Cartago había vivido a la púnica, vertiendo sus aguas en el mismo tipo de pozos negros descubiertos por la misión arqueológica francesa en el barrio de época helenística situado en la ladera sur de Byrsa.

En el norte no se encontró el límite entre las tumbas conocidas más próximas y la aglomeración arcaica —tal vez en forma de una hipotética muralla cuyos vestigios se han buscado en vano. En ausencia de estructuras de hábitat, pueden servir de testimonio algunos estratos fechados gracias al material del

siglo VI bajo la actual calle de Sofonisbu, entre los *decumani* romanos II y III (S. Ellis, 1987, p. 12) (punto 2 en nuestra figura 23). Y más al sur, los estratos de principios del siglo VII sin estructuras *in situ*, constituyen asimismo un hito más en la esquina formada por la Avenida Burguiba y la Avenida de la República (F. Chelbi, 1983, p. 80) (punto 4 en la figura 23). Pero es en la parte central de la llanura litoral donde mejor se documentan los vestigios de hábitat arcaico. A los resultados del sondeo de 1983 bajo los niveles del *decumanus maximus* romano se han añadido los de otros dos sondeos realizados en el mismo eje, uno en la intersección del *cardo* X, el otro en el cruce del *cardo* XIII (punto 5 en la figura 23): allí se descubrieron restos de paredes y de suelos fechados a finales del siglo VIII y principios del VII (F. Rakob, 1989, pp. 34-37). Una excavación más próxima a la actual orilla del mar, entre los *cardines* romanos XIII y XIV, en la calle Séptimo Severo, reveló en 1987-1988 una sucesión de once niveles diferentes de pavimento, los más antiguos fechables en el VIII, con restos evidentes de actividad industrial: metalurgia (escorias de hierro, toberas para la activación de los bajos hornos); talleres de tinte (depósito de murex triturado) (punto 3 en la figura 23). Resulta evidente que allí, cerca de la línea de costa, situada en aquella época varias decenas de metros por detrás de su línea actual, hubo un barrio artesanal periférico entre la orilla del mar y el hábitat propiamente dicho. Se han encontrado sobre todo fragmentos de copas euboicas que confirman importaciones procedentes del mar Egeo hacia Cartago a mediados del siglo VIII, y que son, hoy por hoy, los testimonios más antiguos descubiertos en Cartago en un contexto de habitación (M. Vegas, 1989, pp. 213-216; *supra*, fig. 20).

Al sur del eje formado por el *decumanus maximus* romano, y entre éste y el tofet, los vestigios de ocupación de la época arcaica son todavía escasos. Su indicación más clara se refiere a la existencia de otro barrio artesanal, hasta un punto fijado hacia el sur a 35 metros al norte del *decumanus* IV romano, caracterizado por hornos de alfarero fechables entre la segunda mitad del siglo VII y el siglo VI, una especie de suburbio industrial de época arcaica situado entre los barrios de habitación y el tofet (F. Rakob, 1990, pp. 39-41). En la medida en que estas investigaciones puntuales permiten elaborar plantas de fase, parece que el primer núcleo urbano ya evidente en la segunda mitad del siglo VIII —y en esto coincide con las fechas más arcaicas comúnmente aceptadas para las necrópolis y el tofet—, se erigió en el sector norte de la llanura litoral, a continuación de las colinas de Juno y de Byrsa, y que luego se extendió hacia el este, en avanzada hacia el mar, y sobre todo hacia el sur en dirección al tofet, del que originariamente distaba cerca de un kilómetro. Esta progresión hacia el sur se debió al principio a la implantación precoz de actividades artesanales y no pudo afectar al conjunto de esta zona meridional del sitio. La estratigrafía de los sondeos efectuados en este sector mostró, en efecto, que en su parte baja la pequeña llanura litoral era inutilizable antes de ser rellenada: a este lado de la curva de nivel de los 5 m sobre el nivel del mar dominaba entonces una orilla lacustre que quedó fuera de la primera organización urbana de Cartago (S. Lancel, 1990, pp. 12-13). Las instalaciones portuarias, que las lagunas ac-

tuales rememoran sin apenas cambios, no existían entonces, al menos con esta forma, y veremos que los primeros puertos de esta ciudad, que fue durante siglos una potencia eminentemente marítima, continúan siendo un misterio.

Las investigaciones arqueológicas más recientes tampoco arrojan ninguna luz sobre el problema de la acrópolis de la ciudad arcaica. El texto de Virgilio relativo a la estratagema de Dido, que corta la piel de buey en delgadas tiras para delimitar así su territorio («de ahí —añade Virgilio—, su nombre de Byrsa»), fue glosado por su comentarista del siglo IV de nuestra era, el gramático Servio, así: «Cartago se llamó al principio Byrsa» (*Ad Aen.*, IV, 670). ¿Qué pensar al respecto? Recordemos ante todo que la leyenda de la piel de buey «confirma al menos que el griego o el cartaginés helenizado que la hizo circular consideraba la región de Cartago llamada *Byrsa* el lugar escogido por los fundadores de la colonia para un primer asentamiento» (St. Gsell, *HAAN*, t. II, 1921, p. 8). Esta consideración nos basta para inclinarnos a admitir que este nombre de Byrsa pudo ser la apelación *princeps* de la ciudad y, desde los orígenes, aplicada a lo que a partir de entonces sería, según los textos tardíos, el núcleo central de la ciudad. Según uno de estos textos que describe la situación urbana en época helenística, «en medio de la ciudad se encontraba la acrópolis, a la que llamaban Byrsa» (Estrabón, XVII, 3, 14). Es más que probable que el emplazamiento de la ciudadela no variara durante la época púnica, y que ya en la época arcaica estuviera situada allí donde la localizan claramente no sólo Estrabón, sino también los diversos textos relativos a la toma de la ciudad en el 146 a.C. (S. Lancel, 1988, pp. 61-89).

Acabamos de ver que, a partir de mediados del siglo VIII, de acuerdo con el estado actual de nuestra cronología, la primera ciudad se desarrolló muy cerca de las necrópolis arcaicas, y sobre todo entre el mar y la colina conocida con el nombre de «Byrsa», apelación reciente de la colina en otros tiempos llamada de San Luis, con lo que la toponimia moderna toma claro partido en el debate. Existen pues poderosas razones para pensar que al menos en la cima de esta colina (pues todo el flanco sur estuvo ocupado en época arcaica por una necrópolis) se elevó la ciudad arcaica correspondiente a los habitantes parcialmente reconocidos en la llanura litoral. Fue uno de los logros —por desgracia negativo en este caso— de los últimos trabajos de la misión arqueológica francesa: aportar la prueba de que la cima de esta colina fue nivelada y transformada en meseta por los ingenieros encargados de preparar los cimientos de la colonia romana en época de Augusto —a finales del siglo I a.n.e.— (S. Lancel, 1983, pp. 5-9). Y este arrasamiento, que sin duda se debió también a motivos políticos, hizo desaparecer todo vestigio de lo que con toda probabilidad había sido, desde sus orígenes, el corazón religioso de la metrópoli púnica.

Constatar los límites de las últimas investigaciones —añadamos que seguimos en la más perfecta inopia acerca de la existencia de una muralla y de su posible emplazamiento— no significa minimizar su importancia para el conocimiento de la ciudad arcaica, sobre todo de su «volumen»: la aglomeración del siglo VII ocupa ya una parte importante de la llanura litoral —cientos de metros en ambos ejes—, por no mencionar la teórica ocupación de los altos

de Byrsa. Un cinturón suburbano de talleres (metalúrgicos, tintoreros, alfareros, bataneros) le aseguraba un mínimo de producción necesaria para la vida cotidiana, y acaso también para la exportación, por ejemplo de la cerámica. Los trazados observados (otros parecen todavía dudosos) muestran como mínimo que, desde el siglo VII, en la parte central de la llanura litoral, este hábitat no se implantó de forma anárquica, sino según un trazado general más o menos paralelo a la línea de costa, trazado que en este lugar del sitio será recuperado por todos los trazados posteriores, y que los agrimensores romanos generalizarán luego en todos los asentamientos de la colonia desde la época de Augusto.

Pero quedan considerables zonas oscuras. Lo poco que estos sondeos nos enseñan sobre la calidad de este hábitat pertenece rudimentariamente a una época muy temprana, e incluye fragmentos de muro de adobe y suelos de tierra batida. No se conocen las plantas de estas casas ni, por consiguiente, el modo de vida ni su disposición. Ya hemos comentado la carencia de información sobre los puertos, la ciudadela y las defensas de la ciudad. Lo mismo ocurre con los monumentos públicos y la vida civil y religiosa, salvo el tofet y las necrópolis.

Las enseñanzas de la arqueología funeraria

Por lo tanto es preciso volver al contexto funerario para completar el conocimiento de la Cartago arcaica. Y en primer lugar sus necrópolis. Tal vez sea en la ciudad púnica donde esta arqueología del hallazgo cerrado y sellado, del mundo petrificado de los muertos, ha paliado mejor los silencios de los textos y las insuficiencias de la investigación del mundo de los vivos.

Nuestros predecesores de principios de siglo utilizaron para su tarea ese maravilloso instrumento de «excavación» (¡y de destrucción!) al que llamaban «Decauville»: unos raíles de vía estrecha por los que circulaban vagonetas llenas de tierras para tamizar. En un sitio inclinado como Cartago, donde las necrópolis están en la ladera de la colina, los raíles se instalaron abajo o a media pendiente y, como dice en alguna parte el padre Delattre de forma ingenua y pintoresca, «así podíamos llegar por terreno llano» hasta las tumbas situadas en las profundidades. Gracias a estos cortes verticales, el visitante puede ver todavía hoy, en la ladera sur de la colina de Byrsa y de Dermech, en el parque de las termas de Antonino, tumbas construidas en forma de cámara hipogea que sus constructores habían unido cuidadosamente, de acuerdo con la moda oriental, en el fondo de unos pozos a varios metros de profundidad. Un poco antes y algo después de 1900, se excavaron cerca de un centenar de estos monumentos, a veces so pretexto de ceremonias mundanas (fig. 24).

Tipología de las tumbas

La organización arquitectónica de estas tumbas es, con algunas variantes, siempre la misma. La cámara funeraria, un gran cajón de piedra cúbica, suele



FIGURA 24. Apertura de una tumba púnica en Cartago, en la «Belle Époque».

encerrar o bien simples nichos y celdillas dispuestas en las paredes, o bien sarcófagos de piedra, casi siempre dos. De hecho, salvo reinhumaciones excepcionales, la experiencia de la excavación ha revelado en general una doble ocupación de estas sepulturas. Esto significa que, salvo en caso de muerte simultánea de ambos ocupantes, para enterrar al segundo había que volver a extraer del pozo la arena con que se había cubierto la pesada losa de obturación en la primera inhumación. Las losas apuntaladas a modo de tejadillo encima del techo de la cámara funeraria, que estaban disimuladas en la fachada anterior por un paramento elevado en aparejo isodómico, tenían sobre todo la función de formar un arco de descarga, es decir, aliviar el techo de la tumba del peso de las tierras y de la arena (figs. 25 y 26). Este dispositivo explica que estas cámaras se encontraran por lo general intactas, y poco o nada infiltradas. En estas condiciones se comprende también que la excavación revelara a veces una parte del revoque de estuco hecho a base de granos muy finos, de un blanco brillante, que revestía las paredes internas de los panteones mejor acabados, tan bien labradas y aparejadas, con sus losas cuidadosamente erguidas y encajadas a seco, que habrían podido ahorrarse todo este ropaje (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 160-161). El techo de piedra, constituido por el revés perfectamente desbastado de las losas de cobertura, estaba reforzado en el interior de las tumbas más ricas con un revestimiento de madera, que podía ser de tuya, sándalo, cedro o ciprés, en gran parte disponibles en los bosques próximos a Khroumirie, al noroeste de la actual Túnez. No queda nada de estos techos de madera, de los que sólo se encontraron algunos fragmentos durante las excavaciones de

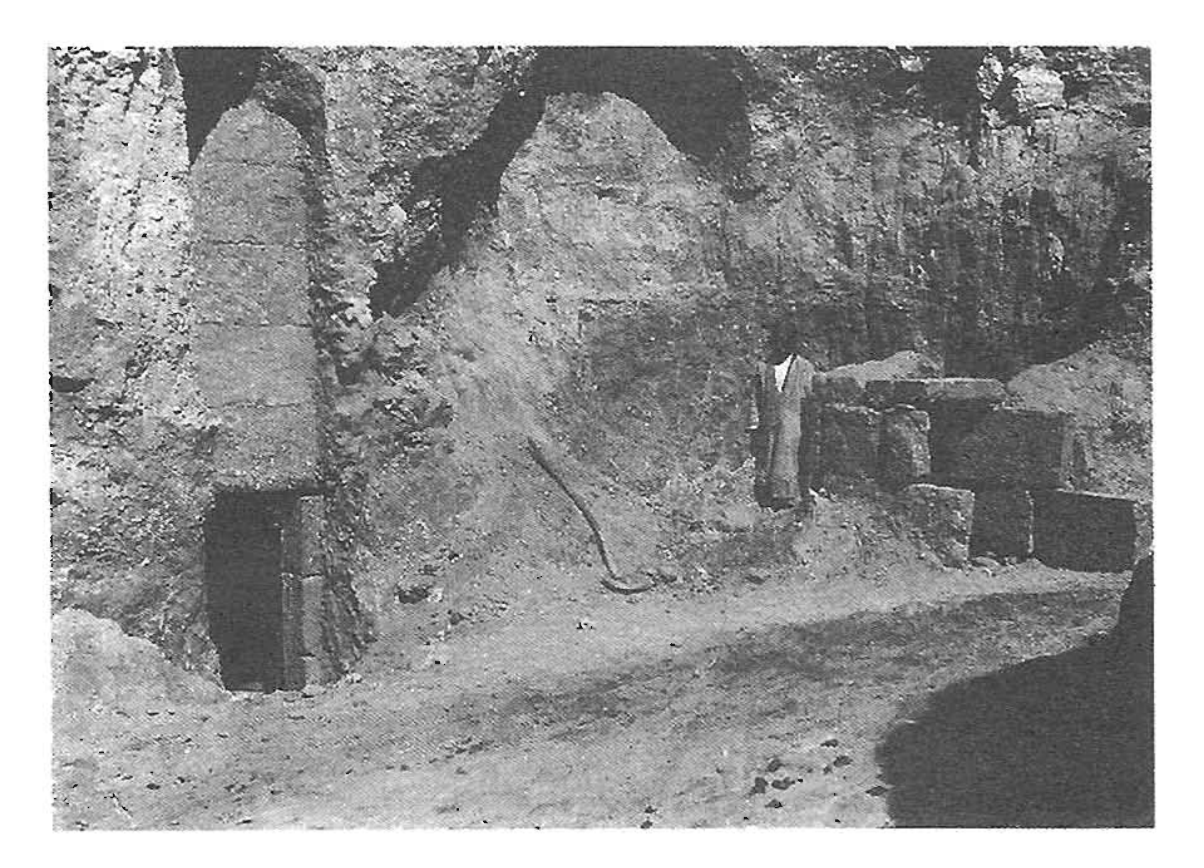


FIGURA 25. Hallazgo de tumbas púnicas en Dermech a principios de siglo.

principios de siglo, pero las ranuras horizontales todavía visibles en algunas tumbas, situadas justo debajo del techo de piedra, atestiguan una técnica de carpintería del siglo VII a.n.e. (H. Bénichou-Safar, 1982, p. 162). Los ajuares funerarios se encontraban en los nichos excavados en los muros, bien alrededor del cuerpo (fig. 27), bien encima de la tapa del sarcófago, si esta era la modalidad escogida.

Estas tumbas construidas eran muy minoritarias porque, en el conjunto de las necrópolis arcaicas, no llegan al centenar entre cerca de un millar de sepulturas exploradas. El coste de tales monumentos, en materiales y en mano de obra, basta por sí solo para explicar su relativa rareza. Probablemente fueran la «morada de eternidad» de ricos notables, aunque la calidad de los ajuares funerarios encontrados en ellas, en la medida en que hayan podido identificarse, no confirma plenamente esta sensación de riqueza.

Menos monumental y menos elaborado resulta un segundo tipo de sepulturas construidas en forma de artesa (fig. 28) donde grandes losas monolíticas forman una cista completa, con su fondo, sus paredes y su tapa, y de tamaño pensado para un solo cuerpo (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 102-105). En las más cuidadas, las paredes internas están revestidas de estuco, y no es raro detectar los restos de madera de un sarcófago (fig. 29). El ajuar estaba dispuesto o en el fondo de la cista, a lo largo del cuerpo, o en un nicho interior o exterior a la sepultura.

Estas cistas pueden considerarse un perfeccionamiento del tipo de sepultu-



FIGURA 26. Las tumbas púnicas de la ladera sur de Byrsa descubiertas por Delattre, y acondicionadas en 1980 por la misión arqueológica francesa.

ra que, con las incineraciones *a pozzo*, aparece como la más antigua del sitio de Cartago. Se trata de simples fosas excavadas en el suelo natural: a veces arenisca de argamasa calcárea, pero más frecuentemente una arcilla pesada con vetas de marga blanquecina y abundantes filones arenosos. La profundidad de esta fosa —del tamaño de un cuerpo— excavada a partir del nivel del suelo natural es variable, pero puede alcanzar de cuatro a cinco metros. Una vez conseguida la profundidad deseada, con el fondo previamente apisonado, se colocaba el cuerpo en un sarcófago, o sobre un armazón de madera cuyos vestigios suelen aparecer en el fondo de la fosa, al final de la excavación (véase, para Byrsa, S. Lancel, 1982, pp. 263 ss.). Los objetos del ajuar funerario estaban dispuestos a lo largo del cuerpo, sin regla fija, y dos o tres losas de caliza toscamente desbastadas recubrían esta sepultura bastante rudimentaria. Una variante perfeccionada consistía en tapizar las paredes de esta fosa con algunos ortostatos, pero sin guarnecer el fondo, a diferencia de las cistas enteramente construidas (fig. 30).

RITOS FUNERARIOS

La excavación mostró que, en época arcaica, el rito de la incineración, muy minoritario pero bien documentado, coexistió con el de la inhumación, sobre todo en los sectores de la necrópolis de Douimès y las colinas de Juno y de

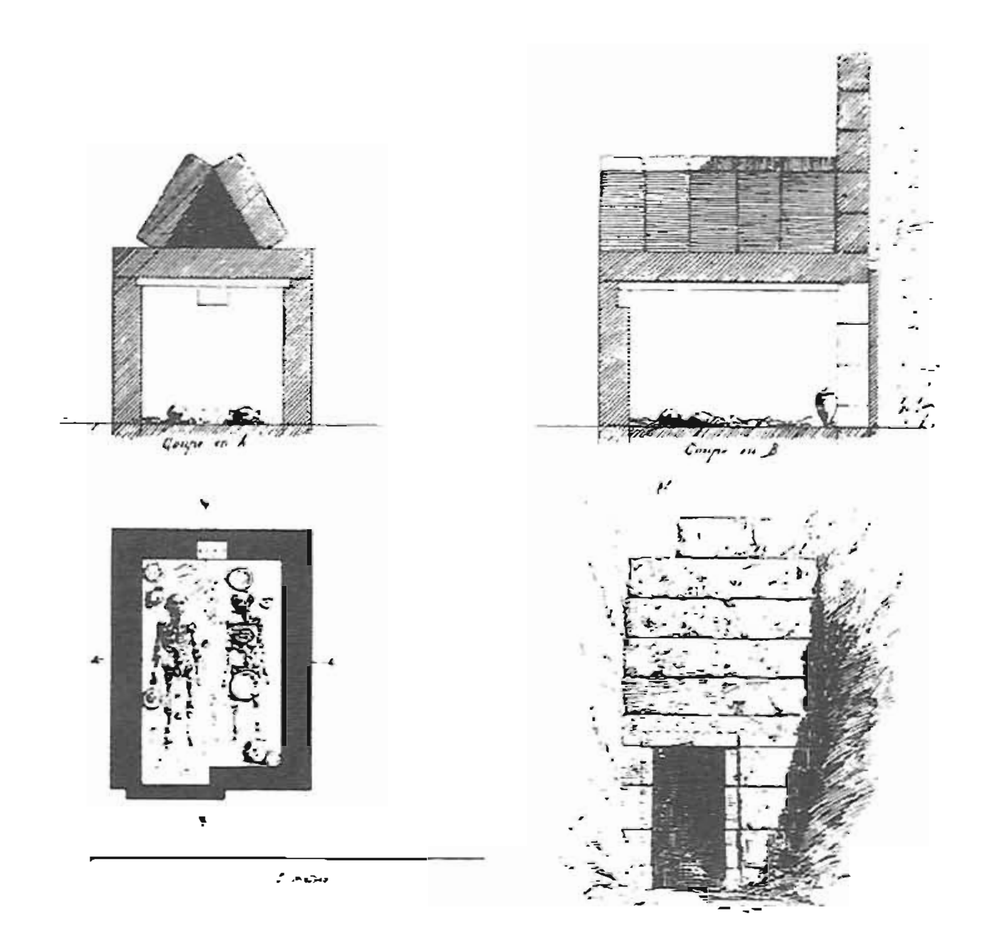


FIGURA 27. Una tumba de Dermech excavada por P. Gauckler en 1899. La cámara presentaba un techo de madera de cedro.

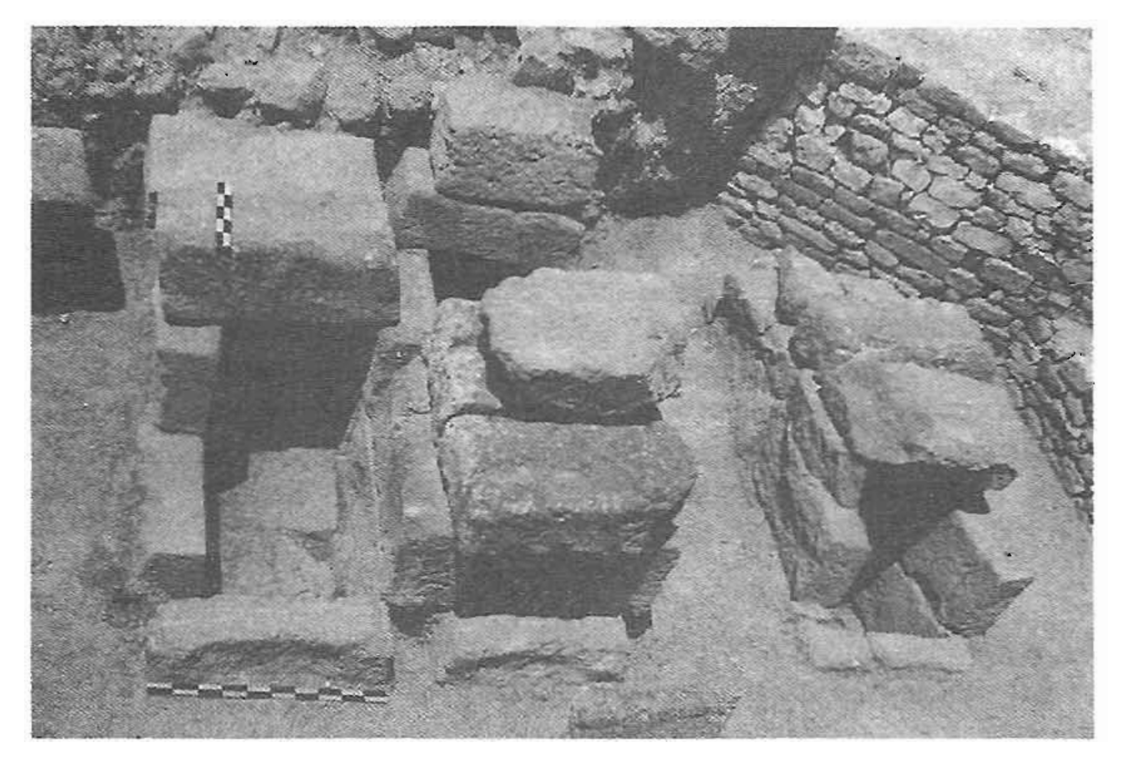


FIGURA 28. Cistas en la ladera sur de Byrsa.

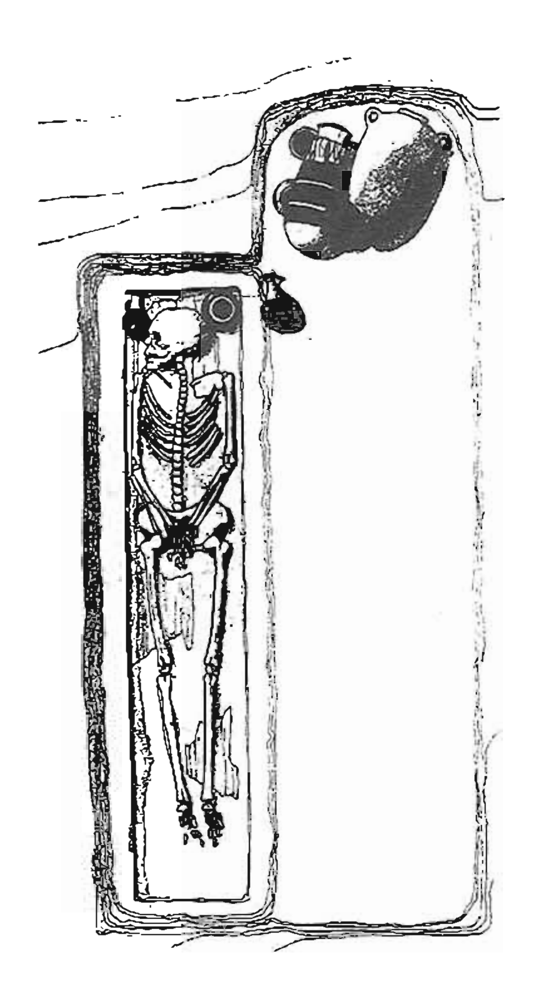




FIGURA 29. Inhumación en fosa de la necrópolis de la ladera sur de Byrsa; debajo del esqueleto aparecen los restos de un sarcófago o de un simple armazón de madera. Una parte importante del ajuar funerario se halla fuera de la tumba.

Byrsa. Mientras que en época tardía este ritual fue mucho más frecuente, como veremos, y los restos incinerados se encuentran por lo general recogidos en un osario, en la incineración arcaica las cenizas se colocaban o bien dentro de un ánfora depositada a su vez en una cavidad preparada con losas (fig. 31: tumba A. 143 de Byrsa: S. Lancel, 1982, pp. 340-348), o bien directamente en el suelo de una tumba en forma de pozo redondo y no muy profundo (tumba *a pozzo*), que era la costumbre más generalizada. Nunca se han encontrado cenizas *in situ*, lo cual significa que la cremación del cuerpo no se realizaba allí mismo.

Las fechas atribuibles a estas tumbas de incineración suelen ser muy arcaicas. El análisis paleográfico de una inscripción hallada en un ánfora de la colina de Juno con los restos incinerados de un personaje con el nombre teóforo de GRBʿL indicaría una fecha en torno a principios del siglo VII (H. Bénichou-Safar, 1982, pp. 328-329). Esta datación se confirma en muchos casos gracias al análisis del material cerámico que acompaña a estos restos incinerados, entre los que cabe señalar la frecuente presencia —que se hace rara en el contexto de las tumbas de inhumación— de objetos de marfil que parecen haber sido sometidos al fuego de la cremación junto con el cuerpo (A.-L. Delattre, 1921, p. 96; S. Lancel, 1982, pp. 345-347). Pudieron observarse rasgos



FIGURA 30. Tumba de fosa de la ladera sur de Byrsa, revestida de lajas. El ajuar funerario se encuentra en el exterior.

comunes en estas sepulturas de incineración arcaicas: en primer lugar, allí donde se documentan, aparecen reagrupadas (necrópolis de Juno, necrópolis de Byrsa) en pequeños sectores o barrios donde este ritual se revela homogéneo (S. Lancel, 1981, p. 160); en segundo lugar, entre el material asociado figura casi siempre el ánfora ovoide alargada de tradición «cananea» (fig. 31); y finalmente su ajuar incluye, con una frecuencia altamente significativa, marfiles manufacturados que figuran entre los objetos más representativos de la herencia fenicia —luego volveremos sobre ello. ¿Es suficiente para esbozar una explicación de este rito de la cremación que contrasta, en esta época, con la práctica mayoritaria de la inhumación? Los primeros excavadores —por ejemplo A. Merlin (1918, pp. 310-311)— veían en el ritual de incineración el hecho y la marca de un sector de población indígena no asimilada ni integrada a la población fenicia: nosotros proponemos, por el contrario, reconocer en ello el efecto de una fidelidad especial, por parte de una población ya ampliamente mezclada

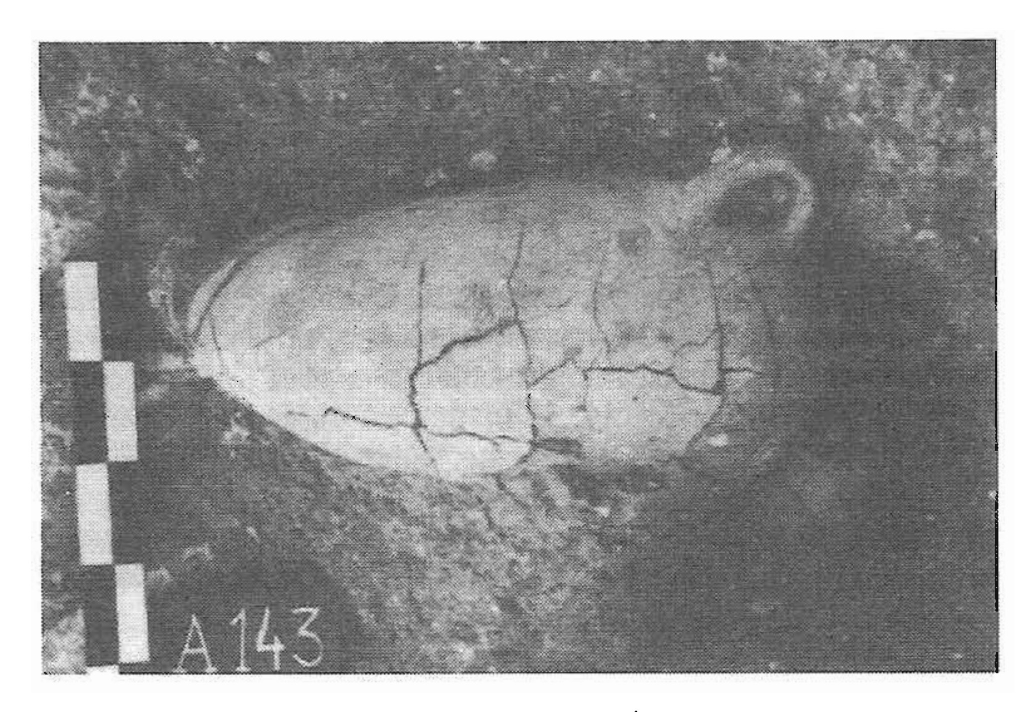


FIGURA 31. Necrópolis de la ladera sur de Byrsa. Ánfora «cananea» que contiene restos incinerados.

a principios del siglo VII, hacia una práctica, la cremación, bien documentada en la misma Fenicia y en la necrópolis arcaica de Motya, en Sicilia (St. Gsell, *HAAN*, t. IV, 1924, pp. 442-443; V. Tusa, 1972, pp. 7-81; 1978, pp. 7-98). Veremos más adelante que el posible origen de las ánforas «cananeas» avala esta interpretación.

En cambio, ciertas prácticas rituales observables en las sepulturas de inhumación hacen referencia a una aportación libia, que tenía todas las posibilidades de ser un componente importante e incluso ampliamente mayoritario de la población de Cartago a principios del siglo VII, es decir, tres o cuatro generaciones posteriores a la fundación de la ciudad, si nos atenemos a la fecha tradicional. Este sería el caso del ritual consistente en aplicar a la cara del muerto una espesa capa de pintura de color rojo vivo, hecha de cinabrio, que impregnaba luego los huesos de la cara tras la desintegración de la carne (S. Lancel, 1979, pp. 256-258). A veces, este sulfato de mercurio se depositaba simplemente en una pequeña copela junto al cuerpo, pero su valor y su eficacia simbólicos, que son los del color rojo, color de la sangre, son los mismos. Esta práctica no es fenicia, sino indígena, y es mucho más frecuente en medios «libiofenicios» provinciales (en el cabo Bon y en el Sahel, e incluso más lejos, como en Tipasa, Argelia) que en la propia Cartago. En cambio, la deposición del cuerpo en decúbito lateral flexionado, característico de las inhumaciones en los contextos libio-bereberes (cf. *infra*, p. 268) es completamente desconocida en Cartago en todas las épocas. Aun en los casos de cuerpos depositados previamente en un sarcófago o sobre un armazón de madera, sus esqueletos yacen sobre la espalda, en decúbito supino.

Por lo que se refiere a los rituales, algunos comentarios hechos durante las

excavaciones tienen todo el valor de un ceremonial de inhumación puesto por escrito. Nosotros mismos anotamos la concomitancia de dos observaciones durante la exploración de tumbas de fosa en la ladera sur de Byrsa: la arena mezclada con arcilla desmenuzada que se utilizó de relleno en estas fosas tras la inhumación, incluye invariablemente finas partículas de carbón de madera, y la presencia de estas partículas, localizadas durante el examen de la superficie del suelo, es un indicio claro de la existencia de una sepultura subterránea. Por otra parte, esta arena de relleno incluye siempre —o casi siempre— fragmentos de platos y fuentes —fuentes de borde ancho con engobe rojo típico de la cerámica púnica arcaica (S. Lancel, 1982, p. 362). La única explicación plausible de ambos hechos es que la deposición del muerto en la fosa se acompañaba de un ritual de ágapes funerarios, tal como demuestra la presencia de carbón de madera y de recipientes intencionadamente rotos y arrojados sobre la tumba junto con la arena de relleno. Por lo demás, diversas observaciones concordantes permiten afirmar la práctica muy probable de la inmolación ritual en Cartago de víctimas animales durante los funerales (H. Bénichou-Safar, 1982, p. 281). Surge una pregunta, aplicable asimismo a otros contextos no púnicos: ¿cuál era el sentido de estos ágapes y el destino de estos sacrificios?¿Se ofrecían al muerto o a unas divinidades ante las que intercedían los familiares del muerto? Sólo contamos con un texto para intentar esbozar una respuesta: una inscripción procedente de la necrópolis púnica de Cagliari, Cerdeña, demuestra que es el difunto y su mujer quienes ofrecen los alimentos mencionados a una divinidad, HWT; los difuntos se habrían dirigido, pues, a las puertas del más allá, a las divinidades ctónicas.

Puede admitirse, por lo tanto, que una parte de los alimentos sólidos y líquidos dispuestos en las tumbas cartaginesas constituían una ofrenda de los muertos a los dioses, mientras que la otra parte habría estado destinada a su propia subsistencia *post mortem*. El depósito de alimentos, descubierto en forma de residuos o de sedimentos en el fondo de los recipientes que los contenían, o bien materializados en forma de restos de peces, aves, o pequeños mamíferos (H. Bénichou-Safar, 1982, p. 264), ¿correspondía a una creencia real en la supervivencia «material» de los muertos? Este gesto, tanto en Cartago como en otros lugares, formaba parte de un simbolismo que figura sin duda entre las más antiguas tradiciones humanas y que se remonta a tiempos inmemoriales. La confirmación de este carácter simbólico viene avalada por la ubicación de los recipientes de estas ofrendas de alimentos, casi siempre fuera de los sarcófagos y de los arcones que encerraban los cuerpos (cf. fig. 30), es decir, físicamente fuera del alcance del difunto, ¡pero simbólicamente al alcance de la mano!

Los ajuares funerarios

A la constante de las ofrendas debería corresponder una constante en la composición del lote de recipientes destinados a contenerlas. De hecho, aunque se

constatan variaciones en el material de las tumbas más antiguas, a partir de la primera mitad o, como más tarde, de mediados del siglo VII, se observa de manera estable una base fija de ajuar ritual, un tanto «canónico» (S. Lancel, 1982, p. 364). Estas «cerámicas reglamentarias», para utilizar la terminología de Gauckler, comprenden siempre dos clases de recipientes para líquidos: primero, una *œnochoé* (esta palabra griega presupone que el contenido era vino, cosa probable aunque no del todo segura para época muy arcaica), de boca trilobulada, cuyos ejemplares más antiguos (hasta mediados del siglo VII) presentan invariablemente las mismas características: un asa bífida y un pequeño resalte en la panza a la altura de la juntura inferior del asa (fig. 32). Esta forma, muy funcional, y que parece copiada de los vasos de bronce, deriva muy estrechamente de ejemplares palestinos de finales de la edad del Bronce, pero tiene equivalentes en otros contextos mediterráneos. El segundo vaso es una forma típica del repertorio sirio-palestino, que no se documenta fuera del contexto semita. Su boca de cuello ancho y achatado le ha valido el nombre (dado por los autores anglosajones) de «jarro de boca de seta», que los arqueólogos de lengua francesa llaman «œnochoé à bobèche»: nombre discutible en la medida en que presupone, como en el caso precedente, la función de este pequeño cántaro, de poca capacidad y boca tan particular que lo hace totalmente inadecuado para verter líquido correctamente; más que un recipiente para vino cabría ver en él un vaso destinado a contener aceites y óleos perfumados, pero de aplicación, no de vertido. Los alimentos sólidos estaban dispuestos en dos pequeñas ollas globulares —el ejemplar rara vez aparece solo— con un asa, o con un botón para asir, y cuyo fondo aparece casi siempre ennegrecido por el carbón, lo que indica que estos pequeños recipientes de terracota se depositaban sobre el fuego poco antes de cerrar la tumba (fig. 32).

Junto a estos cuatro objetos del ajuar de base suele aparecer una gran ánfora sin pie, indudablemente la provisión de agua del difunto (aunque el uso inicial del vaso fuera un ánfora vinaria), a menudo un ánfora más pequeña con pie o plano de colocación, un plato y también un ejemplar de estas lamparillas de aceite en forma de lucerna, con reborde de doble pellizco formando dos bocas; casi siempre, por no decir siempre, estas bocas aparecen negras de hollín, lo que sugiere que la lámpara se colocaba encendida en la tumba, justo antes de cegarla (fig. 33).

De estos objetos habituales que acompañaban al difunto en su sepultura, los más característicos de la tradición sirio-palestina, excepción hecha del «jarro de boca de seta» ya mencionado, son precisamente esta lucerna bicorne y la pátera de borde ancho, que a veces le servía de platillo. En las tumbas más antiguas (finales del siglo VIII, principios del VII) estos objetos aparecen recubiertos de un engobe rojo, espeso y brillante (el *red slip* de los autores anglosajones) (fig. 34). Este engobe rojo sólo está parcialmente presente en esos mismos objetos en las tumbas de mediados del siglo VII y luego desaparece. El mejor conocedor de la cerámica púnica no dudó en calificar a estos vasos de engobe rojo de importaciones fenicias, dada la imposibilidad de que los primeros alfareros de Cartago pudieran o supieran reencontrar esta técnica de acaba-

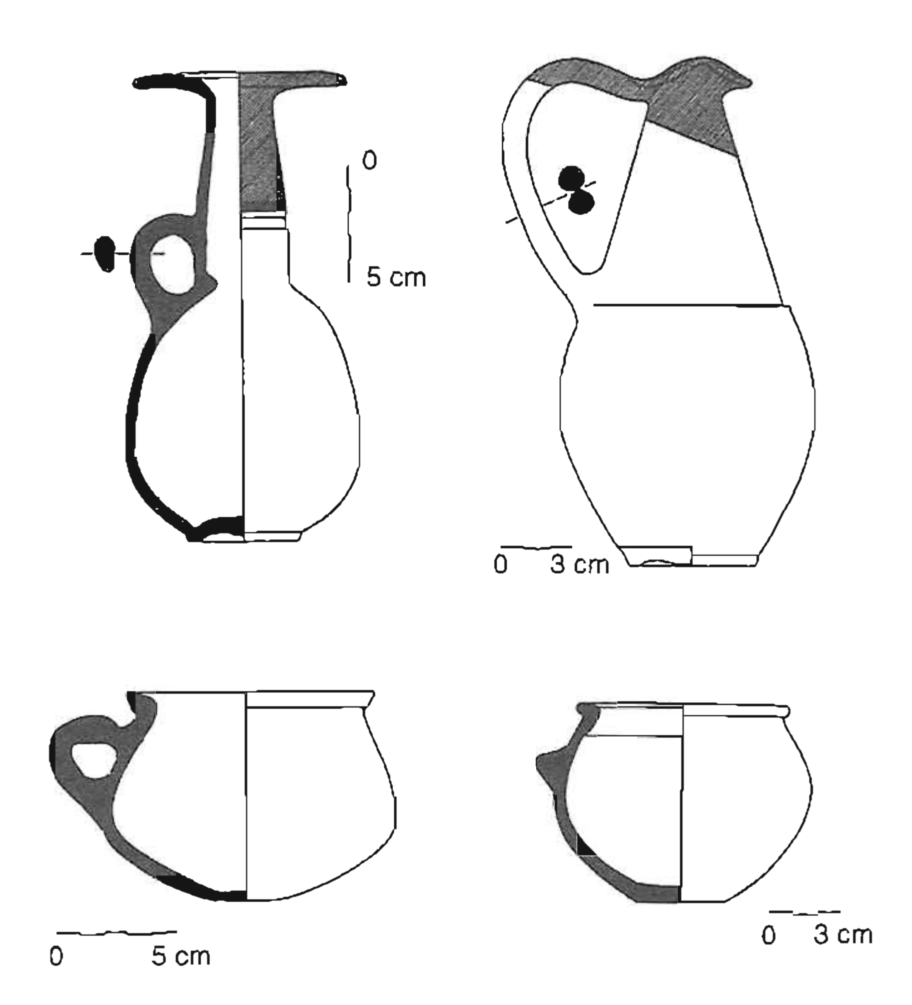


FIGURA 32. Los cuatro objetos básicos del ajuar funerario de las tumbas arcaicas de Cartago.

do (P. Cintas, 1970, pp. 376-380). En realidad, aunque esta técnica del barniz rojo fuera de origen oriental, su traducción en los sitios occidentales no es uniforme: existen muchísimas variantes en los matices y modos de aplicación, observables también en el material arcaico de Cartago. Puede constatarse, aunque todavía no pueda explicarse, que este barniz rojo pasa de moda antes de finales del siglo VII.

En cuanto a las ánforas de las tumbas arcaicas, puede reconocerse la posteridad de dos series «cananeas», con perfiles típicos de las producciones siriopalestinas de finales de la edad del Bronce (S. Lancel, 1980, pp. 1-7): por un lado la gran ánfora carenada (forma Cintas 282/283), y por otro un gran recipiente ovoide de boca estrecha provisto de dos pequeñas asas anulares (es el ánfora de tipo Cintas 268) que también se encuentra en Motya, Gela y Milazzo en Sicilia, y en sitios arcaicos de Italia (Ischia, Castel di Decima, Capua, Viterbo, Vulci) a partir de la segunda mitad del siglo VIII (cf. fig. 31). El origen fenicio del tipo no plantea duda alguna, pero se está lejos de poder asegurar que los ejemplares documentados en Occidente con esta dispersión tan vasta hayan sido fabricados en un país semita. Se tiende más bien (M. Gras, 1985, pp. 291-320) a avanzar la hipótesis según la cual estos recipientes fueron manufac-

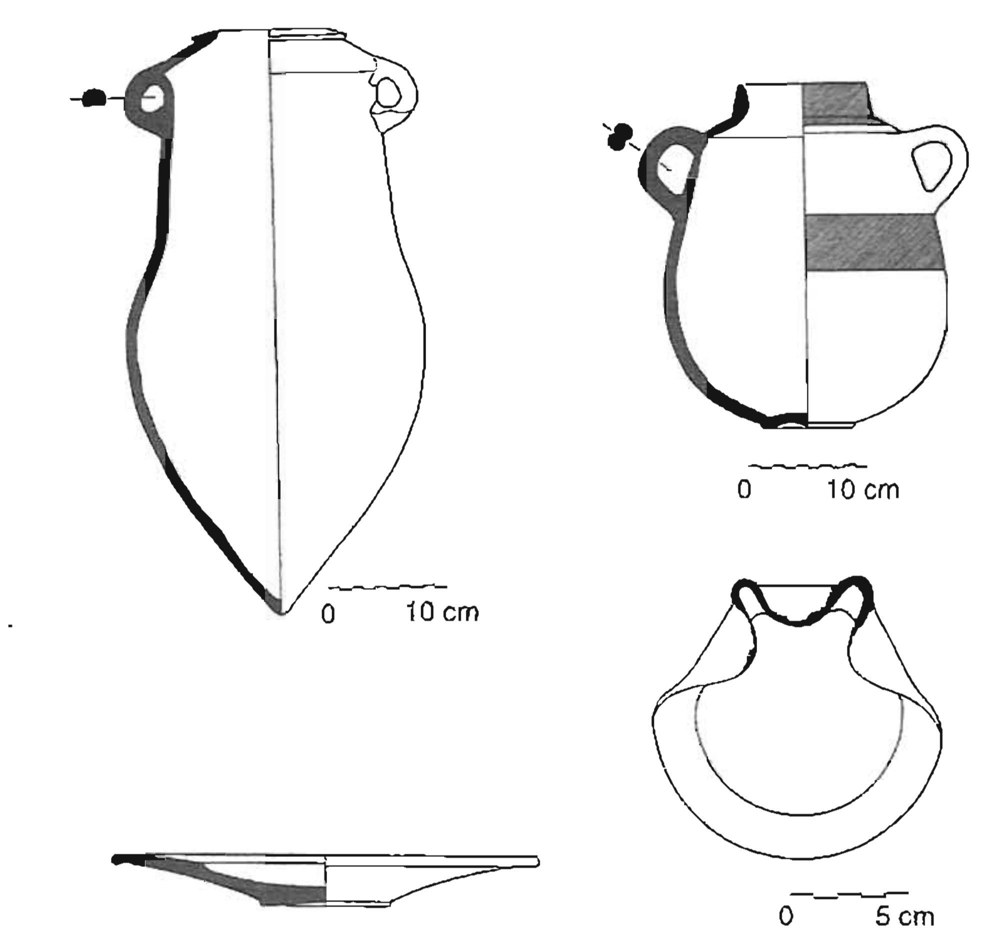


FIGURA 33. La gran ánfora sin pie, un ánfora pequeña, la lucerna y su pátera.

turados en los sitios occidentales imitando prototipos «cananeos» importados de Oriente desde principios del primer milenio a.n.e. Cartago, al igual que Motya u otros sitios etruscos, pudo ser uno de los lugares de fabricación de estas ánforas. Pero existe una dificultad: se trata de ánforas vinarias; por consiguiente, según el estado de nuestra documentación, resulta dudoso que Cartago pudiera desarrollar, antes de mediados del siglo VII, una producción vinícola que justificara la fabricación en serie de tales recipientes. El hecho de que se hayan encontrado en mayor cantidad en Motya, donde el desarrollo de la viticultura en época arcaica parece más probable, privilegia la hipótesis de un origen siciliano (o campaniense) de estas ánforas de perfil típicamente fenicio. Recordemos que en Cartago son características de los contextos funerarios de incineración, ritual muy minoritario en la metrópoli africana, que interesaba a una categoría restringida muy vinculada a los medios fenicios de Italia central y de Sicilia. Hay que destacar, sin embargo, una hipótesis formulada recientemente (Víctor M. Guerrero, 1989, pp. 147-164), según la cual estas ánforas, sobre todo el tipo carenado forma Cintas 282/283, jalonarían importaciones de vino de Oriente, tanto en Cartago como en otros sitios occidentales.

El arqueólogo que excava una de estas tumbas arcaicas de Cartago sabe que tiene grandes posibilidades de descubrir la colección casi siempre completa de estas cerámicas: el «servicio funerario», cuyos elementos imitaban, evidente-

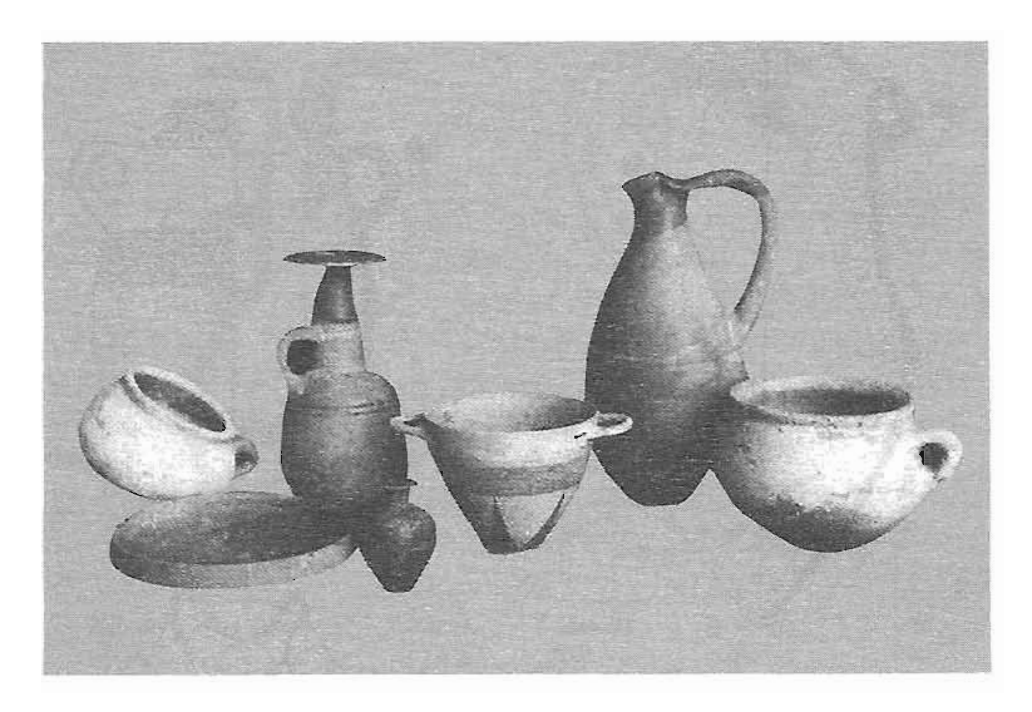


FIGURA 34. El ajuar de la tumba A. 136 de la ladera sur de Byrsa. En el centro, el *kotyle* protocorintio, y dos jarras con el engobe rojo brillante en su boca.

mente, los servicios de mesa y de cocina de los vivos. Esta colección no incluye «vasos para beber», ni tazas ni cubiletes: sólo muy de vez en cuando se encuentra un cuenco carenado de tipo palestino, tal vez el prototipo achaparrado del «vaso chardon» específicamente púnico. Estos cubiletes, cuando se encuentran, aparecen por añadidura, y se desmarcan tan claramente del resto de estas cerámicas de tradición fenicia que puede decirse que pertenecen a un repertorio completamente distinto. Parece como si estos cartagineses de finales del siglo VIII y del VII se hubieran negado, incluso *post mortem*, a mojar sus labios en el grueso borde de uno de estos cuencos o cálices con peana documentados en sitios de la misma Fenicia. Preferían beber de los finos bordes de *kotyles* protocorintios —en realidad una maravilla de solidez y de ligereza para las condiciones técnicas de la cerámica antigua— cuyas paredes finas y bien cocidas tintineaban como el cristal (fig. 35). Gracias a estos *kotyles* provistos de dos asas horizontales pueden fecharse estas tumbas de Cartago donde aparecen en abundancia desde finales del siglo VIII hasta mediados del VII. Luego, y hasta principios del VI, son sustituidos en sus mismas funciones por copas de paredes no menos finas y sonantes de *bucchero nero sottile*, concretamente por una forma de kylix sin reborde que, en nuestras tumbas de Byrsa, aparece una vez como servicio de mesa con una *œnochoé* de boca trilobulada del mismo material (S. Lancel, 1985, p. 732). Son formas de *bucchero* con paredes finas que apenas se encuentran en Cartago, a excepción evidentemente de la Italia continental (J. P. Thuillier, 1985, p. 159). Es en *Caere*, en Etruria meridional, donde estos tipos de vasos aparecen con relativa frecuencia. Más adelante tendremos la ocasión de evocar, con las láminas de oro de *Pyrgi*, el puerto de *Caere*, las relaciones de Cartago con la región de Cerveteri a principios del siglo VI. Pero estos

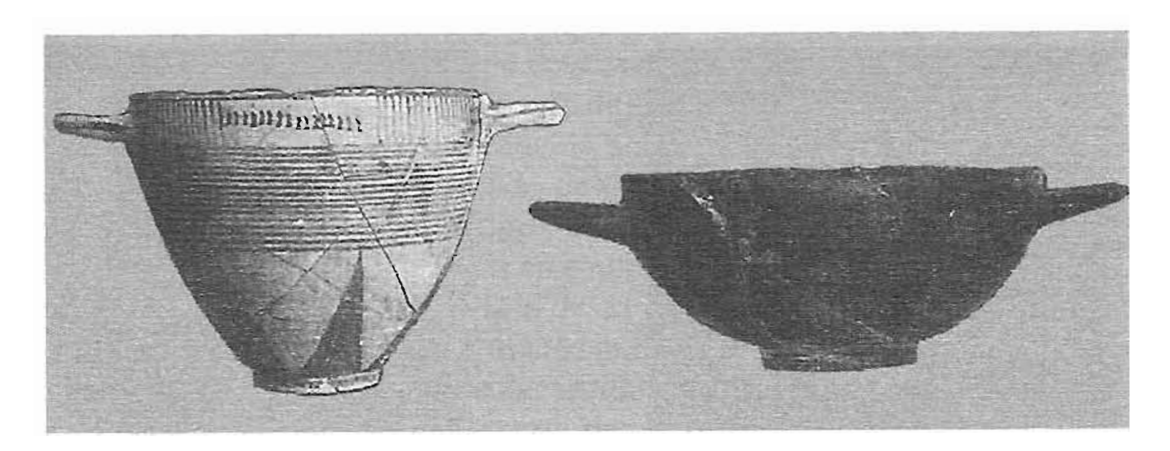


FIGURA 35. A la izquierda, *kotyle* protocorintio subgeométrico (segundo cuarto del siglo VII), y a la derecha copa etrusca en *bucchero nero* (finales del siglo VII). Necrópolis arcaica de la colina de Byrsa.

vasos en *bucchero sottile* de las tumbas de Byrsa, fechables en las últimas décadas o finales del siglo VII, proporcionarían un indicio suplementario de las relaciones de la metrópoli púnica con el mundo etrusco en época más arcaica.

Es importante constatar que estos «vasos para beber», cuyo uso está asociado al consumo del vino en el marco de comidas en común, o «banquetes», fueron primero vasos griegos, luego etruscos, y unos y otros sufrieron la competencia de las imitaciones locales a partir del siglo VI: tanto por la calidad técnica de estos vasos como por la atractiva delgadez de sus paredes y bordes, su presencia en el «servicio funerario» se explica sin duda también por la atracción que tuvo que ejercer sobre estos cartagineses, en constante relación con los griegos de Sicilia, este ritual griego del consumo del vino en las «sisitias». La adopción en Cartago de esta práctica a la vez cultural y social podría considerarse como uno de los primeros rasgos de la aculturación occidental de estos orientales.

MÁSCARAS Y TERRACOTAS

Desde la gran ánfora derivada de las «jarras cananeas» hasta el más sutil de estos pequeños cuencos griegos con asas, seguimos inmersos en el ámbito de la supervivencia material del difunto, mejor dicho, en el de la continuación de esta vida material que estos objetos simbolizan. Pero la cerámica tiene otras aplicaciones. El excavador de las tumbas de esta época puede exhumar también otros objetos de terracota, cuyo significado no siempre resulta evidente. Es el caso sobre todo de las máscaras. Las más antiguas fueron descubiertas por P. Gauckler en tumbas de Dermech que se fechan muy a finales del siglo VIII o principios del VII (figs. 36-39). Más tarde, mientras estas máscaras evolucionan hacia una mayor estilización y paralelamente se helenizan, vemos aparecer al lado de ellas «protomos» masculinos y femeninos, con boca y ojos no perforados, lo que los diferencia de las máscaras. Se trata de verdaderas másca-



FIGURA 36. Máscara de una tumba de Dermech (siglos VII-VI).

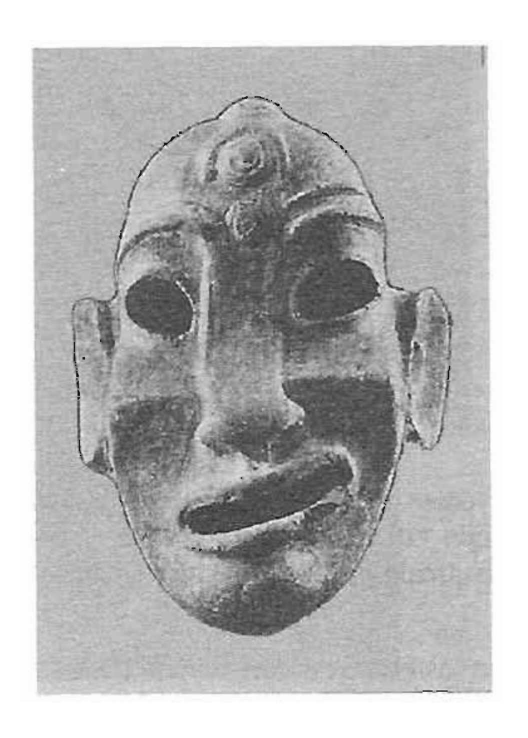


FIGURA 37. Máscara negroide, Dermech (siglos VII-VI).



FIGURA 38. «Máscara Saumagne», ladera sur de Byrsa (¿finales del siglo VI?).



FIGURA 39. Máscara con banda frontal (finales del siglo VII).

ras, o tal vez de reproducciones de máscaras, puesto que, aunque la boca y los ojos estén perforados, las dimensiones de estos objetos (menos de veinte centímetros) apenas permiten su colocación sobre caras reales. Las máscaras más antiguas, de gran expresividad, son de dos tipos: un tipo «negroide», con la boca torcida en un rictus, y un tipo «mueca» o grotesco, con una cara marcadamente arrugada y contraída. Se cree que la presencia de estas máscaras «demoníacas» en la tumba respondía al deseo de proteger al difunto, en una especie de función antropopática contra los poderes maléficos. Pero dado que todo objeto depositado en una tumba ha tenido, salvo raras excepciones, una utilización anterior no funeraria, se trata de conocer el destino primero de estas máscaras. Quizás fabricadas en madera o en tela de forma más adaptable, sirvieran de disfraz ritual. Pese a estar hechas con material pesado, las máscaras de terracota de tamaño natural pudieron conservar esta función: éste sería el caso de las famosas máscaras del santuario de Artemis Ortia en Esparta, acaso también la de los grandes ejemplares chipriotas y orientales (sobre todo las de Gezer en Palestina). Las hipótesis varían según los lugares en que aparecen: las máscaras descubiertas en el tofet de Motya pudieron servir para cubrir la cara de las víctimas rituales (A. Ciasca, 1988, p. 354). Una cosa parece clara: en el mundo semita de Occidente, estas máscaras, en su forma arcaica, son un legado de Fenicia; pero este legado sólo estuvo de paso por Cartago: apenas aparecen en los sitios fenicios de la España meridional, pero, como en Cartago, abundan a partir de finales del siglo VII en Sicilia (Motya), en Cerdeña (en Tharros, sobre todo) y en Ibiza, es decir, en la zona de influencia directa de Cartago.

Seguimos en el ámbito del rito y de lo sacro con figurillas de terracota de aspecto muy primitivo descubiertas en Cartago en las dos áreas funerarias: en las tumbas, raramente, y sobre todo en el tofet. Se trata de objetos hechos a torno —lo que explica su perfil en forma de campana, o «campaniforme»— en los que el artesano ha añadido con la barbotina los elementos determinantes del cuerpo: el brazo, a veces la cabeza y, en el caso de un personaje masculino, un sexo estilizado; el sexo femenino aparece representado de forma muy simple mediante un triángulo inciso, sobre el que a veces sobresale el ombligo (fig. 40). Bandas entrecruzadas de color rojo realzan el cuerpo, o sugieren un vestido, probablemente una túnica sacerdotal como se documenta en figurillas chipriotas (A. M. Bisi, 1979, pp. 24-26). La cabeza, modelada aparte, suele aparecer encajada en el cuerpo, y es así que se ha descubierto gran cantidad de estas cabezas separadas del cuerpo, sobre todo en el tofet de Cartago (fig. 40). Las cabezas masculinas se modelan siempre según el mismo esquema brutalmente expresivo que encontramos también en Ibiza y en Cerdeña en el siglo VI: orejas despegadas, nariz fuerte y aguileña a modo de prolongación del cráneo, e inclinada hacia el mentón, cuyo perfil «prominente» viene todavía acentuado por una corta barba; entre ambos, una boca en hocico. Estas figurillas se documentan en Chipre a finales de la edad del Bronce, pero es en el mundo de los fenicios de Occidente, y sobre todo en el espacio propiamente púnico, donde conocerán mayor difusión a partir de tipos fechados en el tofet de Cartago a

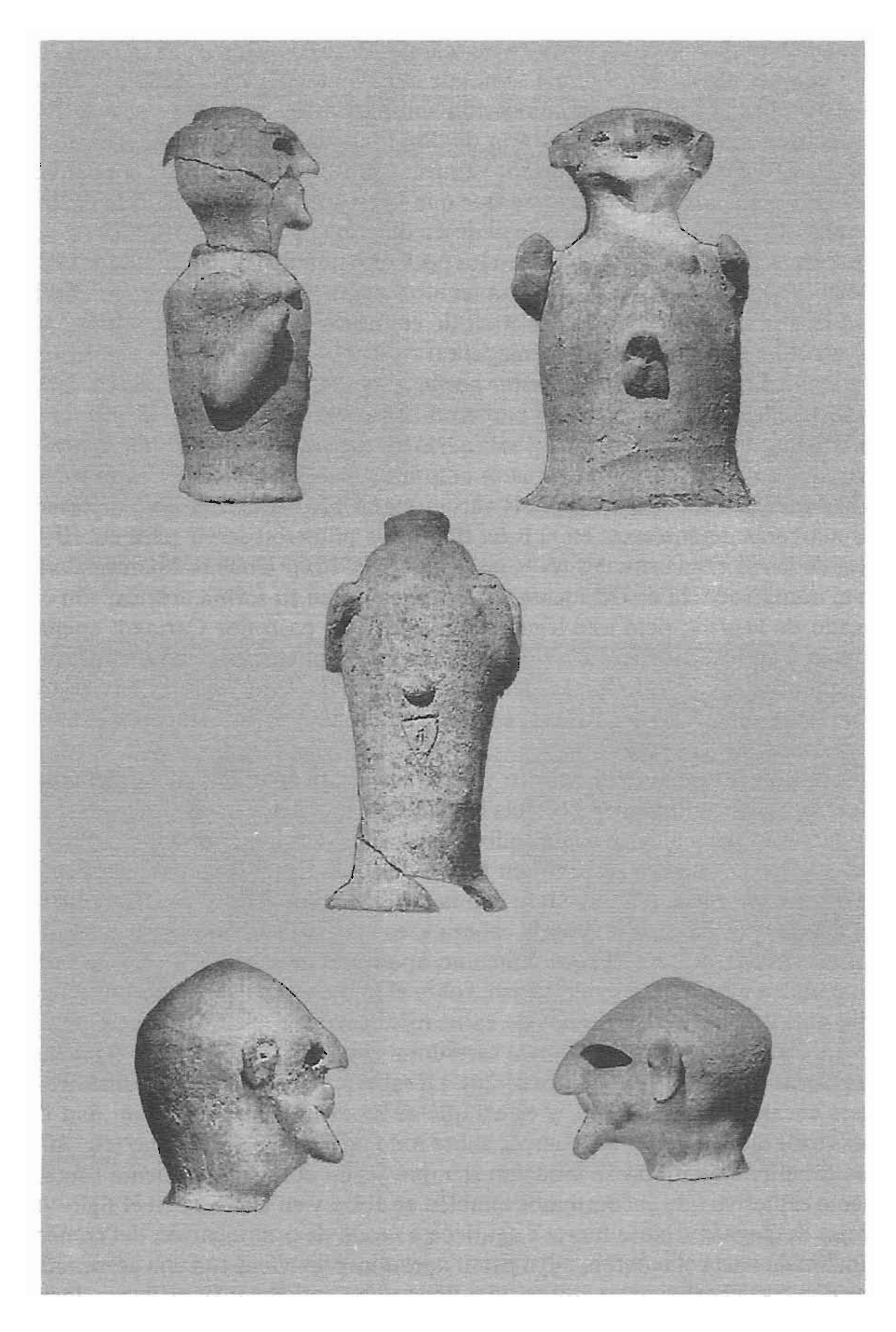


FIGURA 40. Figurillas campaniformes del tofet de Cartago.

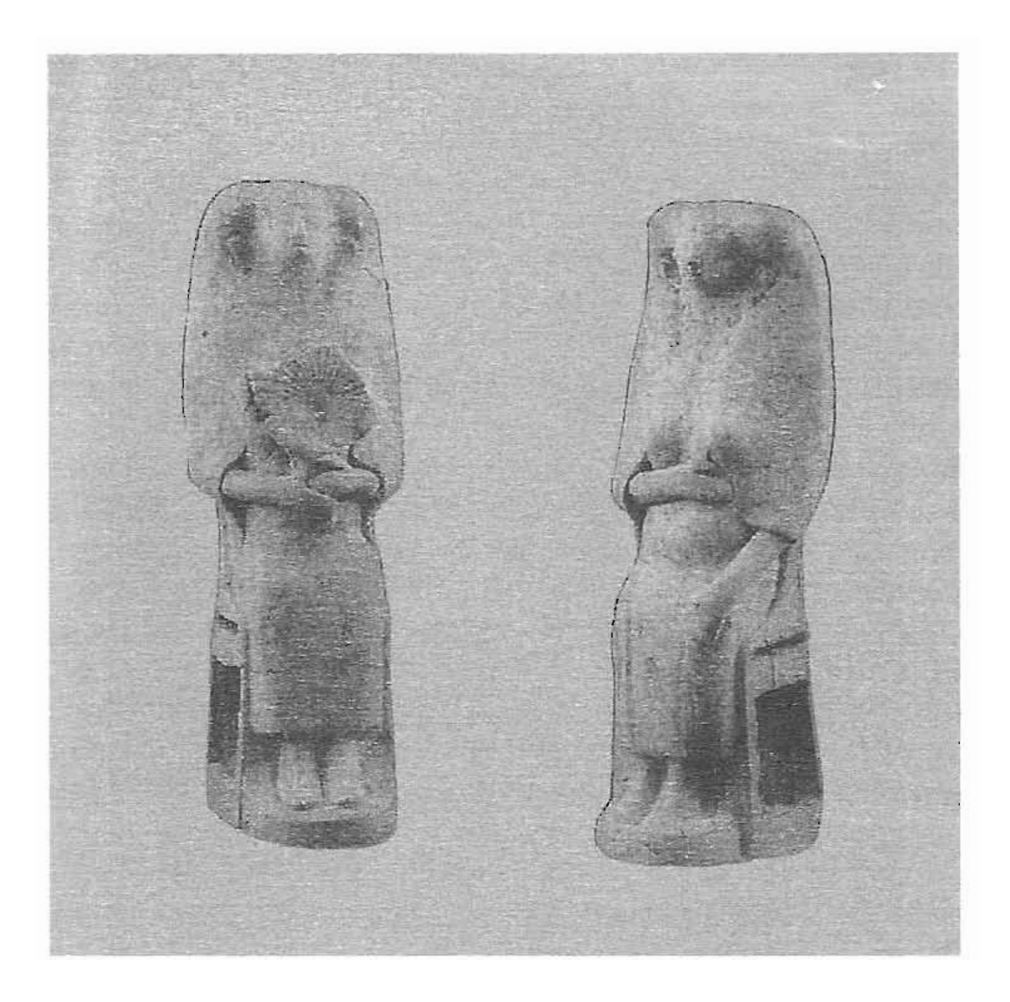


FIGURA 41. Dos figurillas sedentes de una tumba de Dermech (mediados del siglo VII).

finales del siglo VIII. Se pensó que estos muñecos de terracota pudieron desempeñar un papel en los ritos de posesión o de brujería. Por los contextos en que aparecen en Cartago, se tiende a atribuirles más bien un uso votivo. Sin embargo, diversos comentarios referidos a la posición de los brazos, casi siempre elevados en gesto de plegaria, han sugerido que podría tratarse no de exvotos, sino de «orantes» depositados en las áreas de sacrificio para obtener la fecundidad de la familia (J. Ferron y M. E. Aubet Semmler, 1974).

Los niveles funerarios han proporcionado otras figurillas de terracota, más elaboradas, hechas a molde y luego retocadas y pintadas a mano por el artesano. Algunas de ellas se hallan muy cercanas a sus orígenes orientales, por ejemplo, dos pequeñas estatuillas encontradas en una misma tumba de Dermech, cuyo ajuar permite datarlas a mediados del siglo VII (fig. 41). Se constata que estas imágenes son dos variantes —una tiene las manos cruzadas sobre el vientre y sostiene un abanico en forma de palmito que le cubre el busto, mientras que la postura de la otra evidencia su embarazo— de una misma representación bien documentada en Oriente. Pero mientras que en Fenicia (en Akhziv, Tiro, Sarepta) estas «mujeres encintas» o «diosas encintas» se representan erguidas, con sus largas túnicas hasta los pies para ocultar su estado, aquí aparecen sentadas; los realces de color asocian a las bandas negras verticales de las



FIGURA 42. (a) Figurilla egiptizante de una tumba de Douimès, y (b) figurilla helenizante (principios del siglo V) de Dar el-Morali.

túnicas restos de azul y de rojo (este último color aparece sobre todo en las orejas, en los pabellones muy abiertos y despegados). El cabello peinado formando dos masas iguales que caen sobre los hombros a ambos lados de la cara es típico de una tradición oriental bien representada en Siria-Palestina y que se remonta, en última instancia, a un origen egipcio.

El estilo egiptizante es, por lo demás, la marca de muchas de estas estatuillas depositadas en tumbas del siglo VII y también del VI, por lo general con una rigidez de momia, tanto si aparecen con los dos brazos extendidos a lo largo del cuerpo, como si se las representa —como la de una tumba de Douimès excavada por el padre Delattre y fechada en el siglo VI (fig. 42a)— con el brazo izquierdo plegado sobre el pecho, los ojos ovalados, inmensos, contorneados con una pintura aplicada generosamente en pómulos y labios; las bandas pintadas sobre el cuerpo sugieren el vestido, y dos motivos inspirados en el ojo *oudja*, en los hombros, les otorgan una virtud protectora.

Algo más tarde, a partir del siglo VII, aparecen en las tumbas de Cartago figurillas que siguen modeladas en bajorrelieve, siguiendo la tradición oriental —la parte baja del cuerpo sigue envuelta en una especie de funda que disimula las formas—, pero presentan ciertos rasgos que traicionan la influencia jónica. Esta influencia es especialmente notable en uno de los ejemplares mejor conservados de la «diosa del tímpano», procedente de la necrópolis de Dar el-Morali, donde coexisten ambas tradiciones (fig. 42b): cuanto subsiste de hieratismo rígido aparece corregido por la vida que manifiestan los pies desnudos que asoman del vestido, por la sonrisa de los ojos y de la boca, mientras que la deuda hacia la Grecia asiática se evidencia en la forma del cabello, tan diferente del oriental: delante de la *stephané* hay una banda frontal con ondulaciones continuas, por cuyos lados salen tres trenzas que caen sobre los hombros y el pecho hasta la altura de los senos. En cambio, con los botones que decoran la banda vertical bordada sobre el vestido, y las trencillas ornadas con lengüetas a la altura del busto, se vuelve al repertorio del artesano oriental. En esta figurilla, en la que se cruzan ambas influencias, hay que reconocer una Astarté, cuyo tímpano —aquí asido con las dos manos contra el pecho— es desde épocas remotas un atributo de Oriente. Es probable (J. Ferron, 1969, p. 32) que estas figurillas fueran introducidas en las sepulturas como talismanes protectores.

ESCARABEOS Y AMULETOS

Cuando se llega a la fase final de la excavación, el cribado de las tierras y de las arcillas que se han filtrado en las fosas mal tapadas permite al arqueólogo acceder finalmente a un mundo mágico presente por doquier. El pequeño mundo de los «amuletos púnicos» desprovistos de inscripciones es tan cuantioso, tan ricamente diverso, que el mejor conocedor de la arqueología cartaginesa de mediados de este siglo pudo consagrarle su primera obra (P. Cintas, 1946). Algunas tumbas de Dermech excavadas por P. Gauckler han hecho gala de un verdadero derroche de estos pequeños talismanes que, en forma de colgantes, debían ensartarse unos con otros para formar collares: a veces incluso varias decenas en una misma tumba. Se ha comprobado que estos amuletos son más abundantes en las sepulturas cuyo material permite calificarlas de tumbas ricas, lo que explicaría el precio que podían alcanzar estos pequeños objetos, probablemente importados de Egipto. Al menos los que se han encontrado en tumbas fechadas en los siglos VII y VI son auténticamente egipcios, como lo demuestra el material que lo compone —una pasta silícea porosa y friable cubierta de un esmalte generalmente azul—, su técnica y su estilo y, más aún, los temas representados. Entre los amuletos sin leyenda jeroglífica, los más frecuentes, con mucho, son el ojo *oudja*, seguido del *uraeus* y del dios Ptah-Pateco: estos tres amuletos favoritos suelen aparecer en más de un ejemplar en una misma tumba. Vienen a continuación los *Bes* y los Anubis, amuletos igualmente muy populares en Egipto en la misma época (fig. 43). Ha podido observarse —y deducir de ahí su procedencia egipcia— que ciertos amuletos específicos de la

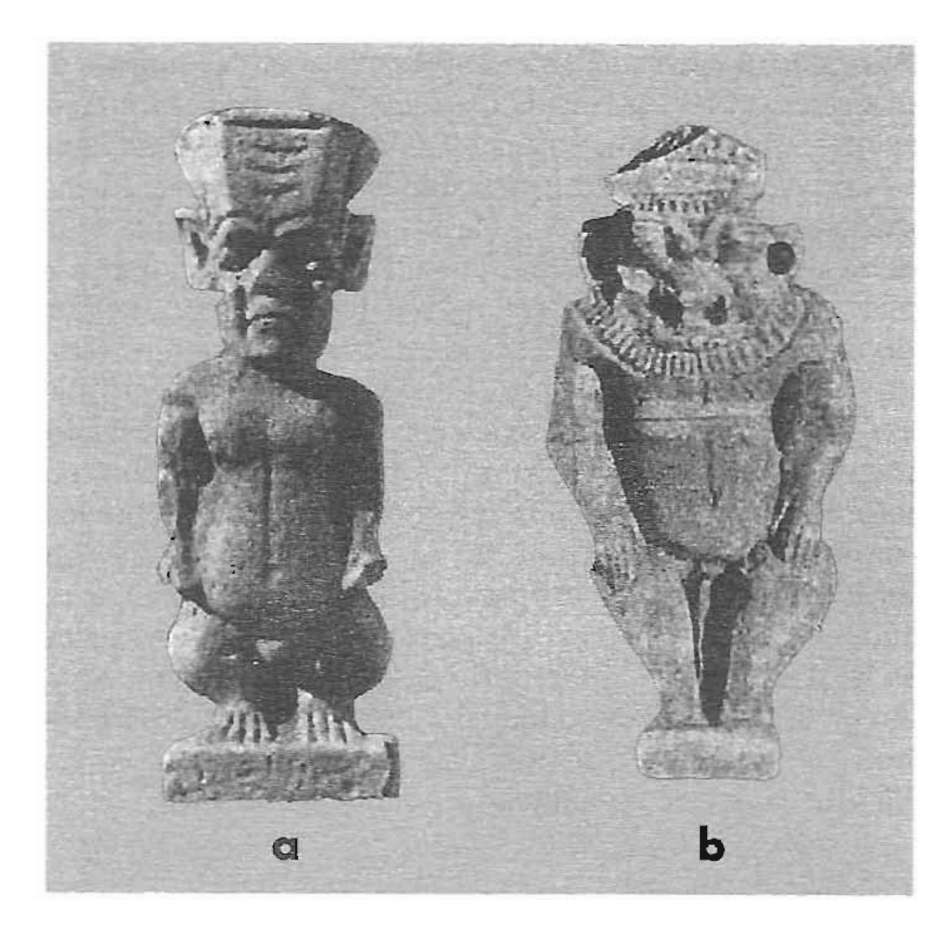


FIGURA 43. Amuletos egiptizantes de loza; a la izquierda, Ptah-Pateco. A la derecha Bes.

XXVI dinastía (la *corona blanca*, la *tablilla para escribir*, *Khnoum* o *Amón*, la *égida de Sekmet*) se encuentran abundantemente en Cartago en las tumbas fechadas entre mediados del siglo VII y el siglo VI, contemporáneos de esta dinastía (J. Vercoutter, 1945, p. 282). Desde sus orígenes históricos, los cartagineses nadan en esa magia egipcia que seguirá dominándolos durante siglos.

El escarabeo figura en buen lugar entre estos talismanes que el difunto llevaba consigo a la tumba para prolongar allí la protección que se supone le habían asegurado en vida. Se pudieron censar, hace ya muchos años, casi un millar de estos escarabeos y escaraboides, de los que un buen número escaparon a la atención de los primeros excavadores de las necrópolis de Cartago. Prácticamente toda excavación de tumbas del siglo VI da sus frutos en la criba (S. Lancel, 1982, pp. 269, 276, 320). Hasta el siglo VI, son de pasta vítrea o de fayenza, al igual que los amuletos, y la materia, la técnica y las inscripciones que llevan los emparentan con los escarabeos descubiertos en Egipto en los sitios de la XXVI dinastía (J. Vercoutter, 1945, p. 338). En los escarabeos exhumados de las tumbas cartaginesas aparecen a menudo los nombres de los faraones de esta época —se han descifrado más de una treintena con los nombres más o menos bien transcritos de los primeros faraones saítas. La eficacia mágica del talismán dependía en gran medida de esta referencia al rey y a su poder. Así, por ejemplo, el nombre de Psamético I aparece en el registro inferior de

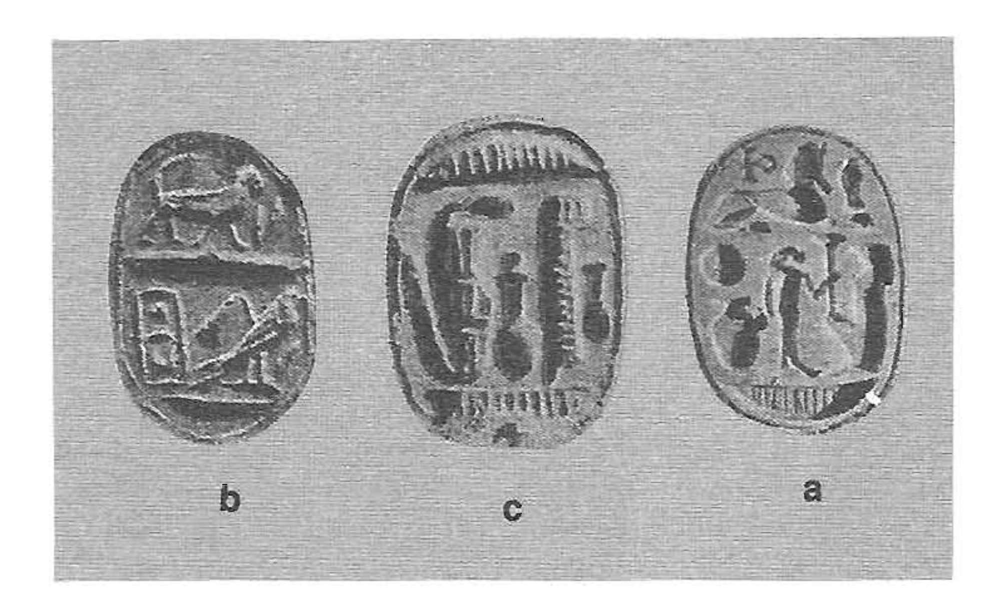


FIGURA 44. Escarabeos de la necrópolis de Dermech (siglo VII).

la compleja composición que puede leerse en la cara de un escarabeo de pasta blanca de Dermech (fig. 44a): en el registro superior hay una esfinge tumbada con el signo *ankh* y precedida de un aguamanil; en el registro inferior, vemos un dios agachado ante la diosa Bastet. La época saíta, muy arcaizante, se esforzó en recrear la edad de oro de la civilización egipcia y por ello no resulta sorprendente leer el nombre de Micerinos, el constructor de una de las tres grandes pirámides de Gizeh, en un escarabeo de pasta azul-verde procedente de la necrópolis de Douimès, en cuyo registro inferior la cartela del faraón viene precedida de símbolos reales (fig. 44b): el halcón sosteniendo el *flagellum* y el *uraeus* (J. Leclant, 1968, p. 95). A veces la magia funciona sola, sin la ayuda de un faraón, pero sí con la de una divinidad, tal como atestigua un escarabeo de pasta blanca procedente de Dermech, en cuya cara figura la pluma de Maât (la diosa de la justicia) y un *uraeus*, precedidos ambos del signo jeroglífico *nfr* (fig. 44c). En varios escarabeos encontrados en las tumbas arcaicas de Cartago figura solamente la corona del bajo Egipto y se ha pensado que podrían remontarse al periodo de la división de Egipto, un poco antes de la XXVI dinastía, cuando el Norte era independiente del Sur (J. Vercoutter, 1945, p. 338, nota 1).

JOYAS

La concepción de las joyas de esta época, una época en que el oro resplandece entre las manos de cuantos excavan sepulturas, no escapa tampoco a este deseo de protección mágica. Es el caso sobre todo de los estuches porta-amuletos (B. Quillard, 1971, pp. 5-32). Se documentan en Cartago en pasta vítrea —por lo que su origen egipcio parece incontestable—, pero aparecen asimismo labrados en oro, como este estuche con cabeza de carnero (fig. 45a), de posible fa-

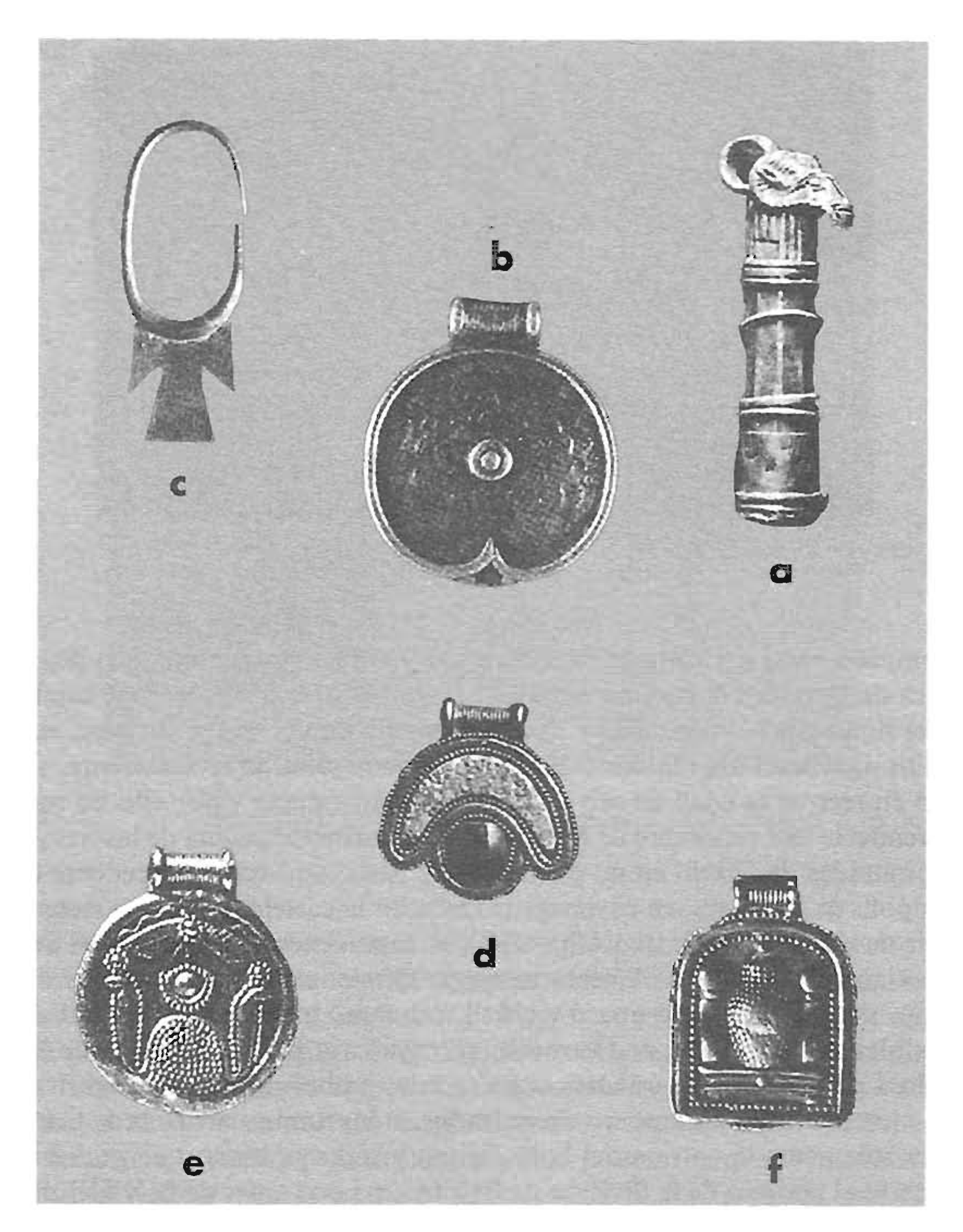


FIGURA 45. Joyas de oro de las necrópolis de Dermech y de Douimès (siglos VII-VI).

bricación local (J. Leclant, 1980, pp. 102-103). Estos estuches contenían cintas o filetes, con motivos o escenas egiptizantes, que han desaparecido si eran de material perecedero (papiro o tela). Pero su realidad viene confirmada por tres laminillas de oro fechables a finales del siglo VII y principios del VI, y que reproducen, con variantes, los mismos temas (los décanes y toda una cohorte de divinidades egipcias). Esta repetición de motivos permite suponer que en Cartago se reprodujo un modelo egipcio, y cintas parecidas se han descubierto en Cerdeña. Por lo demás, cabe clasificar la mayoría de las joyas cartaginesas de la época arcaica, como estos estuches, en la categoría de talismanes, y muchas

contienen motivos egiptizantes, ya se trate de pendientes en forma de cruz con asa (fig. 45c), muy frecuentes, o bien de colgantes de collar (B. Quillard, 1979), como es el caso de este colgante circular encontrado en una tumba de Douimès, cuyo registro superior presenta un disco solar alado sobre otro disco contenido en un creciente, mientras que en el registro inferior dos *uraei* flanquean un *sacrum* recubierto de granulado (fig. 45f). El colgante con el disco solar encerrado en un creciente invertido (fig. 45d) aparece con frecuencia. Clasificación aparte merece un medallón sin paralelo en Egipto, pero comparable a un colgante encontrado en Biblos por P. Montet. En este medallón, procedente asimismo de la necrópolis de Douimès y fechable en el siglo VII, puede verse alrededor de un ombligo central, en un campo rodeado de un anillo de contorno en punta invertida, un texto grabado en caracteres microscópicos (el objeto no pasa de los 18 mm de altura) de seis pequeñas líneas, que es la inscripción más antigua descubierta en Cartago (fig. 45b): nos ofrece el nombre del personaje propietario del medallón, Yadamalek (J. Ferron, 1958).

MARFILES

Finalmente, con un poco de suerte, en su excavación de las tumbas arcaicas de Cartago, el arqueólogo dará con objetos que se inscriben en el prestigioso linaje de la artesanía más puramente fenicia, la de los marfiles decorados. Aquí también se revela la influencia de la iconografía egipcia, claramente presente en dos mangos de espejo. Uno de ellos procede de la necrópolis de Douimès y se fecha en la primera mitad del siglo VII (fig. 46a): presenta una mujer con el tocado *klaft*, que deja al descubierto las orejas de pabellones muy abiertos; el vestido, largo, está ceñido laxamente sobre las caderas; las manos sobre el pecho oprimen los senos, sostenidos con los cuatro dedos abiertos en arco, el pulgar en posición casi vertical. Hace juego con una figurilla muy parecida (fig. 46b) descubierta en una tumba de la misma época (siglo VII) de la colina de Juno, igualmente egiptizante, con el mismo tocado y la misma posición de las manos contra los senos. Ambas estatuillas sólo difieren en detalles menores: los pasamanos en la parte baja del vestido, y lo que parece una tiara no figuran en el mango de Douimès. Este motivo de la mujer oprimiéndose los pechos se remonta a una vieja tradición mesopotámica y siria (pero en origen con el cuerpo desnudo), y la cara con sus grandes ojos almendrados coronada por el tocado corresponde a la cara de la «mujer en la ventana» de los marfiles de Nimrud, del siglo VIII. La diferencia de calidad entre estas dos figurillas, y las piezas similares de la propia Fenicia, hacen pensar en artesanos de la misma Cartago imitando los modelos sirio-palestinos, sin excluir que pueda tratarse de obras importadas de centros de la costa fenicia (Biblos, Sidón, Tiro).

Completamente distinto es el problema planteado por otra categoría de marfiles decorados, los peines, que aparecen en Cartago en el siglo VII. Es el caso del bello ejemplar de la misma tumba de la necrópolis de Juno en la que A. Merlin descubrió en 1918 el mango de espejo mencionado anteriormente



FIGURA 46. Mangos de espejo en marfil (necrópolis de Douimès y de Juno, siglo VII).

(fig. 47b): la decoración —una esfinge o un pato (?) en medio de flores de loto— es de inspiración egiptizante, pero no está en bajorrelieve, siguiendo la tradición oriental, sino incisa. Objetos similares, a veces en fragmentos, se descubrieron en Cartago en contextos situados entre principios del siglo VII y finales del VI. Aquí, los elementos de referencia no son orientales, sino que pertenecen al mundo fenicio del extremo Occidente: los peines grabados más parecidos a los de Cartago, de los que son cronológicamente contemporáneos, son del «país de Tartessos», en Andalucía (fig. 47 a y c). A menos que se admita que ambas series de objetos apuntan a producciones locales paralelas e independientes entre sí —lo que no es del todo imposible—, la pregunta que se plantea es la de saber qué talleres son los iniciadores de estas piezas cuyo origen no parece oriental. A partir de la calidad técnica de los ejemplares cartagineses, se ha defendido la localización en Cartago de los talleres que, acaso desde mediados del siglo VIII, fabricaron estos marfiles grabados cuya decoración, al menos en los ejemplares más antiguos, evidencia una gran fidelidad

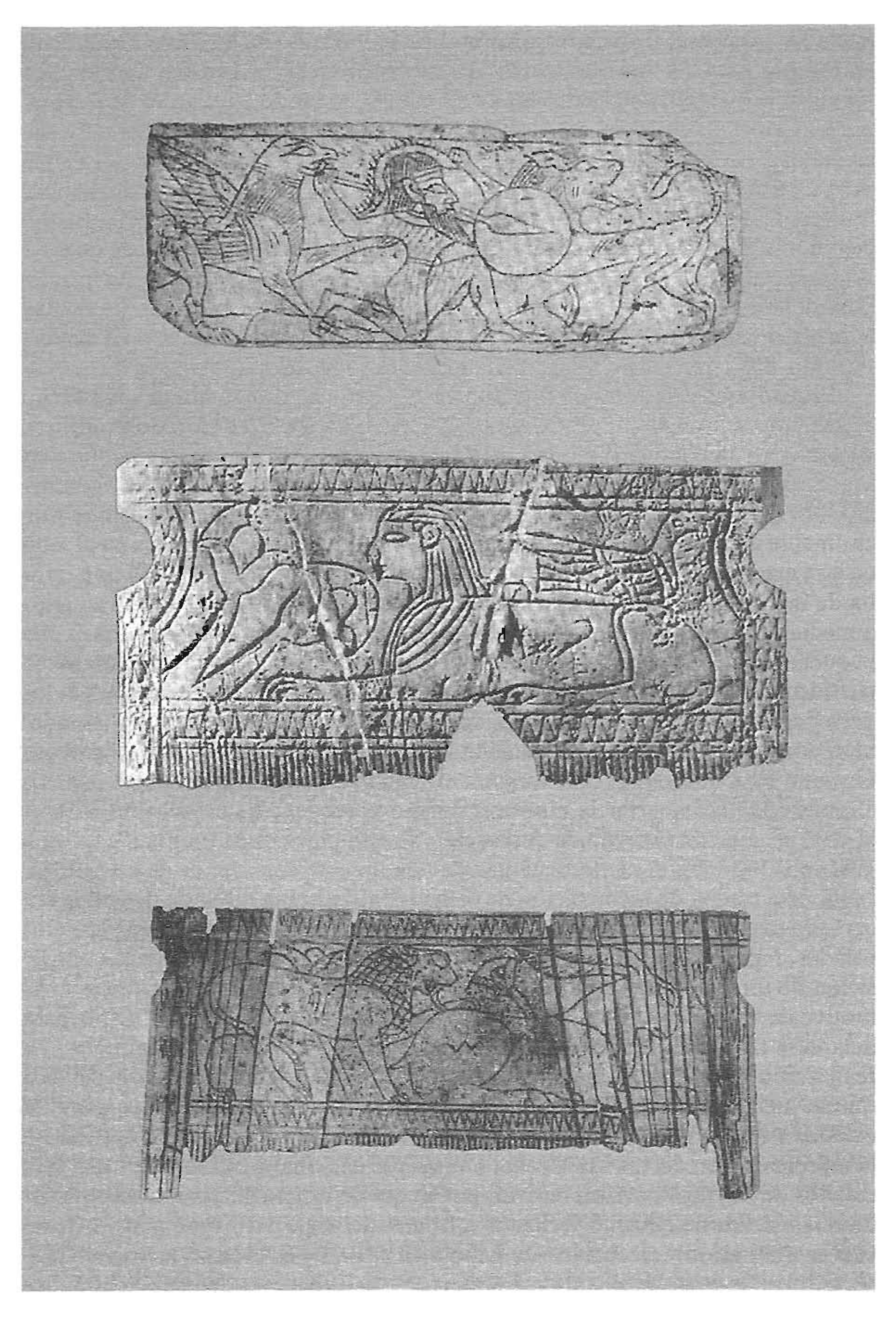


FIGURA 47. Peines de marfil de Cartago (colina de Juno, siglo VII), en medio, y de Carmona, en Andalucía (siglos VII-VI), superior e inferior.

hacia los esquemas de ornamentación sirio-palestinos (A. M. Bisi, 1968). Pero en cambio para los marfiles incisos descubiertos en mucha mayor cantidad en los sitios «orientalizantes» del sur de España (sobre todo en la zona de Carmona: en Cruz del Negro, en El Acebuchal, y en Bencarrón) se ha alegado idéntica calidad para afirmar el papel motor de los talleres andaluces (M. E. Aubet Semmler, 1980, pp. 47-51). Como suele ocurrir con frecuencia, tal vez ambas tesis contengan su parte de verdad: análisis cronológicamente más afilados sugieren que el grupo más antiguo de marfiles españoles podría ser obra de artesanos cartagineses, y no orientales, emigrados a España y activos desde principios del siglo VII; luego, los talleres implantados en el «país de Tartessos» habrían desarrollado una producción autónoma muy floreciente y tal vez exportado a Cartago a partir de mediados del siglo VI.

Estas dudas a la hora de acreditar a la Cartago arcaica como sede de un artesanado propio e independiente en el ámbito del marfil decorado proceden, en suma, de la relativa modestia de los hallazgos realizados en este ámbito en la metrópoli africana hasta época reciente. Las últimas excavaciones de la necrópolis de la ladera sur de Byrsa aportaron elementos nuevos susceptibles precisamente de resituar más equitativamente la producción cartaginesa en el seno de este artesanado tan específico de la tradición fenicia. El ánfora de una tumba de incineración excavada en 1980 contenía, entre otros materiales fechados a mediados del siglo VII gracias a un kotyle protocorintio subgeométrico, una pequeña placa de marfil labrada en relieve, que el fuego de la cremación había partido en dos (fig. 48a). El motivo que contiene es claramente egiptizante: dos personajes erguidos y enfrentados, uno masculino, el otro femenino, en ademán de adoración al sol alado encima de ellos; los rasgos «kushitas» aparecen bastante marcados en el cabello y, en el vestido de ambos personajes —hasta el punto de no descartar la hipótesis de una procedencia del valle del Nilo—, lo cual encaja con la fecha de deposición de esta placa en la tumba (S. Lancel, 1981, pp. 162-164). A cierta distancia de allí, en el mismo sector de esta necrópolis, otra tumba de incineración de fecha idéntica había revelado dos años antes todo un conjunto de objetos de marfil, entre ellos varios trozos de plaquitas caladas, repitiendo un mismo motivo que entraba probablemente en la composición de un friso decorativo hecho de metopas dispuestas simétricamente. El motivo de base (fig. 48b) es un cérvido con la cabeza vuelta hacia atrás, la pata delantera izquierda levantada, con una decoración de volutas y palmitos. La realización más perfeccionada de las distintas variantes del motivo del cérvido que se vuelve en el acto de remover la hojarasca la encontramos en los marfiles calados de Nimrud. Con un evidente empobrecimiento estilístico, notable en la representación del medio vegetal, ahora convencional y rígido, estos marfiles calados de Cartago parecen derivar, por lo que se refiere al tema, directamente de estas piezas de Nimrud fechadas a finales del siglo VIII. Pese a las diferencias en dimensión y ejecución —mucho más brillante en el caso de los ejemplares chipriotas—, la técnica de estos marfiles de Byrsa está próxima a la de los marfiles de la necrópolis real de Salamina en Chipre, fechados en torno al 700 a.C. (V. Karageorghis, 1973): medio siglo, pues, separa los ejemplares de referencia de Nimrud y de Chipre de los marfiles calados de Byrsa.

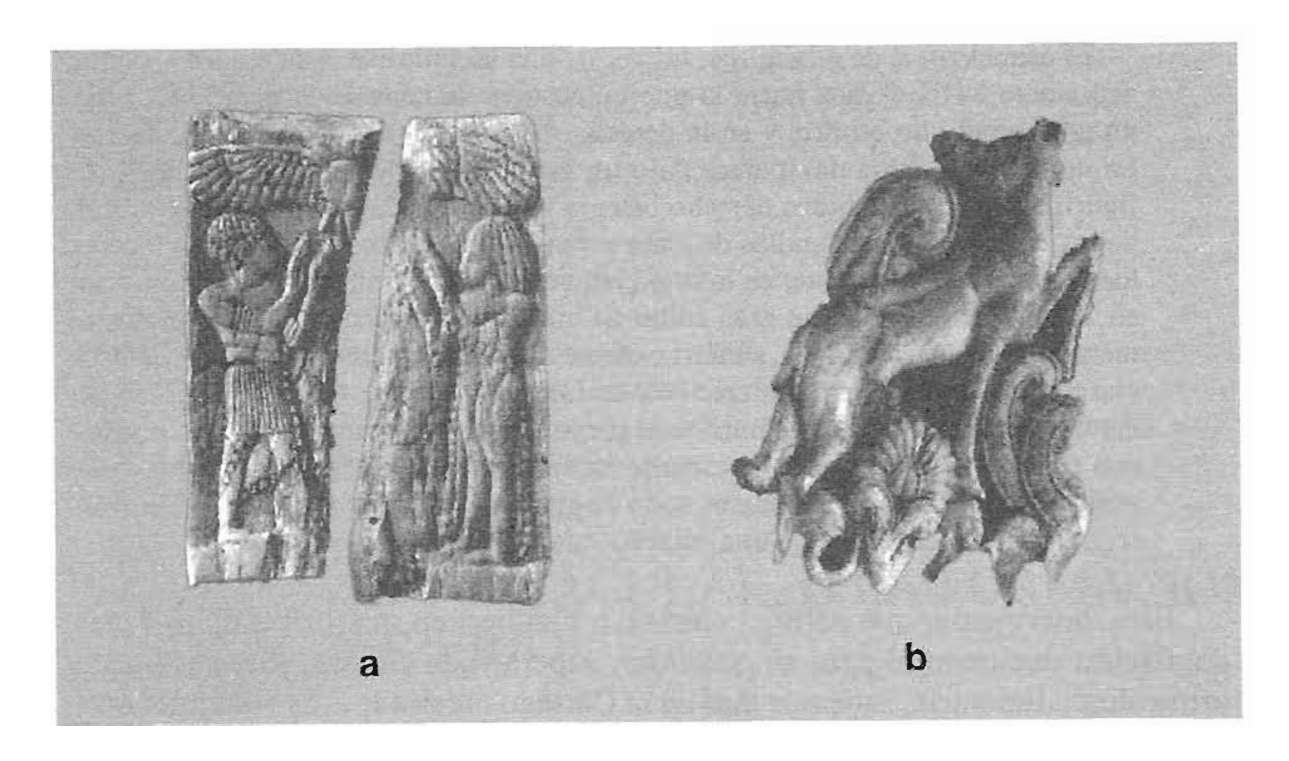


FIGURA 48. Marfiles de la necrópolis de Byrsa: *a*) egiptizante; *b*) de tradición sirio-palestina.

Así pues, este hallazgo —hasta entonces sin precedentes en Cartago— demuestra que a mediados del siglo VII se trabajaba el marfil en la metrópoli africana con una gran fidelidad hacia los modelos sirio-palestinos: fragmentos de marfil en bruto —en forma de placas obtenidas a partir de la punta terminal del colmillo— descubiertos en la misma tumba parecen aportar la prueba de que no se trata de objetos importados, sino de la producción de un artesanado local: esta sepultura (de incineración, recordémoslo) no sería la de un amante del marfil, sino la de un artesano que se llevó consigo al más allá no sólo algunos productos de su arte, sino también algunas muestras de sus materiales (S. Lancel, 1983a, pp. 691-692).

CARTAGO A FINALES DEL SIGLO VII

No es difícil comprender que esta rápida ojeada a más de un siglo de aportaciones de las excavaciones arqueológicas en las necrópolis de Cartago no agota en absoluto la riqueza documental. Los últimos trabajos de campo y esta documentación funeraria revelan no sólo la gran extensión espacial de esta ciudad naciente —sin decirnos mucho acerca de la distribución de este espacio—, sino que, paradójicamente, le infunde vida. Basta, para convencerse, con releer la página que inspiró a Gauckler (1915, p. 398) la excavación de lo que él llamó la «tumba de la sacerdotisa»:

> El esqueleto, el de una mujer, tal vez de una sacerdotisa, está tendido, el cráneo vuelto hacia el este, hacia la puerta: sostiene todavía en la mano izquierda un gran espejo de bronce, y en la derecha, pesados címbalos del mismo metal. La muñeca izquierda desaparece bajo un brazalete de perlas, de escarabeos, de figurillas diversas; el brazo derecho ostenta varios aros de plata y de marfil. Los dedos están repletos de anillos de plata y una sortija de oro, con cuatro cinocéfalos grabados en el engaste; en la oreja izquierda, un colgante de oro con la cruz en T (tau); en el cuello, un gran collar de oro macizo formado por cuarenta elementos de formas variadas, simétricamente dispuestos a ambos lados de un broche central, donde figura un creciente en turquesa que cae sobre un disco de jacinto. Otro collar de plata completa el juego. Un aríbalo y un alabastro corintios con figuras, un gran frasco de esmalte cubierto de una lámina de oro, una estatuilla de pasta vitrea policromada, todo de estilo egipcio, discos de huevos de avestruz pintados, cerámicas y una lucerna completan este ajuar ...

Esta descripción, que habría colmado a Flaubert en su febril trabajo de recopilación documental para su *Salambó*, supera toda ficción. Gracias a esta arqueología funeraria, sabemos más de la Cartago arcaica que de cualquier otra ciudad contemporánea del Mediterráneo occidental.

Detengámonos para obtener una foto instantánea provisionalmente definitiva de esta imagen de la ciudad púnica hacia finales del siglo VII o en los primeros años del siglo VI. Sus horizontes son vastos: aun cuando indudablemente mire prioritariamente hacia Oriente, tiene contactos ya estrechos con el mundo cultural griego, quizás a través de Sicilia, y es probable que ya esté en relación con la zona etrusca meridional y las costas del Lacio. Sus vínculos con el sur de España funcionan en ambas direcciones. Es con su entorno más próximo donde sus relaciones son menos evidentes. Actualmente la arqueología del mundo mediterráneo arcaico intenta definir la noción de «territorio» —la *chôra* en griego—, y resituar a las ciudades en sus territorios. Todavía resulta difícil esbozar, aun rudimentariamente, un territorio para la primera Cartago, y concebir sus vínculos con su vecina más cercana, Útica, en principio, su hermana mayor. La Cartago arcaica seguirá siendo todavía durante un tiempo una cabeza sin cuerpo. De alta mar proceden su poder y su riqueza.

Capítulo III

LA CIUDAD TENTACULAR, O LA FORMACIÓN DE UN «IMPERIO»

Fenicios y griegos en Occidente a finales del siglo VII

A finales del siglo VII, en la frecuentada cuenca occidental del Mediterráneo, los griegos disputaron su control a los fenicio-púnicos, sobre todo desde las primeras implantaciones de la colonización calcídica en la isla de Ischia, y luego en Cumas, en Campania, poco antes de mediados del siglo VIII. Como anteriormente hicieran los fenicios, que llegaron hasta los confines del mundo occidental, los fundadores eubeos llevaron su empresa más allá de las llanuras de Sicilia y del sur de Italia y, avanzando por las costas tirrenas, persiguieron la conquista de un mercado y la creación de una ruta comercial (J. Heurgon, 1969, p. 151). Si otrora los orientales fueron atraídos por las riquezas de Río Tinto, ahora los eubeos se veían tentados por las riquezas mineras de la isla de Elba y de Etruria. Una vez consolidada esta cabeza de puente en la Italia central, el paso inmediato recurrente consistía en ocupar sólidamente las etapas intermedias: primero el estrecho de Mesina, lo que hicieron a principios de la segunda mitad del siglo VIII mediante las fundaciones de Zancle y de Rhegion (Reggio Calabria) a ambos lados del estrecho (G. Vallet, 1958, p. 56). Un hecho, constatado por los arqueólogos, da una idea de la eficacia de este cinturón de seguridad: en el siglo VII la cerámica corintia se difundió masivamente en Tarento y en Sicilia (y probablemente de allí llegó a Cartago), pero este comercio colonial de Corinto se acababa en el estrecho. Sólo unos pocos ejemplares de lujo llegaron a Etruria, mientras que los calcidios dejaron transitar por el estrecho una verdadera flota de bellas cerámicas áticas, que volvemos a encontrar en las tumbas etruscas (G. Vallet, 1958, p. 164). Si damos crédito a Tucídides (VI, 13, 1), en pocos años los eubeos llegaron a Naxos, a Leontini y a Catania, en la costa este de Sicilia, mientras que algo más al sur Megara fundaba Megara Hyblaea y Corinto la ciudad de Siracusa. La costa meridional

no escapó mucho tiempo a esta expansión: Gela fue fundada por los rodios a principios del siglo VII y la última colonia doria, Agrigento, surgía a principios del siglo VI. Mientras tanto, a mediados del siglo VII, Megara Hyblaea, no demasiado holgada en su pequeña planicie costera, se expandió hacia el oeste, hasta Selinunte, en los confines del mundo aún fenicio-púnico. Y desde los últimos años del siglo VIII, con Crotona, Sibaris y Tarento, la Italia del sur se había convertido en la Magna Grecia.

La colonización griega no se contentó con mantener sólidamente esta posición estratégica en Italia central, que controlaba el paso este-oeste y el acceso al mar Tirreno. En la segunda mitad del siglo VII colonos llegados de Tera, en las Cícladas, fundaban Cirene, limitando así la posible expansión hacia el este de los fenicio-púnicos establecidos en el Magreb y en Libia. Es sobradamente conocida la futura incidencia que esta implantación griega en la Cirenaica tendrá sobre las divisiones lingüísticas de la orilla sur del Mediterráneo.

En la orilla norte, marinos llegados de Focea, en Asia Menor, fundan hacia el 600 la ciudad de Masalia (Marsella), que empieza a controlar la gran vía comercial del valle del Ródano y que será, durante siglos, la eterna rival de Cartago en la región. Y el «coto vedado» fenicio en España no se quedó ni mucho menos al margen de las invasiones. La Paleápolis de Ampurias, fundación focense en Cataluña, se remonta tan sólo a principios del siglo VI, pero en la costa andaluza Mainake (Málaga) podría ser anterior. Heródoto (IV, 152) cuenta cómo una tormenta obligó al samio Colaios, en su viaje a Egipto hacia el 640, a abandonar su ruta y llegar a las Columnas de Hércules, donde hizo grandes beneficios vendiendo sus mercancías a los pueblos de Tartessos, mostrando así el camino a los focenses. En efecto, cuando éstos siguieron sus pasos a finales del siglo VII o principios del VI, fueron muy bien acogidos por el soberano del reino de Tartessos, Argantonio, hasta el punto de haberles propuesto, según Heródoto (I, 163), abandonar Jonia para venir a instalarse en su país.

En el siglo VII a.n.e. probablemente fuera más difícil para un marino griego distinguir claramente entre mercaderes cartagineses y sus colegas orientales que para un marino cartaginés diferenciar a los griegos de Grecia de los colonos de los territorios helenizados del Mediterráneo occidental. De ahí que no resulte fácil para un historiador actual delimitar exactamente qué parte correspondió a los púnicos en esta ocupación del espacio occidental (fig. 49). Convendremos aquí en utilizar el nombre de «púnicos» para designar a los navegantes, comerciantes, y a todo tipo de empresarios de cultura semita que operaron desde Cartago, o en su nombre. Pero esta identificación no resulta nada obvia. Se basa fundamentalmente en el análisis de los materiales arqueológicos, sobre todo de la cerámica, y también en la determinación, en las facies reconocidas, de lo que parece propio de Cartago. Por otro lado, aunque la ciudad madre, Tiro, conoció enormes dificultades con el imperio asirio durante la primera mitad del siglo VII (y hasta principios del VI, bajo el reinado de Nabucodonosor), nada permite afirmar que la «ciudad nueva» africana, Cartago, pudiera dirigir empresas políticamente independientes del control de Tiro, al menos hasta mediados del siglo VI. Aun debilitada, Tiro continuó siendo la me-

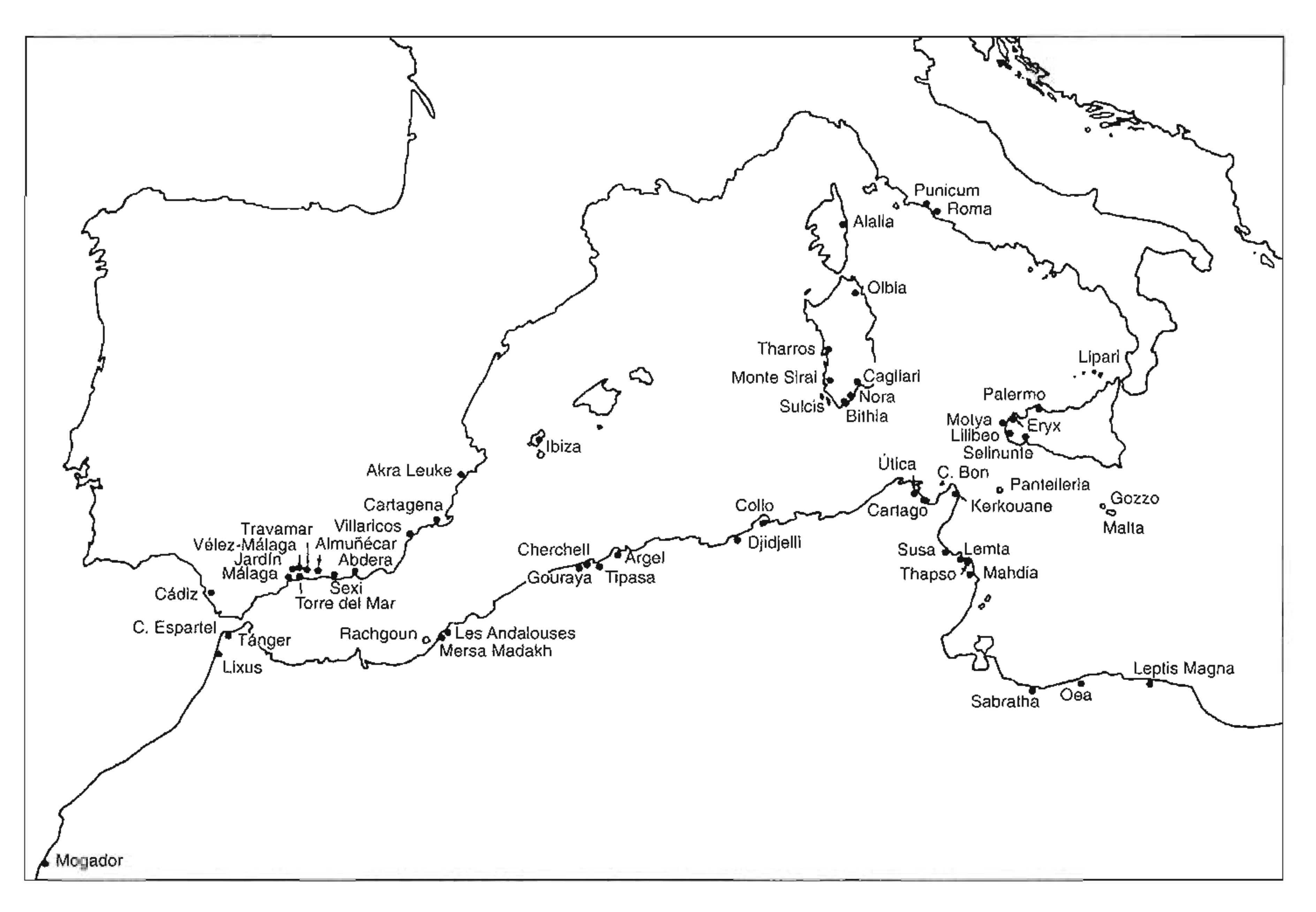


FIGURA 49. La presencia púnica en el Mediterráneo occidental en el siglo VI a.C.

trópoli durante mucho tiempo activa todavía en el mar: hacia el 600 a.n.e. el faraón Nekao confía a marinos fenicios la misión de realizar un periplo alrededor de África (J. Desanges, 1978, pp. 7-16). Y el vínculo entre la colonia y su metrópoli seguirá siendo muy fuerte, especialmente en el ámbito religioso que, en la Antigüedad, y sobre todo en medios semitas, es fundamental. Serán necesarias las conquistas militares de los cartagineses en Sicilia y en Cerdeña, en la segunda mitad del siglo VI, y luego la victoria de los focenses en Córcega, en Alalia (Aleria), para que Cartago se constituya, *de facto*, en potencia autónoma. Y tal vez también será necesario esperar a que de una talasocracia evolucione, a partir del siglo V, hacia un Estado continental africano para convertirse en una verdadera potencia soberana.

Los establecimientos púnicos en el Mediterráneo occidental

Todo lo relativo a los establecimientos semitas en el Mediterráneo occidental a partir del siglo VII se resiente de esta ambigüedad. ¿Son originariamente fenicios o púnicos? Y si al principio son fenicios, ¿a partir de cuándo pueden considerarse parte del «imperio» de Cartago? Es, por ejemplo, el caso de Ibiza.

Según Diodoro Sículo (V, 16), los cartagineses establecieron una colonia en Ebysos (la fenicia Iboshim), en la isla Pitiusa, ciento sesenta años después de la fundación de su propia ciudad, lo que nos sitúa en el 654, si admitimos la fecha del 814 para esta fundación. Las excavaciones recientes llevadas a cabo en Ibiza obligan a cuestionar esta afirmación de Diodoro, retenida hasta hace poco de forma generalizada. Fechado a partir de mediados del siglo VII, nos vemos tentados a identificar ahora como fenicio un primer establecimiento, modesto, que incluía simplemente las instalaciones necesarias (algunas casas, depósitos para mercancías) para apoyar la navegación comercial hacia el norte y hacia el este, a partir de las costas andaluzas. Sólo conocemos bien la necrópolis de este periodo, sobre todo las incineraciones exhumadas al pie de la colina del Puig d'es Molins, que documentan un ajuar reducido (pero con cerámicas de importación, sobre todo etruscas) colocado en urnas, en pequeñas cavidades o en fosas. Por lo tanto se trata de un establecimiento «fenicio», pero se excluye una intervención de Tiro para ver preferentemente una creación de los fenicios de Occidente (C. Gómez Bellard, 1990, p. 178). Pero algunos especialistas piensan que Cartago era muy capaz, a mediados del siglo VII, de llevar a buen puerto la colonización de Ibiza, y la documentación arqueológica que poseemos no nos permite todavía rechazar formalmente el testimonio de Diodoro (P. Rouillard, 1989, p. 227). A partir de principios del siglo VI, la creciente influencia de Cartago en Ibiza es paralela a la crisis de los establecimientos fenicios del sur de España, precipitada por el sitio y la caída de Tiro en el 573. Esta influencia cartaginesa directa se evidencia claramente en los cambios de facies de la necrópolis del Puig d'es Molins, tanto por lo que se refiere a la tipología de las sepulturas (aparición de los hipogeos), como por la de los

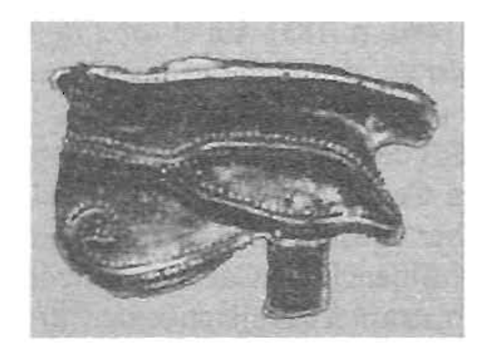
ajuares funerarios (C. Gómez Bellard, 1990, p. 183). En el tofet de Illa Plana, al parecer fundado hacia finales del siglo VI, abundan desde entonces las estatuillas «campaniformes» de marcados caracteres sexuales, típicos de la zona púnica: desconocidas en los sitios fenicios del sur de España, aparecen en Cartago en época arcaica, pero también en Cerdeña y en Sicilia. En el siglo V la isla de Ibiza, cuya ciudad ya parece haber conseguido su completo desarrollo, forma claramente parte de la esfera de influencia de Cartago, así como el conjunto del archipiélago balear, que suministrará a los ejércitos de Cartago su célebre cuerpo de «mercenarios» (*funditores*) desde el siglo IV. Pero el tipo de relación política que unía al archipiélago con Cartago se nos escapa. Cabe imaginar una gobernación militar y una guarnición.

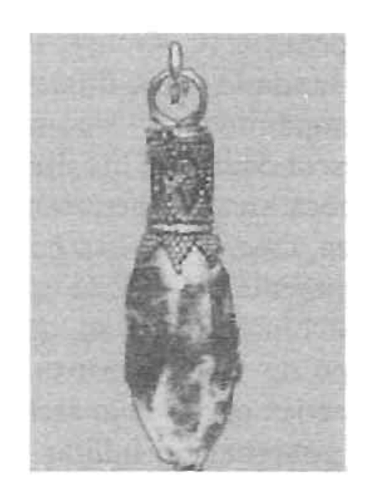
Si las Baleares miraban naturalmente hacia España y tal vez recibieron del sur fenicio peninsular su primera cultura semita, Malta, al otro lado del Mediterráneo occidental y en una posición central formando, junto con Sicilia, un cinturón de seguridad, estaba más orientada hacia Oriente que hacia Occidente, más hacia el delta del Nilo que hacia Cartago (A. Ciasca, 1988, p. 208). Incluso en época púnica tardía, la facies arqueológica de la isla fue siempre notablemente diferente a la que presentan las regiones vecinas (Sicilia occidental, norte de Túnez). Pero a partir de una fecha poco precisa (¿siglo VI?), la empresa cartaginesa en Malta es evidente, empresa que sólo se detendrá en el 218, con la conquista romana de la isla y la captura de su gobernador militar y su guarnición púnica. En el mismo sector, Cartago ocupó Gozzo y Lampedusa, al menos a partir de mediados del siglo IV, como indica el *Periplo* del pseudo-Escylax. En Pantelleria, restos de fortificaciones en la acrópolis indican que la isla fue sin duda una escala cartaginesa, cuyo puerto, al menos, estuvo bajo control púnico.

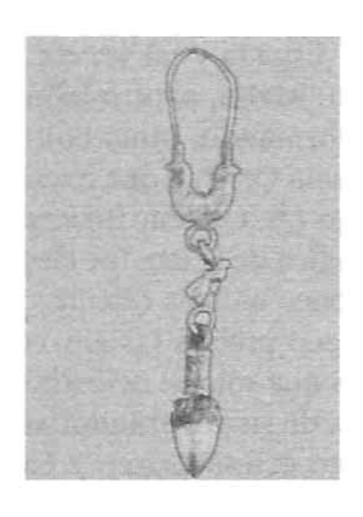
CERDEÑA Y EL MUNDO ETRUSCO

En el norte, la pieza maestra del control cartaginés de la cuenca occidental del Mediterráneo fue Cerdeña. Allí la cosa tampoco ofrece dudas: como dijera Péguy, los fenicios «habían trabajado para ellos». Sobre todo a raíz de la segunda fase de la implantación fenicia, desde finales del siglo IX, que supuso un verdadero proceso de colonización a partir de las ciudades-estado de la misma Fenicia. Se cree que Sulcis y Tharros, en la costa oeste, se fundaron a finales del siglo VIII. Y la magnífica orfebrería de Tharros, de los siglos VII y VI (fig. 50), superior a la de la Cartago contemporánea, dice mucho acerca de la riqueza de esta colonia fenicia entonces independiente de la metrópoli púnica (G. Pisano, 1988, pp. 370-382). Bithia, en el sur, y Cagliari, son de fundación más reciente (finales del siglo VII).

Esta Cerdeña de antigua cultura semita —pero únicamente en sus franjas litorales— entra en la historia de Cartago a mediados del siglo VI. Es en esta época, en efecto, cuando se sitúa la derrota del primer «rey» cartaginés en la isla, Malco (Justino, XVIII, 7), en conflicto entonces con los indígenas que pre-







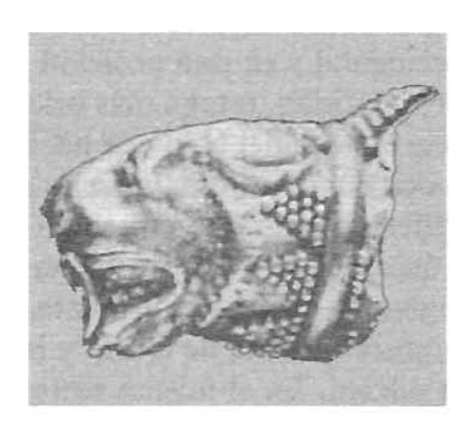


FIGURA 50. Piezas de orfebrería de Tharros (siglos VII-VI a.C.).

sionaban sobre los establecimientos de la costa. Poco después, hacia finales del siglo VI, los cartagineses vuelven a las armas en la isla, con las campañas militares de los dos hijos de Magón, Asdrúbal y Amílcar (Justino, XIX, 1, 6). Ya en el año 535, la victoria de los cartagineses, aliados con los etruscos contra los focenses, en Alalia, Córcega, había garantizado la seguridad de Cerdeña contra eventuales empresas griegas —de los focenses y de su colonia Masalia— creando una especie de glacis: perdida para los griegos, Córcega fue puesta por Cartago a disposición de sus aliados etruscos. Luego, cuando Roma los venció y ocupó su lugar, un *modus vivendi* entre romanos y cartagineses convirtió a la isla en una especie de tierra neutral, más bien bajo la esfera de influencia de Cartago hasta la época de la primera guerra púnica (mediados del siglo III).

Durante mucho tiempo se ha creído que los púnicos «mantuvieron relaciones comerciales con los etruscos, que exigían la seguridad del mar Tirreno» (St. Gsell, *HAAN*, I, 1921, p. 425). Hoy conocemos mejor estas relaciones y esta alianza, gracias al importante descubrimiento, en 1963, de las inscripciones bilingües púnico-etruscas en láminas de oro, en Pyrgi, uno de los puertos de Caere (la actual Cerveteri) (fig. 51). Estos textos se fechan hacia el 500 a.C., y en ellos el soberano etrusco de Caere, Thefarie Velinas, expresa en un exvoto su agradecimiento a la diosa púnica Astarté (J. Heurgon, 1965, pp. 89-104). Se trata en realidad de una verdadera alianza entre Cartago y el principado del

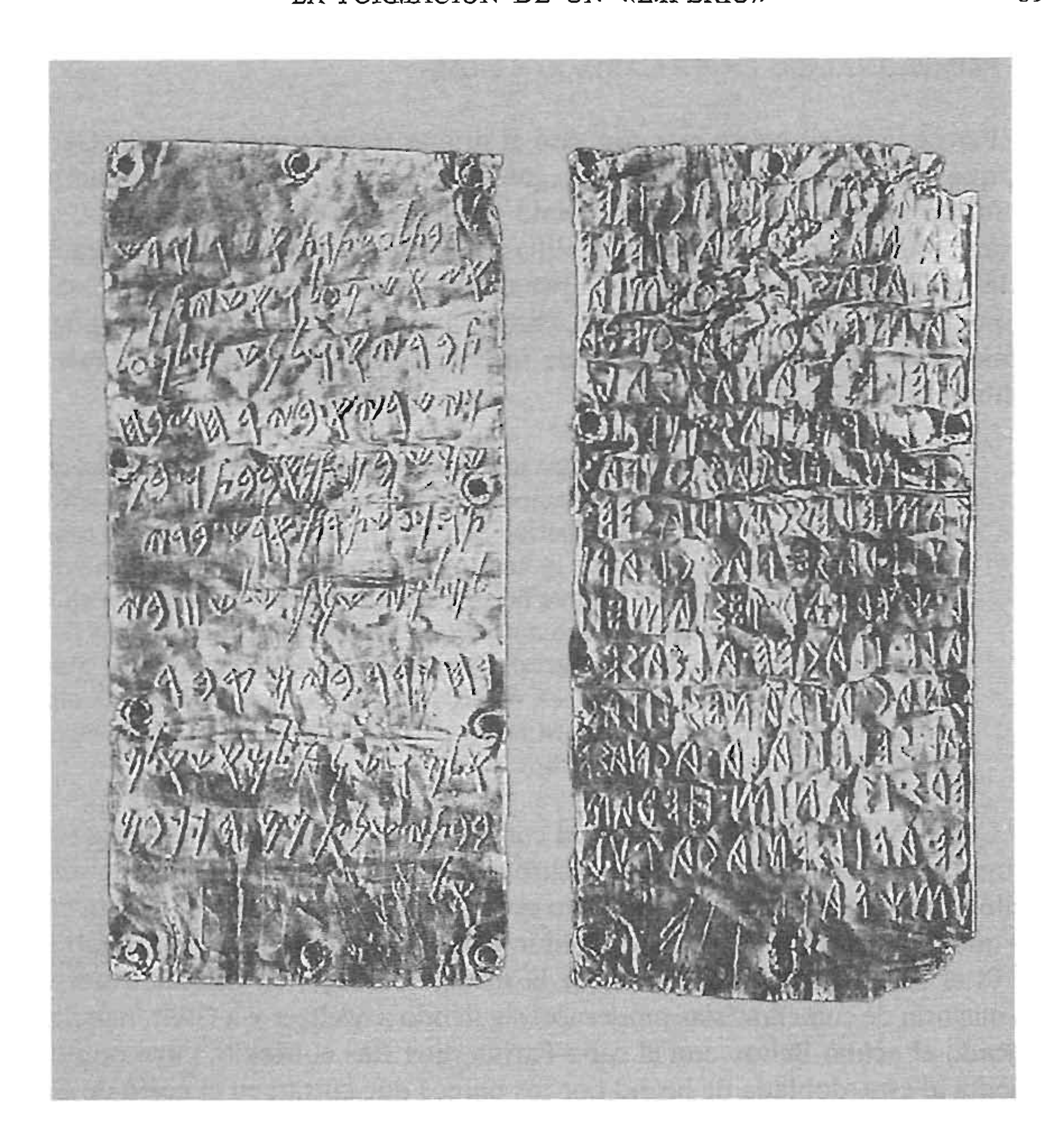


FIGURA 51. Láminas de oro bilingües de Pyrgi. A la izquierda, el texto púnico; a la derecha, el texto etrusco.

sur de Etruria, y el nombre *Punicum* del segundo puerto de Caere atestigua la presencia comercial (y tal vez también demográfica) de los cartagineses. Las excavaciones recientes de la necrópolis arcaica de la ladera sur de Byrsa han proporcionado una cantidad suplementaria de materiales de importación en Cartago procedentes del sur de Etruria en una fecha algo anterior (J. P. Thuillier, 1985, pp. 155-163). Como testimonio de los intercambios que persisten al menos hasta principios del siglo V entre el mundo etrusco y Cartago, cabe citar una pequeña placa de marfil de la necrópolis llamada de Sainte-Monique de Cartago, donde puede leerse un pequeño texto etrusco al parecer escrito en Vulci, que puede traducirse de la siguiente manera: «Yo soy un púnico de Cartago», tal vez una especie de «tarjeta de visita» llevada a Etruria por un mercader cartaginés (M. Gras, 1989, p. 227).

El primer tratado entre Cartago y Roma

Parece lícito situar en este contexto el primer tratado entre Roma y Cartago, que nos lleva, como veremos enseguida, a Cerdeña. Porque hoy se admite de forma unánime la fecha que Polibio asigna a este tratado: el 509 a.C., la misma, año más o menos, de las tablillas de Pyrgi, y el año de la instauración de la república de Roma. Merece la pena citar íntegramente el texto transmitido por Polibio (III, 1, 22) en griego, escrito a partir de una redacción en latín arcaico con bastantes dificultades de interpretación, como señala el mismo Polibio:

> Qùe ni los romanos ni sus aliados naveguen (en naves largas) más allá del cabo Bello, si no es obligados por una tempestad o por enemigos; si alguien es llevado por la fuerza, que no le esté permitido comprar ni coger nada, excepto cuanto sea preciso para la reparación de la nave o para un sacrificio, y que se aleje en un plazo de cinco días. Que los que lleguen con fines comerciales no concluyan ningún contrato con valor jurídico a no ser en presencia de un heraldo o de un escriba; cuanto sea vendido estando éstos presentes, que le sea garantizado al vendedor por la fe pública, cuanto sea vendido en África o en Cerdeña. Si algún romano llega a la parte de Sicilia en poder de los cartagineses, que los romanos tengan en todo igualdad de derechos ...

Como el lector puede imaginar, el corpus de las glosas relativas a este texto es muy completo. El único punto oscuro es cómo interpretar y entender «cabo Bello», todavía hoy a debate. El punto es importante, en efecto. En el comentario que sigue al texto del tratado, Polibio empieza precisando que «el cabo Bello es el cabo desplegado delante de la misma Cartago, en dirección norte». La mayoría de comentaristas modernos, siguiendo a Meltzer y a Gsell, han identificado el «cabo Bello» con el cabo Farina, hoy Ras el-Mekki, cuya punta se orienta al este, doblada de hecho por los barcos que entran en el golfo de Cartago procedentes del norte y del noroeste. Pero es incorrecto, porque el promontorio que se extiende hacia el norte y que no puede verse desde Cartago es en realidad el cabo Bon, cuyo nombre moderno es de buen augurio, al igual que el nombre griego, *Kalon akroterion* —donde *Kalon* significa más bien «favorable» que «bello»—, aunque sea un eufemismo y una antífrasis, puesto que la navegación es peligrosa en esos parajes, sobre todo en Ras ed-Drek (J. Desanges, 1990, p. 30). Así se explica que Polibio creyera conveniente añadir que si los cartagineses decidieron impedir a los romanos navegar al sur de este cabo, fue para impedirles frecuentar y comerciar con las ricas ciudades del Sahel tunecino —la antigua Byzacena— y los emporios de la Pequeña Sirte. Más adelante veremos (*infra*, p. 245) que los púnicos, tal vez desde esta época, se las ingeniaron para llenar el cabo Bon de vigías y puestos de guardia.

Otra frase del comentario de Polibio resume lo esencial del significado del tratado (III, 23): «Este tratado —dice— muestra que los cartagineses consideraban Cerdeña y África dominio propio, pero no así a Sicilia, porque diferenciaban explícitamente la parte de la isla bajo dominio cartaginés». En realidad,

en el tratado del 509, Cerdeña aparece bien situada bajo control cartaginés y Cartago como la única garante de las transacciones comerciales de la isla. Hacia finales del siglo VI, la ocupación cartaginesa se extiende hacia el interior a partir de los centros de la costa y crea una red de plazas fuertes protegidas por un *limes*, cuyos elementos se fechan entre los siglos V y III. A partir de finales del siglo VI se fundan nuevos establecimientos en el norte de la isla, como Antas, en cuyo magnífico templo próstilo del latino *Sardus Pater* sobrevivirá el culto del dios Sid. Este movimiento rompe deliberadamente con el «colonialismo reticente» de la fase fenicia y va asociado a una interpenetración con las poblaciones locales, a una explotación cerealista de las grandes praderas y a un control de las vías de acceso a las minas del interior. Todo el mundo admite que en el siglo IV Cartago extendió su empresa a la totalidad de la isla, y una cláusula del segundo tratado concluido con Roma, fechado en el 348, afirma con fuerza la realidad de este control: «Los romanos —dice el texto— no podrán en ningún caso comerciar ni fundar ciudades en Cerdeña ni en África» (Polibio, III, 24). Y el hecho de que a principios del siglo IV la Cerdeña púnica se integrara en el sistema monetario mediterráneo puede considerarse un dato revelador de esa integración.

LA SICILIA FENICIA Y PÚNICA

Si Cerdeña fue un terrritorio púnico exclusivamente durante casi cuatro siglos (desde el siglo VI hasta el 238 a.C.), la situación en Sicilia fue completamente diferente. La isla fue terreno abonado de luchas encarnizadas entre griegos y púnicos desde el siglo V hasta mediados del siglo III, cuando Roma entró en liza e impuso su dominio sobre la isla tras la primera guerra púnica, en el 241 a.C. El célebre párrafo de Tucídides (VI, 2, 6) sintetiza en pocas palabras varios siglos de historia de la Sicilia prepúnica: «Los fenicios vivían un poco por todas partes en Sicilia, tras ocupar los promontorios sobre el mar y los islotes próximos a la costa ... Luego, cuando los griegos llegaron en gran número de ultramar, abandonaron la mayor parte del país y se concentraron en Motya, Solunto y Palermo, junto a los elimos, donde vivieron seguros gracias a la alianza con los propios elimos y porque esta parte de Sicilia estaba muy próxima a Cartago».

En el extremo occidental de Sicilia se encuentra el islote de Motya, que como una nave anclada en la laguna y separada del mar abierto por una estrecha península, es un sitio fenicio por excelencia. Como en Siracusa, los vasos protocorintios más antiguos de la necrópolis arcaica, situada en la playa al norte de la isla, pueden fecharse entre el 730 y el 720 a.n.e.; pero la fundación fenicia es probablemente anterior. Se fechan a finales del siglo VII las partes más antiguas del recinto que, reforzado por torres, rodeaba la isla y se bañaba en el mar (S. F. Bondi, 1988, p. 266). Este recinto defensivo parece, pues, anterior a la ocupación cartaginesa de la Sicilia occidental, que podemos situar en el transcurso del siglo VI. Vimos anteriormente que en el tratado con Roma del

año 509 se hacía mención explícita de la parte de la isla sometida a Cartago. De esta época data una reestructuración del tofet de Motya, que conoció una nivelación artificial y una expansión de la zona reservada a las deposiciones (M. Gras, 1989, p. 299); gran parte de los cientos de estelas descubiertas en excavaciones recientes son contemporáneas. Digamos de paso que un examen somero de estos pequeños monumentos permite destacar dos características: primera, la total ausencia cultural del mundo griego en esta época, pese a su proximidad y su poderío; y también la originalidad, frente a Cartago, de estas producciones esculpidas muy cercanas a sus orígenes fenicios, pero aquí en «bajorrelieve» y con una expresividad muy parca (cf. *infra*, fig. 202). Quisiéramos poder afirmar que esta independencia plástica era el reflejo de una libertad política respecto de la metrópoli púnica, cosa probable. Al igual que Palermo y Solunto, Motya, protegida de Cartago, no era una colonia, y nada indica que desde esa época los cartagineses hubieran fundado colonias en la Sicilia occidental que controlaban hasta Selinunte e Himera, al sur y al norte respectivamente.

Precisamente sería en Himera, en el 480, donde los griegos occidentales interrumpieron los avances cartagineses, cuyo sincronismo —y simetría— con la victoria de Salamina contra los persas fue celebrado por Heródoto (VII, 166). Sincronismo sin duda un tanto forzado —Aristóteles (*Poética*, XXIII, 3) dice sólo «por la misma época»— pero enormemente simbólico. Por lo demás, no hay que excluir una acción combinada de Cartago en Sicilia y de Jerjes en Grecia: en esta época los persas eran los amos de Fenicia y, según Diodoro (XI, 1), en ese contexto Cartago y el Gran Rey habrían concertado una alianza mediante tratado.

Reducidos a su «finisterre» del oeste siciliano, los púnicos esperaban que una victoria decisiva les diera el completo dominio de la isla, entonces no sólo un territorio excepcionalmente fértil y rico, sino también una posición clave entre ambas cuencas del Mediterráneo. El control de Sicilia significaba el dominio duradero del Mediterráneo occidental. Dos siglos más tarde Roma comprendería su importancia y haría de la isla la primera provincia de su imperio fuera de los límites de Italia. Ahora, si conseguían imponerse en toda la isla, los púnicos tendrían la posibilidad de contener más eficazmente a sus enemigos focenses del norte, contra los que ya lucharon en Alalia en el 535, pero que aún controlaban las costas de la Galia y del noreste de España, donde suponían un freno a las ambiciones de Cartago (J. P. Morel, 1975, pp. 873-888).

Con todo, la iniciativa de esta importante confrontación no vino de los púnicos, sino de las colonias dorias que, superando el particularismo de las ciudades sicilianas, opusieron a los cartagineses dos estados aliados *de facto*. Gelón, el tirano de Gela, en la costa suroeste, que se había hecho años atrás con el poder en Siracusa, hizo causa común con Tierón, tirano de Agrigento, que conquistó Himera, reino aliado de los cartagineses. Así, a partir de unos principados debilitados y aislados, se creó un bloque poderoso y temible.

Cartago confió el mando de la guerra contra los griegos de Sicilia al «rey» Amílcar, de la familia de los Magónidas, que tardó tres años en reunir su flota:



FIGURA 52. Monedas púnicas de plata de Sicilia occidental (siglo III).

doscientas naves de guerra, tres mil transportes de tropas, un ejército de trescientos mil hombres reclutados en África, en España, en Cerdeña, en Córcega, en Liguria, e incluso en el litoral de la Galia (Diodoro, XI, 1 y 20). Cifras enormes para la Antigüedad, y sin duda exageradas. Pero la derrota sufrida frente a Gelón y Tierón coaligados delante de Himera fue tan tremenda, y el desastre, agravado por los naufragios, tan enorme que, según Diodoro (XI, 24), sólo una barca con algunos hombres a bordo pudo volver a Cartago. En cuanto a Amílcar, a la vista de la derrota de los suyos, se habría lanzado, según Heródoto (VII, 167), a la pira donde ofrecía un sacrificio.

Se ha dicho que el triunfo común de Tierón de Agrigento y de Gelón de Siracusa marcó el inicio de una nueva era en la historia de la Sicilia griega, que prácticamente se confunde con la de Siracusa (J. Heurgon, 1969, p. 158). No entraremos en los detalles de esta historia rica en peripecias y en destrucciones por ambas partes: en el 409, el nieto de Amílcar, un Aníbal, destruyó Selinunte y reconquistó Himera, y en el 405, tras la conquista de Agrigento y de Gela por Himilcón, el tirano de Siracusa, el famoso Dionisio el Viejo, reconocía a Cartago, mediante tratado, la posesión de la Sicilia occidental (fig. 52). Esta estabilización duraría poco. En el 397 Dionisio conquistaría y destruiría Motya, la cual ya no volverá a ser reconstruida sobre sus ruinas, sino que se convertirá en Lilibeo, la actual Marsala. Durante un siglo y medio Cartago todavía peleará en Sicilia con más o menos fortuna, con flujos y reflujos a los que Roma pondrá fin. Pero pese a ese esfuerzo tenaz, a todas luces comprensible dada la importancia de la apuesta siciliana, Cartago había aprendido muy pronto la lección de su derrota en Himera y consolidó sus posiciones en África.

El descubrimiento de África

Cartago no constituía la única cabeza de puente del mundo semita en África del Norte. Antes incluso de su misma fundación, se establecieron en el Magreb dos fundaciones tradicionalmente consideradas más antiguas, Lixus en el oeste, frente al Atlántico, al norte del actual Marruecos, y Útica, en el este, en el estuario del Medjerda. Más al este y al sur, Hadrumeto (ahora Susa) y Leptis (Lebda, en la actual Libia) fueron otrora escalas indispensables para el comercio fenicio en la ruta de regreso hacia Oriente. Los autores antiguos (Plinio y Silio Itálico para Leptis, Solino para Hadrumeto) consideran que estas dos últimas ciudades, como la misma Cartago, eran colonias de Tiro. Únicamente Salustio (*Yugurta*, LXXVIII, 1) menciona a los sidonios como instigadores de la fundación de Leptis Magna; pero el término «sidonio», tanto aquí como en otros contextos, no designaba a los habitantes de Sidón, sino a los fenicios en general. Es posible, pues, que la ciudad-estado de Tiro estuviera también detrás del establecimiento de Leptis Magna.

Sea como fuere, nada permite afirmar que estas dos ciudades hubieran alcanzado, en el siglo VII, un grado de desarrollo comparable al de Cartago. En Hadrumeto, ciertas deposiciones del tofet excavado por Cintas bajo la iglesia construida a finales del siglo pasado pueden fecharse en el siglo VI, con menor seguridad en el VII (P. Cintas, 1947, pp. 4-5). La ciudad fenicia, luego púnica, y más tarde la ciudad de época romana, desaparecieron ya en la Edad Media musulmana bajo la actual ciudad de Susa. En el sitio de Leptis Magna, en la desembocadura del uadi Lebda, excavaciones realizadas en 1960 y 1961 parecen haber aportado la prueba arqueológica de una fundación fenicia, pero que no se fecha más allá de finales del siglo VII (T. H. Carter, 1965, pp. 123-132; A. di Vita, 1969, p. 197). Tanto en el caso de Leptis como en el de Hadrumeto, el material hallado no autoriza a avanzar la existencia de lazos estrechos entre estos centros y Cartago en época arcaica.

~~No~~ parece que Cartago tuviera problemas con los griegos establecidos en la Cirenaica en la segunda mitad del siglo VII. Pero seguramente la metrópoli púnica no esperó a la empresa del lacedemonio Dorieo para afirmar sólidamente su presencia en esta región, que los griegos llamaron más tarde la región de los *emporia*, «los mercados», para designar las factorías o incluso las colonias que Cartago no tardaría en establecer en la costa, entre el Sahel tunecino y la zona entre ambas Sirtes, es decir, en la parte occidental de la actual Libia.

Poco antes de finales del siglo VI, el hijo de un rey de Esparta, Dorieo, que había tenido que ceder la dignidad real a su hermano Cleomón, partió en busca de fortuna a África y, estimulado posiblemente por los pueblos de Cirene, fundó una colonia entre ambas Sirtes, en la desembocadura del río Cinyps (el uadi Caam), a poca distancia —dieciocho kilómetros al sureste— de Leptis. Una tal proximidad hace pensar que la colonia fenicia tuvo que verse muy debilitada para no oponer resistencia a la instalación de los griegos. Acaso conociera incluso un declive. A partir del siglo IV los documentos geográficos en

lengua griega llaman Neapolis a la ciudad emplazada entonces en el sitio de Leptis, lo que sugiere la posibilidad de una nueva fundación.

La reacción vino de Cartago, que tardó tres años en expulsar a Dorieo. Probablemente la experiencia de esta intrusión inspiró a la metrópoli púnica la fijación en el este, en la Gran Sirte profunda, de los límites de su zona de influencia. No se sabe exactamente cuándo se materializó la delimitación de esta frontera que tanta influencia tendría durante siglos, dado que más tarde determinará no sólo el límite oriental de la provincia romana de África, sino la línea de demarcación entre el ámbito lingüístico del latín, en el oeste, y del griego, en el este y, mucho más tarde, el límite entre los imperios de Oriente y Occidente. Al menos se sabe que esta frontera existía ya a mediados del siglo IV, en la época de la redacción del *Periplo* del pseudo-Escylax, donde se menciona su materialización concreta, los «altares de Fileno» o «de los Filenos» (*Philainou* o *Philainon Bomoi, Arae Philaenorum*).

Los «altares de los Filenos» y el África libiofenicia

Estos «altares de los Filenos» dieron pie a uno de esos relatos «etiológicos» (o explicativos, si se prefiere) donde la Antigüedad se regala y se supera a sí misma. La leyenda es posiblemente de origen griego, puesto que el nombre de los dos héroes cartagineses sólo adquiere sentido en griego: *Philainoi*, los «amigos del encomio». Pero su forma más evolucionada se debe a los autores latinos, especialmente a Salustio (*Yugurta*, LXXIX). Según el historiador romano —que para escribir su *Yugurta* recopiló una vasta documentación sobre el pasado de África del Norte—, Cartago y Cirene, hartas de la guerra que las enfrentaba, habrían convenido que cierto día sus líderes partieran de cada una de las dos ciudades al mismo tiempo, y que su punto de encuentro sería considerado el límite de sus territorios. Los dos adalides de Cartago, dos hermanos llamados Fileno, lograron recorrer un tramo mucho mayor que los de Cirene. Acusados de haber salido antes, se les propuso un nuevo acuerdo: o aceptaban ser enterrados vivos en el punto mismo al que habían llegado, que fijaría el límite fronterizo, o dejaban avanzar a los cirenaicos en las mismas condiciones. Los Filenos habrían aceptado el sacrificio y Cartago les habría consagrado los altares.

No se sabe cuál fue la realidad subyacente tras ese relato legendario cuya trama —el punto de encuentro de dos adversarios para dirimir un litigio fronterizo— aparece más de una vez en la Antigüedad. A principios del siglo I de nuestra era, Estrabón (III, 5, 5) vio en ello columnas o hitos ya desaparecidos en su época. Algo más tarde, Plinio el Viejo (*H. N.*, V, 28, 2) se refiere a estos altares como el límite oriental del río de los Lotófagos, y afirma que estaban hechos de arena (*ex harena*), lo que sugeriría uno de esos *lusus naturae* que aparecen abundantemente en los viejos relieves africanos esculpidos por la erosión. Por lo demás, no se sabe dónde situar exactamente esta frontera, paradójicamente destinada a una práctica inmutabilidad a través de los siglos:

al fondo de la Gran Sirte, y sin duda al sureste del Ras el-Alia, tal vez en el lugar llamado Graret Gser et-Trab (J. Desanges, 1980, p. 270).

La influencia de Cartago nunca llegó más allá, ni política ni económicamente, de este límite oriental. Pero, hacia el oeste, a partir del siglo VI, y sobre todo a partir del siglo V, se constata una presencia púnica sistemática en las franjas costeras del Magreb, aunque los gajes del oficio arqueológico todavía no nos permitan confirmar la simultaneidad de ese dominio de forma generalizada. Por ejemplo, en la isla de los Lotófagos, en Djerba, se esperaba encontrar rastros de una ocupación cartaginesa más antigua, pero ningún vestigio permite remontarse más allá de mediados del siglo IV, fecha en que la isla aparece mencionada en el *Periplo* del pseudo-Escylax (110). También es más que probable que Cartago tuviera posiciones que defender desde la época del primer tratado con Roma (en el 509 a.n.e.) en la fachada marítima de la Byzacena, el actual Sahel tunecino, donde lo que los griegos llamaron *emporia* tuvieron que ser en realidad no ya colonias, sino factorías de establecimientos controlados económicamente, al menos en época arcaica. Pero la arqueología no ha descubierto hasta el momento elementos de una facies púnica anterior al siglo IV ni en Gightis (Bou Ghrara), encajada en el fondo de su pequeño golfo frente a Djerba, ni en Tacape (Gabes), en la Pequeña Sirte, ni en los sitios que jalonan regularmente el litoral hasta Hadrumeto (Susa). Veremos, sin embargo, (*infra*, p. 268) que en lo que fue acaso una circunscripción (*pagus*) del territorio africano de Cartago, se desarrolló una cultura material original llamada «libiofenicia», según la expresión de Plinio el Viejo, término que tiene el mérito de evocar felizmente la simbiosis que se operó allí entre el sustrato autóctono y la aportación semita. Tampoco tenemos todavía constancia precisa de una implantación cartaginesa arcaica en lo que fue el primer anexo rural de Cartago, si no su territorio, su *chôra* en el sentido político del término, ese cabo Bon que era de hecho su «huerta» cuando Agatocles lo devastó a finales del siglo IV. Pero allí donde la excavación ha interrogado insistentemente a la tierra, como en el caso de Kerkouane, en el extremo del cabo, se han podido aislar testimonios que confirman un proceso de revalorización, por lo menos a partir del siglo V (J. P. Morel, 1969, pp. 473-518; M. H. Fantar, 1984, pp. 23-24).

La fachada norlitoral del África púnica

Al oeste de Cartago, y siguiendo las costas septentrionales, Útica aparece como un caso aparte, una vieja ciudad fenicia y hermana mayor de Cartago según una tradición no confirmada por la arqueología. Y los sitios de la Túnez septentrional, incluida Bizerta (*Hippo Dhiarrytus*), ocultan todavía los vestigios de un antiguo dominio cartaginés, pese a su más que probable realidad.

Paradójicamente, es en la larga fachada mediterránea de la Argelia actual donde se han descubierto las «escalas» púnicas más antiguas. Utilizamos el término de «escalas» siguiendo a Cintas, el primero en situar a golpe de compás, hace varias décadas, estas factorías o escalas cada treinta o cuarenta kilómetros

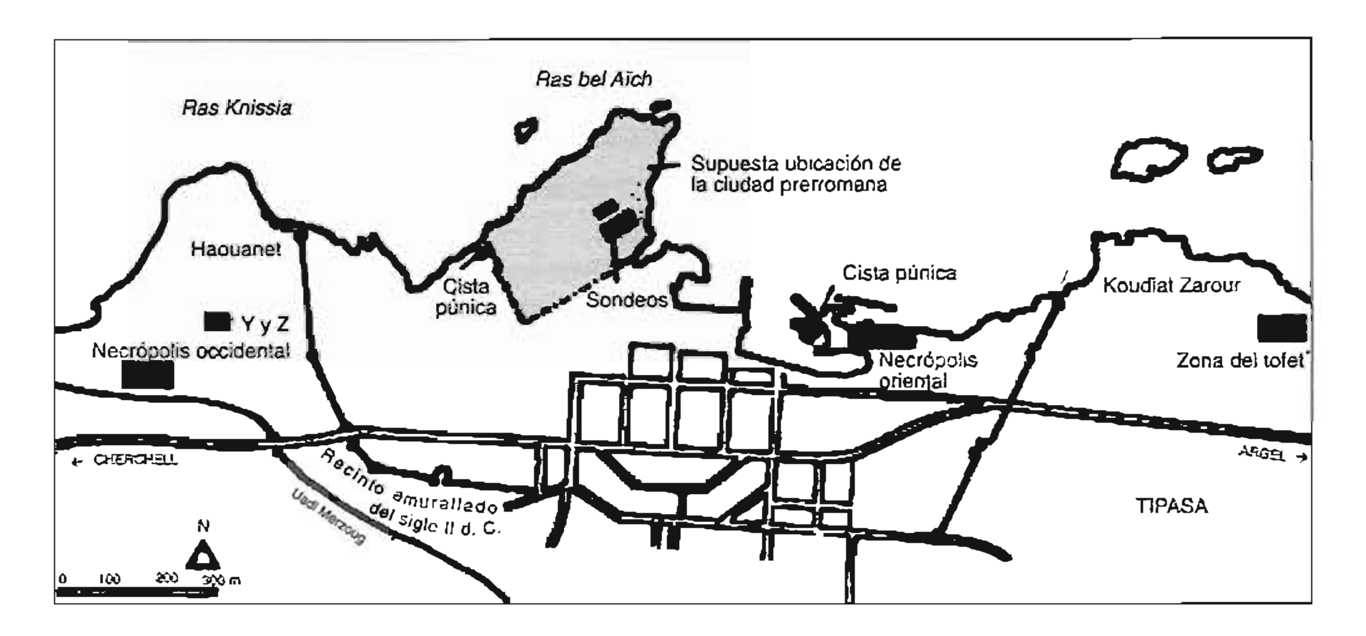


FIGURA 53. Tipasa: plano de situación de los vestigios de época púnica, señalados en negro.

a lo largo de la costa, a veces a intervalos mayores cuando la configuración del litoral y la dificultad de los desniveles del terreno lo imponían: *mare saevum, importuosum*, dirá Salustio, no sin razón. Estas dificultades explican, pues, la distancia que separa Hippo Regius (Annaba) de Rusicade (Skikda), a ambos lados de los acantilados del macizo de Edough, en el este argelino, o *Chullu* (Collo), al este de los acantilados del cabo Bougaroun (el *promontorium Metagonium* de los antiguos), del pequeño islote que, a poca distancia de Ziama-Mansouria (Choba), ofrecía a los barcos púnicos una situación portuaria ideal y donde recogimos no hace mucho restos indiscutibles de un pequeño establecimiento de época púnica. Pero, al oeste de las orillas del actual Kabylia, los establecimientos se suceden con una notable regularidad.

Pero aún es pronto para que todos estos sitios presenten una facies homogénea y poder remontar en todos ellos, dado el estado actual de la investigación, la implantación púnica a la misma fecha. Digamos además que no todos los topónimos que empiezan con la raíz semita **rus-* (es el árabe *ras*, «cabo», «cabeza») y que se escalonan a lo largo de esta franja costera (Rusazus, Rusuccurru, Rusguniae, etc.) han revelado vestigios seguros de una presencia que su nombre proclama incontestablemente. Pero, como en Kerkouane, allí donde la excavación ha escrutado el terreno con perseverancia y método, esta presencia se manifiesta claramente desde finales del siglo VI.

Tomemos el ejemplo de Tipasa, a unos sesenta kilómetros al oeste de Argel (Icosium) (fig. 53). Aquí también fue Cintas quien, a mediados de siglo, descubrió los restos de una cultura material púnica en forma de sepulturas excavadas en la arcilla (gres) del acantilado litoral, a poca distancia al este de la aglomeración moderna (P. Cintas, 1949). El gran panteón ahora inclinado como un barco encallado en las aguas poco profundas del pequeño puerto ya se conocía,

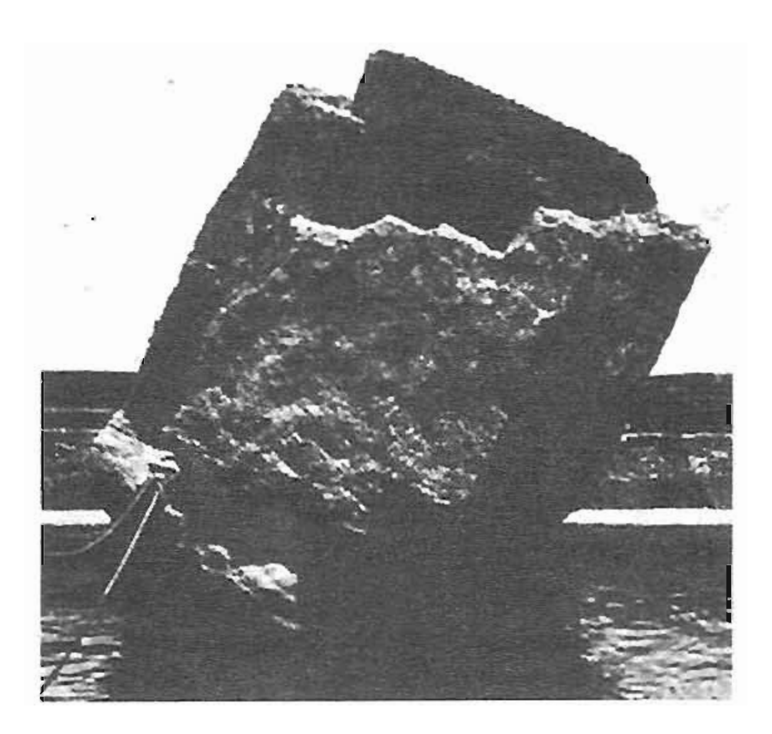


FIGURA 54. Tipasa: necrópolis púnica oriental; el hipogeo socavado por el mar e inclinado en el pequeño puerto de pesca.

aunque sin identificar, desde época romana, cuando las canteras romanas de los acantilados del entorno lo respetaron y lo dejaron a modo de testimonio (fig. 54). Desde entonces, vaciado de su contenido, este monumento no puede situarse en el tiempo, pero Cintas pudo fechar la pequeña necrópolis donde se encontraba a partir del siglo IV a.n.e., aunque el gran panteón fue sin duda anterior. Era lícito, pues, reconocer en Tipasa una de estas «escalas» del cabotaje púnico en la ruta hacia el oeste, y precediendo la escala maestra de Iol-Caesarea (Cherchell) justo antes del peligroso paso del cabo Chenoua.

Hace unos veinte años continuamos estas excavaciones púnicas en Tipasa y encontramos una segunda necrópolis, al otro lado de la aglomeración, hacia el oeste, que distaba de la primera unos dos kilómetros (S. Lancel, 1968). A partir de la cerámica ática y jónica recogida en aquellos hipogeos se pudo datar las más antiguas hacia finales del siglo VI, es decir, en la época más arcaica posible de una cronología que, sin discontinuidad, llega hasta principios del primer siglo a.n.e. Las series de material de tradición púnica más numerosas se sitúan entre los siglos IV y II, y la veintena de fosas descubiertas, que sólo representan una pequeña parte de un conjunto funerario más amplio, confirman la importancia material y la riqueza del hábitat correspondiente, al menos a partir del siglo IV (fig. 55).

La primera cuestión que plantean estos descubrimientos es evidentemente la ubicación de este hábitat, dado que casi dos kilómetros separan esta necrópolis de la del este, excavada por Cintas. Como es poco probable que cada uno de estos yacimientos hubiera correspondido a un establecimiento distinto, o a una zona de hábitat distinta, hay que buscar entre estos dos yacimientos el sitio



FIGURA 55. Tipasa: la necrópolis púnica occidental en 1967.

de la aglomeración prerromana, que situaremos en el promontorio central (el Ras bel-Alich) de esa especie de tridente que forma el sitio de Tipasa. Por lo demás, unas tumbas vacías descubiertas a poca distancia de este espolón central, de tipología púnica cierta, refuerzan esta hipótesis geográfica, y el descubrimiento realizado en ese promontorio de gran cantidad de fragmentos de cerámica campaniense demuestra una ocupación densa al menos a partir del siglo II a.n.e. (S. Lancel, 1982a, pp. 746-752). Pero es sobre todo el material hallado en la excavación de la necrópolis oeste el que ofrece en el sitio información tanto cuantitativa como cualitativa. A excepción de algunas cerámicas griegas y helenísticas, el ajuar funerario está esencialmente constituido por cerámica común de tipo púnico, probablemente fabricada *in situ*, con una fidelidad hacia las formas antiguas que manifiesta un desfase respecto de la evolución de esta producción en la metrópoli cartaginesa, fenómeno que a veces se ha calificado de «retraso provincial». Varios indicios permiten pensar que estas cerámicas de tradición púnica han sufrido la influencia del mundo ibérico, cuyas importaciones (la cerámica de pasta gris, sobre todo) están presentes entre el material. Estas importaciones, incluidas las de cerámica ática tardía, desaparecen casi completamente a partir de mediados del siglo IV, y en estas rupturas debe verse sin duda el efecto de un control más estrecho por parte de Cartago sobre las costas magrebíes en la época del segundo tratado con Roma, y más tarde en la época de las guerras púnicas. En cambio, lotes importantes de cerámica

campaniense tardía marcan la reanudación de los intercambios con el mundo itálico y con Sicilia a partir de mediados del siglo II, es decir, tras la caída de Cartago. Pero las formas púnicas subsisten y las numerosas imitaciones de barniz negro manifiestan al mismo tiempo la flexibilidad de las adaptaciones y una relativa independencia económica también en esa época respecto del flujo de importaciones dominantes, como otrora respecto de Cartago.

La arqueología, incluso la mejor informada, sólo puede decir lo que sabe. Y sólo proporciona un esbozo de lo que fue Tipasa entre los siglos VI y II a.n.e. La importancia material de la ciudad, perceptible de inmediato, excluye que fuera una simple factoría. Además, es poco probable que hubiera constituido para Cartago una colonia de poblamiento: los monumentos de sus necrópolis y los objetos de las tumbas son de tradición púnica; pero los ritos —orientaciones, reinhumaciones, práctica de la pintura roja funeraria— hacen referencia a una tradición libia o bereber en Tipasa y en otros muchos sitios prerromanos de Mauritania y de Numidia, y puede adelantarse la hipótesis de un sustrato indígena importante en los orígenes del hábitat agrupado (P. A. Février, 1967, pp. 107-123). Aunque sin llegar a confirmar que Tipasa estuviera bajo la dependencia política de Cartago, los datos arqueológicos demuestran la preponderancia cultural de la metrópoli púnica en un territorio que también se mostró sensible a las aportaciones ibéricas y en una ciudad que tuvo que desempeñar un papel junto con Iol (Cherchell) en la formación de los reinos mauritanos a partir del siglo III. Tras la caída de Cartago, la influencia púnica persistirá, aunque de forma más limitada. Aunque la lengua de Cartago no nos haya dejado ningún vestigio escrito, la forma de sus hipogeos se regirá durante mucho tiempo por las tradiciones arquitectónicas púnicas, y la frecuencia de las estelas votivas de tipo púnico también confirma la clara supervivencia de esta influencia en el ámbito religioso hasta época imperial romana. Es más, en el Koudiat Zarour, a dos pasos de lo que luego será el lugar santo por excelencia de la futura ciudad cristiana, la basílica de Santa Salsa, se ha descubierto una pequeña zona de sacrificio con sus estelas votivas anepígrafas, sus mesas de ofrenda y los restos incinerados de víctimas de sustitución (las víctimas animales del rito del *molchomor*) contenidos en la cerámica común del siglo I de nuestra era. Prueba evidente, en una fase avanzada del proceso de romanización, de la vitalidad local de la tradición religiosa púnica más característica (Lancel, 1982, pp. 753-754).

La experiencia histórica de Tipasa no pudo ser un caso aislado. Futuras investigaciones posiblemente multiplicarán y precisarán los testimonios de esta incursión cartaginesa en muchos sitios del litoral septentrional del Magreb, al menos a partir del siglo V: las excavaciones realizadas en el «islote Joinville» de Cherchell (Iol-Caesarea) hace treinta años encontraron precisamente esta cerámica púnica atribuible a esta época (G. Vuillemot, 1965, p. 334). Aunque la fisionomía de la ciudad de Iol contemporánea de este material todavía esté por descubrir, nos acercamos así a la datación alta (siglo V) de las cerámicas griegas halladas en los años cincuenta más al oeste, en Gunugu (Gouraya), datación confirmada no hace mucho a raíz de un nuevo estudio de estos vasos (F.

Villard, 1959, p. 12; J. P. Morel, 1980, p. 61). Los trabajos de una misión anglo-argelina en Cherchell confirmaron la importancia de la ciudad prerromana de Iol (Ph. Leveau, 1984, pp. 12-13; T. W. Potter, 1985, p. 458).

Más hacia el oeste, en las costas del actual Oranesado, se encuentran los sitios que proporcionaron el material más antiguo, concretamente en Mersa Madakh, que pudo estar habitada desde el siglo VI (G. Vuillemot, 1965, p. 155). El análisis de los objetos descubiertos evidencia que en aquella época el establecimiento mantuvo vínculos no con la metrópoli púnica, sino con las colonias ibero-fenicias del sur de Andalucía. En efecto, en el sitio se encontró una lucerna de engobe rojo de una sola mecha perteneciente a una época (siglo VI) en que ambas características habían desaparecido hacía tiempo de la serie de lucernas cartaginesas, pero que sobreviven en el área orientalizante del mar ibérico «por retraso provincial». En las inmediaciones, el establecimiento más antiguo es, sin lugar a dudas, el de la pequeña isla de Rachgoun, frente a la desembocadura del Tafna. También se fechan a partir de mediados del siglo VII una necrópolis con un centenar de tumbas, los elementos de un hábitat, y también un pequeño puerto artificial, un *cothon* excavado en la roca de una cala acondicionada. Pero no habría que precipitarse (F. Decret, 1977, p. 116) en calificar el islote de Rachgoun de escala típicamente fenicia —nosotros optaríamos por ver en el actual topónimo la prosperidad de un antiguo *Rusguniae*. Es más probable que el islote fuera colonizado en el siglo VII desde las costas andaluzas, a tan sólo unos doscientos kilómetros de distancia.

MÁS ALLÁ DE LAS «COLUMNAS DE HÉRCULES»

A mediados del siglo V, Heródoto ya tenía referencias de las incursiones ya no fenicias, sino púnicas, más allá de las «Columnas de Hércules» (fig. 56). Nos lo cuenta en una página de sus «relatos libios» (IV, 196), célebre sobre todo por la descripción que nos ha dejado de la práctica del trueque silencioso:

> Los cartagineses cuentan todavía lo siguiente. Más allá de las Columnas de Hércules existe un país de Libia habitado por gentes a las que suelen frecuentar. Desembarcan sus mercancías y las exponen de forma ordenada en la playa, luego regresan a sus barcos y hacen humo para avisar a los indígenas. Éstos, cuando ven el humo, se acercan al mar, colocan al lado de las mercancías el oro que ofrecen a cambio y se retiran. Los cartagineses vuelven a bajar a tierra y miran lo que han dejado. Si juzgan que la cantidad de oro corresponde al valor de las mercancías, se lo llevan y levan anclas. Si no, vuelven a sus barcos y esperan. Entonces los indígenas vuelven y añaden oro hasta que los cartagineses estén satisfechos. Nadie sale perjudicado. Los unos no tocan el oro hasta que consideran que la cantidad depositada corresponde al valor de sus mercancías. Los otros no tocan las mercancías hasta que los cartagineses no hayan cogido el oro.

Aunque tengamos que contradecir a Heródoto, que parece considerar equitativo el intercambio, este texto es probablemente nuestro testimonio más anti-

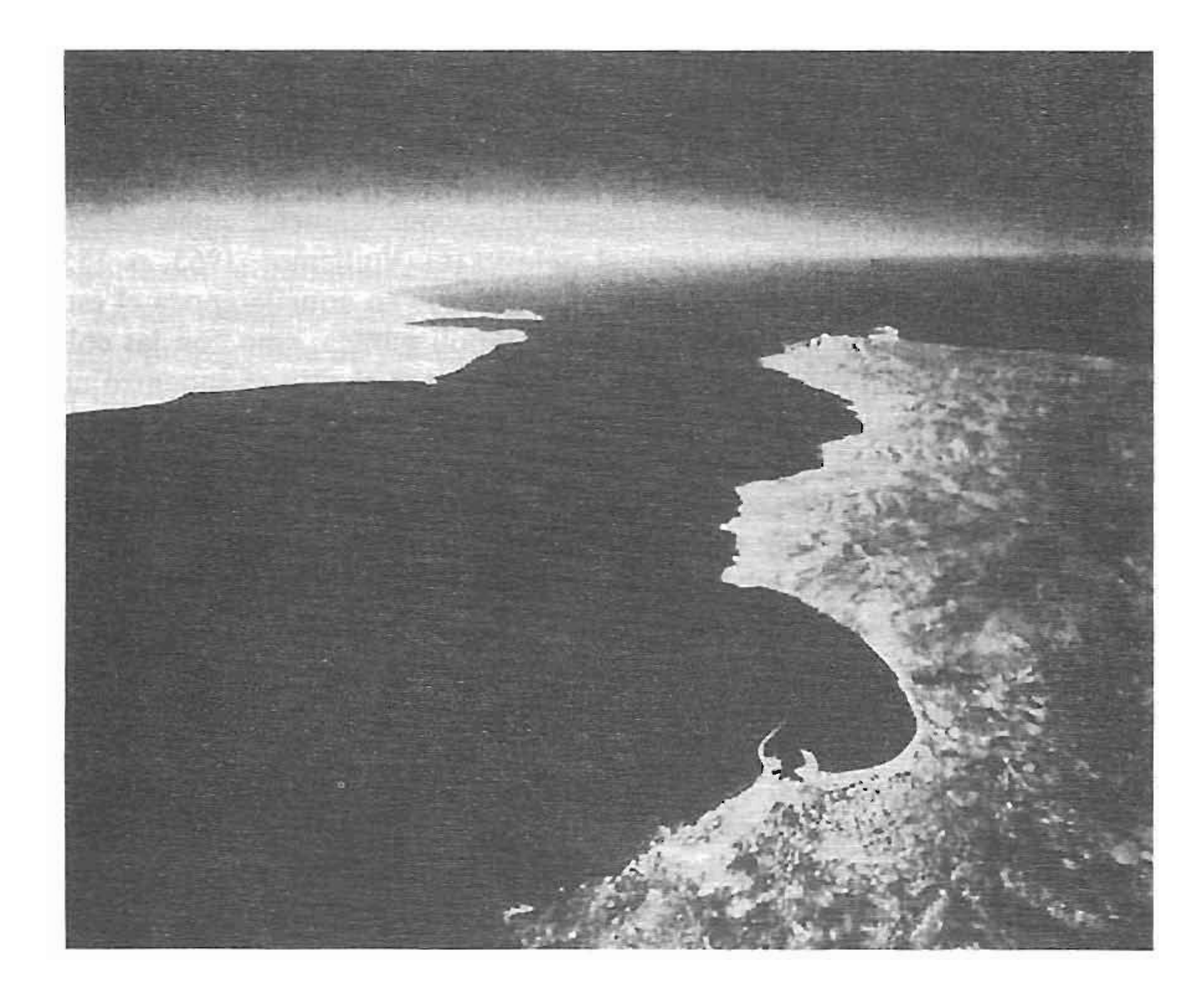


FIGURA 56. Las «Columnas de Hércules». Vista aérea tomada desde lo alto del cabo Espartel. En primer término a la derecha, Tánger y su bahía. En segundo término, el monte Abila, una de las Columnas de Hércules. Enfrente, a la izquierda, Gibraltar.

guo de la explotación leonina de las materias primas del África profunda en un mercado «cautivo». Es evidente que los indígenas no tienen ningún tipo de iniciativa en el desarrollo de la transacción, desde el momento en que su deseo de adquirir bienes con valor añadido, como diríamos ahora, les obliga a aceptar las condiciones fijadas por los cartagineses. Nos gustaría tener una idea de las «mercancías» por las que intercambian su oro. Recordemos que Homero, al evocar el negocio de los fenicios con sus «vasos negros», hablaba de *athyrmata*, palabra que sugiere si no bienes de lujo, al menos bienes superfluos, la fantasía cara. El término que utiliza Heródoto es genérico: *ta phortia*, es decir, los «fardos», el cargamento de una nave mercante. La realidad se nos escapa, pero la vajilla, probablemente de simple terracota, tuvo que constituir una parte fundamental. A título indicativo, pueden citarse los artículos que, según el *Periplo* del pseudo-Escylax (112), los mercaderes (aquí llamados «fenicios») que hacían escala en Cerne, proponían a los «etíopes» que habitaban en el continente frente a la isla: aceite perfumado, «piedras de Egipto» (¿sardónices?), cerámica ática y «congios», vasos de terracota de gran capacidad. Habría que excluir los «jabalíes», que el texto añade a la lista de forma un tanto dudosa.

Para volver a Heródoto, merece la pena retener sobre todo el marco geográfico. «Más allá de las Columnas de Hércules», lo que nos sitúa en las costas atlánticas de África y, más concretamente, la mención del oro ofrecido por los libios evoca ya no el litoral del Marruecos actual, sino el Río de Oro, en la misma Mauritania e incluso, aún más al sur, el país de Bambuk, la patria de los buscadores de oro, en el curso del alto Senegal.

EL *PERIPLO DE HANNÓN*

Aquí conviene entreabrir el informe del *Periplo de Hannón*. Se trata de un relato de viaje cartaginés por las costas atlánticas de África que nos ha llegado, de forma harto milagrosa, a través de una versión griega conservada en un manuscrito de Heidelberg fechado en el siglo IX. Según esta versión, un texto colgado en el templo de Cronos (es decir, el templo de Baʿal Hammón) de Cartago habría informado al público de los motivos y las peripecias de un viaje «más allá de las Columnas de Heracles», al frente del cual los cartagineses habrían enviado al «rey» Hannón para «fundar ciudades de libio-fenicios». Hannón habría partido (tal vez de Gades [Cádiz]) con sesenta naves de cincuenta remos (las «pentecóntoras», naves largas) con unos treinta mil hombres y mujeres, víveres y el equipo necesario a bordo.

El relato de este «periplo», que aquí no citaremos dada su extensión, empieza con la primera persona del plural. Una primera parte, que recoge ya varios días de navegación, muestra a los compañeros de Hannón tocando tierra en varias ocasiones antes de alcanzar la desembocadura del río Lixus. En esta primera fase los vemos cumplir el objetivo fijado de fundar ciudades coloniales en el litoral: Thymiaterion primero, luego pasado el cabo Soloeis, el Muro Cario, Gytté, Akra, Melitta y Arambys. Hasta aquí, con matices, todos los comentaristas modernos reconocen unánimemente en este principio del relato «la reseña del reconocimiento metódico de una costa ya fenicia» (R. Rebuffat, 1976, p. 148). En la primera fundación, Thymiaterion, se ha reconocido Tánger, que ya había recibido la impronta fenicia, tal y como evidencia el material descubierto allí, que se remonta al siglo VI. Puede identificarse sin problemas el promontorio «libio» llamado Soloeis con el cabo Espartel (cf. fig. 56), más allá del cual la costa atlántica marroquí se inclina claramente hacia el sur, dado que el texto del *Periplo* dice que, pasado este cabo, la navegación se hacía en dirección del sol de levante; además, se sabe que en la tradición geográfica antigua Marruecos formaba un ángulo agudo, pasado el cual la costa seguía hacia el sureste. Gytté sería la Cotta de Plinio el Viejo (*H. N.*, V, 2, 3), quizás en el sitio del actual Ras Achakar. Y, entre este último cabo y el de Kouass, se conoce desde hace poco (M. Ponsich, 1976) una serie de necrópolis «fenicias» en cuyo emplazamiento podrían situarse algunos de los topónimos que quedan por identificar.

Luego los compañeros de Hannón llegan a la desembocadura del río Lixus, que corresponde sin duda al uadi Loukkos. Allí, en un meandro del estuario

del río, sabemos que se halla la ciudad de Lixus, que la tradición fecha en época muy arcaica: la arqueología no ha confirmado hasta ahora esta antigüedad, pero la acrópolis de Lixus establece una relación de vestigios que se remontan al siglo VII, es decir, a una época anterior al paso de Hannón y de sus compañeros, o por lo menos contemporánea (M. Ponsich, 1982, p. 826). Sabemos por el *Periplo* que en las orillas del Lixus los cartagineses entablaron amistad con pastores (*nomades*, en griego) lixitas, que les proporcionaron intérpretes para continuar el viaje. Pero no se dice ni una palabra sobre la famosa ciudad, lo que no deja de ser sorprendente. Pero, como se ha destacado recientemente, el hecho mismo de que Hannón pudiera encontrar intérpretes entre los lugareños demuestra al menos que unos y otros hablaban una lengua común, es decir, fenicio. Y, no sin cierta dosis de imaginación, podría atribuirse este silencio sobre la antigua ciudad de Lixus en la versión de Heidelberg a las alteraciones a todas luces evidentes que aparecen en esta versión del manuscrito respecto del relato original (R. Rebuffat, 1978, pp. 77-85).

Porque la continuación nos lleva hacia lo desconocido, terreno abonado para divagaciones filológicas. Tras dos días de navegación hacia el sur, y de uno hacia el este, los viajeros llegan a una pequeña isla al fondo de un golfo, a la que llamarán Cerné (fig. 57), donde desembarcaron algunos colonos. Todavía hoy suele identificarse este islote —ya que esta localización goza de la autoridad póstuma de J. Carcopino, que la afirmó en una contundente memoria— con la isla de Herné, en la bahía del Río de Oro. Desde Cerné, campamento de base, los compañeros de Hannón hicieron una incursión que los llevó a la desembocadura de un gran río, el Chretes, al que se identifica tradicionalmente con el Senegal, y luego a la de otro curso de agua, lleno de hipopótamos y de cocodrilos. De vuelta a Cerné, los cartagineses reemprendieron viaje hacia el sur, bordeando durante doce días una costa inhóspita, habitada por «etíopes» que hablaban una lengua ininteligible, incluso para los intérpretes lixitas, hasta descansar al pie de altas montañas cubiertas de árboles odoríferos y abigarrados, que se han identificado con el Fouta-Djalon, en la Guinea actual.

En la reanudación del viaje, los compañeros de Hannón conocen verdaderas maravillas, como los fuegos que brillan con gran intensidad durante la noche en la costa. Al cabo de una semana llegan a un gran golfo, que sus intérpretes llaman el Cuerno de Occidente (se ha querido ver en él la bahía de Benín), donde una isla encierra una laguna, que a su vez contiene otra isla, donde resuenan músicas y gritos inquietantes que los ahuyentan. Pero la continuación es aún más escalofriante: la región que recorren está como «impregnada de la fragancia de perfumes». De aquella tierra que el calor hace inabordable surgen arroyos ardientes que desembocan en el mar.

El autor del *Periplo* ya no oculta el miedo de los viajeros, quienes todavía conocerán penas y maravillas. Durante cuatro días seguidos atravesaron una tierra que de noche parecía en llamas, en medio de las cuales un gran fuego inaccesible llegaba hasta las estrellas: de día podía reconocerse una enorme montaña llamada *Theon Ochema*, el «soporte» o el «carro» de los dioses. Se han querido identificar estos altos que los cartagineses bordearon durante tres días

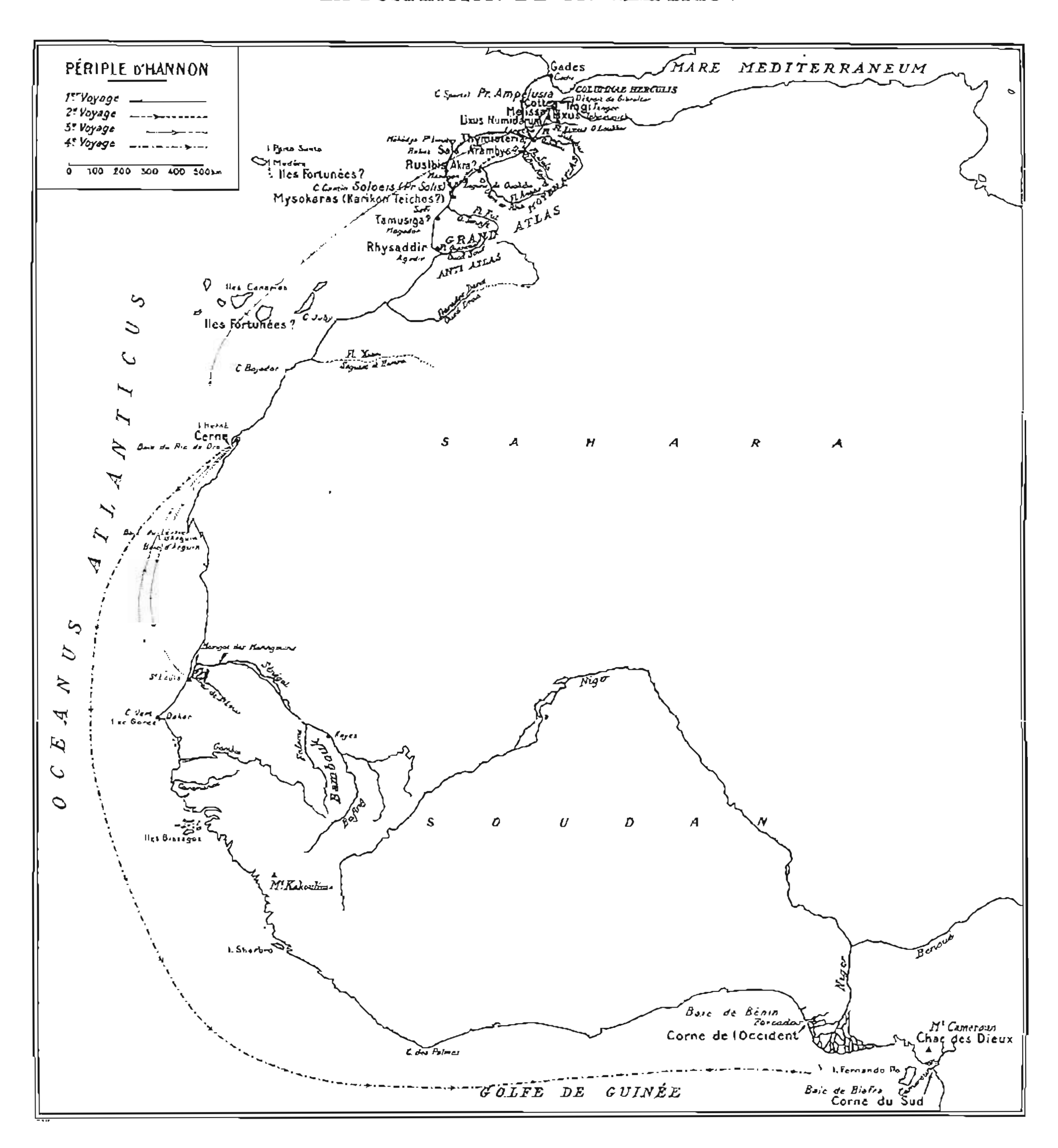


FIGURA 57. El Periplo de Hannón, según J. Carcopino.

con el monte Camerún, para finalmente llegar al término del trayecto, al Cuerno del Sur, es decir, según el mismo sistema de identificación, la bahía de Duala. Allí los viajeros conocerán una última aventura. En el golfo había una isla, y en la isla (según un esquema de representación del espacio geográfico ya conocido y mencionado en el relato) un lago, que a su vez encierra otra isla, habitada por salvajes, entre ellos mujeres de cuerpo velludo que los intérpretes llaman «gorilas». Al no poder capturar hombres, los compañeros de Hannón capturaron tres mujeres a las que tuvieron que matar para poder vencer su re-

sistencia, y llevaron su piel a Cartago. Porque, concluye el autor, «ya no continuamos la ruta dado que los víveres empezaban a escasear».

A partir del momento en que se inicia la vuelta, empiezan para los cartagineses las verdaderas dificultades, de tal envergadura que, de haber continuado adentrándose en el corazón del África tropical, no habrían podido regresar nunca a su patria. Lo peor no habría sido el cabotaje por las costas meridionales del golfo de Guinea, sino la subida desde las orillas del Senegal por las costas del Sáhara occidental. Hace unos treinta años, un estudio de las condiciones técnicas de la navegación medieval en las costas saharianas antes de su descubrimiento por los portugueses puso de manifiesto las dificultades debidas sobre todo al régimen de corrientes y de vientos que empujan casi invariablemente hacia el sur (R. Mauny, 1960, pp. 1-22). Así se explica que los berberiscos, que reinaron con rigor y éxito en el Mediterráneo, no se arriesgaran en su empresa atlántica más allá del cabo Juby. Para resolver el problema de la vuelta, los portugueses tomaron la ruta de alta mar por las islas de Cabo Verde y las Azores, sobre todo gracias a la utilización de la brújula. Pero de un tiempo a esta parte parece que se tiende a minimizar estas dificultades, al observarse que, desde el cabo Verde al cabo Blanco, al menos durante el verano y el otoño, un monzón del suroeste puede favorecer la vuelta (R. Lonis, 1978, pp. 147-170). Pero la situación sigue siendo constantemente desfavorable entre el cabo Blanco y el cabo Juby. E, incluso si la vela cuadrada de las naves púnicas les permitía, en cierta medida, navegar contra el viento, quedaba el obstáculo de una corriente nada desdeñable, continuamente contraria, difícil de remontar a remo en pleno día de calor sofocante. El descubrimiento, ciertamente sospechoso y de autenticidad controvertida, de monedas púnicas realizado en Corvo, una isla de las Azores, a mediados del siglo XVIII (T. Monod, 1973, pp. 231-234) suscitó la hipótesis de que la nave de Hannón pudo volver por las islas de Cabo Verde y las Azores, como harían los portugueses más tarde. Pero los púnicos no disponían de la técnica perfeccionada de los contemporáneos de Enrique el Navegante y, mucho menos de sus pentecóntoras, naves largas y frágiles pensadas para el cabotaje, poco preparadas para afrontar la navegación en alta mar (J. Rougé, 1975, p. 92).

A estas indicaciones negativas se añade el silencio de la arqueología. Este silencio es explicable si este largo y lejano viaje constituyó tan sólo un reconocimiento aislado y sin futuro, suponiendo que sus autores hubieran descendido hasta las latitudes que a veces se pretende. Pero al menos en su primera parte, y de forma explícita hasta la escala de Cerné, esta expedición tenía como finalidad la fundación de colonias, y el establecimiento de hitos y de cabezas de puente para futuras explotaciones. Por consiguiente, cabría esperar que sobre el terreno pudieran encontrarse vestigios, si no del viaje mismo, al menos de las expediciones que tuvieron que venir a continuación. Al sur de Rabat, además de algunas monedas esporádicas en el litoral, y de algunos indicios de implantación púnica procedentes de necrópolis cerca de El-Jadida, concretamente en la pequeña isla de Mogador, puede documentarse una ocupación antigua (a partir del siglo VII a.n.e.) y duradera (A. Jodin, 1966 y 1967). En cambio, curiosa-

mente no se consigue encajar Mogador en el marco de los primeros días del viaje del *Periplo*. Más allá, en el cabo Rhir, parece que se encontró cerámica púnica tardía (P. Cintas, 1954, p. 32), pero ahí acaba la huella de los cartagineses. En el Río de Oro no se ha podido encontrar nada, pese a las minuciosas prospecciones realizadas, ni tampoco en la isla de Herné, que parece inabordable por mar, incluso para barcos pequeños (T. Monod, 1979, pp. 15-20; J. M. J. Gran Aymerich, 1979, pp. 16-19). Después de todo, las propias bases que posibilitaron la identificación de la Cerné del *Periplo* con el islote de Herné, identificación que se funda en el parecido fonético, se desmoronan cuando nos damos cuenta de que, al estudiar las diferentes fases de la cartografía de la región, Herné sólo es una variante ortográfica de *Herne* (o *Hern*) *Island*, transcripción inglesa acuñada en 1763 a partir del topónimo francés «île des Hérons», dada al sitio ¡desde principios del siglo XVIII!

Quedan finalmente las dudas y las perplejidades —y tal vez se habría tenido que empezar por ahí— que surgen del análisis filológico del *Periplo*, y de la forma en que la versión griega transmitida por el manuscrito de Heidelberg se inserta en el conjunto de la tradición relativa a este viaje. No hace mucho se demostró que la literatura antigua conservada contiene menciones claras al *Periplo de Hannón*, concretamente la *Corografía* de Pomponio Mela (hacia el año 40 de nuestra era) y la *Historia natural* de Plinio el Viejo, algo más tarde, bajo los Flavios (J. Desanges, 1978, pp. 45-85). El análisis de estos textos evidencia que se basan en fuentes intermedias más antiguas, todas contaminadas por el ciclo de Perseo y de Gorgón, que la mitología antigua localiza desde hace tiempo (ya en Hesíodo y en Esquilo) en las regiones imperfectamente situadas al suroeste del África conocida. Heródoto (II, 91) situaba la lucha entre Gorgón y Perseo en Libia. En un texto consagrado a las islas, Plinio el Viejo (*H. N.*, VI, 198-205) menciona, frente al promontorio Hesperu Ceras, o sea, en el ángulo suroeste de África, las islas Górgades, en aquella época habitadas por las Gorgonas. Hannón, dice, entró en estas islas e hizo desollar a dos «mujeres velludas», cuyas pieles se expusieron en el templo de Juno (es decir, de Tanit) hasta la caída de Cartago. Esta contaminación por parte del ciclo de Perseo vuelve a encontrarse en la versión del *Periplo* transmitida por el manuscrito de Heidelberg, aunque aparece velada en esta tradición manuscrita: en efecto, podemos preguntarnos si las *gorilas* de este texto, palabra que no se menciona en ningún otro texto, no son una deformación puramente gráfica de *gorgadas* (ambas formas son gráficamente muy similares entre sí escritas en griego en mayúsculas) (J. Desanges, 1978, p. 64). Digamos de paso que los gorilas, los grandes monos del África ecuatorial, deben su nombre a aquel *hapax* antiguo registrado por dos naturalistas anglosajones, T. Savage y J. Wyman, lectores del *Periplo*, en 1847. Por lo tanto, no hay que ver en las *gorilas* del manuscrito de Heidelberg a monos o primates, que los cartagineses conocían suficientemente bien como para no confundirlas con «mujeres velludas», como dice el texto, probablemente mujeres míticas: las que capturaron Hannón y los suyos eran tres, como las gorgonas de Hesíodo (*Teogonía*, 276).

Por consiguiente podríamos concluir, con uno de los mejores conocedores

de este texto y del conjunto de la historia, que «inmediatamente después de pasar la desembocadura del Lixus, no podemos quitarle al *Periplo* su ropaje griego sin desdibujar sus trazos hasta la inanidad» (J. Desanges, 1978, p. 85).

De todos modos nos está permitido creer todavía en la historicidad de un verdadero viaje de un auténtico Hannón, realizado, según Plinio (*H. N.*, II, 169 y V, 8), en la época de mayor esplendor de Cartago (*Carthaginis potentia florente ... Punicis rebus florentissimis*): existen dudas entre finales del siglo VII y el siglo VI (es la gran época de la implantación púnica en el Mediterráneo occidental) por un lado, y por otro, en el siglo IV Cartago, tras el segundo tratado con Roma, afirma su monopolio sobre las costas de Libia. Si, como vimos, el viaje no plantea problema alguno hasta Lixus, la dificultad consiste entonces en resituar la continuación, poéticamente desfigurada a través del gusto helenístico por las *mirabilia*, en un marco geográfico aceptable. Recientemente se ha propuesto una solución sin duda mínima, que convierte la isla de Cerné en un islote fluvial situado en el curso bajo del uadi Sebu (que entonces sería el *Chretes* del *Periplo*), a veinticuatro kilómetros del mar: la isla de Santa María de los Portugueses, y más arriba las «merjas» serían el lago con tres islas que menciona el autor del *Periplo* (R. Rebuffat, 1988a, pp. 198-200).

Muchos lamentarán que estos filólogos rigurosos, estos arqueólogos exigentes, estos historiadores razonables sean unos rompesueños. No les reprochemos que hagan su trabajo, que consiste precisamente en dar al sueño lo que es del sueño, y, en la medida de lo posible, asegurar su parte a la realidad. A partir de una inscripción púnica cuya existencia cabe admitir, y que pudo estar expuesta a todas las miradas en el templo de Ba'al Hammón, en Cartago, los griegos soñaron mucho, lo bordaron en un lienzo seguramente bastante seco y «factual» con su gusto por lo exótico, y utilizaron todos los recursos de su hermoso patrimonio mitológico y heroico. Así nació un texto fuera de serie para la Antigüedad, que ha seguido intrigando y llevando también a los modernos a extrapolaciones novelescas, como confirma un *Journal de bord d'Hannon le Carthaginois*, publicado no hace mucho (F. Lallemand, 1973).

Capítulo IV

LOS INSTRUMENTOS DEL PODER: DE LA TALASOCRACIA FENICIA AL ESTADO CARTAGINÉS

Uno de nuestros mejores semitistas nos decía hace tiempo que resulta imposible reconstruir la historia interna de Cartago (M. Sznycer, 1978, p. 550). Y no hace mucho un eminente especialista expresaba también sus dudas al respecto en el título mismo de su comunicación a un importante congreso internacional: «¿Es posible escribir una historia de Cartago?» (G.-Ch. Picard, 1983, p. 279). A pesar de todo, ninguno de los dos han dejado de intentarlo, siguiendo a otros ilustres pioneros. Pese a las dificultades reales hay que seguir haciendo historia. Pero ¿cómo escribir la historia de una ciudad si sus archivos han desaparecido, si sus crónicas y anales no han llegado hasta nosotros, y si conocemos su evolución y sus instituciones sólo a través del prisma deformado de lo que nos dicen los escritores griegos y latinos?

Veíamos en las páginas anteriores que, por lo que respecta a las acciones y las actitudes de Cartago en la cuenca occidental del Mediterráneo, podemos basarnos en la cuasi-certeza de los acontecimientos históricos. Para el caso de Ibiza también se ha constatado que la arqueología puede no sólo confirmar —casi siempre— los datos escritos, sino invalidarlos o, por lo menos, cuestionarlos. En el ámbito de la historia interna de Cartago, sobre todo en lo que concierne a sus aspectos políticos, la arqueología no nos ayuda en absoluto, ni tampoco la epigrafía, cuya desesperante pobreza es de todos conocida, aunque venga camuflada tras la cortina de humo de la ingente cantidad de textos. Así que sólo quedan dos opciones: o bien resignarse a ignorar toda la historia de Cartago, o bien avenirse a tomar en consideración los ecos que de ella encontramos en los clásicos, pero no sin antes someterlos, evidentemente, a un examen crítico, puesto que existe la bien fundada sospecha de que no siempre estuvieron bien informados o que desdeñaron sus propias fuentes. Veremos que una de las mayores dificultades radica en el recurso que necesariamente tuvie-

ron que hacer a palabras de su propia lengua (el griego o el latín) para hablar de instituciones o de conceptos políticos que, en la mayoría de los casos, les eran profundamente extraños.

Se cuenta que Aristóteles habría insertado en un capítulo de su *Política* una preciosa reseña explicativa de las instituciones púnicas relativa a la «constitución» de Cartago. A ella se suman las informaciones que aparecen en Diodoro Sículo, en Trogo Pompeyo (o en su compendiador Justino), y también en Polibio, Tito Livio y Apiano. La «historia» que puede reconstruirse a partir de estos *membra disjecta* es necesariamente fragmentaria. El efecto «reductor» del paso por los textos clásicos parece evidente, concretamente por lo que se refiere a los nombres de los protagonistas cartagineses de esta historia: de una onomástica púnica rica pero complicada y bárbara para unas fauces griegas o latinas, sólo nos han llegado unos pocos nombres, y además en una transcripción simplificada. En Tito Livio todo el mundo se llama Hannón o Aníbal, Amílcar o Magón.

De los Magónidas a la oligarquía: la historia política de Cartago

De este naufragio histórico, el primer nombre que asoma después del de Dido no es el de Magón, sino el de Malco. Según Justino (XVIII, 7), este personaje, un general (en latín, *dux*), fue vencido en Cerdeña tras diversas campañas de éxito en África y en Sicilia. Como castigo por ese fracaso en Cerdeña, Malco fue condenado al exilio junto con los supervivientes de su ejército. Ante la imposibilidad de obtener el perdón, los desterrados desembarcaron un día en África y asediaron Cartago. Malco exigió a su hijo Cartalón, sacerdote de Melqart, que acababa de volver de Tiro tras entregar allí el diezmo del botín conseguido en Sicilia, que se uniera a los sublevados. Al principio Cartalón se negó, porque quería cumplir con sus deberes religiosos en la ciudad, pero, una vez obtenida la autorización del pueblo, se unió a su padre. Pero éste, que no le había perdonado su desobediencia inicial, le acusó de venir a mofarse del dolor de los sublevados y lo hizo crucificar con sus hábitos sacerdotales en una cruz muy alta levantada frente a la ciudad. Poco después, Malco conquistó Cartago, convocó la Asamblea del Pueblo y, concentrando su venganza en los responsables de su exilio, hizo ejecutar a diez senadores. Pero, poco más tarde, acusado a su vez de tirano, fue condenado a muerte. Estos acontecimientos habrían ocurrido hacia mediados del siglo VI.

Tal y como lo cuenta Justino —ni Heródoto ni Diodoro dicen una sola palabra sobre esta extraña historia— este episodio deja un mal sabor de boca. Hace pensar en Macbeth y en su definición de la vida: «... a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing» («un cuento contado por un imbécil, lleno de ruido e ira, que nada significa»). Para intentar darle un sentido aceptable, algunos han propuesto «descifrar» este relato apelando a su trasfondo mítico y religioso. Así, habría que recordar ante todo que este nombre de Malco —por lo demás un tanto zarandeado en la tradición manuscrita de Jus-

tino— encubre una forma latinizada del radical MLK (fenicio *milk*), que significa «el rey». Malco no sería, pues, un personaje histórico, sino «el rey» por excelencia, y la crucifixión de su hijo Cartalón, en ropas sacerdotales, sería el sacrificio del rey o, más bien, del hijo del rey.

Es cierto que aquí no está presente el fuego, la pira en que pereció Dido, la hoguera sobre la que durante siglos se practicará en el tofet el holocausto de miles de víctimas infantiles, o a la que se arrojará, en los últimos días de la ciudad, la mujer de Asdrúbal; pero en el Antiguo Testamento sí aparecen varios relatos de sacrificios de hijos de reyes que mueren colgados o crucificados. La conclusión más tentadora es que Trogo Pompeyo, compendiado por Justino, utilizó para este relato no una obra «histórica», sino un tratado sobre los sacrificios humanos de los cartagineses (G. y C. Picard, 1970, pp. 54-55). Al querer transformar en historia política el texto de «sociología religiosa» que habría utilizado, pudo inspirarse en lo poco que él y sus contemporáneos conocían, es decir, las instituciones de Cartago en tiempos de las guerras púnicas; de ahí los anacronismos, tales como su mención de los «senadores» o de la Asamblea del Pueblo, cuyo papel político se documenta sólo varios siglos después.

La «realeza» púnica

Esta página de Justino es sólo un ejemplo de las dificultades de interpretación que presentan los textos clásicos en relación con los episodios más antiguos de la historia de Cartago, pero también es representativo de la problemática relativa a los datos institucionales. Esta tentativa de llegar, a través de este texto, al sustrato semita y al trasfondo religioso se basa en gran parte en la identificación de la raíz fenicia del nombre del rey, MLK, en el nombre de Malco. De éste Justino sólo dice, en dos ocasiones, que es *dux*, «jefe de guerra», y que le perdió la acusación lanzada contra él de aspirar al «poder real»: *adfectati regni accusatus* (XVIII, 18), ambición que pagó con su vida. Le sucedió, añade Justino (XVIII, 19), el «general» Magón (*Mago imperator*), el primero, pues, de los llamados Magónidas, «cuyo talento incrementó el poder, el territorio y la gloria militar de Cartago».

Vemos que los autores clásicos suelen llamar «reyes» (en griego *basileis*, en latín *reges*), pese a su colegialidad, a los magistrados supremos que operan en Cartago, al menos a partir del siglo III, es decir, los llamados «sufetes», más bien comparables, de hecho, a los «cónsules» romanos. Pero en el texto y en la época que nos ocupa, lo que destaca claramente es la realidad de un mando militar. Malco, al igual que su sucesor Magón, son jefes de guerra, y es en tanto que jefes del ejército que conocemos a los descendientes de Magón. Heródoto (VII, 165) cuenta que uno de sus hijos o nietos, Amílcar, que lleva el título de «rey» (*basileus*), dirigió la famosa expedición de Sicilia en el año 480. Y añade (VII, 166) que fue rey de los cartagineses «gracias a su valor», es decir, por elección y no por nacimiento. Por consiguiente, hay que relativizar el concepto de

«dinastía» que suele asociarse a los Magónidas. «El rey cartaginés es elegido por sus cualidades personales en el seno de una familia que le transmite un carisma hereditario» (G. Ch. Picard, 1991, p. 388). Por lo demás, los textos latinos que mencionan a alguno de estos Magónidas los califican a veces de *imperator*, de *dictator*, de *dux* (Justino, XIX, 1, 3, 7, 8; 2, 5; Plinio, *H. N.*, V, 8 y VI, 200), términos todos ellos que implican la concesión de plenos poderes, aunque temporales y eventualmente renovables: uno de los hijos de Magón, Asdrúbal, fue investido once veces con la «dictadura». En cuanto a la autoridad que investía de «realeza» temporal al elegido, todo son meras hipótesis. Diodoro (XIII, 43, 5 y XIV, 34, 5) dice que los Magónidas fueron «reyes en virtud de las leyes», lo que implica un procedimiento jurídico y no una confiscación arbitraria del poder, pero no sabemos nada más, porque en aquella época no se confirma la actividad de organismos políticos como la Asamblea del Pueblo o el Consejo de Ancianos. En cambio, se admite que, al igual que en las ciudades fenicias de Oriente en la época arcaica, que sí conocemos, tuvo que existir en los primeros tiempos de Cartago un Consejo de Ancianos (M. Sznycer, 1978, p. 577).

Por lo menos, es casi seguro que este poder «cuasi real» permaneció en una sola familia durante cuatro generaciones, familia que dio generales y almirantes tales como Hannón el Navegante —en la tercera generación—, al que el manuscrito de Heidelberg califica de «rey», *basileus*. Cartago era entonces fundamentalmente una talasocracia, y las familias de armadores tuvieron que llegar a un acuerdo para confiar a una de ellas prerrogativas que aparentemente no eran hereditarias y que, como acabamos de ver, incluso solían cuestionarse. Pero la imprecisión, cuando no el mutismo, de nuestras fuentes hace difícil situar cronológicamente a esta dinastía. Hace unos treinta años, un excelente informe identificó en la persona de Himilcón al último de los Magónidas, y sin duda también al último «rey» de esta talasocracia, llevado al poder mediante una especie de consenso cuyos mecanismos políticos siguen siendo oscuros (L. Maurin, 1962, pp. 5-43).

Muy a principios del siglo IV, las campañas de Himilcón en Sicilia, marcadas por actos sacrílegos contra los cultos griegos y por profanaciones espectaculares, especialmente en Agrigento y en Siracusa, acabaron en desastre: las epidemias diezmaron la armada púnica y un inmenso incendio destruyó la flota que asediaba Siracusa. Enloquecido, Himilcón huyó a África tras negociar una paz vergonzante y abandonar a sus contingentes libios e iberos. De vuelta en Cartago, se le vio hacer penitencia públicamente: vestido con un hábito servil, visitó todos los templos de la ciudad proclamando sus faltas, y luego se dio muerte en su casa. Según L. Maurin, este suicidio habría marcado el final de los Magónidas, cuya familia, maldita, habría quedado excluida para siempre del poder. Es entonces, en el 369 —el mismo año en que se instaura en Cartago el culto en honor de las diosas griegas de Sicilia, Deméter y Koré—, cuando la aristocracia habría creado el tribunal de los Ciento Cuatro para controlar la vida política. Aunque no resulte imposible que un último Magón, en el poder hasta el 370 más o menos, hubiera prolongado todavía el largo reinado de

esta familia de «generales-reyes». Fue él quien atajó la terrible revuelta de los libios que asediaron Cartago, y el que recuperaría la iniciativa en Sicilia tras el desastre de Himilcón.

La república aristocrática

«En el siglo IV, finalmente, Cartago ofrece de sí misma la imagen que los modernos suelen evocar: la de una república aristocrática, una especie de Venecia antigua, secreta y bien gestionada, donde los individuos están sometidos a la severa ley de ricos austeros y disciplinados.» Esta frase de G. Ch. Picard (1970, p. 123) sugiere lo esencial del nuevo rostro que la ciudad púnica presenta a los ojos de su primer socio, el mundo griego, que la conoce bien, aunque sólo sea por las duras confrontaciones todavía activas en Sicilia.

En realidad, el siglo IV en Cartago es un siglo de transición y de mutaciones a veces violentas. La «república» no se instaura de la noche a la mañana. Después de los Magónidas, una nueva familia accede a la dirección de los asuntos públicos. Su jefe es Hannón el Grande, que Justino (XXI, 4, 1) califica de *princeps Carthaginensium*, haciendo hincapié en sus riquezas y en el poder de su casa. En el año 368 fue nombrado general en jefe a cargo de las operaciones contra Dionisio el Viejo. Tal y como Justino relata su caída, al intentar utilizar su fortuna para usurpar el poder, resulta evidente que no se trataba de un «rey» a la manera de sus predecesores, y revela que buscó apoyo en las hermandades, las «syssities» de Aristóteles, los «mizrah» semitas, una especie de sociedades o «colegios» que expresaban su solidaridad mediante banquetes fundamentalmente. Pero, cosa al parecer nueva en la vida política de Cartago, Hannón tenía un rival político en la persona de un sujeto que Justino llama Sunatio (tal vez la deformación del nombre púnico Eshmuniaton) y que pudo ser el jefe de la mayoría en el Consejo de Ancianos: *potentissimus Poenorum*, dice de él Justino.

Esta forma original de realeza que los cartagineses conocieron durante dos siglos parecía bien muerta. Murió definitivamente en la cruz donde, en el año 308, el general Bomílcar expió su fracasado intento de golpe militar para hacerse con el poder aprovechando las dificultades de la ciudad asediada por Agatocles. Pero para entonces ya habían aparecido los organismos políticos tan caros a Aristóteles.

La «constitución» de Cartago

El filósofo griego tuvo que percibir cierto olor arcaico en las instituciones cartaginesas. Así se explica que, además de las analogías que percibía entre ellas, hubiera comparado la *politeia* de Cartago con la de Esparta o la de Creta. Se ha demostrado (R. Weil, 1961) que la imagen que Aristóteles tenía de la ciudad púnica no era inamovible ni definitiva, y que, desde el libro II de la *Política*, donde se elogian las instituciones políticas de Cartago sin apenas reservas (si

bien Aristóteles advierte contra el peligro de acumulación de magistraturas), hasta el libro V (cap. VII, 4 y XII, 12), donde se mencionan los intentos por establecer la tiranía, especialmente la de Hannón el Grande, Aristóteles tuvo que conocer los conflictos de la primera mitad del siglo IV y completar así sus informaciones sobre Cartago. Son matices a tener en cuenta, aunque lo esencial sigue siendo el visto bueno que el filósofo griego otorgó al sistema político púnico, y el hecho de que el cuadro trazado por él reflejaba la situación realmente existente en la segunda mitad del siglo IV.

La «constitución» de Cartago está clasificada entre las «constituciones mixtas», es decir, entre aquellas que contenían los mejores elementos de cada una de los tres grandes sistemas políticos que se repartían el mundo antiguo: monárquico, aristocrático (u oligárquico) y democrático. Del sistema monárquico, Cartago había adoptado un poder ejecutivo fuerte, en su caso los «reyes» (*basileis*), o al menos aquel tipo tan especial de realeza ya mencionado, equilibrado a su vez por el poder de una asamblea deliberante, el Consejo de Ancianos (*gerousia*) y controlado por otra cámara, una especie de tribunal, los «Ciento Cuatro», al parecer de creación más reciente, institución que Aristóteles considera importante cuando la define como la «magistratura suprema de los Cien» (II, XI, 7). En estos dos organismos residía el aspecto a la vez aristocrático y oligárquico del sistema púnico. Aristóteles destacó, en efecto, un rasgo que le parecía original y del todo oportuno en esta organización: «Creen [los cartagineses] que, para la elección de los magistrados, hay que tomar en consideración tanto el mérito como la riqueza, puesto que un ciudadano indigente no puede ser buen magistrado ni disponer del tiempo libre necesario. Por lo tanto, si la elección según la riqueza es un principio oligárquico y la elección según los méritos un principio aristocrático, el sistema en que se basan, entre otras, las normas constitucionales de los cartagineses representaría una tercera combinación» (II, XI, 9-10).

Otro rasgo significativo de la clara tendencia a la oligarquía es, según el filósofo griego, la elección por cooptación de los miembros de las «pentarquías» (es decir, cuerpos constituidos cada uno por cinco magistrados cuya existencia sólo conocemos por Aristóteles), que decidían de forma soberana sobre múltiples e importantes asuntos (II, XI, 7). En cuanto al aspecto democrático del régimen, venía acentuado por la existencia de la Asamblea del Pueblo (*demos*) y por su importante papel de arbitraje claramente definido: «Los reyes son, junto con los Ancianos, dueños de llevar o no un asunto ante el pueblo si todos están de acuerdo; si no, es el pueblo quien decide. Respecto de los asuntos presentados al pueblo, a éste se le concede no sólo el derecho a conocer las decisiones del ejecutivo, sino también a pronunciarse de forma soberana, y todo ciudadano que así lo desee puede presentar contrapropuestas, cosa que no existe en otras constituciones» (II, XI, 5-6). Se comprende que este sistema político, con pesos y contrapesos, despertara la admiración del filósofo griego. Y se comprenden también, si es que el texto refleja bien la realidad, las dificultades de su puesta en práctica y la cantidad de crisis larvadas que tuvo que generar un sistema así.

El texto de Aristóteles no da nombre a una magistratura que, para un autor como Tito Livio, parece ser la magistratura suprema en Cartago en tiempos de las guerras púnicas, sobre todo en época de Aníbal: los sufetes. Se trata de una de las cuestiones institucionales más delicadas, donde la ambigüedad de los términos utilizados por los autores clásicos para explicar las realidades políticas cartaginesas es máxima. Formada a partir de la raíz ŠPT, la palabra *shophet* (probablemente pronunciada *shuphet* en fenicio-púnico) está bien documentada en las inscripciones púnicas, pero también aparece en su transcripción latina (*suf[f]es*, plural *suf[f]etes*) en los autores clásicos, y más tarde en ciertas inscripciones latinas, dado que esta magistratura logró sobrevivir en las ciudades africanas de antigua cultura púnica. En cambio, no se conoce ninguna transcripción griega: la palabra que los helenos utilizan significa realeza, *basileus*, la misma que usa Aristóteles en los comentarios que acabamos de ver relativos a la constitución de Cartago. El problema divide a los autores modernos en dos escuelas: los que, siguiendo a Gsell (II, 1921, p. 194), aceptan la tesis de una «sinonimia entre los términos *basileus, rex* y *sufes*», y aquellos que no creen que los sufetes elegidos por un año activos en Cartago en tiempos de Aníbal fueran asimilables a los «reyes» de Cartago conocidos en los siglos VI y V, y que Aristóteles había identificado con los *basileis* lacedemonios (así G. y C. Picard, 1970, p. 141). Parece difícil zanjar la cuestión entre esta posición y la de aquéllos (como M. Sznycer, 1978, pp. 567-570) que estiman que en Cartago nunca hubo «reyes», ni siquiera en la época arcaica, y que detrás de los términos clásicos de *basileus* y de *rex* habría que reconocer la realidad específicamente semita del sufetado.

LA «EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA»

Evitaremos el uso de la palabra «revolución» que sugiere mutaciones brutales y procesos acelerados, o sea fechados puntualmente, que no aparecen confirmados. El tema gira, una vez más, en torno a la institución del sufetado. A partir de una determinada época, el testimonio de los autores clásicos y de las inscripciones dan fe de dos sufetes designados de forma colegiada por un año y epónimos de ese año. Esta aparición de los dos sufetes anuales suele situarse o a finales del siglo IV, o en el transcurso del siglo III. Hay quien sugiere que la institución romana de los dos cónsules anuales e igualmente epónimos pudo ser una imitación, pero los semitistas hacen notar que ya en la Tiro del siglo V se conocen dos sufetes que ejercen simultáneamente su magistratura (M. Sznycer, 1978, p. 571). Otros proponen vincular la instauración regular en Cartago del sistema colegiado anual del sufetado con una «revolución democrática» que se habría producido en la ciudad tras la primera guerra púnica, e incluso se ha llegado a avanzar la fecha concreta del 237 a.n.e. (G. y C. Picard, 1970, p. 307). No es más que una hipótesis inspirada fundamentalmente en unas frases de Polibio que hay que citar, pues dan perfecta cuenta, desde el punto de vista de un griego del entorno de Escipión Emiliano, de la evolución de la vida política cartaginesa desde el diagnóstico de Aristóteles.

> Por lo que se refiere al Estado cartaginés, me parece que sus instituciones ... fueron bien concebidas. Había reyes; el Consejo de Ancianos, de naturaleza aristocrática, disponía, por su parte, de ciertos poderes, y el pueblo era soberano en las cuestiones que le concernían. En general, la articulación de poderes en Cartago era semejante a la que existía en Roma y en Esparta. Pero en la época en que comenzó la guerra de Aníbal, la constitución cartaginesa se había degradado y la romana era superior. La evolución de todo individuo, de toda sociedad política, de toda tarea humana, está marcada por un periodo de progreso, un periodo de madurez y un periodo de declive ... Los cartagineses conocieron la perfección y el poder mucho antes que los romanos, pero habían superado ya la fase de apogeo en la época en que Roma lograba su máxima fuerza, al menos por lo que a su sistema de gobierno se refiere. *En Cartago la voz del pueblo era ahora preponderante en las deliberaciones, cuando en Roma el senado aún gozaba de plena autoridad.* Allí era el pueblo quien resolvía, cuando aquí era la elite de los ciudadanos quien deliberaba sobre los asuntos públicos (Polibio, VI, 51).

El texto de Polibio pone claramente el acento en la preponderancia de la Asamblea del Pueblo a finales del siglo III, y que considera el resultado de una caída, de una degradación del equilibrio de poderes tan encomiado por Aristóteles un siglo antes. Existen indicios históricos de este poder creciente de la asamblea popular, fortalecido pocos años después, a principios del siglo II, tras la derrota de Cartago en la segunda guerra púnica. Tito Livio (XXXIII, 46) relata cómo Aníbal, al ser nombrado sufete en el año 196, aprovechó sus diferencias con un magistrado que el historiador latino califica de *quaestor* para arreglar cuentas con la poderosa «orden de los jueces» (*ordo iudicum*). De la facción contraria a Aníbal, y seguro de su impunidad puesto que tras el cese de su cargo entraría en la orden de los jueces, magistrados inamovibles, este *quaestor* (un magistrado al parecer encargado de funciones financieras) ignoró la orden del sufete. Aníbal le obligó a comparecer ante la Asamblea del Pueblo y aprovechó el apoyo de ésta para hacer votar una ley que establecía que en el futuro los jueces serían elegidos cada año y que nadie podría ser juez dos años consecutivos.

Si los hechos que relata Tito Livio son exactos, se deduce que el Senado, o si se prefiere el Consejo de Ancianos, no fue consultado en un asunto de importancia, y que el control ejercido por la Asamblea del Pueblo propiciaba directamente la adopción de actitudes demagógicas por parte de los altos magistrados. Pero hay que tener en cuenta, en este contexto concreto, la situación personal de Aníbal: parece lógico que hiciera lo imposible por mantener a raya a los Ancianos, dado que entre ellos se encontraban aquellos a quienes exigía la restitución de importantes sumas de dinero con el fin de aligerar las contribuciones impuestas a los simples ciudadanos para sufragar la indemnización de guerra decretada por Roma. No pasaría mucho tiempo sin que aquéllos consiguieran deshacerse de Aníbal entregándolo a los romanos. Aníbal, como veremos (*infra*, p. 363), se les adelantó y huyó al exilio.

Convocada por los sufetes, al menos a partir de finales del siglo IV, la Asamblea del Pueblo tuvo entre sus atribuciones la elección de los generales a partir

de la época de la primera guerra púnica, a mediados del siglo III (Polibio, I, 82, 12; Diodoro, XXV, 8). Se sabe que en el 221 la elección de Aníbal como general de los ejércitos de España fue ratificada por la asamblea popular. Sería interesante conocer la composición de esta asamblea: probablemente ciudadanos varones; pero tal vez se vieran excluidos ciertos cuerpos profesionales. Otra pregunta con pocos elementos de respuesta: ¿en qué condiciones podía adquirirse el derecho de ciudadanía en Cartago y por consiguiente formar parte de esta Asamblea del Pueblo? En circunstancias excepcionales, algunos extranjeros tal vez pudieran acceder a la ciudadanía. Durante la segunda guerra púnica, dos oficiales de Aníbal, griegos de nombre y de origen siracusano, aunque ciudadanos de Cartago (de madre cartaginesa), formaron parte de una embajada ante el tirano de Siracusa, Hierón (Polibio, VII, 2,4; Tito Livio, XXIV, 6, 2). Y Aníbal prometía a sus soldados como recompensa en caso de victoria la *ciuitas ex uirtute.*

Por debajo de los altos magistrados, es decir, detrás de los sufetes y de los jueces, conocemos en Cartago otros magistrados y funcionarios, aunque de forma esporádica y a veces poco precisa. El *quaestor* subordinado al sufete, con el que Aníbal estaba enemistado, tal vez formara parte del cuerpo de lo que algunas inscripciones púnicas llaman los MḤŠBM, literalmente «contables», sin duda, al igual que los cuestores romanos, también magistrados con atribuciones financieras (M. Sznycer, 1978, p. 585). Podría tal vez compararse el *censor* romano —pese a la aparente diferencia de rango: el *censor* designado en Roma cada cinco años era un alto funcionario— con un DR RKT, «jefe de estimaciones», que conocemos no a través de un texto de Cartago, sino por una inscripción púnica de la isla de Gozzo, cerca de Malta (*CIS*, I, 132). También parece lícita la comparación de unos magistrados, asimismo con responsabilidades en la metrópoli púnica, y que conocemos a través de los textos neopúnicos de Leptis Magna, los MHZM, «inspectores de los mercados», con los ediles romanos (G. Levi Della Vida, 1971, p. 457). Todos estos magistrados necesitaban, en el ejercicio de sus funciones, lo que antes llamábamos «escribanos»: los «escribas» o «secretarios», *sopherim*, cuyo apelativo, SPR, figura en varias inscripciones cartaginesas. Otro problema es el de las numerosas referencias en la epigrafía púnica de Cartago a personajes que llevan el título de RB, rab, es decir, «jefe», cuando la palabra viene seguida de un predicado (por ej.: *rab sopherim*, «jefe de los escribas» (C. Bonnet, 1991, p. 154), o «notable», «dignatario», cuando el título figura en términos absolutos, de forma un tanto oscura, cosa frecuente en Cartago.

EL «IMPERIO DEL MAR»

So pena de caer en anacronismos, que nunca merecen confianza, resulta tentador comparar los destinos de Cartago con los de Venecia, cuyas semejanzas resultan, *mutatis mutandis*, evidentes. En el siglo XVI, la República de los dux también se convirtió en una potencia terrestre que explotaba un vasto terri-

torio agrícola comprendido entre el Friul y la Lombardía. Y, al igual que Magón el Agrónomo en Cartago en el siglo III a.n.e., un patricio y gran propietario veneciano, Alviso Cornaro, será el teórico de la agricultura. La República estaba entonces en su apogeo, aunque próxima a su declive. Tampoco Cartago estaba muy lejos de su final en la fecha en que afirmó su «africanismo».

Pero Cartago, como más tarde Venecia, fue una ciudad de mercaderes. Su poderío se fundamentó siempre en las transacciones, en el control de los circuitos comerciales y en los recursos que proporciona ese control mediante la percepción de derechos arancelarios. El gran historiador del África antigua, St. Gsell, enunció en pocas palabras, hace ya tres cuartos de siglo, los ejes esenciales del esfuerzo constante de Cartago:

> La república tuvo una política comercial que puede resumirse de la siguiente manera: abrir mercados para los cartagineses, ya fuera por la fuerza, mediante tratados, o a través de la fundación de colonias; reservarse la explotación de aquellas regiones donde fuera posible descartar toda competencia; en aquellas donde este monopolio no fuera practicable, regular las transacciones mediante pactos que estipularan ventajas recíprocas; y asegurar contra los piratas la libertad de navegación y la protección de las ciudades y de las factorías marítimas (St. Gsell, IV, 1924, p. 113).

Este proteccionismo no fue el único instrumento comercial de los cartagineses en el mundo antiguo, pero fue la base de su poderío económico. Pero ¿estamos acaso diciendo que este poder de Cartago no necesitó de conquistas militares ni de control de los mercados mediante la producción y la distribución de productos competitivos? Es evidente que muchas veces sí fue este el caso, como veremos, sobre todo en el ámbito de la gran producción semiindustrial que fue la cerámica.

El principal instrumento de esta política fue la marina, o más bien los marinos de Cartago: las naves de guerra y las flotas mercantes. Paradójicamente se sabe muy poco de la realidad concreta de estas naves mercantes púnicas que surcaron el Mediterráneo occidental durante siglos.

Naves de transporte

En cambio no ocurre lo mismo con sus precursores de la época arcaica fenicia, aunque todavía existen dudas sobre la especificidad propia de unas naves que los textos bíblicos llaman las «naves de Tarsis»: fueron o bien naves especializadas en las relaciones comerciales con una región llamada Tarsis, en cuyo caso, como vimos, se tiende a identificar este «país de Tarsis» con la Tartessos de los griegos, El Dorado andaluz; o bien naves especializadas en el transporte de metales y minerales, hipótesis que se apoya en la existencia de una raíz —*ršš* que significa «refinar el metal»— que estaría implícita en el nombre mismo de la ciudad de Tarso, en Cilicia, centro de una zona de explotación metalúrgica. En el marco de esta hipótesis, el descubrimiento en el cabo Gelydonia, en

la costa sur de Asia Menor (la Turquía actual), de un pecio con un cargamento de lingotes de cobre y estaño, de mineral bruto de estaño, y de numerosos útiles de bronce, fechado (por carbono 14) en torno al 1250-1150 a.n.e., correspondería a una «nave de Tarsis» (J. Rougé, 1975, p. 152).

Pese a esta profunda ambigüedad acerca de la posible interpretación de las «naves de Tarsis» mencionadas en los textos bíblicos, varios documentos de principios del primer milenio a.n.e. permiten reconstruir el tipo más importante de barco mercante fenicio, al que los griegos dieron el nombre (que podría reproducir una palabra semita) de *gaulos*: una nave barriguda, con dos órdenes de remos, pero sin mástil ni vela, tal como aparecen reproducidas en los bajorrelieves del palacio de Sennaquerib en Nínive, y fechados en el siglo VIII. En ellos este tipo de navío aparece representado al lado de unas naves de guerra provistas de espolón, seguramente destinadas al transporte de tropas (fig. 58). La ausencia de vela es comprensible: los especialistas (como L. Casson, 1971, p. 65) creen que las primeras naves mercantes que surcaron el Mediterráneo tuvieron que ser propulsadas fundamentalmente, si no únicamente, por remos. Y aunque la utilización de la vela tendiera a generalizarse —puesto que el tamaño de las naves iba aumentando en función del ritmo y del volumen de los intercambios—, la nave mercante de remos siguió presente en un mar donde la ausencia de viento, frecuente en verano, impide la navegación y cuyos vientos estivales la hacen imposible en ciertas direcciones.

En los relieves asirios figura asimismo otro tipo de barco de transporte, al parecer de pequeño tamaño, que parece estar en boga durante muchos siglos en el ámbito fenicio: un barco perfectamente simétrico, del estrave al codaste, maniobrado a remo, pero provisto de un mástil, y cuyo mascarón de proa es una cabeza de caballo (fig. 59), por lo que los griegos lo llamaron *hippos*. Estrabón (II, 3, 4) nos transmite una anécdota que dice mucho sobre este tipo de barco. Recuperando un relato que encontró en Posidonio de Apamea, cuenta que hacia finales del siglo II a.n.e., bajo el reinado de Ptolomeo VII Evergeta, el navegante Eudoxio de Cizico realizó dos viajes a las Indias, y que a la vuelta del segundo se vio arrastrado por el monzón hacia la costa oriental de África, cerca del cabo Gardafui. En aquellas costas encontró los restos de un barco embarrancado cuyo mascarón de proa ostentaba una cabeza de caballo. De vuelta a Egipto, Eudoxio recabó información sobre el origen de esta figura cerca de los capitanes de naves mercantes del puerto de Alejandría, quienes le dijeron que debía de proceder de uno de esos pequeños barcos de pesca del puerto de Gades que buscaban fortuna en las costas de Marruecos hasta el río Lixus. La posibilidad de que estos barcos de pesca pudieran naufragar en lugares tan lejanos como la costa de los Somalis despierta un escepticismo del todo justificado (J. Desanges, 1978, pp. 164-165). Pero en cambio cabe retener de esta historia la gran longevidad de estos *hippoi*, que se documentan desde el siglo VII como barcos de transporte, hasta una época posterior a la caída de Cartago, cuando aparecen rebajados a la categoría de barcos de pesca, con dimensiones menguadas, en Gades (fig. 60).

Cuando en la *Odisea* se describe la imagen de un barco fenicio surcando

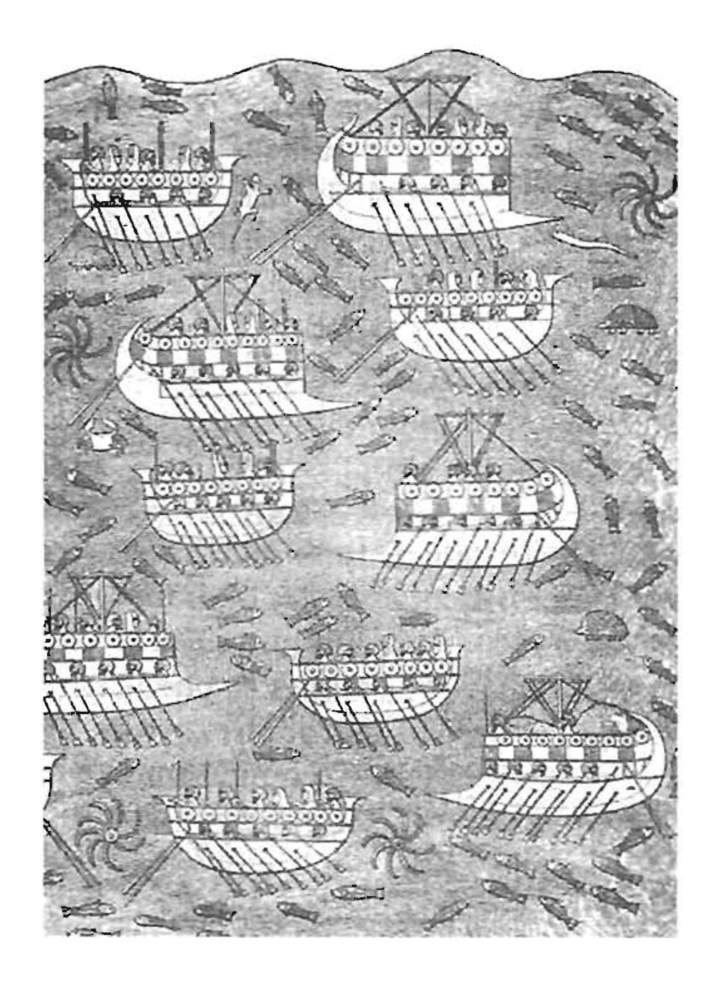


FIGURA 58. Naves fenicias con dos órdenes de remos, de guerra (con espolón) y mercantes (Nínive, palacio de Sennaquerib).



FIGURA 59. El *hippos* fenicio. Relieve del palacio de Sargón en Jorsabad (722-705 a.C.) (París, Museo del Louvre).

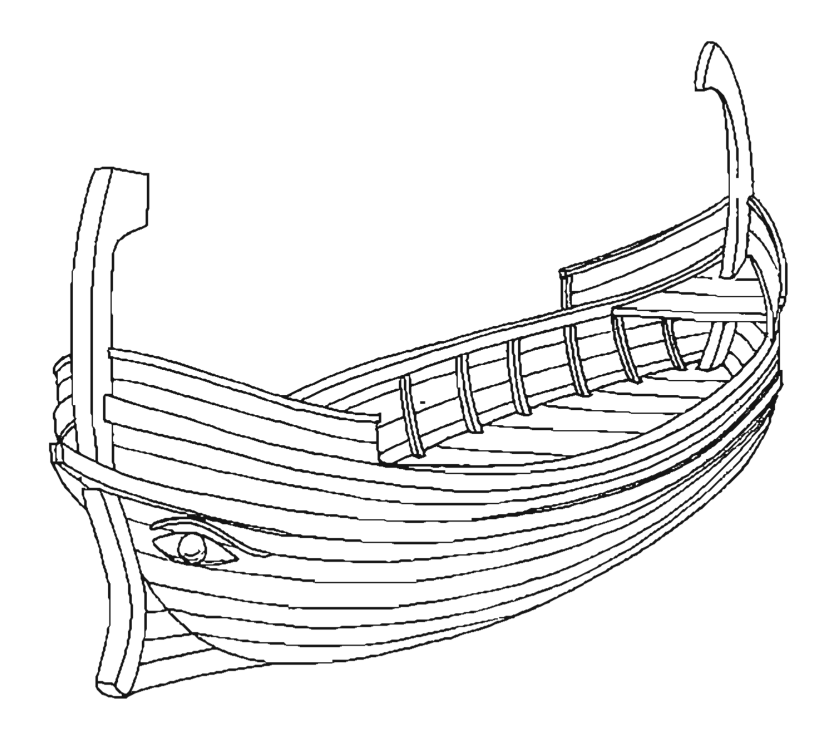


FIGURA 60. Barco púnico, descendiente del *hippos*.

los mares, parece sugerir que a principios del primer milenio a.n.e. las naves mercantes fenicias —y luego púnicas tras la fundación de Cartago— fueron omnipresentes en el Mediterráneo, hasta el punto de ser emblemáticas del negocio marítimo. Pero la descripción que hace el porquero Eumeo de la «nave negra» de los traficantes fenicios (*Od.*, XV, 415 ss.) no debe llevarnos a engaño ni incitarnos a reconocer en la característica mencionada en el epíteto homérico un rasgo distintivo de sus naves. Todas las carenas debían de parecer negras, sobre todo por el betún que embadurnaba los cascos, tal como muestra la imagen de la nave con dos mástiles que aparece en un fresco de la *Tomba della Nave* en Tarquinia, fechado a finales del siglo VI (fig. 61). Pero esta imagen, que data de la «belle époque» de la fructífera alianza entre Cartago y los etruscos de Caere, pudo pintarse perfectamente a partir del modelo de una nave de transporte púnica.

LA MARINA DE GUERRA

Como dijo St. Gsell, la organización del comercio marítimo de Cartago se basó en los tratados, como el concluido en el 509 con Roma, y en ellos la delimitación de las zonas respectivas de influencia fue esencial. Para hacer respetar convenciones y tratados, y mantener a los piratas a raya, necesitó una marina de guerra, que fue durante mucho tiempo el brazo armado de Cartago, mucho más que sus tropas de tierra, cuya intervención fue más tardía. Todavía a mediados del siglo III a.n.e. el primer conflicto con Roma, es decir, la primera gue-

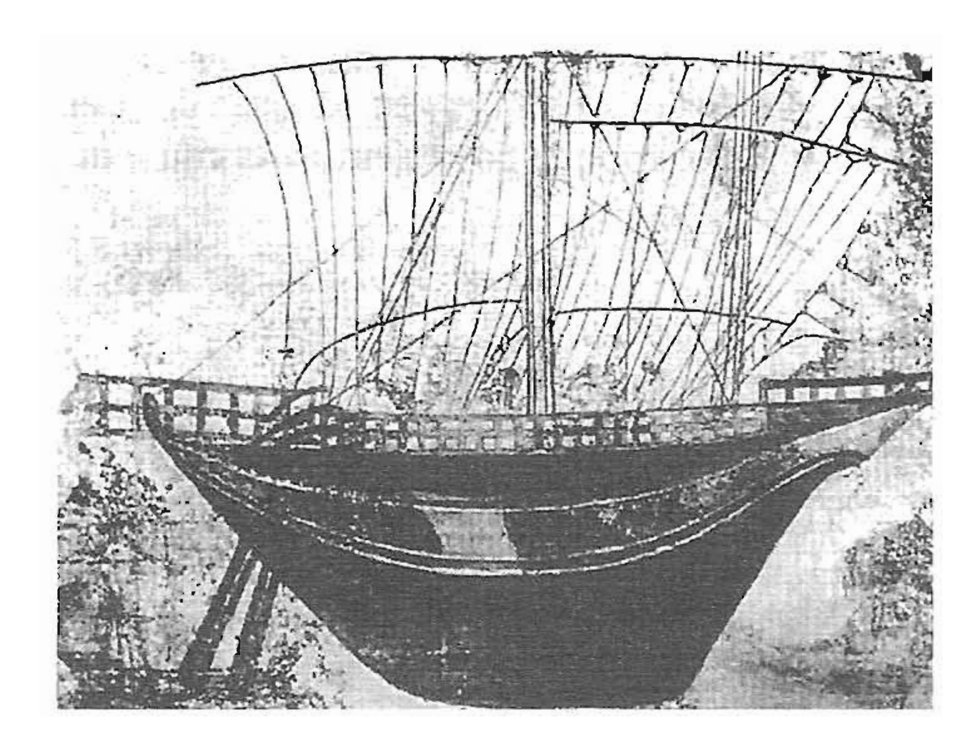


FIGURA 61. Nave mercante de la *Tomba della Nave*, Tarquinia (principios del siglo v a.C.).

rra púnica, fue fundamentalmente una serie de batallas navales, las más importantes de la Antigüedad.

Esta marina de guerra pudo desplegarse ya a partir del siglo VIII, aunque haya que esperar hasta finales del siglo VI para encontrar una referencia histórica de su actividad. Según Heródoto (I, 166), sesenta naves púnicas, unidas a otros tantos navíos etruscos, se batieron contra sesenta naves focenses cerca de las costas orientales corsas, en el contexto de la batalla de Alalia. La repetición de esta cifra parecería sospechosa si su autor no fuera Diodoro Sículo (XII, 54, 1): menciona, en efecto, que muy a finales del siglo V se utilizaron contra los griegos de Sicilia las escuadras cartaginesas compuestas por sesenta y por ciento veinte naves. Se sabe que la cantidad de sesenta representa una unidad en el sistema sexagesimal, aún vigente en nuestra medición de grados, minutos y segundos. En cuanto a los efectivos mencionados, no parecen excesivamente exagerados. Siempre según Diodoro (XI, 1, 5; 20, 2), Amílcar habría capitaneado doscientos navíos en su expedición siciliana en el 480. Esta cifra se acerca, posiblemente, al total probable de las fuerzas navales de Cartago, sin contar los transportes de tropas ni las pequeñas unidades, los *mioparones*, que veremos en acción durante una fase del sitio de la ciudad en el 147. Recordemos que un célebre texto de Apiano (*Libyca*, 96) fija en doscientos veinte la cantidad de fondeaderos construidos en el puerto de guerra de la ciudad a mediados del siglo II a.n.e. para albergar y reparar sus naves.

Se sabe que Roma, a diferencia de Cartago, no fue en sus orígenes una potencia marítima. Habría que añadir una pizca de fe a la explicación que da Polibio (I, 20, 15) sobre la transformación repentina de los romanos en cons-

tructores navales: a principios de la primera guerra púnica, hacia el año 261 a.n.e., se habrían adueñado en el estrecho de Mesina de una pentera o quinquerreme cartaginesa encallada tras una falsa maniobra, y la habrían adoptado como modelo para la construcción de su flota. La anécdota no es totalmente increíble. Ya hacía al menos medio siglo que Roma contaba en Siracusa o en Tarento con carpinteros capaces de construir quinquerremes sin necesidad de un modelo púnico (J. P. Brisson, 1973, p. 48). Pero la quinquerreme cartaginesa era en esa época la dueña de los mares y se comprende que los romanos desearan reproducir un modelo que superaba a las pentecóntoras de sus aliados campanienses, italiotas o sicilianos. La cuestión radica en saber en qué era superior. Por el texto de Polibio sabemos que la nave púnica contaba con un puente: *kataphractos* (fig. 62). Puede estimarse en cerca de trescientos el efectivo total de los hombres embarcados en este tipo de nave, incluida la infantería de marina que permanecía en el puente. Lo esencial de la tripulación se situaba en los órdenes de remos, pero ¿según qué dispositivo? Las soluciones propuestas revelan el desconcierto de los especialistas. La palabra misma de quinquerreme, si la entendemos a partir del modelo de la trirreme, supondría una nave de cinco órdenes superpuestos de remeros, cosa prácticamente impensable puesto que la altura de la nave por encima de la línea de flotación habría imposibilitado su estabilidad; y no hablemos ya del absurdo ángulo cerrado que habría formado el remo superior con la superficie del agua. Si aceptáramos (con J. Rougé, 1975, p. 113) que estas naves pudieron contar con cinco remeros por remo, es decir, diez por cada pareja de remos, es evidente que estaríamos ante unos remos desmesuradamente largos y excesivamente anchos. La solución que suele prevalecer sugiere unas naves con dos órdenes de remos superpuestos, uno con dos remeros por remo, el otro con tres (L. Casson, 1971, p. 105; J. Rougé, 1975, pp. 103-104).

Aunque la quinquerreme fue la gran unidad naval de la época helenística, junto a la cuatrirreme, nunca logró sustituir a la triera o trirreme, la nave que constituyó la unidad básica de las flotas de guerra a partir como mínimo de finales del siglo VII, y que todo el mundo reconoce como de invención fenicia, aunque los griegos contribuyeran a mejorarla. Son muchos los monumentos que representan su silueta, pero no muestran su interior, lo que explica que el problema que también se plantea aquí acerca de la disposición de los remeros haya suscitado el debate entre los investigadores y excitado la imaginación de los arquitectos navales. Bajo el Segundo Imperio, uno de estos arquitectos había fabricado una trirreme para Napoleón III: pero una vez en aguas del Sena, en Asnières, y aunque provista de buenos remeros, ¡hizo falta un remolcador para hacerla avanzar! (L. Basch, 1987, pp. 39-40). Y desconfiemos de las reconstrucciones que aparecen en tal o cual película famosa: las trirremes de Ben-Hur sólo avanzan en el cine.

Un pasaje de Aristófanes (*Ranas*, v. 1074), explicitado por los escolios, establece claramente que la trirreme clásica, una construcción de unos 35 m de largo por 5,50 m de ancho, implicaba remeros escalonados en tres órdenes. A partir de un artículo publicado en 1941 por J. Morrison, ya se admite que la

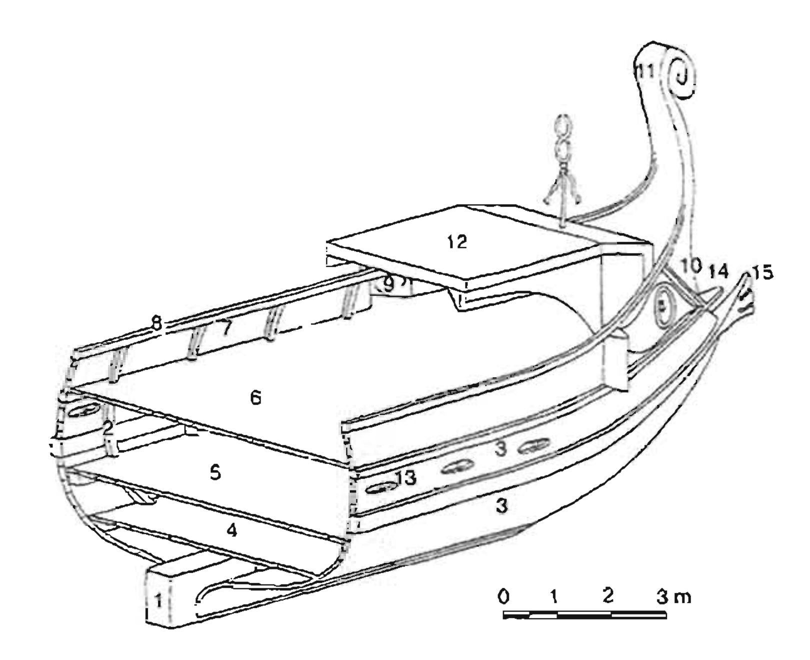


FIGURA 62. Reconstrucción axonométrica del medio perfil delantero de una pentera púnica: 1: quilla; 2: cuadernas; 3: trancanil; 4: techo; 5: puente de los remeros; 6: puente superior; 7: empalletado; 8: borda; 9: escobén; 10: estrave; 11: *akrostolion*; 12: castillo de proa; 13: postigo para el remo; 14: *proembolon*; 15: *embolon*.

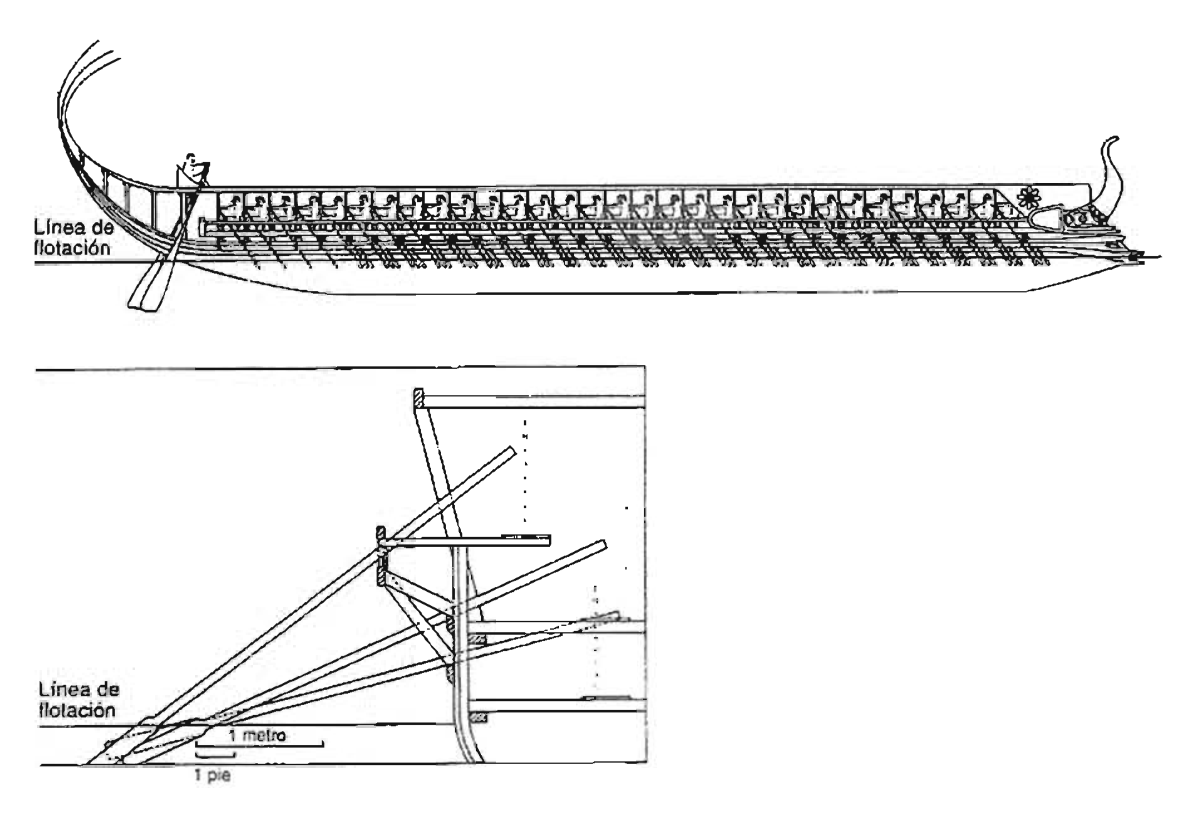


FIGURA 63. Bosquejo de una trirreme de los siglos V-IV a.C.; vista general de perfil y detalle de la disposición de los órdenes de remos.



FIGURA 64. Proa de nave de guerra en una moneda púnica de España (finales del siglo III). Se distingue claramente el *embolon* en forma de tridente y, encima, algo más atrás, el *proembolon*.

trirreme es técnicamente una extrapolación de la nave de dos órdenes superpuestos, la birreme, a la que se añadió una pequeña plataforma en la borda que sobresalía ligeramente de la carena de la nave. Y es aquí, en esta superestructura añadida, con claraboya, donde se colocaban los remeros del nivel superior, los «tranitas», disposición que explica que fueran los únicos visibles en una representación de perfil de estas naves (fig. 63), puesto que los remos de los dos órdenes inferiores pasaban por portas dispuestas en el casco, ocultando así la vista de los remeros.

Se sabe que la batalla naval de la época, aun en el caso en que comportara maniobras de abordaje y por lo tanto combates cuerpo a cuerpo entre los soldados embarcados, consistió sobre todo en embestir con el espolón las naves enemigas. Lanzada por su tripulación como un arma arrojadiza, la trirreme o la quinquerreme se empotraba en el flanco de la nave enemiga, que hacía agua y se hundía a causa de la brecha abierta. Monedas acuñadas en España por Asdrúbal hacia el 288-221, así como estelas del tofet de Cartago fechadas hacia la misma época, muestran que la quinquerreme púnica, a semejanza de las demás flotas helenísticas, poseía un espolón en forma de tridente (L. Basch, 1987, pp. 396-397) (fig. 64). También aparecen espolones más simples, con una única punta, como en los relieves de Nínive (fig. 65). Para una época más tardía, un pecio encontrado estos últimos años por H. Frost en las costas de Sicilia, no lejos de Marsala, ha ampliado enormemente nuestro conocimiento de la marina de guerra púnica en el siglo III, fecha aproximada del pecio de Marsala. Esta nave pertenece a la categoría de lo que en época bizantina se llamaran «móneras», construcciones con un sólo orden de remos, pero con dos remeros por remo, uno a cada lado; se trataría, pues, de una «chusma» de unos setenta remeros que lanzaban contra el flanco del navío enemigo un espolón, en este caso en forma de colmillo de elefante, del que sólo la punta afloraba por encima de la superficie de las olas (fig. 66).

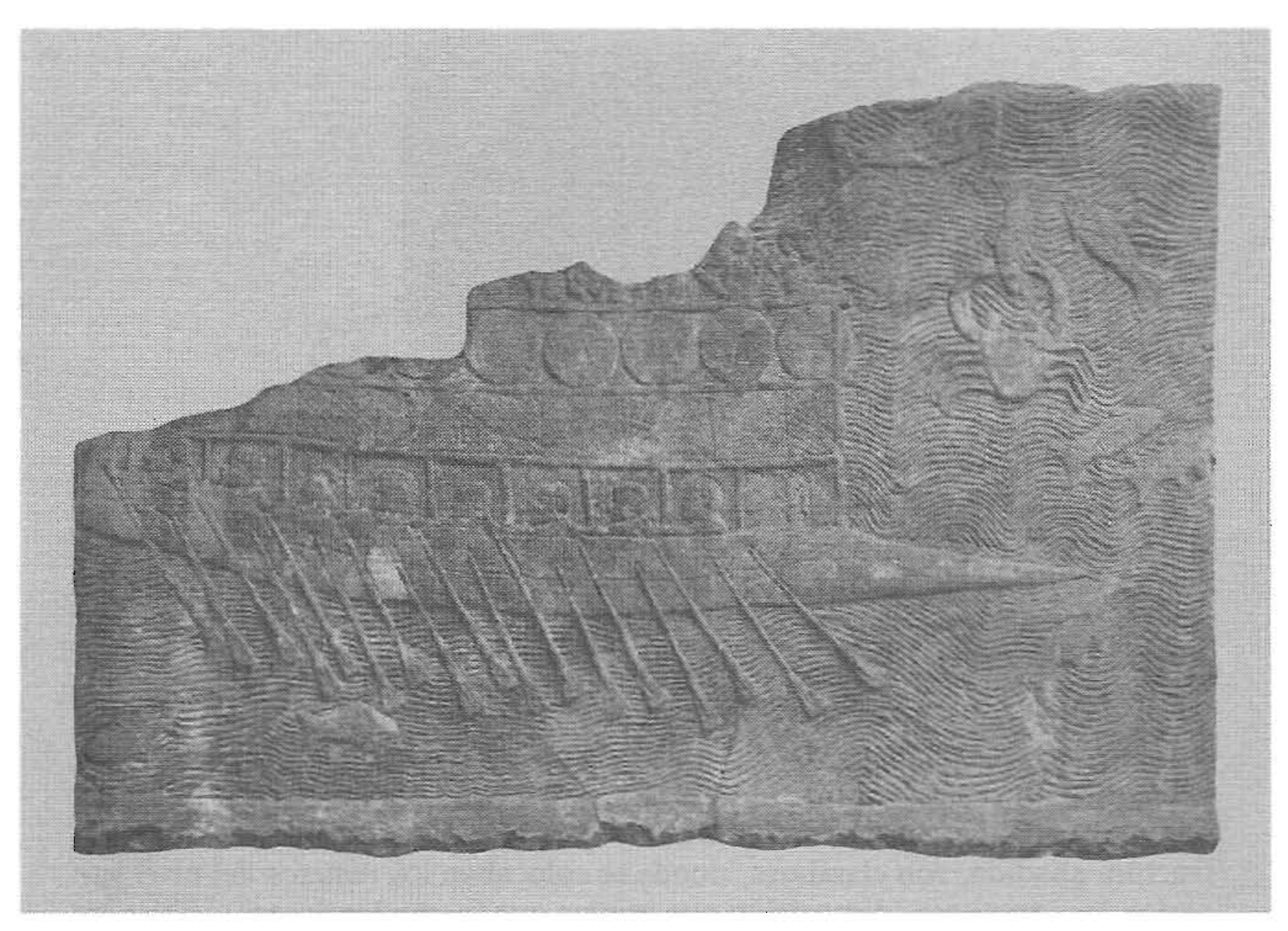
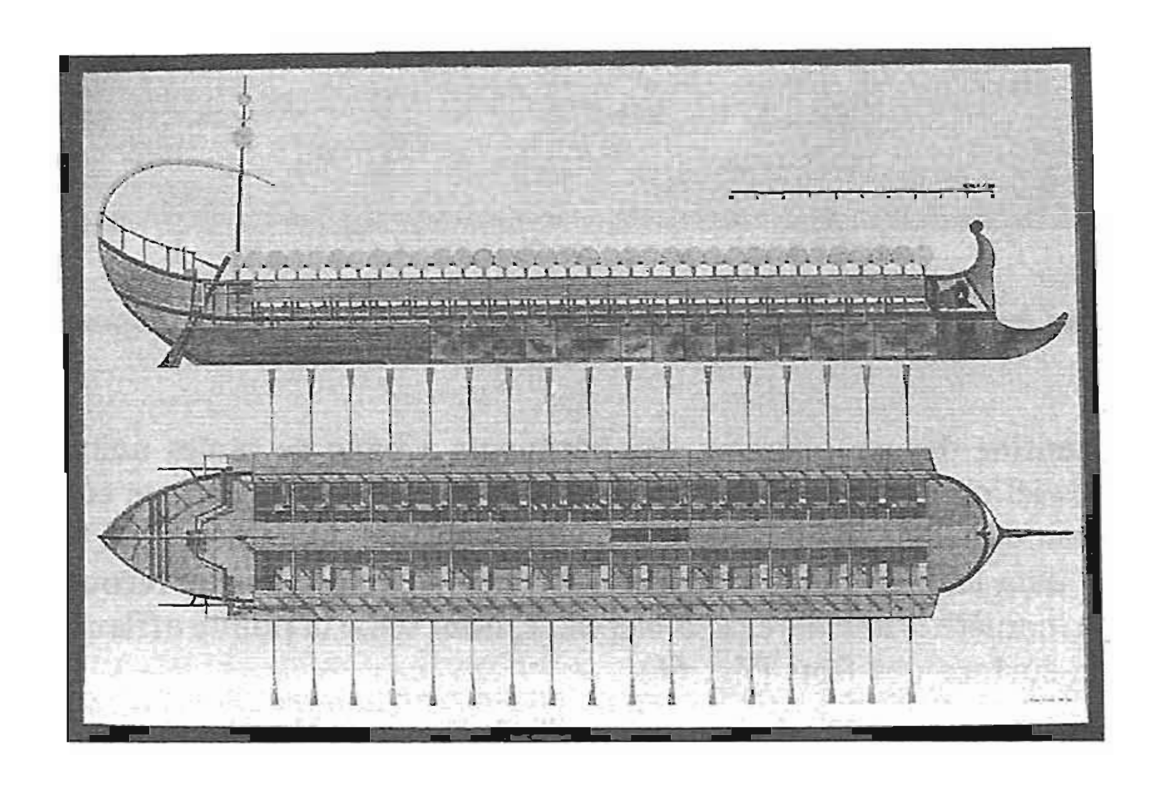


FIGURA 65. Nave de guerra fenicia con dos órdenes de remos. Relieve de Nínive, palacio de Sennaquerib (705-681 a.C.) (Londres, Museo Británico).

EL PECIO DE MARSALA

El pecio de Marsala también ha proporcionado datos preciosos sobre la técnica de construcción de los carpinteros púnicos. Sabemos que en nuestros astilleros tradicionales, el carpintero, una vez ensamblados los dos extremos de la quilla al codaste detrás y al estrave delante, coloca primero el casco, es decir, el esqueleto formado por las cuadernas y los baos, antes de construir la armazón, ajustada de alguna manera sobre las partes exteriores curvas del casco. En la Antigüedad, el curso normal de las operaciones era diferente. Primero se levantaba el eje formado por la quilla, el codaste y el estrave, luego se construía no el casco, sino la armazón, en cuyo interior, una vez montada, se colocaba el casco. Los astilleros de Cartago debieron de utilizar, por lo general, esta técnica llamada «en concha», o *shell first*, identificada recientemente en el pecio de una nave comercial púnica fechada en el siglo III a.n.e., y descubierta a pocos metros de profundidad en la caleta de Binisafuller, al sur de la isla de Menorca (V. M. Guerrero, 1989a, pp. 120-121). Pero el estudio del pecio de Marsala permite constatar el recurso a una técnica mixta, más compleja y muy elaborada. En la quilla (fig. 67), el carpintero fijaba primero con espigas o clavi-



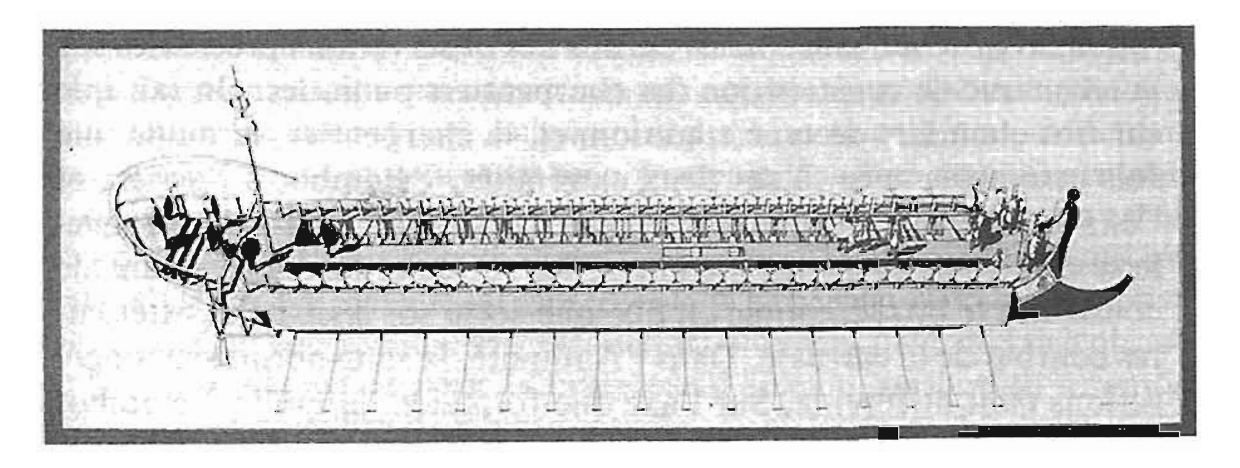


FIGURA 66. La nave de guerra púnica de Marsala.

jas las planchas para formar el fondo de la carena, luego colocaba los once trancaniles para formar la armazón hasta la línea de flotación; sólo entonces introducía en este casco en ciernes las varengas, ensambladas a las cuadernas mediante espigas y clavijas. Luego se montaban las dos caras enteras de la armazón hasta la altura de la borda, que al encajarse tesaban la parte superior del casco, formando una verdadera muralla de madera. Un examen minucioso de las planchas de la armazón permitió descubrir rastros de señales pintadas (signos alfabéticos) destinadas a facilitar el ensamblaje y acelerar el trabajo de los carpinteros, que contaban así con verdaderos elementos prefabricados (H. Frost, 1989, pp. 127-135). Con tales métodos, se comprende mejor que los astilleros de Cartago pudieran construir muy rápidamente varias decenas de trirremes y quinquerremes en el 147, el peor momento del asedio (Apiano, *Libyca*, 121).

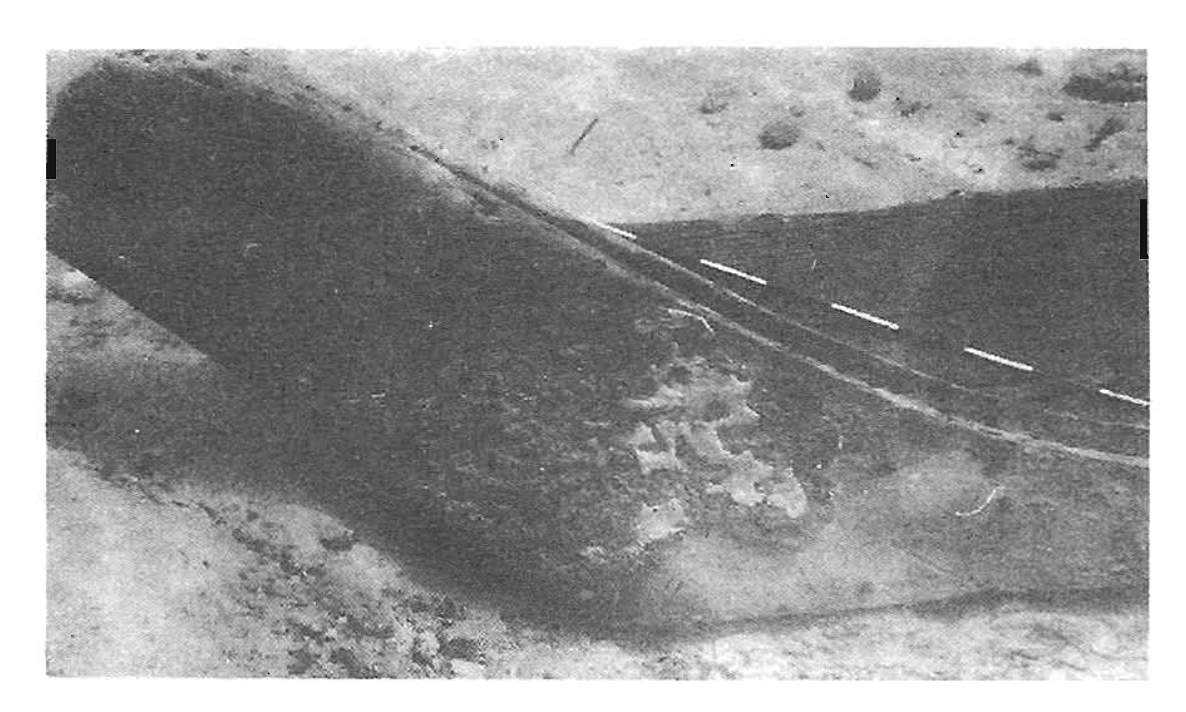


FIGURA 67. La popa y la quilla de la nave de Marsala.

El pecio de Marsala ha permitido también observar un detalle inédito en la concepción de la armazón que nos dice mucho sobre la «tecnología» de los arquitectos navales púnicos. En la Antigüedad, las planchas se ensamblaban entre sí mediante espigas y ranuras a obra muerta, es decir, las unas al lado de las otras, horizontalmente. Parecía que en el área mediterránea antigua se desconocía el otro método, aquel que permite montar y encajar la plancha superior directamente encima de la plancha inferior, método que se habría introducido en el Mediterráneo sólo en la Edad Media procedente de las regiones nórdicas. Es evidente, pues, el interés de esta forma de montaje, donde el reborde desempeña el papel de un deflector para los chorrillos de agua y las salpicaduras de las olas. La sección practicada en la armazón del pecio de Marsala ha puesto de manifiesto (fig. 68) que a partir del doceavo trancanil, es decir, a nivel de la línea de flotación, las planchas de madera de pino de la armazón estaban preparadas de forma que, incluso montadas a obra muerta, presentaran, cerca del punto de unión inferior, una especie de protuberancia que, a ritmo rápido, desempeñaba también eficazmente el papel de deflector. Un elemento de comodidad ciertamente apreciado por los soldados de infantería de marina que podían así mantenerse secos en el puente.

Vimos que a principios de la primera guerra púnica, cerca del estrecho de Mesina, los cartagineses fueron víctimas de lo que hoy llamaríamos espionaje industrial y guerra tecnológica. Roma puso al servicio de su incipiente imperialismo una asombrosa capacidad de adaptación igualando en pocos años, y luego superando, a los descendientes de los fenicios en un ámbito en que éstos habían sido pioneros. Para colmo de la desgracia, sabemos que los romanos, para compensar su inferioridad táctica, consiguieron incluso adaptar a sus na-

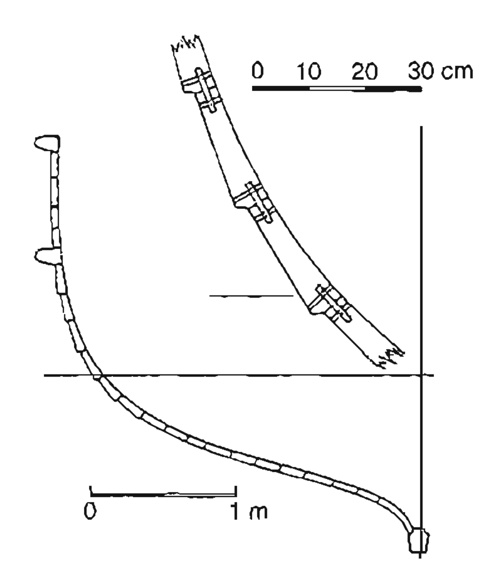


FIGURA 68. Nave púnica de Marsala. Sección del casco que muestra la forma de montaje de las planchas de la armazón.

ves de guerra una máquina, el «cuervo», que permitiría al cónsul C. Duilio transformar la batalla naval en un combate cuerpo a cuerpo y alcanzar en el 260 a.C. la victoria de Mylae. Polibio (I, 22, 4) describió este «cuervo» en unos párrafos evocadores: una especie de mástil inclinado en la parte delantera de la nave que, colocado horizontalmente, se convertía en una pasarela que, mediante un sistema de poleas, dejaba caer sobre el puente de la nave enemiga ya próxima un enorme peso de hierro terminado en punta —como el pico de un cuervo— que perforaba el puente y arrimaba una nave contra la otra. La infantería de marina sólo tenía que abordar la nave enemiga que había quedado, así, completamente inmovilizada.

La historia de este «cuervo» es característica de una época en que la emulación de las potencias del mundo helenístico y, por encima de todo, el apetito creciente de Roma, posibilitaron en pocos años mayores progresos en la técnica de la guerra naval que en toda la Antigüedad. «Iam in mari ... deleta Carthago» concluye Floro (I, 18, 35), que conocía ya el desenlace. Lo cierto es que de esta confrontación Cartago saldría perdedora, lo que la llevaría a depositar sus esperanzas en la creación de una poderosa fuerza de tierra. Con Aníbal a la cabeza la apuesta estuvo al borde de la victoria; pero sería el principio del fin.

Capítulo V

EL DESARROLLO URBANO DE CARTAGO DESDE EL SIGLO V HASTA EL AÑO 146 a.C.

Se ha escrito mucho sobre la «crisis del siglo V» en Cartago, al estimar que la derrota de Amílcar, hijo de Magón, a manos de Gelón de Siracusa en Himera en el 480 a.n.e., pudo marcar un punto de involución en la historia de la ciudad púnica. Pero esta creencia, basada en la constatación, entonces estimada como real, de una cierta penuria en los ajuares funerarios fechables en esa época, sobre todo en las cerámicas áticas de importación, no ha resistido la revisión de las cerámicas cartaginesas realizada en estos últimos años. En efecto, en ellas se han encontrado muchos más vasos áticos de barniz negro sin decoración de lo que se esperaba, e incluso vasos de figuras rojas (J. P. Morel, 1980). Y excavaciones recientes, sobre todo las de la misión francesa, han incrementado notablemente la cantidad de testimonios de estas importaciones (J. P. Morel, 1982 y 1983). Aquella impresión de empobrecimiento procedía también, en parte, de la presunta rareza de las tumbas del siglo V, curiosamente ausentes de las necrópolis, y que presentaban un contenido muy pobre cuando se las reconocía. La verdad es que no siempre se han sabido reconocer las sepulturas de esta época, que sólo en muy contadas ocasiones forman conjuntos homogéneos, a diferencia de lo que ocurre en otros siglos (S. Lancel, 1990, pp. 23-25).

Sabemos hace tiempo que Cartago compensó su retroceso en Sicilia consolidando un territorio africano y liberándose del tributo anual que pagaba a los libios desde su fundación. Ambos acontecimientos, que fueron sin duda más o menos contemporáneos, suelen situarse en el segundo cuarto del siglo V, es decir, pocos años después de la derrota de Himera. Es también en esta época, aunque de forma menos precisa, que las excavaciones recientemente realizadas en Cartago sitúan una etapa decisiva de su desarrollo urbano.

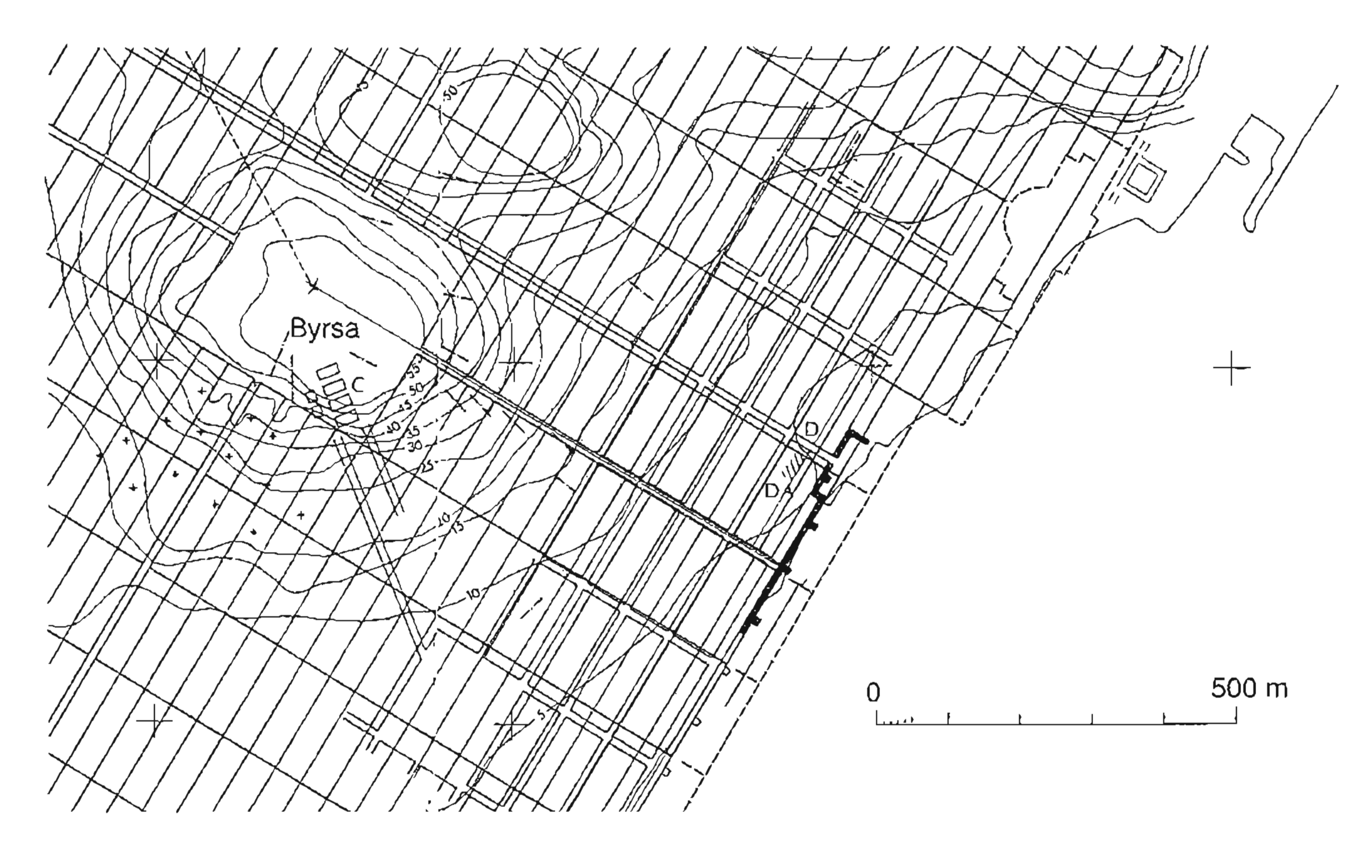
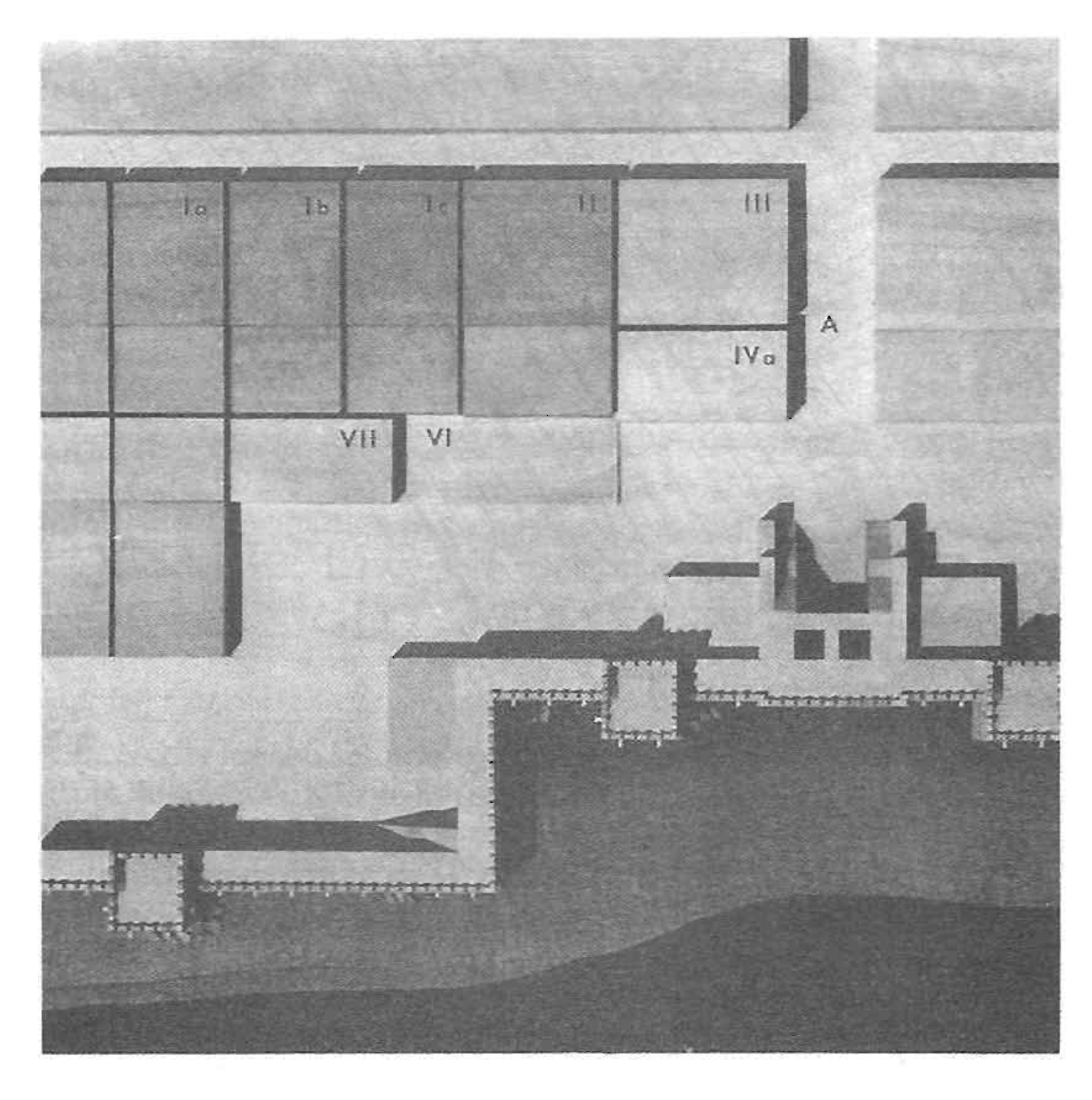


FIGURA 69. El sitio del barrio marítimo excavado por la misión alemana. DA: escombro de época arcaica; D: muro del mar y puerta marítima.

LA CARTAGO DE LOS SIGLOS V Y IV

Las excavaciones de la misión alemana a lo largo de la costa, en la Avenida de la República, frente al antiguo palacio del bey, pusieron, en efecto, de manifiesto la existencia de todo un sector de habitación construido sobre terraplenes de época arcaica, y cuyo avance hacia el mar difiere en varias decenas de metros de la antigua línea de costa (fig. 69). Más al este, lado mar, el estrato profundo es, efectivamente, de arena marina estéril de todo material arqueológico. Es, pues, seguro que la ocupación del suelo en época arcaica se detuvo muy por detrás de la actual línea de costa, aunque, como luego veremos, el nivel del mar fuera entonces mucho más bajo que el actual.

En una zona estratigráficamente muy rica, y ocupada de forma continuada desde el siglo V a.n.e. hasta la época bizantina, la excavación alemana no se hizo en extensión, sino mediante grandes y profundos cortes que no permitieron extraer conjuntos completos, lo que obliga a extrapolar. Hecha esta reserva, la excavación y la observación minuciosa de los alrededores permiten distinguir varios horizontes en esta zona. En un primer momento, en el siglo V, se construyeron unidades de habitación de proporciones bastante modestas, de planta variada y atípica que ignoraban el peristilo, y que dejaban entre ellas y el muro alzado en la misma época a la orilla del mar un espacio libre estimado en sesenta codos, una treintena de metros (fig. 70). La calle perpendicular



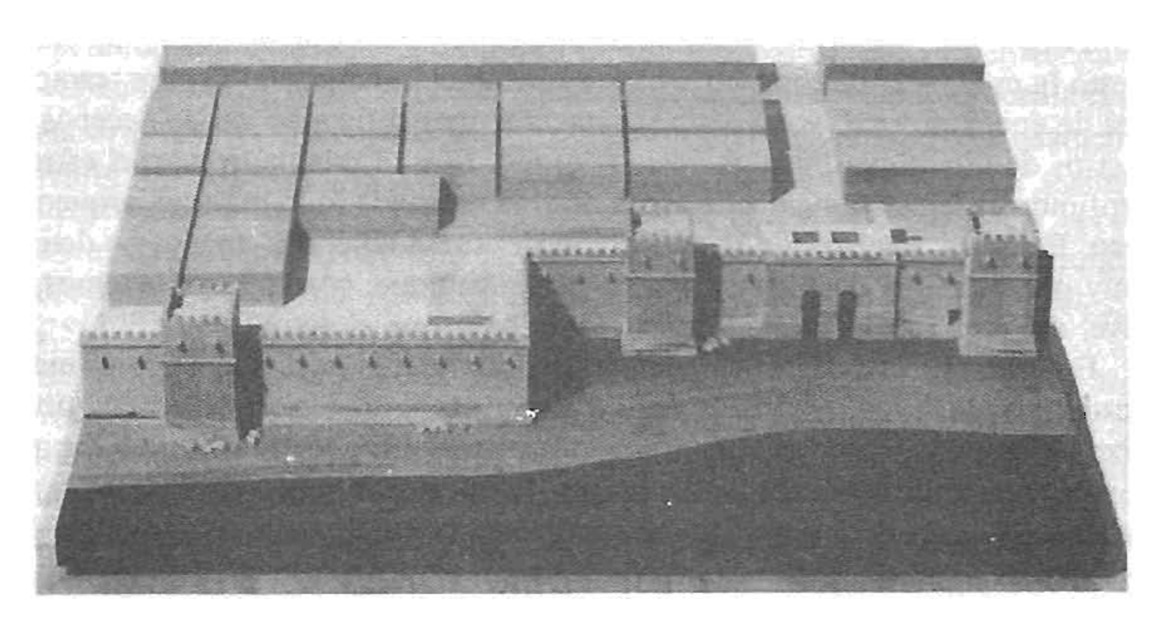


FIGURA 70. Estado del barrio marítimo desde el siglo V hasta principios del siglo III. *A* es la calle que desemboca en la puerta marítima monumental, flanqueada por dos torres. Destacan los espacios libres entre los bloques y la muralla que da al mar.

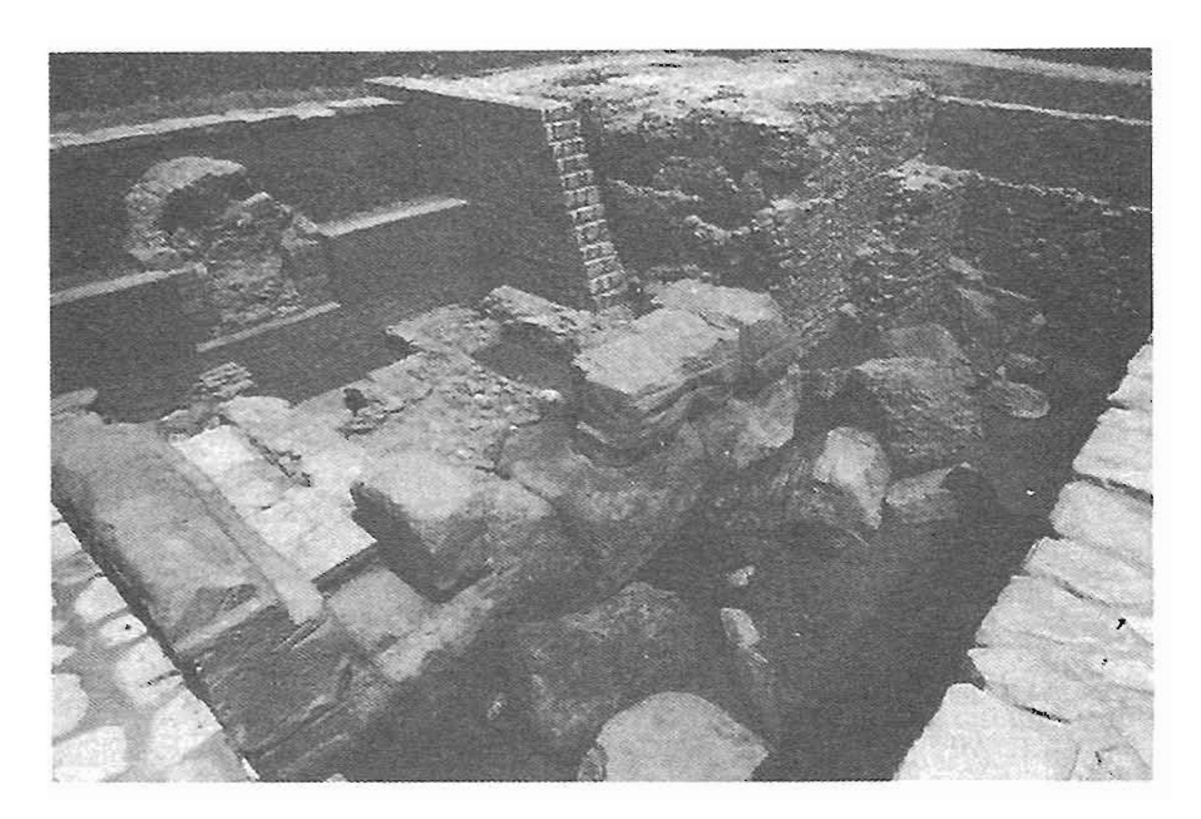


FIGURA 71. Los cimientos de gran aparejo de la muralla marítima del siglo V. Los enormes bloques que se ven en primer término hacían las veces de rompeolas; al fondo, puede verse la alcantarilla axial del *decumanus I norte* romano.

a la orilla y con un eje aproximadamente este-oeste que comunica con este sector (y que se convertirá con ligeras variaciones en el *decumanus I norte* de la Cartago romana) llega hasta una puerta monumental abierta en la muralla marítima y flanqueada por torres. Ni que decir tiene que únicamente se encontraron los cimientos de esta obra, y que la reconstrucción de su alzado es mucho menos fiable que la de su planta (fig. 71). La instalación de una bomba durante la excavación permitió descubrir, en la base de estos cimientos, la huella horizontal dejada por el oleaje durante el periodo anterior a la construcción de las escolleras (F. Rakob, 1984, p. 8). Esta marca se sitúa a cincuenta centímetros por debajo del nivel del mar actual, lo que significa que al pie de la muralla del siglo V se extendía entonces una playa muy ancha, llana y arenosa, producida por las olas y propicia para futuras ampliaciones. Algo más al sur, en diferentes puntos de la orilla, hallazgos de bloques de coronamiento, e incluso de cimientos o de zócalos, permitieron a F. Rakob proponer para esta muralla un trazado continuo por lo menos hasta las inmediaciones de la laguna circular, es decir, lo que será más tarde el puerto militar de Cartago (fig. 72). Allí, en efecto, muy cerca de la playa actual, se ha encontrado recientemente una estructura de cimentación que pudo pertenecer a una torre o a un bastión de la muralla (F. Rakob, 1987, p. 335).

Solamente excavaciones extensivas en la superficie, cosa muy problemática en el estado actual de la urbanización moderna, permitiría fijar los límites de la ciudad del siglo V. Pero ciertas viejas observaciones, sobre todo por parte de

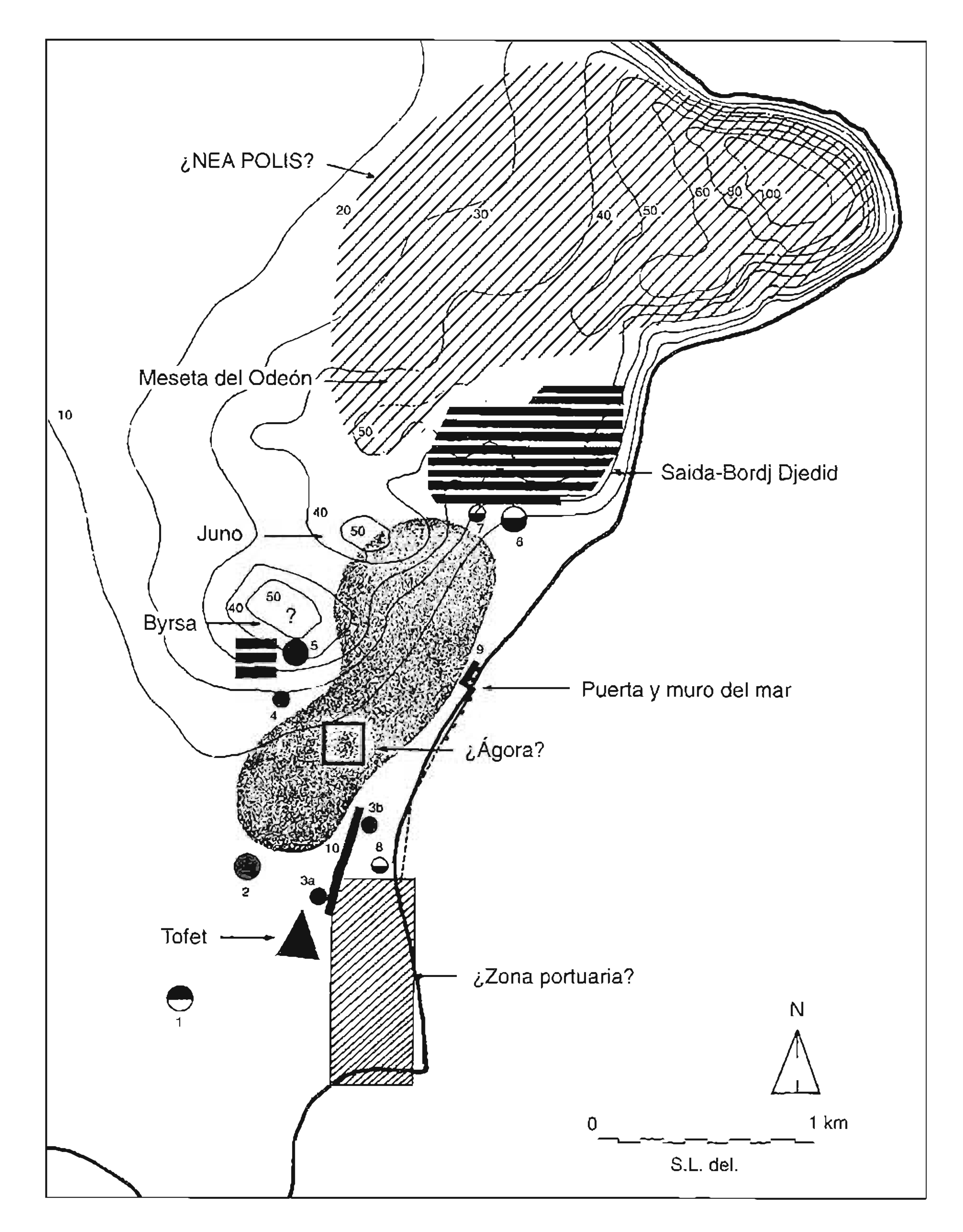


FIGURA 72. El sitio de Cartago (finales del siglo V-principios del III a.C.). En el centro y cerca de la orilla, en gris claro, los sectores de habitación, limitados al norte por las necrópolis de Saida-Bordj Djedid y al oeste por la de la ladera suroeste de Byrsa. Las zonas industriales periféricas aparecen marcadas con círculos: negro para los talleres metalúrgicos, blanco sobre negro para los talleres de alfarería, y negro sobre blanco para un taller de tinte.

Ch. Saumagne, hacen pensar que la ciudad de aquella época no pudo extenderse mucho más hacia el sur: parece incluso bastante probable que hasta época helenística una parte de los terrenos situados por debajo de la cota actual de los cinco metros, detrás de la muralla marítima del siglo V, quedaran si no totalmente inutilizados, por lo menos no incluidos en la red de urbanización sistemática. Entre el sector donde pudo situarse teóricamente el ágora, y el mar, hubo al parecer una zona pantanosa que se extendía hacia el sur por la zona lacustre donde más tarde se establecerán los puertos interiores o *cothons* (Ch. Saumagne, 1931, p. 654; S. Lancel, 1990, p. 13). Volveremos sobre ello al hablar del engorroso problema de las instalaciones portuarias de la Cartago púnica.

Recientes sondeos, inspirados en antiguos hallazgos, han permitido reconstruir, de forma aproximada, la impronta en el suelo de los barrios de habitación de los siglos V y IV de otros sectores de la ciudad, a partir de la localización de pequeñas zonas industriales y artesanales, sobre todo cuando se trata de actividades incompatibles con el hábitat, como es el caso de los talleres metalúrgicos. Estas indicaciones, unidas a los resultados procedentes de la identificación de las necrópolis entonces en actividad, nos ayudan a circunscribir el espacio consagrado en aquella época a la urbanización (fig. 72).

Se constata así que la ciudad primitiva robó muy poco terreno hacia el norte y hacia el oeste a las necrópolis más antiguas, salvo quizás en el sector de la colina llamada «de Juno». Es el caso del sector noreste, en la falda de los altos de Bordj Djedid, cerca del sitio romano de las termas de Antonino: allí, antiguas excavaciones encontraron, mezcladas entre sepulturas más antiguas, tumbas del siglo V, y algunas tal vez incluso del siglo IV (S. Lancel, 1990, pp. 24-25). Estas necrópolis más próximas a la ciudad de los vivos también aparecen rodeadas, en sus niveles más antiguos, aunque ya con su función funeraria original desvirtuada, por zonas artesanales que marcan claramente el límite de los barrios de habitación: es el caso, en el norte, de unos hornos de alfarero descubiertos hace tiempo por el padre Delattre y por Gauckler en la falda de las laderas de Dermech y de Douimès (puntos 6 y 7 en la fig. 72). En el oeste, en las laderas meridionales medias y bajas de la colina de Byrsa, y al borde de una necrópolis todavía en uso, el terreno está ocupado por intensos vestigios de talleres metalúrgicos que la misión francesa, en sus recientes excavaciones, pudo fechar entre finales del siglo V y finales del III (puntos 4 y 5 en la fig. 72). Hacia el sur, las instalaciones industriales constatadas son tales que no parece que en el periodo considerado (hasta mediados del siglo III) el hábitat llegara hasta el tofet, ni siquiera en la parte situada por encima de la línea de los 5 m, detrás de la zona lacustre litoral.

En este sector se han descubierto en los últimos años varias zonas de talleres metalúrgicos, con una cronología que baja a veces hasta finales del siglo III: un caso claro es un taller descubierto por los arqueólogos tunecinos (en el punto 2 de la fig. 72), y también el descubrimiento paralelo de vestigios evidentes de esa actividad por parte de los equipos norteamericano y británico en las inmediaciones del futuro puerto mercante y en el interior del islote circular del futuro puerto de guerra (puntos 3a y 3b en la fig. 72). Recordemos finalmente

que la excavación realizada hace mucho tiempo para emplazar los cimientos del laboratorio de biología marina entre las dos lagunas, lado mar, permitió reconocer en ese lugar un taller de cerámica (punto 8 en la fig. 72). Y Cintas se basó, justamente, en este horno de alfarero para negar la posible contemporaneidad de las dársenas de ambos puertos (P. Cintas, 1976, p. 206). Veremos más adelante que el argumento no era válido, al menos por lo que se refiere al último medio siglo de la Cartago independiente.

El desarrollo de las excavaciones actualmente en curso, cuyos resultados desconocemos en el momento de redactar este libro, confirmarán sin duda el gran esfuerzo de urbanización sistemática y la construcción de una red viaria coordinada emprendidas en aquella época en el centro de la ciudad, concretamente entre las colinas de Juno y de Byrsa y la línea costera. Fue en esta época, y muy posiblemente ya desde el siglo V, cuando los urbanistas cartagineses se esforzaron por armonizar los trazados que regirían a partir de entonces el desarrollo urbano de la ciudad, sobre todo adaptando la cuadrícula casi regular y ortogonal de la ciudad baja a las orientaciones «en abanico» de las laderas sur y este de la colina de Byrsa. El ágora, que algún día se encontrará, debía de desempeñar el papel de una «rótula». La muralla marítima descubierta por la misión alemana suministraba a este núcleo urbano central en plena expansión una fachada al mar evidentemente espectacular, incluso brillante, si recordamos que los enormes bloques de gres de El-Haouaria, rematados por cornisas moldeadas, iban revestidos de un fino estuco blanco que brillaba con el sol.

Limitada al sur por una zona de lagunas que, al este del tofet, impide discernir aún hoy con claridad las instalaciones portuarias, la ciudad de los Magónidas veía limitado su horizonte de expansión potencial hacia el norte y el noreste por un cinturón de necrópolis que apenas había cedido terreno desde la época arcaica. Los restos (cisternas y pavimentos) de hábitat descubiertos en la actual excavación del parque de las termas de Antonino sobre los niveles funerarios más antiguos, no parecen anteriores al siglo III, en la medida en que pueden fecharse (S. Lancel, 1990, pp. 28-29). Y veremos que en el sector de Saida (antiguamente llamado de Sainte-Monique) la zona funeraria que el padre Delattre llamó «necrópolis de los Rabs», prácticamente nunca dejó de estar en uso hasta los últimos días de la ciudad. En aquella época, para extenderse hacia el norte en dirección a los altos de Sidi-bou-Said, la ciudad de los vivos tuvo que franquear el ámbito de los muertos, a través de caminos bastante estrechos.

Es hacia esta parte que nos orienta el único texto que, para esta época, es susceptible de contrastación con los datos arqueológicos. Se trata del relato detallado que hace Diodoro Sículo (XX, 44) del golpe de estado fomentado en Cartago por un general llamado Bomílcar (= Bodmelqart) cuando, designado junto con otro jefe militar para asegurar la defensa de la ciudad contra la expedición de Agatocles en el 308, intentó hacerse con el poder. Diodoro nos muestra a Bomílcar pasando revista a sus tropas en un lugar llamado *Nea Polis* (la «ciudad nueva»), «situada a poca distancia de la vieja Cartago». Luego dividió a sus 4.500 soldados (o 1.500, según una variante de la tradición manuscri-

ta) en cinco columnas que se dirigieron por las calles de la ciudad vieja hacia el ágora. Pero allí se organizó la resistencia contra los «golpistas», y Bomílcar y los suyos fueron obligados a retirarse por «calles estrechas» hacia la «ciudad nueva», donde se atrincheraron en un «enclave elevado». Sin ser demasiado precisos, los datos topográficos del texto son unívocos: el lugar llamado *Nea Polis*, punto de partida y de repliegue de Bomílcar y sus hombres, indica un punto elevado respecto del ágora que, según descripciones relativas a una época algo posterior (Apiano, *Libyca*, 128), sabemos que estaba situado en la pequeña llanura litoral, al norte de los puertos; ese lugar tuvo que incluir asimismo espacios sin construir suficientes para el reagrupamiento y la maniobra de varios miles de hombres: en suma, una especie de suburbio con un hábitat todavía disperso.

Stéphane Gsell ya destacaba la concordancia de estos datos con «la región que se extiende al norte de la zona de los cementerios» (*HAAN*, t. II, pp. 14-15) y, más precisamente, con la actual «meseta del Odeón» y con los terrenos que desde allí suben hacia Sidi-bou-Said (S. Lancel, 1984, pp. 39-40). Independientemente de los problemas planteados por esta denominación de *Nea Polis* utilizada por Diodoro (recordemos que el nombre de Cartago [Qart Hadash] significa ya «ciudad nueva»), debe admitirse que hacia finales del siglo IV, como más tarde, el desarrollo urbano de la ciudad se materializó, entre otras cosas, mediante la formación de una «Villanueva-de-Cartago» más allá de la línea de las necrópolis, es decir, más allá del arco formado por los altos de Byrsa, los de Juno, las primeras laderas de la meseta del Odeón y de Bordj Djedid. Fue el inicio del vasto barrio suburbano que más tarde se conocería con el nombre de *Megara*: una verdadera ciudad, contigua —y en parte también rodeando— a la vieja, pero con un tipo de ocupación del suelo probablemente diferente y un tejido urbano menos denso (M. Sznycer, 1986, pp. 123-131).

La Cartago de las guerras púnicas (mediados del siglo III-146 a.C.)

La epigrafía púnica, esencialmente constituida por exvotos y por las inscripciones votivas del tofet, estereotipadas y secas, resulta, salvo raras excepciones, muy repetitiva y de escaso valor documental fuera del ámbito religioso. Una de estas excepciones es un texto de varias líneas grabado en una losa de caliza negra muy bella (fig. 73), descubierta hace un cuarto de siglo en Cartago en un estrato de relleno, en el pavimento de una casa de época romana tardía, lindante con la actual Avenida de la República. Lo cual significa que este texto se encontró desvinculado del contexto arqueológico al que hace alusión, y por lo tanto, el lugar en que se encontró no puede proporcionar ninguna pista para su interpretación.

Rota por el lado izquierdo, esta inscripción ha sido objeto de diversas lecturas. Citemos la traducción realizada por A. Dupont-Sommer:



FIGURA 73. La «inscripción urbanística» de la Avenida de la República, en Cartago. El texto está incompleto en el lado izquierdo.

> ... ha abierto y hecho esta calle, en dirección a la plaza de la Puerta Nueva que se encuentra en la [muralla meridional (?), el pueblo de Cartago, en el año] de los sufetes Safat y Adonibaal, en tiempos de la magistratura (?) de Adonibaal, hijo de Esmunhill hijo de B [... y de ... hijo de Bodmel]qart, hijo de Hannón y de sus colegas. [Fueron] propuestos para este trabajo: «Abdmelqart [hijo de ..., hijo de ..., en calidad de maestro de obras (?)]; Bodmelqart, hijo de Baalhannón, hijo de Bodmelqart, en calidad de ingeniero de caminos; Yehawwielon hermano [de Bodmelqart, en calidad de cantero (?)]. [Y trabajaron en esto todos] los mercaderes, los porteadores, los embaladores (?) que están en la llanura de la ciudad, los pesadores de monedas (?), y [aquellos] que no tienen nada [de dinero (?) ni de oro (?) y también] aquellos que sí tienen, los fundidores de oro, y los artesanos del vaso (?), y [el personal] de los talleres de horno, y los fabricantes de sándalos (?), [todos] juntos. Y [si alguien borra esta inscripción] nuestros contables lo castigarán con una multa de mil [siclos de] plata, además de (X) minas (?), [por el precio de la inscripción (?)] (A. Dupont-Sommer, 1968, pp. 116-133).

La gran cantidad de puntos de interrogación con los que el sabio semitista fue marcando su lectura muestra que el texto, ni aún entero, resultaría fácil de interpretar. Como mínimo retendremos que esa inscripción conmemora, al parecer, la realización de una gran obra municipal, concretamente la abertura de una calle, a menos que se trate, como alguien propuso, de una abertura de la muralla y de la construcción de una nueva puerta de la ciudad (M. Sznycer, 1978, p. 560). En todo caso, este texto confirma la distinción, ya implícita en el texto de Diodoro, entre una «ciudad baja» y una «ciudad alta», en la medida en que sitúa «en la llanura de la ciudad» las corporaciones y los gremios que, de forma a veces inesperada, contribuyeron a realizar esta obra. Además de las incertidumbres que subsisten acerca de la naturaleza de la obra en cuestión, el hecho de que la inscripción no se haya encontrado *in situ* limita mucho e incluso impide prácticamente toda especulación sobre su inserción topográfica. Pero algo sabemos de su objetivo, aún incierto —nueva calle o nueva puerta—

y de su cronología: fechada a partir de los sufetes que nos son también desconocidos, el texto sólo puede fecharse cronológicamente gracias a criterios paleográficos, probablemente en el siglo III. Se constata así que el único texto epigráfico relevante para el caso confirma al menos la información arqueológica, en la medida en que ésta subraya una importante actividad de expansión y de renovación urbanas en el último siglo de la Cartago púnica.

Todos los informes de las excavaciones recientes publicados hasta el momento coinciden en la idea de una importante aceleración del proceso de desarrollo de la ciudad en época de las guerras púnicas y una prosperidad que, paradójicamente, parece alcanzar su apogeo inmediatamente después de la segunda guerra contra Roma, pese a que su resultado fuera ruinoso para Cartago.

La planimetría que ahora podemos proponer para este periodo ilustra bien estos hechos, si bien debe añadirse que los vestigios de hábitat que presenta no son todos estrictamente contemporáneos: se trata de una imagen de la ciudad, todavía muy parcial e incompleta, a principios del siglo II (fig. 74). Añadamos que la frecuente imprecisión de las publicaciones antiguas no facilita la localización —que resulta a veces aproximativa— de los vestigios descubiertos ya de antiguo, ni mucho menos su trazado, que la planta sólo puede sugerir de forma aproximada. El azar de los hallazgos durante el periodo anterior a las últimas excavaciones programadas, por un lado, y la situación de las investigaciones en la zona central del sitio confiadas a las diferentes misiones durante la campaña internacional patrocinada por la Unesco, por otro, explican que sea sobre todo la llanura litoral, al norte de los puertos, la zona más beneficiada por este enriquecimiento del paisaje arqueológico: no hay que olvidar que, en el marco de esta campaña de salvaguarda del sitio, la ubicación de los distintos cortes vino muy determinada por la amenaza que suponía una urbanización galopante sobre el sitio. Pero, en el marco de la expansión urbana de la Cartago púnica tardía, es notoria la situación tan meridional —a unos 400 m al suroeste del tofet y a unos 300 m al sur de la «capilla Carton» (punto 2 en la fig. 74)— de los restos de hábitat tardío descubiertos frente al estadio del Kram durante las excavaciones de urgencia. Estos restos (punto 1 en la fig. 74) no se fechan con exactitud, pero su posición encima de un taller de tinte y la facies de todo el material asociado a estas estructuras permiten situarlos entre la segunda mitad del siglo III y principios del siglo II. Se trata, de acuerdo con en el estado actual de la investigación, de las estructuras no funerarias más meridionales jamás descubiertas hasta hoy (S. Lancel, 1984, p. 47).

Los ejes de desarrollo

En medio del centro urbano, y más concretamente a la altura de las colinas hoy llamadas de Byrsa y de Juno, y entre estas colinas y el mar, lo que caracteriza los trazados, o si se prefiere las opciones de la construcción de la red viaria, es el contraste entre un eje más o menos paralelo al litoral en las partes bajas del sitio —en la medida en que las estructuras descubiertas permiten adi-

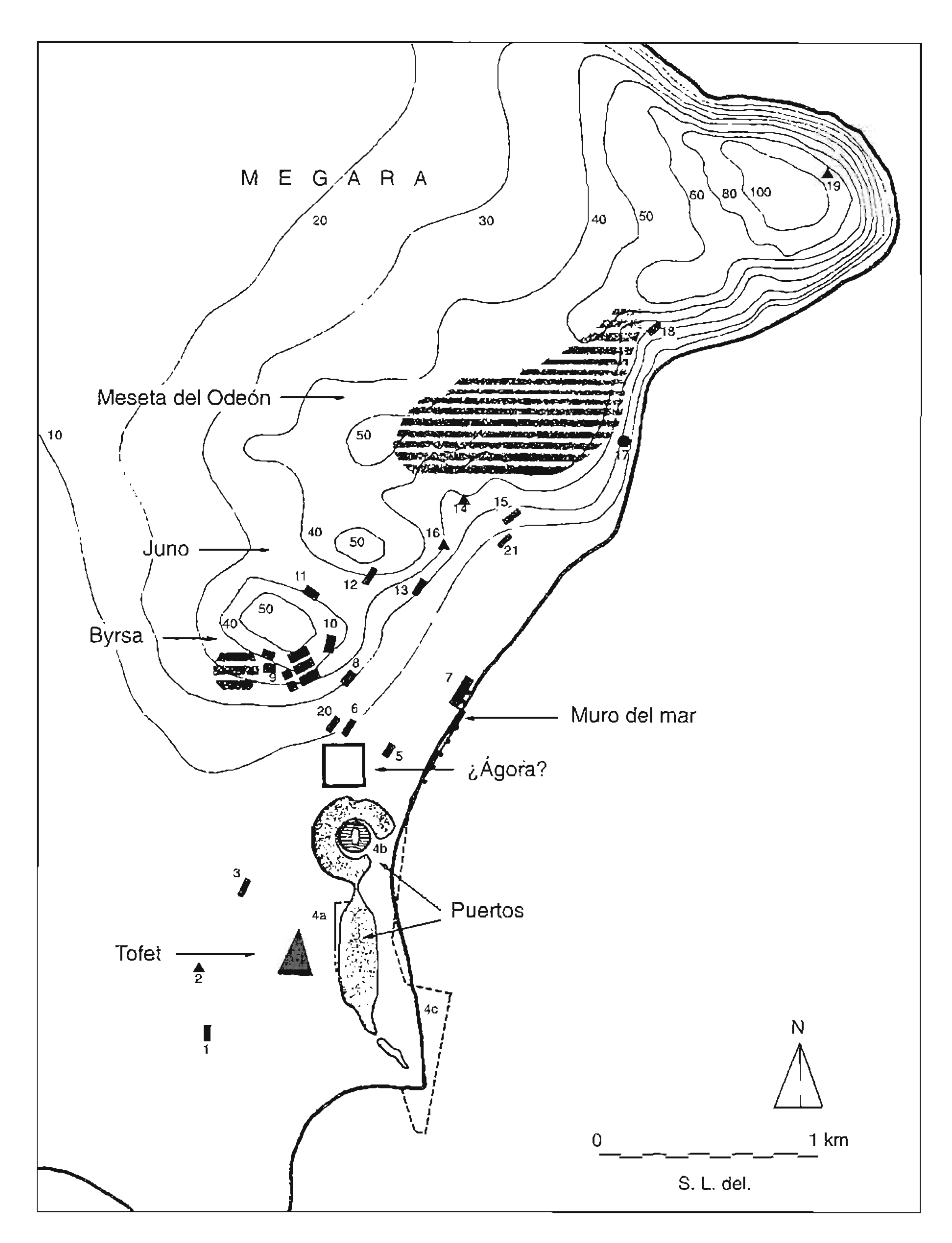


FIGURA 74. El sitio de Cartago (principios del siglo II a.C.). Los pequeños rectángulos negros reproducen el trazado de los restos de hábitat; los triángulos marcan el trazado que no se conoce: por ejemplo, la «capilla Carton», punto 2.

vinar su trazado— por un lado, y, por otro, un sistema poligonal o de trazados diversos siguiendo los accidentes del relieve de las laderas de las colinas, sobre todo en la vertiente sur, norte y noreste de la colina de Byrsa.

En la ciudad baja, y en cotas inferiores a la curva de los 20 m, se constata la generalización, con apenas diferencias angulares, de un trazado cuya atestación más firme son las estructuras de hábitat tardopúnico descubiertas bajo los estratos romanos en las excavaciones de la misión alemana cerca de la orilla (punto 7 en la fig. 74). Allí, los cimientos de los muros prerromanos, y un tramo de la calle que se prolonga en un eje noroeste-sureste desde el barrio hasta la muralla marítima, materializan un trazado utilizado por lo menos desde mediados del siglo III, y con seguridad, aunque de forma menos sistemática y menos precisa, desde la primera estructuración del barrio en el siglo V, tal como vimos anteriormente. Con una inclinación de 30° hacia el noreste, este es el trazado que adoptaron, y luego extendieron al conjunto del sitio urbano, los agrimensores romanos responsables de la urbanización en época de Augusto: en la excavación alemana, que ofrece una continuidad arqueológica sin fisuras, puede apreciarse que los ejes de los muros de época imperial romana se superponen a los ejes de los muros púnicos.

Otras estructuras halladas recientemente en el mismo sector repiten este mismo trazado, ya sea de forma casi exacta en las partes bajas (es el caso de un tramo de muro descubierto bajo los niveles de época paleocristiana en la Avenida Bourguiba: punto 6 en la fig. 74), ya sea con alguna ligera desviación hacia la cota de los 20 m, caso de una cisterna descubierta durante una prospección cerca de la vía del TGM, más abajo de la actual calle Kennedy (punto 8d en la fig. 75). Pero aquí, en la falda de la ladera sureste de la colina de Byrsa, y casi en el eje del futuro trazado del *decumanus maximus* de la Cartago romana, el trazado púnico tiende a unirse con el que prevalece en la llanura. En cambio, la imprecisión de las publicaciones, y sobre todo la ausencia de planos de situación, impiden mayor exactitud en la orientación de los vestigios descubiertos hace mucho más tiempo: es el caso, por ejemplo, de la estructura de hábitat tardopúnica descubierta en el «terreno Clariond» (punto 5 de la fig. 74), o de las estructuras halladas por Cintas en la falda de la ladera este de la colina de Juno, cerca de la estación de Cartago (punto 13 de la fig. 74). Esta incertidumbre intrínseca a las viejas prospecciones no permite afirmar que una urbanización regular y perfectamente uniforme estructurara toda esta zona del sitio urbano desde el siglo III, o incluso desde el siglo V. Pero las correcciones de ángulo y las reorientaciones que se constatan a partir del siglo V o IV en las remodelaciones de un mismo edificio o de un conjunto de edificios muestran que se tendió a generalizar en la zona baja el trazado que se documenta claramente en las excavaciones alemanas a la orilla del mar (H. G. Niemeyer, 1990, p. 51).

Entre las constataciones recientes que cabe avanzar, no sin cierto riesgo, a partir de la orientación de las cisternas de planta alargada situadas bajo las casas (cuando son contemporáneas de los muros, aparecen cavadas en su eje, aunque también pudieron reutilizarse en un edificio posterior), algunas se per-

miten cierta libertad respecto de este trazado privilegiado. Si el eje de la casa del «terreno Clariond» parece presentar unos 15° de divergencia, lo mismo ocurre un poco más arriba, donde las cisternas púnicas encontradas bajo los edificios de época tardorromana, llamadas «casas de los aurigas griegos» y excavadas por el segundo equipo norteamericano, muestran una divergencia prácticamente similar (punto 20 de la fig. 74). Al norte de la pequeña llanura, en el antiguo complejo funerario arcaico de Dermech, ahora en el interior del parque arqueológico de las termas de Antonino, el trazado de las cisternas de las casas tardopúnicas encontradas por Gauckler en sus excavaciones de Ancona y Ben Attar aparece muy libre y diverso (punto 21 en la fig. 74). Finalmente, algo más al norte del terreno Ben Attar, Saumagne descubrió bajo los estratos romanos de la «casa del Pavón» una cisterna larga y estrecha, plenamente característica de los últimos tiempos púnicos, que presentaba respecto de la urbanización romana un ángulo de más de 20°, y cuyo eje marcaba, por lo tanto, una neta ruptura respecto de los trazados de la llanura litoral (punto 15 de la fig. 74) (S. Lancel, 1990, pp. 29-30).

Al menos podemos afirmar que este trazado paralelo a la línea litoral —un trazado bastante «natural»— fue predominante en la zona central de la ciudad púnica, sin problemas de relieve, por lo que fue posible materializarlo sin necesidad de grandes obras de nivelación ni de escaleras. La recuperación de este trazado (pero aplicado esta vez al conjunto del sitio urbano, colinas incluidas) por parte de los agrimensores romanos no significa necesariamente que éstos constataran este trazado regular, realizado como se dice en latín, *per strigas*, en el conjunto de la llanura litoral. Pero los urbanistas de la época de Augusto tuvieron que admitir las ventajas evidentes de este eje inclinado 30° hacia el noreste, aun cuando no siempre lo encontraran implantado de forma sistemática. Tuvieron que hacer suyo aquel espíritu de sistema, dado que para que pudiera prevalecer también en las laderas de las colinas no dudaron en emprender una auténtica remodelación de las partes altas del sitio, como se constata sobre todo en la colina de Byrsa.

La colina de Byrsa

Porque es evidente que en esas laderas los púnicos no llevaron a cabo el mismo esfuerzo urbanístico, pese a estar tan impregnados de cultura helenística, y en una época en que, en la cercana Sicilia por ejemplo, se generalizaban los trazados regulares y uniformes incluso allí donde el relieve natural imponía movimientos y nivelaciones de terreno importantes, como en Selinunte y en Solunto. Las recientes excavaciones de la misión francesa en la colina de Byrsa (fig. 75) han confirmado, precisando indicaciones de antiguas investigaciones, que en época tardopúnica prevalecieron las soluciones simples (en efecto, este sector no se urbanizó hasta principios del siglo II), basadas en el modelo natural de las laderas y las curvas de nivel. Con lo que surge un sistema poligonal con pequeños barrios caracterizados por trazados ortogonales, con cambios de

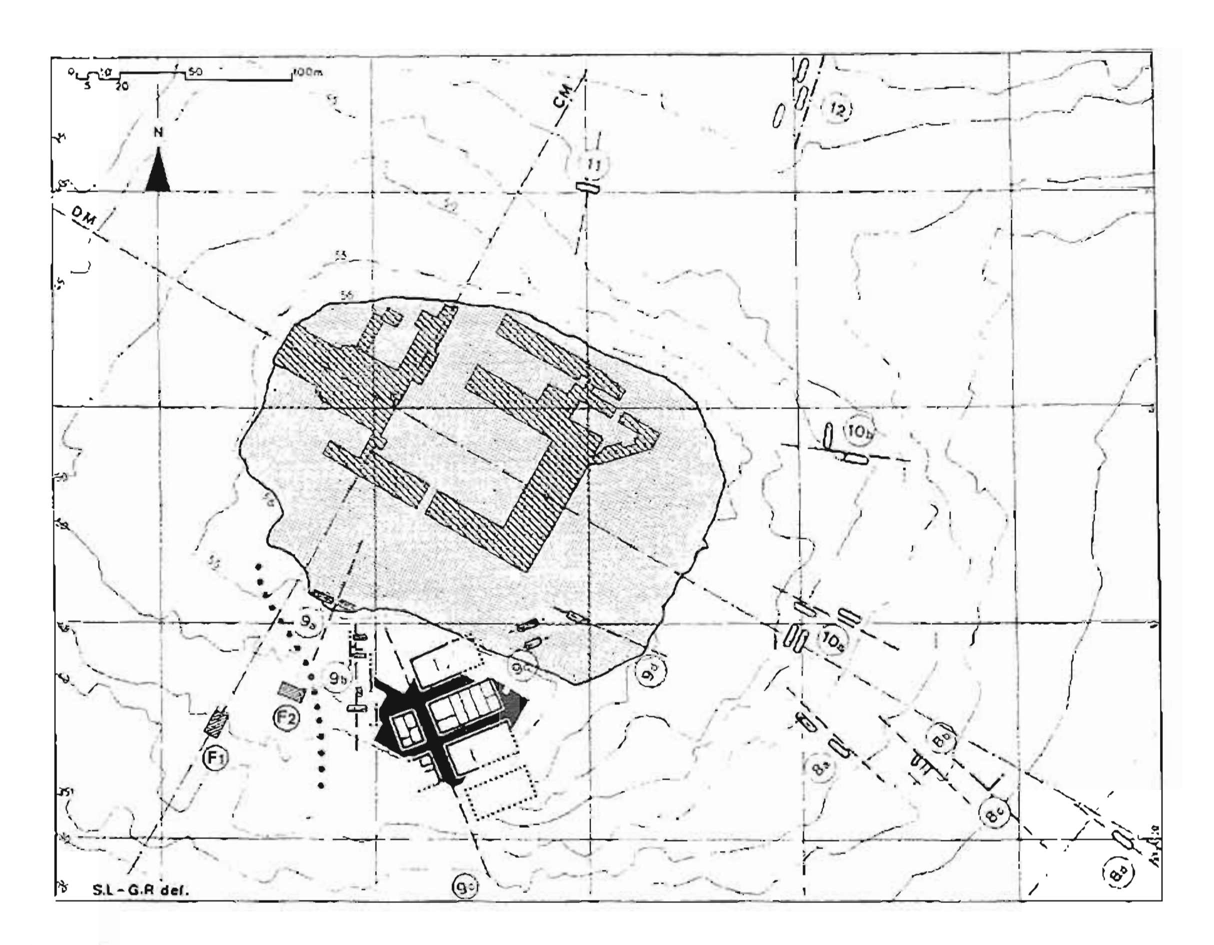


FIGURA 75. Vestigios púnicos de la colina de Byrsa y sus alrededores. Al suroeste (a la izquierda) F1 y F2 son yacimientos funerarios (las «fosas comunes» excavadas por el padre Delattre). Excepto el «barrio de Aníbal» (trazado 9c) excavado por la misión francesa, los vestigios de hábitat se limitan a cisternas y a veces a tramos de muro que indican posibles trazados. La zona en gris es la de la meseta de la cima, arrasada en época romana, lo que no permite conocer la situación arqueológica en época púnica.

eje entre un lugar y otro, y con diferencias angulares entre barrios muy similares, equivalentes a unos 20 grados.

Y como la exploración de estas laderas no está completada, sigue sin conocerse la realidad de los estratos púnicos en las laderas oeste y noroeste, pero por las antiguas excavaciones realizadas en la ladera suroeste (por el padre Delattre a finales del siglo pasado) sabemos que una parte de esta ladera se siguió utilizando como necrópolis prácticamente hasta la destrucción de la ciudad en el año 146. Más adelante, al referirnos a la caída de Cartago, volveremos sobre las dos grandes «fosas comunes» descubiertas por el padre Delattre a varias decenas de metros al oeste del barrio de habitación de la ladera sur (F1 y F2 en la fig. 75), donde se encontraron cientos de esqueletos de las víctimas de los últimos días del asedio.

En cambio, conocemos bastante bien la situación de los estratos tardopúnicos al este del futuro trazado del *cardo maximus* romano, a unos 180°, hasta el paso que separa las colinas de Byrsa y Juno. En las recientes excavaciones arqueológicas francesas se descubrieron tres trazados distintos, 9a, 9b y 9c, for-

mados por los ejes de las cisternas, por los muros y, sobre todo en el caso del trazado 9c, por calles y varios bloques de casas (fig. 75). En la ladera este, 8a es el eje formado por dos cisternas encontradas hace unos diez años por la misión sueca, justo debajo del hotel de la Reina Dido. Los trazados 8b y 8c, que aparecen idénticos y, como el 8a, inclinados 45° hacia el este, vienen determinados, de un lado, por las estructuras tardopúnicas (finales del siglo III-principios del siglo II) de gran interés descubiertas durante una excavación de urgencia en la calle Astarté (F. Chelbi, 1984, pp. 21-33), y, de otro, por una prospección más limitada realizada en algunas fachadas del mismo sector, pero algo más abajo, en la calle Kennedy. Siguiendo hacia el noreste, en una cota algo superior, 10a y 10b son los dos ejes materializados por las cisternas y las estructuras de los muros descubiertas hace tiempo por Saumagne en este sector (cf. S. Lancel, 1979, pp. 35-38). Por último, en el paso que separa ambas colinas, al norte-noreste, el trazado 11 se puso de manifiesto a partir del hallazgo de una cisterna tardopúnica durante las excavaciones de la misión arqueológica sueca (1980).

Como dijimos anteriormente en relación con la llanura litoral, cabe recordar que no todos estos trazados poseen el mismo grado de fiabilidad. Si bien la experiencia demuestra que en estas casas tardopúnicas las cisternas de planta rectangular alargada aparecen excavadas según uno de los dos ejes de los muros, los trazados basados sólo en la planta de una cisterna no pueden considerarse definitivos: es el caso de los ejes 9a, al suroeste, y del 11, en el noreste. También una cisterna aislada puede parecer aberrante: es lo que ocurre con el eje 9d, marcado por una sola cisterna. Pero la mayoría de estos ejes aparecen suficientemente materializados para disipar cualquier duda sobre la realidad de una «urbanización de tipo radial». Pero entonces ¿qué ocurre con la cronología? ¿Hubo en la realización de este sistema poligonal una planificación, una coherencia, susceptible de ser confirmada por eventuales dataciones?

La respuesta a esta pregunta depende de la especialísima y penosa situación arqueológica de lo que se conoce, al parecer justificadamente, como la colina de Byrsa. Cuando más de un siglo después de la destrucción de la ciudad púnica, y a principios del reinado del emperador Augusto, se decidió fundar sobre el antiguo sitio urbano la *colonia Iulia concordia Carthago*, el futuro centro monumental de la colonia romana, se optó por una posición radical que borraría todo vestigio del pasado todavía en pie: se llevó a cabo una gigantesca nivelación del terreno —para nosotros una amputación casi inimaginable sin ayuda de nuestras potentes máquinas excavadoras— que supuso el arrasamiento de toda la cima de la colina en una superficie de entre tres y cuatro hectáreas (en gris en la fig. 75). Las tierras removidas, sin duda más de 100.000 m^3, se echaron colina abajo. Este primer terraplén, que se superponía a su vez a la capa de destrucción, se completó con otras aportaciones, tal como demostró durante la excavación la estratigrafía del talud. El conjunto así formado por el cúmulo de tierras quedó encerrado entre fuertes muros de contención que, en parte, todavía subsisten: los «ábsides de Beulé», delante del museo de Cartago, son los más representativos: sus extradoses, en semicírculo, contenían

eficazmente, a modo de presas, el peso de las tierras. Un terraplén de planta rectangular reemplazó así la cima de la colina original. De hecho, la implantación de conjuntos monumentales de gran extensión —basílica, foro, templos— requería una gran superficie plana y ortogonal orientada según los antiguos ejes de la urbanización de la nueva ciudad.

Las consecuencias arqueológicas de esta empresa son evidentes. Un espesor de tejido histórico del orden de cuatro a cinco metros —al menos en el centro de la zona decapitada— quedó reducido a la nada, y no existe ni la más remota posibilidad de volver a encontrar la más mínima huella de todo cuanto representó, según los textos, la fuerza de esta ciudadela de Byrsa: el recinto amurallado que la rodeaba y que la convertía en una especie de bastión inexpugnable; su alma, el templo de Eshmún; la famosa escalinata de sesenta escalones que llevaba hasta él, todo esto ha desaparecido; muros, suelos, los mismos cimientos. Todo lo más, en los márgenes de la zona arrasada, todavía pueden encontrarse algunos fondos de cisterna que datan de época helenística.

Otra de las consecuencias irremediables es el recurso obligado a hipótesis inverificables sobre el papel desempeñado por la colina en el asentamiento a lo largo de toda su historia, sobre todo en época arcaica, y su articulación con el resto del centro urbano, es decir, con la llanura litoral. Si nos atenemos a los datos proporcionados por las excavaciones, y al estado actual de la investigación, vemos que en las laderas, a excepción de la realidad funeraria, no puede confirmarse absolutamente nada sobre la época arcaica. Vimos que, a partir de principios del siglo VII, toda la ladera sur y suroeste estuvo ocupada por una necrópolis que, en su franja occidental, perduraría hasta los últimos días púnicos. En la ladera este, frente al mar, las tumbas descubiertas por Saumagne en los niveles profundos de sus excavaciones, cerca de la cota de los 45 m, son dudosas, y no ha podido descubrirse ninguna estructura no funeraria de época arcaica. De acuerdo con nuestros conocimientos, la situación apenas varía entre el siglo V y el III. Sólo en la vertiente sur varios talleres metalúrgicos ocupan una parte del terreno ganado a la necrópolis antes de ceder su sitio, a su vez, a un barrio de habitación a partir de principios del siglo II. Y, en la ladera este, los vestigios de hábitat encontrados (los trazados 8 y 10 de la fig. 75) no son muy anteriores. Por lo tanto, es evidente que las laderas que daban al mar se edificaron en época tardopúnica sobre trazados radiales, aunque no parece que este sistema poligonal tuviera precedente. No basta constatar la semejanza entre los trazados tardíos y el trazado suministrado por una pequeña fachada de época arcaica en un punto determinado, en la falda de la ladera sureste (8d de la fig. 75), para poder afirmar el origen arcaico de estos trazados radiales (F. Rakob, 1987, pp. 337-338). Pero aun cuando el descubrimiento de estos restos arcaicos, aún modestos, se practicara en la parte baja de la ladera este, en un eje privilegiado que se corresponderá más tarde casi perfectamente con el del *decumanus maximus* de la ciudad romana, no deja de resultar interesante: si se viera confirmado por otros hallazgos de restos de hábitat de la misma época en los niveles superiores de esta misma ladera, y en el mismo eje, podría significar que en época arcaica hubo al menos un pasillo de unión entre

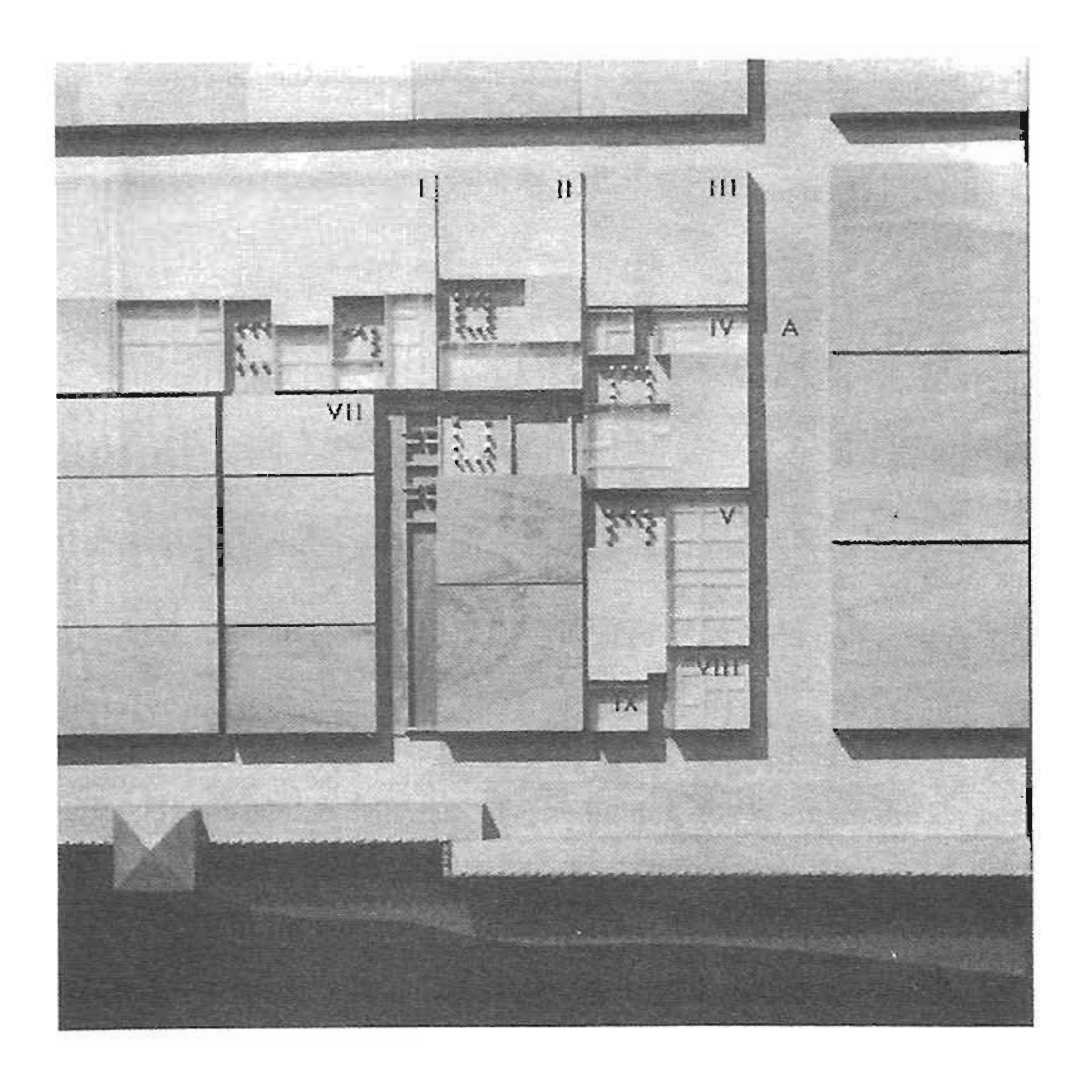
el casco más antiguo de la ciudad baja, actualmente bien documentado, y la cima de la colina, donde debió de estar situada la ciudadela, siempre a título de hipótesis, desde los primeros tiempos de la ciudad (S. Lancel, 1990, pp. 20-21). ¿Qué hacer, si no, con una ciudadela separada de la ciudad baja por un cinturón continuo de necrópolis?

URBANISMO Y ARQUITECTURA EN CARTAGO EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA CIUDAD PÚNICA

El enunciado del problema que acabamos de evocar nos da una idea de los progresos que quedan por hacer en el conocimiento arqueológico de Cartago. Pero este conocimiento se ha alimentado de logros muy importantes por lo que se refiere sobre todo al último medio siglo de la ciudad.

A orillas del mar, en el sitio de la excavación principal de la misión alemana, la fisonomía del barrio, cuyos primeros indicios datan del siglo V (*supra*, p. 131), se modifica notablemente. La monumental puerta marina abierta en la muralla del siglo V cambia su función y el nuevo trazado del muro marca un claro avance hacia el mar (fig. 76). La importante reserva de terreno que se extendía entre esta muralla y los espacios construidos en la misma época desaparece. En los terrenos ahora disponibles, a continuación de las antiguas unidades de habitación agrupadas según un tipo de urbanismo compacto, se construyen ahora viviendas mucho más ricas, de planta más holgada, y centradas sobre verdaderos peristilos (figs. 77 y 78). La decoración estucada y la variedad de los suelos con *pauimenta Punica* de todas clases están a la altura de este enriquecimiento del hábitat a partir de finales del siglo III, al que sin duda debió de corresponder una evolución sociológica del barrio de la que por desgracia no tenemos ninguna información.

Pero en el ámbito de la arquitectura doméstica, las condiciones arqueológicas del sitio permiten conocer mejor y con mayor detalle no ya este barrio «patricio» acomodado, sino el hábitat agrupado en *insulae* de la ladera sur de la colina de Byrsa. En efecto, la operación de arrasamiento realizada en la época de Augusto, que destruyó la cima de la colina, «salvó» las laderas, dado que la capa formada por aquel espeso terraplén protegió los vestigios que sobrevivieron a la destrucción del 146. Las estructuras púnicas subyacentes puestas de relieve por las excavaciones, al no quedar afectadas por los enormes y profundos fundamentos romanos, muestran todavía (fig. 79) alzados que pueden llegar a alcanzar hasta tres metros de altura. De ahí que hace unos años unos periodistas sensacionalistas dijeran que la misión francesa que entonces excavaba estaba demostrando que, pese a las maldiciones del viejo Catón, ¡los romanos no habían destruido Cartago! Lo cierto es que tras incendiar la ciudad, no procedieron a arrasar los escombros, ni a pasar el arado, ni a tirar sal, a pesar de un mito tenaz muy reciente.



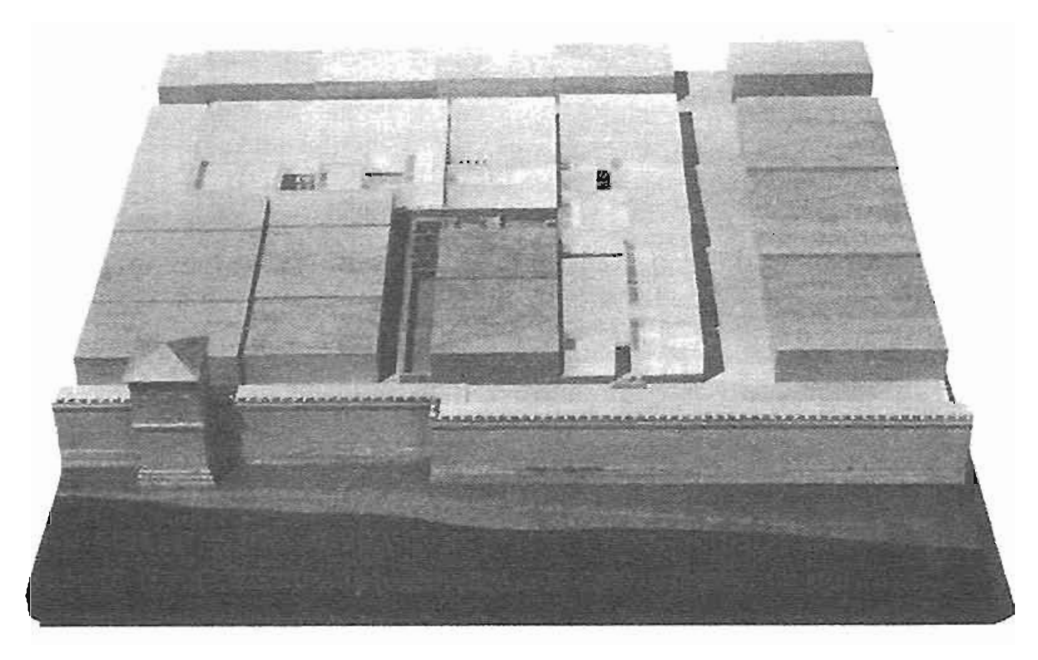


FIGURA 76. El barrio marítimo en la primera mitad del siglo II. La monumental puerta de mar ha desaparecido. La búsqueda de zona habitable viene reflejada por el espacio ganado al mar por la muralla y las edificaciones en los espacios antes libres. Destacan las plantas de las casas, ahora más amplias y holgadas con peristilos.

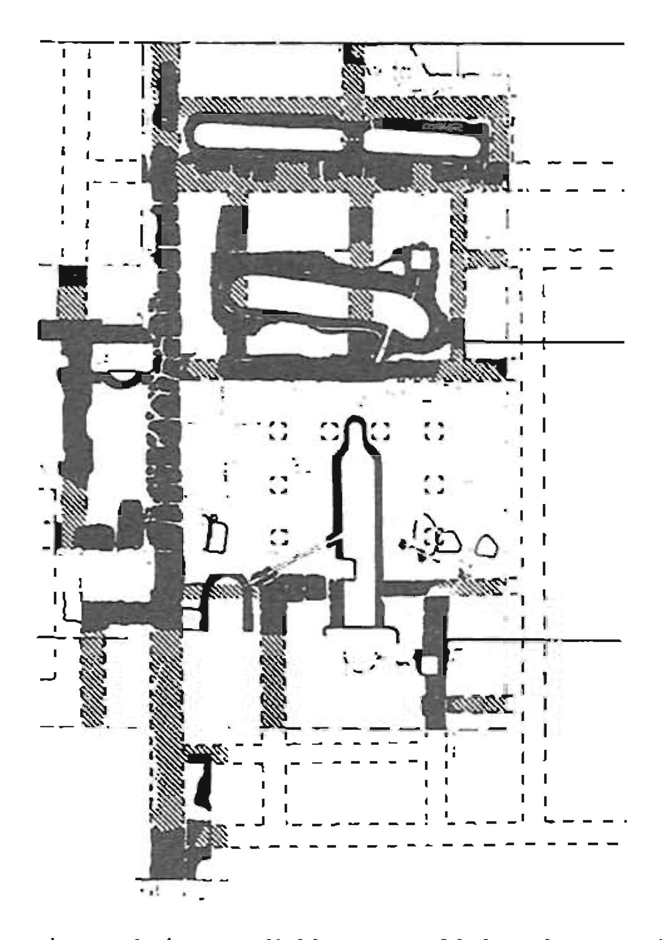


FIGURA 77. Excavaciones de la expedición arqueológica alemana: la «casa IV», situación de las estructuras púnicas tras la excavación.

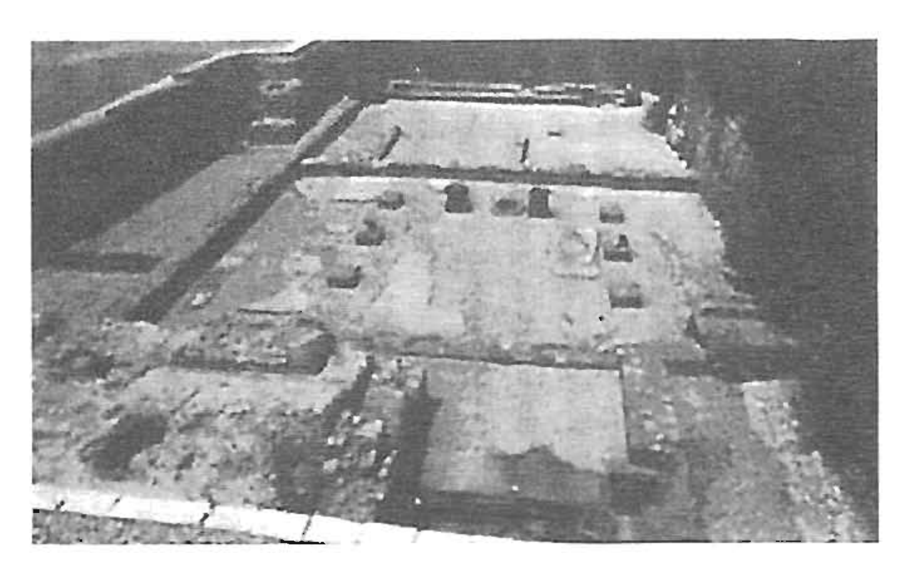


FIGURA 78. La «casa IV», tal como era a principios del siglo II a.C., reconstruida al nivel de los suelos.

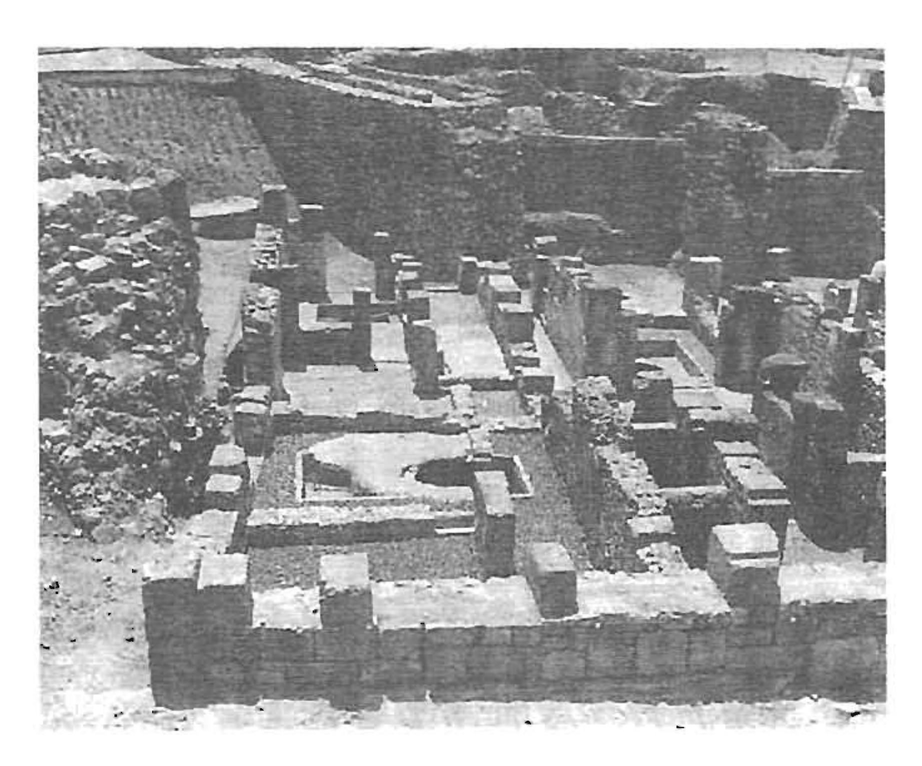


FIGURA 79. Barrio púnico de Byrsa. El extremo norte de la «manzana C» por debajo de los cimientos de época romana.

EL «BARRIO DE ANÍBAL» EN LA LADERA SUR DE BYRSA

La excavación ha permitido descubrir las huellas de la historia, breve pero rica, del conjunto del barrio tardopúnico de la ladera sur de Byrsa. En los años cincuenta, algunos de sus elementos, excavados demasiado parcialmente por el padre Ferron y su arquitecto M. Pinard como para permitir la reconstrucción coherente de su planta general, sufrieron un error de datación. Entonces se creyó ver una coincidencia (sólo verdadera a medias) entre los trazados de algunos muros y los ejes referenciales de la urbanización realizada en tiempo de los Gracos (en el 122 a.n.e.), cuando se fundó la pequeña y efímera *colonia Iunonia Carthago*, en el límite del perímetro urbano maldito de la Cartago púnica. Parece que se encontraron vestigios de esta centuriación en los límites de la ciudad, en las inmediaciones de lo que más tarde sería el circo romano (Ch. Saumagne, 1928-1929, pp. 648-664). De ahí a fechar en la época de los Gracos los restos de idéntico trazado de la ladera sur de Byrsa no había más que un paso, que se dio con excesiva rapidez. En efecto, todo cuanto se había excavado en los años cincuenta hacía clara referencia no a finales del siglo II a.C., sino a la época púnica tardía, cuya impronta cultural resultaba evidente no sólo en la tipología de los muros y los pavimentos (*los pauimenta Punica*), sino también en todo el material recogido a nivel del suelo, sobre todo monedas y cerámicas.

Las excavaciones recientes han permitido afinar una cronología que, desde entonces, no parecía albergar dudas. Todos los sondeos realizados bajo el sue-



FIGURA 80. Sello de ánfora de Rodas con el nombre (*Nysios*) de un comerciante, hacia el 180 a.C.

lo han proporcionado cerámica de pasta ocre y barniz negro liso, que los especialistas llaman *campaniense A*, y que no pudo llegar a Cartago antes de principios del siglo II o muy a finales del siglo III como mucho, cuando Aníbal volvió con los restos de su ejército de su fabulosa aventura italiana. Y esta misma cerámica, con su barniz de brillo casi siempre azulado y «metálico» tan característico, es la que encontramos profusamente en el pavimento de las casas y en los vertederos de las calles. Los sellos de las ánforas rodias aportan confirmaciones cronológicas mucho más interesantes que los bronces de acuñación púnica, por desgracia de datación incierta (fig. 80); fechados de forma bastante precisa, los sellos de estas ánforas que llevaban a Cartago el vino de la isla de Rodas, en el otro extremo del Mediterráneo, confirman que estas *insulae* o manzanas de habitación se levantaron ya entrado el siglo II, y que se habitaron tan sólo durante una cincuentena de años, entre la última magistratura de Aníbal, como sufete de 196-195, y la destrucción de la ciudad.

Esta evocación de la última magistratura de Aníbal antes de su exilio forzoso no se inspira sólo en la coincidencia cronológica. Vimos que estas *insulae* no tienen precedente en la ladera sur de Byrsa, pese a estar tan bien expuesta y tan bien situada frente a los puertos y al lago de Túnez. Y en los primeros años del siglo II este barrio nuevo aparece como el producto de un urbanismo concertado, marcado —como veremos al examinar la planta general y su distribución— por un deseo evidente de estandarización (fig. 81). A menudo repetitivos, y de dimensiones modestas, pero cuidados en su realización, los planos de parcelación parecen responder a la necesidad de albergar a una población homogénea, unas categorías sociales que nos sentimos tentados a identificar con funcionarios, oficiales y sacerdotes.

Estos bloques o manzanas aparecen separados y comunicados entre sí por calles cortadas en ángulo recto y presentan el ancho medio de las vías urbanas de las grandes ciudades de la época helenística, entre cinco y siete metros. Pero, a diferencia de lo que vemos en ciudades mediterráneas similares, como en Sicilia por ejemplo, no son calles empedradas, sino simples calzadas de tierra ba-

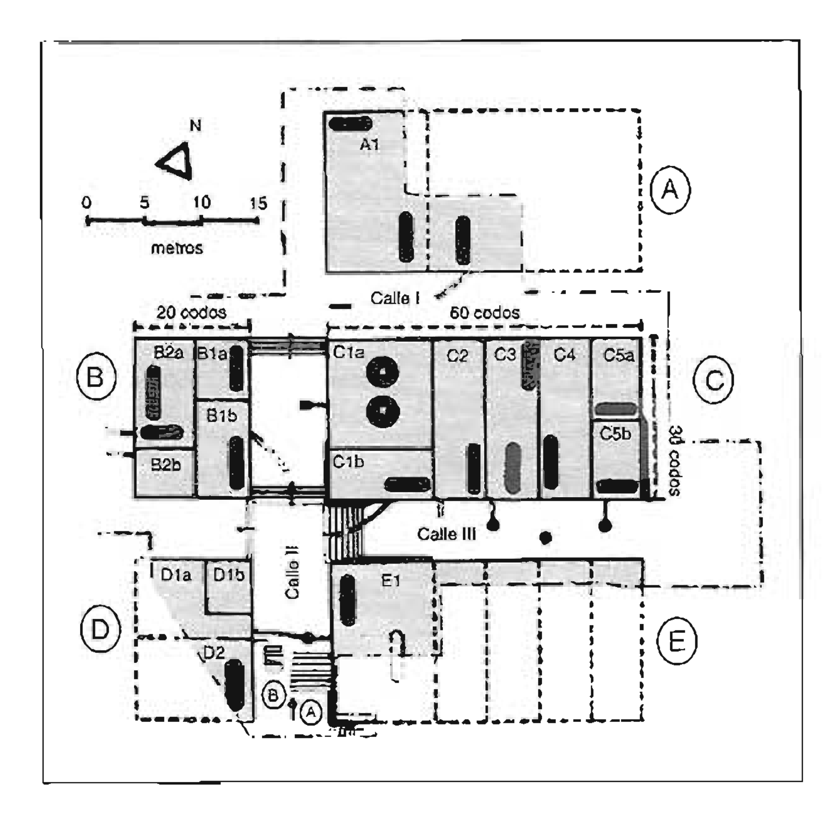


FIGURA 81. El barrio tardopúnico de la ladera sur de Byrsa. Esquema de la red viaria y de la distribución. Los puntos negros en las calles marcan la localización de los pozos negros que recogían las aguas residuales.

tida que requerían refecciones frecuentes. A falta de alcantarillado axial, las aguas residuales se recogían en sumideros o pozos negros excavados en la arena o en la tierra del suelo natural por debajo del nivel de la calle, con paredes revestidas por un aparejo de pequeñas piedras. Una canalización casi siempre hecha someramente con bases de ánfora encajadas unas con otras unía estos sumideros al pequeño conducto de aguas residuales en el eje de cada pasillo de entrada. Se trataba, pues, de un sistema de alcantarilla individual: se ha descubierto una media docena de estos pozos negros en las calles II y III de este barrio. Por lo que se refiere al agua de lluvia, se deslizaba por la superficie apisonada de las calzadas y solía recogerse al final en una depresión central, una especie de conducto que se formaba naturalmente en el eje de la calle.

Sin alcantarillado ni empedrado, estas calles de la ladera sur de Byrsa se veían animadas de vez en cuando por tramos de escalones y escaleras en función de los fuertes desniveles, dado que la pendiente media de estas calles, sobre todo la calle II, siguiendo el trazado de un eje noroeste-sureste, podía alcanzar hasta un 15 por 100. Se trataba, por consiguiente, de calles peatonales, inadecuadas para los carros, pero no necesariamente prohibidas a las bestias de carga. En el cruce de las calles II y III, los peldaños ascendentes convertían este cruce en una especie de plazoleta, abierta en sentido descendente, es decir, hacia el barrio portuario. La excavación descubrió que esta pequeña plaza pudo constituir, en las últimas décadas de la ciudad púnica, un centro animado de la vida pública: junto al primer escalón de la calle II hubo un tenderete-taller

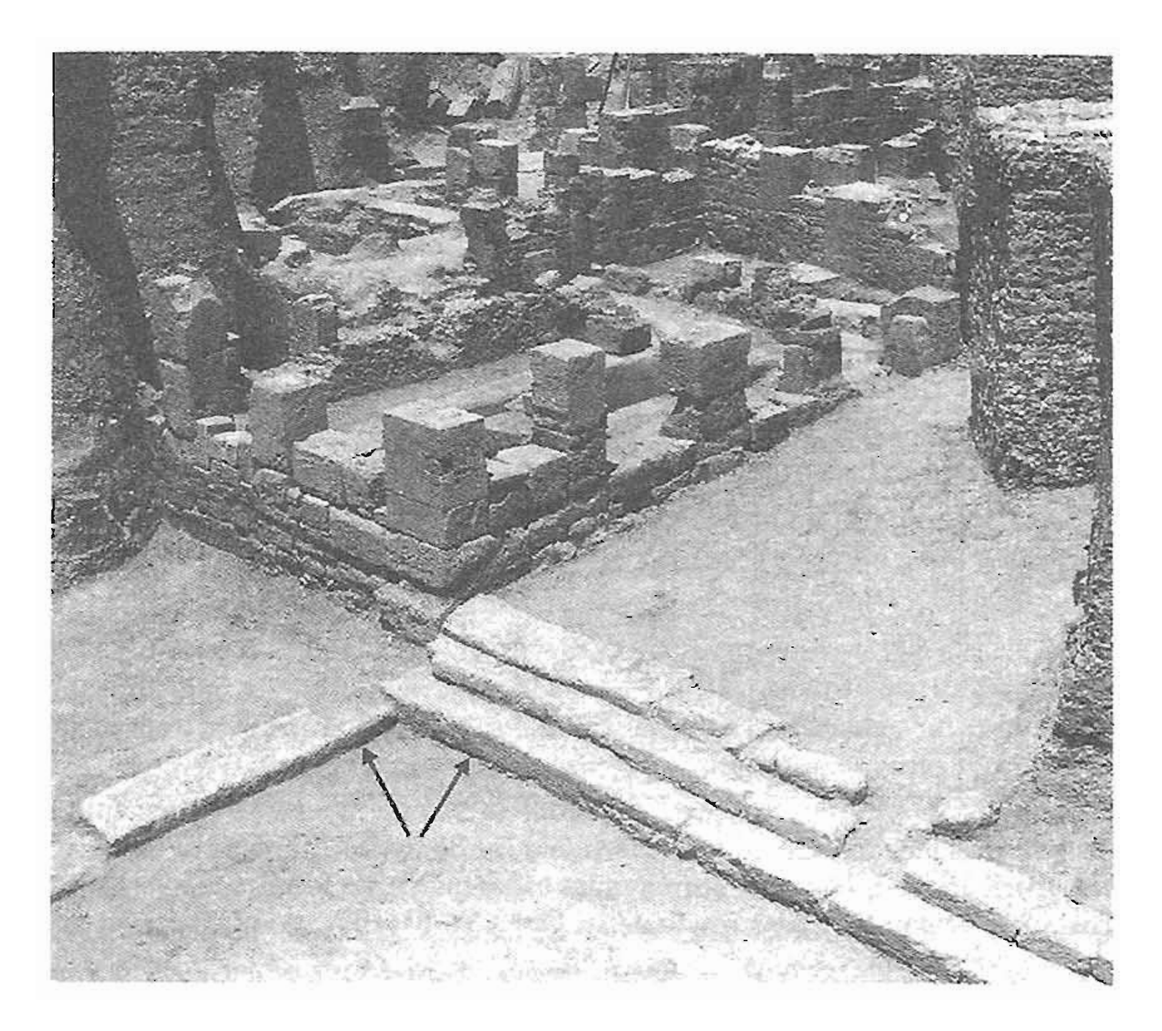


FIGURA 82. Esquina oeste del cruce de las calles II y III. En esta esquina de la plazoleta central del barrio la excavación descubrió el puesto de un orfebre. Los dos escalones señalados con flechas estaban tapados por la elevación de la calzada en el 146.

al aire libre de un orfebre que utilizaba la cornalina, la obsidiana y el coral como materias primas (fig. 82). Pero estas calles, además de «zocos», eran calles-vertederos, y los escalones de este cruce no escaparon tampoco al aumento del nivel de la progresiva acumulación de desechos públicos; ese primer peldaño mencionado ya no era visible en los últimos años que precedieron a la destrucción del 146. Pero esta situación, puesta de manifiesto por la excavación, es sin duda imputable a las dificultades de la ciudad durante los tres años (149-146) que duró el asedio: ¡gracias a ellos conocemos bien los tipos de vajilla utilizados aquellos años por las familias cartaginesas! En tiempos normales, Cartago debió de disponer de un servicio municipal de recogida de basuras domésticas, sus *koprologoi*, exactamente igual que otras ciudades del mundo antiguo, entre ellas Atenas.

La pendiente se acentuaba sobre todo en sentido descendente del cruce y había que acondicionarla. Este fue el papel de una escalera de varios peldaños entre las manzanas D y E, que incorporaba una especie de cuneta en el medio, cavada en la calzada, que hacía las veces de alcantarilla central. Vistos de cerca, los dos tramos de escaleras no son iguales. Del lado de la manzana E, su-

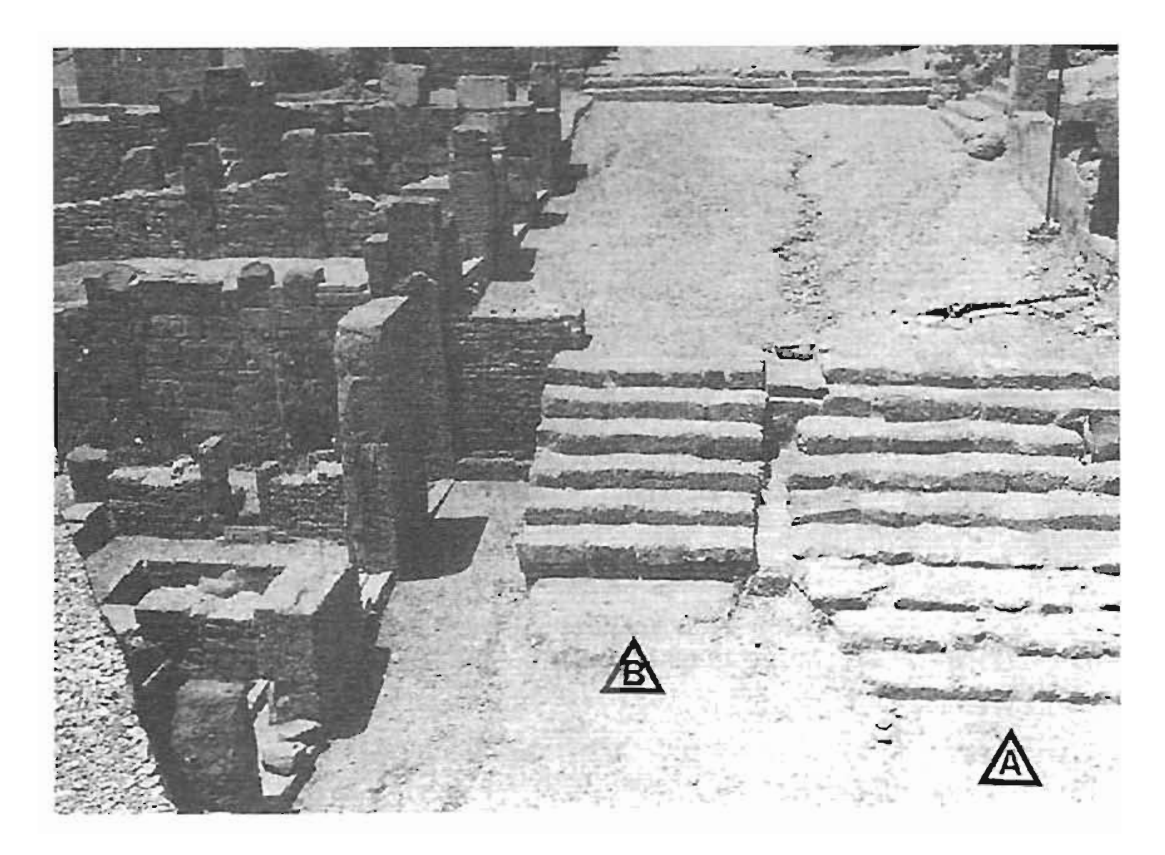


FIGURA 83. Las dos escaleras A y B en la calle II, entre las manzanas D, a la izquierda, y E, a la derecha.

biendo a la derecha, la primera escalera (la llamaremos escalera A) tiene ocho peldaños más bien bajos y muy gastados (fig. 83). A la izquierda, del lado de la manzana D, la escalera B parece a primera vista simétrica, pero en realidad es muy diferente, tanto en el perfil de sus peldaños, estrechos y altos, como en el grado de desgaste, mucho menor que el de la escalera A. Añadamos que estos peldaños no están alineados y que unos no son prolongación de los otros. Tampoco el número es el mismo en un tramo y otro: por ocho peldaños de la escalera A, la B tiene seis. De hecho, ambos tramos de escalera son claramente distintos y sin relación entre sí: la escalera B, más reciente —y de hecho mejor conservada— es un acondicionamiento de la vía pública asociado a la construcción de la manzana D durante una última fase de urbanización del sector.

Estos comentarios, confirmados por otras observaciones (relativas sobre todo a la distribución de las manzanas, que analizaremos enseguida), permiten proponer una gradación cronológica para la construcción del barrio en su conjunto. En una primera fase, en los primeros años del siglo II, se levantaron las manzanas A, C y E, separadas y comunicadas por las calles I, III y V. A continuación viene una etapa de acondicionamiento sin nuevas construcciones: las manzanas, especialmente la manzana C, incorporan en la parte baja de sus fachadas gruesos burletes con la función probable de proteger las fachadas contra la acción de las aguas de arroyada en estas calles tan inclinadas (fig. 84): las mismas estructuras se han observado en las excavaciones norteamericanas de un sitio púnico del siglo III en Morgantina, Sicilia, y, cosa curiosa, estos mismos burletes con-

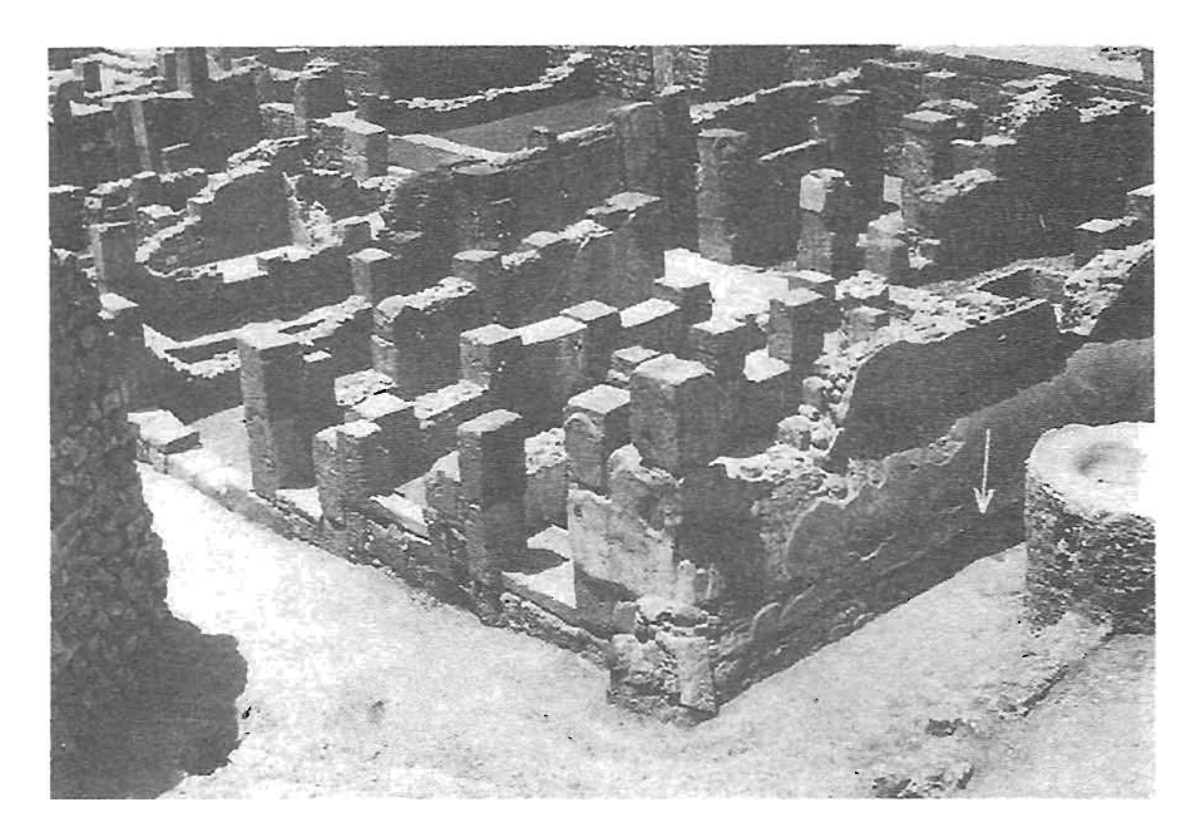


FIGURA 84. La esquina noroeste de la manzana C. La flecha muestra el nivel de la última obra de revoque del burlete.

tinúan protegiendo todavía hoy los bajos de las paredes de las casas de Sidi-bou-Said. En una tercera fase se organiza la red viaria basándose en tramos de escalera para aliviar las pendientes, como es el caso, sobre todo, de los peldaños de la escalera A ya mencionada. Y finalmente, en una cuarta fase, la construcción de las manzanas B y D delimita lo que será ahora, en el eje perpendicular a las calles ya existentes, la calle II, la más larga del barrio, y también la más «monumental», con escaleras y peldaños que rítmicamente la configuran. Posiblemente fue también durante esta última etapa, hacia mediados de la primera mitad del siglo II, cuando se construyeron las estructuras, que la excavación en curso descubre en estado mucho más ruinoso y descompuesto, de los trazados 9a y 9b (cf. fig. 75, *supra*), que marcan el avance extremo occidental de este hábitat doméstico, a escasa distancia de lo que seguirá siendo hasta el final de la ciudad el ámbito de los muertos.

Acaso tanto como la difícil configuración del sitio por la inclinación del terreno, esta espaciación en el tiempo explique también las diferencias entre unas manzanas y otras puestas de relieve por la planta general. Estas diferencias son notables en el caso de las dos manzanas conservadas íntegramente, la B y la C. Esta última mide 15,65 m de ancho por 31 m de largo, lo que expresa una relación tan próxima al 1/2 que puede admitirse una relación consciente deseada por el arquitecto, con un mínimo margen de error en su ejecución. Si intentamos convertir estas medidas métricas a partir de una unidad de medida de utilización probable en aquella época, hay que tomar en consideración el «gran

codo», de un valor aproximado de 52 cm, observado con frecuencia en los sitios púnicos de Occidente. Entre los cálculos de conversión realizados sobre esta base, hay uno que merece especial atención: si optamos por un codo de 52,18 cm, el rectángulo de la manzana C se convierte en una superficie en planta de 30 por 60 codos, lo cual significa que para un valor de medida corriente en época púnica, la relación 1/2 constatada en el plano general se habría buscado conscientemente en base a 60 (cf. fig. 81, *supra*). Este resultado difícilmente puede ser fortuito, ya que sabemos que en países semitas el sistema sexagesimal de medida, de origen babilónico (todavía vigente para medir el tiempo —los minutos y los segundos—, y los ángulos —los grados—), era de uso corriente: se lee, por ejemplo, en la Biblia (I Reyes, 6, 2) que el templo del rey Salomón medía 60 codos de largo por 30 codos de alto y 20 de ancho. Y veremos que este tipo de valores aparecen asimismo en los textos relativos a las dimensiones de las murallas de la ciudad. Incluso en una Cartago profundamente helenizada en esa época, pero también fiel, en muchos aspectos, a su cultura de origen, no resulta sorprendente que el arquitecto púnico recurriera a este sistema sexagesimal para realizar sus planos.

La manzana B presenta una planta diferente: para una profundidad de 30 codos en el lado menor de la manzana C con la que se alinea, la anchura es igual a 20 codos. Por consiguiente en el barrio coexisten dos plantas distintas. La excavación puso de manifiesto que la realización de la planta rectangular en base a la relación 1/2 (manzanas A, C y E) es anterior a la de la planta más «compacta» (manzanas B y D) adoptada en una fase posterior por razones relacionadas tal vez con las dificultades naturales del sitio, es decir, con la inclinación del terreno.

La organización de las unidades de habitación

En el interior de las manzanas, las excavaciones han revelado si no una «planta tipo» de unidad de habitación, al menos una planta varias veces repetida en la manzana C con pocas variantes, que parece haberse escogido como «unidad de base». La ilustración más clara de esta planta la ofrece la unidad de habitación C4 (es decir, la casa 4 de la manzana C) (fig. 85). Esta planta consiste en la individualización de una parcela cuya profundidad es igual a la anchura de la manzana (o sea, 15,65 m o 30 codos) y su longitud igual a la sexta parte de la longitud de la manzana (31 m o 60 codos), o sea, 10 codos (unos 5,20 m). La superficie total, bastante modesta (unos 75 m^2), se ve en la práctica aún más mermada por las servidumbres de paso y de utilización del espacio, inevitables en una planta de tipo rectangular alargado, en base a una relación de 1/3. Es el caso del acceso desde la calle III, asegurado por un vestíbulo de 6 m de largo por 0,90 m de ancho, que conducía al patio interior. Este pasillo, cerrado a la calle por una puerta, también estaba cerrado al patio por claustros de madera, de modo que la intimidad de la casa quedaba bien protegida. El pavimento del pasillo, como el del patio, es de un tipo muy corriente: un

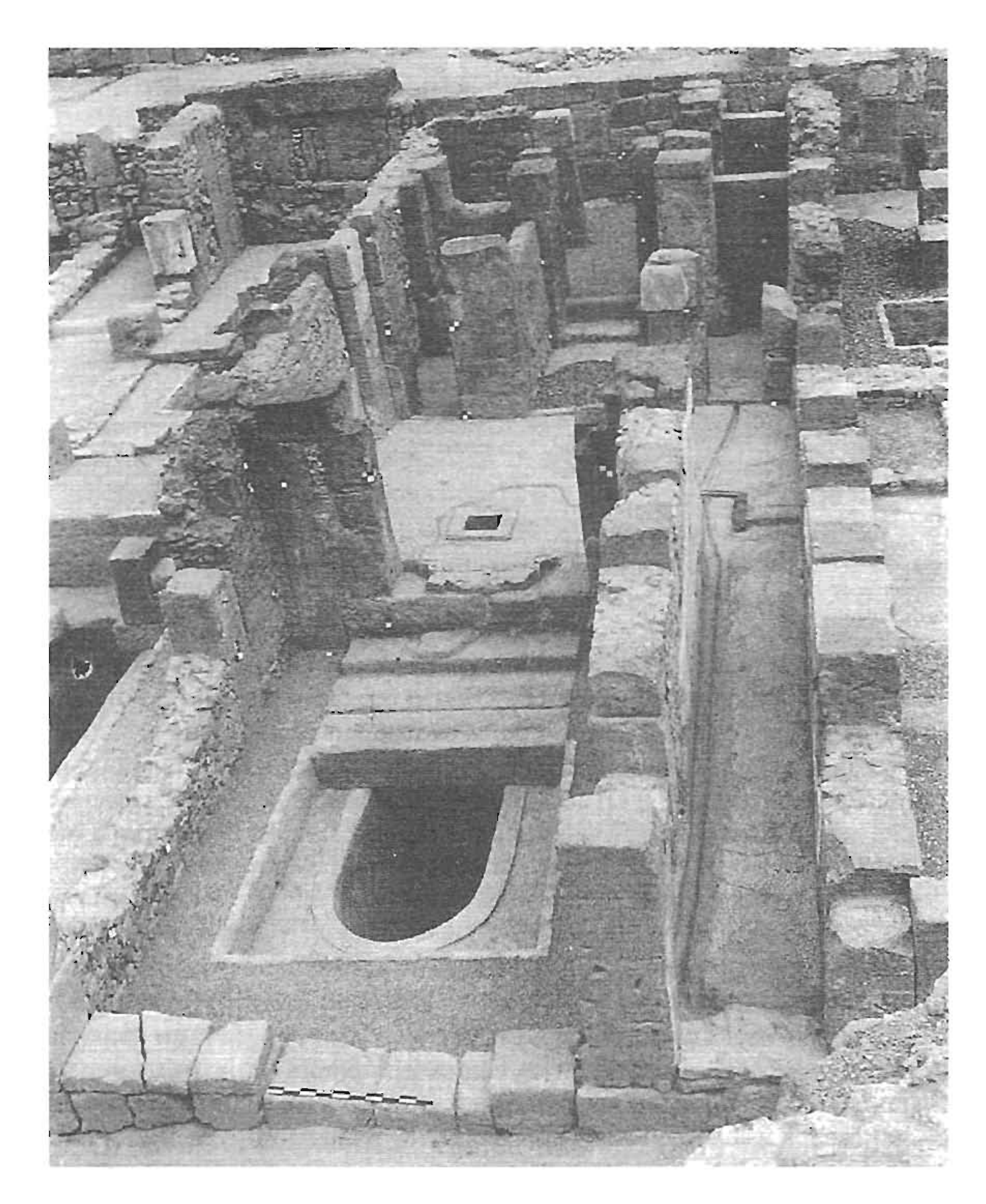


FIGURA 85. La casa 4 de la manzana C.

aglomerado a base de mortero gris con fragmentos de cerámica, por lo general de tonos verdosos y amarillentos, y decorado con polvo de mármol blanco. A lo largo del pasillo, una depresión cavada en el pavimento hacía las veces de conducto por donde se evacuaban las aguas residuales de la casa hacia el exterior, para verterse en uno de los sumideros acondicionados en la calzada.

El patio es a la vez fuente de luz (no hay que olvidar la cuestión de los pisos) y centro de esta pequeña unidad de habitación. Parece que en un primer momento estuvo flanqueado por un pórtico en uno de sus lados, cuando en

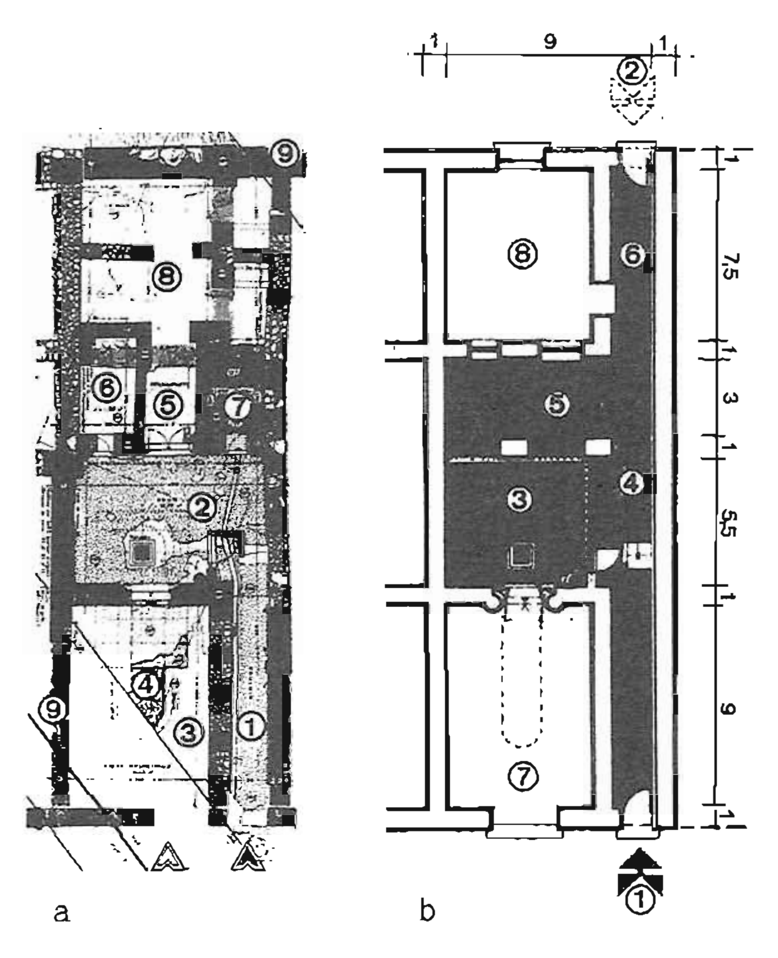


FIGURA 86. Barrio tardopúnico de la ladera sur de Byrsa. Casa 4 del islote C. A la izquierda, estado actual: 1, pasillo; 2, patio; 3, *oecus*; 4, cisterna; 5, pasadizo; 6, habitación; 7, sala de agua; 8, almacén; 9, impronta destructiva de los cimientos romanos. A la derecha, reconstrucción teórica: 1, acceso desde la calle III; 2, acceso desde la calle I; 3, patio; 4 y 6, escaleras (?); 5, pórtico; 7, *oecus*; 8, habitación que da a la calle I.

origen el pasillo de acceso discurría sin duda hasta el fondo de la casa, y abrigaba quizás uno o dos huecos de escalera (fig. 86). En un primer momento la casa habría dispuesto sólo de dos habitaciones, de medidas adecuadas (7 y 8 en la fig. 86b). La construcción de tabiques en los suelos originales y la superposición de pavimentos sugieren que en un segundo momento el espacio proporcionado del «pórtico» (5 en la fig. 86b) pudo dividirse en tres, para convertir una de las pequeñas habitaciones así obtenida con la prolongación del pasillo de acceso, en una sala de agua, como demuestran las señales de un conducto vertical de agua y la tubería de desagüe que sale de ella; el pavimento es un mosaico hecho con pequeños cuadrados de terracota recortada, una especialidad de este tipo de local que volvemos a encontrar en otros lugares (7 en la fig. 86a). Al fondo, tabiques levantados en los suelos de tierra batida configuran un pequeño conjunto de habitaciones cegadas, que pudieron servir de almacén o despensa (8 en la fig. 86a). Al otro lado, una habitación de dimensiones algo más generosas, con acceso al patio, pero quizás también a la calle III (las destrucciones causadas por los enormes cimientos romanos no permiten

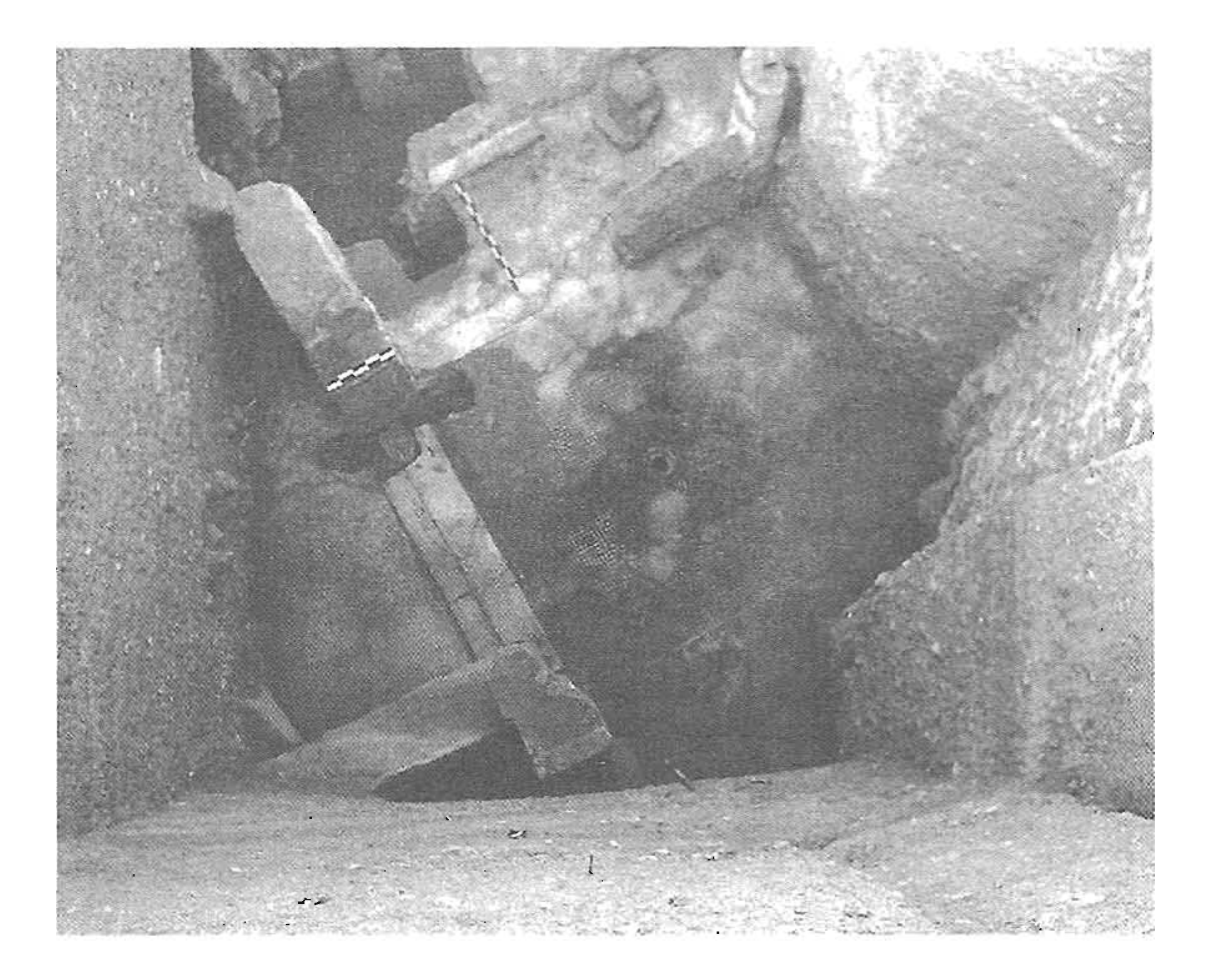


FIGURA 87. El patio central con mosaico de la casa E1. En el centro el orificio circular del *impluvium* de la cisterna subyacente y el ancho umbral del *oecus*.

ir más allá), pudo ser lo que se conoce como un *oecus*: un «salón», si se quiere; esta identificación en tanto que habitación de gala aparece justificada tanto por la calidad del amplio umbral de caliza, que la comunicaba con el patio a través de una puerta de dos batientes, como por la del pavimento del suelo, un mosaico de téseras de mármol blanco del que se conservan fragmentos.

Algunas unidades de habitación en los bajos de estas manzanas parecen trazadas según la planta de patio central: es concretamente el caso de las casas 2 y 3 de esta misma manzana C, aunque su planta resulte menos aparente, puesto que esta parte media de la manzana quedó muy destruida a raíz de la construcción posterior de las cimentaciones romanas, y la reconstrucción de su distribución interior entra más bien en el ámbito de las hipótesis. Un ejemplo claro de esta disposición se encuentra en la parte excavada de la manzana E, también devastada en sus tres cuartas partes por el espesor del terraplén romano, que allí alcanza unos diez metros de altura. Cuando la excavación se acabe, suministrará al final una hermosa unidad de habitación, tal vez la más bella y la mejor conservada de este barrio de Byrsa. Hoy sabemos ya que esta habitación se distribuye en torno a un patio central, que a su vez está rodeado en tres de sus lados por un pórtico cuya cubierta descansaba sobre columnas o pilastras de gres estucado (fig. 87). En medio del patio, provisto de un pavimento ador-

nado con un polvo regular de téseras de mármol blanco, se abre un pequeño *impluvium* circular que recogía las aguas de lluvia destinadas a la cisterna. Un ancho umbral de caliza blanca flanqueado por medias columnas entregadas en estuco blanco daba holgadamente a una sala de recepción (*oecus*) en gran parte todavía cubierta por el terraplén. En esta casa se ha descubierto asimismo, dando al vestíbulo, una sala de agua de pequeñas dimensiones, pero muy bien conservada, con su conducto vertical de agua que da a un conducto estucado, con sus hornacinas acondicionadas en la pared y con su mosaico típico hecho con pequeños dados de terracota.

Conviene insistir en las constataciones de esta disposición arquitectónica, puesto que antes de las recientes excavaciones de Byrsa y del sector de la misión alemana a la orilla del mar, no se admitía que este tipo de construcción con peristilo (más espaciosa en la llanura que en la ladera de la colina por falta de espacio) hubiera prevalecido en Cartago al igual que en la mayoría de las ciudades del mundo helenístico, como por ejemplo en Delos. Pero hay que añadir que en estos bloques de habitación de Byrsa esta planta con patio central coexiste con otros elementos de distribución. Por ejemplo, en uno de los extremos de la manzana C (lado oeste), la gran parcela C1 está de hecho subdividida en dos partes: por un lado, un pequeño habitáculo, C1b, que incluye cuatro pequeñas habitaciones a ambos lados de un pequeño pasillo de acceso que da a la calle III; y, por otro, un conjunto mayor de planta cruciforme (C1a) al que se accedía desde la calle II a través de un vestíbulo de entrada flanqueado por dos habitaciones que daban, a su vez, a la calle, pero sin comunicación con el resto de la casa, por lo que pueden considerarse como tiendas (figs. 88 y 89). Este último ejemplo destaca la escasa «habitabilidad» de estos locales que, salvo las dos tiendas, se utilizaron como salidas y como pasillos de circulación. ¿Se levantaron tantas paredes (y tan espesas: la medida habitual de las paredes maestras es un gran codo) y se cavaron tantas cisternas (de enorme capacidad: volveremos sobre ello) para unas posibilidades de habitación tan limitadas a nivel de la planta baja? Esto nos lleva a plantear el tema de los pisos.

Viene entonces a la memoria el famoso texto de Apiano (*Libyca*, 128) en que describe el avance de los soldados de Escipión Emiliano por tres calles, desde el ágora hacia la acrópolis, en la fase final del asedio, en la primavera del 146, y atacando una tras otra las casas de seis pisos. Más adelante, al hablar del final de la ciudad, volveremos sobre la pertinencia de este texto para la identificación de nuestro sector. Retengamos ahora la indicación de Apiano —cuya fuente era Polibio, un testigo ocular en calidad de amigo de Escipión Emiliano— relativa a la existencia en la Cartago de aquella época de casas (entendamos inmuebles colectivos, precisamente como los nuestros) de varios pisos, aunque la cifra de seis no debe tomarse al pie de la letra. Pero quien dice pisos dice escaleras para acceder a ellos: la excavación no ha dado con ninguna de ellas, ni en piedra ni en mampostería. Pero las plantas reconstruidas o descubiertas evidencian, en varias unidades de habitación, fondos de pasillo cuya única función plausible era la de contener huecos de escalera de madera, que naturalmente desaparecieron en el incendio que siguió a la toma de la ciudad.

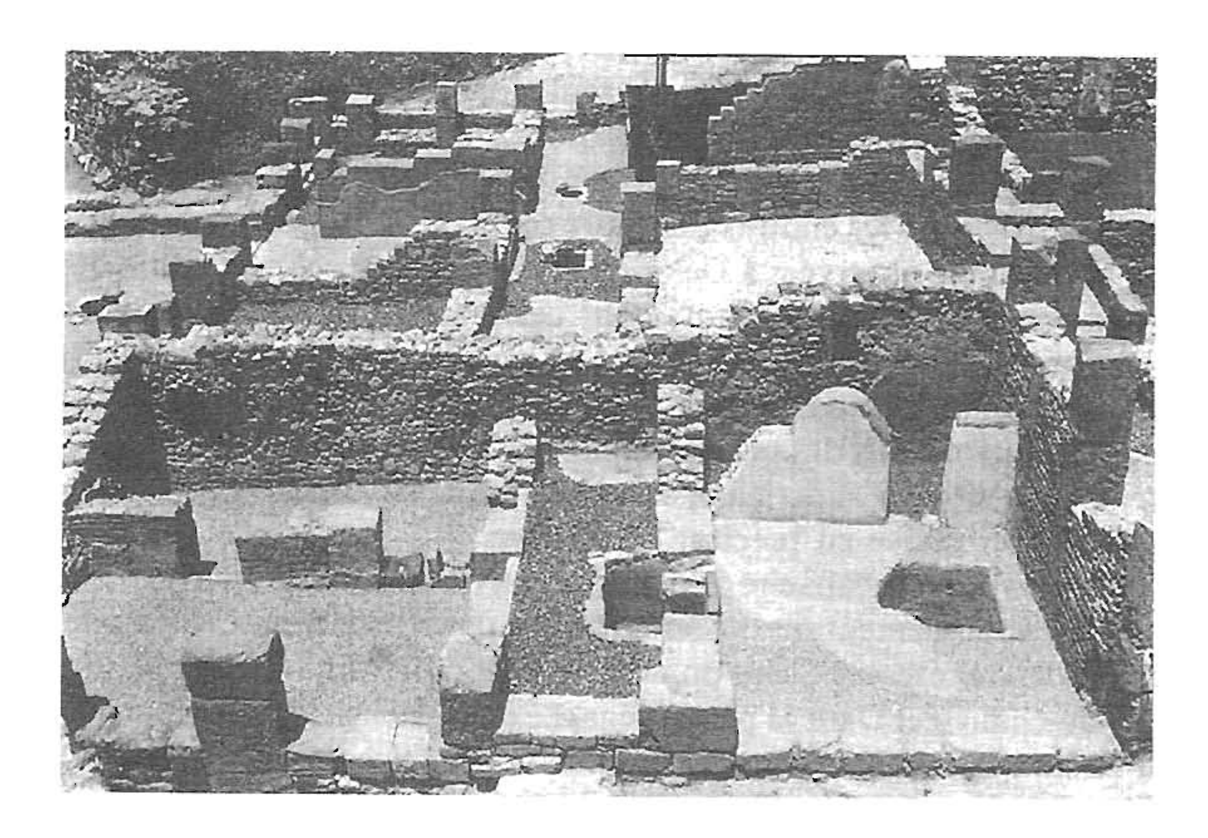


FIGURA 88. El extremo oeste de la manzana C. En primer plano, la parcela C1b.

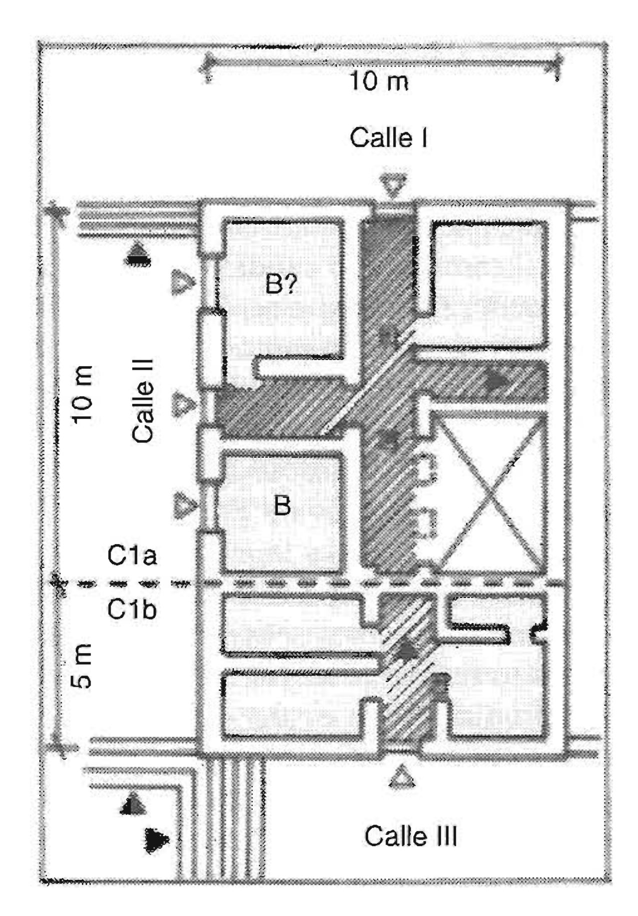


FIGURA 89. Planta de las parcelas C1a y C1b. Sombreados con trazos, los pasillos de distribución. Las flechas indican la probable ubicación de las escaleras para acceder a los pisos. B= tiendas. Destaca el emplazamiento de los orificios para la extracción de agua de las cisternas: en el pasillo transversal en C1a, a la derecha de la entrada en C1b.

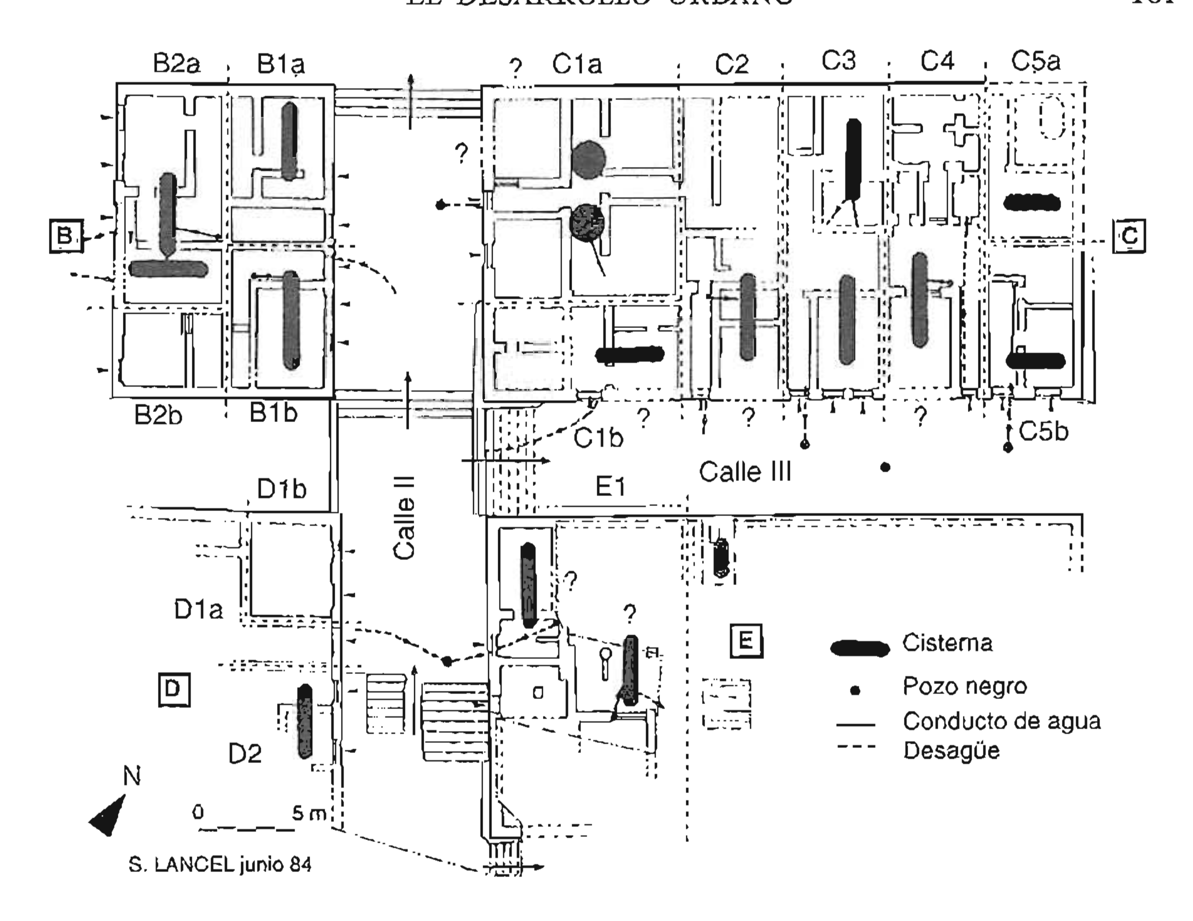


FIGURA 90. Esquema de las conducciones de agua y desagües en el barrio púnico de Byrsa.

En Delos se han observado las señales oblicuas dejadas en los revoques de las paredes posibles tramos de escalera de madera. Pero dada la peor conservación de los revestimientos internos de las paredes de estas casas de Cartago, tales observaciones no han sido posibles, si bien la gran cantidad de fragmentos de pavimento encontrados en la excavación entre los escombros encima de los niveles de suelo de las plantas bajas, procedentes necesariamente de los niveles superiores, autoriza a afirmar la existencia de pisos, sin que podamos precisar la cantidad.

La cantidad y la capacidad de las cisternas sugieren, por lo demás, que un esfuerzo de previsión de tal caudal de agua no pudo obedecer solamente a las necesidades de la población, muy limitada, de las plantas bajas. En la parte descubierta del barrio, cuya superficie no alcanza media hectárea, se cuentan dieciséis cisternas de gran capacidad, algunas de ellas para unos veinte metros cúbicos (fig. 90). Dos de ellas, en la parcela C1a, tienen forma de botellas profundamente hincadas en la tierra del sótano. Todas las demás están uniformemente construidas según el mismo modelo: una planta rectangular alargada, terminada «en bañera» por dos semicírculos: para una anchura cercana a un metro y una longitud de tres a cinco metros, la profundidad podía alcanzar e incluso superar los cuatro metros. Una doble capa de revoque interior, hecho de un mortero gris a base de ceniza, asegura a estas cisternas una muy buena impermeabilidad. Dos opciones prevalecieron para cubrirlas: la más frecuente

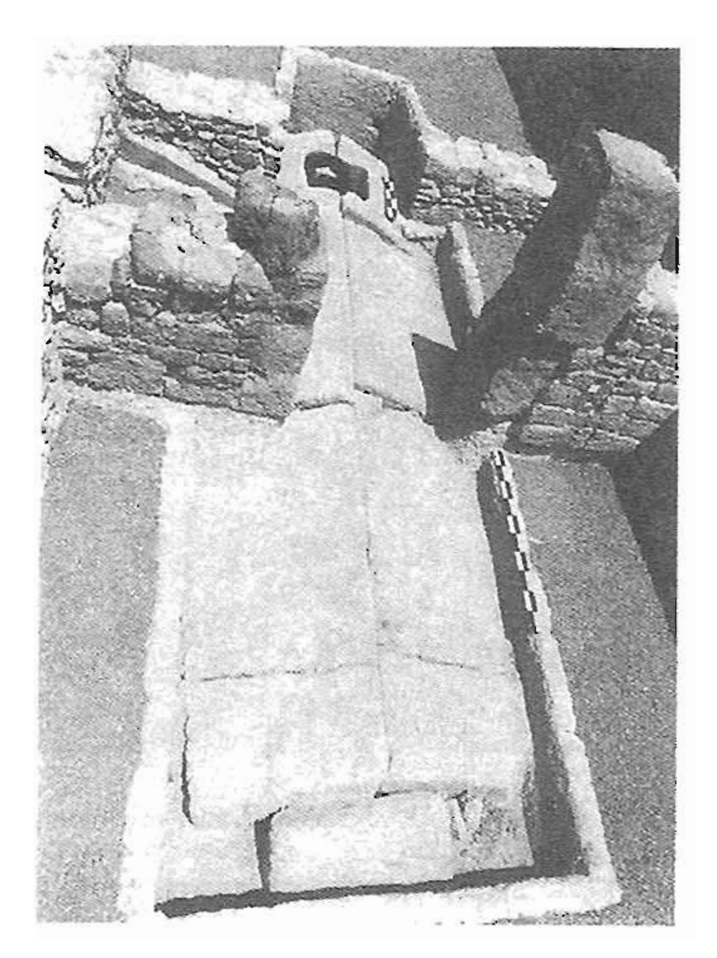


FIGURA 91. Tapadera de cisterna en la manzana C, con losas colocadas a dos aguas.

era un tejado a dos aguas hecho con pequeñas losas de gres apuntaladas (fig. 91); una variante bien documentada consistía en tapar la cisterna mediante grandes losas yuxtapuestas longitudinalmente (cf. fig. 85, *supra*). Más sorprendente y más rara —pero documentada dos veces— resulta una cobertura hecha con cuerpos de ánforas encajadas y unidas con mortero: en esta época y en este contexto, la panza del ánfora se convierte en un material universal: lo vimos a propósito de las canalizaciones de las aguas residuales, y también cumpliendo la función de desagües domésticos. El agua de lluvia llegaba a estos depósitos, en un caso al menos, a través de un *impluvium* acondicionado en el centro de un patio (cf. fig. 87, *supra*), casi siempre procedente de terrazas a través de un juego de canalizaciones verticales, luego horizontales ligeramente inclinadas, a veces parcialmente conservadas (cf. fig. 92). Las observaciones que pueden hacerse sobre el emplazamiento de los orificios de extracción de agua son interesantes: a veces en el patio central, pero más a menudo en un pasillo y, más concretamente, en la mampostería de una pared baja que daba al vestíbulo. Una disposición así facilitaba la utilización comunitaria de estas cisternas por parte de todos los habitantes del barrio.

La palabra «barrio» no nos transmite todo su significado si se la priva de sus resonancias comerciales (fig. 93). Vimos anteriormente las razones que nos llevan a considerar como un pequeño «zoco» la plazoleta con sus peldaños for-

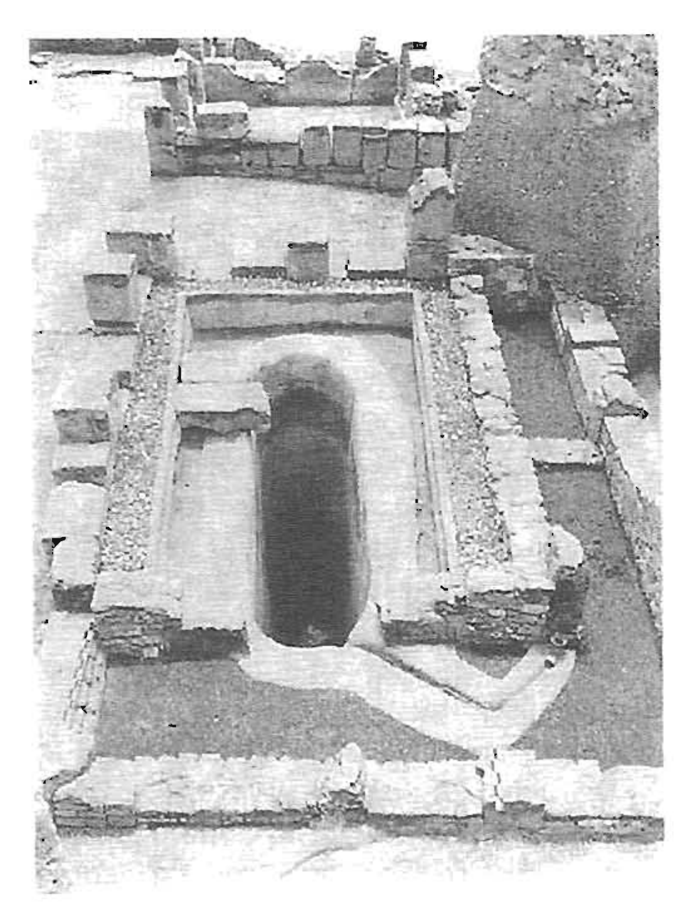


FIGURA 92. Cisterna sin su tapadera en la manzana B. Destaca la canalización para llenar de agua la cisterna.

mada por el cruce de las calles II y III. Lo que era indudablemente el centro de la vida pública del barrio no agota el aspecto comercial. Ya identificamos como tiendas dos habitaciones que dan a la calle II y que delimitan el acceso a la parcela C1a, aunque las destrucciones producidas en este lugar por las cimentaciones romanas nos impiden precisar su función. Pero seguimos en las proximidades del cruce con un local cuyo destino viene sugerido por el contexto de excavación. Se trata de una habitación relativamente amplia situada en la esquina norte de la manzana D (parcela D1b), sin comunicación con el resto de la manzana, pero que tiene dos accesos a la calle II, de anchura similar. La función del local pudo precisarse gracias al descubrimiento en el suelo de dos elementos de un molino de grano de tipo rotatorio (la parte fija o *meta*, en forma de cono, la parte móvil o *catillus*, en forma de arenillero), de hecho accionado por fuerza humana por medio de grandes palancas de madera incrustadas en la parte móvil. Se trata pues de un molino.

El barrio de habitación descubierto en la ladera sur de la colina de Byrsa ilustra así los últimos decenios de un desarrollo urbano que se extiende a lo largo de más de seis siglos, si nos atenemos a la fecha tradicional de fundación de la ciudad púnica. Con el acondicionamiento monumental del puerto de guerra, que veremos a continuación, estos edificios de vivienda colectiva (en latín se llamarán algo más tarde *insulae*) son el testimonio más evidente de una vita-

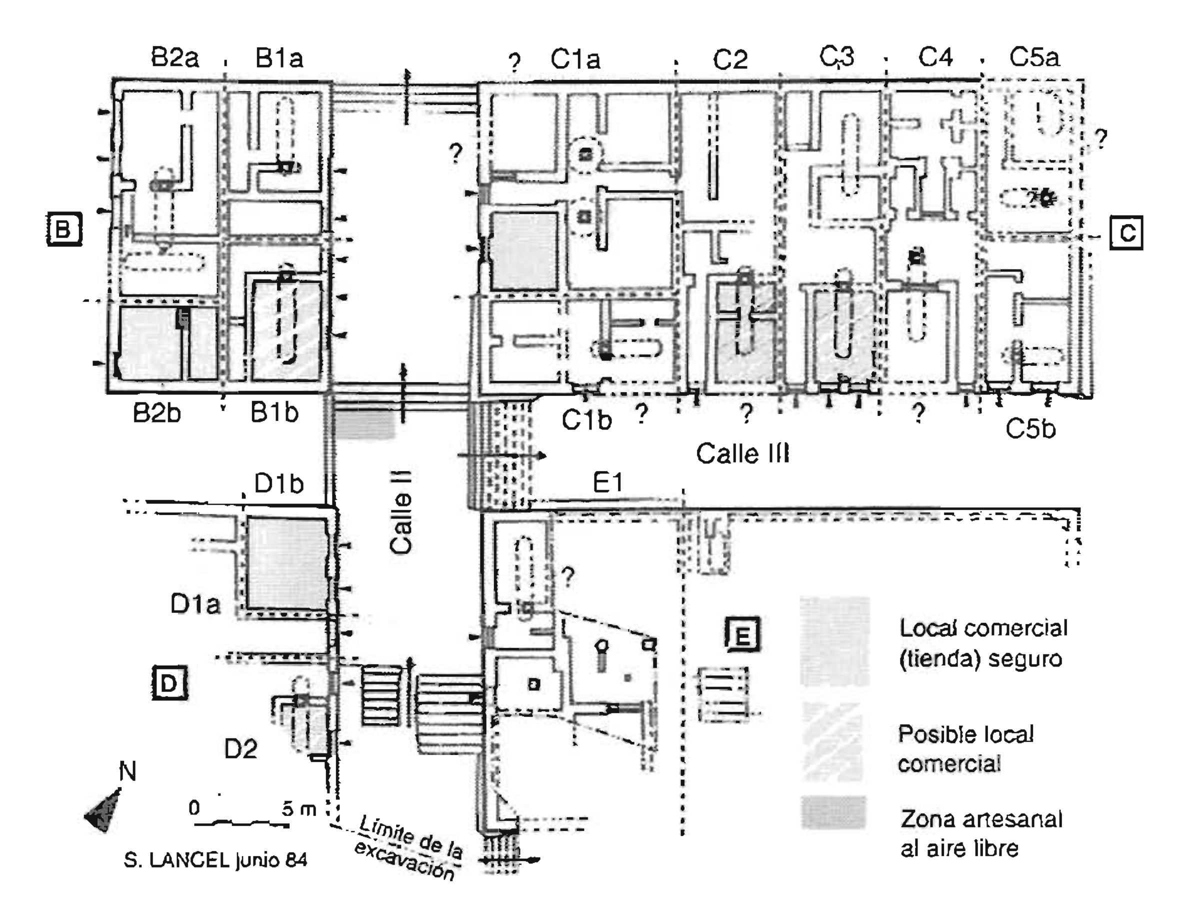


FIGURA 93. Esquema de las instalaciones comerciales y artesanales en el barrio púnico de Byrsa.

lidad que las duras condiciones del tratado impuesto por Roma en el año 201, tras la derrota de Zama, no consiguió mermar seriamente. Y uno de los resultados más interesantes de la campaña internacional lanzada estos últimos años bajo los auspicios de la Unesco es la plena confirmación de las indicaciones de Apiano acerca de la prosperidad reconquistada por Cartago en vísperas de su caída. El famoso higo enarbolado por Catón no habría sido más que su emblema más perecedero.

LOS PUERTOS DE CARTAGO

Muchas ciudades del mundo antiguo vivieron para y por el mar. Tiro, Corinto, Masalia (Marsella), Ampurias, son algunos ejemplos. Y Cartago se incluye indudablemente entre ellas. Su prosperidad y su poderío descansaron durante mucho tiempo, al menos hasta el siglo IV a.n.e., casi exclusivamente en su capacidad para controlar las comunicaciones marítimas, lo que implica el mantenimiento de una flota comercial importante y de una fuerza naval —cuya realidad es innegable, como vimos—, y, por consiguiente, puertos para resguardarlas. La cuestión de los puertos de Cartago figura precisamente entre los problemas más irritantes planteados al arqueólogo y al historiador. Resumámosla, de entrada, en pocas palabras: el emplazamiento de los puertos durante los cin-

co primeros siglos de la historia de la ciudad es una incógnita, y lo mismo ocurre, *a fortiori*, con su configuración. Y la época en que parece conocerse su organización —desde hace poco—, resulta muy tardía, dado que los recientes trabajos en el islote de la laguna circular no permiten ir más allá de principios del siglo II a.n.e. por lo que respecta al puerto de guerra. En otras palabras, nuestra única realidad tangible sólo hace referencia a medio siglo —¡de los seis posibles!— de historia de la ciudad.

Para añadir inmediatamente que, en un sitio antiguo, nada mejor camuflado que un puerto. En tiempos arcaicos, y en varios casos durante bastante tiempo después, las naves se calaban en dique seco en el marco de unas instalaciones cuyas especificidades o bien no resultan evidentes, o bien sufrieron posteriormente profundas transformaciones. Con mucha frecuencia los puertos construidos en época clásica, después helenística y romana, quedaban sepultados bajo los aluviones y ocultados, a veces hasta llegar a desaparecer totalmente, por los cambios de la línea de costa y del medio. Si esto ocurría incluso en sitios cuya vida se detuvo al final de la Antigüedad, tanto más será el caso en aquellos sitios con un desarrollo urbano continuo: en Marsella, hace unos veinte años, sólo gracias a las excavaciones de la Bourse pudo conocerse finalmente la topografía de las dársenas de la antigua Masalia.

Pero, se dirá, ¡todo el mundo puede ver los puertos de Cartago! Están ahí, en forma de dos lagunas, imagen apenas deformada de una descripción famosa transmitida por el historiador griego Apiano y basada, a su vez, en un texto desaparecido de Polibio —testigo ocular, recordemos, del asedio de los años 148-146. Ponemos el texto a disposición del lector:

> Los puertos comunicaban entre sí y a ellos se entraba desde alta mar por un paso de 70 pies de ancho, cerrado por unas cadenas de hierro. La primera dársena acogía las naves mercantes y contenía amarras de toda clase. En medio de la dársena interior había un islote, y tanto el islote como la dársena estaban surcados por grandes escolleras. En estas escolleras existían fondeaderos para 220 naves y otros tantos almacenes para los aparejos de las trirremes. Dos columnas jónicas se levantaban delante de cada fondeadero, lo que daba a la periferia de la dársena y del islote el aspecto de un pórtico. En el islote se erigía un pabellón para el navarca, desde el cual el trompeta debía dar las señales, el heraldo las órdenes y el navarca lo controlaba todo ... Los fondeaderos no eran totalmente visibles al llegar, ni siquiera para las naves mercantes, puesto que estaban rodeados por un doble muro con puertas que permitían el paso de los mercaderes de la primera dársena a la ciudad sin atravesar los fondeaderos (*Libyca*, 96).

A primera vista, este texto parece corresponder plenamente a ese paisaje que, desnudo —sin muros ni naves— y perfectamente legible hasta hace poco, parecía haber atravesado el túnel del tiempo para ilustrarlo (fig. 94). Sobre todo si tenemos en cuenta que el lector de Apiano encuentra poco después, en el relato de las fases finales del asedio en la primavera del 146, elementos que confirman esta descripción, en el marco de la dinámica del avance de los soldados de Escipión Emiliano: una vez establecida (hacía meses) una cabeza de puente



FIGURA 94. Las dos lagunas a finales del siglo XIX.

sobre el *chôma* —veremos que se trata de un terraplén artificial ganado al mar, un antepuerto con una gran escollera norte-sur que servía de rompeolas a la entrada de las dársenas interiores— incendiaron los diques situados detrás del muelle oriental del puerto mercante, a lo largo del *chôma* y, aprovechando la situación de caos, conquistaron por sorpresa no el puerto mercante, sino el puerto de guerra que comunicaba con aquél, pese a estar separados por un doble muro (Apiano, *Libyca*, 127). Desde allí los soldados romanos tomaron el ágora, muy próxima, donde acamparon una noche antes de lanzarse al asalto final contra Byrsa.

Contamos aquí con un buen ejemplo de la dificultad que supone a veces para la investigación de campo hacer coincidir fuentes literarias y fuentes arqueológicas. Antes del descubrimiento del tofet, en 1921, los únicos vestigios conocidos de la Cartago más antigua eran las necrópolis, dispuestas en arco suroeste-este, desde la colina de Byrsa hasta las laderas de Bordj Djedid, en los límites del actual parque de las termas de Antonino. Y la ciudad correspondiente a estas necrópolis, que muchos situaban, sin conocerla aún, entre las termas y la orilla del mar, parecía demasiado alejada de las lagunas (más de un kilómetro) para ver en ellas reminiscencias de los antiguos puertos, ni siquiera de la mano de Apiano. Por aquellos años, uno de los observadores más meticulosos (y más intuitivos) del sitio de Cartago, el doctor Carton, creyó poder situar el puerto de los tiempos arcaicos en la caracola que adivinaba ya en el emplazamiento de las termas de Antonino, que ahora sabemos serían construidas más tarde sobre terrenos ganados al mar (L. Carton, 1911, pp. 230-234). Veremos que esta hipótesis merece tomarse de nuevo en consideración. Sesenta años después, otro excelente conocedor del sitio, Cintas, se negaba todavía a

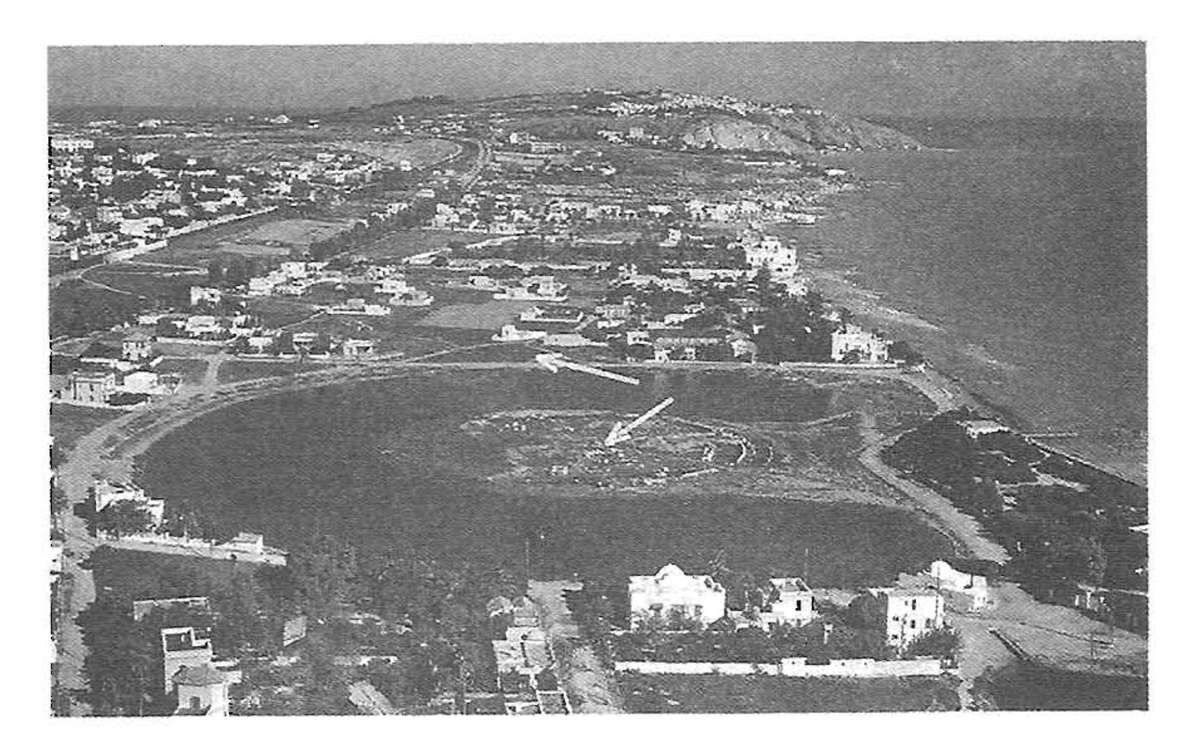


FIGURA 95. La laguna circular (puerto de guerra). Las flechas indican el sitio de las excavaciones británicas (1974-1979).

aceptar la identificación de las lagunas con los antiguos puertos. En una ponencia muy provocativa, publicada durante los primeros trabajos de la campaña internacional patrocinada por la Unesco, explicaba las razones de su escepticismo. Llamaba especialmente la atención sobre la existencia, revelada por antiguas excavaciones cerca de las lagunas, de unas instalaciones (sobre todo hornos de alfarero) activas en ciertas épocas de Cartago, que él consideraba poco compatibles aparentemente con un medio portuario (P. Cintas, 1976, p. 206). Las primeras excavaciones británicas (fig. 95) y norteamericanas practicadas en el sector de la laguna circular y en la orilla oeste de la segunda laguna, iban muy pronto a demostrar que Cintas tenía y no tenía razón.

EL PUERTO CIRCULAR O PUERTO DE GUERRA

Las investigaciones arqueológicas británicas permitieron efectivamente identificar, con absoluta certeza, la existencia, por un lado, de muelles en el perímetro del islote de la laguna circular, cuyos cimientos más profundos son probablemente de época púnica tardía (fig. 96); por otro, de una serie de calas o varaderos de carenado y de invernada en forma de rampas, algunos de cuyos elementos pudieron identificarse con mucha dificultad. Los restos descubiertos permiten reconstruir en planta y de forma bastante fiable, gracias a la referencia de algunas medidas seguras, un conjunto de treinta de estos fondeaderos, dispuestos simétrica y ligeramente en abanico a ambos lados de un eje constituido por un espacio central a cielo descubierto en forma de hexágono alarga-

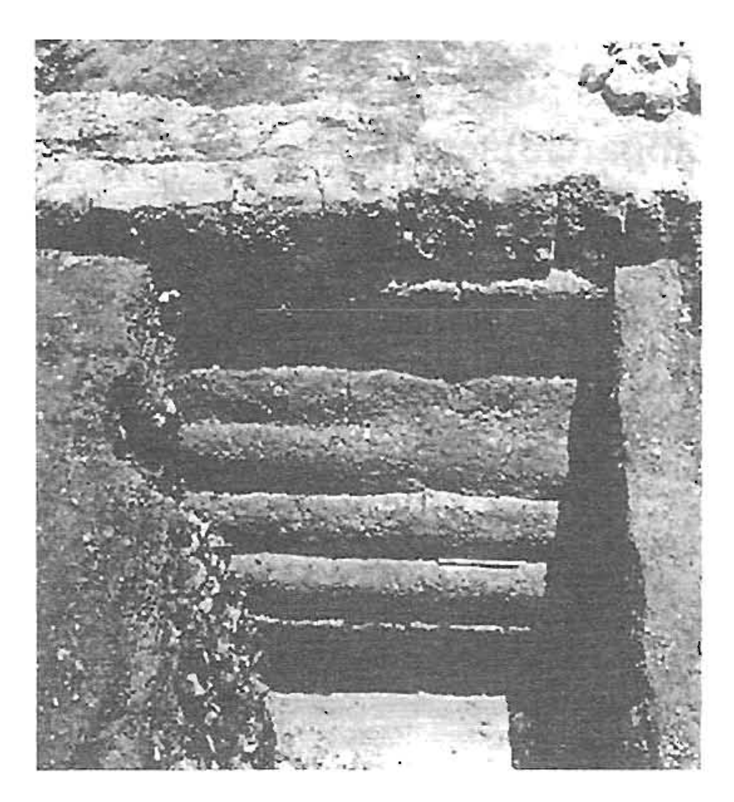


FIGURA 96. Restos de los muelles del islote circular.

do, con una torre de vigilancia en su lado norte: reconocemos el pabellón del navarca mencionado en el texto de Apiano. En el suelo de tierra batida de estas rampas inclinadas (un 10 por 100) había unos travesaños de madera dispuestos transversalmente a su eje y aguantados por un armazón de mampostería formando un resbaladero, del que se encontraron restos carbonizados. La excavación de una de estas rampas proporcionó indicios cronológicos basados en unos fragmentos de ánfora (una Dressel 1a itálica y una Dressel 18 africana) que ofrecían un *terminus post quem* de fecha aún más baja que la de los fragmentos de cerámica campaniense A encontrados también en este contexto (H. Hurst, 1979, pp. 27-28). El hecho de que estos fragmentos de cerámica no fechen una rehabilitación posterior de esta rampa, sino su estado original, parece evidenciar que estas instalaciones empezaron a utilizarse bien entrado el siglo II a.n.e. (fig. 97).

El islote sólo pudo contener treinta fondeaderos, con longitudes comprendidas entre los treinta y los cincuenta metros, albergando al menos una treintena de naves, según las dimensiones. A lo que hay que añadir los fondeaderos dispuestos en abanico en el perímetro del puerto circular. Una excavación limitada practicada en la orilla norte permitió descubrir cinco de estas rampas, de cuarenta metros de largo, y una extrapolación basada en la anchura media de estas rampas sugiere que el conjunto del perímetro pudo contener entre ciento treinta y cinco y ciento cuarenta de estos fondeaderos. O sea, un total de ciento sesenta y cinco o ciento setenta fondeaderos incluyendo los del islote, que pudieron albergar entre ciento setenta y ciento ochenta naves, es decir, una flota próxima a las 220 unidades que menciona Apiano y que reflejarían la capacidad total del puerto de guerra.

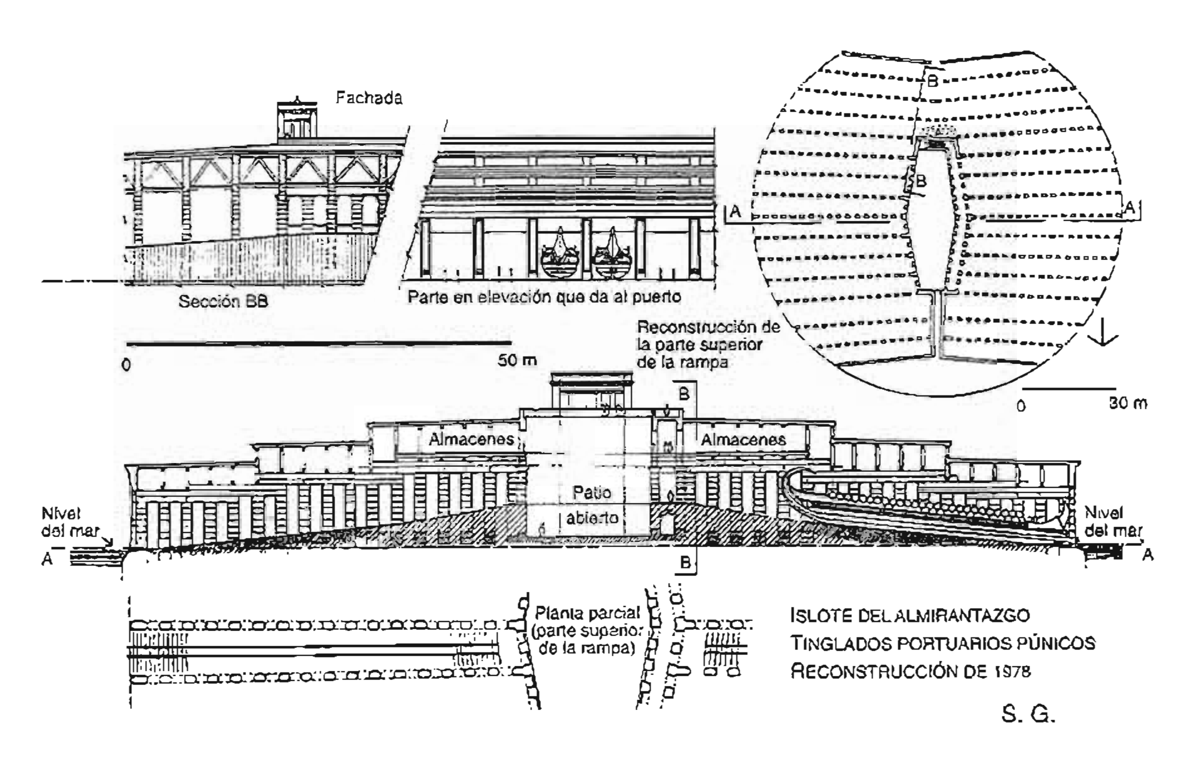


FIGURA 97. Reconstrucción gráfica de las instalaciones del islote circular, a principios del siglo II a.C.

EL PUERTO MERCANTE Y EL ANTEPUERTO

Sabemos, según el mismo autor, que las dos dársenas comunicaban entre sí mediante un canal que las excavaciones recientes no han podido encontrar, pero cuyo emplazamiento no ofrece dudas. Una misión norteamericana encontró una parte del muelle oeste del puerto mercante (fig. 98). La estratigrafía de las hiladas bajas de este muelle permiten fechar los elementos más antiguos en la segunda mitad del siglo III a.n.e. (L. Stager, 1978, pp. 27-30). La ampliación de la excavación a lo largo del muelle, hacia el norte, permitió descubrir el ángulo noroeste, pero no formaba un ángulo recto, como cabía esperar, sino un ángulo muy abierto, identificado como una reforma posterior. Esta reforma, que convertía la planta rectangular inicial en una planta hexagonal, se fecharía en el siglo II, y tal vez sería atribuible a los cambios asociados a la creación de la gran flota frumentaria especialmente construida para el avituallamiento de Roma, la *Commodiana classis*. Lo cierto es que, pese a sus encenagamientos sucesivos, la actual laguna recuerda todavía esta planta hexagonal alargada.

Desde esta dársena inicialmente rectangular se salía al exterior a través de un canal de acceso, cuyo último trazado, romano o bizantino, venía indicado todavía no hace mucho por una pequeña laguna ovoide y oblicua hoy cegada (punto 2 en la fig. 99). ¿Varió el trazado de este canal entre la última época púnica y los tiempos posteriores? Sin duda muy poco, pero la imposibilidad de sondear este terreno, que sigue siendo zona militar, como en tiempos del protectorado, no permite precisar la cuestión. Lo que importa en realidad es



FIGURA 98. Los muelles oeste de la dársena rectangular del puerto mercante.

saber cuál era el vínculo entre este paso y el antepuerto, materializado todavía hoy por las estructuras apenas sumergidas de lo que sigue llamándose el «cuadrilátero de Falbe» —desde la primera prospección danesa realizada a principios del siglo XIX—, y saber también cuál fue la naturaleza, la función y la cronología de este cuadrilátero. Por lo que respecta a su cronología, contamos al menos con una posible datación de época púnica referida a la parte norte de estas estructuras, basada en el hecho de que, en este lado, el muelle orientado más o menos perpendicularmente a la costa parece unirse a ella en el punto por donde tuvo que pasar la muralla marítima del siglo II a.n.e. Falbe ya observó que las estructuras de época imperial romana situadas frente a la línea costera tardopúnica y hoy sumergidas —las subconstrucciones de lo que Saumagne (1960, p. 157) llamó el «lungomare» de la Cartago romana—, desembocan en este muelle norte del cuadrilátero y son, por lo tanto, posteriores a él. Esta datación de época púnica debe admitirse también para las demás estructuras constitutivas del cuadrilátero, que forma un todo coherente.

Finalmente, este conjunto fue objeto de un estudio minucioso por parte de un equipo británico. En ausencia de una estratigrafía naturalmente inexistente en el medio marino, ciertas observaciones del material y técnicas de construcción, y también de los rastros de demolición de bloques en la parte central del cuadrilátero, llevaron a los autores de este «offshore survey» a sugerir la posibilidad de que el cuadrilátero fuera en su totalidad un terraplén (R. A. Yorke y J. Little, 1975, pp. 94-98). La cuestión podía, efectivamente, plantearse en estos términos. Para el coronel Baradez, por ejemplo, ambas dársenas interiores constituyeron el puerto de guerra —lo que implicaba necesariamente un puerto mercante en aguas exteriores—, y quiso ver en el cuadrilátero tanto una dársena —aunque de poca capacidad, se le objetó— como el *chôma*, limitado en su hipótesis a una superficie bien exigua (J. Baradez, 1959, pp. 59-60). Dema-



FIGURA 99. El antepuerto de Cartago. 1: puerto mercante; 2: canal de acceso; 3: terraplén semisumergido del cuadrilátero de Falbe. La flecha indica el acceso probable a las dársenas interiores.

siado exigua para posibilitar las evoluciones y fortificaciones (construidas por ambos bandos durante las fases finales del asedio de la ciudad) mencionadas por Apiano (*Libyca*, 123-124). Sus textos adquieren pleno sentido si vemos en el trapecio irregular del cuadrilátero una vasta explanada de descarga, maniobra y almacenaje cuya punta sur, en forma de rompeolas, protegía eficazmente de los vientos dominantes el acceso a las dársenas interiores (fig. 100). Este paso de acceso, con su extremo apuntando al mar abierto y protegido por el rompeolas, presentaba un trazado arqueado que repite parcialmente su muelle sur, del que antaño se descubrió un gran segmento: se trata del «muro Pistor» (punto 6 de la fig. 100), encima de los contrafuertes del intradós, que sostenía el extremo sur de la muralla.

Esta imagen de la fase final de los puertos de Cartago puede considerarse, pues, satisfactoria en cuanto a la coherencia de las instalaciones y su adecuación a las necesidades. Es cierto que la superficie marítima de estas dársenas es muy exigua: el puerto circular presenta algo más de 6 ha de superficie utilizable por unos 2 m de profundidad, y el puerto rectangular 7 ha para una profundidad de 2,50 m. Sorprenden estas limitaciones impuestas a las naves de guerra —excesiva estrechez del círculo navegable alrededor del islote para las

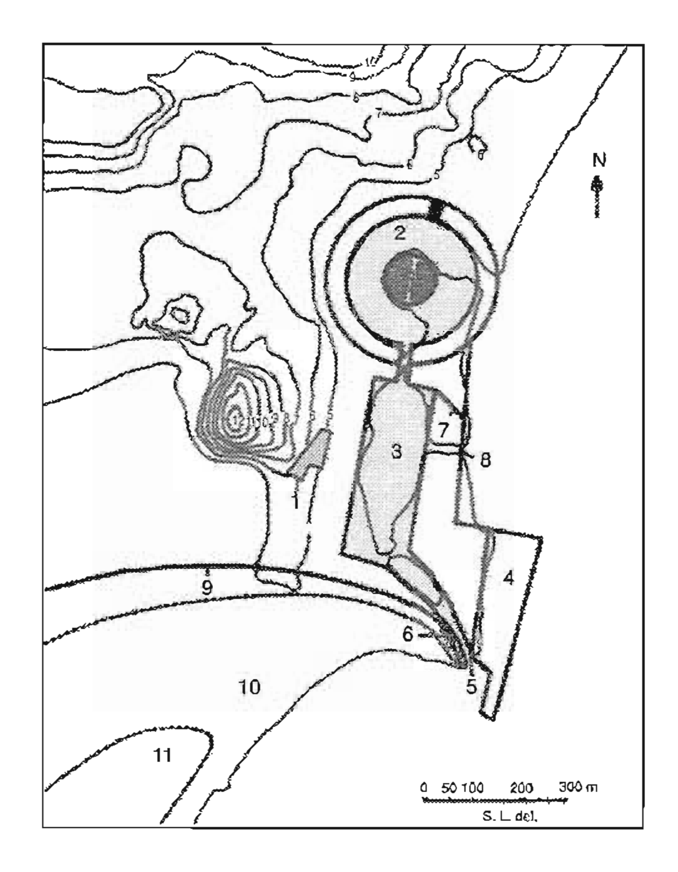


FIGURA 100. Los puertos de Cartago en la primera mitad del siglo II a.C. 1: el tofet; 2: el puerto de guerra; 3: el puerto mercante; 4: el «cuadrilátero de Falbe», terraplén; 5: paso de acceso; 6: «muro Pistor»; 7: muro de separación de ambas dársenas; 8: muralla marítima del siglo II; 9: muralla sur de la ciudad; 10: canal de acceso al lago de Túnez; 11: extremo de la banda litoral (*taenia*).

supuestas 220 naves de Apiano—, que para llegar al mar tenían necesariamente que abrirse paso a través del puerto rectangular atestado de barcos mercantes atravesando el único paso de acceso. De hecho, cuando en el 147 Escipión Emiliano bloqueó el paso a los puertos mediante la construcción de un dique desde la *taenia* (la lengua costera de arena), los cartagineses asediados se vieron obligados a abrir una brecha en la muralla marítima a la altura del puerto circular para romper el cerco. Pero esta situación completamente excepcional no es generalizable: en tiempos normales, los fondeaderos del puerto debieron de cumplir sobre todo la función de unos astilleros dedicados a la reparación y el carenado de las naves, por lo que no albergaba simultáneamente al conjunto de la flota: la totalidad o cuasi-totalidad de las naves de guerra sólo permanecían allí en periodo de invernada. También se olvida que las naves mercantes de la Cartago púnica, como luego las de la Cartago romana, disponían de otros fondeaderos para descongestionar el puerto principal, el puerto rectangular. Volveremos sobre ello.

La principal dificultad es, evidentemente, de tipo cronológico. Una de las durísimas condiciones impuestas por Roma tras la derrota de Zama, en el 202, fue que Cartago, que tuvo que entregar todas sus naves de guerra para verlas arder en el mar, limitara su flota a diez trirremes. Y se sabe que el Senado ro-

mano, siempre desconfiado, enviaba regularmente comisarios a Cartago para cerciorarse de que los púnicos cumplieran sus compromisos (cf. *infra*, p. 368). Cuesta imaginar que Cartago pudiera burlar esta vigilancia y se lanzara clandestinamente a la realización de enormes obras portuarias que no podían pasar desapercibidas. Aun así, el acondicionamiento de ese islote artificial, la creación de su talante monumental y la construcción del perímetro del puerto circular, figuran entre las grandes realizaciones de la época en el mundo mediterráneo. Es cierto que la fecha retenida por los arqueólogos británicos basándose en las cerámicas recogidas situaría más bien estos trabajos en los años que precedieron a la caída de Cartago, una época en que la ciudad, según muestran las excavaciones recientes, había recobrado su prosperidad y pudo haber burlado una vigilancia romana en aquellos momentos tal vez algo más relajada, situando así a Roma ante el hecho consumado de su rearme naval. Por lo tanto, a mediados del siglo II, tuvo que haber algo más que el higo de Catón para conmocionar a los senadores romanos. Pero esta datación, basada en varios fragmentos de ánfora hallados en un estrato que pudo ser removido, sigue siendo frágil y una cierta incertidumbre planea todavía en torno a esta cronología.

Los puertos de Cartago antes de la época helenística

Incertidumbre que aumenta en la medida en que nos alejamos en el tiempo. Los norteamericanos creyeron poder fechar a mediados o a finales del siglo III las hiladas más antiguas del muelle oeste del puerto mercante, mientras que H. Hurst, que se basó en la coherencia de forma entre ambas dársenas, se inclinó a considerarlas contemporáneas, y a fecharlas, por consiguiente, en la primera mitad del siglo II. Pero ¿y antes?

Noteamericanos y británicos reconocieron en sus excavaciones vestigios de un canal casi rectilíneo que puede rastrearse, por extrapolación, a lo largo de unos 400 m (fig. 101). Un pliegue natural del terreno podría estar en el origen de ese canal, pero sus rebordes son indudablemente obra de la mano humana. Tenía entre 15 y 20 m de ancho por unos 2 m de profundidad. Pudo quedar definitivamente cegado en la segunda mitad del siglo IV, de acuerdo con el material cerámico, pero no pudo precisarse la fecha de su construcción o reforma (H. Hurst y L. Stager, 1978, pp. 338-339).

¿Cuál pudo ser su función? Los sedimentos y los restos malacológicos recogidos en el nivel de relleno sugieren un medio marino estancado y saturado de ácido sulfúrico (Hurst-Stager, 1978, p. 339). Por lo tanto resulta más probable una relación con el lago de Túnez que con el mar abierto. Orientado (fig. 101) según un eje sur-suroeste/norte-noreste visiblemente paralelo a la orilla actual del mar, este canal se sitúa ligeramente fuera de la impronta del futuro puerto rectangular, rozaba el límite oriental del tofet —que tuvo que ser anterior a su reforma— y se prolonga hacia el noreste (su extremo no viene precisado) atravesando la zona que luego ocuparía el islote del puerto circular (lo que, dicho sea de paso, establece incontestablemente el carácter puramente artificial de este

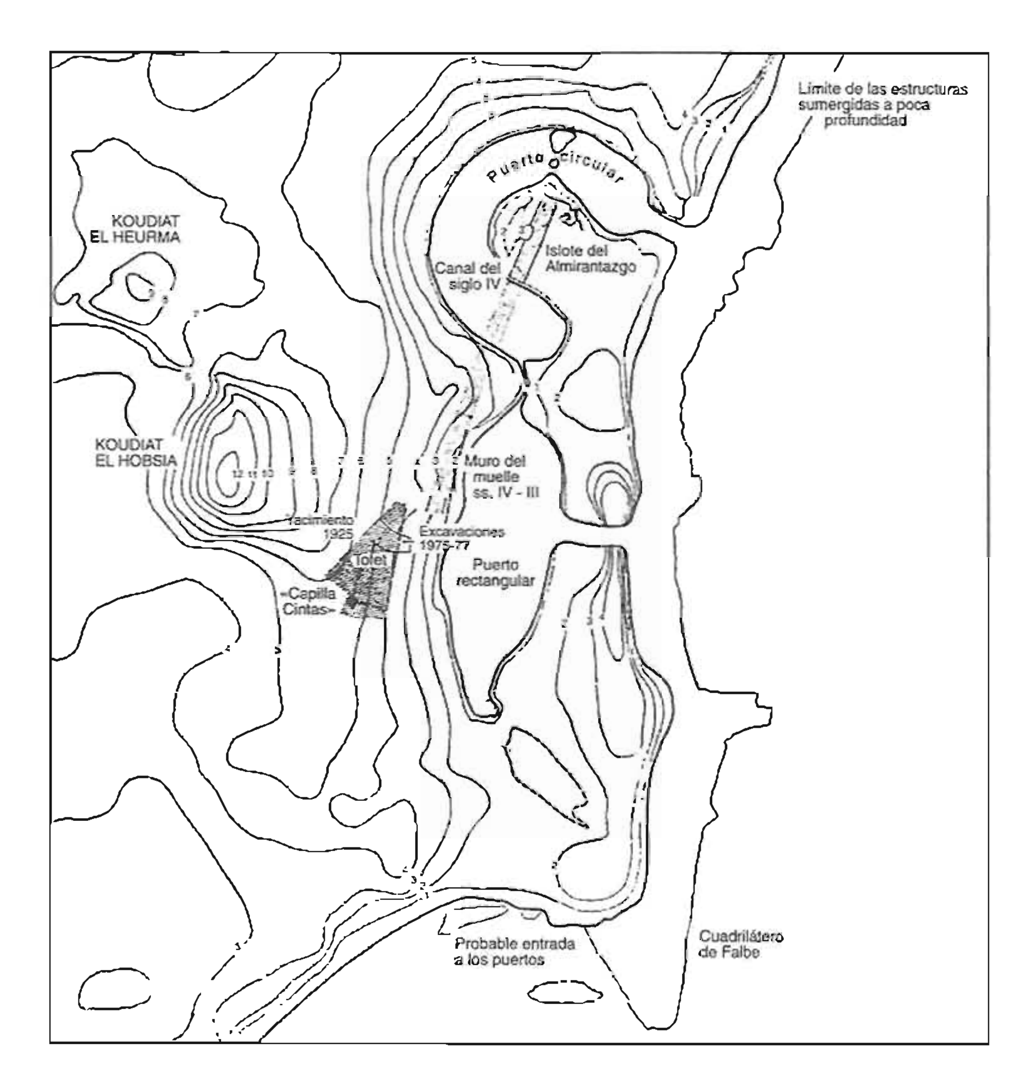


FIGURA 101. El canal del siglo IV.

islote). Existen dos hipótesis acerca de la función de este canal: según la primera, se trataría de un desagüe dispuesto para desecar y sanear una zona pantanosa. Pero sus dimensiones nos decantan más bien por la segunda hipótesis, según la cual, se trataría de un canal navegable, sobre todo desde que L. Stager comunicara en uno de sus informes el descubrimiento, en el fondo de este canal, y a continuación del tofet, de un bloque de gres de El-Haouaria acaso destinado al santuario, que se halló sobre una pieza de madera (L. Stager, 1979, p. 31). Parece como si nos viéramos abocados a relacionar este canal con una organización portuaria anterior a la segunda mitad del siglo IV (la época de su encenegamiento final), por desgracia desconocida para nosotros.

Pero, a partir de diversos datos, puede proponerse la reconstrucción de un paisaje, una reconstrucción ciertamente teórica, aunque no imposible (fig. 102). Trabajos recientes han llamado la atención sobre la naturaleza y la formación de la costa lacustre de Cartago. Se observa que la *taenia*, la banda litoral de arena que forma el subsuelo costero desde La Goleta, al sur, hasta la actual aglomeración del Kram, se alinea *grosso modo* sobre el eje de la costa también arenosa de la aglomeración actual de Cartago al norte del Kram. Se admite

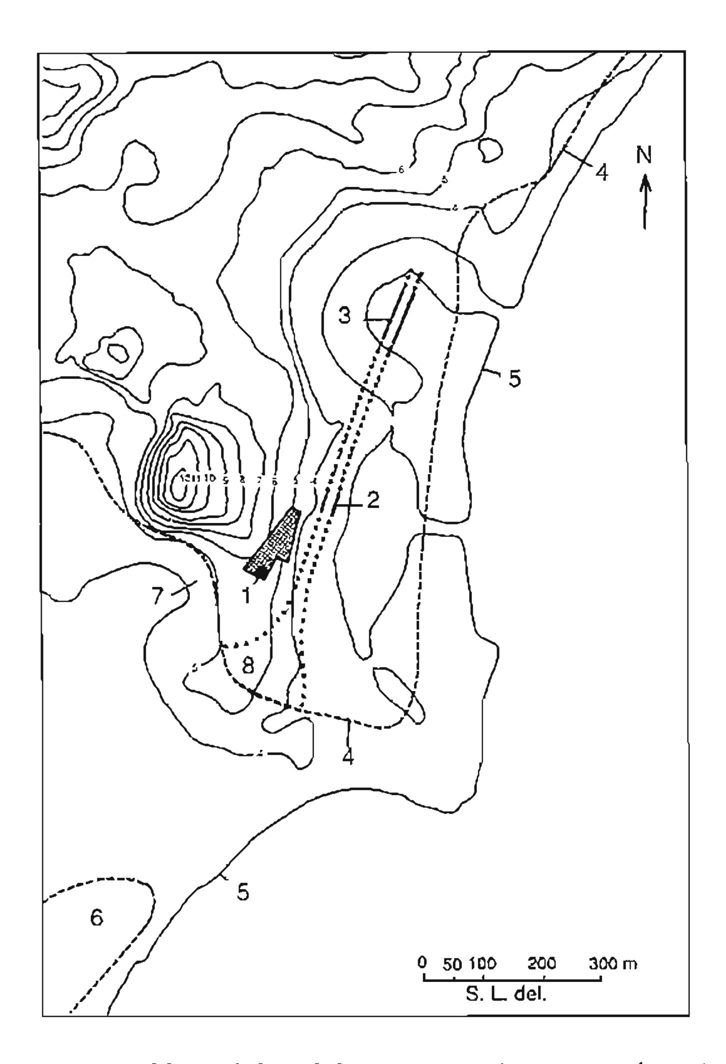


FIGURA 102. Reconstrucción teórica del puerto en época arcaica. 1: tofet; 2 y 3: tramos descubiertos del canal; 4: línea de costa en época arcaica; 5: línea de costa actual; 6: extremo noroeste de la *taenia*; 7: situación posible de la ensenada del puerto arcaico; 8: salida posible del canal.

que esta formación se debe a los aluviones del Medjerda arrastrados por las corrientes dominantes procedentes del noreste —y se sabe que estas aportaciones aluviales, alimentadas por el desarrollo de la agricultura, se acentuaron a principios de los tiempos históricos, contribuyendo a engrosar rápidamente las playas originales (R. Paskoff, 1985, pp. 613-617). Y como se constata además que la punta de la actual bahía del Kram, prolongada por el cuadrilátero de Falbe, emerge al este de esta alineación, puede avanzarse la hipótesis de que los fondos rocosos naturales pudieron servir luego de base para los basamentos construidos del *chôma*. En cualquier caso el origen geológico del medio lacustre característico de este sector costero hay que buscarlo en este depósito de banda arenosa, que marcaría sus inicios históricos. La primera instalación humana fechada allí es el tofet, a partir de la segunda mitad del siglo VIII.

¿Cómo eran entonces los inmediatos alrededores del tofet? Por lo general se está de acuerdo en situar la línea de costa de esta época muy por detrás de su trazado actual (que, en la parte sur del sitio urbano, a nivel de los puertos,

coincide prácticamente con el trazado del siglo II a.n.e.). En línea con el doctor Carton, en los años treinta, Saumagne pudo observar, a raíz de los sondeos realizados en la orilla norte de la laguna circular, que esta zona era un pequeño «pólder» ganado al mar, y creyó que allí la orilla de los primeros tiempos de Cartago pudo estar muy rezagada respecto de la orilla actual, tanto como para enlazar con el arco occidental de la laguna circular (Ch. Saumagne, 1931, pp. 654-659). Fijar ahí el límite costero de época arcaica sería excesivo, si nos atenemos a datos más recientes, como los de Hurst: en un profundo corte realizado en el islote de la laguna circular, reconoció en contacto con la arena virgen un depósito de arcilla limosa con restos de sedimentos de origen marino. Por lo tanto allí pudo haber un fondo lacustre, y no un fondo marino. Pero el nivel de este depósito plantea una dificultad suplementaria: se encuentra a 50 cm por encima del actual nivel del mar, a su vez situado 40 cm por encima de nuestra principal referencia para conocer el nivel del mar en época púnica: la señal dejada por el oleaje en la base del «muro de mar», identificado por la misión alemana en su sector de excavación junto al antiguo palacio del bey, muro que se fecha en el siglo V a.n.e. (F. Rakob, 1984, p. 8). Existe, pues, una diferencia de casi un metro entre el nivel lacustre registrado en el subsuelo del islote del puerto circular y el nivel del mar en el siglo V, inferior en 90 cm. ¿Puede admitirse la posibilidad de un descenso tan importante del nivel del mar entre la época arcaica y el siglo V, es decir, en tres siglos de intervalo? Parece difícil. Lo que sabemos del nivel marino de Cartago en la antigüedad es que desciende durante los tiempos púnicos, para encontrarse en sus cotas más bajas en la época de la caída de Cartago y en el siglo siguiente, y que empieza a remontar en época romana para estabilizarse aproximadamente a su nivel actual en época bizantina (R. Paskoff, 1985, pp. 613-614). El nivel (muy alto) registrado por el equipo británico en los estratos profundos del islote podría ser «prehistórico» y por consiguiente no debiera considerarse un dato pertinente para la investigación teórica de la línea de costa y de una posible instalación portuaria en la época más antigua de la ciudad. Si, con todas estas incertidumbres, extrapolamos hacia el sur la situación constatada por el equipo alemán en su sector situado a unos centenares de metros más al norte, vemos que sería teóricamente posible situar la orilla arcaica no en posición secante respecto del islote de la laguna circular, sino a un centenar de metros de media por detrás del trazado reconocido del muro marítimo de la ciudad en el siglo II (trazado punteado 4 en la fig. 102). Y no es imposible que en ciertos puntos —como en el sector excavado por Saumagne— esta orilla costera pudiera contener pequeñas ensenadas detrás de esta línea general. Pero aun en este supuesto, el espacio entonces disponible entre el tofet y el mar parece limitado y poco propicio para alojar instalaciones portuarias.

Pero todos los indicios persisten en dirigir nuestros pasos a las inmediaciones del tofet para buscar allí el puerto más antiguo, puesto que hoy sabemos mejor que la ciudad de época arcaica tuvo su límite sur a un kilómetro aproximadamente al norte de la zona de los sacrificios (cf. *supra*, p. 52): si el puerto no estaba cerca ¿por qué situar el tofet allí, tan lejos de la ciudad? Sobre todo

teniendo en cuenta que el tofet no suele situarse al sur de las aglomeraciones urbanas fenicias o púnicas. Si este fuera el caso, tuvo que haber una razón. Las primeras instalaciones portuarias se buscarán, por lo tanto, en las inmediaciones del tofet, pero no en el este (donde se ubicarán mucho más tarde), sino más bien hacia el sur o hacia el oeste.

Si examinamos un mapa de Cartago, especialmente las curvas de nivel, hay algo que llama la atención: salvo la colina del Koudiat el-Hobsia, cuyo carácter puramente artificial ya destacara en su día el doctor Carton (1913, p. 59), se observa que la curva de los 5 m remonta hacia el norte muy por detrás de la orilla del lago de Túnez tal y como se conocía hasta hace poco y como figura en los mapas antiguos (cf. fig. 102). Todos los sondeos realizados recientemente en las zonas bajas completan y confirman los datos antiguos, que ya mostraban que el espesor de la acumulación estratigráfica —por erosión y aportaciones humanas— posterior a la época púnica alcanza, y a veces supera, los cuatro metros. Tanto es así que parece lícito situar la orilla del lago en época arcaica prácticamente en el límite actual de la curva de los 5 m. La mayor parte —si no la totalidad— de la localidad actual del Kram, y una gran parte del lugar llamado Douar Chott, la Sebkha el-Bahira, debieron de estar cubiertos entonces por las aguas del lago de Túnez.

Esta ensenada septentrional del lago, que se extendía entonces hacia la colina de Byrsa y hacia el noreste, bien pudo albergar el puerto más antiguo de Cartago, al oeste y al suroeste del tofet. Puede apreciarse que la parte más antigua de la zona de sacrificios, la «capilla Cintas» (cf. *infra*, p. 225), se encuentra en el límite suroeste, del lado del lago, y no en el lado opuesto de la ciudad arcaica: por lo tanto, los pesados bloques de gres procedentes de las canteras de El-Haovaria, que configurarían los cipos del nivel Tanit I, tuvieron que llegar por mar, pasando primero por los muelles —o simplemente hasta las playas— del puerto de época arcaica. En el estado actual de la investigación, esta hipotética situación del puerto más antiguo parece razonable, pero habría que apuntalarla mediante prospecciones o sondeos.

A la luz de esta hipótesis también se comprende mejor el posible papel que pudo desempeñar el canal que bordea el tofet a partir de una época que por desgracia no podemos precisar. Vimos que debió de comunicar no con el mar directamente, sino con un medio de tipo lacustre: es posible que desembocara por el sur en el lago de Túnez, no lejos de aquellas primeras instalaciones portuarias fechables por lo menos en el siglo V, facilitando así una penetración hasta los accesos a la ciudad, la cual se extendía varios centenares de metros hacia el norte. Este canal no fue cegado necesariamente de una sola vez en toda su longitud. Parece que a mediados del siglo IV se cegó en el sitio del islote del futuro puerto circular, donde se han constatado varios periodos de estructuras de madera, sobre todo varaderos exactamente paralelos entre sí, que contrastan con las rampas «en abanico» de principios del siglo II (H. Hurst, 1978, p. 23). «Improntas de postes» bien visibles en la superficie arenosa del relleno del canal podrían constituir las huellas dejadas por los puntales de madera que sostenían los cascos de las naves durante su fabricación. Es decir, la fase de

las «timber structures», desde la segunda mitad del siglo IV hasta finales del siglo III, pudo corresponder a la de un astillero vinculado a los antiguos puertos, donde la parte sur del canal entraba en el agua para deslizar hasta el mar las naves ya construidas. Recordemos al respecto un texto de Diodoro Sículo (XV, 73, 3-4), donde dice que los arsenales (*neoria*) de Cartago se incendiaron en el año 368 a.C.: la relación de este texto con estas estructuras de madera parece imponerse. Añadamos que no hace mucho Cintas recordaba, entre otros argumentos en contra de la identificación de los puertos con el emplazamiento de las lagunas (hoy sabemos que se equivocó respecto de la última época de Cartago), el antiguo descubrimiento en la zona —concretamente en el emplazamiento del actual laboratorio de biología marina— de hornos de alfarero fechables a partir de los siglos IV y III, ciertamente incongruente en un contexto típicamente portuario, pero completamente coherente en una zona de construcción naval (P. Cintas, 1976, p. 206).

El segmento de este canal reconocido en el sitio de las excavaciones norteamericanas a lo largo del muelle oeste del puerto rectangular aparece cegado a finales del siglo IV, mientras que los astilleros parecen continuar activos en el sitio del futuro islote del puerto circular. ¿Cómo se accedía a los astilleros, y cómo se salía? El arqueólogo británico Hurst tiende a suponer, en un estadio intermedio, un segundo canal más o menos paralelo al primero, pero algo más occidental, que habría atravesado la actual zona del puerto rectangular para desembocar, como el primero, en estas atarazanas. Este arqueólogo pudo constatar en los niveles de relleno excavados entre las diferentes fases de aquéllas la existencia de depósitos producidos por los sucesivos dragados, que parece hablar prácticamente en favor de la existencia de este segundo canal, que habría precedido la construcción del futuro puerto rectangular. Por lo demás, se observa que el eje largo de este futuro puerto rectangular es paralelo al del primer canal y también a la línea de costa.

Hipótesis sobre los puertos más arcaicos

Para resumir la evolución de todo este sector meridional de Cartago a lo largo de cerca de seis siglos, puede proponerse la plausibilidad del siguiente esquema. En origen, el puerto pudo acondicionarse en una amplia escotadura del lago de Túnez, llegando hacia el norte y hacia el este por lo menos hasta la altura del tofet, que sabemos en actividad desde mediados del siglo VIII (fig. 102, punto 7). Al noreste del tofet, la zona donde se construiría mucho más tarde el puerto circular, entonces prolongación septentrional del cordón litoral arenoso de La Goleta —probablemente cortado por pequeñas lagunas— pudo albergar los astilleros por lo menos hasta finales del siglo IV (y tal vez hasta la última remodelación de los puertos), unidos probablemente al lago de Túnez, y no al mar, por un primer canal cuyo trazado nos es parcialmente conocido, y luego por un segundo, sencillamente superpuesto al primero, que pudo constituir el esbozo del futuro puerto rectangular. En esta fase, que abarca va-

rios siglos, la ciudad continúa encerrada dentro del perímetro definido por la muralla del siglo V, claramente visible a lo largo de varios cientos de metros más al norte, paralela a la orilla, y que parece haber dejado extramuros el tofet, los antiguos puertos y sus arsenales. La torre cuadrada descubierta por F. Rakob detrás de la actual orilla del mar, a poca distancia del futuro puerto circular, debió de marcar el extremo meridional de este recinto (F. Rakob, 1987, p. 335; S. Lancel, 1990, pp. 10-11).

Cuando, en la primera mitad del siglo II (aunque ya mencionamos los problemas que plantea esta datación), ambos puertos fueron reformados simultáneamente para adquirir su versión definitiva (incluido el acondicionamiento del terraplén o *chôma* del «cuadrilátero de Falbe»), se añadió a la muralla del siglo V segmentos de muro suplementarios para encerrarlos. Éste es el muro del siglo II descubierto recientemente en forma de cornisas de remate encontradas *in situ* en la brecha abierta para regenerar las aguas estancadas del puerto rectangular (cf. *infra*, fig. 244); allí puede verse su trazado más o menos paralelo a la orilla actual. Otros segmentos de muro paralelos a la orilla y descubiertos en antiguas excavaciones parecen pertenecer a la misma alineación (P. Cintas, 1976, p. 158; F. Rakob, 1984, pp. 9-12).

A continuación del puerto circular, en cambio, la profundidad de los fondeaderos, de unos cuarenta metros, implica que, aunque hicieran de contrafuerte al muro, éste —tal vez aquí sencillamente confundido con el recinto que encerraba los fondeaderos (cf. fig. 100)— tuvo que estar emplazado a varias decenas de metros de la actual línea de costa, lo que significa que sus cimientos están hoy sumergidos. Un fragmento de muro, oblicuo respecto de este muro marítimo del siglo II, descubierto fortuitamente a principios de los años cincuenta, quizás sea una parte del muro que separaba el puerto mercante del puerto de guerra, de acuerdo con el dispositivo descrito por Apiano (punto 7 en la fig. 100); debe de ser contemporáneo de todas estas construcciones (S. Lancel, 1990, pp. 14-18). Finalmente, los claros vestigios de la muralla reconocida primero por el doctor Carton en la orilla norte del lago de Túnez, y parcialmente descubierta durante las excavaciones terrestres y lacustres que realizó el ejército en este sector a principios de los años cincuenta, también deben de pertenecer a estas últimas reformas (S. Lancel, 1989, pp. 260 y 274-277). Este nuevo muro sur era paralelo a la orilla norte del lago, cuya línea, en su parte sur, aparecía muy por detrás de la línea de época arcaica, lo que da la medida exacta del terreno ganado allí por la ciudad púnica para su desarrollo. Añadamos que esta historia no acabó allí y que en estos últimos años este proceso de «polderización» se ha acelerado ante nuestros ojos.

En un texto que suele relegarse fácilmente al olvido (*De lege agraria*, II, 32, 87), Cicerón dice que Cartago fue destruida a pesar de estar «provista de murallas, rodeada de puertos», *succincta portibus*. El balance que acabamos de presentar, con una porción de hipótesis tal vez demasiado generosa, sólo se refiere a lo que cabe considerar como el sector portuario principal de la ciudad púnica. También se utilizaron otros puertos o fondeaderos que permitían descongestionar el tráfico de las instalaciones portuarias del sur de la ciudad, de

forma más o menos importante según la orientación de los vientos. Contamos con datos fidedignos de finales del siglo IV de nuestra era, a partir del conmovedor relato que hizo san Agustín de su viaje a Roma en el 383 (*Confesiones*, V, 8, 15). Como su madre Mónica no quería verlo partir, en el momento de embarcar para Ostia fingió que acompañaba a un amigo y convenció a su madre de que pasara aquella noche en la capilla de San Cipriano, muy cerca del barco, y mientras ella estaba rezando, él se embarcó. Hoy sabemos que esta *memoria Cypriani* se identifica con una basílica descubierta hace años en los altos que dominan la llamada hondonada de Amílcar, fuera de la muralla de Teodosio de principios del siglo V y, por consiguiente, fuera también de la ciudad de época romana y probablemente extramuros también, en el norte, del principal núcleo urbano de la ciudad púnica. Pero acabamos de ver que al sur, antes del último despliegue de la fase final, los puertos quedaron mucho tiempo fuera del recinto de la Cartago púnica. Entre la hondonada de Amílcar y el pequeño promontorio de Bordj Djedid, el doctor Carton reveló, confirmando las observaciones de los oficiales de marina Courtet y Roquefeuil, que en época romana existían dársenas relativamente bien protegidas (L. Carton, 1911, pp. 230-234). Sus comentarios sobre las estructuras de vestigios de muelles y de escolleras que había observado pacientemente, y su comparación entre estos restos y unos segmentos de muros claramente púnicos hallados en la orilla norte del lago de Túnez, sugieren con fuerza, a falta de pruebas, que existieron elementos prerromanos anteriores a las instalaciones portuarias todavía en uso durante el Bajo Imperio, como confirma el embarque de Agustín en el año 383.

Debemos también al doctor Carton una intuición que se ha visto confirmada por las investigaciones más recientes. Se trata de una observación relativa al sector situado inmediatamente al sur del anterior y del pequeño promontorio Bordj Djedid, que alberga actualmente el palacio presidencial de Cartago y sus anexos. Allí se levantó, a mediados del siglo II de nuestra era, uno de los edificios más imponentes de la Cartago romana, las termas de Antonino.

Las excavaciones han revelado que estas termas y sus anexos se construyeron sobre tierras de relleno, dado que la antigua orilla de época púnica discurría junto a un pequeño acantilado todavía visible para quien, saliendo de las termas, y de espaldas al mar, suba al actual parque arqueológico de las termas de Antonino. Por lo tanto, allí arriba hubo en época arcaica una pequeña ensenada, evidentemente menos profunda de lo que creyó el doctor Carton, pero bien protegida de los vientos del noreste por el imponente muelle del «cuadrilátero de Roquefeuil», llamado así por el oficial de marina que, a principios de este siglo, reconoció sus estructuras, cuyo estado original se atribuye a época púnica (fig. 103). Las profundas modificaciones acaecidas en esta parte del sitio desde época romana excluyen toda posibilidad de hallar algún día vestigios de una estructura portuaria, pero puede afirmarse, sin gran riesgo de error, que esta escotadura de la orilla, situada al norte del sitio urbano de época púnica arcaica, que linda con necrópolis utilizadas hasta el siglo V a.n.e., tuvo que constituir un atracadero de enorme importancia.

Finalmente, cuando se sabe en qué medida la toponimia refleja el perma-

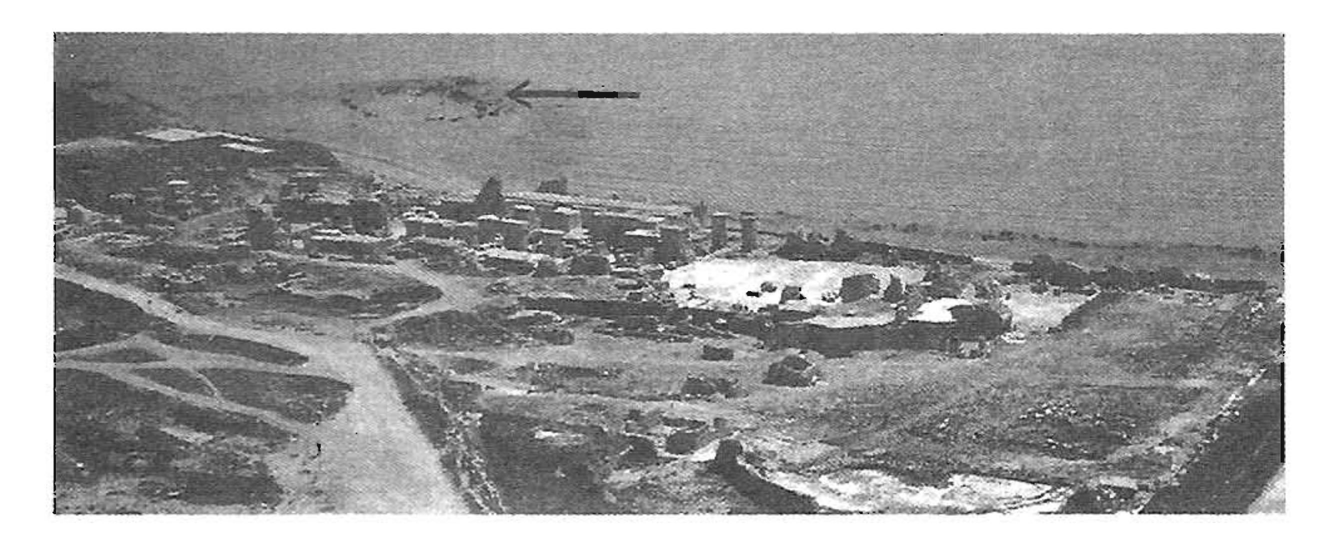


FIGURA 103. El «cuadrilátero de Roquefeuil», protección de una ensenada antigua, a poca distancia de las termas de Antonino.

nente uso funcional de los lugares a través de los siglos, no podemos por menos que evocar las amplias playas arenosas de La Marsa. Allí, a más de tres kilómetros al norte de la primera Cartago, en la costa marítima de lo que más tarde será el barrio suburbano de Megara, en el interior del gran recinto de la ciudad púnica, la playa, algo inclinada, pero muy transitable cuando los vientos son del sur o del oeste, ofrecía a los barcos de cabotaje y a las pequeñas naves mercantes unas facilidades cuya vigencia ilustra perfectamente su actual nombre de La Marsa, «el puerto».

Capítulo VI

ASPECTOS RELIGIOSOS

No resulta en absoluto paradójico incluir entre las bases del poderío de Cartago, al mismo nivel que la marina de guerra, los aspectos religiosos de la civilización púnica. La referencia a su universo religioso, tal vez mayor incluso que en los demás pueblos del mundo clásico entre los que Cartago se desarrolló, constituyó para los púnicos la base principal de una unidad que su omnipresencia en todo el perímetro del Mediterráneo occidental hacía difícil. Resulta interesante constatar que, en una ciudad cada vez más penetrada por el helenismo, dos elementos esenciales de su identidad cultural pudieran resistir eficazmente: primero la lengua, pero también la religión.

Veremos que esta continuidad se manifestó ante todo a través de la fidelidad, hasta la caída de Cartago, hacia una práctica terrible que, mediante el sacrificio de sus hijos, consagraban las familias a sus dioses en carne y sangre. Pero esta práctica, sin paralelo en ningún otro lugar ni época, no es sino el aspecto más espectacular de las manifestaciones religiosas de un Estado que puede considerarse teocrático, cuyos embajadores iban regularmente a rendir culto a Melqart de Tiro, la metrópoli, y cuyos generales ofrecían sacrificios solemnes a los dioses antes de dar cualquier paso. Un Estado donde el culto estaba reglamentado por los poderes públicos, donde estos mismos construían santuarios, y que, cuando las divinidades extranjeras fueron introducidas en la ciudad, lo hizo de forma oficial, como en el caso de las diosas sicilianas Deméter y Koré a principios del siglo IV (Diodoro, XIV, 77, 5). Y los cartagineses no fueron menos religiosos en privado: baste recordar la abundancia de nombres «teóforos» dados por los padres a sus hijos, que marcaban entre los dioses y los seres humanos unas relaciones de dependencia, o al menos de protección, sin equivalente en la onomástica de los cultos clásicos. Aunque la historia haya retenido sobre todo uno, en los anales de los semitas de occidente abundan los personajes con el nombre de Aníbal («aquel que tiene el favor de Baʿal»). Asdrúbal es «aquel que cuenta con la ayuda de Baʿal». Tras los numerosos Amílcar de los textos clásicos se esconde Abdelmelqart, el «consagrado al servicio de Mel-

qart». Y Eshmún y Astarté figuran también profusamente en la composición de muchos nombres púnicos.

Esta onomástica púnica, alimentada sobre todo por las inscripciones votivas del tofet, es incluso una de las fuentes de nuestro conocimiento del «panteón» de Cartago. Pero esta fuente no debe utilizarse a la ligera. Porque, si bien estas inscripciones votivas se fechan en su mayoría en los últimos tiempos de la Cartago púnica (siglo III y principios del II), el material onomástico de que son portadoras parece profundamente conservador, por no decir arcaico. Los elementos divinos predominantes en ellas son los nombres de las viejas divinidades fenicias en su mayoría de Tiro: Melqart, Astarté y Eshmún. Porque si bien las dedicatorias de estos mismos exvotos muestran en su época el aplastante predominio de Tanit y de Ba'al Hammón en la religión cartaginesa, sólo se han podido descubrir cuatro casos con el nombre de la primera entre los nombres de los consagrantes. En cuanto a la forma completa del nombre divino de Ba'al Hammón, está ausente de esta onomástica, aunque sea lícito intentar identificarlo —con los Aníbal y los Asdrúbal que acabamos de evocar— bajo la forma abreviada del impersonal Ba'al (G. Halff, 1965, p. 65).

Pero aunque sea lícita, la hipótesis no está asegurada. Ba'al, en las lenguas semitas, significaba —y significa— «amo», «señor», a veces «ciudadano» en sentido político. La palabra se sitúa así en una gama semántica muy amplia, que va desde el registro divino hasta el uso laico y profano. Para seguir con el ámbito religioso, varios determinativos concretan las atribuciones de los «Ba'alim» en los panteones semitas: Ba'al Shamin, el «señor de los cielos» (el *dominus caeli* de san Agustín, que conocía su existencia), podría ser el Zeus griego cuyo nombre aparece invocado en primer lugar en el famoso juramento de Aníbal, del que hablaremos más adelante; Ba'al Magonim, el «señor de los escudos», puede ser Ares, que figura también en el texto del juramento. Otro documento —del que nos ocuparemos a continuación—, de hecho una lista de sacrificios encontrada en Marsella pero original de Cartago (*CIS*, 165), hace referencia al templo de un dios llamado Ba'al Safón, desconocido para los fenicios de Oriente.

BA'AL HAMMÓN

Ninguno de estos «señores» tuvo en Cartago la omnipresencia y al parecer la omnipotencia de Ba'al Hammón, destinatario, junto con su paredro Tanit, de miles de exvotos del tofet. Estas atestaciones no se limitan a la metrópoli púnica: el dios figura también con frecuencia en las estelas y en las dedicatorias del África púnica, desde el territorio de la actual Túnez hasta Constantina, en Argelia. Fuera de África, Ba'al Hammón aparece en inscripciones de Sicilia, de Cerdeña y de la isla de Malta, es decir, en territorios sometidos a los púnicos desde época muy temprana. Esta dispersión geográfica limitada, pero clara, confirma su identidad cartaginesa durante mucho tiempo, aunque se conozca de antiguo el origen sirio-fenicio del dios, confirmado además por descubrimien-

tos recientes de atestaciones inéditas en Tiro, la metrópoli de Cartago (P. Bordreuil, 1986, p. 71).

Con todo, pese a esta enorme cantidad de datos, la divinidad sigue siendo en parte misteriosa. Por ejemplo, la parte personal de su «teónimo» (Hammón: ḤMN) sigue planteando problemas. Una mayoría cree poder relacionarla con la raíz *hmm, que expresa en semita la idea de calor. Es el caso, por ejemplo, de la identificación de Ba'al Hammón como el «señor del altar de los perfumes» (G. Ch. Picard, 1954, p. 59). Otros, en una dirección totalmente diferente, buscaron una explicación toponímica para este determinativo. Esta hipótesis ya antigua se basa en el descubrimiento de dos textos pertenecientes a dos hermenéuticas distintas: uno, hallado en Massoub, cerca de Tiro, contiene las palabras B'L ḤMN (que habría que traducir más bien por «los ciudadanos de Hammón», donde este último término señalaría en realidad el nombre de un lugar); el segundo texto daba a conocer en 1902, en Zincirli, al sureste de Turquía, en el golfo de Alejandreta, un antiguo dios Ba'al ḤMN (la inscripción se fecha a finales del siglo IX), que inmediatamente se relacionó con el monte Amanus de aquellos parajes. Pero ¿qué habría predestinado al «Señor del Amanus» a convertirse en señor divino de Cartago? No ha faltado la objeción de la distancia, de la escasa relación entre Cartago y esta región situada más allá de Antioquía, que linda al norte con el mundo semita clásico (M. Le Glay, 1966, p. 440).

Es mejor, pues, volver a la raíz *hmm, al «estar caliente», «estar ardiendo» ya mencionados. Y, si no es el «señor del altar de los perfumes», Ba'al Hammón podría ser el «señor de las ascuas», posibilidad que adquirió consistencia desde que el descubrimiento del tofet en 1922 propiciara la relación privilegiada entre el nombre del dios y el ritual de inmolación por fuego. Y como los símbolos solares suelen estar asimismo asociados a Ba'al Hammón, tanto en algunas estelas de época púnica como en estelas de época romana consagradas a Saturno, su sucesor, se aceptará la idea de que el determinativo mencionado pueda, de forma ambivalente, hacer referencia al fuego solar y al fuego de los sacrificios.

Pueden barajarse también otras posibilidades, aunque sólo sea por el rechazo que despierta esa asociación entre el dios de Cartago y aquellas siniestras hogueras. Recientemente, un distinguido semitista ha propuesto reexaminar el determinativo a partir concretamente de las estelas cartaginesas *CIS*, I, 404 y 405, donde el paredro masculino de Tanit aparece designado sólo con el nombre de ḤMN, lo que hace más difícil su identificacion con «ascua» y parece excluir un origen toponímico de este apelativo usado de esta forma. A partir de aquí, y descomponiendo las tres letras en dos elementos, ḤM-N, aparece una fórmula que significaría «a nuestro protector» (M. H. Fantar, 1990, pp. 74-75). No es seguro que esta ingeniosa sugerencia atraiga a los especialistas y ponga punto final a una discusión que se complica más aún con la hipótesis —ya vieja, pero que resurge de vez en cuando— de la identificación de Ba'al Hammón con el dios egipcio Ammón, cuyo culto se extendió a través de las rutas de caravanas y los oasis de la Cirenaica y la Tripolitania hasta los

libios, antes de la colonización fenicia, favoreciendo sin duda una asimilación de la divinidad de Tebas, cuyo animal totémico era el carnero indígena libio. De hecho pudo producirse un fenómeno de sincretismo entre el Ammón egipcio y el Ba'al Hammón fenicio, dioses solares ambos, sobre todo en la Tripolitania, donde la implantación de la divinidad egipcia y su confusión con un dios indígena venía de antiguo (M. G. Amadasi-Guzzo, 1984, pp. 195-196). Con el debilitamiento progresivo en la lengua púnica de la gutural fuerte de la inicial H, la confusión afectó también a la pronunciación, primero muy nítida, y luego a la transcripción de los dos nombres divinos. Recordemos al respecto que la grafía moderna corriente de Ba'al Hammón (para Hamón) está a su vez influida por el redoble de la labial en nuestras transcripciones de Zeus o de Júpiter Ammón.

Una monografía que acaba de aparecer bien pudiera constituir la última palabra sobre Ba'al Hammón. Tras un análisis riguroso de los datos literarios y epigráficos relativos al dios y concretamente a su apelativo ḤMN, el autor rechaza las interpretaciones ya propuestas de esta parte distintiva del teónimo: no es el Amanus, ni ningún otro lugar, ni tampoco las «ascuas» ni «el altar de los perfumes», sino que ḤMN significaría «baldaquín» o, de forma metonímica, «capilla» o «pequeño templo» (P. Xella, 1991, pp. 222-234). Al aceptar instalarse en este tipo de «morada» hecha para él por los hombres, sus fieles, tanto a nivel de la ciudad como a nivel doméstico, el dios adopta la figura de una divinidad paternal y real, protectora del poder pero también garante de la descendencia y de la continuidad de las familias. Al lado de Melqart, «dios de la expansión fenicia, divinidad que amplía continuamente el horizonte, que abre la vía al enriquecimiento de la experiencia humana», Ba'al Hammón sería el garante de la continuidad, el guardián de los valores eternos.

Ba'al Hammón, asociado a Tanit, tuvo ciertamente que responder a muchísimas expectativas y colmar montones de esperanzas para justificar tantos sacrificios en el tofet. La fórmula ritual que los consagrantes hacían grabar en la estela, siempre la misma («por haber atendido su deseo»), no aporta por desgracia ninguna precisión sobre las virtudes y poderes del dios. Que fue el supremo recurso de la ciudad en sus días de desgracia es algo que puede deducirse de un texto de Diodoro que nos dice que durante la expedición de Agatocles, muy a finales del siglo IV, los cartagineses decidieron sacrificar oficial y colectivamente varios cientos de hijos de las mejores familias para obtener los favores del dios que el historiador griego llama Cronos (Diod., XX, 14, 4). El que la arqueología no haya confirmado hasta el momento sobre el terreno la realidad de estos sacrificios colectivos no invalida totalmente este testimonio. En él se evoca al dios con su nombre griego. Resulta un tanto paradójico que podamos comprender mejor los atributos y los poderes de Ba'al Hammón a partir del travestismo de la *interpretatio Graeca*, y sobre todo, tras la caída de Cartago y la extraordinaria supervivencia del dios, a partir de su *interpretatio Romana*, con los rasgos del Saturno africano (cf. *infra*, p. 387). A su función de protector y garante de la prosperidad de la ciudad se añadía una función de regeneración y de fecundación que son también funciones de un dios *frugifer*. La personalidad divina de Ba'al Hammón era rica y compleja.

Durante siglos la iconografía de Baʿal Hammón fue incierta. Las modalidades de su representación obsesionaron las imaginaciones desde la Antigüedad, puesto que Diodoro, en el texto citado, propuso una imaginería que se haría muy popular en los tiempos modernos gracias a la brillante utilización que Flaubert hizo de ella en *Salambó*: la estatua de bronce, con las palmas de la mano abiertas, dejando deslizar los cuerpos de los niños sacrificados en la fosa llena de carbones ardiendo. Inútil añadir que ningún documento arqueológico ha confirmado esta imagen. Fue necesario esperar hasta mediados de este siglo para que un descubrimiento de Cintas en el tofet de Susa pusiera al arqueólogo en presencia de una figuración de época púnica «clásica» (está fechada aproximadamente en el siglo V o IV a.n.e.). Este fragmento de estela que parece haber desaparecido desde entonces muestra a la divinidad de perfil derecho sentada en un trono flanqueado de esfinges aladas. El dios lleva una tiara cónica bastante alta, según la moda oriental, y tanto la barba como su larga túnica ofrecen una iconografía típicamente fenicia. Con su mano izquierda sostiene una lanza erguida, mientras que con la derecha parece bendecir a un fiel (¿o un sacerdote?) representado de pie ante él a escala bastante reducida (fig. 104). La escena parece representada en el marco de una capilla o un templo, donde reconocemos los elementos de una columnata y, sobre una pequeña bóveda, un disco alado flanqueado por *uraei* subraya el carácter solar de Baʿal Hammón. En esta misma tradición iconográfica se sitúa un pequeño monumento de terracota de época romana (siglos I o II de nuestra era), encontrado a principios de este siglo en las ruinas de un templo de Thinissut, cerca de Bir-bou-Rekba, en el cabo Bon. El dios aparece también sentado en un trono que flanquean dos esfinges. También lleva barba, pero en lugar de la tiara cónica lleva o una corona de plumas, o una especie de tiara cilíndrica acanalada, y su amplia y larga túnica sigue la moda oriental (fig. 104). Con algunas diferencias, que atestiguan plásticamente la distancia respecto de las representaciones más fielmente orientales, como el fragmento de Susa, esta estatuilla evidencia la persistencia del culto al dios en una de las provincias más bellas del antiguo territorio púnico.

Tanit

El pequeño monumento de Thinissut se descubrió en las ruinas de un santuario dedicado a la vez a Tanit, convertida en *Caelestis*, y a Baʿal. Unos fragmentos epigráficos en lengua latina encontrados en el emplazamiento del tofet de Salambó hacen pensar que en época romana hubo en este sector un templo a Saturno, en el emplazamiento mismo —o cerca— del templo a Baʿal Hammón cuya existencia se supone. Según el famoso manuscrito de Heidelberg, fue en este templo de Baʿal Hammón —¿pero era el del tofet?— donde Hannón habría depositado la larga inscripción que relataba su memorable expedición por las costas occidentales de África (*supra*, p. 103).

En la dedicatoria del templo neopúnico de Bir-bou-Rekba, el nombre de



FIGURA 104. Dos imágenes de Baʿal Hammón. Arriba, estela de Susa; abajo, terracota de Thinissut.

Tanit viene a continuación del de Baʿal. Pero en los exvotos del tofet de Cartago, y en los miles de textos que abarcan dos o tres siglos, la divinidad femenina aparece preeminente, con el nombre de TNT PN BʿL, título que se suele traducir por «Tanit faz de Baʿal». Existe cierta incertidumbre respecto de la vocalización de este teónimo: aparece con este mismo esqueleto consonántico *Tnt* en un *ostrakon* de Sidón fechable a principios del siglo V, *grosso modo* la época en que Tanit comienza a manifestarse en Cartago. De hecho, la vocalización más probable de TNT sería *Tinnit*, como muestra una transcripción griega hallada en El Hofra, cerca de Constantina. La vocalización Tanit, más habitual, procede en gran parte ¡de la novela de Flaubert! Por lo que respecta al calificativo «faz (o delante) de Baʿal», recuerda al que vincula, en algunas ciudades fenicias, a otra pareja divina formada por Baʿal y Astarté. Pero el hecho de que Tanit aparezca en cabeza en los monumentos púnicos es una situación original, propia de Cartago.

A falta de confirmación de Tanit en Oriente, se creyó durante mucho tiempo que la Astarté oriental devenía Tanit en Cartago (D. Harden, 1962, p. 88). Opinión que se vería reforzada por la escasez y el carácter tardío de los documentos cartagineses relativos a Astarté, que sin embargo hablan de un templo a esta diosa y de una sacerdotisa de la Astarté de Eryx, la futura Venus Ericina de los latinos. De todos modos, aunque ambas diosas posean caracteres parecidos, como los principios de maternidad y de fecundidad, la identificación de Tanit en las culturas clásicas, como Hera entre los griegos y Juno Caelestis entre los latinos, le asegura una personalidad bien diferenciada.

Hace poco se quiso establecer una relación ya no entre Tanit y Astarté, sino entre la diosa de Cartago y otra gran diosa ugarítica, ʿAnat (F. O. Hvidberg-Hansen, 1979). Esta tesis se basaba en un análisis filológico que llevaba a su autor a reconocer en el teónimo Tanit el nombre de la diosa ugarítica precedido del prefijo libio-bereber **ta-*, que es la marca del femenino en las lenguas indígenas de África del Norte. Tanit sería así el producto de una aculturación, de la «africanización» de una divinidad fenicia. Pero Tanit no otorgó sus favores al autor de esta ingeniosa hipótesis, porque en el momento mismo de su formulación se descubría en el sitio fenicio de Sarepta, a unos quince kilómetros al sur de Sidón, una inscripción fechable a finales del siglo VII o principios del VI que menciona *Tnt-ʿstrt*, es decir, el nombre de Tanit asociado al de Astarté (J. B. Pritchard, 1978, pp. 131-148). Esta inscripción en marfil, más antigua que el *ostrakon* de Sidón ya citado, es por el momento la constatación oriental más antigua de Tanit y excluye definitivamente por su misma fecha una elaboración norteafricana del nombre y de la personalidad de la diosa.

En un contexto todavía poco conocido todo nuevo documento reactiva interrogantes e hipótesis. Es el caso del marfil grabado de Sarepta, que contiene la dedicatoria de una estatua «a la Tanit de Astarté»: al parecer es así, en una relación de genitivo, como hay que entender la yuxtaposición de ambos nombres divinos. Recientemente también se ha asociado el nombre de Tanit a una raíz semita que significa «llorar, lamentarse», para interpretar el término como significando «plañidera ritual» (E. Lipinski, 1987, pp. 29-30). La «Tanit de As-

tarté» de Sarepta sería (en origen) la «plañidera ritual de Astarté», pero este título se habría convertido más tarde en una hipóstasis divina, lo que explicaría que Tanit estuviera asociada a Astarté en el culto celebrado en el santuario de Tas es-Silg, en Malta, y que un santuario en la misma Cartago estuviera dedicado a Astarté y a Tanit del Líbano (*CIS*, I, 3914).

Si nos atenemos a este proceso de explicación, *Tanit pene Ba'al* («Tanit faz de Ba'al») pudo denotar primero a la sacerdotisa que se lamenta delante de Ba'al, antes de que el título ritual se convirtiera en un teónimo para designar, bajo el nombre de Tanit, una hipóstasis de Astarté. Y vemos que mediante un inesperado rodeo y justificaciones suplementarias reencontramos la intuición de los que no hace mucho creían en la existencia de un fuerte vínculo entre Astarté y Tanit.

El «signo de Tanit»

Al abordar la iconografía de la diosa, ¿entramos en un terreno más sólido? A diferencia de la iconografía de Ba'al Hammón, poco documentada pero clara, la de su paredro divino es abundante, aunque problemática. Entramos aquí en las cuestiones relativas a lo que se conoce como el «signo de Tanit», un símbolo descubierto en miles de ejemplares, sobre todo en estelas, pero también en figurillas, amuletos o pavimentos de mosaico (fig. 105), e incluso en fragmentos de cerámica donde aparece grabado a punta seca, como un grafito (fig. 106). Con múltiples variantes en sus detalles, reproduce un esquema simple, un triángulo (a veces, muy pocas, un trapecio) en cuyo vértice descansa una barra horizontal (a veces con los extremos levantados), a su vez coronada por un círculo o un disco. El conjunto sugiere la silueta estilizada de una figura femenina representada de frente y con los brazos extendidos. Y en algunos casos —muy raros— la suma de detalles significativos obliga a una lectura antropomórfica.

El origen de este «signo de Tanit» ha suscitado numerosas discusiones. A veces se ha querido ver en él una deformación del *ankh*, la cruz ansada egipcia, símbolo de vida, y no es imposible que bajo la estilización del «signo de Tanit» subyazca el ideograma egipcio (A. M. Bisi, 1982, pp. 62-65). Hoy se tiende a creer que el signo procede de una esquematización de la representación realista ya sea de la imagen sirio-cananea de la diosa desnuda y de frente que se aprieta los senos, ya sea de la imagen de las hieródulas de brazos extendidos, ambas frecuentes en Oriente a finales de la edad del Bronce (S. Moscati, 1972, pp. 371-374; 1981, pp. 107-117). Queda el difícil problema de su cronología y de las razones de esta esquematización. Todo tiende a hacernos creer que esta abstracción corresponde a la necesidad de expresar mediante un símbolo simple, pero profundamente polisémico, una pluralidad de intenciones o de implicaciones religiosas: el «signo de Tanit», en todas sus variantes, es a la vez el emblema de un o una orante, o el de la divinidad destinataria de la oración; en él puede verse el bosquejo de un cipo-altar (en su parte inferior), la simbolización del

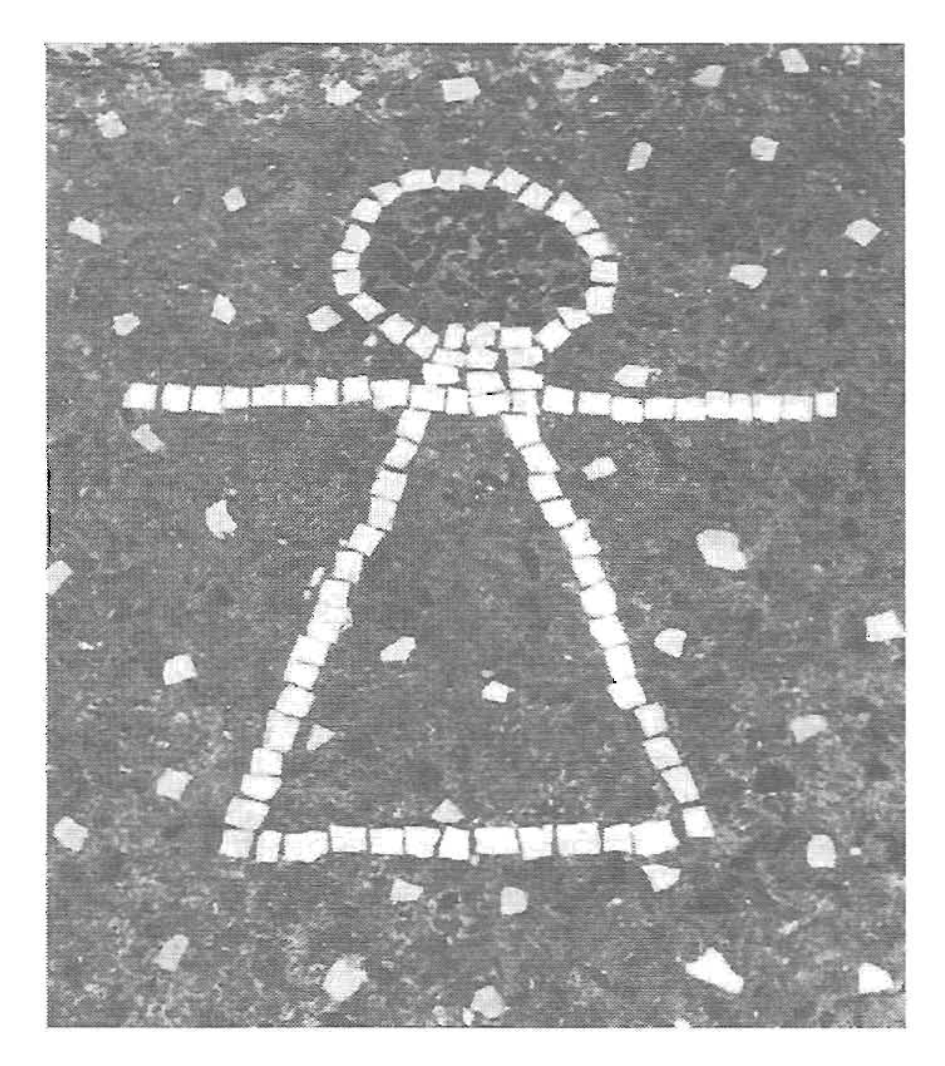


FIGURA 105. Signo de Tanit sobre un pavimento mosaico, en Kerkouane.

creciente lunar y del disco solar (en su parte superior) (P. Cintas, 1968, pp. 9-10). También se ha querido reconocer en él una creación original de la elite sacerdotal de Cartago, fechable en los primeros años del siglo IV a.n.e. (C. Picard, 1968, pp. 77-78). Pero esta hipótesis, además de resultar bastante increíble —es como imaginar reunida a una cofradía religiosa antigua para crear la simbolización de un culto y de una diosa, es decir, lo que hoy llamaríamos un «logo», como una vulgar oficina moderna de estudios publicitarios—, da por hecho que la primera manifestación del signo tuvo lugar en Cartago, premisa que no podía sobrevivir a los descubrimientos recientes de indiscutibles «signos de Tanit» en Oriente, especialmente el hallazgo realizado en 1972 en Akziv, Israel, de dos figurillas con el signo, y fechables en el siglo V a.n.e. (G. Benigni, 1975, pp. 17-18).

Otro semitista se arriesgó a conjeturar que Cartago pudo adoptar a la sidonia Tanit, hipóstasis de Astarté, a raíz del paso de la monarquía a la oligarquía, distanciándose así de Tiro, donde Melqart seguía ostentando el primer rango, como antes lo hiciera Baʿal Hammón en Cartago (G. Garbini, 1981, pp. 34-36). Esta evolución política —si es que puede hablarse de «monarquía» en Cartago: sabemos que la cuestión es polémica— acaeció en la metrópoli púnica hacia finales del siglo IV o principios del III, es decir, en una época notable-

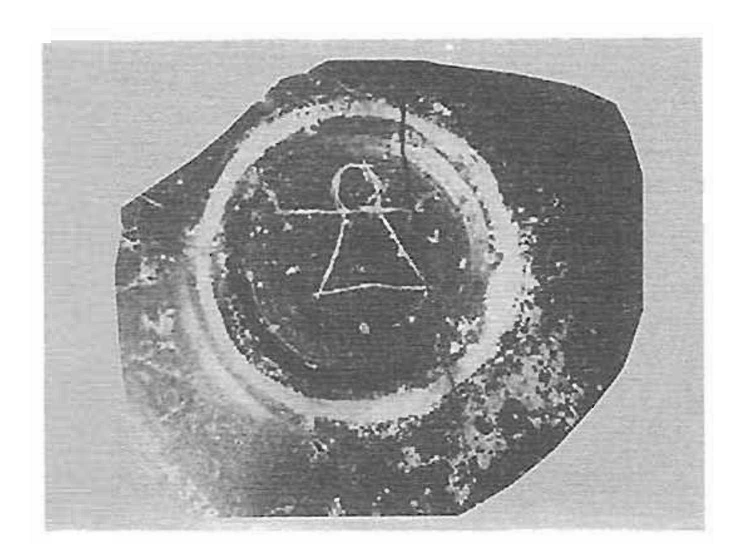


FIGURA 106. Signo de Tanit inciso en el pie de una cerámica de barniz negro.

mente posterior a las primeras apariciones del «signo de Tanit». Pero no es seguro (y no es uno de los problemas menores que se plantean al intentar resituar el símbolo más concretamente en el contexto religioso púnico) que este signo deba asociarse concreta y exclusivamente a la diosa. Y hay que añadir que en las estelas dedicadas a Tanit y a Baʿal Hammón también figuran otros símbolos no menos esquemáticos con variantes susceptibles asimismo de interpretaciones diversas. Citemos en concreto el «signo de la botella», que podría ser la representación simbólica del niño-héroe tras su paso por el fuego del sacrificio molk (fig. 107). Además de este simbolismo asociado más o menos directamente a la diosa, la iconografía de Tanit comprende también otras representaciones, donde destaca su asimilación con la Isis egipcia, como por ejemplo en una estela de Susa (P. Cintas, 1947, pp. 20-22) fechada en el siglo V (fig. 108).

MELQART

Tanit y Baʿal Hammón se imponen a cuantos se interesan, aunque sea fugazmente, por el panteón púnico, tanto por su preeminencia como por el carácter masivo de los testimonios, hasta llegar incluso a eclipsar a las demás divinidades procedentes del más antiguo trasfondo religioso semita.

Pero sería un error creer que un dios como Melqart, asociado a Cartago —tras serlo a Tiro y a Gades— desde el episodio de la fundación de la ciudad, pudiera desaparecer totalmente del horizonte de la piedad púnica. Lo cierto es que el «Rey de la Ciudad» (significado del teónimo Melqart), cuyo culto se inscribía en el simbolismo del poder real, no pudo quedar al margen de las evoluciones políticas, en un sentido «democrático», acaecidas en Cartago hacia finales del siglo IV. Melqart mantuvo un lugar destacado en el panteón púnico. Se sabe que tenía en Cartago un templo, no localizado (*CIS*, I, 4894 y 5575); con el dios Sid formaban en la ciudad una pareja divina, uno de cuyos servido-

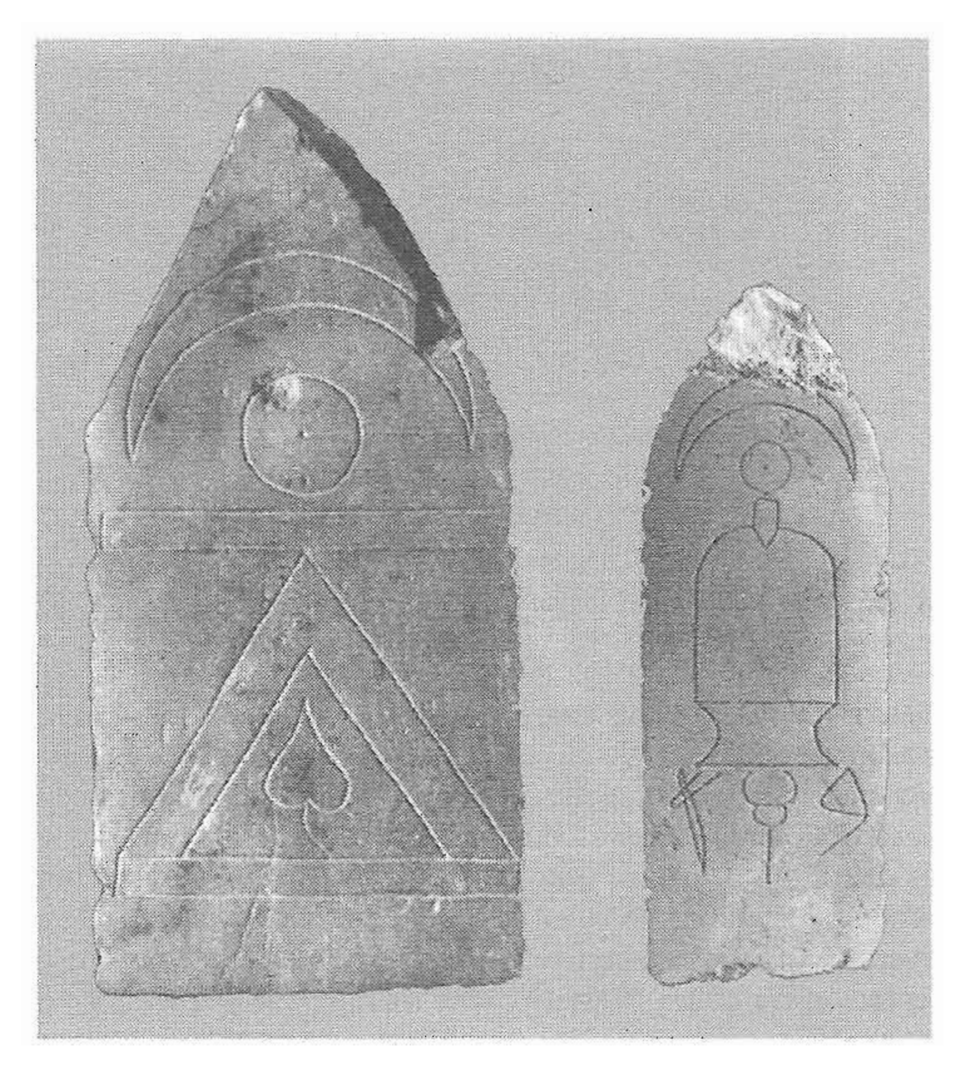


FIGURA 107. Signo de Tanit (a la izquierda) y «signo de la botella» en estelas de Cartago.

res aparece en una inscripción (*CIS*, I, 256); bajo la forma de Milkashtart sigue asociado a Astarté, como en el resto del mundo fenicio-púnico (*CIS*, I, 250, 2785, 4839, 4850, 5657). Vimos que su lugar en la onomástica cartaginesa confirmaba su permanencia en el fervor popular, pese al carácter conservador de la onomástica y los desfases que implica.

En Tiro, la ceremonia principal del culto a Melqart consistía en lo que las fuentes griegas llaman la *egersis*, es decir, el «despertar» o la resurrección del dios, que venía precedida de su inmolación en la hoguera. Un rito así supone la participación de oficiantes, a cuya cabeza pudo situarse en el mismo Tiro posiblemente la persona del rey en su calidad de heredero y sustituto del dios (C. Bonnet, 1988, pp. 174-179). Y aunque no existen datos para la ciudad fenicia, el título de «resucitador de la divinidad, esposo de Astarté» figura varias veces en las inscripciones de Cartago, con indicaciones que hablan en favor de la relación de este título con el culto de Melqart (*CIS*, I, 227, 260-262, 377, etc.; M. G. Amadasi-Guzzo, 1967, ap. 4). Entre sus oficiantes se cuentan varios sufetes y grandes sacerdotes, señal de que la ceremonia de la resurrección del dios en Cartago estaba rodeada de fasto y era fuente de prestigio.



FIGURA 108. Tanit en una estela del tofet de Hadrumeto (Susa).

A finales del siglo II de nuestra era, un escritor cartaginés de lengua latina, uno de los testimonios de la persistencia de la cultura púnica en África del norte, Tertuliano, cuenta que, en un escenario teatral, vio quemar vivo a un personaje que había adoptado el semblante de Hércules (*Apol.*, XV, 5; *Ad. nat.*, I, 10, 47). Se ha querido ver en esta escenografía el rito de inmolación de Melqart antes de su regeneración, aunque subrayando la dificultad para delimitar, en esta época tardía, la parte correspondiente al dios fenicio y la que corresponde a Heracles/Hércules, cuya gesta contiene asimismo la inmolación en la hoguera, en la Oeta (C. Bonnet, 1988, pp. 172-173). Es evidente que la historia mítica y la historia real de Cartago están marcadas por estas inmolaciones por fuego, desde Dido-Elisa, en los orígenes de la ciudad, hasta la mujer de Asdrúbal, el último día de Cartago, en la primavera del año 146 a.C. (Apiano, *Libyca*, 131), pasando por el Magónida Amílcar, el «rey» vencido en Himera en el 480. Pero tal vez sería erróneo reducir todos estos suicidios rituales en el fuego a un mismo denominador común.

La iconografía de Melqart en Cartago, aunque no abunda, es muy representativa del mestizaje cultural característico de la ciudad púnica, sobre todo durante los dos últimos siglos de su existencia (fig. 109). En efecto, en ella ve-

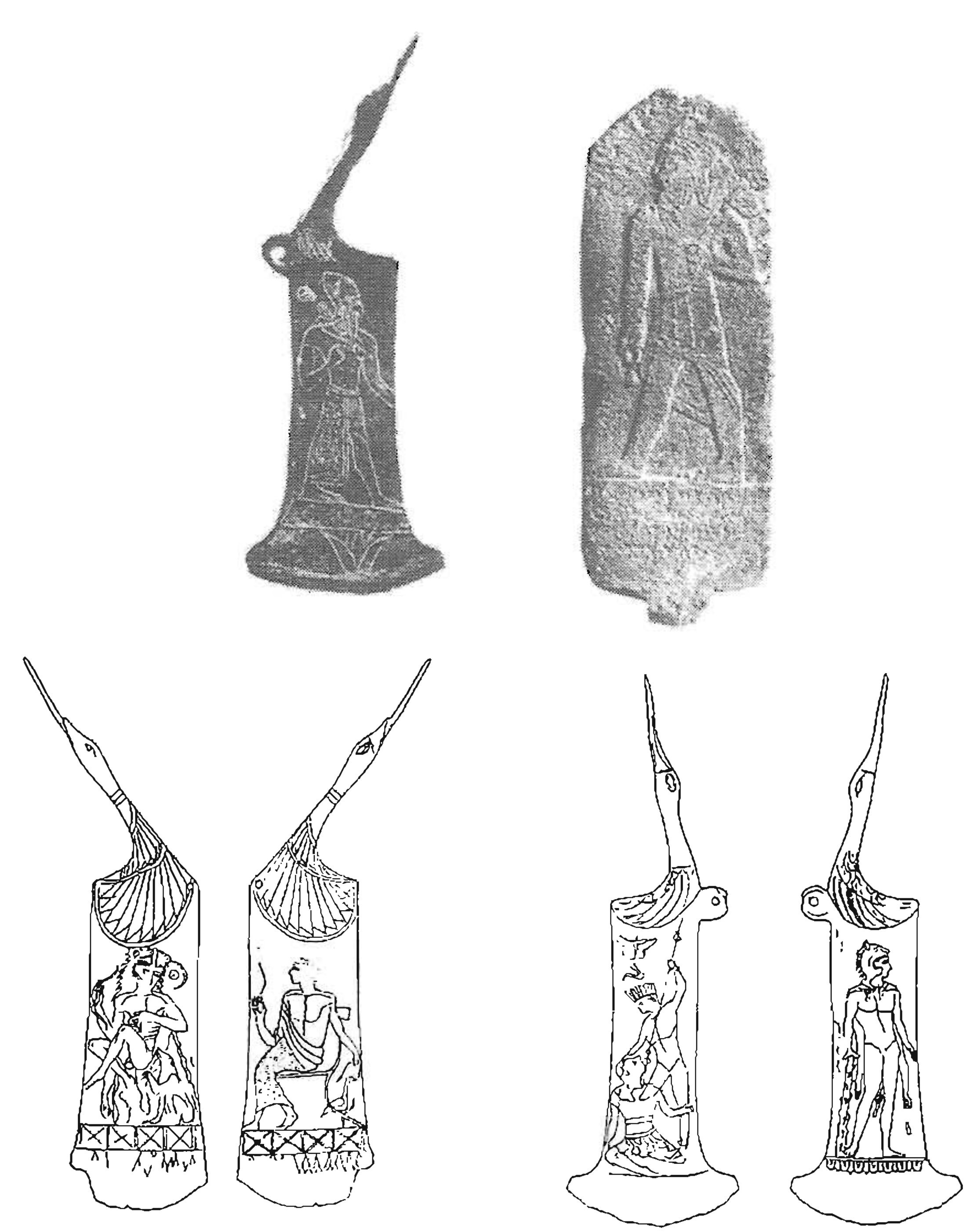


FIGURA 109. Imágenes de Melqart. Arriba a la derecha, estela de Alepo.

mos coexistir la tradición oriental y las adaptaciones introducidas por el helenismo mediante la asimilación de Melqart con Heracles. Esta coexistencia de dos tipos iconográficos en una misma época —aproximadamente el siglo III a.n.e.— es visible en una categoría de objetos rituales cuyo origen primero hay que buscarlo en el Egipto del Nuevo Imperio (J. Vercoutter, 1945, pp. 302-303), pero con una combinación de aportaciones minoicas y helénicas (C. Picard, 1967, p. 80; E. Acquaro, 1971, pp. 186-187) que la convierte en una componente original del ajuar funerario de Cartago, donde está presente desde finales del siglo VII hasta los últimos días de la ciudad: las «navajas de afeitar» de bron-

ce, casi siempre con decoración incisa y grabada, que en cambio no aparece en sus homólogos egipcios. Por ejemplo, una navaja de afeitar de época bárcida, procedente de la necrópolis de Sainte-Monique (fig. 109), muestra al dios de pie en una especie de podio sobre una flor de loto, tocado con una tiara o sombrero cónico, y una larga túnica abierta, sosteniendo con la mano derecha un «hacha calada» que descansa en su hombro. Encontramos estos mismos elementos (incluida la flor de loto, símbolo de resurrección) en una estela hallada cerca de Alepo, mucho más antigua (finales del siglo IX a.n.e.), donde la imagen de Melqart es identificable como tal gracias a la inscripción que figura en el registro inferior (A. Lemaire, 1984, pp. 337-349). Otras dos navajas de afeitar de la misma época procedentes de la misma necrópolis confirman la helenización concomitante de la representación del dios. En una de ellas aparece Heracles-Melqart de pie, desnudo bajo su *leonté* —la piel de león es un atributo de Heracles— apoyado en su maza. En el dorso, el héroe con la tiara de plumas que atraviesa con su lanza a un guerrero arrodillado, no es otro que Sid, otro dios púnico asociado a Melqart en Cartago, lo que confirma que el dios de la *leonté* no es sólo el semidiós griego, sino también Melqart helenizado (fig. 109). En la segunda navaja de afeitar Heracles-Melqart, que apoya su hombro derecho en una maza, está sentado con las piernas cruzadas y una piel de león en la cabeza (fig. 109).

En el dorso está sentado Iolaos, asociado al dios en la leyenda del Heracles tirio. Así pues, aunque parezca que pudo ser la acuñación de Crotona y de Tarento la que proporcionó el tipo iconográfico del reposo de Heracles sentado, en realidad sólo se trata de un «barniz italiota» aplicado al dios cartaginés (C. Bonnet, 1986, pp. 220-222).

LAS DIVINIDADES DEL «JURAMENTO DE ANÍBAL»

Estas representaciones de Melqart halladas en la necrópolis llamada de Sainte-Monique son más o menos contemporáneas de Aníbal. Y se da el caso que los especialistas en religión cartaginesa tienen a su disposición un documento clave para esta época, pero que revela al máximo las dificultades de acceso a una cultura cuyos testimonios han llegado hasta nosotros filtrados por los textos clásicos. Polibio (VII, 9, 2-3) nos ofrece lo que parece ser la traducción griega de un original púnico del tratado concluido en el 215 a.C. entre Filipo V de Macedonia y Aníbal. Para reforzar el juramento, Aníbal y los jefes púnicos presentes a su lado invocan divinidades agrupadas en tríadas: con sus nombres griegos, Zeus, Hera y Apolo; el *daimôn* de los cartagineses, Heracles y Iolaos; y finalmente Ares, Tritón y Poseidón. El debate en torno a la identificación de la mayoría de los dioses mencionados en este texto sigue abierto, y la cuestión principal, la de saber si representan al panteón de Cartago o al panteón personal del jefe bárcida, ha condicionado las propuestas realizadas al respecto. Así, el nombrado en primer lugar, Zeus, debería ser, de acuerdo con la segunda hipótesis, más bien Baʿal Hammón, principal divinidad masculina de

Cartago en época de Aníbal; pero otros especialistas creen que se trata más bien de Ba'al Shamin, el *dominus caeli* tradicional ya mencionado (W. Huss, 1986, p. 223). Hera podría ser Astarté, según la *interpretatio Graeca*, pero también Tanit, que forma pareja con Ba'al Hammón, como Zeus con Hera. Apolo es un problema porque, aunque tradicionalmente se le asimila a Reshef, el dios semita no se documenta en Cartago; aunque Apiano (*Libyca*, 127 y 133) identifica en el 146, en la época de la caída de Cartago, un templo de Apolo cerca del ágora. En la segunda tríada se ha convenido en reconocer a Tanit en el *daimôn*, o divinidad tutelar, de los cartagineses, lo que la excluiría como equivalente de Hera en la primera trinidad; Heracles es evidentemente Melqart y, en cuanto a Iolaos, existe la opción entre el dios Sid y Eshmún, ambos estrechamente relacionados con Heracles-Melqart. Debería eliminarse a Eshmún, cuya versión griega sería Asclepios, pero ello comporta una dificultad evidente: cómo resignarse a no incluir en este juramento solemne a una divinidad cuyo templo, en la colina de Byrsa, era el mayor de Cartago. La última tríada plantea menos problemas. Ares sería Ba'al Haddad, Tritón, Ba'al Malage, y Poseidón, Ba'al Safón. A destacar que esta tercera trinidad es la misma invocada en el siglo VII a.C. en el tratado concluido entre el rey de Tiro y Asarhaddon (C. Bonnet, 1988, p. 182). Podemos concluir con la evidencia del conservadurismo de la lista de Aníbal, que incorpora las divinidades invocadas en un tratado tirio de cuatro siglos atrás, y con la afirmación de que más que al panteón dinástico de los bárcidas, la lista hacía referencia al panteón oficial de Cartago.

EL CLERO CARTAGINÉS

Quien dice dioses dice lugares y prácticas de culto, y clero. Los comentarios anteriores permiten adivinar la importancia del peso social de los sacerdotes (*kohanim*) en Cartago. De este clero, que al parecer fue muy numeroso, tenemos la imagen que nos han dejado las inscripciones (epitafios, exvotos) —respecto a su imagen física, la abordaremos después al hablar de las estelas. Las genealogías que algunas de ellas proporcionan muestran que la dignidad religiosa era privilegio tan sólo de las familias aristocráticas, y que se transmitía de generación en generación, como ciertos cargos públicos. Una estela del tofet menciona diecisiete generaciones de sacerdotes de Tanit. Este carácter hereditario también se confirma en Oriente, donde también debió de coexistir, como en Cartago, con la cooptación, mucho más limitada, de nuevas familias a la gestión de los sacerdocios. Pese al prestigio de que gozaba el clero, no parece que desempeñara un papel importante en el ámbito político. Pero a la cabeza de los sacerdotes de cada templo estaba un «jefe de sacerdotes», o jefe del colegio sacerdotal (*rab kohanim*) con importantes atribuciones: construcción o renovación de santuarios, fijación de las tarifas de los sacrificios. Tales prerrogativas tuvieron necesariamente una notable influencia en la vida económica de la ciudad.

Vimos que el panteón cartaginés era relativamente numeroso, a la vez con-

servador y evolutivo, para no hablar por el momento de la introducción de divinidades extranjeras, como las *Cereres* sicilianas a principios del siglo IV. Cartago no fue, en este sentido, diferente de las demás ciudades del mundo fenicio, donde el orden de prelación de los inmortales y su papel en la ciudad diferían de una ciudad a otra. Cabe imaginar —a falta por desgracia de documentación al respecto— que esta compleja vida religiosa alimentaba las discusiones teológicas en el seno de los colegios sacerdotales. Se ha avanzado incluso la hipótesis de que este clero estaba investido de la misión de conservar y transmitir toda una literatura —en gran parte posiblemente oral— relativa a las tradiciones más antiguas, sobre todo a la reina fundadora, Elisa-Dido (G. Ch. y C. Picard, 1982, pp. 76-77). Hay que reconocer que lo ignoramos prácticamente todo sobre la organización de la vida intelectual en la Cartago púnica. Pero si pensamos en las modalidades de la supervivencia de la cultura púnica en el África romanizada, donde la persistencia de la lengua es paralela a la continuidad de ciertos cultos, puede admitirse que los sacerdotes pudieron realizar en Cartago un papel sobre todo cultural.

Por suerte estamos mejor informados de su papel en el culto. La documentación conservada evoca liturgias rígidas, con detalles que recuerdan la minuciosidad puntillosa de las prescripciones del Levítico. El cumplimiento de los ritos exigía la colaboración de todo un personal que asistía a los sacerdotes y se consagraba a múltiples oficios: en primer lugar los escribas (eran concretamente los garantes de la resistencia de la lengua escrita frente a deformaciones excesivas (C. Bonnet, 1991, p. 158), pero también los ayudantes del culto en sentido estricto: poetas-cantores y músicos —cuya presencia se menciona en una famosa descripción de Diodoro Sículo de la ceremonia del holocausto en el tofet—, encargados de la iluminación, barberos sagrados, y también —y sobre todo— matarifes encargados de matar y descuartizar a los animales para el sacrificio y para otros usos. A imagen del *mageiros* de la Grecia clásica, que solía ser un funcionario público, el sacrificador púnico unía en su persona lo profano y lo sagrado, siendo a la vez matarife y cocinero, pero también sacerdote (S. Ribichini, 1985, pp. 34-35). Las tarifas de los sacrificios de Cartago demuestran no sólo una organización muy precisa del ritual de los sacrificios, que se podían realizar por iniciativa de los fieles al margen, muchas veces, de las fiestas públicas, sino también su función de control alimentario.

El más importante de estos textos, conocido con el nombre de «Tarifa de Marsella» —a partir del nombre de la ciudad donde fue descubierto, aunque en realidad se anunciaba en el templo de Baʿal Safón de Cartago— lleva en la cabecera el término semita *bʿt*, que el contenido del documento ha permitido traducir por «tarifa», pero que podría también significar —la etimología no es clara— «percepción» (P. Xella, 1985, pp. 40-41). Este texto distingue claramente las diferentes clases de ofrendas, sobre todo animales; pueden clasificarse en cinco categorías, según criterios basados en su tamaño y por lo tanto en su importancia alimenticia: los bovinos adultos, las terneras, los ovinos adultos, los ovinos jóvenes y finalmente las aves. Se discute el significado de la palabra *'yl* mencionada en estas listas, que podría designar no el carnero, sino

el ciervo. El reciente hallazgo por parte de la misión alemana de la piel de un ciervo en un depósito de fundación fechado en el siglo III, confirma el posible carácter de víctima ritual del cérvido. No todas las ofrendas eran cárnicas. La «tarifa» menciona también la harina, el aceite, la leche y la repostería, entre otros. Justifica la apelación de «tarifas» dada a estos documentos la precisión con que describen las partes correspondientes al sacerdote y al oferente según el tipo de animal ofrecido y la naturaleza del sacrificio. «Por un buey, dice la Tarifa de Marsella, en sacrificio expiatorio o en sacrificio de comunión o en holocausto: para los sacerdotes diez (siclos) de plata a cada uno. Y, en sacrificio expiatorio, además de esta tasa, les pertenecerá carne de trescientos (siclos) de peso. Y en sacrificio de comunión, la pechuga y el muslo derechos. La piel, las costillas, las patas y el resto de la carne pertenecerán al señor del sacrificio.» El documento preveía también los posibles abusos de los sacerdotes: «Todo sacerdote que percibiera una tasa distinta de la fijada por esta tabla será multado».

Conocemos el aspecto físico de estos sacerdotes por su representación en las estelas. Primero su forma de vestir: una larga túnica «talar» hasta los pies, que tapaba al parecer un taparrabos, y que pudo ser de lino. Así aparece el «sacerdote con el niño» en la famosa estela de piedra caliza gris conservada en el museo del Bardo, en Túnez (fig. 122, *infra*), y cuyo hallazgo decidió a F. Icard a emprender la excavación del tofet en vísperas de la Navidad de 1921. En otra estela procedente también del área del tofet, la túnica sacerdotal de lejano origen egipcio con un personaje representado en oración, las palmas hacia delante y cabeza descubierta, tiene bordado un «signo de Tanit» en el que podría reconocerse un carácter litúrgico específico (fig. 110). Ambos personajes aparecen imberbes y con la cabeza rapada, lo que no parece habitual, a juzgar por otra representación, también hallada en el tofet, de un hombre con el *œnochoé* y la pátera en la mano para una libación, que lo convierte en un sacerdote, con barba y abundante cabellera, esta última sólo aparente bajo un velo que cae sobre los hombros a la manera de un *klaft.*

Los templos

Nos gustaría conocer mejor los templos donde oficiaban estos sacerdotes. Por los textos, el más famoso es el santuario de Eshmún, considerado también el más rico; situado en la cima de la colina de Byrsa posiblemente de cara al mar, y accesible desde los barrios de la llanura litoral por una escalinata de sesenta peldaños, fue el último reducto de resistencia en la fase final del asedio de Cartago (Apiano, *Libyca*, 130). Sería en el incendio de este templo donde la mujer de Asdrúbal —el comandante de la plaza, que ya se había rendido a Escipión— murió voluntariamente el último día, reeditando así simbólicamente, siglos después, el gesto de Dido (*ibid.*, 131). Se sabe, lamentablemente desde hace muy poco (es uno de los aspectos negativos de las recientes excavaciones francesas), que no existe la más mínima posibilidad de encontrar el más

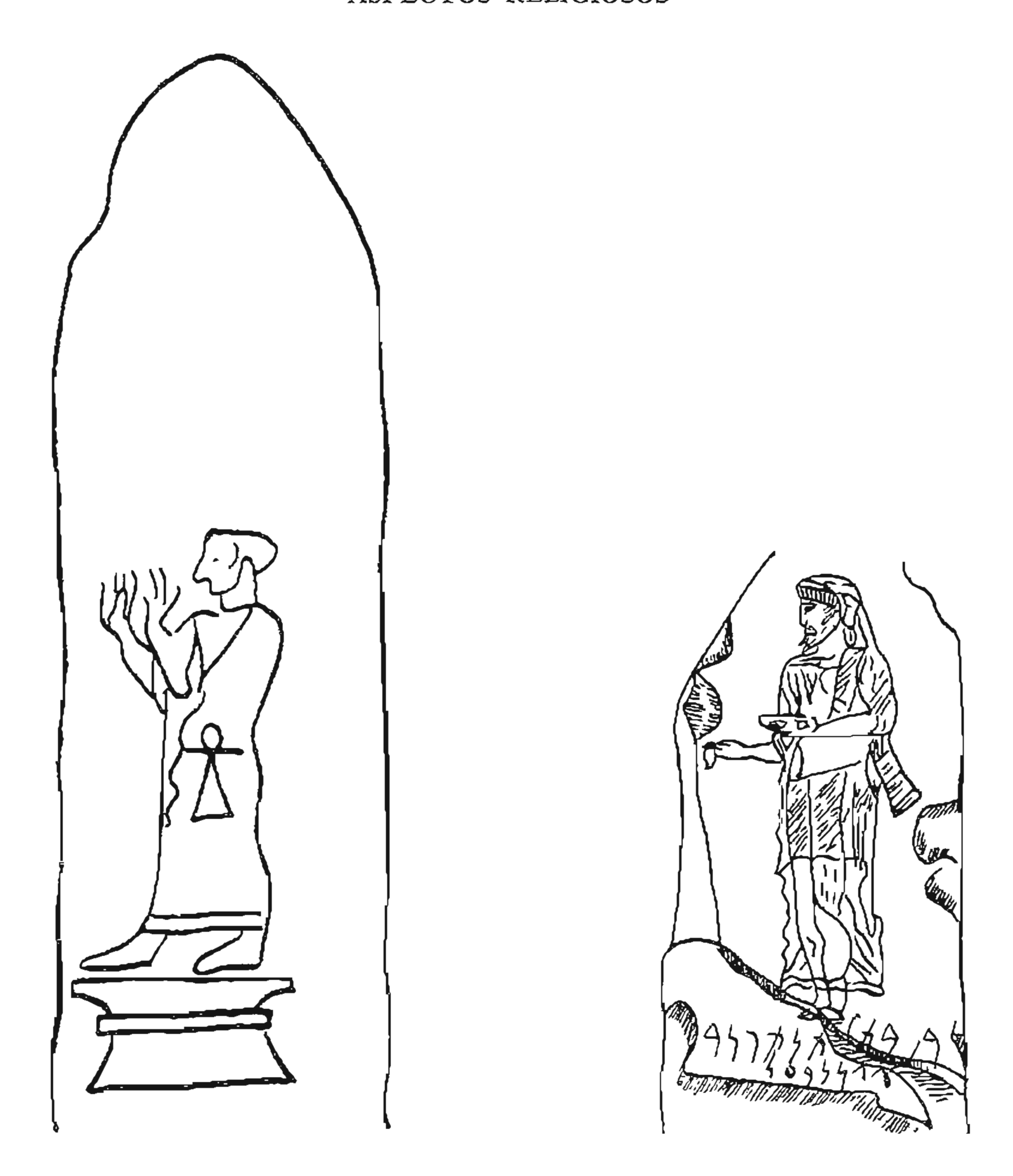


FIGURA 110. Dos representaciones de sacerdotes en estelas de Cartago (de A. M. Bisi, *Le stele puniche*).

remoto vestigio de este templo, cuyos fundamentos debieron de desaparecer en la gigantesca empresa de nivelación de la colina realizada en época de Augusto (S. Lancel, 1982, p. 363). Siempre según Apiano (*Libyca*, 127), en el templo de Apolo —quizás el semita Reshef: cf. *supra*, p. 196—, situado en los límites del ágora cerca del puerto comercial, había una estatua de culto en bronce dorado situada dentro de un edificio cuyas paredes estaban revestidas de láminas de oro, que los soldados de Escipión saquearon arrancándolas a punta de espada. Lo que no nos permite avanzar un ápice respecto de la planta del santuario.

Suele decirse que el prototipo del templo fenicio-púnico es el construido por Salomón en Jerusalén a principios del primer milenio a.n.e. con la colaboración de constructores venidos de Fenicia. Dada la ausencia de vestigios de este «Primer Templo», la descripción que aparece en el Antiguo Testamento (I Reyes, 6-7) permite reconstruir su disposición con ciertos visos de probabilidad.

Era un edificio de planta alargada, constituido por tres partes sucesivas: un vestíbulo (*Ulam*), la gran sala de culto (*Hekal*), y al fondo el sanctasanctórum (*Debir*) donde descansaba el Arca de la Alianza. La fachada del porche, al este, con dos pilares libres o entregados flanqueando la entrada, daba a un gran atrio. A veces la arqueología ha podido descubrir en sitios púnicos este esquema tripartito característico de la arquitectura religiosa semita. Por ejemplo, en Monte Sirai, en Cerdeña, en el cabo San Marco, cerca de Tharros, hay un templo que presenta estos tres mismos elementos en fila: vestíbulo, sala principal consagrada al culto, y al fondo la *cella.*

En la misma Cartago, el doctor Carton excavó en los años veinte un pequeño santuario de época helenística, cuyos restos aparecieron en el límite sur de la aglomeración moderna, a unos quinientos metros al oeste del tofet, a raíz de los trabajos de electrificación del ferrocarril (L. Carton, 1929). El edificio consistía en una *cella* rectangular muy sencilla, dividida longitudinalmente por paredes de tierra batida. Al fondo de la *cella*, y adosado al muro, un altar coronado por un baldaquín sostenido por medias columnas apoyadas *in antis* sobre tabiques de arcilla. Los fragmentos arquitectónicos en gres estucado conservados han permitido presentar recientemente una hipótesis plausible para reconstruir este baldaquín en sección y alzado, con columnas de tipo jónico (N. Ferchiou, 1987) (fig. 111).

Es el momento de presentar aquí los términos de un debate que todavía no se ha cerrado. Son muchas las estelas votivas cartaginesas que presentan un motivo arquitectónico constituido por dos columnas, casi siempre jónicas, a veces dóricas, que aguantan una cornisa a veces coronada por un frontón. Siguiendo a St. Gsell (cf. sobre todo *HAAN*, t. IV, p. 204), se cree que este tipo de decoración ofrecía una imagen reducida de los templos púnicos de la época helenística, los *naoi* dístilos próstilos, basados en el modelo de los monumentos sicilianos (C. Picard, 1976, p. 99; M. H. Fantar, 1984, p. 437). Lézine, en cambio, proponía ver en esa decoración tan sólo la reproducción de los baldaquines —como el de la «capilla Carton»— situados en el interior de la *cella* (A. Lézine, 1959, p. 248). Según este autor —que fue durante mucho tiempo el arquitecto jefe de los monumentos históricos de Túnez—, esta decoración arquitectónica de las estelas no avalaría la tesis según la cual la arquitectura religiosa de los últimos tiempos de Cartago habría adoptado pura y simplemente los modelos griegos. Lo que caracteriza, en efecto, el templo griego y lo diferencia radicalmente de los santuarios orientales es su techo en forma de dos pendientes, cuya expresión, en la fachada del *pronaos*, es el frontón triangular.

Nada demuestra la existencia de este tipo de cubierta, ni siquiera en el ámbito de la Cartago tardía helenizada. El *naiskos* encontrado a principios de este siglo en Thuburbo Maius, no lejos de Cartago, con motivos figurativos —especialmente el cerdo— que sugieren un culto a Deméter (cf. *infra*, p. 287), puede aparecer como un esquema bastante representativo del estadio evolutivo alcanzado por la arquitectura religiosa en Cartago en vísperas de su caída. El edificio con *cella* que reproduce, precedido de un porche con dos columnas, y todo el conjunto descansando en un zócalo, incorpora un techo en terraza y una cor-

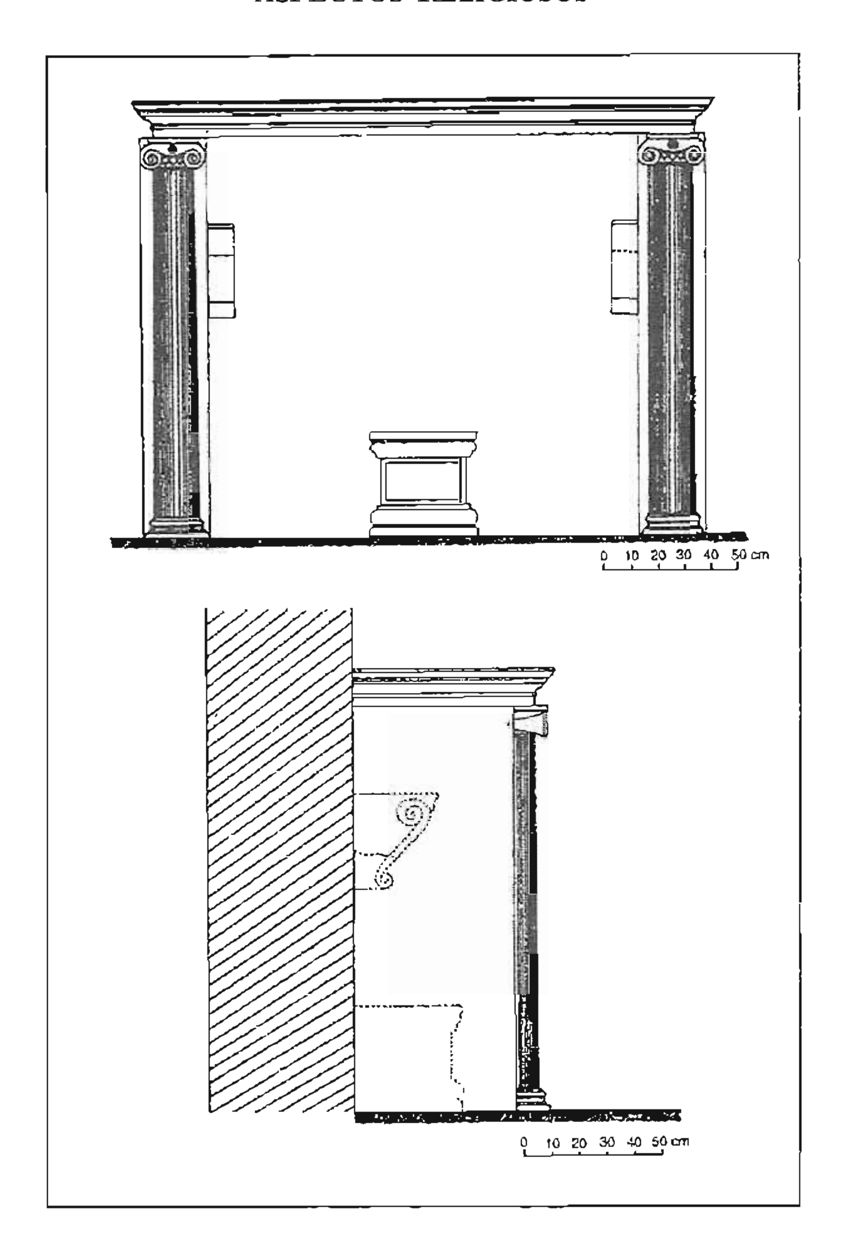


FIGURA 111. La «capilla Carton». Reconstrucción hipotética del «baldaquín», en sección y en alzado.

nisa sin frontón, que comentaremos más adelante (fig. 181). El conjunto deriva del lejano modelo del *naos* egipcio al que se ha añadido un porche, transformándolo así en un edificio dístilo. Prácticamente contemporánea es la capilla tal vez funeraria encontrada en las inmediaciones de Thizika, en el área de Cartago, y reconstruida por N. Ferchiou (fig. 112). Merece la pena reconstruir también aquí un edificio con techo en terraza cuya *cella* viene precedida de un porche sostenido por columnas dóricas; este orden reaparece en las columnas entregadas que flanquean la entrada de la *cella*, pero coexiste —y de forma muy representativa de un mestizaje arquitectónico— con las cornisas con gola egipcia del frontón (fig. 112) (N. Ferchiou, 1987, p. 27).

¿Significa que el viejo esquema tripartito del templo oriental, basado en el templo del rey Salomón, había desaparecido de Cartago? Tal vez aún sobreviviera, a juzgar por la disposición interior de una pequeñísima «capilla» hoy

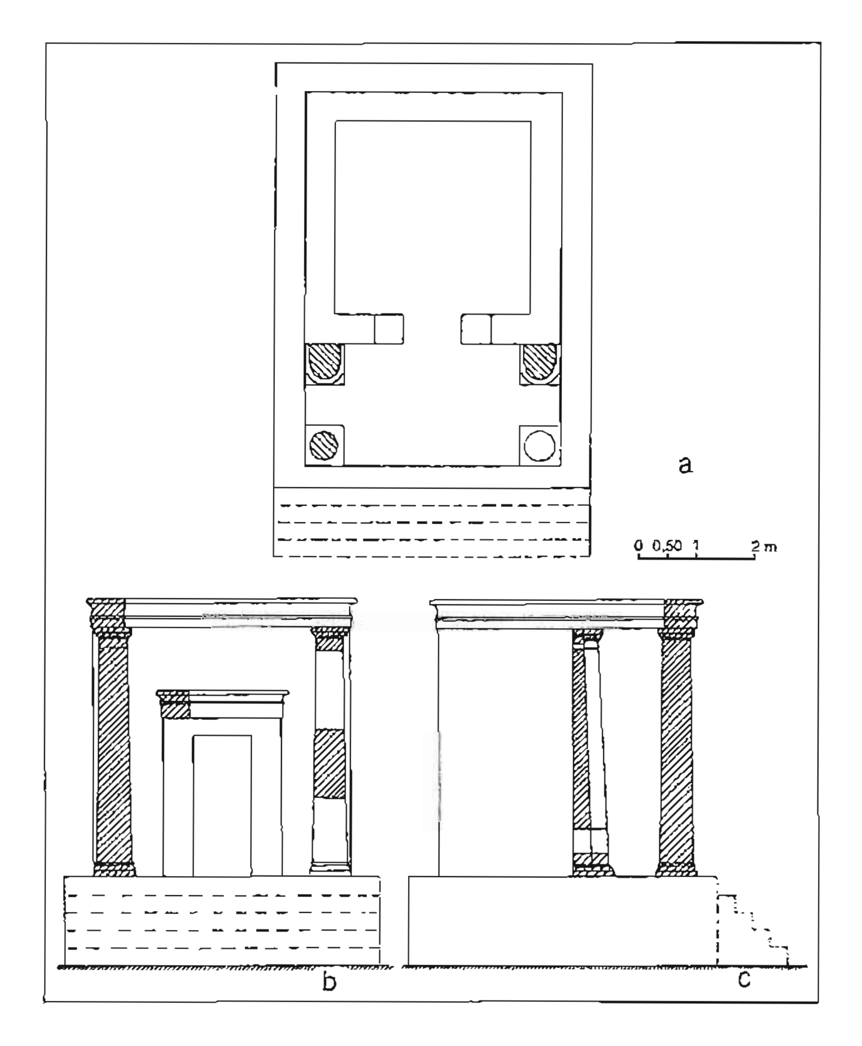


FIGURA 112. La capilla del «Espino» (Zaroura), cerca de Thizika.

destruida, descubierta en 1919 en las vertientes de Sidi-bou-Said, en los suburbios del norte de Cartago. Pudo reconocerse, también en fila, un porche, una sala de culto y un «sanctasanctórum», los tres en pequeñas dimensiones, como si en el edificio se hubiera querido reproducir a escala un monumento mucho más importante (A. Lézine, 1959, p. 251).

ACTITUDES FRENTE A LA MUERTE Y A LOS MUERTOS

Cuando al principio destacábamos la preciosa aportación de la excavación de las necrópolis al conocimiento de la Cartago arcaica, mencionábamos el problema que necesariamente plantea la presencia de ajuares funerarios en las tumbas. Su misma composición, en el caso de los ajuares más simples (recipientes para los alimentos sólidos y líquidos, vasos para beber, platos), supone al menos como finalidad la idea de una supervivencia material o, quizá de forma no tan clara, la realización analógica o simbólica de las condiciones materiales de una supervivencia: a estos objetos se añade la lucerna para iluminar al difunto y conducirlo a través de las tinieblas. ¿Para guiarlo hacia el más allá?

Eso sería responder ya a una pregunta que solamente está formulada. ¿Responden estas prácticas a motivos de piedad consciente? Y en caso afirmativo, ¿a cuáles? Dada la ausencia de documentos escritos sobre las creencias cartaginesas relativas a los modos de supervivencia del difunto, al «después de la muerte», a todo este cuerpo de ideas y de doctrinas que el mundo clásico llamaba la escatología, sólo contamos con los restos de tipo arqueológico.

Éstos evidencian al menos la convicción —común, con pocas variantes, a la mayoría de las civilizaciones del mundo antiguo— de que el muerto debía ser instalado en su «morada de eternidad» (BT'LM en fenicio, que es como los egipcios designaban también a sus tumbas) en las mejores condiciones posibles de «supervivencia física», incluso de confort y protección. De ahí que, además de los objetos ya mencionados anteriormente, aparezcan en las sepulturas cartaginesas también objetos que rodean al difunto, llamados en fenicio *rephaim* (A. Caquot, 1981, pp. 344-357), apelación que parece evocar a la vez la nostalgia de una ausencia de vida y un estatus casi divino, como el griego *makaroi*.

Los amuletos y figurillas de terracota presentes en las tumbas de época arcaica (mencionados anteriormente) cumplían sin duda una función de protección. Algo más tarde, a partir de finales del siglo VII y prácticamente hasta los últimos días de la ciudad, en las tumbas aparecen con frecuencia aquellos objetos tan típicos de Cartago y de su zona de influencia directa (Cerdeña, Baleares) que ya mencionamos a propósito de la iconografía del dios Melqart: las navajas de afeitar. Se descubrió un centenar de estos ejemplares en bronce en las necrópolis de Cartago, por lo general situados junto a la cabeza del difunto y envueltos en un envase de esparto. A partir del siglo IV se consolida su elegante perfil alargado, con su pedúnculo en forma de cuello de pájaro, y se generaliza en la superficie una decoración grabada, primero a base de punteado, luego lineal. Gracias precisamente a los temas de esta decoración conocemos algunas de las razones que explican la presencia de estos objetos al lado del difunto, dado que su exclusivo uso material doméstico no agota su significado: se han encontrado también en sepulturas de mujeres, que los utilizaban en su vida cotidiana para depilarse. Sobre estas navajas posiblemente utilizadas por los vivos como *toilette* ritual —vimos que en Cartago los templos contaban con «barberos sagrados» entre su personal (*CIS*, I, 257-259 y 588)— figuran temas esencialmente religiosos: escenas de oración, representaciones de divinidades (egipcias y fenicio-púnicas [fig. 113]) y figuras míticas, como las que ilustraban la gesta del dios Melqart. Las navajas colocadas en las tumbas se convierten así en talismanes protectores en la medida en que se asocian a actos de piedad realizados en vida por los difuntos, y cuya decoración convierte en eternamente presentes y operantes (C. Picard, 1967, pp. 112-115).

Antes mencionamos las máscaras de terracota, cuya intención es evidentemente apotropaica, sobre todo cuando son grotescas o gestuales. Sugieren disfraces rituales, y su cantidad relativamente pequeña autoriza a pensar que las que aparecen en las tumbas pertenecieron a iniciados. En las tumbas más recientes estas máscaras de terracota tienen una descendencia en la que suele reconocerse la expresión más brillante del artesanado púnico: la de los colgantes



FIGURA 113. Navajas de afeitar de Cartago (anverso y reverso). A la derecha, la corona del Bajo Egipto y el signo *ankh* en la mano derecha del personaje son egiptizantes. A la izquierda, abajo, la flor de loto basta para destacar el estilo egiptizante de esta representación de una orante.

de pasta vítrea policromada. Estos colgantes trabajados sobre molde no son patrimonio exclusivo de Cartago, dado que su producción en Oriente es antigua, pero los ejemplares de Cartago, que tuvieron que realizarse *in situ* a partir al menos del siglo IV, son famosos por su perfecta armonía cromática (dominan los azules y los amarillos con fondo blanco) con los detalles iconográficos de estas pequeñas máscaras (fig. 114). ¿Son representaciones de divinidades protectoras, como propuso recientemente una especialista? En los rostros femeninos, más escasos, podría identificarse a Tanit, y en las máscaras masculinas, más abundantes, Baʿal Hammón podría figurar con los rasgos de un anciano de abundante barba, mientras que tal vez habría que reconocer a Melqart o a Eshmún en las máscaras más juveniles, donde la barba es menos copiosa (M. Seefried-Brouillet, 1982, pp. 59-62). Sea lo que fuere, una característica común a casi todos estos pequeños objetos destaca especialmente: las dimensiones desmesuradamente grandes de sus ojos exorbitados, con el iris dilatado, que les otorgaba un poder mágico. Los difuntos conservaban así en la tumba la función protectora que se les reconocía en vida cuando llevaban estos objetos colgados del cuello, como evidencia la anilla que permitía unir estas máscaras a otros amuletos para formar un collar.

Algo muy distinto ocurre con otra categoría de máscaras, con un destino que no dudamos en reconocer como estrictamente funerario: unos rostros, siempre femeninos, esbozados más que realmente dibujados sobre cáscaras de huevo de avestruz, un soporte que no debe sorprender: en las sepulturas de Cartago, y también, importados, en las necrópolis púnicas de las Baleares, se han descubierto muchísimos objetos —copas y cuencos— hechos a base de estas

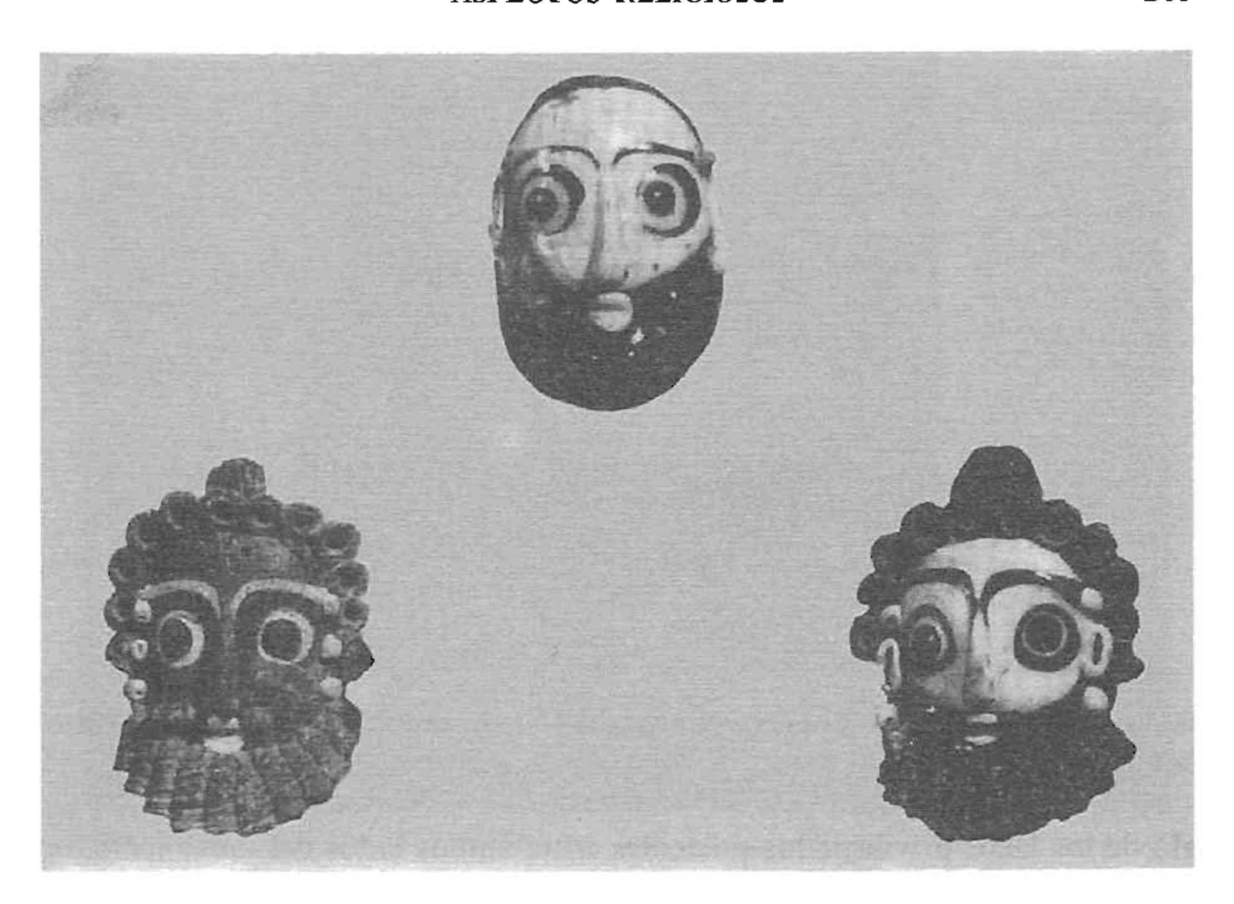


FIGURA 114. Tres colgantes de pasta vítrea hechos sobre molde. Museo de Cartago.

cáscaras de huevo, testigos de una época en que la fauna norteafricana fue rica y diversa antes de que el depredador humano la empobreciera rápidamente. En estos fragmentos de cáscaras pueden verse tres manchas de color rojo —del cinabrio— marcando la boca y los dos pómulos pintados (fig. 115), y sobre todo dos ojos inmensos con las pestañas por lo general bien destacadas: miradas de muñecos mágicos, muy abiertas en la oscuridad de la tumba para ahuyentar a los malos espíritus.

El huevo es un símbolo universal de vida, y por lo tanto es natural que el huevo de avestruz esté aún presente en la tradición funeraria púnica bajo otra forma, aunque inmediatamente reconocible: partido en dos mitades, o también en tres cuartos —más frecuente—, con los bordes dentados que tal vez se encajaban con las tapas. El muerto bebía así de un recipiente de primera calidad que daba al brebaje que había en su interior un poderoso poder regenerador. La decoración pintada en rojo que ornaba la superficie evidencia el gusto de los decoradores por las composiciones ordenadas según registros verticales y horizontales determinados por motivos geométricos donde se plasmaban temas diversos, animales, vegetales, pero con la presencia casi constante de temas de tipo fenicio: la palmeta, la flor de loto, el árbol de la vida (fig. 116). Muy presentes en Cartago a partir del siglo VII, los huevos decorados se han encontrado con cierta regularidad en el litoral del oeste argelino, en Tipasa y en Gouraya.

Pero es en España, sobre todo en Villaricos y en Ibiza, donde se han descubierto los más bellos y más numerosos (M. Astruc, 1951 y 1957). Un buen ejem-



FIGURA 115. Fragmento de huevo de avestruz pintado en forma de máscara. Cartago (siglo V a.C.).

plo de los lazos privilegiados existentes entre ambos lados del «mar ibérico» es la decoración: está hecha evidentemente *in situ* con una materia prima enviada desde África. Y el parecido entre unas y otras podría sugerir que una vez provistos de su decoración pintada, los huevos pudieron volver al litoral argelino con un fuerte «valor añadido». Existen dudas sobre la procedencia de los huevos descubiertos en las tumbas de Cartago de época arcaica. No se excluye que fueran importados, en bruto, desde el alto valle del Nilo y decorados *in situ*, como los que se han descubierto en las tumbas orientalizantes de la Italia central (Cerveteri, Tarquinia, Vulci) (M. Gras, 1989, p. 142).

INHUMACIÓN E INCINERACIÓN

Cuando abordábamos el tema de las necrópolis de Cartago de época arcaica, decíamos que el ritual de la incineración, aunque minoritario, coexistió con la práctica de la inhumación. Como sugiere la convergencia de varios indicios, la incineración en la Cartago arcaica habría sido obra de una población que siguió fiel a una práctica corriente en Fenicia, donde, por lo demás, tampoco se desconocía la inhumación. Digámoslo claramente: las distinciones tajantes que hacían los arqueólogos de hace todavía medio siglo entre inhumadores e incineradores ya no es pertinente. En Cartago, los ajuares funerarios de las sepulturas de incineración de época arcaica no vienen menos provistos que los de las tumbas de inhumación, aunque estén en peor estado debido a su exposición, incluso parcial, al fuego de la cremación. Señal que, al menos en aquella época, el recurso a la incineración no se acompañaba de una «espiritualización» de las creencias relativas al «más allá». Aunque el hecho de que

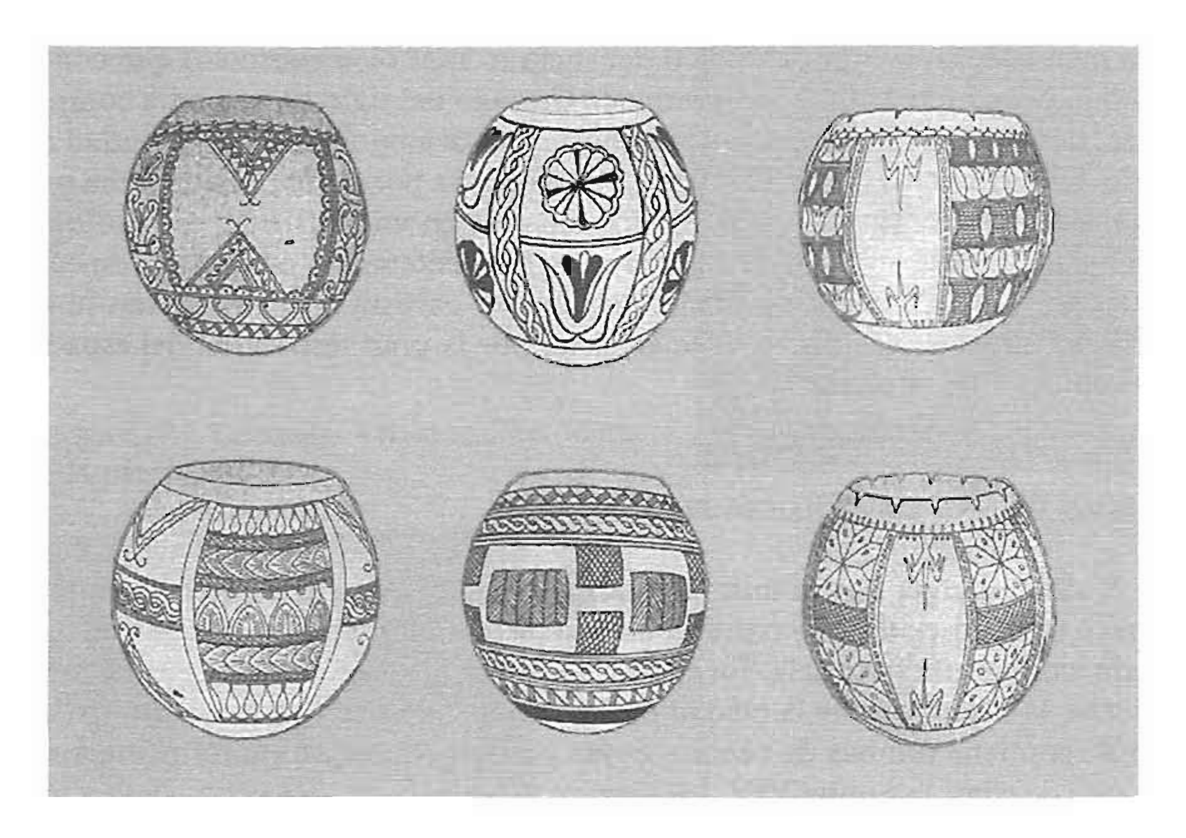


FIGURA 116. Huevos de avestruz decorados procedentes de tumbas de Cartago, Gouraya (Argelia), Ibiza y Villaricos.

la suerte física del cadáver fuera algo indistinto, que en la misma época y en el mismo contexto cultural pudiera ser entregado tanto a la tierra como al fuego indistintamente, es en sí mismo un indicio de espiritualidad.

Las excavaciones de las necrópolis de Cartago han podido constatar que a partir de finales del siglo V se generaliza la práctica de la cremación. En época helenística (desde el siglo IV hasta principios del siglo II), la sepultura más frecuente es una pequeña cista de piedra caliza, con una tapa de dos aguas, que contiene los restos incinerados. Un ajuar ya entonces muy reducido, a veces incluso ausente, acompaña a estos restos. Estos datos han llevado a veces a postular una evolución, o una «depuración» de las creencias (M. H. Fantar, 1970, pp. 12-13; F. Decret, 1977, p. 149). Pero no olvidemos que la práctica funeraria no es independiente de las condiciones de desarrollo del hecho urbano. En las grandes ciudades del mundo antiguo, el crecimiento urbano se realizó en detrimento de las necrópolis, que se secularizaron o se trasladaron a medida que la ciudad crecía. Cartago practicó esta reconquista del territorio de los muertos en favor de los vivos, por ejemplo en Dermech y en Douimès, al norte de la llanura litoral, y también en la ladera sur de las colinas de Juno y de Byrsa, dejando al mismo tiempo que los enclaves funerarios subsistieran dentro de su tejido urbano, por ejemplo en la meseta del Odeón y en el lugar llamado Sainte-Monique o Saida (S. Lancel, 1990, pp. 18-25). Esta coexistencia parcial de los vivos y los muertos, que tuvo que ser molesta para los primeros en la medida en que limitaba su expansión, se tradujo necesariamente para los últimos en

una menor apropiación individual del suelo (o más bien subsuelo) que continuaban ocupando, sobre todo porque la Cartago del siglo IV no podía compararse, desde el punto de vista de la importancia demográfica, con la ciudad de Dido y sus primeros descendientes. La demografía por sí sola, unida a esa original cohabitación de los vivos con los muertos en una parte del territorio de la ciudad, podría explicar la opción más frecuentemente adoptada respecto de las sepulturas a partir de finales del siglo V. En esta nueva situación funeraria, los ajuares más discretos se explican por la gran restricción del espacio concedido a los muertos.

Esbozo de una escatología púnica

Y sin embargo, por la misma época, fuera de Cartago, pero en el ámbito púnico cercano, podría encontrarse indicio de una verdadera escatología en una cierta iconografía funeraria. En el cabo Bon, y más concretamente en el Djebel Mlezza, la necrópolis de la ciudad de Kerkouane, destruida a mediados del siglo II, contiene tumbas de cámara cuyas paredes presentan pinturas murales. En una de ellas, la tumba VIII, los dibujos representados en las paredes laterales y en la del fondo parecen sucederse, como contadas en imágenes, las fases de una historia simbólica. En una de las paredes laterales, al lado de un mauseleo con techo piramidal de tipo bastante corriente en África en esta época (siglos IV-III), aparece representado un ara de sacrificio con el fuego encendido (fig. 117). En otra pared, al otro lado del mausoleo, aparece un gallo con una gran cresta, pero sobre todo con múltiples garrones, desmesuradamente grandes, detalle que no parece en absoluto gratuito y que podría tener un valor apotropaico (fig. 118). El mismo gallo, con la misma deformación posiblemente importante, aparece en el muro del fondo de la tumba, encima de la representación de una ciudad protegida por una muralla —provista de torres— cuyos merlones circulares permiten interpretar con seguridad como un recinto amurallado (fig. 119). Esta esquematización de un recinto amurallado semicircular hace pensar en aquella pequeña ciudad costera con fachada al mar, tan próxima y tan similar, Kerkouane (A. Lézine, 1968, pp. 187-188). Pero también puede tratarse de una ciudad «ideal», representada así a partir de una realidad urbana común a las ciudades del mundo fenicio, ciudades casi todas costeras, abiertas al mar y protegidas por una muralla en su lado continental. De ahí a reconocer en esta imagen el «Reino», la ciudad celeste hacia la que se dirige el alma del difunto, aquí en forma de gallo, sólo hay un paso, que a veces se ha dado no sin cierta audacia (M. H. Fantar, 1970, pp. 36-37; F. Decret, 1977, pp. 150-151).

Dado que, a falta de paralelos sólidos, hay motivos para el escepticismo respecto del significado escatológico de esta ciudad con muralla almenada de la tumba VIII de Djebel Mlezza, merece la pena centrar la atención en el gallo. Sobre todo porque aparece también, por dos veces, encaramado sobre el techo piramidal de un mausoleo de dos pisos pintado en las paredes de un «hanout», es decir, de una cámara sepulcral excavada en la roca, en la región de Sejenane,

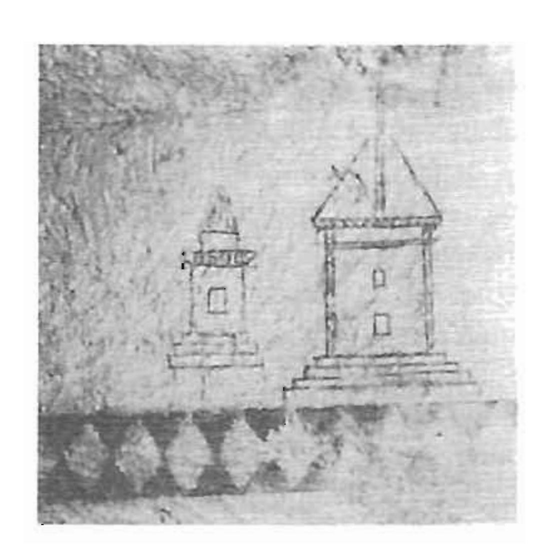


FIGURA 117. La tumba VIII de Djebel Mlezza: la pared sureste.

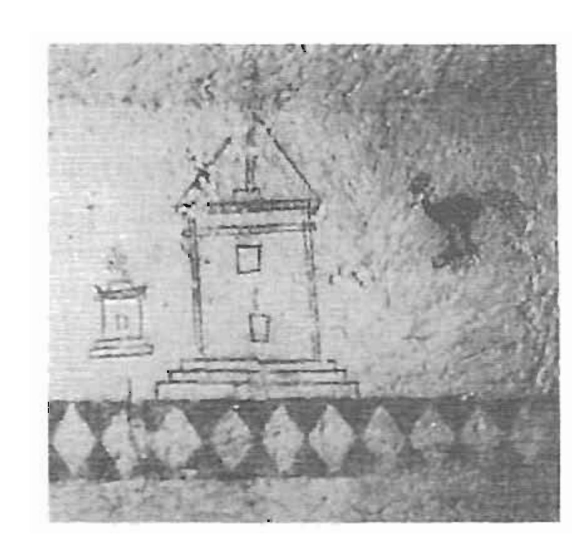


FIGURA 118. La tumba VIII de Djebel Mlezza: la pared noroeste.

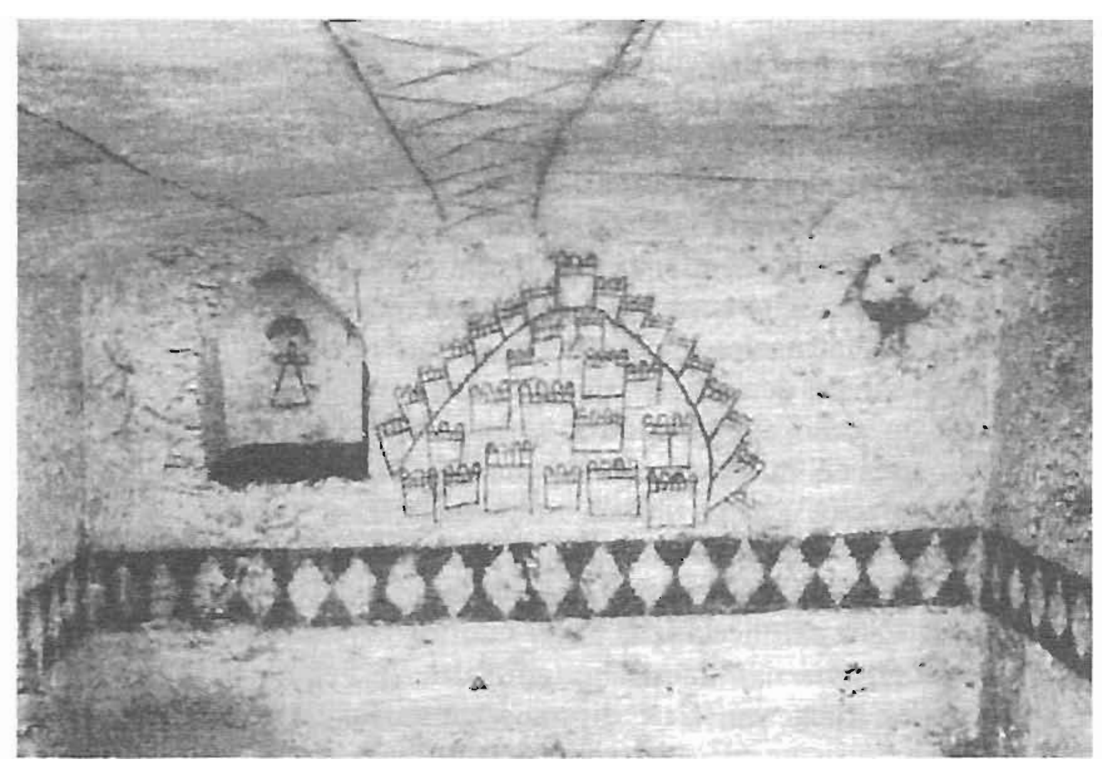


FIGURA 119. La tumba VIII de Djebel Mlezza: la pared noreste.

en el noreste de Túnez (M. Longerstay, 1990, p. 130). Y recordemos que la inscripción versificada de uno de los más bellos mausoleos del África romana, el de los Flavios en *Cillium* (Kasserine) ofrece, en su descripción del monumento, un detalle hoy desaparecido: las «alas agitadas del gallo en la punta del edificio» (*CIL*, VIII, 211b). Parece, pues, que la asociación entre el gallo y el mausoleo es de origen africano antiguo, pero su identificación como púnico ya es más dudosa. También podría ser libia, es decir, indígena, o libio-púnica, y manifestaría así esa mezcla cultural de la que existen tantos ejemplos. Queda por analizar la simbología. La posibilidad de reconocer en el gallo el alma del difunto, o de los difuntos, merodeando por las inmediaciones de la tumba, velándola, o volando en dirección a la ciudad ideal, daría ciertamente una fuerte coherencia a las representaciones de la tumba de Djebel Mlezza, no exenta del riesgo de exageración.

No puede abordarse la delicada cuestión del simbolismo funerario de este mundo libio-púnico sin evocar las figuras pintadas en las paredes de otro *hanout*, en el Kef el-Blida, en los montes Mogods. Muy comentados desde su descubrimiento en 1900, estos frescos contienen una escena particularmente enigmática: un barco navega con la popa levantada y con la vela arriada a media altura del mástil, y parece a punto de llegar a una orilla (fig. 120). Resulta lícito reconocer en ella una nave de guerra de tipo fenicio, quizá un *eikosore*, o nave de veinte remeros, fechable en época arcaica según una estimación reciente, aunque nos parece un tanto alta (M. Longerstay, 1990a, p. 42). Vista de frente, sobre el puente se alinean siete (¿u ocho?) guerreros, lanzas en ristre en la mano derecha, el escudo redondo en la izquierda que deja ver las cabezas con un casco en punta. En la proa, o más bien situado sobre el *akrostolion*, lo que lo sitúa a un nivel claramente superior, hay otro personaje, barbudo y de perfil, que sostiene en la mano derecha un escudo redondo con un relieve recortado en V, blandiendo con la mano izquierda una bipenne o hacha de doble filo, con la que parece amenazar a un último personaje, desplegado en el horizonte fuera de la nave, que parece flotar en el aire, no en el agua; lleva una especie de casco erizado, aunque también podría tratarse de un tocado de plumas.

Describir una escena así es empezar ya a interpretarla, aunque sólo sea por la relación que se explicita entre los personajes o por la importancia que se da a tal atributo que creemos reconocer. Si por ejemplo vemos un casco «de cresta de gallo» en la cabeza de un personaje en posición horizontal, la relación con el simbolismo del gallo ya mencionado sugerirá la identificación de este personaje con la imagen del difunto (no olvidemos que el *hanout* es una tumba) «volando por los espacios celestes o navegando en el océano superior» (A. M. Bisi, 1966, p. 100). Porque la representación de una nave en un contexto funerario puede evocar, desde la más remota Antigüedad, el viaje que realiza el difunto al más allá. Pero entonces ¿qué hacer con los personajes representados en la nave? Si, de acuerdo con nuestra anterior descripción, son siete, pueden ser siete divinidades indígenas, siete dioses secundarios asociados al gran dios Baʿal Hammón-Saturno, tal y como de hecho aparecen muchas veces en las estelas (G. Camps, 1961, p. 105). Si son ocho, como parece indicar un examen

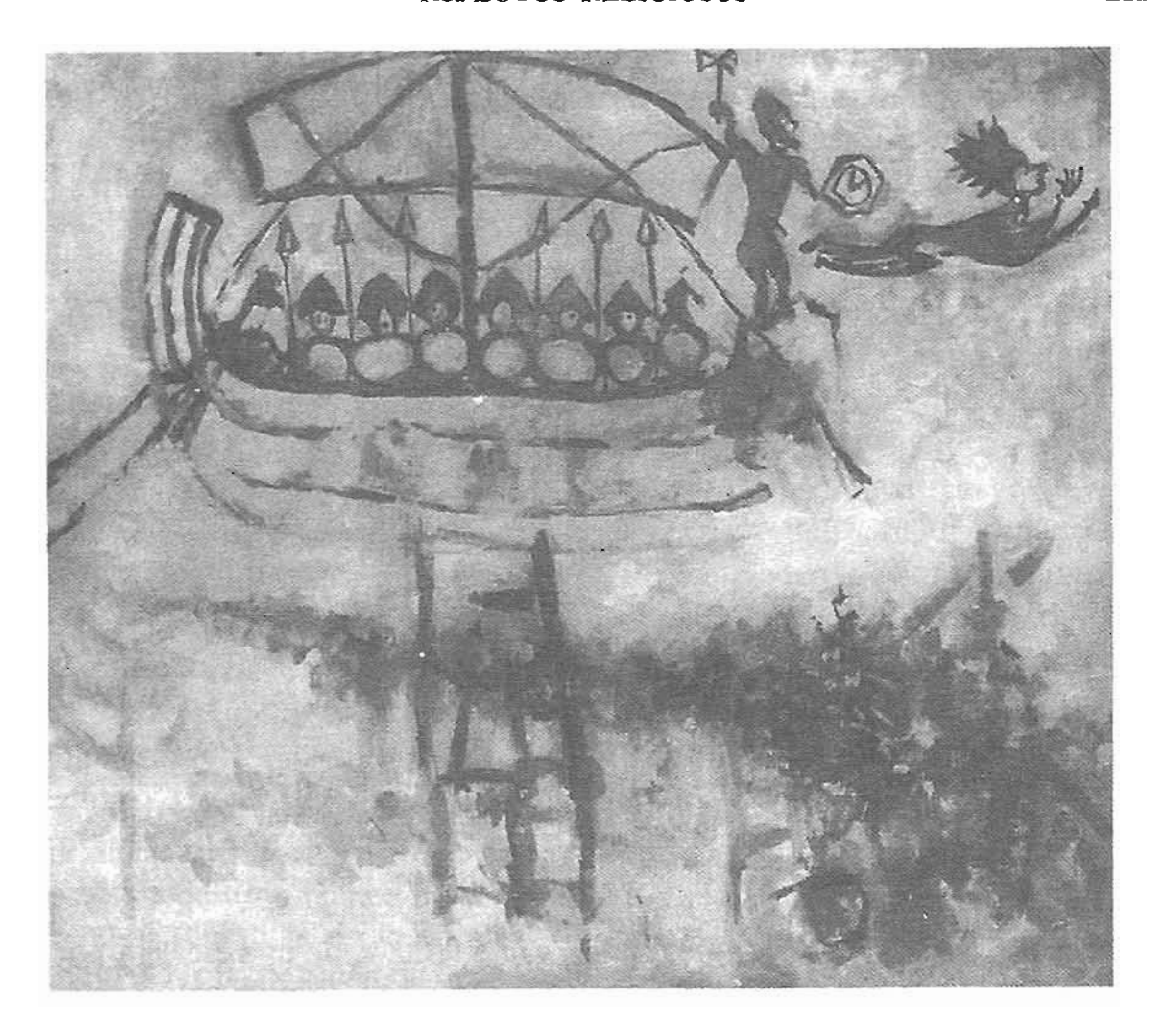


FIGURA 120. Pintura del *hanout* de Kef el-Blida.

más minucioso —cuatro a cada lado del mástil central—, podrían reconocerse ocho *kabirim*, los dioses fenicios de la navegación (J. Ferron, 1968, p. 54). Tanto en una como en otra hipótesis, el personaje con la bipenne amenazadora se identifica de la misma forma: sería Ba'al Hammón, el gran dios de Cartago.

Pero entonces ¿cuál es su relación con el personaje que parece planear en el aire, si este último representa el alma del difunto volando hacia los espacios celestes? Para resolver el problema, J. Ferron (*ibid.*) imagina que el dios figura en la escena en tanto que sicopompo o conductor de almas. Para explicar mejor esta actitud amenazadora, pero manteniendo al personaje en su función de sicopompo, otro autor se ha visto obligado a modificar radicalmente la eventual percepción del personaje en posición horizontal ante la nave: ya no sería el alma del difunto, sino un genio maléfico empeñado en «oponerse a la feliz navegación de la nave fúnebre» (M. H. Fantar, 1970, p. 30).

Tales diferencias revelan la dificultad a la hora de interpretar con cierto grado de fiabilidad un monumento único en su género, sin paralelo posible. Para los primeros comentaristas, el contexto escatológico, que sigue siendo probable, pero que sólo descubrimientos similares podrán esclarecer, parecía refor-



FIGURA 121. Interior de una tumba en Djebel Mlezza tras la excavación.

zarse y precisarse gracias a la percepción, bajo la nave, de una escalera por la que subiría un personaje; el simbolismo de la escalera, lazo de unión entre el mundo inferior y las esferas superiores, está de hecho presente en muchas estelas de época romana dedicadas a Saturno, el sucesor de Ba'al Hammón en la *interpretatio Romana*. Pero este plano del registro inferior del «hanout» de Kef el-Blida está hoy tan borroso que dudamos si reconocer en él al sujeto —si es que se trata de una escalera— cuyo vínculo con la nave y sus ocupantes es en sí mismo un enigma. Añadamos que si bien los caracteres arcaizantes de la representación de la nave son indudables, hasta el punto de que parece difícil fecharla con posterioridad al siglo VI, la «escalera», que hace referencia a un corpus de creencias sensiblemente más tardías, altera la cronología.

Para volver al terreno más sólido de los ritos funerarios, una última constatación incita a la prudencia en la posible interpretación escatológica. Aunque es cierto que en la Cartago de la época helenística el ritual de la incineración aparece mayoritario (aunque no exclusivo), se constata que no ocurre lo mismo en las grandes necrópolis de la misma época del Sahel tunecino y del cabo Bon, donde el lugar para los muertos no aparecía limitado como en la metrópoli púnica. En la necrópolis de Djebel Mlezza, que era el cementerio de la ciudad de Kerkouane, los hipogeos excavados en la roca, a los que se accede a través de *dromoi* con escalera o de pozos, son cámaras espaciosas, donde los difuntos —casi siempre dos por tumba—, en posición de decúbito supino, aparecen en la excavación rodeados de un abundante ajuar funerario (fig. 121).

EL TOFET DE CARTAGO Y EL PROBLEMA DE LOS SACRIFICIOS INFANTILES

Con este término de tofet, que no figura en ninguna inscripción fenicia ni púnica, se suele designar un área de sacrificio al aire libre que caracteriza fuertemente la facies de muchos sitios fenicios o púnicos, tales como Motya, en Sicilia, Tharros, en Cerdeña, Hadrumeto (Susa), en Túnez, para citar sólo los más importantes, y que se conocen desde hace más tiempo. Este término de tofet aparece varias veces en el Antiguo Testamento, concretamente en los textos proféticos, y en ellos «el lugar alto» del tofet, en el valle de Ben-Hinnom, donde se inmolaba en el fuego a jóvenes de ambos sexos, se asocia a un culto idólatra de Baʿal que Jeremías condena (Jer., 7, 31-32; 32, 35; cf. también II Reyes, 17, 17). A finales del siglo VII a.n.e. el rey Josías hizo destruir el tofet («quemadero») de Ben-Hinnom, pero ignoramos si esta destrucción fue definitiva (II Reyes, 23, 10).

Nada de esto ocurrió en Cartago, donde el área de sacrificio evidencia una práctica perfectamente continuada a lo largo de seis siglos. Allí (*supra*, p. 37) se descubrieron los restos más antiguos de la colonia tiria, fechados a mediados del siglo VIII, y nada sugiere que su utilización quedara en algún momento interrumpida hasta los últimos días de la ciudad. Es más, si hay que creer al primer padre africano de la Iglesia, Tertuliano, estos sacrificios infantiles consagrados a Saturno (el nombre de Baʿal Hammón en la *interpretatio Romana*) habrían perdurado bajo la dominación romana, pero al parecer en un lugar distinto del tofet de Salambó (Tertuliano, *Apologética*, IX, 2-4). Esta continuidad en el tiempo y la importancia urbana de la metrópoli púnica hacen del tofet de Cartago la mayor área de sacrificio que se conoce. Sus límites exactos, en el sector que limita con la orilla occidental de la laguna del puerto rectangular, no pueden precisarse y la edificación de los chalets que rodean las zonas ya excavadas no permitirá hacerlo jamás. Pero puede hacerse una estimación del recinto, hectárea más o menos, en su momento de máximo desarrollo, en el siglo III, en cuyo interior se amontonaban los exvotos formando una estratigrafía muy compleja, que analizaremos más adelante.

EL DESCUBRIMIENTO DEL TOFET DE CARTAGO

Como solía ocurrir antes en arqueología —cuando los descubrimientos no eran el resultado de una programación realizada por un equipo de especialistas—, el hallazgo del tofet fue cosa del azar y también de la suerte de unos aficionados apasionados y tenaces. Las circunstancias del hallazgo —la víspera de Navidad del año 1921— contribuyen aún más a convertirlo en un cuento y a garantizarle un lugar privilegiado en la «leyenda» arqueológica.

La historia la cuenta el principal inventor del sitio, François Icard, un suboficial de fusileros nombrado inspector de policía en Túnez, que compartía con Paul Gielly, un modesto funcionario municipal de Cartago, la afición por las antigüedades, para las que tenía un olfato poco corriente. François Icard es un

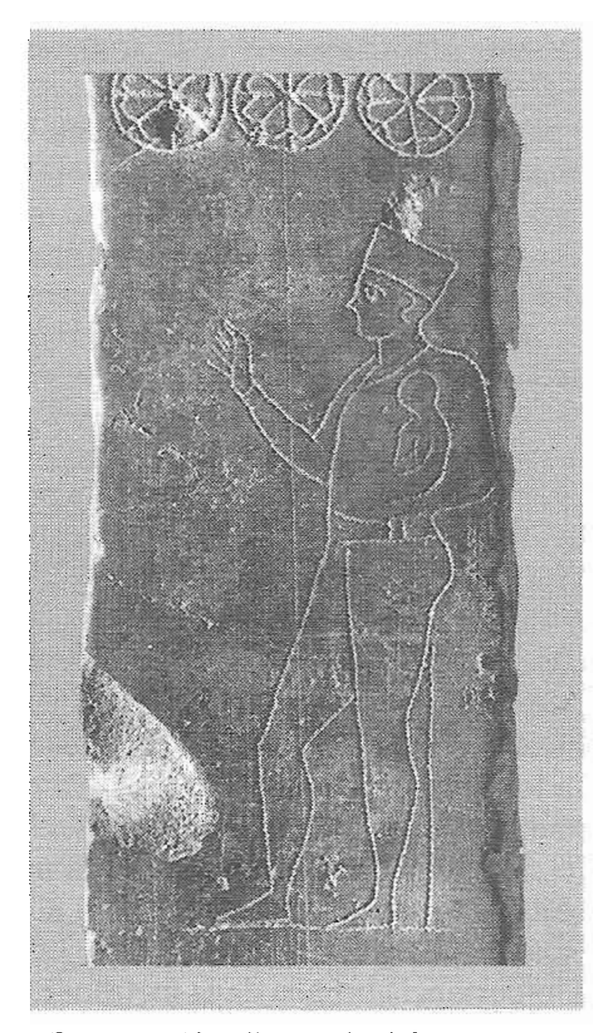


FIGURA 122. La estela del sacerdote.

personaje típico de aquellos años en que, antes de la reglamentación instaurada por L. Poinssot, el verdadero creador de la Dirección de Antigüedades de Túnez, la investigación arqueológica era una actividad un tanto marginal, en la que la curiosidad científica y el enriquecimiento de las colecciones privadas iban muchas veces de la mano. Pero sería un error tirar la primera piedra contra estos pioneros —el doctor Carton, citado varias veces en estas páginas, se incluye entre ellos—, porque no hay que olvidar que a principios de siglo la legislación relativa a los objetos excavados era ambigua o nula. Para volver a François Icard, sus publicaciones y sobre todo sus «fichas» inéditas muestran que sus intereses personales quedaron al margen en esta búsqueda febril realizada junto a su amigo Gielly en el tofet de Salambó.

Los dos amigos, intrigados por la actitud de un tunecino —uno de esos buscadores de piedras cuya actividad, desde hace siglos, ha acabado con el subsuelo de Cartago— que les ofrecía cada vez con más frecuencia estelas macizas, a veces estucadas, en gres, o largas y afiladas y talladas en una caliza compacta —bien conocidas desde que empezaron a descubrirse lotes enteros en diversos puntos del sitio a mediados del siglo XIX (cf. *infra*, p. 396)—, decidieron, a raíz del último ejemplar recibido, poner las cosas en claro. Se trataba de la «estela del sacerdote», hoy conservada en el museo del Bardo, verdadero «emblema

parlante» de un área de sacrificio: un hombre vestido con la túnica y tocado con el gorro de los *kohanim*, la mano derecha levantada en un gesto de oración, sostiene en su brazo izquierdo plegado un niño en pañales cuya suerte, en esta situación, no ofrece lugar a dudas (fig. 122). En una noche clara de finales de diciembre de 1921, Icard y Gielly siguieron a su proveedor y consiguieron sorprenderle, con algunos obreros y con la complicidad del propietario del lugar, en el momento de extraer las estelas de las profundidades de una parcela situada no lejos de la laguna rectangular (hoy Avenida Aníbal).

LAS EXCAVACIONES DE F. ICARD Y P. GIELLY

Reuniendo sus economías, Icard y Gielly compraron el terreno y se pusieron a trabajar, y consagraron a la tarea sus domingos y su escaso tiempo libre. Desde las primeras semanas de 1922, la realidad arqueológica del tofet de Salambó empezaba a asomar con bastante claridad. Se trataba de la superposición, en estratos desiguales, de conjuntos votivos constituidos cada uno por una estela o un cipo colocados encima del depósito propiamente dicho, en forma de una urna de terracota que contenía restos óseos calcinados, a veces acompañados de joyas o amuletos (fig. 123). Icard, en carta del 31 de diciembre de 1921, informó inmediatamente de su descubrimiento al presidente de la Comisión de África del Norte del Comité de trabajos históricos y científicos, E. Babelon, conservador del Gabinete de Medallas de la Biblioteca Nacional (cf. *BAC*, enero de 1922, pp. XXIII-XXIV). A petición de este último, redactó para el director de Antigüedades, L. Poinssot, un informe que marcaría el principio de una colaboración a menudo tormentosa: Icard recelaba de las comunicaciones, mejor elaboradas que las suyas, que hacían L. Poinssot y su segundo, R. Lantier, basándose en las informaciones que él les suministraba.

Es de lamentar que ciertas observaciones de F. Icard, un excelente excavador para la época, no fueran recogidas en los informes oficiales. Citemos una de ellas, dirigida a E. Babelon en carta (inédita) de fecha 7 de febrero de 1922:

> Al efectuar un sondeo más completo a 5,50 m de profundidad, hemos encontrado una capa uniforme de tierra arcillosa amarilla de tres centímetros de espesor. Esta capa, que se extiende horizontalmente bajo tierra es muy compacta y está perforada en diversos puntos por bloques de toba en bruto que asoman como pequeños menhires. Bajo estos bloques de toba hemos realizado un hallazgo muy curioso. Al sacar uno de estos menhires, encontramos una especie de dolmen subterráneo bajo el cual había una urna con dos asas, con formas elegantes y pintada con círculos rojizos. Este pequeño dolmen, que puede medir 0,50 m de altura, está formado con placas de toba procedentes seguramente de los alrededores de Cartago, posiblemente de las orillas del lago.

Impresionado por el arcaísmo de sus hallazgos en el fondo de la excavación, Icard añadía que podían pertenecer a «una época tan lejana que podría atribuirse a una colonia egipcia». El informe de L. Poinssot publicado poco



FIGURA 123. La excavación Icard-Gielly el primero de marzo de 1922. Icard a la izquierda, Gielly a la derecha.

después (*BAC*, sesión del 14 de febrero de 1922, pp. XLII-XLV) citaba estas ingenuidades, pero por desgracia omitía las precisiones estratigráficas del excavador —esa «alfombra» uniforme de tierra arcillosa amarilla que recubría el estrato que más tarde se llamará «Tanit I», localizada años después por Harden y Cintas, con independencia uno del otro.

Confrontado día a día a la complejidad de esta excavación —si se acepta esa «alfombra» separadora de tierra arcillosa amarilla en el estrato inferior—, en la que los monumentos se superponían imbricándose más o menos, Icard se guardó mucho de proponer una estratigrafía demasiado rígida. El informe de Poinssot que, reconsiderado y desarrollado, se convertirá algo más tarde, de su mano y la de Lantier, en el primer artículo científico sobre el tofet (L. Poinssot y R. Lantier, 1923), presentaba una estratificación en cuatro niveles, desde el A, en el fondo de la excavación, hasta el D, el más reciente, situado a unos 2,50 m bajo el nivel del suelo moderno (fig. 124). Un intento de cronología absoluta completaba esta clasificación: el nivel A se remontaba en el tiempo hasta finales del siglo VI, mientras que el B dataría del siglo V y el C del IV. Veremos que las excavaciones siguientes modificaron notablemente esta visión de la estratigrafía y de la cronología, pero, un año después del descubrimiento del tofet, y aunque la excavación se había limitado tan sólo a una pequeña superficie en los niveles más profundos, se habían conseguido puntos esenciales.

Las fórmulas que invariablemente aparecían repetidas en las estelas, a partir sobre todo del siglo IV a.n.e., confirmaban lo que desde los primeros traba-

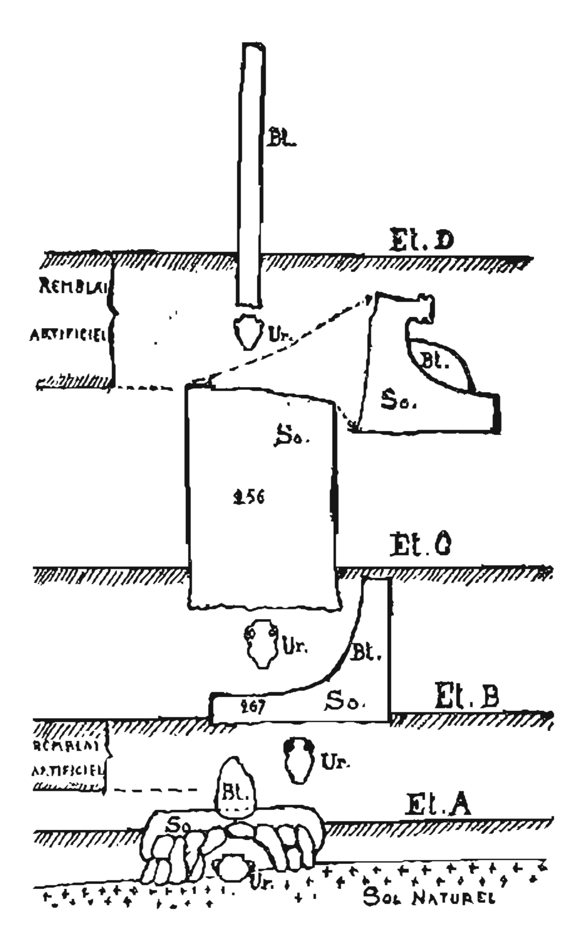


FIGURA 124. Los cuatro niveles (A, B, C, D) de la estratigrafía de la excavación Icard-Gielly.

jos de Ernest Renan ya indicaban las piedras encontradas esporádicamente en Cartago: la inmensa mayoría de los oferentes, que según la moda oriental mencionaban su ascendencia hasta la segunda generación, y a veces más allá, consagraban sus votos a la Señora Tanit, *pene Ba'al* («faz de Ba'al») y a Ba'al Hammón, y a veces sólo a Tanit. Más allá de la clasificación un tanto ficticia en cuatro niveles, la excavación desvelaba la originalidad del primer lecho de deposiciones, inmersas en una capa de tierra arcillosa negra pantanosa justo encima del suelo virgen, y contenidas en urnas de superficie rojo brillante, o decoradas con bandas rojas, cuidadosamente cerradas —lo que no siempre será el caso después— y protegidas por una especie de cistas de toba (los pequeños «dólmenes» de F. Icard), a veces —pocas— tapadas con un cipo tallado y esculpido, o más bien por un tosco *sema*, o betilo. Los primeros análisis serios del contenido de las urnas, especialmente los de P. Pallary (1922), establecían sin lugar a dudas la presencia en la mayoría de ellas de huesos infantiles calcinados.

Las «fichas» de F. Icard, junto con dos artículos esclarecedores de E. Vasser y de Ch. Saumagne, ambos de 1923, revelan las dudas que surgieron y la polémica que se inició al respecto. Los primeros facultativos consultados se negaron a reconocer en los restos calcinados osamentas infantiles, y prefirieron ver en ellos restos de cabra, de cordero, de perro e ¡incluso de mono! Pero hubo

que rendirse a la evidencia y admitir la presencia muy mayoritaria —junto a la minoritaria de cápridos (ciervos y corderos)— de restos humanos, por lo general de niños muy pequeños de apenas días o meses. La controversia traicionaba evidentemente la dificultad de concebir la realidad de esta práctica documentada en los textos del Antiguo Testamento pero condenada por ellos, al igual que había suscitado más tarde la condena horrorizada de las civilizaciones del mundo clásico. Se verá que esta reacción tan humana sigue influyendo, de una forma u otra, en la interpretación que se da todavía hoy de una realidad que ya no se pretende negar. Además, los análisis de Pallary ya demostraban, aunque a partir de testimonios todavía insuficientes, que la proporción de restos infantiles con respecto a los restos animales era mucho mayor en el «nivel C» que en el «nivel A». Las excavaciones más recientes confirman plenamente esta constatación, a primera vista paradójica, de una disminución de las sustituciones a partir de los tiempos más antiguos, y por lo tanto de una agravación en el rigor del rito del sacrificio en los siglos IV y III a.n.e.

El 4 de noviembre de 1922 se suspendieron las excavaciones de Icard y Gielly no sólo por falta de créditos, sino también por las desavenencias entre los autores del descubrimiento y la Dirección de Antigüedades. Con muy pocos medios se habían recuperado cientos de estelas y de urnas, aunque científicamente inútiles, en su mayoría, por la falta de precisión a la hora de registrarlas. La mala suerte que se cebaría sobre las excavaciones del tofet ya empezó a manifestarse entonces: la publicación de los resultados no estaba a la altura de la importancia del hallazgo. Y, mal protegido, el recinto vallado de las primeras excavaciones fue objeto de diversos pillajes.

Las excavaciones de F. Kelsey y D. Harden

Entonces entró en escena un personaje inesperado, diríase «de color subido» si no hubiera vestido siempre impecablemente de blanco, según muestran las fotografías de la época, exhibiendo toda la elegancia propia de un dandi de los «años locos»: el «conde» Byron Khun de Prorock. De origen húngaro, aunque ciudadano norteamericano, unía a una marcada debilidad por la arqueología el sentido práctico y el espíritu de empresa del Nuevo Mundo. Recompró el terreno al desafortunado Icard, lo acondicionó y, mediante conferencias y una hábil política de relaciones públicas —tal como viene consignado en su pequeño libro *Digging for Lost African Gods* publicado en 1926—, consiguió interesar a un equipo franco-americano para continuar las excavaciones del tofet (fig. 125). El aval científico francés estaba representado fundamentalmente por el padre Chabot, editor del *Corpus Inscriptionum Semiticarum*. Junto al director de la misión de la Universidad de Michigan, Francis Kelsey, cabe retener sobre todo el nombre de un joven británico, Donald Harden, que acabaría su carrera como conservador jefe del Museo Británico y que se convertiría en uno de los mejores conocedores del mundo fenicio y púnico.

Gracias a él, los trabajos realizados en 1925 en una parcela que lindaba al

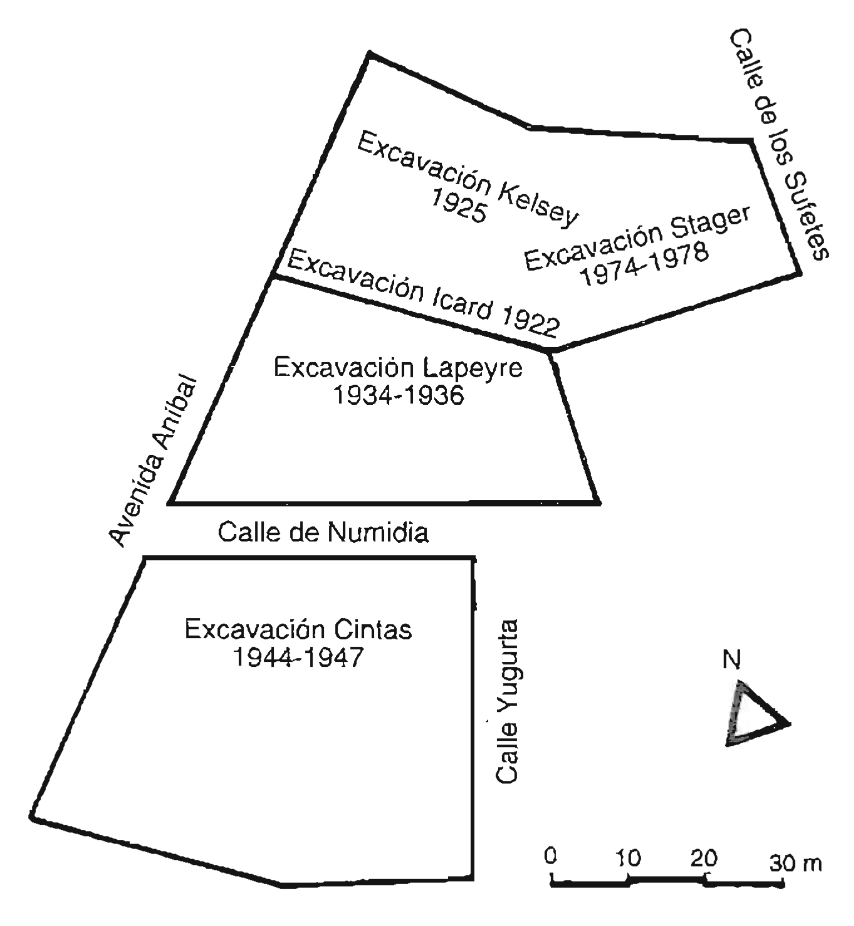


FIGURA 125. Plano de las parcelas excavadas del tofet.

sur con el primer corte, posibilitaron una evolución decisiva en la percepción estratigráfica del tofet. Hoy sigue todavía vigente su delimitación en tres grandes periodos (fig. 126). El más antiguo, que llamó Tanit I, correspondía al nivel A de Poinssot y Lantier; pero un mejor análisis comparativo de las cerámicas de tradición oriental permitió a Harden situar más concretamente este primer periodo del tofet entre finales del siglo VIII y mediados o, lo más tarde, finales del VII: en un siglo, como mucho, los depósitos votivos, antes poco numerosos y dispersos, habían ocupado un amplio espacio. El segundo periodo, Tanit II, abarcaba una etapa mucho más larga, ya que se proponía extenderla hasta más o menos el 300 a.C., coincidiendo con el inicio del último periodo, Tanit III, que habría tenido una duración próxima a un siglo y medio, hasta la destrucción de Cartago, en el 146 a.C. Fue una mayor sensibilidad hacia las formas y las técnicas de la cerámica fenicia, y más tarde púnica, lo que permitió al joven ayudante de la Universidad de Aberdeen proponer una estratigrafía que prometía ser duradera, ya que sin ser demasiado ambiciosa, estaba basada en un análisis riguroso del material. De hecho, su clasificación de los platos y de los platillos utilizados para tapar las urnas no se ha vuelto a revisar, y su estudio de las urnas sirvió de base más tarde para las clasificaciones más elaboradas de Cintas (D. Harden, 1927 y 1937).

Las tareas en el tofet corrían muy distinta suerte. Tras la muerte de Kelsey

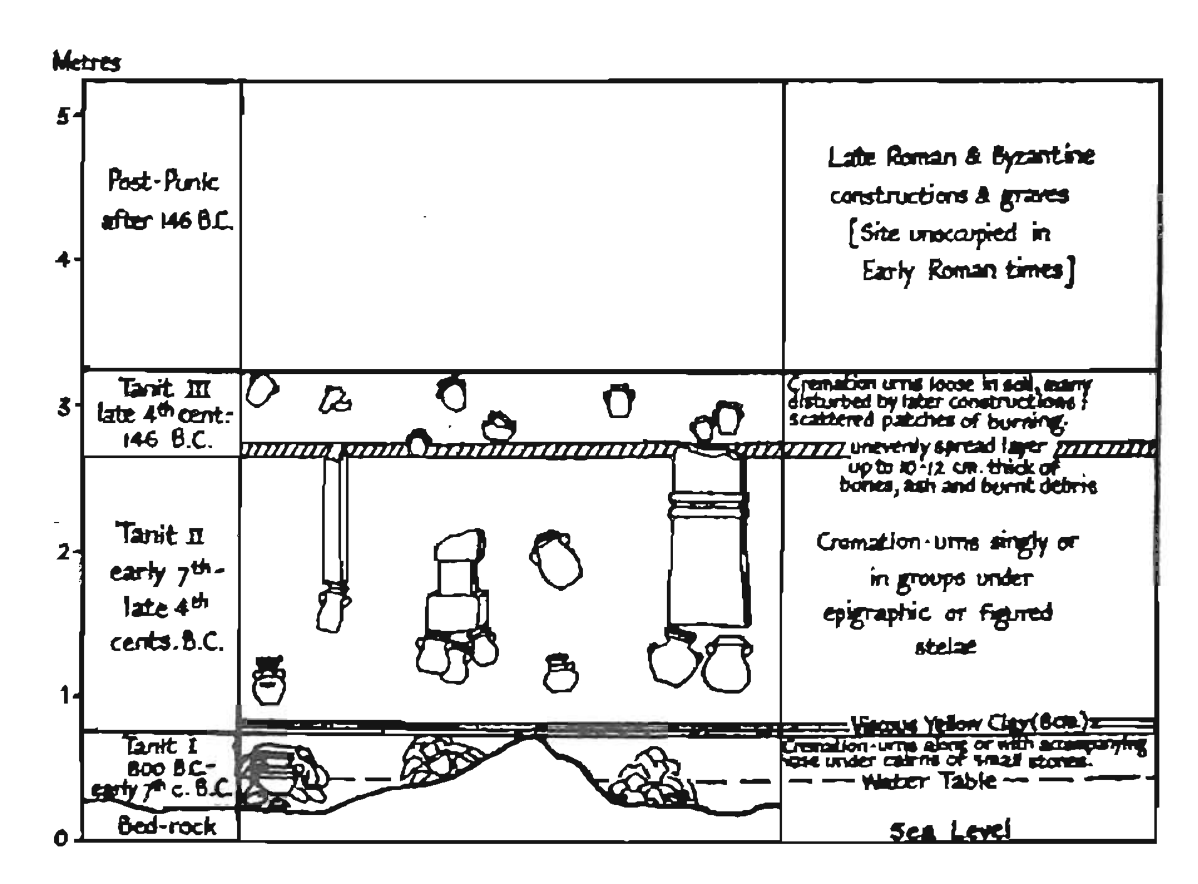


FIGURA 126. Esquema estratigráfico de D. Harden.

en 1927 la excavación del área fue abandonada. Aquél sólo había dejado un breve informe preliminar que anunciaba otro más elaborado de 450 páginas, pero que nunca vio la luz (F. Kelsey, 1926, p. 11, nota 1). Años más tarde, el doctor Carton, interesado por Cartago desde hacía más de treinta años con el éxito que se le reconoce, compraba el terreno que lindaba al sur con las dos parcelas ya sondeadas, con la intención de explorarlo él mismo. Pero murió antes de poder hacerlo y, a instancias de su viuda, un Padre Blanco, G. G. Lapeyre, excavó el terreno en 1934-1936 con alguna ayuda del Instituto de Francia. Se encontraron miles de cipos, de estelas y de urnas, sin más información sobre las condiciones de su excavación que unas pocas páginas de dos comunicaciones del padre Lapeyre publicadas en las actas de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres en 1935 y en 1939. Mucho material acumulado para los epigrafistas y los especialistas en la decoración esculpida de estos monumentos, pero lamentablemente se trataba de un material en bruto, descontextualizado. Y el conocimiento del tofet en su función de área de sacrificio no había avanzado ni un paso. Se acercaba ya la segunda guerra mundial y el sitio quedó dormido durante unos años.

LAS EXCAVACIONES DE P. CINTAS

Después de la guerra, la reanudación de las excavaciones corrió a cargo de Pierre Cintas, en el marco de la Dirección de Antigüedades, cuyo nuevo director era G. Ch. Picard. Cintas fue el último, y el más logrado, de aquella generación de arqueólogos autodidactas salidos del funcionariado —en su caso el cuerpo de aduanas—, que compensaron esa desventaja a fuerza de trabajo arduo que les permitiría dominar muy pronto las realidades del terreno, y que en Túnez se incluían entre los mejores artífices del progreso del conocimiento de las antigüedades y de la Antigüedad. Cintas publicó a mediados de este siglo (en 1950) un libro voluminoso, *Céramique punique*, donde se presentaban las primeras bases de una ceramología para este ámbito concreto. Este amplio estudio se alimentó de los ya importantes trabajos anteriores. El autor había realizado sus prácticas de campo con un conocedor experimentado y exigente, el doctor Gobert, que en la Túnez de aquellos años fue, en el ámbito de la prehistoria y de la protohistoria, lo que el doctor Carton había representado en el campo de la arqueología púnica y romana. Teniendo en cuenta las costumbres de la época, Cintas tuvo una buena escuela. Pero además puede decirse de él que excavaba con una varita mágica, un instrumento que no suele figurar entre los típicos enseres del perfecto arqueólogo: motivo que suscitó celos y hasta algunas sospechas. Durante una breve misión en Tipasa, Argelia, aplicó de forma instintiva, por así decirlo, varios parámetros de la investigación arqueológica desde entonces formalmente teorizados, y supo encontrar así los primeros restos prerromanos conocidos de esta «escala púnica». De ahí a hablar de prestidigitación, no hay más que un paso, y no habría que darlo: Cintas no se sacaba los fragmentos cerámicos del sombrero. Pero este gran apasionado tuvo otras debilidades, como veremos.

La parcela en forma trapezoidal donde se llevaron a cabo las nuevas excavaciones a partir del mes de julio de 1944 —el «terreno Hervé», entre la Avenida Aníbal, al oeste, la calle de Numidia, al norte, y la calle Yugurta, al este— lindaba con el sitio de las exploraciones precedentes, aunque formaba un todo claramente diferenciado (cf. fig. 125). El subsuelo también era distinto (si se acepta una parte de subconstrucciones abovedadas en la excavación Kelsey-Harden), puesto que pronto se reveló atestado de muros y, a mayor profundidad, también de cimientos de época romana alterando los estratos de deposición y complicando los trabajos de excavación. Considerados como el principio de un sistema de coordenadas de tres dimensiones, estos muros se utilizaron para establecer el trazado, y uno de ellos, un espeso muro curvado de radio muy amplio y en un eje aproximadamente este-oeste, sirvió para dividir la excavación en dos sectores, norte y sur.

La «excavación norte», la primera en iniciarse —una franja en dirección este-oeste de una longitud de ocho a diez metros—, fue al principio decepcionante. Iniciada por su lado oeste, desde la Avenida Aníbal, la exploración sólo encontró estelas y cerámicas púnicas tardías, incluso a una profundidad de cuatro o cinco metros. Más hacia el este, la estratigrafía parecía ganar consistencia,

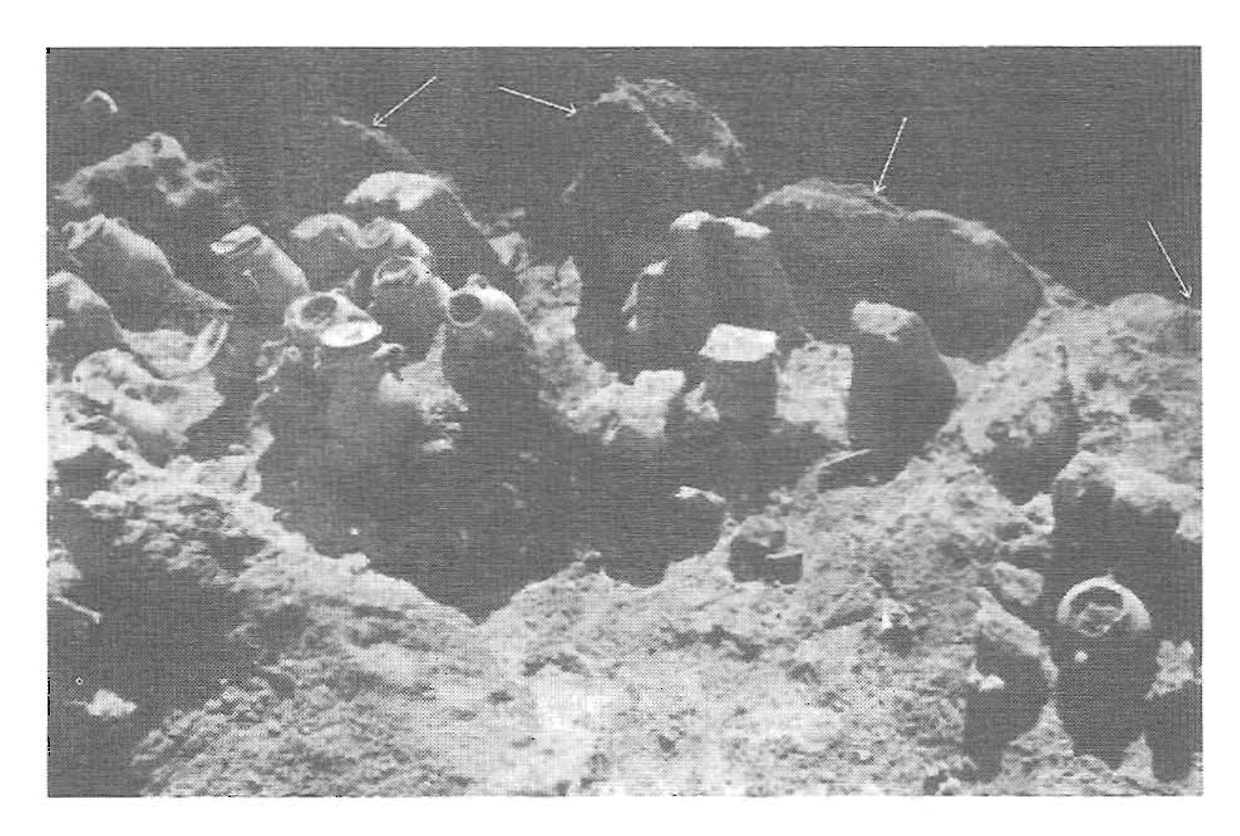


FIGURA 127. Excavación norte de Cintas; vestigios de uno de los límites del tofet.

con la aparición de cipos de gres estucado a cinco y seis metros de profundidad, pero el nivel arcaico no aparecía. La explicación de esta situación desconcertante llegó algo más tarde con el descubrimiento, más hacia el este, de una hilera de losas verticales formando un muro según un eje norte-sur (Cintas, 1970, pp. 313-314). Al parecer se había descubierto uno de los límites del área de sacrificio, al menos una parte de su primer recinto, lado oeste, antes de que la acumulación de depósitos en una época poco precisa (tal vez hacia el siglo IV) la transgrediera (fig. 127). De hecho, Cintas y su colaborador Feuille encontraron, intramuros respecto de esta hilera de losas, en la zona oriental de la excavación, la estratigrafía descrita por los excavadores precedentes. A una profundidad que variaba entre seis metros y medio y siete metros bajo el suelo actual, se descubrieron los primeros depósitos votivos colocados en la capa de tierra arcillosa negra que, con un espesor de cuarenta a sesenta centímetros, se extendía por toda la superficie dura del suelo nativo: al hablar de los puertos veíamos que esta capa es un recuerdo de la época «prehistórica», cuando toda esta zona era lacustre y pantanosa (*supra*, p. 175).

A esta profundidad, los arqueólogos terminaron la excavación en el agua, lo que se explica por la elevación de casi medio metro del nivel del mar —muy próximo por el este—, en relación con su nivel de época púnica. Al igual que en las exploraciones precedentes, estos depósitos arcaicos del periodo «Tanit I» aparecieron de forma bastante espaciada y protegidos en pequeños pozos habilitados especialmente para ello (fig. 128). Como ya hiciera Icard en 1922, Cintas observó encima de este primer nivel la deposición bastante regular de una



FIGURA 128. Una pequeña cista, o *pozzo*, en la excavación de Cintas.

capa de arena mezclada de tierra amarilla de espesor variable —de cinco a veinte centímetros— que la separaba claramente de los niveles posteriores. Estos últimos, a su vez, no aparecían superpuestos de forma rigurosa, como Poinssot y Lantier creyeron observar en sus niveles B y C —lo que habría supuesto una gestión planificada y normativa de las superficies disponibles en el área—, sino un tanto anárquica, con ondulaciones e imbricaciones «a modo de escamas de pez» como bien dice Picard (1990, p. 78). De forma que si bien la periodización según las tres épocas (Tanit I, II y III) de Harden debía mantenerse como marco cronológico (y fechado con precisión por lo que se refiere a Tanit I), debían también incorporarse aspectos estratigráficos variables de un minisector a otro.

El nivel Tanit I de la zona norte del «terreno Hervé», excavado en una superficie de unos 80 m², posibilitó ciertas observaciones preciosas. Si bien las urnas contenían mayoritariamente huesos infantiles calcinados, también contenían, mezclados con los primeros, restos de ave. También aparecieron abundantes cuentas y amuletos egiptizantes que desaparecían prácticamente en el nivel superior. Especialmente notable fue el descubrimiento de unas pequeñas estatuillas campaniformes femeninas o masculinas junto a las urnas de este nivel inferior, depositadas como aquéllas en pequeñas cistas o pozos hechos con piedras ensambladas. Ejemplares de estas estatuillas habían aparecido ya diez años antes, en la excavación realizada por el padre Lapeyre en el «terreno Carton» (G. G. Lapeyre, 1939, p. 295). ¿Hacían las veces de depósito votivo, como



FIGURA 129. La estela *CIS*, 5780.

creía el padre Lapeyre? La discusión acerca de su significado sigue aún abierta (cf. *supra*, p. 71).

Dado que las diferentes partes del tofet no forman un todo homogéneo, resultan lógicas las disparidades reveladas por la excavación entre una parcela y otra dentro del mismo nivel. Uno de los informes preliminares de G. Ch. Picard, que confirma las notas de excavación de Cintas, constata la abundancia a nivel intermedio (principio y fases intermedias de Tanit II) de altares excavados, «una especie de *bothroi*», que contienen las estelas (G. Ch. Picard, 1945, pp. 448-450). Si se cotejan estos altares con los agujeros redondos perforados en el suelo amorterado donde descansan las estelas del nivel de Tanit III en este sector norte del «terreno Hervé», estos diversos orificios podrían identificarse como destinados a recibir libaciones. Esta hipótesis de un culto funerario celebrado en el mismo tofet aparece reforzada por el descubrimiento, el 12 de julio de 1945, de una estela con frontón (la estela Cb 687 bis: *CIS*, 5780) que representa a una mujer vestida con una larga túnica plisada, medio arrodillada; su mano izquierda se apoya en un túmulo y en la mano derecha sostiene una vasija con asa (fig. 129). En esta representación, analizada miles de veces, quiere verse una escena de libación. Se ha pensado en un culto a Dido, convertida en heroína tras su suicidio por fuego, o también un rito funerario celebrado en honor de las víctimas del ritual de sacrificio, todas ellas divinizadas. Volveremos sobre ello al hablar de la «capilla Cintas».

LA «CAPILLA» Y EL DEPÓSITO DE FUNDACIÓN

A partir de 1946 y durante dos años escasos, la excavación se trasladó al otro lado del «muro curvo», en la parte sur del terreno. Allí, las estructuras romanas superpuestas a los restos de época púnica adoptaban la forma de grandes pilares de cimentación de planta cuadrada, dispuestos en tresbolillo, cuya cúspide sirvió a los excavadores de referencia inicial para la determinación de la profundidad de sus niveles, siendo la otra referencia, en lo más profundo, el nivel del agua anotada día a día. Esta «excavación sur», y más concretamente el pequeño sector rectangular situado entre los pilares V, VI, XIII y XIV, iba a deparar a Cintas profundas sorpresas. En efecto, en la primavera de 1947, descubrió allí lo que a primera vista tomó no como una de las primeras deposiciones del área de sacrificio, un elemento de Tanit I, sino como un monumento todavía más antiguo, un «santuario precartaginés», para recuperar el término que dio a su descubrimiento en un artículo de la *Revue Tunisienne* (1948). A partir de los restos de muros derrumbados, en cuyos agujeros, una vez en ruinas, se habían introducido incontables depósitos votivos de Tanit I, Cintas reconstruyó, por inducción, una «capilla» primitiva, una especie de pequeña cámara abovedada, de pequeñísimas dimensiones, rodeada de muretes que formaban pequeños pasillos (figs. 130 y 131). El conjunto estaba centrado en torno a una cavidad del suelo geológico, una especie de «pozo» natural rico en contenido, tal como reveló la excavación.

Veíamos al hablar de la fecha de fundación de Cartago, que es en torno a estos objetos que ha girado siempre el debate relativo a esta cronología. Además de una lucerna de dos mechas y de un ánfora en la parte superior del «pozo» (identificadas como indicios de un relleno de tierras posterior), se encontró un conjunto aparentemente homogéneo cubierto por el lodo endurecido que había colmado la cavidad (fig. 132). Citemos los elementos más característicos: un *askos* en forma de pájaro, tres *œnochoés* y dos *kotyles* con decoración geométrica. A este hallazgo vino a sumarse el realizado en la base de uno de los muros del recinto de esta «capilla»: un depósito (al parecer de fundación) de dos objetos que sugerían una datación muy antigua, una lucerna-escudilla de tradición fenicia con una sola mecha (las lucernas encontradas en las tumbas de época arcaica tienen dos mechas) y sobre todo un ánfora ovoide con asas retorcidas y decoración geométrica que Cintas interpretó como características micénicas. Sugirió fechar todo el conjunto, tanto los objetos del «depósito de fundación» como los del «pozo», hacia finales del segundo milenio (P. Cintas, 1948, pp. 29-30). Creyó así haber descubierto, en la mismísima playa que pisaron los primeros navegantes venidos de Oriente, una huella arqueológica de la leyenda, mencionada en el siglo IV por Filisto de Siracusa y también por Eudoxio de Cnido, según la cual Cartago habría sido fundada muy a finales del siglo XIII a.n.e., y por consiguiente, antes que Útica.

Para un arqueólogo no hay vértigo más irresistible que el de las épocas muy arcaicas. Cintas había catado en el fondo del tofet de Cartago el vértigo de las profundidades. Desilusionado por los correctivos cronológicos que la experiencia

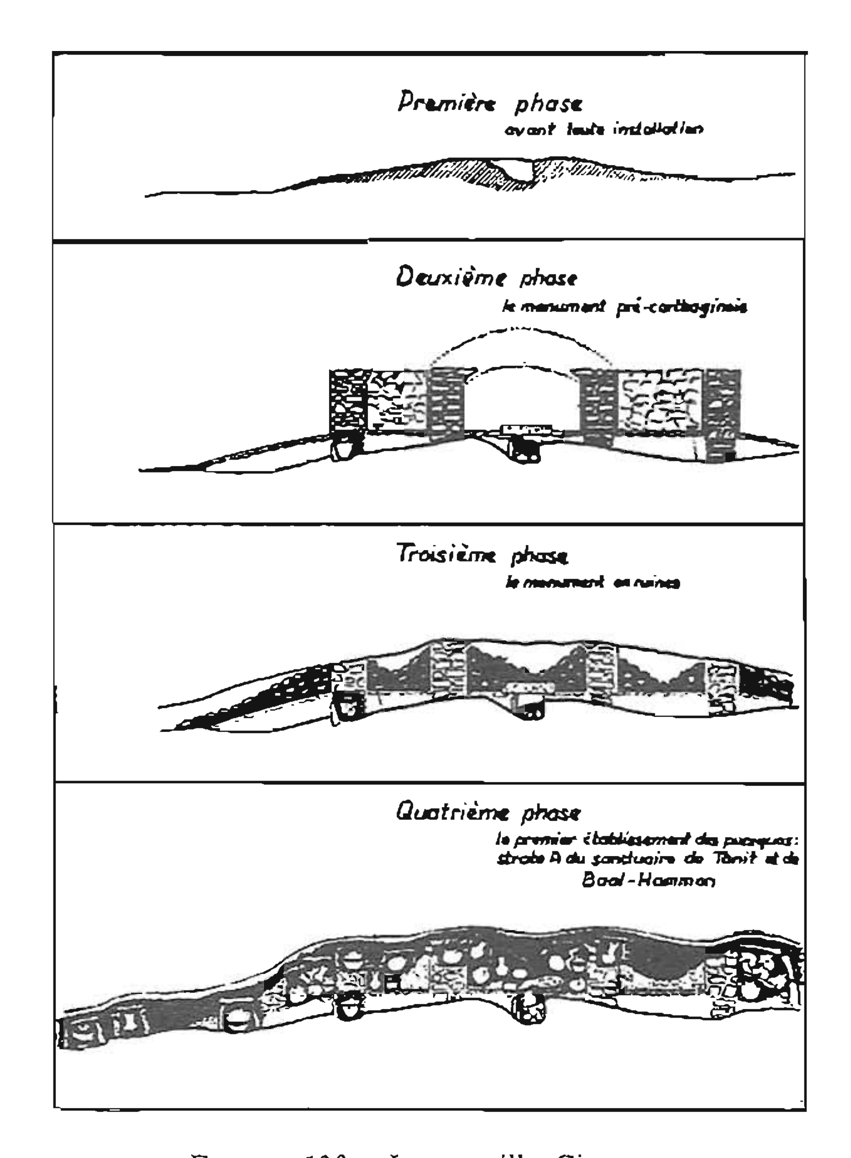


FIGURA 130. La «capilla Cintas».

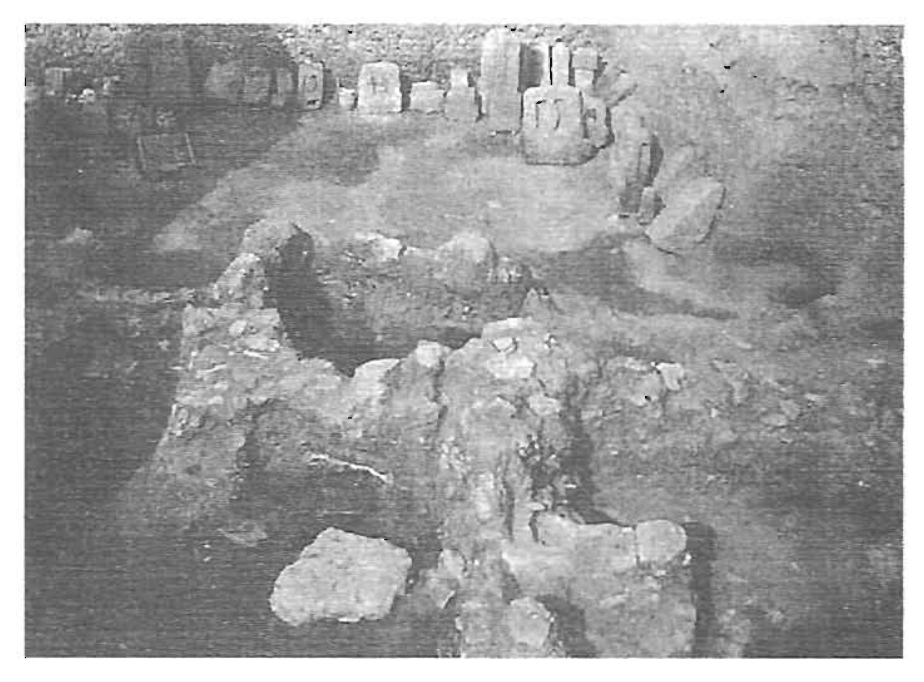


FIGURA 131. La «capilla Cintas» recién excavada.

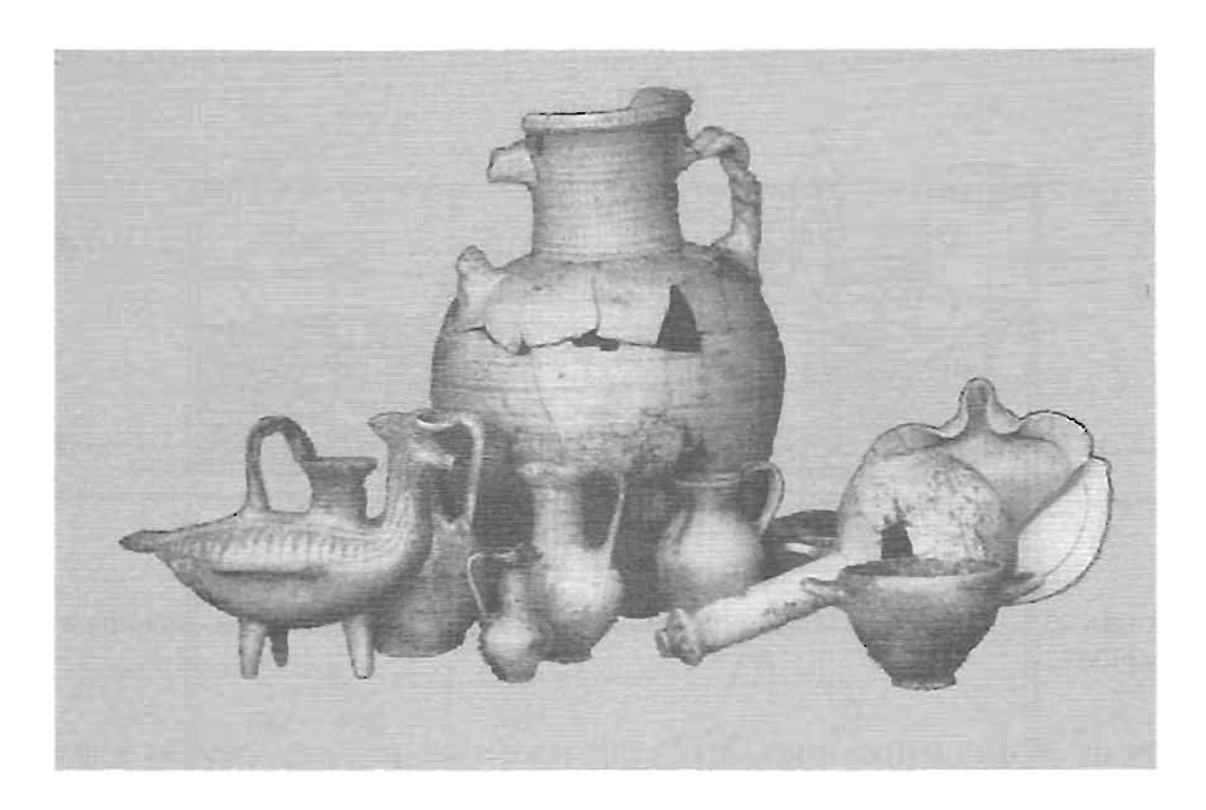


FIGURA 132. Los objetos de la «capilla Cintas».

de Demargne (1951, pp. 44-52) obligó a realizar con respecto al material, ahora no fechable más allá de mediados del siglo VIII, Cintas fue a Útica a buscar lo que Cartago le había negado, el tan anhelado encuentro de la arqueología con la leyenda.

Ya en el declive de su vida, publicó en 1970 el tomo I de su *Manuel d'archéologie punique* —de hecho un manifiesto en favor de dataciones muy arcaicas para Cartago—, publicación con la que este excavador feliz pero insatisfecho destruía deliberadamente «su» capilla. Recuperado la documentación de su excavación de los años cuarenta, había observado en ella situaciones arqueológicas si no similares a las de la «capilla» en su extensión, por lo menos comparables en su principio: existían, pues, otras «pequeñas cámaras», insuficientemente observadas durante la excavación, que albergaban asimismo pequeños pozos que, a su vez, contenían no depósitos de sacrificio, sino objetos votivos: betilos, cipos, cerámicas diversas (P. Cintas, 1970, pp. 318-319), aunque subsistía el carácter excepcional del conjunto de objetos que poblaban lo que Cintas, en la época del hallazgo, había llamado el sanctasanctórum. Resulta difícil sustraerse a la impresión de que el autor de *Céramique punique*, decepcionado por tener que admitir que las cerámicas griegas de la «capilla» no tenían la antigüedad requerida, prefirió banalizar el contexto arqueológico de este descubrimiento con argumentos no siempre merecedores de aprobación.

Esta hipótesis influyó fuertemente en la publicación exhaustiva de estas excavaciones en la que el autor estaba trabajando cuando una muerte prematura le sorprendió sin haber podido terminar. Es una lástima, porque los archivos dejados por Cintas, desgraciadamente incompletos y prácticamente insonda-

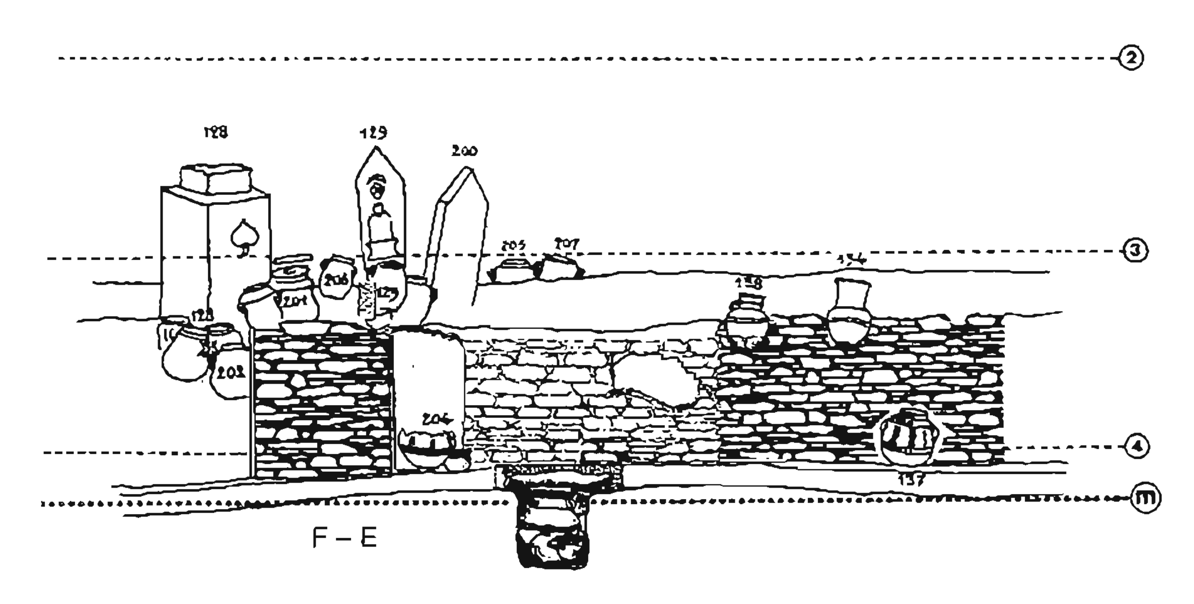


FIGURA 133. Sección realizada por Cintas de un sector de su excavación próxima a la «capilla».

bles sin él, demuestran que Cintas había ponderado perfectamente las exigencias tan específicas de la reconstrucción visual de situaciones arqueológicas muy complejas y muy ricas. Es probable que las técnicas más recientes de dibujo asistido por ordenador sean hoy las únicas capaces de dar cuenta de estas realidades y ofrecerlas visualmente en su globalidad. Sus cualidades bastante excepcionales de dibujante permitieron a Cintas registrar los datos del terreno en sus tres dimensiones, con la fidelidad que le permitieron las técnicas manuales. Se proponía convertirlas en gráficos completando las reconstrucciones planimétricas mediante una serie de cortes que podrían considerarse casi «histológicos». La muestra que ofrecemos aquí (fig. 133) reavivará la frustración que siempre suscita una obra inacabada.

LAS INVESTIGACIONES RECIENTES

El año en que, con la muerte de Cintas, desaparecía toda perspectiva de publicación de su excavación del tofet, se abría la campaña internacional para la salvaguarda del sitio de Cartago patrocinada por la Unesco. Durante cuatro años, entre 1975 y 1979, un equipo de la American School of Oriental Research, dirigido por Stager, reemprendió la exploración allí donde la había dejado hacía medio siglo otro equipo norteamericano, el de Kelsey, concretamente, en el límite este de esta parcela (cf. fig. 125).

En el momento de escribir este libro, más de diez años después del final de la excavación, aún no ha aparecido la publicación de conjunto de la excavación, pero algunos informes parciales y unos pocos artículos permiten destacar sus principales aportaciones, que confirman las observaciones precedentes en puntos esenciales. El nuevo equipo creyó poder delimitar nueve horizontes estratigráficos, de forma tal vez un poco ficticia y, en cualquier caso, sólo aplica-

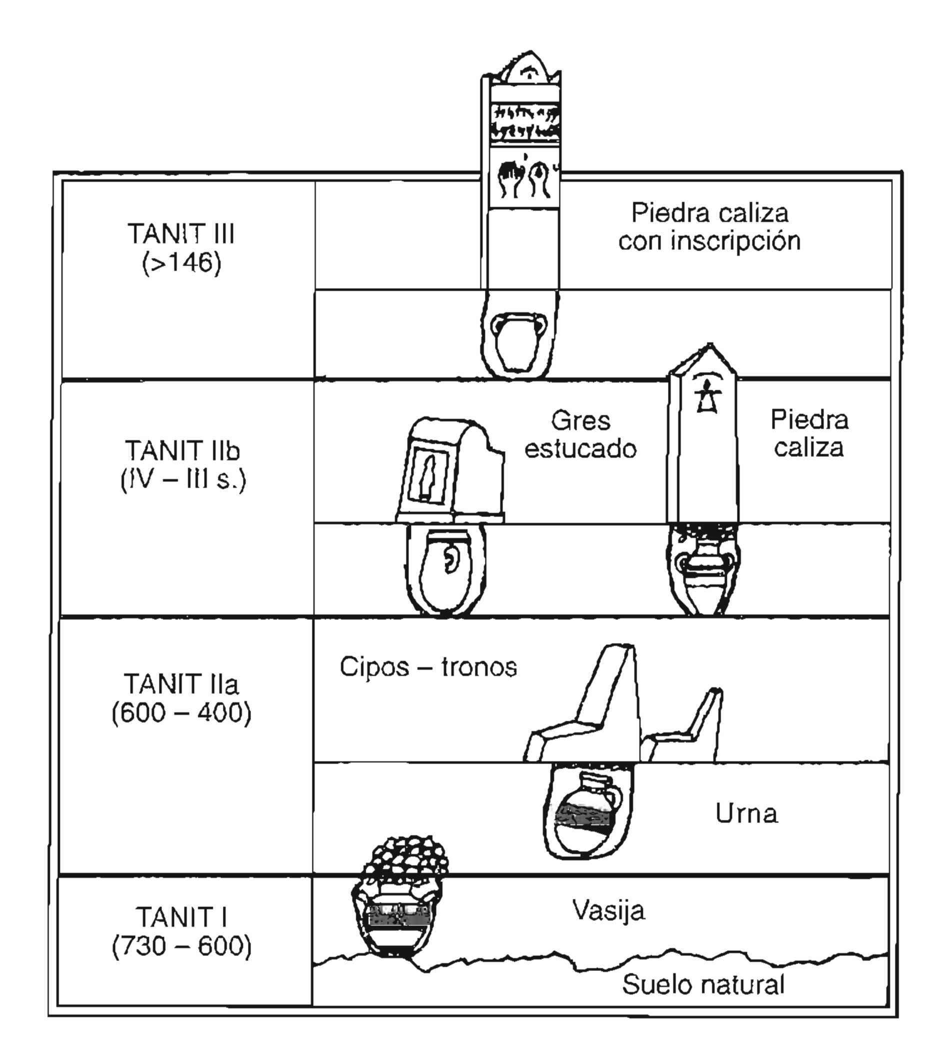


FIGURA 134. Esquema estratigráfico de la excavación norteamericana.

bles a un sector limitado del tofet. Pero conservó la distinción de conjunto propuesta por Harden en tres grandes fases, y sus facies pueden hoy precisarse mejor a partir de una observación más meticulosa (fig. 134). Si para el inicio de Tanit I nadie se atreve a ir más allá del 730 a.n.e. —lo que deja abierto un *hiatus* de tres generaciones entre esta fecha y la fundación en el 814, la fecha legendaria—, para su final, en cambio, se suele bajar hasta el 600 a.C., lo que equivale a prolongar tal vez un poco demasiado esta primera fase, bien caracterizada por su claridad estratigráfica, su material cerámico, y la disposición espaciada de sus depósitos votivos en los «pozos» o *pozzi* del estrato inferior. Gracias a las nuevas excavaciones de la ladera sur de Byrsa, hoy conocemos mejor la cerámica de la segunda mitad del siglo VII: no se encuentra entre el material del Tanit I.

Un monumento votivo frecuente desde la época de Tanit I, junto con los toscos betilos y pirámides u obeliscos, es un cipo en forma de L que suele denominarse «cipo-trono», tallado en un gres procedente de las canteras del extremo del cabo Bon (El-Haouaria). Está todavía presente en el estadio de Tanit II, al menos en un primer momento, que pudo prolongarse hasta mediados o finales del siglo V, momento en que estos «cipos-tronos» son sustituidos por

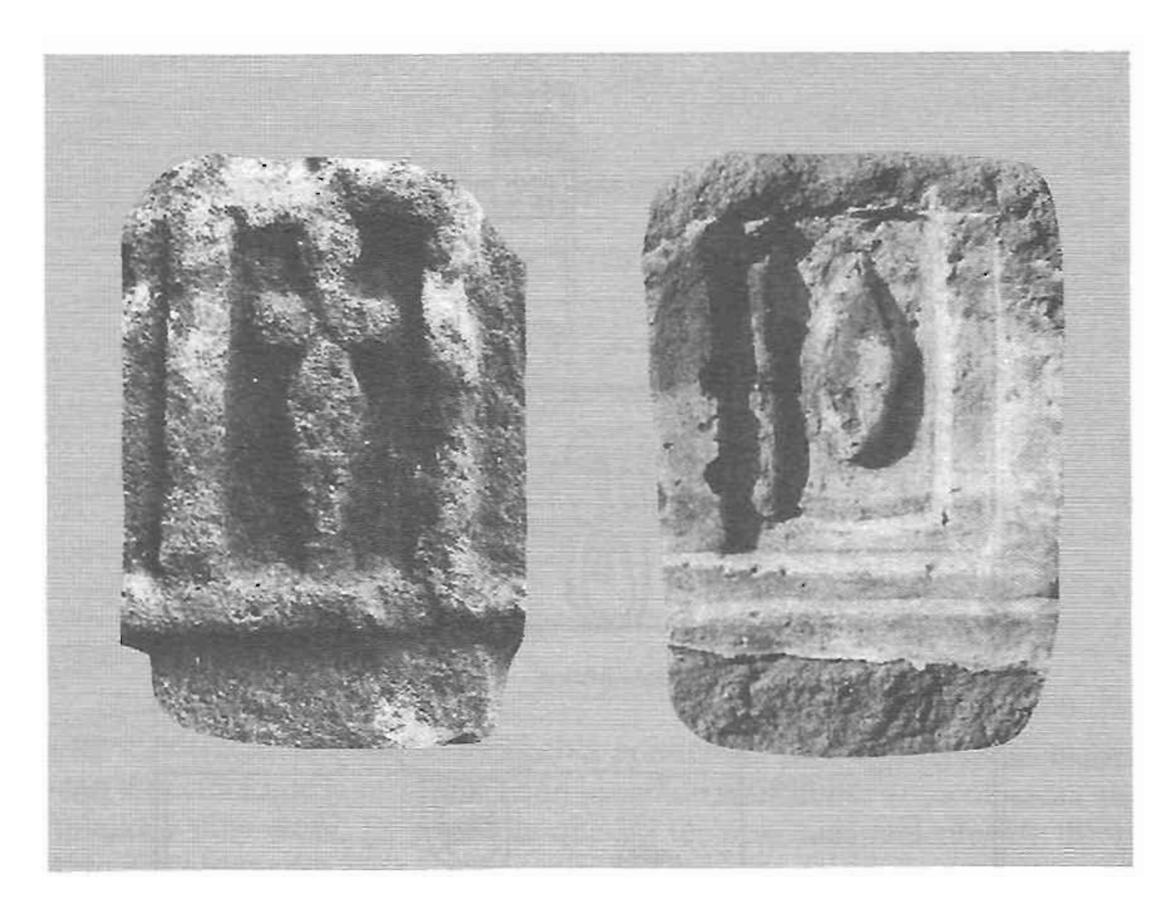


FIGURA 135. Cipos de Tanit II, en gres de El-Haouaria; el de la derecha, que representa un betilo, está revestido de estuco.

monumentos más macizos, también tallados en gres de El-Haouaria, pero casi todos revocados con un estuco blanco donde a veces todavía subsisten vestigios de un cromatismo brillante (amarillo, rojo, azul claro). En la fachada de estos pequeños monumentos aparecen representaciones en bajorrelieve, a menudo un betilo estilizado, y también una divinidad femenina, en la que lícitamente podría reconocerse a Tanit, realzada de cuerpo entero, o a veces sosteniendo un tímpano en sus brazos cruzados sobre el pecho, en un pórtico de templo representado a la manera egipcia (fig. 135). Es a partir de la segunda fase de Tanit II (siglos IV-III) que las estelas en caliza gris acompañan y luego suplantan a los cipos en gres. Coronadas por un frontón triangular, aquéllas presentan diversos símbolos, y al menos dos de ellos divinos: el disco y el creciente (sin duda Ba'al Hammón) y el «signo de Tanit», un triángulo coronado por dos antebrazos levantados. Es en estas estelas de la fase final de Tanit II donde vemos primero el nombre de Tanit «faz de Ba'al» en inscripciones que aparecen cada vez con mayor frecuencia, pero con un formulario que sigue siendo desesperadamente parco y repetitivo.

En el nivel de Tanit III, cuyas capas altas fueron arrasadas y mezcladas por las construcciones de época romana, estas estelas de caliza se van haciendo más y más delgadas y esbeltas. Acroteras flanquean casi siempre el frontón triangular terminal. La decoración incisa y esculpida inicia una diferenciación. Junto

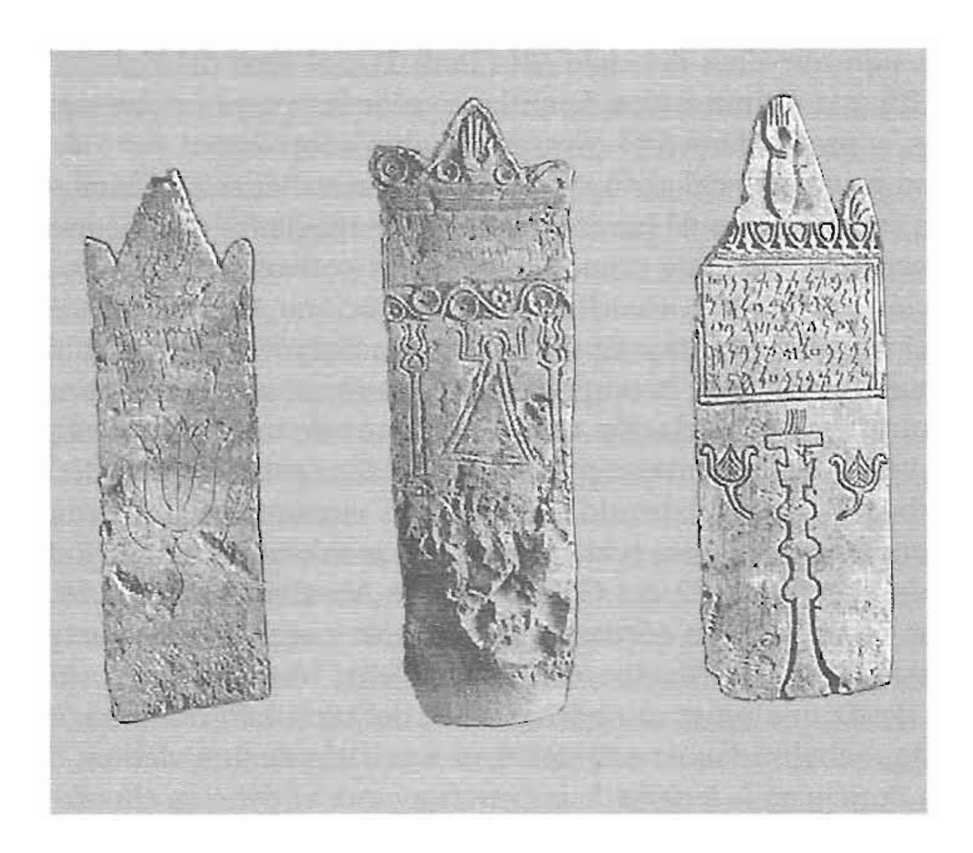


FIGURA 136. Estelas de Tanit III, que presentan en el frontón la mano derecha abierta. Obsérvese el «signo de Tanit» entre caduceos en la estela del medio.

a los símbolos religiosos todavía presentes (por ejemplo, la mano derecha levantada y con los dedos abiertos simbolizando la oración), aparece una iconografía de repertorio muy diverso, que sigue siendo una de nuestras mejores fuentes para el conocimiento del arte púnico (fig. 136). Por lo demás, la cosecha de las recientes excavaciones tan sólo ha añadido testimonios suplementarios a los hallazgos ya impresionantes procedentes de las excavaciones antiguas, sobre todo las de Lapeyre y Cintas, que propiciaron estudios especializados sobre esta imaginería tan característica de la Cartago de época tardía donde los rasgos orientales y semitas todavía no habían quedado completamente borrados por los temas decorativos de la *koiné* helenística (véase sobre todo C. Picard, 1967a, 1976 y 1978). Esta persistencia de rasgos orientales en su cultura ofrece de Cartago una imagen bien característica y peculiar, aun en época tardía, y en todos los ámbitos. Sobre todo en el nivel artístico, como veremos a continuación.

EL ANÁLISIS DE LAS URNAS Y LA REALIDAD DE LOS SACRIFICIOS

La aportación más innovadora de las excavaciones norteamericanas de los años setenta se refiere a la atención prestada al análisis interno de los depósitos votivos. De las aproximadamente 400 urnas descubiertas por esta misión, 130 fueron objeto de un análisis minucioso, sobre todo, en relación con su contenido (L. Stager, 1982, p. 159). Se dividen, fundamentalmente, en dos grupos cro-

nológicos, uno que data del siglo VII (Tanit I) y el otro del siglo IV (final de Tanit II). En esta última época, la antigua colonia tiria ya estaba ampliamente helenizada, y profundamente: ¿acaso no había adoptado el culto de Deméter y de Koré a principios del siglo IV? Pero, cosa extraña, se constata —y tal vez sea la más sorprendente de las confirmaciones aportadas por las investigaciones más recientes—, en este grupo de depósitos votivos fechados en el siglo IV la proporción más baja de «sacrificios de sustitución», o, dicho de manera más objetiva, el menor porcentaje de restos de animales jóvenes en relación con los restos humanos infantiles: la proporción es aproximadamente una urna de cada diez, mientras que esta relación es más o menos de un tercio en el grupo del siglo VII. Vimos anteriormente que las primeras constataciones (de P. Pallary en 1922) iban ya en este sentido, aunque con menor precisión cronológica.

Esta constatación plantea evidentemente un problema de fondo. Todo el mundo recuerda el capítulo 22 del Génesis donde Abraham sacrifica *in extremis*, en el lugar de su hijo, un cordero que acaba de coger por los cuernos en un zarzal. Entre otros significados, este texto célebre traza de forma simbólica la evolución desde una práctica «bárbara», la del sacrificio humano, a una versión blanda, «civilizada» de este ritual, el sacrificio de una víctima de sustitución. Para decirlo en la lengua de las inscripciones votivas, es el paso del sacrificio *molk* al sacrificio *molkomor.* Sería lógico esperar que esta evolución estuviera confirmada históricamente, y que fuera irreversible. Pero lamentablemente no es así.

¿Cómo se explica esa ausencia? El primer movimiento consiste en intentar explicar esta evolución en la esfera de lo religioso y en su relación con el devenir histórico de la ciudad. Los primeros reveses de Cartago no datan del siglo IV, aunque los primeros grandes peligros —incluso para su propia existencia— en su territorio africano datan de finales de ese siglo IV, cuando la expedición siciliana de Agatocles a punto estuvo de provocar su caída y sacudir seriamente las estructuras políticas de la ciudad, junto con el golpe de estado de Bomílcar en el 309-308. Es entonces cuando habrían tenido lugar los sacrificios colectivos mencionados por Diodoro Sículo en su famoso texto (XX, 14, 4-7). Según Diodoro, centenares de hijos de familias aristocráticas habrían sido designados para el holocausto, colocados en los brazos de una estatua de bronce de Cronos (el Baʿal Hammón de los púnicos, el futuro Saturno del África romanizada), y lanzados desde allí a una fosa llena de brasas. Conocemos el partido dramático que de él supo sacar Flaubert en su *Salambó.*

Por desgracia —o por suerte— la arqueología no confirma la realidad de estos sacrificios colectivos. Pero, además de poner de manifiesto una práctica menos masiva del sacrificio de sustitución en la época «clásica», también precisa la identidad de las víctimas del holocausto. En época arcaica, éstas fueron mayoritariamente recién nacidos o nacidos muertos: el estado de los restos óseos, apenas osificados, no permite establecer una clara diferencia al respecto. En el grupo que data del siglo IV, los restos pertenecen mayoritariamente a niños de tres años, raramente de más edad. Una de cada tres urnas contiene los restos de dos, a veces de tres niños. Y, en este último caso, el análisis de los dientes

permitiría afirmar que de los tres (dos eran gemelos, nacidos muertos o recién nacidos), el tercero tenía entre dos y cuatro años. Esta diferencia de edad entre el bebé (o el bebé nacido muerto) y el niño entre dos y cuatro años parece indicar que eran hijos de una misma familia —sugerido asimismo por el hecho de que sus restos fueran reunidos en una misma urna, bajo un mismo monumento votivo—, pues es el intervalo natural medio en las sociedades que no practican el control de natalidad.

Pero hay una dificultad, si recordamos la prescripción bíblica inicial: «Me darás el primogénito de tus hijos» (Éxodo, 22, 28), que excluye por principio una víctima dual. Uno de los autores clásicos que en el siglo IV a.n.e. menciona la práctica fenicia del sacrificio infantil, el griego Clitarco, dice tan sólo que los cartagineses, para obtener de Cronos (=Baʿal Hammón) un gran favor, consagran al holocausto a *uno* de sus hijos. Para conciliar la unicidad de la prescripción religiosa con la dualidad que habitualmente se constata en los hechos, cabe suponer (Stager y Wolff, 1984, p. 49) que los padres prometían en sacrificio a un hijo todavía nonato. En el caso de que este hijo consagrado al holocausto naciera muerto o muriera poco después de nacer, antes del día fijado para el sacrificio, la familia se veía obligada a multiplicar su sacrificio entregando un vástago vivo, más agradable a los dioses, precisamente ese hijo cuyos huesos encontrados en las urnas permiten situar entre los dos y los cuatro años.

Además de las consideraciones estrictamente religiosas, otros factores pudieron intervenir para explicar, por un lado, el paradójico descenso de la práctica de la sustitución animal en relación con la época arcaica, y, por otro, el extraordinario aumento de la cantidad de depósitos votivos (el equipo norteamericano estima en unas 20.000 las urnas que el tofet pudo acoger entre el 400 y el 200 a.C.), y la práctica duplicación de la ofrenda en cada depósito. En el siglo IV, Cartago se había convertido —a escala del mundo antiguo— en una «megalópolis». La misma época en que Diodoro Sículo se refiere al intento de *putsch* del general Bomílcar y habla de una nueva ciudad (una *nea polis*) junto a la vieja: será la Megara de los textos de época helenística. A diferencia de la Cartago arcaica, cuando el sacrificio infantil pudo debilitar a una población todavía insuficiente, en el siglo IV pudo darse una forma muy peculiar de malthusianismo para conciliar tal vez los imperativos demográficos y las exigencias religiosas. El infanticidio ritual pudo desempeñar también el papel de un mecanismo de control de natalidad, aunque nuestras mentalidades se nieguen a aceptar la idea. O acaso también como un sistema de regulación económica. El análisis de las inscripciones votivas (P. Mosca, 1975) muestra un claro predominio de las clases ricas (constituidas por los comerciantes, pero también por los sacerdotes y los magistrados, *shofetim, rabbi*) entre aquellos que consagraban los exvotos. Para estas familias, restringir su descendencia pudo ser también un medio de evitar la dispersión del patrimonio, aunque la regla de la primogenitura limitara ya el riesgo de atomización. Por otro lado, menos bocas que alimentar permitía sin duda también a las familias más modestas eludir la pobreza.

La hipótesis funeraria

Hace tiempo que los especialistas de las civilizaciones del mundo semita están divididos en torno a la interpretación del hecho, irrefutable, de la presencia de huesos infantiles calcinados en las urnas votivas encontradas en los tofet. Aceptar un rito de sacrificio que implica este tipo de víctimas no resulta evidente para una conciencia moderna. Es el caso por ejemplo de C. F. A. Schaeffer, que excavó Ras Shamra-Ugarit a mediados de siglo. En su opinión, los depósitos hallados en esta área debían considerarse como propios de unas necrópolis de tipo especial, reservadas a los niños, e instaladas en las inmediaciones de un santuario (Schaeffer, *CRAI*, 1956, p. 67; *Ugaritica*, IV, 1962, pp. 81-83). No es de extrañar, por consiguiente, que aquellas hipótesis de explicación antes mencionadas, y avanzadas tras los importantes trabajos de la misión norteamericana en el tofet de Cartago, provocaran reacciones, sobre todo por parte de un eminente semitista, Moscati. Este autor recordó ante todo que, en los años treinta, Eissfeldt ya había demostrado brillantemente que el famoso dios Moloch —mal que pese a Flaubert— no era más que el producto de un error cometido respecto al sentido del término *molk* que, en realidad, denota un ritual de ofrenda. Y ahora, cincuenta años más tarde, Moscati asociaba su nombre —ya famoso— a la refutación definitiva de la tesis, mayoritariamente aceptada, según la cual el *molk* consistiría en un sacrificio ritual y sanguinario de niños. Al igual que la palabra *mtnt*, que figura en las fórmulas de las inscripciones votivas, la palabra *molk* significaría «don» u «ofrenda». Y aunque bien pudiera hacer alusión al sacrificio en el fuego, ello no implicaría necesariamente que la víctima fuera inmolada previamente: el tofet sería así un área sagrada donde se habría quemado y luego enterrado en urnas no a niños en general, sino a niños nacidos muertos, o muertos poco después de nacer (S. Moscati, 1987, pp. 3-15).

Los argumentos de estos autores «revisionistas», cuyo jefe de fila es el sabio italiano, son de dos tipos. El primero resulta de una relectura de las fuentes clásicas, y destaca que los principales historiadores del mundo antiguo, de Heródoto a Tucídides, y de Polibio a Tito Livio, no dijeron una sola palabra sobre una práctica que, de conocerla, les habría horrorizado y no habrían dejado de comentar, sobre todo en el contexto polémico de su habitual referencia crítica a los fenicios y, más tarde, a los cartagineses. Se trata, pues, de un argumento *a silentio*, el menos convincente de todos para un historiador. Pero este silencio es altamente significativo en el concierto de las acusaciones de impiedad y de perfidia cartaginesas tan habituales entre los autores clásicos. Queda el pasaje de Clitarco ya mencionado, y sobre todo el de Diodoro Sículo (XX, 14,6), si es que no procede de Clitarco, como se ha intentado demostrar recientemente (A. Simonetti, 1983, pp. 95-98). Hay que señalar además que Diodoro presenta esta práctica de los sacrificios colectivos como excepcional, que los cartagineses, asediados en el 310 por los soldados de Agatocles, habrían practicado para conciliar el favor divino.

A ello se añaden observaciones de tipo arqueológico. Se sabe que en las ciu-

dades del mundo antiguo la mortalidad infantil era muy elevada, sobre todo en la fase prenatal y neonatal. Los datos revelados en una necrópolis de época imperial romana en Setif (la antigua *Sitifis*), en Argelia, son al respecto elocuentes: cerca del 17 por 100 de bebés mueren antes de nacer o al nacer, y cerca del 40 por 100 no llegan al año (P. A. Février y R. Guéry, 1980, pp. 119-120). Esta mortalidad no sería menor, unos siglos antes, en la Cartago púnica. Un estudio reciente de las necrópolis púnicas de Cartago ha puesto de relieve la enorme exigüidad, en las excavaciones antiguas, de tumbas identificadas como tumbas infantiles, sobre todo en época tardía (H. Bénichou-Safar, 1981, pp. 6-7). Esta cuasi-laguna, o pobreza, en los informes se explica en cierta medida por la escasa atención prestada entonces por aquellos ansiosos investigadores —¡y a menudo también ausentes de los lugares de excavación!— a unas sepulturas modestas que bien pudieron pasar desapercibidas (cf. S. Lancel, 1982, p. 333, para un ejemplo de sepultura de incineración de un niño de pocos meses). Pero el hecho sigue siendo demasiado masivo como para llegar a sugerir que estas tumbas infantiles que no pudieron encontrarse en las necrópolis estaban en realidad en el tofet (S. Ribichini, 1987, p. 3). Así pues, según esta hipótesis, el santuario habría albergado los restos de recién nacidos muertos a las puertas mismas de la vida y marginados así, más aún que los *ahoroi* de la tradición griega, de la sociedad de los adultos. Excluidos asimismo de la sociedad de los muertos en las necrópolis, habrían sido «consagrados» u «ofrendados» a la divinidad y pasados a fuego de forma ritual, con la esperanza de un acceso a otra vida, o a la reencarnación (H. Bénichou-Safar, 1981, p. 8; S. Moscati, 1987, pp. 9-10).

La explicación resulta seductora, coherente desde un punto de vista sociológico y religioso. Pero no explica todos los datos. Porque en este marco ¿qué pasa con la muerte de los niños de dos a cuatro años que, sin ser un hecho mayoritario —al menos en época arcaica— se documenta también en los análisis anteriores a los realizados por la misión norteamericana (doctor J. Richard, 1961, pp. 115-116: análisis practicados con el contenido de urnas procedentes de las excavaciones de Cintas en el tofet de Cartago y de Susa)? ¿Se dirá que también ellos fueron «ofrendados» *post mortem*, es decir, tras una muerte natural, y no ritualmente sacrificados como los jóvenes animales cuyos restos yacen a su lado en la misma urna? Tal vez un día los análisis osteológicos más sofisticados permitan conocer de forma objetiva cuándo y cómo sobrevino la muerte de estos niños. Sólo entonces quedará zanjada una cuestión que, de acuerdo con el estado actual de la investigación, no autoriza a negar categóricamente la realidad del sacrificio humano cartaginés.

EL SACRIFICIO *MOLK* EN SU REALIDAD CONCRETA

Sin embargo, los historiadores, que no son románticos como Flaubert ni sensacionalistas como muchos periodistas, han experimentado a veces la tentación de reconstruir el sacrificio *molk* en sus modalidades concretas. Dos apro-

ximaciones se ofrecen a su curiosidad. La primera es la aproximación textual, ya explotada por el autor de *Salambó*. El texto de base es, evidentemente, el famoso párrafo de Diodoro Sículo, a cuyas indicaciones hay que añadir los detalles procedentes de Clitarco y de Plutarco (*De superstitione*, 13). James Février, un semitista francés, reunió los datos dispersos, tomó de Isaías (30, 31-33) el acompañamiento sonoro evocado también por Plutarco, adoptó el paisaje nocturno mencionado en latín (*sacrum magnum nocturnum molchomor*) en el ritual de sustitución de las estelas de Ngaous, Argelia, y propuso un atractivo cuadro de conjunto de la ceremonia:

> Es de noche ... La escena parece iluminada solamente por las ascuas encendidas del foso sagrado, el tofet: vemos sus reflejos, no tanto su resplandor. Pero la gran estatua de bronce de Baʿal Hammón, erigida al borde del foso sagrado, hacia el que tiende sus manos, enrojece bajo las llamas. Delante de la estatua ... se hallan los flautistas y los tamborileros, que producen un ruido ensordecedor. El padre y la madre están presentes. Entregan el bebé a un sacerdote, que avanza hacia el foso, estrangula al niño de forma «misteriosa» (*mystikós*) ... luego coloca la pequeña víctima sobre las manos extendidas de la estatua divina, desde donde cae hacia la hoguera. El gentío, enloquecido por el ruido y el olor de la carne quemada, se mueve al compás de un ritmo demente que se acelera con el repique de los tambores. La ofrenda de cada nueva víctima aumentará este frenesí colectivo (J. Février, 1960, pp. 183-184).

La aproximación filológica, sobre todo si opera como aquí mediante la globalización acrítica de los datos heterogéneos, tiende a recomponer un cuadro para nosotros siniestro, muy vivo y vibrante, de marcado tono «oriental». Un siglo después de Flaubert, sólo falta aquí la retórica de Flaubert: todos los accesorios que él había utilizado están presentes.

La generación posterior, sorda a las flautas y a los tambores, abandona la famosa estatua de bronce a los más puntillosos y pone todo el acento en la aproximación arqueológica. Basándose en análisis minuciosos que tienden a estimar con precisión la edad —desde algunos días hasta tres o cuatro semanas— de las víctimas animales (corderos y ciervos) nacidas en camadas de primavera y encontradas en los depósitos junto a los restos de las pequeñas víctimas humanas, varios especialistas italianos trabajan con el material de Tharros, en Cerdeña, y fijan hacia el mes de marzo la fecha del sacrificio *molk*, que aparece así como una fiesta de la fecundidad emparentada con las fiestas de las primicias y de la Pascua (F. Fedele y G. Foster, 1988, pp. 29-42). Por su lado, una observadora muy atenta de los rituales púnicos combina el análisis minucioso del contenido de las urnas con anotaciones propias de una arqueología que podríamos llamar experimental, para proponer, a modo de bosquejo, la siguiente reconstrucción:

> En el área del tofet, o en sus inmediaciones, se instala al aire libre una pequeña pira hecha con ramas de coníferas ... en ella se deposita un recién nacido o



FIGURA 137. El tofet en cripta bajo los cimientos abovedados de época romana.

> un niño muy pequeño (raras veces dos) boca arriba, en contacto directo con las ramas, o tal vez aislado de ellas mediante un cesto o algo similar. Va vestido o envuelto en una tela sujeta con alfileres. Nada permite adivinar si está vivo o muerto pero, si está vivo, sus miembros han sido trabados porque no se mueve. Se prende la hoguera. Antes de que empiece el proceso de la cremación, a veces después, se deposita al lado del niño una parte o la totalidad de un animal recién nacido. No se atiza el fuego, sino que se orea para asegurar la combustión del conjunto. Cuando se considera que la calcinación es suficiente, se apagan las ascuas con un puñado de tierra o de arena. Pero justo antes se acaba de depositar en la pira un pequeño animal salvaje —un gorrión, una lagartija, un roedor o batracio—, pero por lo general su esqueleto no ha tenido tiempo de sucumbir a las llamas. Llega el momento de llenar las urnas. Si es necesario, cenizas y brasas se enfrían y apagan con agua y, tras haber retirado el máximo de combustible, se vierten en la urna. Los huesos demasiado largos si es preciso se parten; luego, encima de las cenizas se dejan caer algunas joyas, collares de perlas y sobre todo amuletos, y después se cierra la urna con un plato vuelto o con una tapa de arcilla (H. Bénichou-Safar, 1988, pp. 66-67).

Lejos de las florituras novelescas, es sin duda este tipo de aproximación el que permite avanzar, con prudencia: un análisis minucioso y modesto, que deja a los actores en la sombra para concentrarse en lo esencial, en las realidades físicas del holocausto, y que habrá que retener en la memoria cuando visitemos la parte del tofet conservada ahora en una cripta bajo los cimientos abovedados de época romana (fig. 137). Queda abierta una cuestión engorrosa: ¿el niño estaba vivo o muerto? Y tal vez, para elevarse por encima de estas piras —que

también suponen un problema de largo plazo— este debate recordará la dificultad muchas veces irreductible del historiador del mundo antiguo para armonizar fuentes textuales y datos arqueológicos, y para completar los unos con los otros.

Capítulo VII

EL ANCLAJE AFRICANO

A veces la historia concede compensaciones a quienes ha penalizado. En el 480, la derrota sufrida en Himera obligó a Cartago a limitar sus horizontes al Mediterráneo occidental. Es cierto que lucharía todavía paso a paso en Sicilia durante más de dos siglos, y conservaría en toda la cuenca sus posiciones comerciales esenciales. Pero la fase de expansión triunfante había terminado (G. Ch. Picard, 1970, pp. 87-88).

La compensación le llegó a través de la misma África. Sabemos que posiblemente ya desde los orígenes de la ciudad, los cartagineses aceptaron pagar un tributo anual a los africanos, que seguían siendo los amos de una tierra en cuyos límites Dido había fundado su ciudad (Justino, XVIII, 5, 14). Con la excepción de algunas intermitencias, sobre todo en el siglo VI, esta obligación se mantuvo. Es en el segundo cuarto del siglo V, pocos años después de Himera, cuando los cartagineses pudieron quedar exentos de aquel pago, o mejor dicho, tal como lo explica Justino (XIX, 2, 4) por desgracia muy someramente, obligaron a los africanos a eximirlos de él.

LA CONQUISTA DE UN TERRITORIO AFRICANO

Un texto bastante posterior del retórico griego Dión Crisóstomo (*Discurso*, XXV) probablemente alude a esta emancipación conquistada en reñida lucha cuando constata que un Hannón «había transformado a los cartagineses, de tirios que eran, en libios» (esta última palabra, como sabemos, adopta en los autores antiguos un sentido muy amplio). Aunque susceptible de diversas interpretaciones, esta frase parece referirse a la conquista de un *hinterland* africano de la mano de los Magónidas. Pero, en esta «dinastía», ¿de qué Hannón se trataba entre los múltiples portadores de este nombre? Se le suele identificar con un homónimo mencionado en el sucinto libro XIX de Trogo Pompeyo con el sobrenombre alterado de «Sabellus», y que sería nada menos que el hijo de

Amílcar, el vencido de Himera. ¡Crea fama y échate a dormir! Uno de nuestros mejores especialistas en Cartago estima, siguiendo a Meltzer, que esta política de conquista de territorio africano se debe al mismo Hannón, a quien se atribuye, como vimos, la exploración de las costas atlánticas de África (G. Ch. Picard, 1970, pp. 88-89). Pero también constatábamos que el principio del siglo V no es el mejor momento cronológico para situar el famoso *Periplo*, sea cual fuere su realidad.

Tampoco resulta fácil definir con un mínimo de precisión el territorio africano conquistado por Cartago en sus sucesivas avanzadas. Para evitar equívocos tal vez deba establecerse ante todo una distinción entre territorios controlados administrativamente y, en un sentido amplio, la esfera de influencia africana de Cartago. Esta última tuvo que ser sin duda muy vasta, por cuanto parece lícito incluir al este, es decir, en la actual Libia, los *emporia* fenicios de la Gran Sirte: Leptis Magna, Oea, Sabratha (las tres ciudades primitivamente constitutivas de lo que luego será la Tripolitania). Que Cartago controlara esta región desde finales del siglo VI es consecuencia incontestable de su intervención para expulsar al griego Dorieo de su colonia de Cinyps, al este de Leptis Magna. A principios del siglo II a.n.e. estas ciudades de la Gran Sirte aún pagaban tributo a Cartago (Tito Livio, XXXIV, 62, 3). Pero de este hecho no se infiere una dependencia administrativa, como tampoco su distancia geográfica de la metrópoli púnica, de la que la separaban extensiones semidesérticas que rodeaban la Pequeña Sirte, facilitaba el estrechamiento de vínculos. Al otro lado, en las orillas de la Argelia actual, las ciudades donde prevalecieron el artesanado y la cultura púnicos se escalonaron con cierta regularidad de este a oeste. Pero —y esta situación es más clara en el caso de Tipasa— nada permite avanzar que estas ciudades, situadas, al igual que Cartago en sus orígenes, en la margen litoral de reinos indígenas, hubieran mantenido con ella relaciones de sumisión política. Las más occidentales de estas ciudades marítimas vivieron incluso más en simbiosis con la España meridional que con Cartago.

Es evidente que los límites del territorio africano de los cartagineses hay que buscarlos en las regiones septentrionales de Túnez y Argelia actuales. Los textos clásicos no nos ayudan en absoluto, ni Apiano (*Libyca*, 57), que cree que Cartago dominó más de la mitad de Libia, ni Estrabón (XVII, 3, 15), para quien los fenicios (o sea, los cartagineses) «acabaron por anexionarse todos los países que no tenían vida nómada» y «poseían trescientas ciudades» en África en la época de la tercera guerra púnica. Del texto de Estrabón cabe retener que Cartago siempre estuvo dedicada a controlar las tierras fértiles, donde vivían libios ya sedentarizados. Es muy probable que Thevesta (la actual Tebessa) fuera, en el suroeste, la plaza fuerte púnica más avanzada en territorio indígena, puesto que cabe identificarla con la Hecatompylos conquistada a mediados del siglo III por otro Hannón, según Diodoro Sículo (IV, 18, 3; XXIV, 10, 2) (J. Desanges, 1978, p. 187). Desde allí, la ruta que, hacia el noroeste, llevaba a Cirta (Constantina) a través de las altas mesetas númidas, pasaba por un lugar llamado *Macomades*, nombre latinizado de un Maqôm Hadasht púnico, el «nuevo burgo», que más que un bastión avanzado de la administración cartaginesa,

habría sido un testimonio de la influencia cultural púnica en país númida. Veremos en la parte consagrada a la supervivencia de Cartago que todo el noreste argelino quedó impregnado de esta influencia durante mucho tiempo, sobre todo a nivel lingüístico.

Detrás de esta región de fuerte influencia púnica, a unos 170 kilómetros al suroeste de Cartago, Sicca Veneria (El-Kef) era todavía uno de los puestos avanzados instalados en el interior que albergaba un territorio importante, donde solían reunirse los mercenarios de regreso de Sicilia tras el final desastroso de la primera guerra contra Roma. Pero nada permite asegurar que el país tradicionalmente númida que se extendía inmediatamente al este de esta ciudad (el país de los númidas masilios) estuviera bajo el control directo de Cartago.

LOS *PAGI* DE CARTAGO

Conocemos el territorio administrado por Cartago, con sus subdivisiones, sólo a grandes rasgos, al menos tal como parece constituirse a partir del siglo IV. Pero sólo tras un paso histórico recurrente que conviene precisar para que el lector comprenda las reiteradas dificultades que existen a la hora de escribir la historia interna de una ciudad de la que sólo se consigue captar, en la mayoría de los casos, o el reflejo deformado que de ella ofrecen las culturas clásicas, o las huellas dejadas tras su desaparición (fig. 138). Hace un cuarto de siglo se descubría en el foro romano de Maktar, en la cordillera «dorsal» tunecina, una dedicatoria al emperador Trajano que mencionaba las sesenta y cuatro *ciuitates* del *pagus Thuscae et Gunzuzi*. Se trataba evidentemente de una de esas circunscripciones territoriales que los romanos, con su notable pragmatismo, habían conservado en el marco de su propio control administrativo con sus antiguas denominaciones. Este *pagus Thuscae* puede fácilmente asociarse a la mención de su equivalente en griego, la *chôra Thusca*, que incluía cincuenta ciudades. Apiano nos dice (*Libyca*, 59) que Masinisa conquistó esta circunscripción a los cartagineses en el 152 a.n.e., aprovechando su debilidad. O mejor todavía: cabría relacionar este *pagus Thuscae* o esta *chôra Thusca* con las dos palabras púnicas que aparecen en una inscripción descubierta antiguamente en una cresta montañosa, a unos 25 kilómetros al norte de Maktar, y que constituía uno de los hitos limítrofes de lo que el texto cartaginés llama ʾRṢT TŠKʿT, es decir, «las tierras (o el territorio) de Tiskat». Al norte y sobre todo al este, esta circunscripción, con Mactar tal vez como centro o ciudad principal, limitaba con el reino númida. El *pagus Gunzuzi*, mencionado también en la dedicatoria latina a Trajano, tuvo que estar situado al noreste, en dirección a Cartago (G. Ch. Picard, 1966, pp. 1.257-1.262). A partir de este núcleo sólido, sólo por analogía puede procederse a recomponer el paisaje administrativo de Cartago, a partir de textos epigráficos latinos de época romana que mencionan, como fosilizados, los nombres de otras circunscripciones. Así, en una dedicatoria de Útica a un cuestor romano del siglo I a.n.e., además de Gunzuzi aparecen en el mismo plano otros dos *pagi*, Muxsi y Zeugei. Se admite que este último, probable-

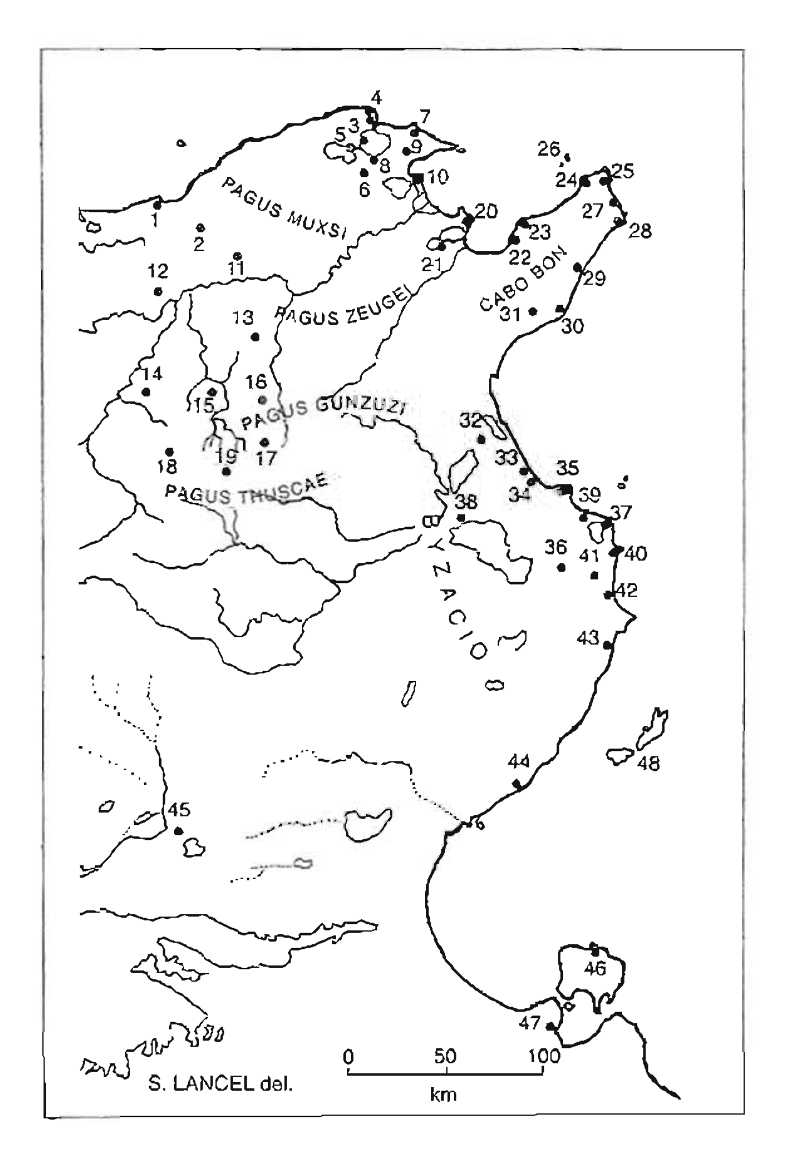


FIGURA 138. El territorio de Cartago.

1. Tabarka (*Thabraca*)
2. Kef el-Blida
3. Bizerta (*Hippo Dhiarrytus*)
4. Cabo Blanco
5. Tindja
6. Mateur (*Matara*)
7. Ras Zbib
8. *Theudalis*
9. *Uzalis*
10. Útica
11. Bèja (*Vaga*)
12. *Bulla Regia*
13. Dougga (*Thugga*)
14. El Kef (*Sicca Veneria*)
15. La Ghorfa
16. *Zama*
17. Maktar (*Mactaris*)
18. Medeina (*Althiburos*)
19. Henchir Meded (*Mididi*)
20. Cartago
21. Túnez
22. Sidi Reis (*Carpi*)
23. Ras el-Fortas
24. El-Haouaria
25. Ras ed-Dreck
26. Zembra
27. Kerkouane
28. Kelibia (*Clypea*)
29. Körba (*Curubis*)
30. Nabeul (*Neapolis*)
31. Bir-bou-Rekba (*Thinissut*)
32. *Gurza*
33. Susa (*Hadrumetum*)
34. El-Kenissia
35. Monastir (*Ruspina*)
36. Smirat
37. Ras Dimass (*Thapsus*)
38. Sidi el-Hani
39. Lemta (*Lepti Minus*)
40. Mahfia
41. Ksour Essaf
42. Salakta (*Sullecthum*)
43. *Acholla*
44. Bordj Younga (*Macomades Minores*)
45. Gafsa (*Capsa*)
46. Djerba (*Girba*)
47. Bou Ghrara (*Gighti*)
48. Kerkennah (*Cercina*)

mente el origen de la denominación de la Zeugitana dada a la provincia proconsular durante el Bajo Imperio, pudo designar un vasto territorio próximo a la metrópoli púnica, entre el Medjerda y el uadi Milián. En cuanto a Muxi, que Picard se inclinaba a considerar la parte septentrional del territorio de Cartago, se la ha asociado ingeniosamente al nombre de los súbditos libios del rey Hiarbas —cuyos avances habían llevado a Elisa-Dido al suicidio—, es decir, los «maxios» según los textos del recopilador latino Justino. Pero un tipo de manuscritos de estos textos sugiere la lectura de «muxios», dada su similitud con Muxi (J. Desanges, 1967, pp. 304-308). Es admirable que un principado indígena, posiblemente de montañeses asentados al norte del Medjerda, pudiera convertirse finalmente, en el extremo de su territorio africano, en una de las regiones administrativas de la ciudad fundada por Dido.

La más importante de estas circunscripciones fue la que los autores griegos llamaron el Byzacio, que será la Byzacena de la división administrativa del Bajo Imperio romano. «Una región próxima a las Sirtes», decía Polibio en un texto transmitido por Esteban de Bizancio, «con forma redondeada y un perímetro de 2.000 estadios», el equivalente a unos 360 kilómetros, o sea un radio de 60 kilómetros. Si se coloca la punta del compás algo hacia el oeste de Thysdrus (El Jem), pueden determinarse los límites aproximados de esta circunscripción, cuya fachada marítima era la curva formada por las costas del Sahel tunecino, desde Ruspina (Monastir) hasta el norte de Taparura (Sfax) al sur. Esta región, aun sin ser la más próxima a la metrópoli púnica, tuvo que quedar sujeta a ella desde antiguo, antes incluso de la constitución (a mediados del siglo V) por parte de Cartago de un vasto glacis africano, si es que aceptamos, con la mayor parte de los historiadores, la fecha del 509 a.C. mencionada por Polibio para el primer tratado concluido con Roma (III, 23, 2). Veíamos en efecto que, según el historiador griego, desde la época del primer tratado, los cartagineses no dejaron a los romanos navegar con «largas naves» hacia el sur más allá del «Cabo Bello» (el cabo Bon) para evitar que entraran en contacto —sobre todo comercial— con este territorio convertido ya como mínimo en un coto de caza de Cartago. Veremos más adelante que las ciudades costeras de esta región y su inmediato *hinterland* pronto desarrollaron una cultura mixta, «libiofenicia», rica y original.

Al norte de esta Byzacena, remontando hacia el cabo Bon, el territorio autónomo de Hadrumeto (hoy Susa) acaso pudo interponerse entre estas dos grandes regiones. Se trataría del *pagus Gurzensis,* que conocemos por un documento de época romana, una tabla de patronazgo que lo vinculaba al procónsul Domitius Ahenobarbus en el año 12 a.C. (*CIL*, VIII, 68). De hecho, en época romana se conoce una ciudad llamada Gurza (Kalaa Kebira), a unos doce kilómetros de Susa, donde se han excavado tumbas de época púnica. Pero no es seguro que el distrito romano se solapara con un ʿRṢT púnico.

Más al norte, pasada esta amplia inflexión de la costa llamada el golfo de Hammamet, se extendía hacia el noreste la circunscripción territorial más cercana a Cartago, y la más rica también desde el punto de vista agrícola, el poderoso promontorio del cabo Bon. Desde sus casas superpuestas en las laderas

de las colinas desde Byrsa hasta Sidi-bou-Said, la aristocracia agraria púnica controlaba el este, la otra orilla del golfo de Túnez, es decir, aquellas tierras entre dos mares que eran a la vez granero y centinela avanzado de Cartago.

LAS DEFENSAS DEL TERRITORIO DE CARTAGO

A partir de principios del siglo II de nuestra era, Roma protegió sus territorios africanos por el sur y el oeste mediante un *limes*, una frontera fortificada, que hoy, gracias a los trabajos recientes de Pol Trousset, que completan los de Jean Baradez de mediados de este siglo, sabemos que no fue una barrera lineal, como en el caso de la muralla de Adriano entre Inglaterra y Escocia, sino un sistema de estructuras colocadas a diversas latitudes que servían no sólo para controlar el paso, sino para las necesidades defensivas. Los fragmentos de un historiador de lengua griega, Eumaco —sin duda un historiógrafo de Aníbal— describen un foso cavado por los cartagineses alrededor de su territorio africano. La existencia de estos «fosos fenicios» viene confirmada por Apiano (*Libyca*, 54), según el cual, de acuerdo con los términos del tratado que, en el 201, puso punto final a la guerra de Aníbal contra Roma, Cartago pudo conservar su territorio en el interior de estos «fosos», pero tuvo que retirar las guarniciones que tenía fuera de ellos. Pero la realidad arqueológica de esta frontera fortificada sigue sin conocerse, e incluso su trazado mismo plantea problemas.

Parece que este trazado pudo englobar, en el norte, las «grandes llanuras» (*Magni Campi*) de la cuenca media del Medjerda, al este de Bulla Regia, e indudablemente también la región de Thugga, al sureste de aquéllas; luego las regiones de Zama y de Maktar, en el centro de la *chôra Thusca*, y desde allí los «fosos» seguían casi en línea recta hacia el sur de la Byzacena hasta ganar la costa posiblemente en Thaenae (Henchir Thina), junto a los *emporia* de la Pequeña Sirte, que no formaban parte del territorio cartaginés como tal. Aquí también llega hasta el mar la famosa *fossa Regia*, en cuyo interior Escipión Emiliano acantonó la *provincia Africa* recién adquirida tras la destrucción de Cartago, aislándola de los reinos númidas. Por lo demás, y excepción hecha de los extremos occidentales de los «fosos fenicios» y del foso de Escipión en dirección a Bulla Regia y a Maktar —aquél identificable en varios sectores gracias al jalonamiento de su trazado realizado bajo Vespasiano en el 73-74 de nuestra era— los fosos son en muchos lugares superponibles (G. di Vita-Evrard, 1986, pp. 31-58). Es de suponer que, como el foso de Escipión, los «fosos fenicios» nacían en la costa norte, en Thabraca (Tabarka).

En sus fronteras africanas meridionales y occidentales (Tripolitania, Numidia, Mauritania), Roma mantendría más tarde guarniciones permanentes de *limitanei* consagrados a su defensa. Además de muros y fosos, en los límites del predesierto se han encontrado, en posicion avanzada, grandes campamentos que fueron los acantonamientos de estos guarda-fronteras de progresiva importancia, en cantidad y función, a medida que se acentuaba la presión de

los «bárbaros». La información sobre los *limes* de época púnica es por desgracia más escasa. Decíamos que no se han descubierto vestigios de las fronteras sur y oeste del Estado cartaginés. Solamente sabemos que Cartago estableció guarniciones permanentes delante de estas defensas, como en Sicca Veneria (El-Kef) y tal vez en Thevesta (Tebessa). Si bien la realidad concreta de estos dispositivos situados en el lado del África profunda se nos escapa, por suerte contamos con estructuras de defensa y de vigilancia de época púnica identificadas estos últimos años en el cabo Bon. Las fortificaciones contra los númidas, en el oeste, sólo debían diferir de los fortines del cabo Bon en tamaño.

A finales de los años sesenta, una prospección ítalo-tunecina reconoció, en la punta sureste del cabo Bon, una de estas pequeñas instalaciones defensivas que hasta entonces habían pasado desapercibidas (F. Barreca, 1983, pp. 17-28). El lugar se llama Ras ed-Drek, el «cabo del espanto», apelación que, cuando hay temporal, adquiere todo su sentido y recuerda a quien lo haya olvidado que el nombre mismo del cabo Bon no es más que un eufemismo. Un espolón que domina, con varias decenas de metros, la costa rocosa contiene una construcción de dos cuerpos de edificación en ángulo provistos de cinco cisternas de gran capacidad (figs. 139 y 140). El estudio de estas estructuras autoriza a afirmar que estuvieron en uso desde finales del siglo V hasta la caída de Cartago. Excavaciones en superficie descubrieron allí proyectiles de honda en terracota molida y balas de catapulta: este pequeño fortín podía albergar una guarnición de varias decenas de hombres, tal vez unos cincuenta (F. Barreca, 1983-1984, p. 43), y su situación permitía mantener a la vista otra fortaleza sita a una treintena de kilómetros a vuelo de pájaro, en Clypea (Kelibia), en el cuerno sureste del promontorio. A diferencia del fortín de Ras ed-Drek, que pudo cumplir una función de vigilancia, lo que queda de la fortaleza de Kelibia, cuyos vestigios sirvieron de subcimientos al fuerte hispano-turco que aún hoy domina toda la región (fig. 141), sugiere una planta mucho mayor y, al menos en sus orígenes, más compleja, casi tentacular. Pero falta una excavación minuciosa: un estudio preliminar reciente cuestiona no sólo las observaciones hechas en los años sesenta en el nivel original, sino la existencia misma de los elementos defensivos que datan del siglo V (M. Gharbi, 1990, pp. 187-198). A raíz de una modificación, que puede datarse a principios del siglo II a.n.e., se adoptó una planta más compacta, en forma de cuadrilátero (fig. 142, 2). Todavía pueden verse las primeras hileras de piedra de torres cuadradas cuyos fundamentos se localizan en la roca tallada formando una especie de lecho (cf. fig. 141). Además de las vistas sobre Ras ed-Drek, al norte, el sitio de esta fortaleza garantizaba un control visual de toda la costa baja del sureste del cabo Bon hasta Neapolis (Nabeul).

A medio camino más o menos entre Kelibia y Ras ed-Drek, en la costa rocosa del extremo del promontorio, en el lugar llamado Kerkouane, hace décadas que se viene exhumando una ciudad descubierta a mediados de siglo, cuyo nombre antiguo aún se desconoce. Suficientemente defendida en su fachada marítima por un pequeño acantilado, en la parte continental lo estaba por una muralla semicircular o, más concretamente, por un doble recinto amurallado



FIGURA 139. La punta de Ras ed-Drek, vista desde el fortín púnico. La flecha indica las subconstrucciones de un pequeño templo (?).

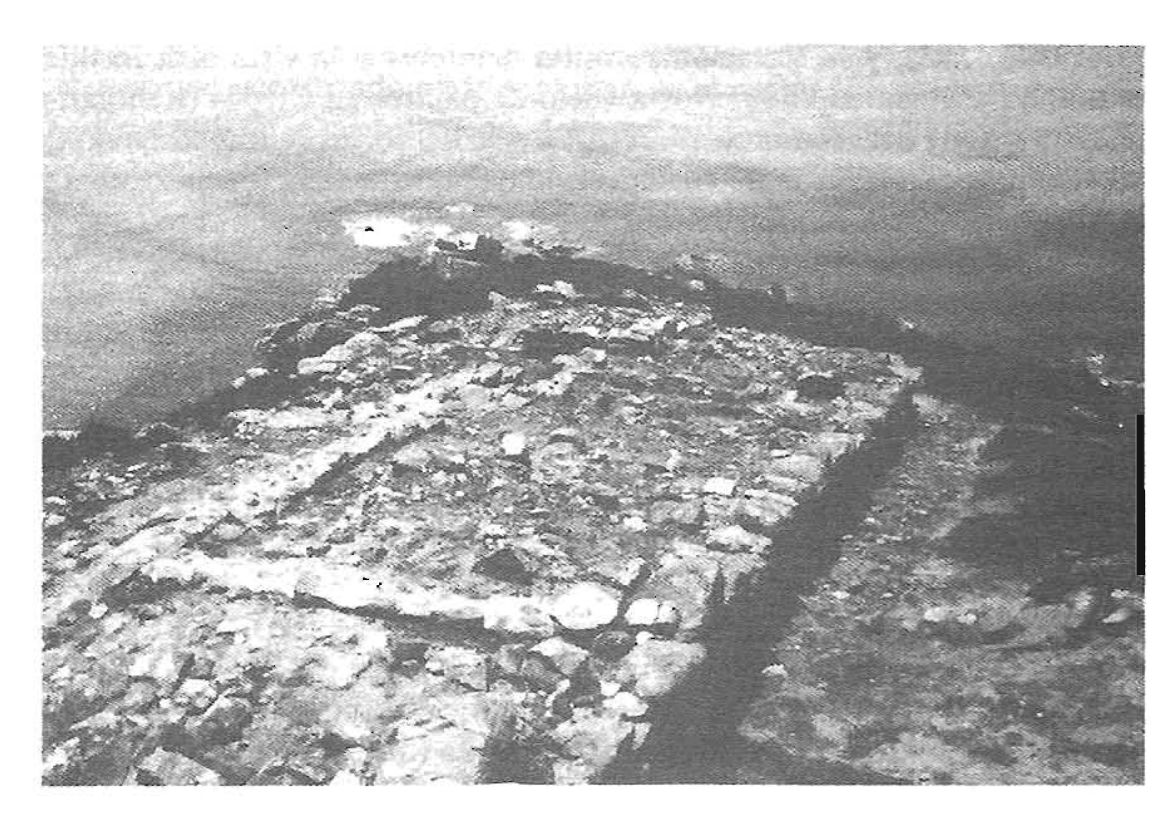


FIGURA 140. El fortín púnico de Ras ed-Drek.

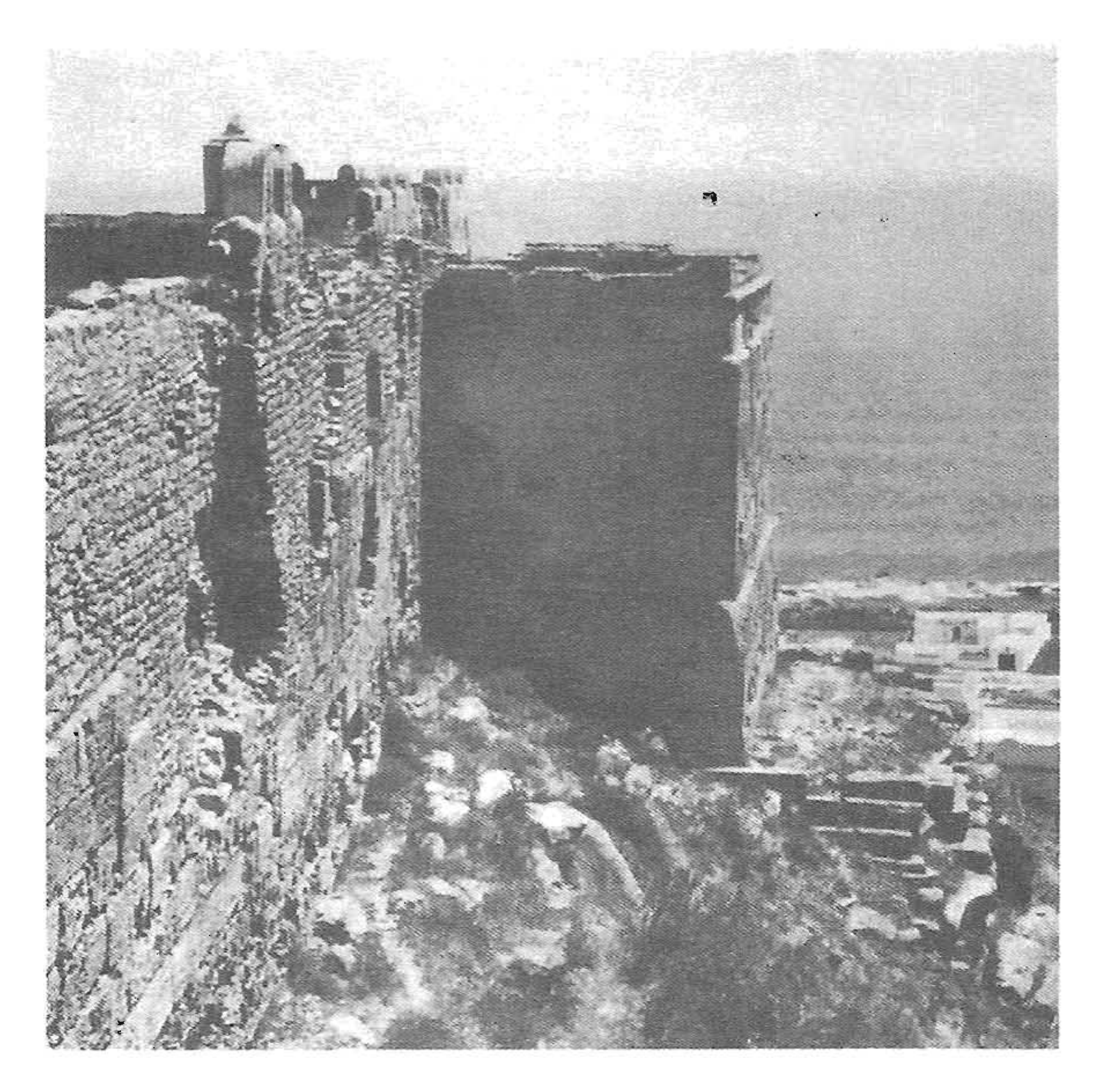


FIGURA 141. Kelibia: abajo a la derecha, subconstrucciones de la fortaleza púnica a los pies del fuerte hispano-turco.

(fig. 143). El primero, de más de un kilómetro de longitud, y flanqueado por torres (fig. 144), tiene dos puertas, la del oeste, acodada y paralela a dos paramentos asimismo paralelos, parece corresponder a una vieja planta siriopalestina (M. H. Fantar, 1984, pp. 144-150). Difícilmente fechable, este recinto amurallado interno pertenece a la primera época de organización de la ciudad (siglos VI-V). Pasada una gran avenida de circunvalación, en un segundo momento se construyó una muralla exterior, tal vez a raíz de las destrucciones a manos de Agatocles y de su breve ocupación del cabo Bon a finales del siglo IV. Pese a estas precauciones, la ciudad fue tomada poco después y este impresionante conjunto defensivo fue arrasado en una época que se fecha hacia mediados del siglo III, porque la excavación de los restos de la ciudad no ha proporcionado material que pueda fecharse más allá de esa época, ni siquiera las series de cerámica campaniense importadas masivamente a la región cartaginesa a partir de finales del siglo III (J. P. Morel, 1969, p. 474). La hipótesis

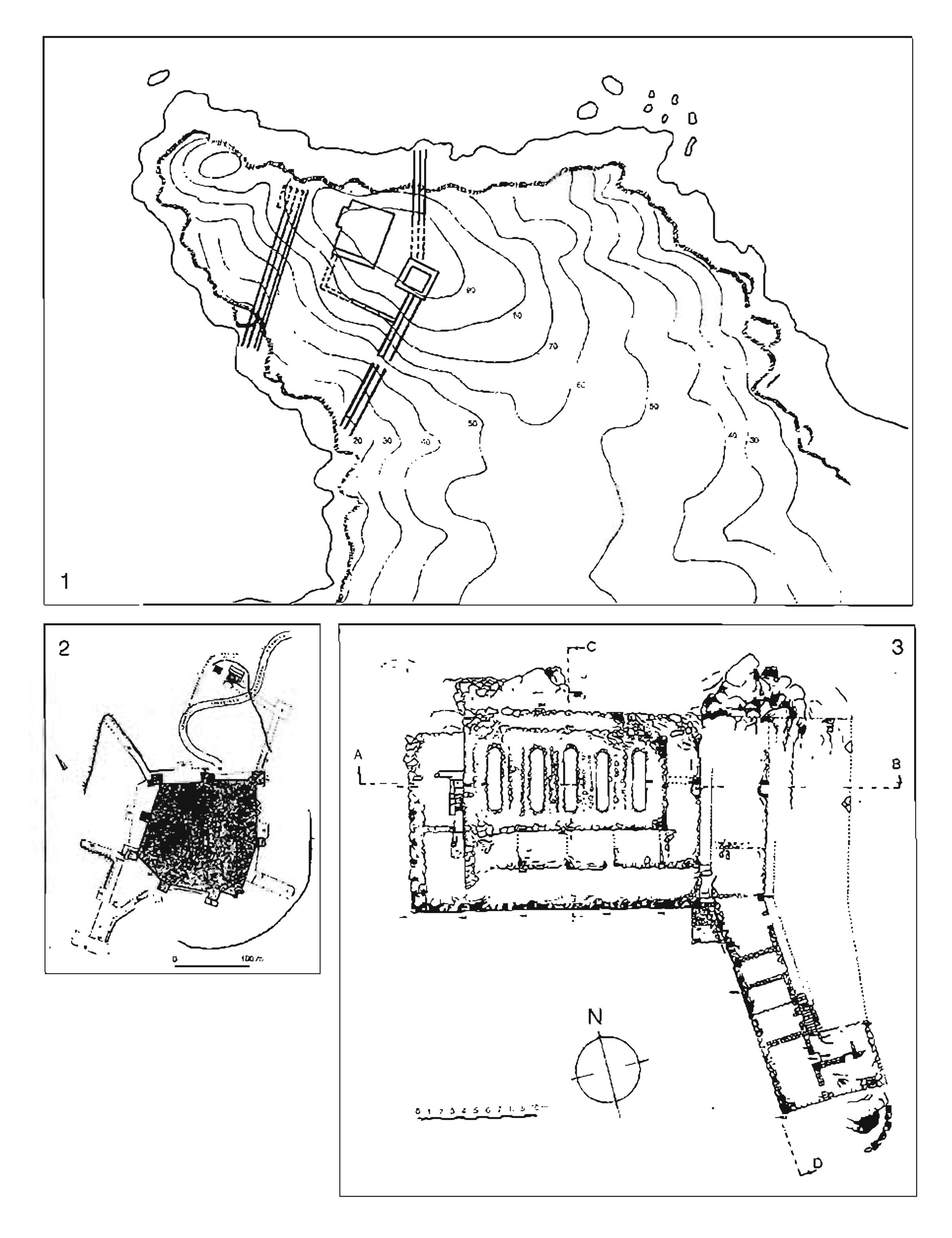


FIGURA 142. Fortificaciones púnicas en el cabo Bon. 1: Ras Fortass. 2: Kelibia; 3: Ras ed-Drek.



FIGURA 143. El sitio de Kerkouane en 1958.

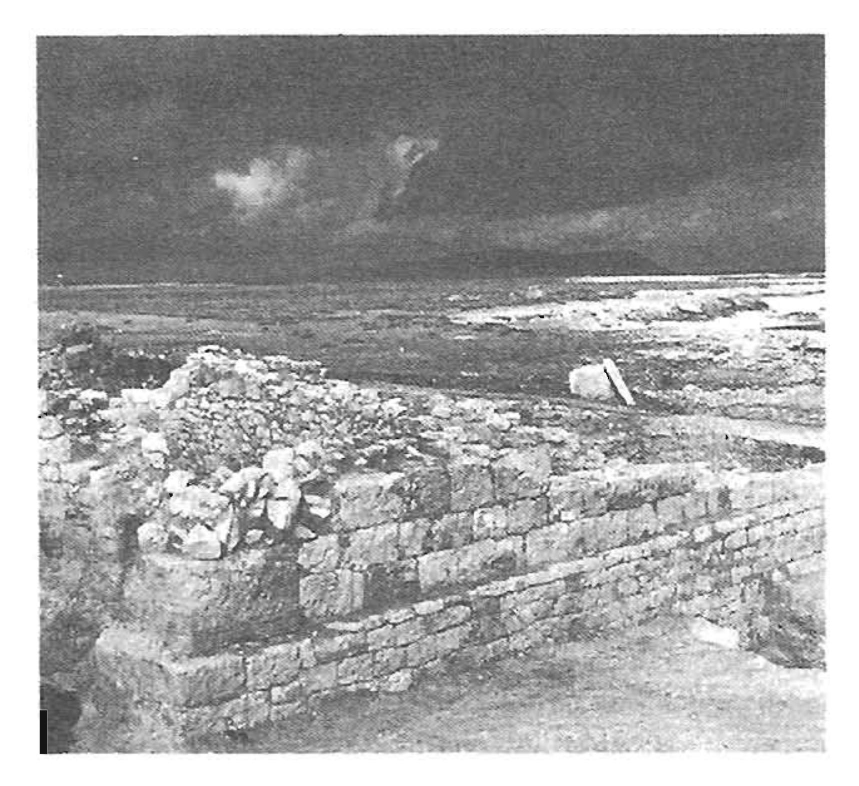


FIGURA 144. La torre norte (cuadrada) de la muralla de Kerkouane.

más tentadora es que las murallas de Kerkouane, si habían resistido a la expedición de Agatocles, no resistieron contra Régulo en uno de los episodios de la primera guerra contra Roma, cuando el cónsul romano ocupó el cabo Bon en el 256-255 a.C.

Este cabo también estaba protegido en su flanco occidental, que da al golfo de Túnez. En el promontorio de Ras el-Fortass, que cierra el golfo por el oeste al igual que el cabo Cartago por el este, en un sitio de espolón cortado, a unos cien metros de altitud, había una vasta fortaleza en forma de trapecio de 250 m de ancho por 300 de largo (fig. 142, 1). Recientemente se han descubierto muros de más de tres metros de espesor, flanqueados por unas torres (F. Barreca, 1983, pp. 13-15) fechables en el siglo V a.n.e. a partir de las técnicas de construcción. Cabe destacar que este sitio eminentemente estratégico no se abandonó jamás: la fortaleza destruida durante el asedio final de Cartago fue reconstruida en la época imperial romana y utilizada de nuevo tras ser reformada en la Edad Media musulmana.

La campiña de Cartago y la agricultura cartaginesa

A finales del siglo IV a.n.e. Cartago administraba directamente y explotaba económicamente, de forma directa o indirecta, más de la mitad de la actual Túnez, las comarcas más ricas o las más fértiles de Tabarka y los bosques de Khroumirie, en el noroeste, hasta los olivares y las explotaciones pesqueras de Sfax, en el sureste. Comparado con las dimensiones limitadas del *ager Romanus* de la misma época, en el centro de la península itálica, y aun añadiéndole los territorios de los aliados del pueblo romano, la desproporción aparece flagrante y la comparación muy favorable a los púnicos. Pese a tener que defender sus posiciones cada vez más difíciles en el oeste siciliano, contemporizar con Roma en Cerdeña, y afrontar la competencia de Marsella y de la Italia meridional en el Mediterráneo occidental, Cartago se convirtió, gracias exclusivamente a sus tierras africanas, en la primera potencia agrícola del oeste mediterráneo. En el mundo antiguo este hecho constituía un elemento esencial. Se ha dicho muchas veces que el comercio cartaginés fue un comercio de distribución. Es probable, en efecto, que la aristocracia cartaginesa de los grandes negocios se enriqueciera de generación en generación gracias a la organización y explotación de una red comercial de productos que en su mayoría no eran púnicos. Sobre todo hasta el siglo IV, fue fundamentalmente una actividad de intermediarios controlados por las familias de armadores. Concretamente en el ámbito de la cerámica, el único producto semiindustrial de la Antigüedad cuya conservación posibilita referencias claras y análisis bastante fiables, los púnicos tardaron mucho tiempo en elaborar, y luego distribuir, una producción (de barniz negro) de calidad comparable a los productos griegos y luego campanienses que poseían en abundancia. Pero se olvida que la agricultura púnica producía excedentes alimentarios importantes, en gran parte destinados a la exportación. Pero estas exportaciones no han dejado hue-

llas arqueológicas, a excepción de las ánforas para vino y aceite, como veremos más adelante al analizar el mapa de distribución de los hallazgos de ánforas púnicas, sobre todo aquellas selladas con el nombre de Magón en caracteres griegos.

Quienquiera que recorra hoy la pequeña «Mesopotamia» que se extiende en un eje suroeste-noreste entre el curso del uadi Milián y el del Medjerda (el *Bagrada* de los antiguos), y después, pasado el punto de su confluencia con el Siliana, la región de la cuenca media del Medjerda, hasta Simitthu (Chemtou), no lejos de la frontera argelo-tunecina, puede hacerse una idea de la riqueza de esta región que más de veinticinco siglos de explotación agrícola intensiva no han agotado. Sobre este relieve de llanuras de suaves ondulaciones, menos atacada por la erosión entonces que ahora, unas precipitaciones medias anuales suficientes permiten buenas cosechas de cereales, sin necesidad de rotación de cultivos ni de barbechos. Si miramos el mapa político de la región en época romana (fig. 145), se constata que aquí se sitúa la mayor densidad de implantaciones urbanas, sin igual en la Antigüedad, ni siquiera en el Oriente griego: cada diez kilómetros hay un burgo o pequeña villa cuya razón de ser y cuyos medios de existencia sólo podían ser agrícolas, salvo contadas excepciones. Como indica ya la toponimia exclusivamente indígena, y tal como sugiere a veces la epigrafía municipal donde afloran las supervivencias púnicas, estas aglomeraciones no son originalmente creaciones romanas, o por lo menos no lo son en su inmensa mayoría. Es aquí donde hay que buscar muchas de las «trescientas ciudades» —cifra redondeada, que no hay que tomar al pie de la letra— que Estrabón (XVII, 3, 15) definió como cartaginesas en la época de la tercera guerra púnica. Cada vez que la arqueología local va más allá del estrato monumental romano, aparece el subestrato libiopúnico. Una prospección reciente entre la cuenca del uadi Milián y el principio del cabo Bon ha permitido encontrar los vestigios de muchos poblados indígenas, casi todos fortificados y anónimos (N. Ferchiou, 1990, pp. 43-86). Es una lástima que no se haya podido encontrar en la región el equivalente prerromano de los grandes textos grabados en piedra de Ain el-Djemala, de Ain Ouassel o de Henchir Mettich que nos permitieron conocer la organización comunal de la época imperial, pero es indudable que esta organización se inspiró ampliamente en el legado cartaginés.

Porque es muy posible que los amos cartagineses practicaran, respecto de los primeros ocupantes libios de esta tierra, las mismas fórmulas de explotación que los grandes propietarios de época romana aplicarían luego a los nativos romanizados. Veremos que el cultivo de cereales no es específico de la agricultura púnica, por lo demás tan admirada por los agrónomos latinos. Y entre los fragmentos de la obra de Magón que han llegado hasta nosotros, no aparece ninguna referencia directa al cultivo del trigo o de la cebada. En el citado «creciente fértil» y, más al sur, en las llanuras dispersas por toda la cordillera tunecina, entre Dougga y Maktar, estos cultivos fueron obra de libios que operaban en calidad de colonos en régimen de aparcería desde que Cartago acaparara sus tierras. Tenemos ecos de esta mano de obra agrícola, a la que hay

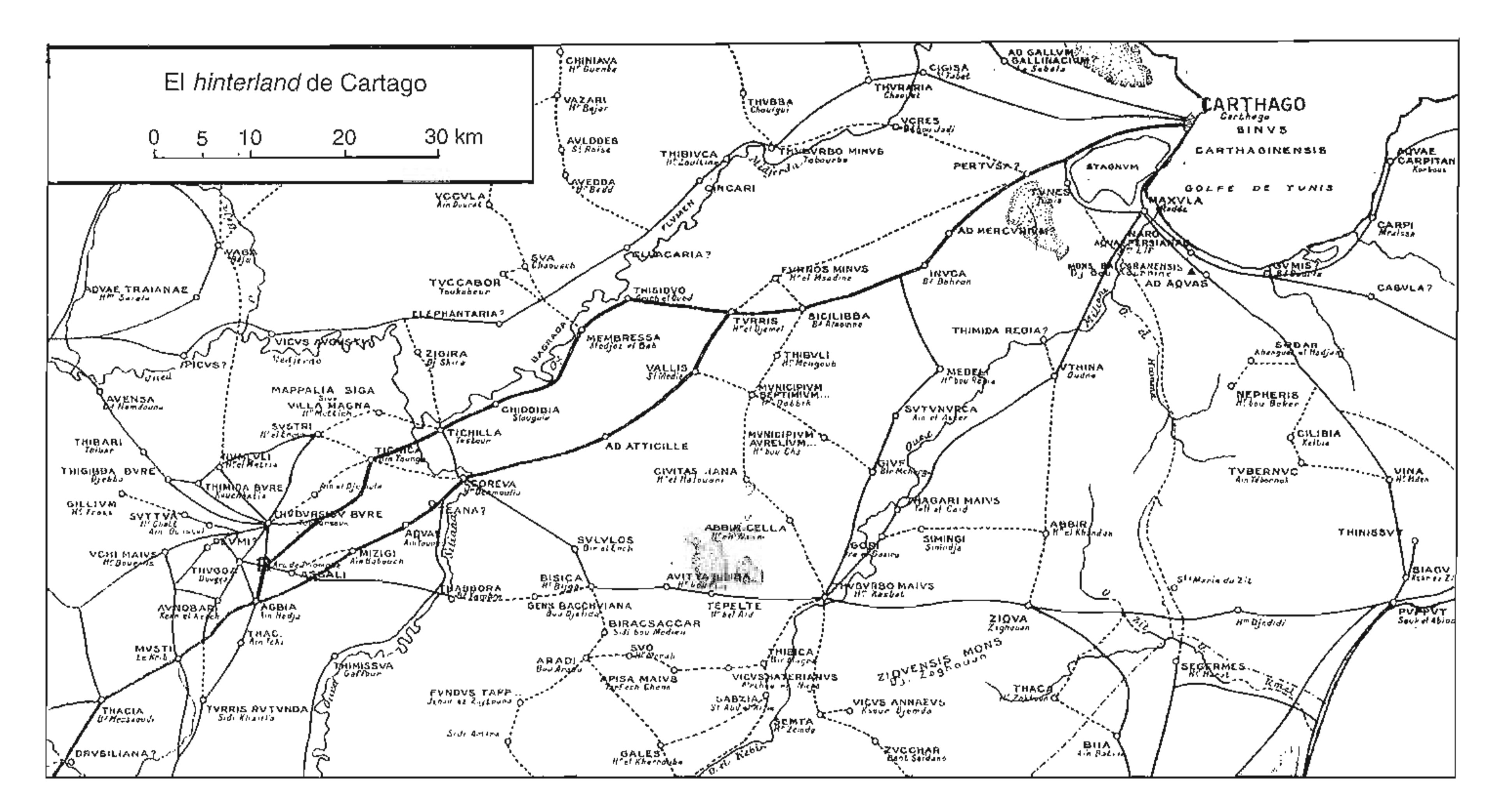


FIGURA 145. El *hinterland* de Cartago, entre el Medjerda y el uadi Milián, en época romana. Muchas de estas aglomeraciones surgieron a partir de núcleos libio-púnicos preexistentes.

que añadir algunos siervos, a través de los levantamientos que sacudieron a Cartago en varias ocasiones, y que fueron tanto más peligrosos para la metrópoli púnica cuanto que a esos movimientos se sumaron soldados africanos enrolados en los ejércitos cartagineses, como ocurrió en el 396, cuando, tras el desastre sufrido por Himilcón frente a Siracusa, doscientos mil insurrectos, según Diodoro Sículo (XIV, 77), marcharon contra Cartago tras conquistar Túnez. Esta cifra de doscientos mil, todo hay que decirlo, parece un tanto exagerada: los autores antiguos solían emborracharse fácilmente con los grandes números.

Estos campesinos africanos del territorio cartaginés utilizaban aperos de labranza que no tenían nada que envidiar a los fenicios y que siguen utilizando actualmente, sin apenas cambios, los campesinos bereberes de África del Norte de forma idéntica a como se concibieron en el neolítico, al menos tras una primera fase, todavía más arcaica, de cultivo con azada (G. Camps, 1988, pp. 177-180). Varias imágenes del arado común primitivo que figuran en varias estelas púnicas de Cartago sirven para ilustrarlo. La cama, o flecha curva, terminada en una mancera que el labrador sostiene con la mano, se prolonga horizontalmente en un dental en cuya parte delantera se ha encajado la reja, la única pieza metálica del conjunto, que posiblemente habría reemplazado al fragmento de sílex durante la Edad del Hierro. Detrás de la reja, y a ambos lados, una «oreja» —en realidad una tabla que atraviesa lateralmente el dental— hace las veces de rodillo. Un timón de tiro aparece encajado en la cama mediante un sistema de clavijas.

Simple, fácil de fabricar y de reparar, relativamente ligero y manejable, el rendimiento de este arado rudimentario era más bien modesto. Pero, debido a su escasa penetración en la capa de tierra arable, tenía precisamente la ventaja de no agotar el suelo en profundidad. En las tierras ligeras y arenosas del Sahel, los asnos bastaban para garantizar su tracción, según atestiguan, dos o tres siglos más tarde, autores como Columela (VII, 1, 2) y Plinio el Viejo (XVII, 41). El naturalista añade incluso que en Byzacena vio con sus propios ojos un arado tirado de un lado por un borrico y del otro ¡por una anciana! Un espectáculo que aún hoy sería posible contemplar. En las tierras más pesadas eran bueyes los que tiraban del arado, según cuenta, sin inmutarse, el agrónomo cartaginés Magón, citado por Columela (VI, 1, 2-3). Otro útil de antiguo uso en Oriente y mencionado en el Bajo Imperio romano como de uso tradicional en África del Norte (Agustín, *La ciudad de Dios*, I, VIII, 2; *Enarr. in Psalm.*, 92, 5), ha atravesado todas las épocas y aún hoy forma parte de los aperos del campesino tunecino. Se trata del *tribulum*, utilizado para trillar, una especie de tabla de madera dura, con fragmentos de sílex incrustados en la parte inferior: se pasa sobre las gavillas lastrado con un peso pesado o con el cuerpo de un hombre de pie sobre la tabla. Varrón confirma, en sus *Res rusticae* (I, 52, 1) el origen cartaginés de otro útil de trilla: el «carro púnico» (*plostellum Punicum*) que se utilizaba, dice Varrón, sobre todo en España, donde los cartagineses debieron de introducirlo en la época del reinado bárcida, en la segunda mitad del siglo III a.n.e. También aquí se tra-

ta de una tabla, pero debajo se han dispuesto hileras de ruedecillas dentadas en un marco de madera. Hace poco todavía se utilizaba en el Sahel tunecino para trillar la cebada.

Magón y la agronomía púnica

Decíamos que la agronomía púnica no fue famosa por sus cultivos de cereales, sino por los cultivos arbustivos y la vid. Como la higuera y el almendro, la vid es indígena en el norte de África. En el ámbito cartaginés, su tierra de elección fue concretamente el suelo ligero, arenoso del noreste tunecino, al norte de Útica, y también las tierras calizas de la península del cabo Bon, sobre todo en su base, en la región del Mornag y de Grombalia, donde todavía hoy se producen unos vinos notables. Varios textos de Magón llegados hasta nosotros en forma de citas atestiguan la experiencia de los púnicos en materia de viticultura. Según el agrónomo, los viñedos había que plantarlos en las laderas inclinadas expuestas al norte, nos dice Columela (III, 12, 5), quien observa que esta premisa tomaba en cuenta las condiciones climáticas de un país cálido. Magón aconsejaba asimismo airear las raíces, colocando algunas piedras en el fondo de las cavidades donde se implantaban las raíces de las cepas (Columela, III, 15, 4) y, para obligar a las raíces a crecer hacia abajo, se llenaba esa cavidad sólo hasta la mitad, precaución que Columela recomendaba muy especialmente (V, 5, 4) para un suelo seco, como el de África. Otras indicaciones, que también aparecen en los agrónomos latinos, se refieren a los abonos y a los fertilizantes, y también a la poda de las plantas, que Magón aconsejaba practicar en primavera, opinión no compartida por Columela, que preconizaba realizarla en otoño en un país de inviernos templados.

Sería interesante saber cómo realizaban los cartagineses la producción del vino que hoy llamaríamos de mesa. Ante el silencio de Magón al respecto, nos consolaremos leyendo su receta para producir un vino licoroso con uvas secas, transmitida por Columela (XII, 39, 1-2):

> Recolectar la uva temprana bien madura, desechar los granos enmohecidos y estropeados. Hundir en la tierra, a unos cuatro pies de profundidad, unas horcas o estacas, y unirlas con varas; colocar por encima unas cañas, sobre las que se expondrá la uva al sol. Por la noche cubrirla, para que el rocío no la moje. Una vez seca, separar los granos de uva y meterlos en una tinaja o un cántaro; verter en ella el mosto, el mejor posible, hasta cubrir los granos. Al sexto día, cuando la uva haya absorbido el mosto y esté hinchada, meterla en un recipiente de esparto, pasarla por una prensa y recoger el líquido. Luego, prensar el poso, añadiéndole mosto muy fresco hecho con otras uvas, a su vez expuestas al sol durante tres días. Mezclar bien, y colocar bajo la prensa. Verter enseguida el líquido producido por esta segunda presión en tinajas zulacadas para que no se vuelva áspero. Luego, transcurridos veinte o treinta días, una vez acabada la fermentación, verterlo limpio en otras ánforas; revocar inmediatamente las tapas con yeso y recubrirlas con un pellejo.

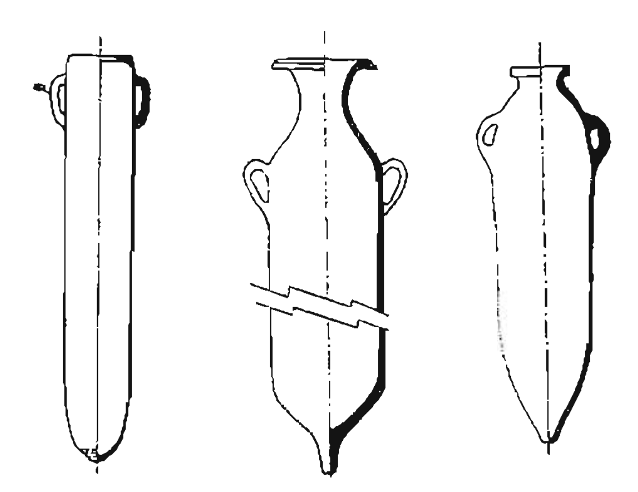


FIGURA 146. Los tres principales tipos de grandes ánforas púnicas de época helenística (siglos IV-II a.C.).

Esta receta de vino a base de uvas secadas al sol se conservó con éxito bajo el Imperio. Fue el *passum* de los latinos (Plinio, *H. N.*, XIV, 81), y el actual *passito* italiano.

¿Exportó Cartago este vino de prestigio? Es probable, aunque no podemos afirmarlo. Se han encontrado grandes cantidades de ánforas con el perfil característico del tipo más corriente en el siglo III y principios del II, de boca ancha, en todo el Mediterráneo occidental: en muchos sitios costeros del norte de África, en Andalucía, Cataluña, Marsella, Ventimiglia, Córcega, Roma, y también en Atenas. Es cierto que estas ánforas pudieron contener vino, pero también aceite (fig. 146). Habría que decir algo sobre este tipo de ánforas llamadas Cintas 312/313, de acuerdo con el nombre del arqueólogo que primero las catalogó (Cintas, 1950), no tanto sobre los ejemplares que llevan un sello en caracteres púnicos —el caso más frecuente— sino de los que lo llevan en caracteres griegos. Las excavaciones recientes de la misión arqueológica francesa en Cartago han enriquecido la pequeña serie con el descubrimiento de algunos sellos con el nombre de Aris y de Magón. Dos nombres bien cartagineses, muy comunes tanto el uno como el otro, lo que hace un tanto aventurada la hipótesis *a priori* que intenta reconocer en el Magón del sello al famoso agrónomo. Pero la transcripción en griego de estos nombres de negociantes púnicos podría al menos interpretarse como el deseo de facilitar la circulación de sus productos en el mercado mediterráneo, donde el griego era la lengua comercial para los intercambios internacionales, como el inglés de nuestros días (J. P. Thuillier, 1982, pp. 15-20). Todavía no se había inventado el exotismo y, en una etiqueta, los caracteres semitas habrían podido provocar más rechazo que atracción. El azar de los hallazgos ha hecho que hasta el momento sólo se haya descubierto este tipo de sellos en griego en suelo cartaginés: la perspectiva que acaba de abrirse, a título de hipótesis, puede convertirse en certeza el día en que estos sellos aparezcan fuera de Cartago. Y si aparecen en ánforas halladas enteras, habrá que realizar un análisis minucioso del contenido residual.

Sin embargo, buena parte del vino producido en territorio cartaginés se con-

sumía localmente. El gusto de los cartagineses por el vino e incluso su propensión a abusar de él se mencionan indirectamente en Platón quien, en sus *Leyes* (674, a-b), da cuenta de las prohibiciones legales relativas al vino, que afectaban a soldados en campaña, a esclavos de ambos sexos, a magistrados en el ejercicio de su cargo, a jueces y a timoneles. Pero ¿se aplicaba esta ley, y más concretamente, en el ejército? Sabemos por Diodoro Sículo (XIV, 63, 3) que el general cartaginés Himilcón, durante el asedio de Siracusa en el 396, levantó en su campamento tiendas para el vino y para el trigo. Por lo demás, sabemos que los púnicos no se contentaron con su producción doméstica. Antes del siglo IV, cuando sus viñedos todavía no estaban muy desarrollados, importaban vino para su consumo, sobre todo de Agrigento en el siglo V, según Diodoro (XIII, 81, 4-5). Y siguieron siendo importadores después, sin duda por gusto y por deseo de variedad, y sus compras de vino procedente de Rodas están bien documentadas a partir de innumerables restos de ánforas rodias, selladas en el asa acodada de ángulo recto, descubiertas en los estratos arqueológicos de Cartago fechados a finales del siglo III y principios del II.

En cuanto al contenido de las ánforas, ¿aceite o vino? El aceite era uno de los principales productos agrícolas de Cartago. Como la vid, el olivo crece espontáneamente en el norte de África, al menos el olivo salvaje, el oleastro, pero basta con injertarlo para convertirlo en un árbol productor de aceite. Plinio el Viejo (*H. N.*, XVIII, 129) indica un procedimiento de injerto típico de África. ¿Se debe a Magón? Plinio así lo cree, pero tal vez debido a aquello de «crea fama y échate a dormir». Porque el Naturalista (XVII, 93 y 128) vuelve a citar al agrónomo cartaginés en relación con las normas a seguir para plantar olivos, con indicaciones sobre las estaciones, diferentes según la naturaleza de los suelos, y prescripciones de espaciamiento entre árboles (de un mínimo de trece metros hasta un máximo de veintitrés) todavía vigentes hoy en día (por lo que se refiere al máximo) en la región de Sfax. Más tardíamente sin duda que en el caso de la vid, los púnicos lograron llegar a cubrir sus necesidades en este campo: en el siglo V, todavía importaban grandes cantidades de aceite de Sicilia (Diodoro, XIII, 81, 4-5). Una leyenda transmitida por un autor latino tardío, Aurelio Víctor (*De Caesaribus*, 37, 3), cuenta que Aníbal, temiendo los efectos perniciosos de la ociosidad sobre los soldados, los puso a plantar masivamente olivos. Cosa que en efecto pudo ocurrir, bien durante el año transcurrido entre su vuelta de Italia en otoño del 203 y su expedición contra Escipión en Zama, a finales del año 202, cuando instaló su cuartel general en Hadrumeto (Susa), o bien en los años que van desde la paz impuesta a Cartago tras la derrota de Zama hasta su régimen de sufetes del 196, que acabó con su exilio. Lo cierto es que, según el autor del *Bellum Africum* (97, 3), un siglo y medio más tarde la Byzacena producía aceite en abundancia. Y un siglo después la mala lengua de Juvenal criticaría la mala calidad del aceite africano, importado masivamente por Roma, que sólo servía, según él, para arder en las lámparas.

De todos modos, lo que más impresionaba a los extranjeros cuando recorrían la campiña cartaginesa, ya fueran visitantes pacíficos o soldados enemi-



FIGURA 147. Trigo duro y granado en las estelas púnicas de Cartago.

gos en expedición militar, era aquella imagen de paraíso verde que aparecía ante sus ojos, sobre todo en el cabo Bon, donde el efecto regulador del mar, siempre cercano, sobre el clima se unía a la fertilidad del suelo. Diodoro (XX, 8, 3-4) cuenta que los mercenarios de Agatocles que desembarcaron allí a finales del siglo IV a.n.e. se quedaron maravillados. El ejército del tirano siciliano atravesó una región regada por arroyos y canales de irrigación, llena de huertos y de vergeles donde crecían toda clase de árboles frutales. Un siglo y medio más tarde, Apiano (*Libyca*, 117) describe los campos próximos a Cartago tal como Polibio los había visto durante el largo asedio de los años 148-146, y utiliza las mismas palabras para evocar Megara: habla de las huertas separadas entre sí por muros de piedra en seco o por setos arbustivos, regados por numerosos canales.

Los textos de los agrónomos nos informan, al igual que la imaginería popular de las estelas, de todo cuanto crecía en aquellos vergeles. En primer lugar la granada o «manzana púnica» (*malum Punicum*), como la llamaban los latinos: originaria de Asia occidental, introducida en África por los fenicios, el granado se implantó de manera formidable (fig. 147). Pero también el almendro y sobre todo la higuera. Esta última crece espontáneamente en el norte de África, pero fueron probablemente los fenicios quienes introdujeron precozmente buenas variedades. La fama de los higos del territorio púnico creció rápidamente. En su tratado de agricultura (8, 1), el irreductible enemigo de Cartago, el viejo Catón, habla de la higuera africana (*ficus Africana*) llegada a Italia, donde se aclimató perfectamente. Es pues de admirar, por partida doble, su argucia para sensibilizar mejor a los senadores respecto de la proximidad del peligro que a sus ojos representaba para Roma la metrópoli púnica a mediados del siglo II a.n.e.: llevó un día a la curia un higo maduro, fresco, liso y rollizo, y dijo que aquel fruto se había cogido tres días antes en Cartago. Hoy todo el mundo está convencido (F. J. Meijer, 1984, pp. 117-124) de que en realidad Catón había cogido el higo en su propio huerto y que sus colegas lo sabían.

¿Pesó esta representación en la decisión de Roma de acabar con Cartago? Tras la destrucción y saqueo de la ciudad, cuanto quedó de sus bibliotecas se ofreció a los reyes númidas. Volveremos sobre ello. Pero, impresionados por los tesoros de ciencia agronómica y de sabiduría económica contenidos en los libros de Magón, griegos y romanos emprendieron su traducción. Hoy se estima que esta salvaguarda, al menos por lo que se refiere a la traducción latina, se realizó *in extremis* gracias a la influencia de algunos aristócratas que, en Roma, se oponían al clan que en torno a Catón exigía la «solución final» para Cartago (J. Heurgon, 1976, pp. 447-451). A falta de la integridad de la obra, por desgracia perdida en sus dos versiones traducidas, debemos a aquellos promotores romanos —entre ellos sin duda otro Escipión, Nasica, *princeps senatus* en el 147— la conservación de fragmentos o citas bastante amplios que aparecen en los agrónomos latinos posteriores, como Varrón, Columela, e incluso en un polígrafo como Plinio el Viejo (F. Speranza, 1974, pp. 75-119). La época en que vivió y escribió Magón no se indica en nuestras fuentes, pero se estima que podría situarse hacia finales del siglo IV (R. Martin, 1971, p. 45). El agrónomo cartaginés había elaborado pues, más de un siglo antes que Catón, que vivió y escribió en la primera mitad del siglo II, no sólo todo un cuerpo de doctrina detallada y muy técnica sobre diversos ámbitos de la agricultura y la ganadería, sino también una especie de compendio de economía rural que, mucho antes de Catón y sus seguidores (Varrón, por ejemplo), prescribía que el propietario rural viviera en sus tierras, llegando incluso a obligarle a vender su casa de la ciudad, para que pudiera ocuparse exclusivamente de sus tierras de forma personal y directa.

LAS FINCAS RURALES

Evidentemente se trataba de *latifundia* cuya explotación implicaba el concurso de aparceros y obreros agrícolas libres, pero también de numerosos esclavos. Posiblemente la piratería, pero sobre todo, y de forma más masiva, la guerra, suministraron esta mano de obra servil empleada en los campos: cuando en el 310 Agatocles venció a los cartagineses cerca de Túnez, encontró en su campamento miles de manillas destinadas a los prisioneros que los púnicos pensaban capturar; y, de hecho, al año siguiente, cuando el viento sopló en dirección contraria, se empleó a los griegos de Sicilia, convertidos en cautivos, para volver a cultivar las tierras baldías o devastadas por la guerra (Diodoro, XX, 13, 2; 69, 5). La inevitable inestabilidad social de este tipo de mano de obra obligaba a los propietarios a permanecer permanentemente en sus fincas rurales. Diodoro (XX, 8, 3-4), cuando relata la progresión de los soldados de Agatocles, describe la península del cabo Bon salpicada de estas residencias rurales. Medio siglo después, durante la expedición de Régulo por la misma región, los soldados romanos, escribe Polibio (I, 1, 29) «destruyeron muchas casas magníficamente acondicionadas, se hicieron con el ganado y llevaron a sus naves más de veinte mil esclavos».

Para hacerlas menos vulnerables tanto frente a los golpes de mano venidos del exterior como a las revueltas domésticas, estas fincas solían estar fortificadas, razón por la cual los textos clásicos las llamaron *castella* («castillos») o *turres* («torres» o torreones). Aníbal tenía su *turris* en el litoral de la Byzacena, entre Thapso (Ras Dimass) y Acholla (Henchir Botria), y por allí pasó antes de abandonar África cuando, en el 195, el pacto entre sus enemigos de Cartago y los embajadores romanos le obligó a exiliarse para siempre (Tito Livio, XXXIII, 48, 1). No hay que ver en esta «torre» una de esas *diaetae*-miradores que harían fortuna en la arquitectura señorial de la Roma imperial. Es probable que la «torre» de las fincas rurales púnicas fuera un recuerdo de una tradición oriental bien ilustrada por las imágenes de «paraísos» persas o de vergeles palestinos (P. Grimal, 1969, p. 261). Pero el término debe más bien entenderse como una metonimia que, con este elemento arquitectónico defensivo tan característico, designaría el conjunto de la residencia rural fortificada. Unos doce años después del exilio de Aníbal, su gran rival, el vencedor de Zama, Escipión el Africano, también conoció el exilio, víctima de haber acumulado en su persona demasiado poder y demasiada gloria. Se retiró a la Campania, en una *villa* cuya descripción precisa conocemos a través de una de las cartas que Séneca, en peregrinaje hasta allí, escribió a Lucilio (*Cartas*, 86, 1-5): torres de defensa que flanquea el portal de entrada, muros que rodean el parque, reservas de agua potable para un numeroso personal (un «pequeño ejército» dice Séneca). No era *La Boiserie*,* sino una verdadera plaza fuerte.

No existen descripciones similares de los equivalentes africanos contemporáneos de la *turris* de Escipión el Africano. Y aunque nos veamos tentados a proceder por analogía e imaginárnoslas como las grandes residencias rurales (de las que sí proceden en parte) representadas en los mosaicos africanos tardíos (pensemos sobre todo en el dominio del «señor Julius»), es más prudente esperar a tener los elementos concretos de una arqueología púnica rural que no ha hecho más que empezar. Mientras tanto puede mencionarse el descubrimiento fortuito de una residencia suburbana, más que rural, en Gammarth, publicada recientemente (M. H. Fantar, 1984a, pp. 3-18). En un sitio del extremo norte de la península de Cartago, cerca del río, los restos hallados presentan un plano bipartito: la *pars rustica*, como decían los latinos, materializada en las características de una fábrica de aceite: contrapesos de prensa, artesas, *dolium* encajado en el suelo; y la parte de habitación, de dimensiones bastante modestas, que destaca por la calidad de su disposición: revoques estucados moldurados, columnas con capiteles jónicos en gres revestido de estuco, *pauimenta Punica*. Una de estas fincas tan cuidadas, rodeadas de huertos y vergeles en las afueras de Cartago, se llamó Megara. Muy probablemente situada en el interior del gran recinto amurallado, no estuvo fortificada, y todo hace pensar que fue destruida durante el asedio de la ciudad, entre el 149 y el 146.

* *La Boiserie* era la residencia veraniega del general De Gaulle. (*N. de la t.*)

Kerkouane, ciudad agrícola del cabo Bon

Es el momento de volver a la pequeña ciudad de Kerkouane, mencionada al hablar de las defensas del cabo Bon, puesto que cuanto hoy conocemos de ella ilustra exactamente lo que fue el desarrollo de esta región próspera entre los siglos V y III a.n.e. Situada a la orilla del mar, pero desprovista de verdadero puerto —las barcas equipadas para la pesca costera se arrastraban en seco hasta una pequeña cala—, era un gran poblado agrícola, que extraía lo esencial de sus recursos de un *hinterland* rico y bien explotado, probablemente menos importante demográficamente que Clypea (Kelibia, la *Aspis* de los griegos) y que Neapolis (Nabeul), más al sur. A diferencia de éstas, bien conocidas por las fuentes literarias, pero cuyo informe arqueológico para la época púnica se limita a restos de tipo funerario (fig. 148), todavía ignoramos el nombre antiguo de Kerkouane. Buen ejemplo de la típica situación, por desgracia muy frecuente en historia antigua, en que los datos de los textos y los de la investigación de campo no coinciden.

Lo esencial, sin duda, de la aportación de la excavación de Kerkouane fue el descubrimiento, en una pequeña ciudad rural de escasa importancia política, de un urbanismo elaborado y de una cuidada concepción del hábitat doméstico que confirman su prosperidad. El doble recinto amurallado, ya mencionado, determina una superficie construida de siete a ocho hectáreas, algo nada modesto para las normas de la época, teniendo en cuenta los modos de vida y la organización social de estas pequeñas ciudades en un contexto de economía básicamente agrícola. Para tomar un ejemplo bien conocido, en la misma época Tipasa, en la costa argelina, no era mayor. A estas aglomeraciones amuralladas se sumaba la gran periferia de las explotaciones rurales, donde vivían los propietarios con su mano de obra. Y aunque algunos agricultores habitaran intramuros, la ciudad acogía sobre todo a pescadores, a los empleados de un comercio de distribución muy limitado, y a artesanos, especialmente aquellos vinculados a las actividades marítimas del lugar: salazones, fábricas de garo y al parecer también fábricas de púrpura, a juzgar por los montones de conchas de múrex descubiertas cerca del sitio. Pero en Kerkouane se hacía también cerámica y se tallaba la piedra (M. H. Fantar, 1986, pp. 504-530).

La planta de la parte excavada de la ciudad —excavación que está muy lejos de estar terminada— evidencia un urbanismo y unos bloques de habitación muy holgados, comunicados entre sí por vías de anchura variable, aunque cercana a los cinco metros (fig. 149). En los sectores ahora bien conocidos del sitio, las calzadas por lo general no están empedradas —como tampoco lo estaban en Cartago—, y presentan desagües construidos a modo de alcantarilla axial. Lo que caracteriza la alineación de estas calles, que se cruzan prácticamente en ángulo recto, al menos en el centro de la ciudad, es una cierta fantasía, debida en parte a las reformas. Lo que nos lleva a pensar —sin que por el momento la hipótesis esté suficientemente apoyada en una estratigrafía establecida mediante sondeos— en dos grandes periodos en la historia de la ciudad: antes del paso de Agatocles en el 310, y después de la reconstrucción obli-

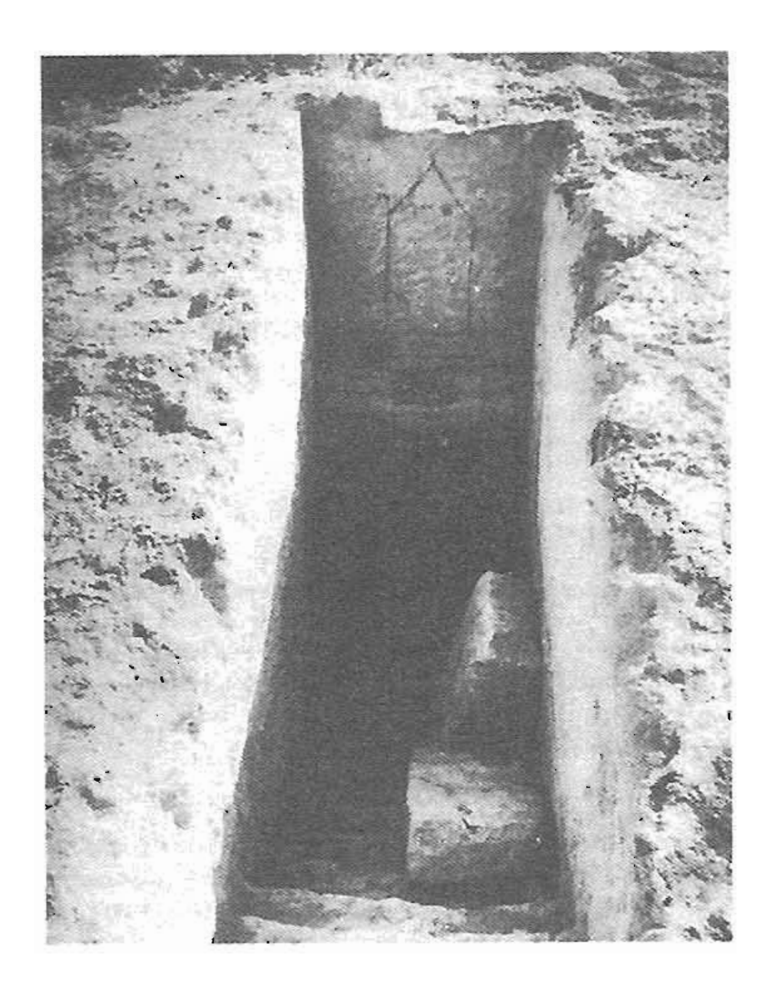


FIGURA 148. Necrópolis de Kelibia (excavaciones M. H. Fantar, 1985). Escalera de bajada a un hipogeo. Encima de la puerta de acceso a la cámara funeraria, representación esquemática de un mausoleo piramidal, con la inscripción en letra cursiva: Š (partícula de pertenencia) MGNYM, es decir, «[tumba] de Magón». La representación del mausoleo desempeña aquí el papel de *sema* simbólico de un monumento en realidad invisible.

gada debido a los efectos devastadores que tuvo que causar aquella presencia (M. H. Fantar, 1984, pp. 212-214). Si este esquema histórico, muy probable, se verificase, es evidente que los que rehabilitaron la pequeña ciudad muy a finales del siglo IV no se impusieron demasiadas limitaciones: los habitantes ganaron un trazado agradable, con ruptura de algunas alineaciones, e incluso plazoletas.

Lo que más sorprendió y sedujo a los descubridores de Kerkouane son las instalaciones hidráulicas de las casas, en primer lugar los cuartos de baño, con sus bañeras de asiento o polibanes que, gracias a la excepcional calidad de sus revoques a base de un mortero hecho de fragmentos de teja muy resistente, aparecieron ante los ojos de los primeros excavadores tal como estaban cuando los habitantes de Kerkouane hicieron sus últimas abluciones, a mediados del siglo III a.n.e. (fig. 150). Se trata de bañeras de asiento, a menudo también con brazos, instaladas en un vestuario que daba a su vez al patio, donde desaguaban las aguas residuales. Este tipo de equipamientos ya se conocían,

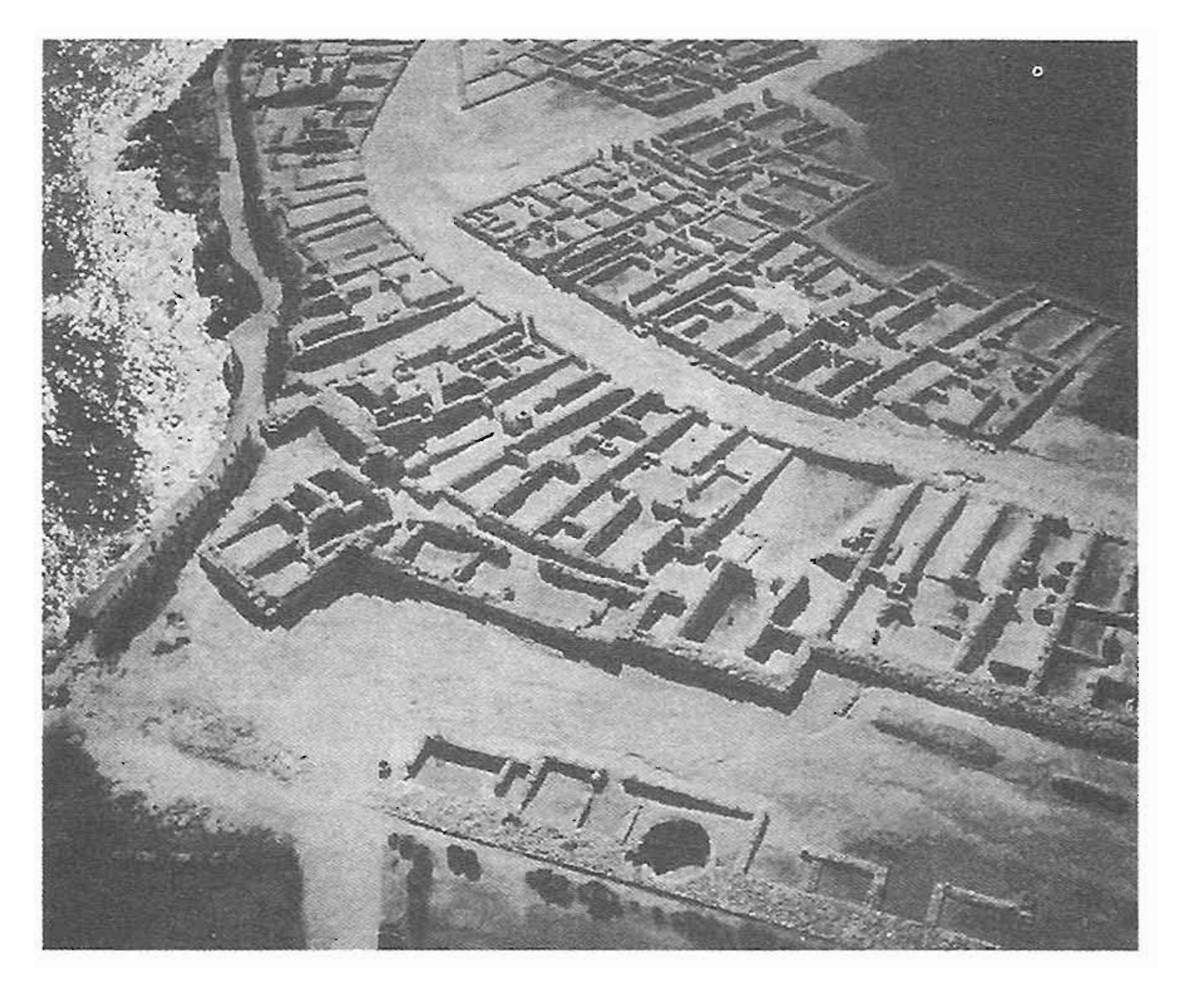


FIGURA 149. Kerkouane. Vista panorámica de los sectores excavados. En primer término, la avenida entre ambos recintos amurallados.

por ejemplo, en Delos, en habitaciones fechadas a mediados del siglo II o principios del I. Las bañeras de Kerkouane son, pues, anteriores e incluso, digámoslo, superiores en su ejecución.

Los patios otorgaban gran parte del encanto y el atractivo a las casas de Kerkouane. Se llegaba hasta ellos desde la calle por un vestíbulo-pasillo largo y estrecho situado lateralmente, lo que velaba por la intimidad de los habitantes de la casa (figs. 151 y 152). Los cuartos de habitación daban a este patio central, donde se abría el orificio que permitía extraer el agua del pozo, casi siempre con un brocal, y canalizarla hacia el interior para las necesidades domésticas. En Kerkouane la cisterna es excepcional, dato que merece destacarse: la capa freática era poco profunda y daba un agua de calidad aceptable, hecho sorprendente si recordamos la proximidad del mar. También destaca en estos patios la presencia frecuente de un pilar o columna, que podía sostener un tejadillo en ángulo recto en dos de sus lados. En varias casas se constata también la existencia de verdaderos pórticos reposando sobre cuatro o cinco columnas (fig. 153). Al menos dos de estas casas con peristilo parecen pertenecer al primer periodo de la ciudad, anterior a la expedición de Agatocles (310 a.C.). Se trataría, pues, de un préstamo precoz de la arquitectura doméstica

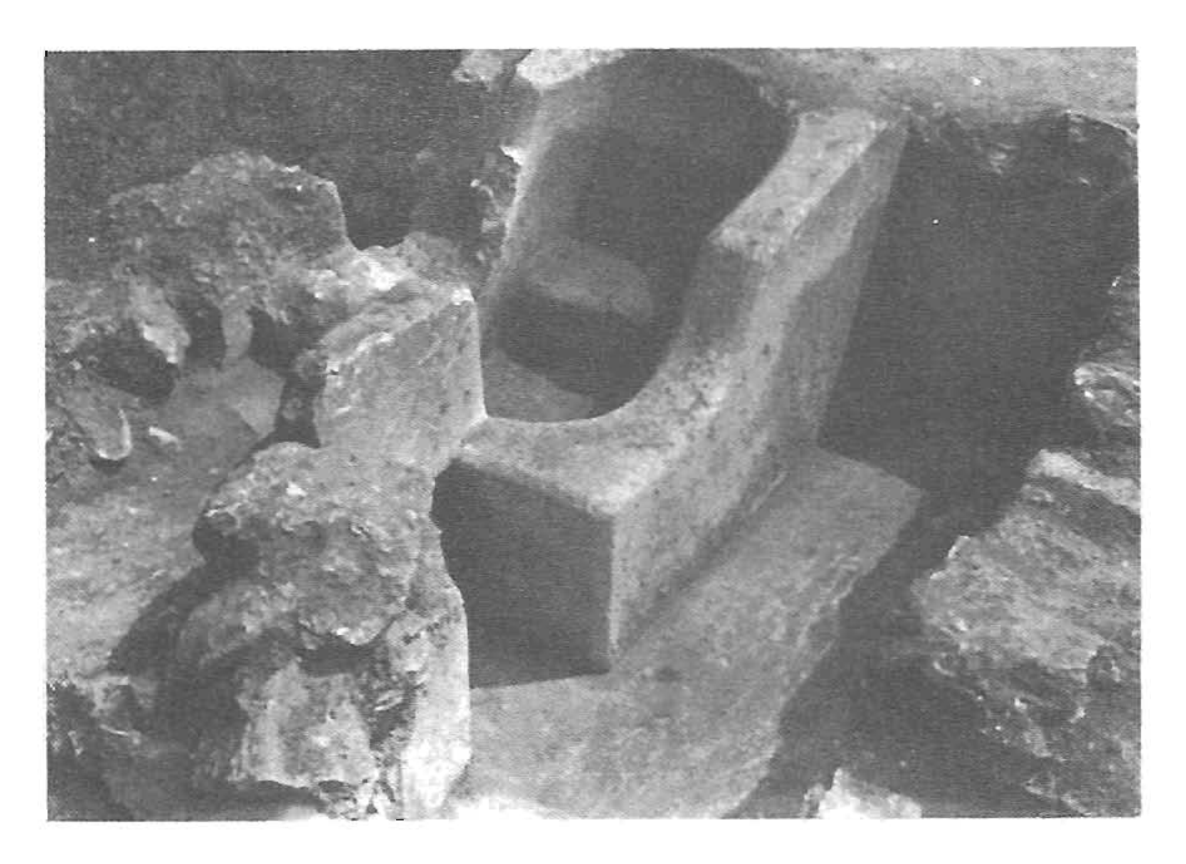


FIGURA 150. Kerkouane: una bañera encontrada al principio de las excavaciones de los años cincuenta.

griega, sin duda a través de Sicilia, donde los púnicos pudieron conocerlo.

Fuera del hábitat doméstico, del que las excavaciones ya realizadas ofrecen más que una idea general, todavía queda mucho por descubrir en Kerkouane, y en primer lugar aquello que, junto con sus murallas y su red viaria, convierte a una ciudad, incluso modesta, en un centro si no monumental, por lo menos político. El inicio de este descubrimiento parece ya un hecho, así como el de un gran conjunto de culto, en posición central en la aglomeración, cuya superficie excavada alcanza ya los 400 m^2. Lo que permite identificarlo como un templo es la disposición arquitectónica del edificio, con su sala para banquetes abierta al inmenso vestíbulo, con sus patios, donde dan las infraestructuras en podio de salas, por desgracia, arrasadas. Pero su destino concreto se nos escapa todavía. Lindaba con un pequeño conjunto termal que parece lícito vincularlo directamente al conjunto dedicado al culto.

No nos iremos de Kerkouane sin insistir en el valor de las aportaciones del sitio para nuestro conocimiento de la arquitectura púnica antes de mediados del siglo III. Y este *terminus ante quem* debe destacarse como un factor importante, dado que los datos del sitio vienen a completar, así, en fecha algo más arcaica, los elementos descubiertos en las recientes excavaciones de Cartago, sobre todo en las excavaciones francesas de Byrsa, que abarcan los últimos cincuenta años de la ciudad antes de su destrucción. Y si bien existen diferencias de escala en la planta general relativa a la concepción de las vías de comunicación de ambas ciudades, cosa lógica cuando se pasa de una metrópo-

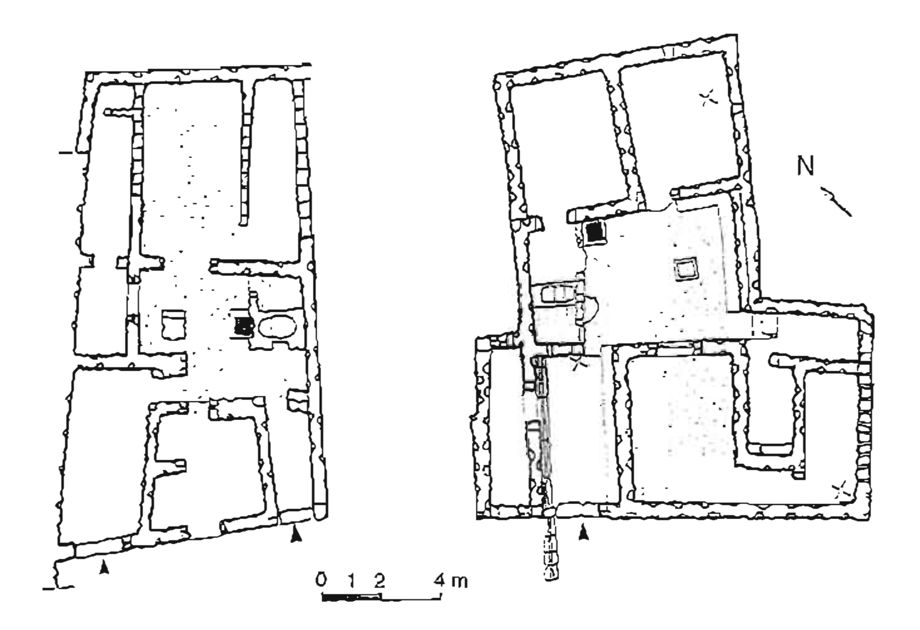


FIGURA 151. Planta de dos casas de Kerkouane. El punteado señala las áreas recubiertas con *pavimenta Punica*.

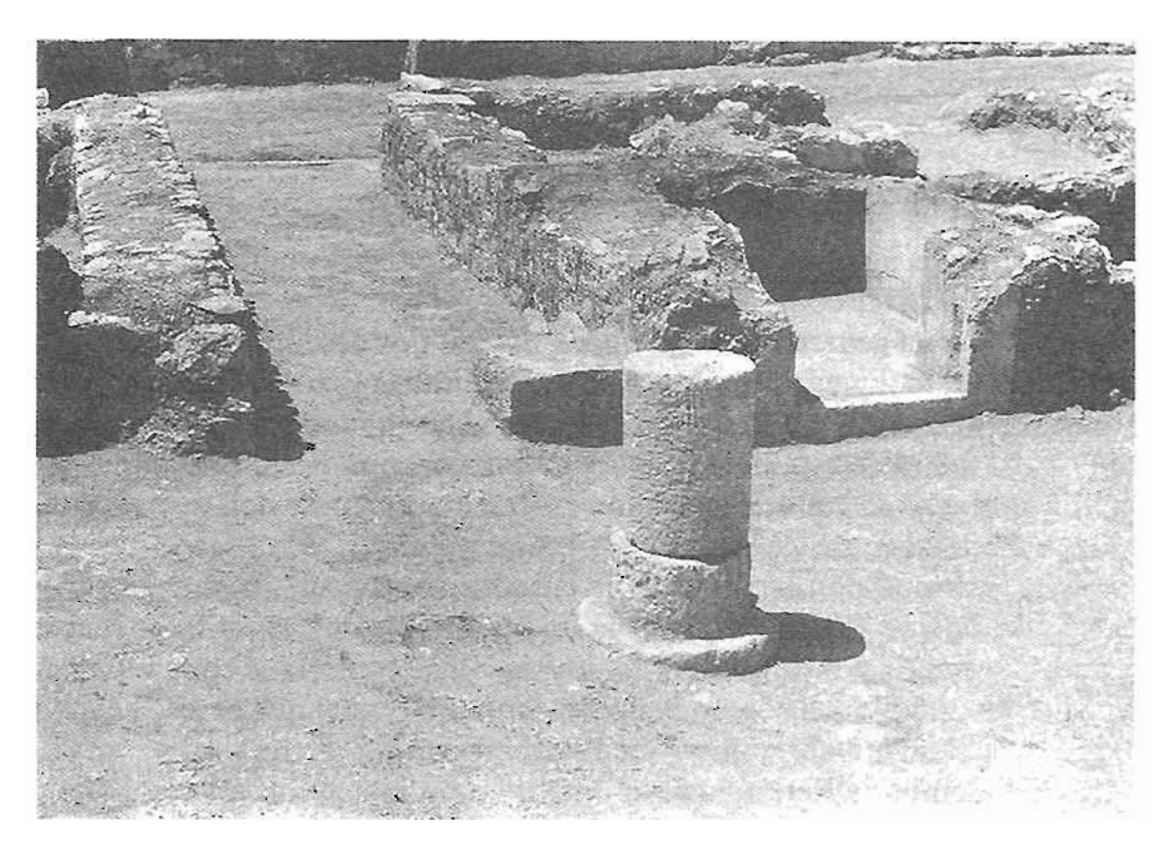


FIGURA 152. Patio de casa con columna simple, en Kerkouane. En segundo plano, a la derecha, la sala de agua.

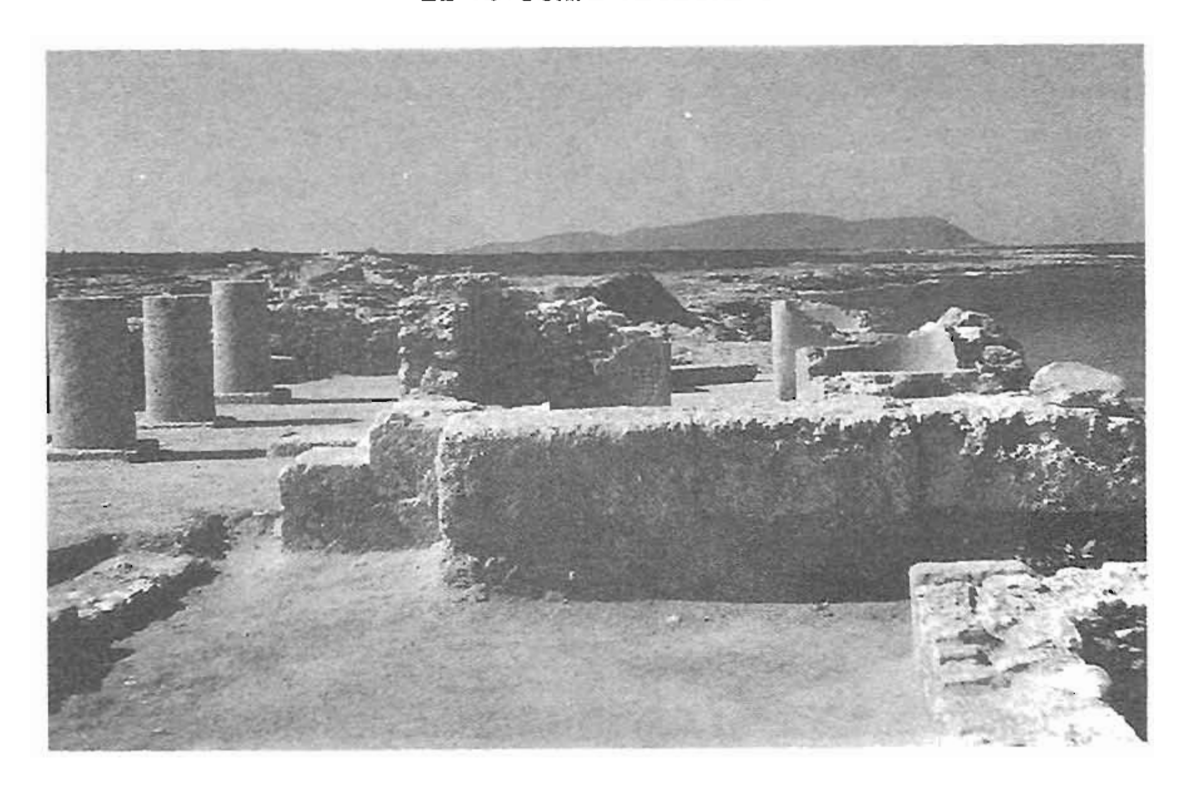


FIGURA 153. Casa con peristilo en Kerkouane. En el horizonte, los acantilados del extremo del cabo Bon, terminados en la punta de Ras ed-Drek.

li a una ciudad pequeña de provincias, hay que destacar que no se constatan diferencias, en cambio, por lo que se refiere a materiales, técnicas y detalles de ejecución y de acabado. Cintas que, junto con Saumagne, tuvo el mérito de descubrir el sitio a mediados de este siglo, había presentido su riqueza en dos comunicaciones, por desgracia publicadas de forma muy resumida (*CRAI*, 1953 y 1958). Rindamos un homenaje al primer descubridor reproduciendo algunas de las imágenes que él había comentado entonces en el marco de su hermosa novedad (figs. 154 a 157). Cintas insistía sobre todo en la fuerte presencia del helenismo en Kerkouane, cosa nada sorprendente en esta pequeña ciudad que, en la punta del cabo Bon, avanzaba como una figura de proa hacia el encuentro de una Sicilia muy próxima. Este conjunto de restos tan revelador y cuyo encanto marino seduce a todo visitante, no se dejó de lado, y los resultados de las excavaciones realizadas por el Instituto Nacional de Arqueología y de Arte de Túnez han colmado las espectativas de las primeras investigaciones (fig. 158). Al final de su monumental monografía sobre Kerkouane, Fantar destaca, con razón, la considerable masa de información que ofrece, sobre todo en cuanto a la decoración arquitectónica de una ciudad de provincias púnica en la época de la bella Cartago, y destaca los estucados moldurados y pintados, de un cromatismo sobrio, dominado por negros y grises, rojos y rosas (M. H. Fantar, 1986, pp. 550-551).

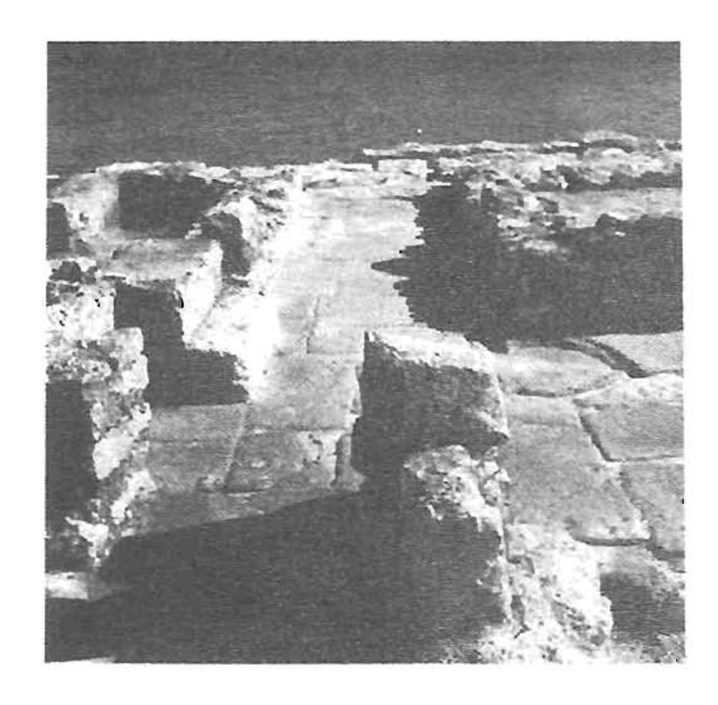


FIGURA 154. Kerkouane. Pavimento de grandes losas de gres.

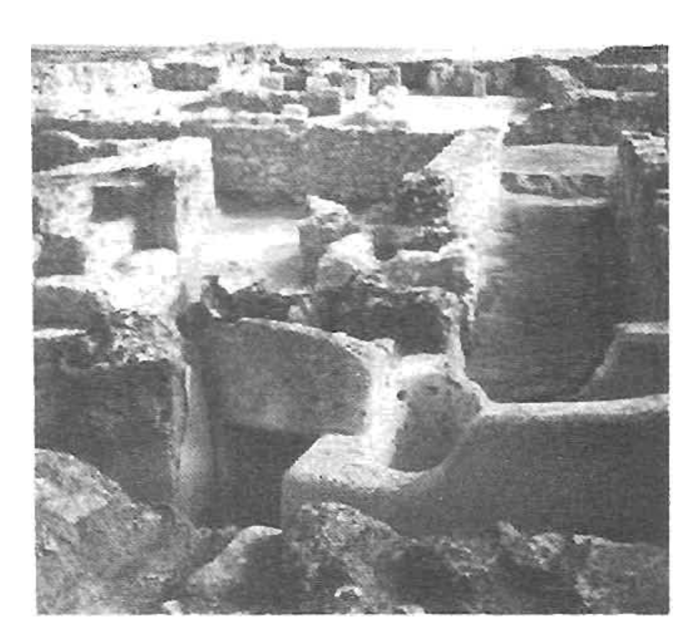


FIGURA 155. Kerkouane. Varios tipos de aparejo de muros.

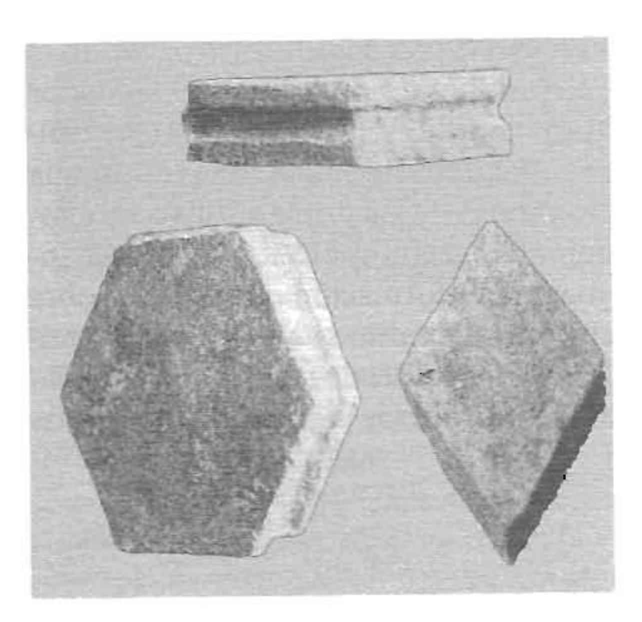


FIGURA 156. Kerkouane. Elementos de pavimento en terracota, romboidales o hexagonales, con ranuras de encaje.

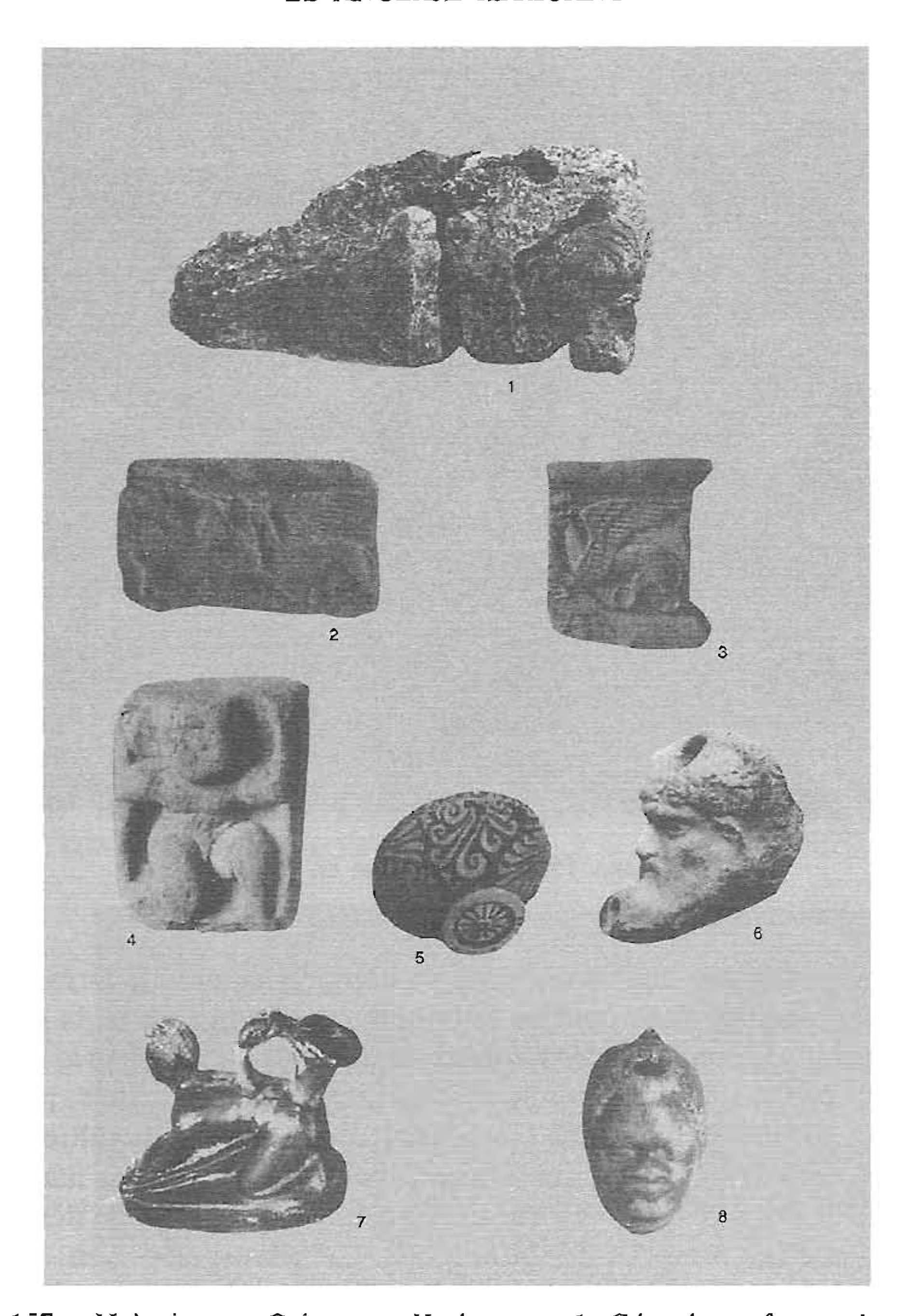


FIGURA 157. Helenismo y Oriente en Kerkouane. 1: Gárgola en forma de cabeza de toro; 2 y 3: aras de terracota que representan una lucha de grifos, próximos a monumentos similares procedentes de Motya, en Sicilia, y conservados en el museo de Palermo; 4: ara: Atlante estilizado; 5: cuenco helenístico con palmetas; 6: lucerna en forma de cabeza; 7 y 8: lucernas de barniz negro con motivos negroides.

EL SAHEL PÚNICO

Al sur del golfo de Hammamet empieza la costa baja y arenosa de la Byzacena. Situada en los límites de las vastas estepas de la actual Túnez, era la «provincia» más bella de Cartago, un poco lo que el Sahel («litoral») tunecino, desde Susa al norte hasta Sfax al sur, es a la Túnez moderna: no sólo una región

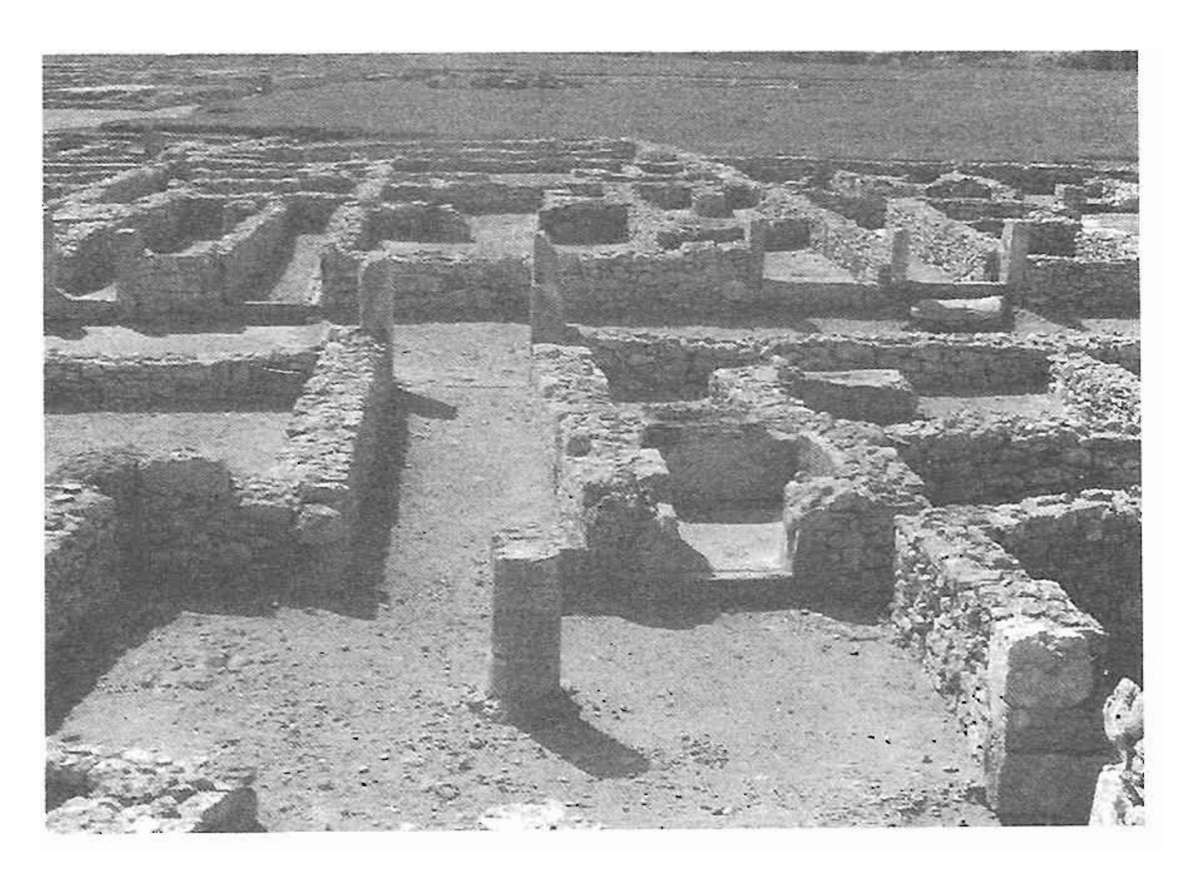


FIGURA 158. Kerkouane en 1980.

agrícola próspera, sino también la cuna de hombres emprendedores y activos, a menudo en competición, política y económica, con la elite de la capital. Si bien no tenemos la completa certidumbre de que la Byzacena fuera, en sentido estricto del término, una circunscripción del territorio cartaginés, parece que los antiguos le reconocieron una cierta especificidad étnica o cultural. Plinio describe la región y menciona que a los que habitan en ella se les llama «libio-fenicios» (*H. N.*, V, 24). Antes que él, Tito Livio (XXI, 22, 3) definió a los libio-fenicios como mestizos de cartagineses y africanos de origen. En ausencia de definición más precisa, probablemente fuera en efecto el mestizaje étnico y sobre todo cultural lo que caracterizó la originalidad de la Byzacena púnica. Después de todo, la arqueología ha puesto de manifiesto un fuerte componente cultural libio en la región, y el sustrato indígena se manifiesta sobre todo en el ámbito funerario, con necrópolis megalíticas, como la de Bir-el-Hadjar, a unos veinte kilómetros al suroeste de Hergla. Estas sepulturas dolménicas difícilmente fechables coexisten con la tumba de tradición fenicia con cámara funeraria profundamente cavada en el suelo. Pero en estas tumbas el difunto suele aparecer en decúbito lateral flexionado —que ya aparece a veces en las necrópolis de Kerkouane (figs. 159 y 160)— y el esqueleto suele presentar vestigios abundantes de una pintura roja. Aunque no esté totalmente ausente en Cartago, este rojo funerario resulta raro, y en las inhumaciones cartaginesas se impone el decúbito supino.

No cabe duda de que el Sahel es, aún más que el cabo Bon, la tierra prome-

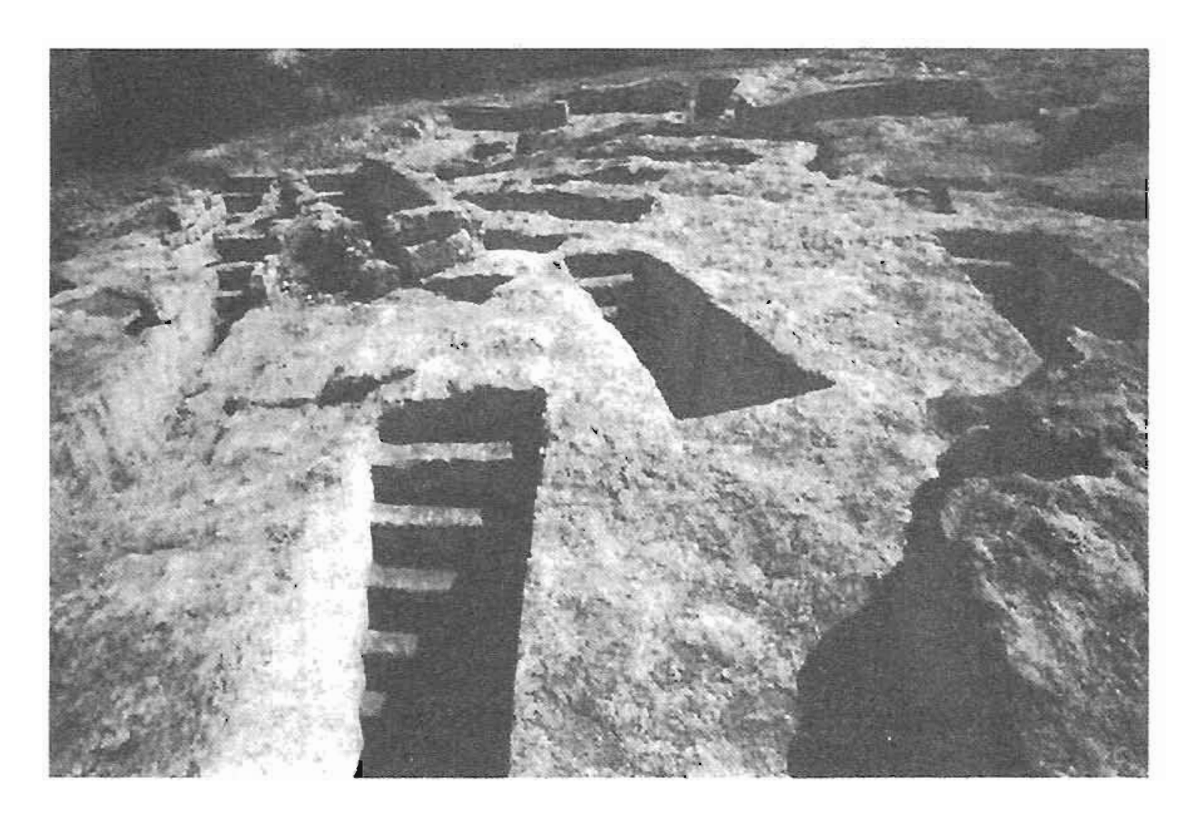


FIGURA 159. Necrópolis de Kerkouane en el Arg-el-Ghazouani. Pozos de bajada a las tumbas, con escaleras (siglos VI-III a.C.).



FIGURA 160. Necrópolis de Kerkouane. Deposición de los muertos en banquetas. El esqueleto de la derecha está en posición de decúbito lateral flexionado.

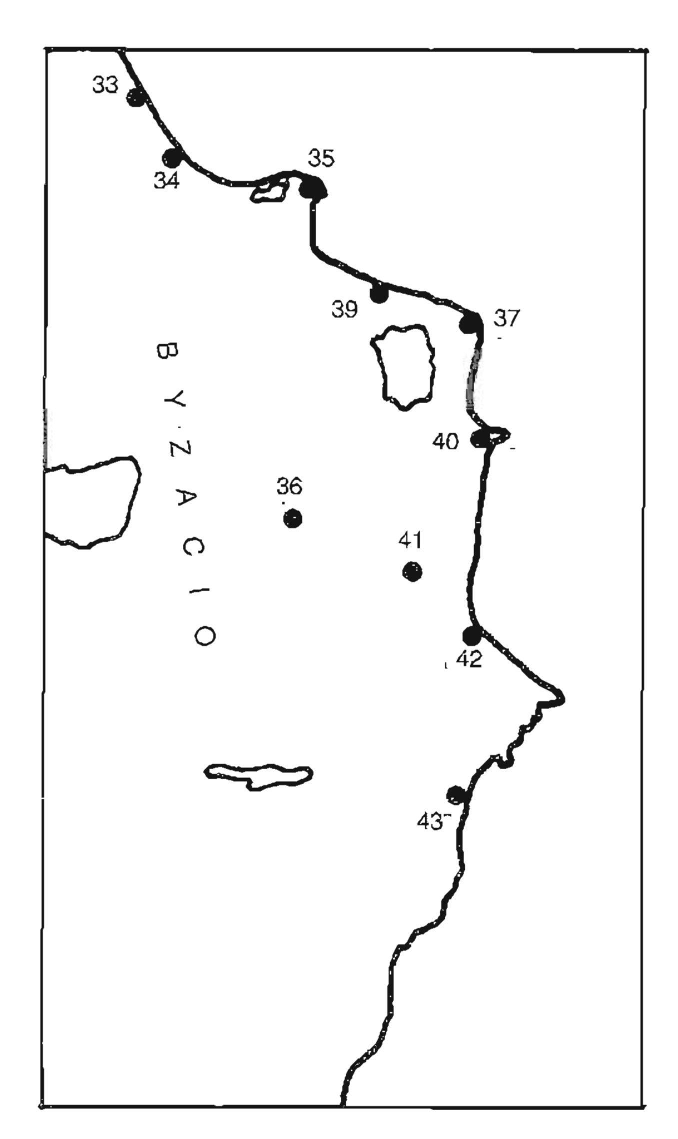


FIGURA 161. El Byzacio púnico. 33: Hadrumeto (Susa); 34: El Kenissia; 35: Ruspina (Monastir); 36: Smirat; 37: Thapso (Ras Dimass); 39: Leptis (Lemta); 40: Mahdia; 41: Ksour Essaf; 42: Sullecthum (Salakta); 43: Acholla (Ras Botria).

tida de la arqueología púnica en Túnez (fig. 161). La dificultad radica en que, en los grandes sitios de la costa, la ocupación humana jamás ha cesado, con una fortísima aceleración del aumento demográfico y de las edificaciones en los últimos treinta años. En Hadrumeto no ha habido continuidad de la vida urbana desde el siglo VII a.n.e. La ciudad romana y, después, la ciudad islámica han ocultado el primer asentamiento, cuya ciudadela debía de estar situada en el punto culminante de las pendientes que dominan el mar, al suroeste, como la Kasba hoy en día. El recinto amurallado de la ciudad prerromana no ha podido encontrarse y nada permite delimitar el perímetro de Hadrumeto en época púnica. En cambio, el tofet se descubrió debajo de la iglesia construida a finales del siglo pasado y su excavación puso en evidencia cinco niveles de deposiciones votivas, desde el siglo VII hasta el I a.n.e. (Cintas, 1947). De este yacimiento procede la estela con una efigie del dios Ba'al Hammón sentado en un trono flanqueado por dos esfinges aladas, considerado como

la representación más segura que haya llegado hasta nosotros del dios (*supra*, p. 187, fig. 104). Se hallaron numerosas tumbas en Hadrumeto, pero ninguna parece ser anterior al siglo IV. Una de ellas, explorada a finales del siglo pasado, dejó a su excavador, R. de La Blanchère, un recuerdo perfumado, aparentemente inolvidable:

> Desde el inicio de las excavaciones se ha encontrado una sola cámara cerrada no mediante lajas, sino mediante una tosca losa de 0,15 m de espesor ... Esta tapa y el recubrimiento de la fosa habían producido una obturación lo bastante perfecta para que, al desplazar la losa, la tumba dejara escapar un perfume en el que se reconoce fácilmente la mirra y tal vez madera de balsamina (el aoud el khmari de nuestros árabes). Este perfume, bastante fuerte y extremadamente agradable, persistió en la cámara varias horas, y fue desvaneciéndose poco a poco. Buscamos inútilmente el foco de emanación del olor; ningún objeto olía, ni los huesos, ni los vasos ni los útiles que se encontraban allí en la cámara. Tal vez habrá que admitir, aunque parezca sorprendente, que la resina de mirra y la madera de balsamina, sin duda mezcladas en forma de tabletas tal como se sigue haciendo aún hoy, se dejaron ardiendo en el sepulcro. Sus cenizas han desaparecido entre el polvo del suelo, los cascotes caídos del techo y las formaciones de salitre; pero el humo, herméticamente encerrado, ha dejado en el aire su perfume apenas debilitado por miles de años (R. de La Blanchère, 1888, p. 152).

De hecho sabemos que hay una arqueología de los olores (H. Bénichou-'ar, 1982, pp. 270-271).

A unos veinte kilómetros al este-sureste de Susa, en la costa, Monastir con-na, por su mismo nombre, la perennidad del hábitat humano en este lugar: el topónimo actual desciende, de forma bien transparente, del latín *monasterium* y atestigua implantaciones cristianas en la Antigüedad tardía. El nombre antiguo, Ruspina (quizás el «cabo del Ángulo»), estuvo asociado concretamente al promontorio donde se encuentra un grupo de islotes, el mayor de los cuales, Sidi er-Rhemsi (o también llamada «la Tonnara», en recuerdo de una industria pesquera del siglo pasado), tuvo que albergar el primer hábitat de los marinos que llegaban a tierra. El *Estadiasmos* (115) señalaba un fondeadero en estos parajes. Una puerta tallada en la roca, algunas cisternas, son tal vez vestigios de esta ocupación que la arqueología ha desvelado. El islote menor, llamado de la «Quarentena» (djeziret el Oustania), presenta nichos tallados en la roca que son posiblemente *haouanet*. Parece que desde época prerromana la ciudad antigua estuvo situada muy por detrás de la línea de costa, en el lugar llamado Henchir Tenir. Es ahí donde César, a principios del año 46 a.n.e., estableció su campamento contra los pompeyanos (*Bellum Africum*, XXXVII, 2-4), y una prospección reciente ha revelado en la meseta restos de una instalación urbana a partir por lo menos del siglo IV a.n.e. La campiña circundante era ya entonces sin duda tan floreciente como en tiempos de Plinio el Viejo (*H. N.*, XV, 82), quien encomió la calidad de los higos que venían, en barriles, desde Ruspina.

Siguiendo por la costa hacia el sur, otro sitio famoso pero también más



FIGURA 162. La escollera de Thapso.

conocido por los textos que por la investigación de campo, es el de Thapso, sitio de cabo (es el Ras Dimass) con nombre típicamente fenicio (el «paso» o el «vado»). La ciudad púnica cayó ante Agatocles en el 310, y representaba su avanzadilla meridional extrema, y es también aquí donde César consiguió, en el 46, la victoria decisiva sobre Pompeyo. La ciudad antigua está por descubrir todavía (M. H. Fantar, 1978, pp. 59-70) y el interés se ha centrado sobre todo en las instalaciones portuarias de época romana. Pero la famosa escollera (fig. 162) parece construida, al menos parcialmente, sobre infraestructuras de época púnica.

Más abajo, en el extremo del cabo África, encerrada entre sus murallas de época fatimí, la pequeña ciudad de Mahdia se presenta hoy también como una imagen de lo que debió de ser la ciudad púnica cuyo nombre desconocemos: tal vez *Gummi*, topónimo conocido por documentos de época romana, que podría corresponder a Gemma, la apelación de un barrio situado extramuros. En el extremo de la península, y en su orilla sur, una pequeña dársena portuaria tallada a modo de *cothon* es casi con certeza de época púnica. No lejos de allí, la datación de una serie de tumbas en cista es muy discutible: de época púnica para unos (para P. Cintas, 1970, p. 261), fatimí para otros. Veremos que, en realidad, tanto en Mahdia como en otras zonas de la región, la necrópolis antigua tiene que buscarse muy por detrás de la línea de costa.

Las verdaderas posibilidades de la arqueología púnica en el Sahel tunecino radican, en efecto, en la exploración sistemática relanzada hace unos años (H. Ben Younès, 1981) del cordón litoral de toba, formado a lo largo de la costa por la consolidación de la duna de época cuaternaria. A poca distancia de las ciudades (entre unos cientos de metros y pocos kilómetros), los arqueólogos que excavaron las tumbas encontraron un subsuelo ideal para la construcción de hipogeos, una roca dócil al pico, pero que se endurece rápidamente al contacto con el aire. Gracias a estos vastos yacimientos funerarios, cuya exploración comenzó a finales del siglo pasado, conocemos la civilización púnica del Byzacium. Y en muchos casos estas tierras están todavía disponibles para la investigación.

Es el caso de Lemta, algo más al norte de Thapso (Ras Dimass), antigua-

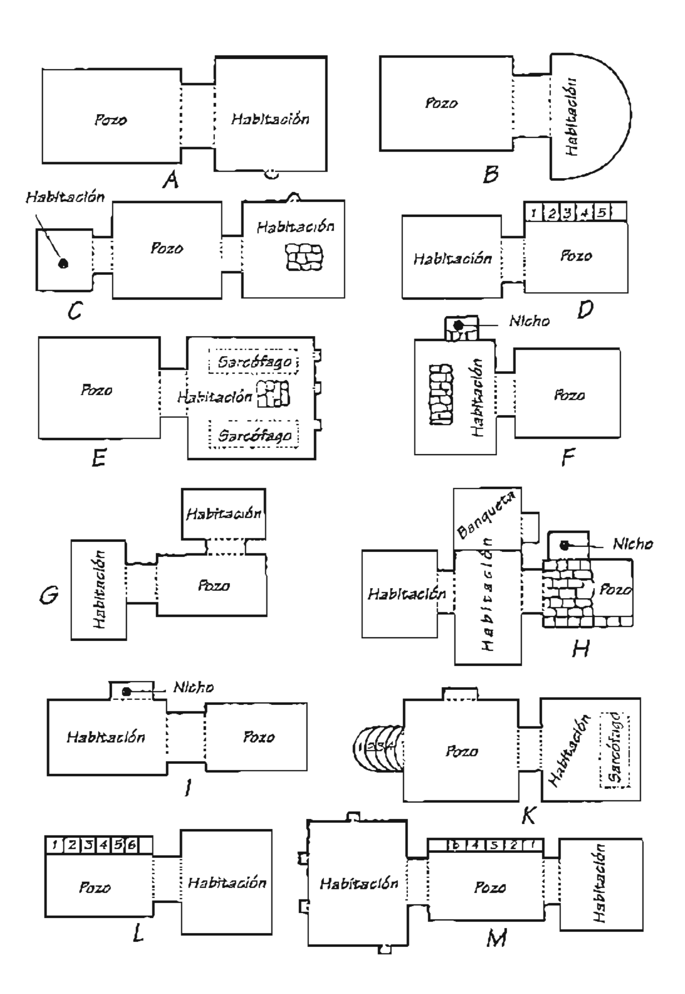


FIGURA 163. Excavaciones del abad de Smet en Henchir Methkal cerca de Lemta. Plantas-tipo de las tumbas.

mente *Lepti*, llamada también *Minus* en época romana para diferenciar este *emporium* de *Leptis* (o *Lepcis*) *Magna*, la gran ciudad de Tripolitania. Aquí Aníbal pisó de nuevo tierras africanas en el 203, tras pasar quince años en Italia. No se han encontrado restos de las murallas de época púnica en pie durante la campaña africana de César (*Bellum Africum*, VII, 2). Pero muchas tumbas de la necrópolis situada en la duna consolidada detrás de la costa han escapado a las excavaciones clandestinas (los altos de este cordón umbilical llevan el nombre evocador de Ghiran er-Roum, «las cavidades o grutas de los Rumis»). De las antiguas excavaciones mencionaremos aquellas realizadas en el lugar llamado Henchir Methkal en vísperas de la primera guerra mundial por el abad de Smet, por entonces clérigo de Mahdia. Con sólo las imágenes de algunas plantas tipo (fig. 163), pero con la ayuda de anotaciones precisas y reveladoras, el excavador comenzó a hacer revivir en su informe (1913, pp. 327-342) el pequeño pueblo de libio-fenicios que habían ocupado *post mortem* el centenar de tumbas por él exploradas. En las tumbas de cámara simple o doble, a las que se accedía por un pozo sin escalera (a veces tan sólo unos rígidos peldaños tallados en una pared lateral del hipogeo), aparecieron muchos esqueletos con las piernas flexionadas, e incluso «agachados», pero el bermellón utilizado como pintura funeraria parece ausente. En cambio, el excava-

dor destaca la gran frecuencia de depósitos de arcilla hallados en los cuencos o copas dispuestas junto al muerto. ¿«Geófagos» quizá? se pregunta el padre, un poco etnólogo, a ratos. Volveremos sobre estos cuencos y su contenido de arcilla, porque una observación más minuciosa ha desvelado su secreto.

La suerte quiso que esta misma necrópolis de Bou Hadjar ya ampliamente visitada deparara a Cintas, a mediados de este siglo, la ocasión de realizar excavaciones complementarias. Sus notas, todavía inéditas, confirman las descripciones del abad de Smet. A la tipología de los hipogeos elaborada por su predecesor, Cintas añadió algunas variantes interesantes, sobre todo el hallazgo de unas tumbas con las paredes cuidadosamente desbastadas y revocadas que presentaban una decoración en bandas rojas horizontales pintadas a media altura. Una de ellas, más destacada, presentaba un techo en forma de diedro que simulaba una techumbre de dos vertientes, cuya viga maestra pudo descansar sobre el capitel de un pilar en relieve, frente a la puerta de entrada de la cámara funeraria. En ambas caras del diedro unas bandas rojas pintadas a intervalos regulares simulaban las vigas de una estructura ficticia (fig. 164). Al igual que el abad antes que él, Cintas resaltó la presencia en varias tumbas de arcones de madera que hacían las veces de sarcófagos. En una tumba el arcón parecía vuelto y tirado contra una de las paredes, mientras que todas las cerámicas del ajuar funerario se encontraban amontonadas en un rincón de la cámara, encima de una espesa capa de cascotes caídos de la pared (fig. 164): señal evidente de que ese desorden, tal vez provocado por un seísmo, fue muy posterior a la colocación del difunto en la tumba. Cintas también mencionaba esqueletos, si no «agachados», al menos en decúbito lateral claramente flexionado (fig. 165, 1), característico de los ritos funerarios libios, y la abundancia en los ajuares —marca no menos indígena— de cerámicas a mano, casi todas en forma de cuencos caliciformes (fig. 165, 2 y 3), mientras que la cerámica importada, muy minoritaria (fig. 165, 4) fechaba las deposiciones entre finales del siglo IV y principios del II. A diferencia del abad de Smet, el excavador constataba una utilización amplia del cinabrio como pintura funeraria.

El caso de Smirat

Es en Smirat, un poco más al interior (punto 36 en la fig. 161), donde las necrópolis sahelianas entraron en el campo de una arqueología rigurosa, gracias a la labor de Cintas y del doctor Gobert, en vísperas de la segunda guerra mundial. Ambos arqueólogos demostraron en esta ocasión que en una disciplina en que raramente se barajan los grandes nombres, la calidad de la observación puede compensar ampliamente la debilidad cuantitativa del material arqueológico. Las veintidós tumbas de Smirat excavadas en la primavera de 1939, y analizadas en detalle, proporcionaron tal cantidad de información sobre las poblaciones del Sahel púnico que los investigadores posteriores no han hecho más que confirmarlas, con algunas precisiones de detalle (P. Cintas y E. G. Gobert, 1941, pp. 83-121). Las observaciones ya realizadas sobre los ritos fu-



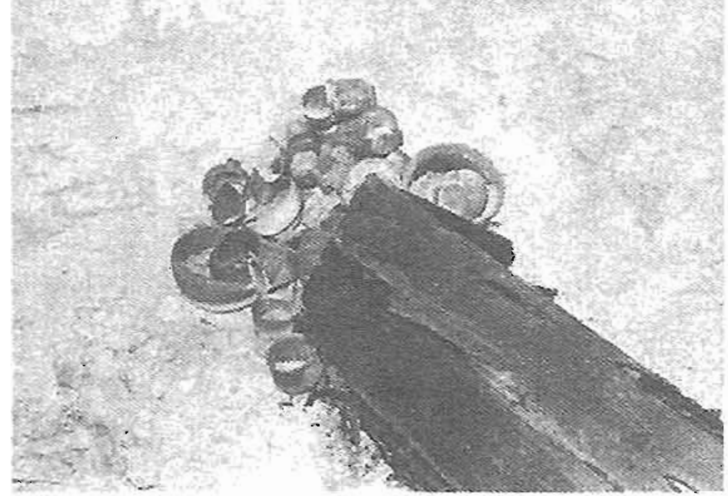


FIGURA 164. Necrópolis de Bou Hadjar (excavaciones de Cintas). Arriba, tumba pintada, con techo en diedro y estructuras de madera simuladas; abajo, sarcófago de madera volcado en otra tumba, y ajuar cerámico esparcido por el suelo de la tumba.

nerarios, a veces de forma un tanto dubitativa en los diarios de las excavaciones precedentes, ahora se afirmaban y se clarificaban. La pintura roja que teñía los esqueletos y sobre todo la cara de los difuntos era efectivamente cinabrio, que había impregnado los huesos tras la descomposición de la carne; por lo tanto no cabía hablar de prácticas de descarnado antes de la muerte. A veces, en lugar de cinabrio, se descubría en los recipientes una tierra fuertemente impregnada de óxido de hierro, la *rubrica* de los latinos. Bajo la masa de arcilla prensada en el interior de los cuencos, que tanto había intrigado al abad de Smet, una observación atenta descubría el residuo mineral de una especie de preparado granuloso, posiblemente una ofrenda de alimentos. Algunos cuencos contenían granos de trigo, otros pepitas de uva. Acostados sobre el lado, con las piernas plegadas (el famoso decúbito lateral flexionado), los difuntos estaban instalados en su última morada en la posición del sueño, y los excavadores recogieron bajo los cuerpos tiras de un espeso tejido de lana: «Con lupa —precisaban—, este tejido presenta una textura de tela enormemente regular. Retorcidos de izquierda a derecha, todos los hilos conservan, al deshilacharse, el aspecto sinuoso de los tejidos modernos, marcados por la urdimbre y la trama. Algunas partes de la tela, las mejor conservadas, revelan que

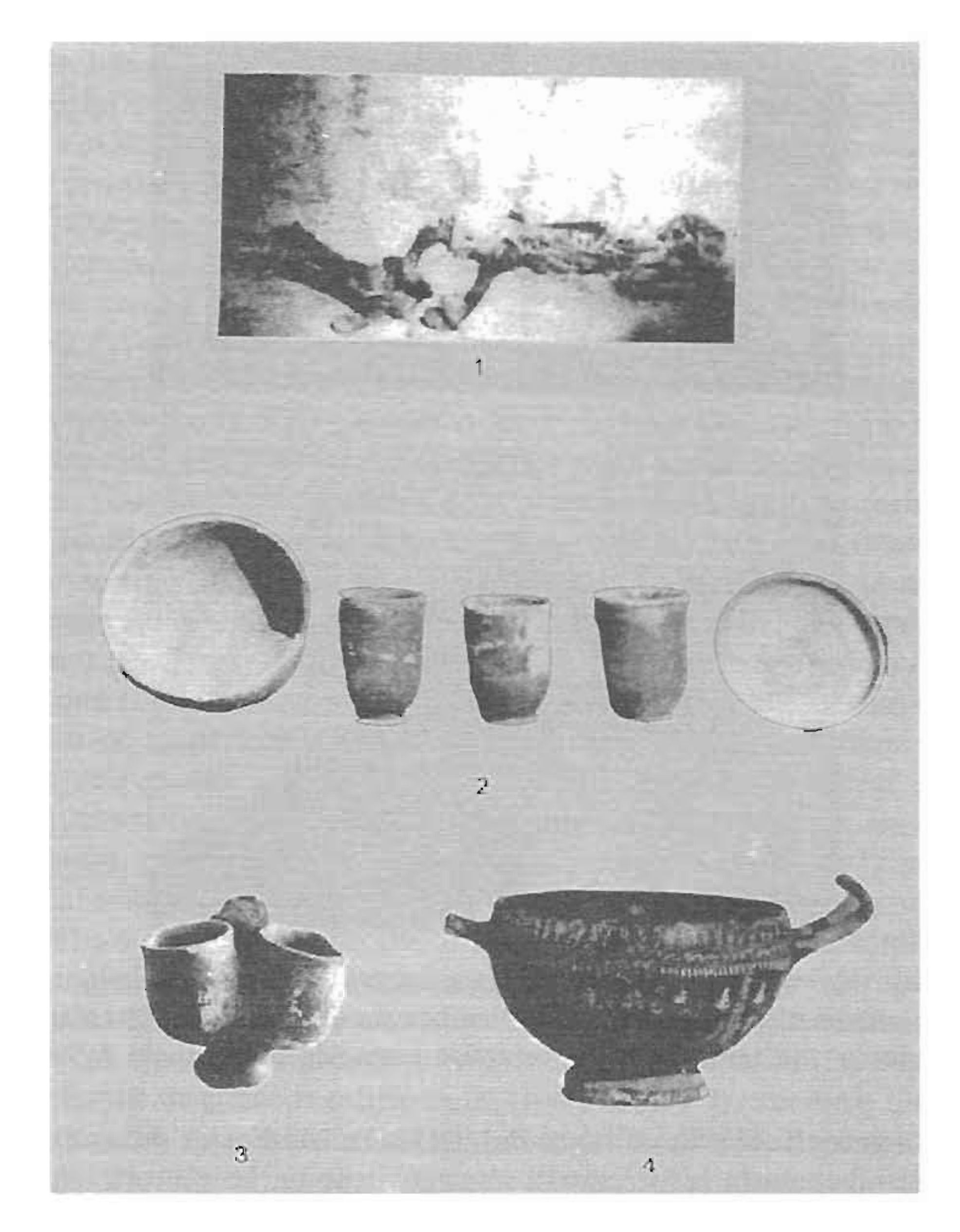


FIGURA 165. Bou Hadjar (excavaciones de Cintas). 1: esqueleto en decúbito lateral flexionado; 2: ajuar de una tumba, con vasos caliciformes específicos de estas tumbas del Sahel; 3: *kernos* hecho de tres cubiletes; 4: *skyphos* de barniz negro con decoración pintada.

se tiñó con rayas rojas y amarillas» (P. Cintas y E. G. Gobert, 1941, p. 92).

Los cuerpos también podían aparecer, aunque con menos frecuencia, colocados en arcones de madera casi todos provistos de tapas con bisagras: mobiliario doméstico, por lo tanto, reutilizado *in extremis* a modo de sarcófagos. Los análisis evidenciaron el uso de pino de Alepo para las grandes estructuras y del enebro para los tablones de las paredes. El clima de esta región, aún más favorable en el sur tunecino, ha posibilitado una buena conservación, en las tumbas mejor protegidas, de muchos de estos arcones (fig. 166). Esta misma cualidad del aire ha permitido que las excavaciones de Smirat revelaran documentos antropológicos excepcionales. En el arcón de la tumba XIV había una

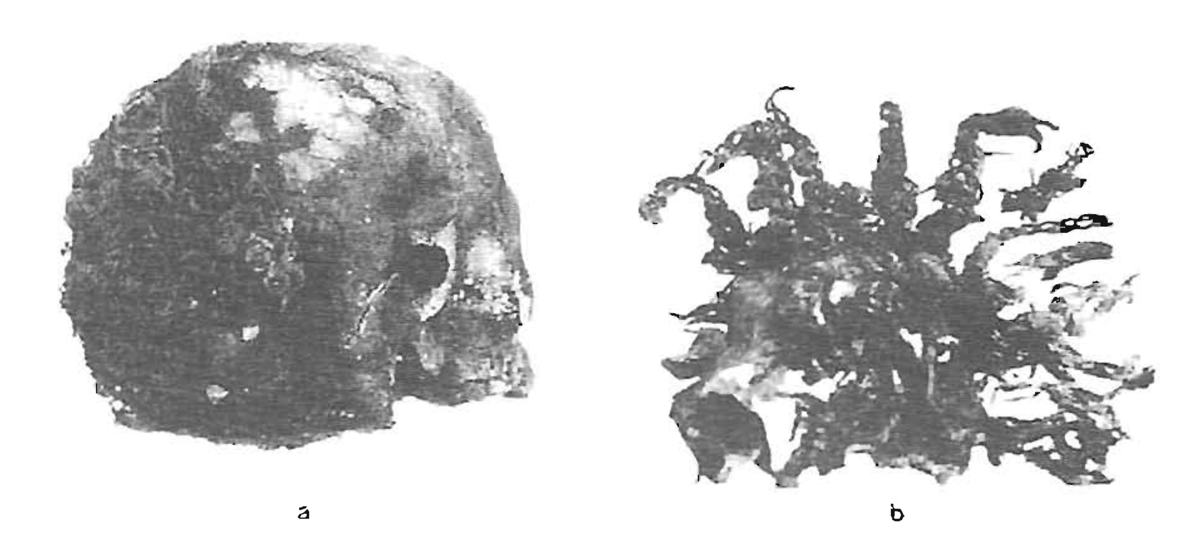


FIGURA 166. Arcón de madera con pies, procedente de una tumba de Gightis (Bou Ghrara), en el sur de Túnez.

pareja de difuntos que conservaban buena parte de sus cabellos: los del hombre eran cortos, rizados, casi crespos; los de la mujer estaban aplastados, pero aparecían claramente las delgadas trenzas que hoy vemos todavía en las cabezas de las jóvenes beduinas del interior de Túnez, sobre todo en el sur (fig. 167). En estas tumbas se recogió un ajuar pobre, exclusivamente cerámico, sin ningún tipo de material (amuletos, adornos) superfluo. Únicamente el ánfora de agua y la jarra —a veces la lucerna— eran de cerámica a torno, mientras que los recipientes, los cubiletes y los cuencos troncónicos estaban hechos a mano. Pero, entre todos estos objetos de uso corriente, uno llamaba especialmente la atención debido a una figura humana esquemática e ingenua grabada en él antes de la cocción (fig. 168). El recipiente llevaba también una inscripción con unos signos todavía no descifrados. ¿Qué representa esta enigmática figura? El difunto convertido en héroe, en opinión de algunos (G. Camps, 1961, p. 324); o una representación simbólica de la victoria sobre la muerte, como se ha dicho recientemente, insistiendo en la actitud guerrera del personaje, según una estilización que presenta algunas constantes de la iconografía funeraria libia (H. Ben Younès, 1987, pp. 17-32). El texto —el grafito no descifrado— tal vez aclararía la imagen, pero veremos que todavía subsiste la dificultad para leer las escrituras «neopúnicas», sobre todo cuando están libremente trazadas con la punta de un estilete, como en este caso.

Un último elemento sorprendente antes de abandonar Smirat: estos campesinos libio-fenicios del Sahel, con medios muy limitados, invertían posiblemente bastante más en el acondicionamiento de sus «moradas para la eternidad», profundamente excavadas en la roca, que en sus viviendas en vida. Pero, hablando de escatología, en el hecho radicaba una primera victoria sobre la muerte. Sabemos, por lo demás, que esta preocupación estaba universalmente extendida en la Antigüedad. La modestia funeraria es cosa bastante reciente, y en nuestras sociedades está íntimamente ligada a la transmisión del patrimonio. Los campesinos de Smirat no tenían nada que transmitir.

La joven generación de arqueólogos formados en el Instituto Nacional de Arqueología y Arte de Túnez se interesa activamente por estas necrópolis del



a b

FIGURA 167. (a) Cráneo masculino y (b) trenzas de cabello femenino de la tumba XIV de Smirat. Las zonas negras en el cráneo masculino tenían pintura roja.



FIGURA 168. El vaso con el grafito de Smirat y su inscripción.

Sahel. Los recientes trabajos emprendidos en el sector de Mahdia han permitido rectificar datos antiguos, como los de D. Anziani (1912, pp. 245-303) (fig. 169). La arquitectura de estos hipogeos, ahora más precisa, revela refinamientos que habían escapado a los primeros exploradores, como es el caso de esos cojines-almohadas dispuestos sobre las banquetas-camas de las cámaras funerarias (H. Ben Younès, 1985, pp. 23-61). Destaca muy especialmente la importancia de la excavación actualmente en curso en el *hinterland*, a unos quince kilómetros al suroeste de Mahdia, en el lugar llamado El-Hkayma (H. Ben Younès, 1986 y 1988).

A poca distancia de este yacimiento funerario se extienden, a lo largo de

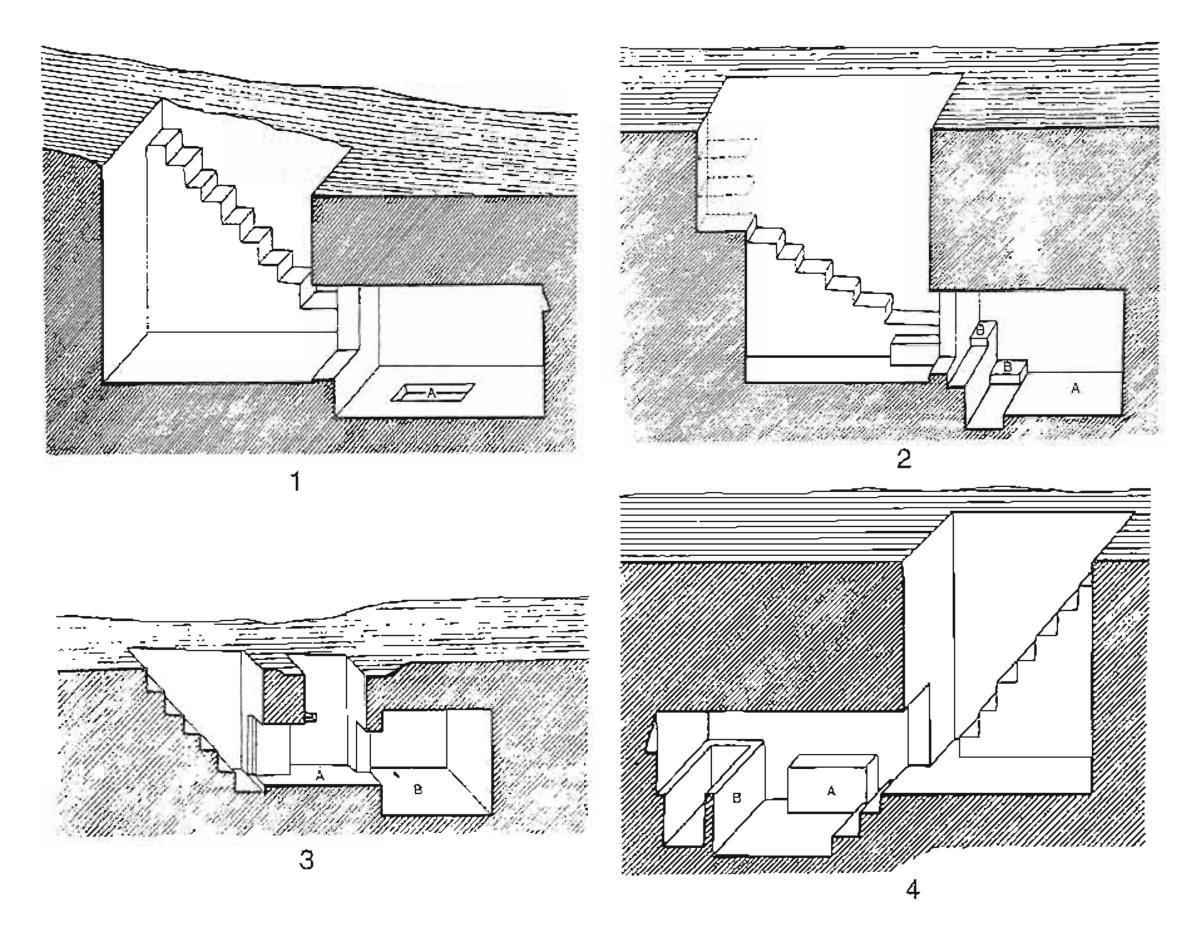


FIGURA 169. Necrópolis del Sahel. 1: hipogeo de Thapso (A) excavada en el suelo de la cámara funeraria; 2: hipogeo de Thapso con banqueta baja (A) y escalones (B); 3: hipogeo de Mahdia con antecámara (A); 4: hipogeo de Mahdia con banqueta (A) y cista-sarcófago (B).

una quincena de hectáreas, las ruinas, perceptibles en su aspecto de época romana, de un sitio antiguo todavía indeterminado, donde se ha creído poder reconocer Tegea, ciudad que, no lejos de Aggar, figura en la topografía de la guerra entre César y Pompeyo en el 46 (St. Gsell, 1928, p. 111; L. Foucher, 1960, p. 13). En todo caso resulta lícito asociar las tumbas de El-Hkayma con este sitio, sea cual fuere su nombre. En dos campañas de excavación, los datos suministrados por esta necrópolis no sólo confirman las aportaciones principales (especialmente las referidas a la estructura de las tumbas, a los ritos funerarios) de los trabajos anteriores en sitios vecinos, sino que los complementos más notables proceden de las observaciones hechas sobre el material cerámico. Estas observaciones evidencian la habilidad de los alfareros del Sahel: lejos de contentarse con copiar el viejo repertorio de la cerámica fabricada a torno, creaban ahora productos originales, sobre todo en el extenso registro de las imitaciones locales de las cerámicas de barniz negro, que conocieron un gran desarrollo en la órbita púnica a partir de mediados del siglo III a.n.e. (H. Ben Younès, 1988, pp. 78-80). Sabemos que, siguiendo el ejemplo de Útica, las principales ciudades de la Byzacena, Hadrumeto, Leptis, Thapso, Acholla, abandonaron a Cartago en el 149, en el momento de la última prueba. En

el caso de Útica, tal vez fuera esa su forma de expresar la envidia acumulada por una antiquísima rivalidad (Apiano, *Libyca*, 75). Pero ignoramos los motivos de las demás ciudades del Sahel. Quizás una vez alcanzada la prosperidad agrícola y artesana, desearan quedarse al margen de la tormenta que se preparaba.

Capítulo VIII

ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE: UNA IDENTIDAD CULTURAL AMBIGUA

Muy a finales del siglo IX a.C. los fenicios de Tiro llegados a África se instalaron en tierra «bárbara», en el sentido griego del término, es decir, en medio o, más bien, al margen de gentes que no hablaban su misma lengua y que no tenían el mismo nivel de cultura. Algo menos de dos siglos más tarde, los dorios llegarían a Cirene y harían prosperar, alrededor de la meseta de Barke, en los lindes del desierto y de un mundo que se había quedado en la era del neolítico, un helenismo puro de toda mezcla, cuyos exponentes más notables serán un maravilloso poeta, Píndaro, y algunas de las obras más notables de la escultura antigua. Pero nada permite establecer, ni mucho menos alimentar, una comparación entre ambas situaciones. El helenismo en la Cirenaica nunca fue más que una floreciente cabeza de puente, la más insólita extraterritorialidad de Grecia, mientras que Cartago, antes de convertirse en una potencia africana, tuvo fricciones desde el principio de su existencia con las realidades de este Mediterráneo occidental que pretendía dominar; a riesgo —para nosotros bien perceptible— de alterar muy pronto la cultura oriental y semita de que era portadora, que ya había comenzado a teñirse, antes y simultáneamente, de aportaciones locales en aquellas regiones con una fuerte personalidad cultural indígena, como en el sur de España.

Este riesgo de penetración e incluso de pérdida de identidad era tanto más grande cuanto que la cultura fenicia de origen se caracterizaba ya por una gran permeabilidad. En la propia Fenicia, las influencias llegadas de Egipto habían dejado una huella profunda, a la que se añadirían las aportaciones micénicas, y luego las griegas. La civilización que desde Tiro, pasando por Chipre, había llegado a África con los amigos de Dido ya era heterogénea o, dicho de forma más positiva, ya era rica en componentes diversos. Esta cultura mixta trasplantada siguió siendo acogedora a su contacto en Occidente con las culturas locales: indígenas y griegos en Sicilia y Cerdeña, iberos en Ibiza. Pero, como decíamos antes, hasta principios del siglo VI, por lo menos, Cartago está sobre todo

fuera de Cartago. De ahí que su identidad cultural de la época arcaica no se reduzca exclusivamente a sus aspectos propiamente cartagineses, sino que debe contarse también con esta dimensión tentacular.

ARQUITECTURA

En el ámbito de las artes mayores los fenicio-púnicos aparecen, entre Egipto y los pueblos griegos, como los parientes pobres. En efecto, la ausencia de un gran arte monumental en Cartago y, en general, entre los fenicios de Occidente es manifiesta. Pero cabe admitir que este silencio de los monumentos se debe, al menos en parte, al azar de los hallazgos y a la dificultad de valorar su importancia, sobre todo en los niveles arcaicos de sitios muy alterados por movimientos de tierras durante siglos.

Para representarnos la arquitectura púnica de esta época arcaica podemos echar mano de esta verdadera simulación que proporcionan las estelas votivas de la misma Cartago y del ámbito controlado por ella, especialmente en Cerdeña y en Motya, Sicilia. Se constatará sin sorpresas que el tipo arquitectónico de estos «cipos-naiskoi» es francamente egiptizante. Tanto si la imagen representada en el marco de la puerta es un «betilo» (o una hilera de «betilos»), con o sin el disco solar y el creciente lunar encima (fig. 170), o una representación femenina con disco (fig. 171), o un «ídolo-botella» (fig. 172), la fachada de estos templos en miniatura presenta siempre un frontón cuyo arquitrabe, a modo de dintel, está decorado con el disco solar alado, a menudo estilizado en extremo, y coronado por una cornisa con friso de *uraei* (figs. 171 y 172) o de gola egipcia (fig. 170). La permanencia de esta referencia oriental es tal que la volvemos a encontrar en una estela del tofet de Susa del siglo III, donde el motivo del frontón, bastante degenerado, coexiste con pilastras acanaladas con capiteles de estilo corintio (fig. 173). En cuanto a la cornisa de gola egipcia (cuyo perfil evolucionó sensiblemente en su paso de este a oeste a lo largo de los siglos), seguirá siendo hasta el final de los tiempos púnicos uno de los elementos principales del arte monumental en el ámbito cartaginés: está presente en el siglo III en la gran tumba del Medracén, en el corazón de Numidia, coronando el frontón dórico (figs. 174 y 175). Figura también, algo más tarde, al vuelo de las dos plantas del mausoleo de Dougga.

Conviene que nos detengamos un momento en esta tumba de Dougga, el único gran monumento de arquitectura púnica todavía en pie en suelo tunecino (C. Poinssot, 1958, p. 59), conservado gracias a la paciente restauración realizada a principios de siglo bajo la dirección de L. Poinssot, en concepto de reparación por el acto de vandalismo cometido a mediados del siglo pasado por el cónsul inglés en Túnez, que demolió el mausoleo casi por completo con el fin de hacerse con la inscripción bilingüe, libia y púnica, que daba fama al monumento. Gracias a este texto, hoy en el Museo Británico, se ha podido realizar un primer desciframiento de la escritura de los antiguos númidas. Nos dice que el mausoleo fue construido para un jefe indígena, Atban, posiblemente poco



FIGURA 170. Cartago, cipo del tofet (siglo V).



FIGURA 171. Sulcis, tofet (siglos VI-V).



FIGURA 172. Cipo de Nora.

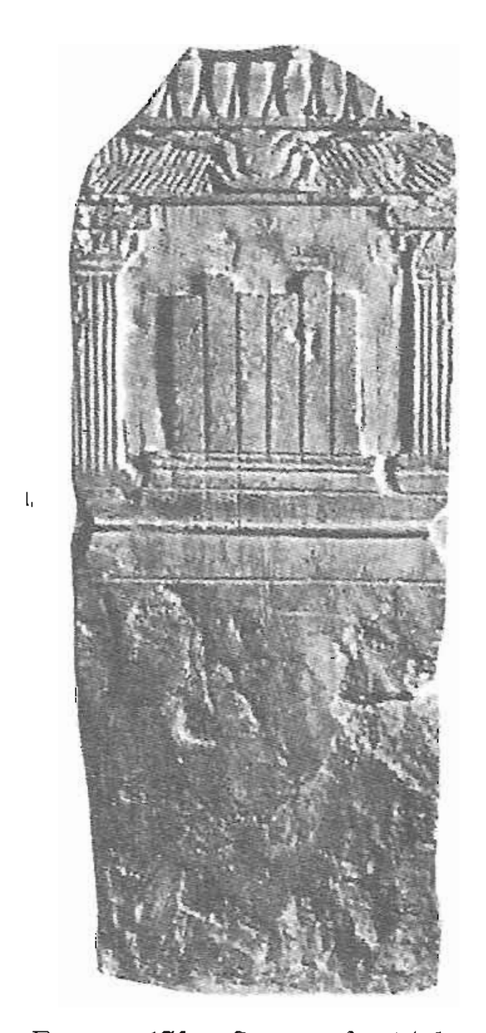


FIGURA 173. Susa, tofet (siglo III).

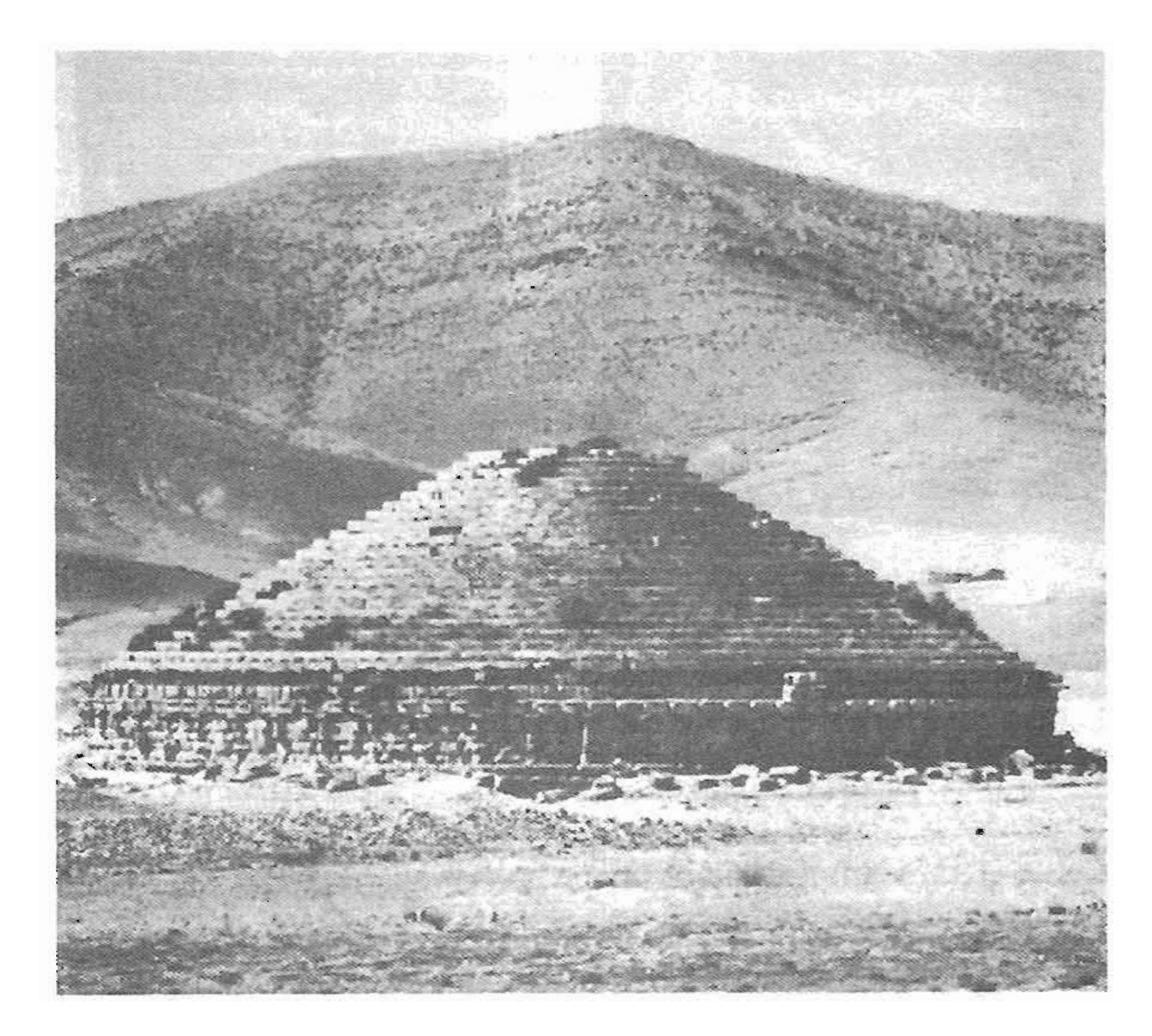


FIGURA 174. El Medracén, en la región argelina de Constantina. Se distingue, a la derecha, de perfil, la gola egipcia de la cornisa.

antes del reinado de Masinisa (finales del siglo III, principios del II). Pero la inscripción da también el nombre del maestro de obras, un cartaginés, a la cabeza de un equipo de obreros númidas.

En sí mismo, el mausoleo de tres plantas de Dougga resume perfectamente este sincretismo greco-egipcio que suele caracterizar lo que ha quedado del arte monumental de Cartago, desde la época clásica hasta la helenística (fig. 176). La planta inferior, que descansa sobre un podio de cinco gradas, está decorada en sus esquinas por pilastras con capiteles eólicos decorados con flores de loto. La segunda planta, asentada sobre tres gradas, presenta un decorado de columnas jónicas acanaladas, que soportan un arquitrabe a su vez coronado por una cornisa de gola egipcia. La tercera planta está flanqueada en sus cuatro esquinas por pedestales, encima de los cuales había unos jinetes. Las pilastras de las esquinas presentan capiteles decorados con flores de loto y aguantan, como en la segunda planta, un frontón con una cornisa de gola egipcia. A cada lado, en la primera hilera, un bajorrelieve que representa una cuádriga. El conjunto aparece coronado por una pirámide flanqueada en sus esquinas por esta-

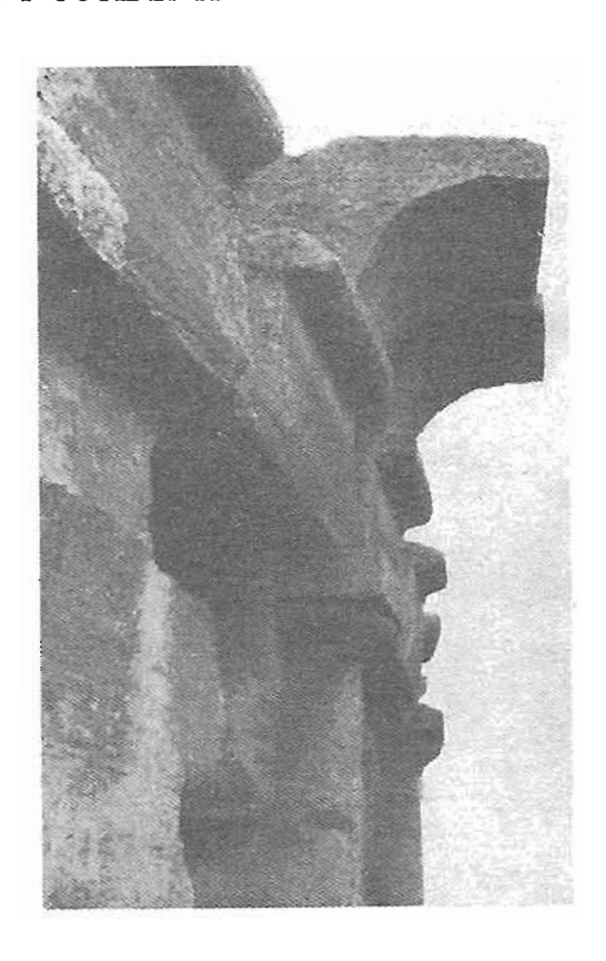


FIGURA 175. El Medracén. Detalle de los capiteles dóricos, del arquitrabe y de la cornisa de gola egipcia.

tuas mutiladas de sirenas. La impresión dominante procede de esta yuxtaposición de motivos del arte griego arcaico (jinetes, cuádrigas, sirenas) enmarcados en una estructura arquitectónica (el mausoleo-torre) de origen oriental, que conoció en África una hermosa posteridad en época romana. Pero lo más bello de este arte compuesto pertenece al periodo de los reinos númidas (siglos III al II a.n.e.), con realizaciones muy diferentes en Dougga y en Medracén, fruto del encuentro en tierras africanas entre un poder despótico de tipo oriental y el arte griego (F. Coarelli y Y. Thébert, 1988, pp. 761-818).

Estos testimonios de la arquitectura funeraria del ámbito púnico han podido conservarse gracias a su lejanía de las grandes aglomeraciones urbanas. Es posible que puedan descubrirse otros, pero destruidos y reducidos a la planimetría de su base, como el mausoleo de Henchir-Bourgou, en Djerba, recientemente excavado, notable por su trazado hexagonal, con caras alternativamente planas y cóncavas (J. Akkari-Weriemmi, 1985, pp. 189-196). Por suerte en Tripolitania, en Sabratha, en el territorio de la actual Libia, el hallazgo de suficientes fragmentos arquitectónicos ha permitido la reconstrucción de un monumento, más bien conmemorativo que funerario, cuya planta se asemeja tanto a la del mausoleo de Siga (Beni Rhenane) en el Oranesado, como a la de Henchir-Bourgou. Pero su parecido con el monumento de Djerba es menos patente debido al mayor desarrollo de sus caras cóncavas, lo que da al edificio mayor elegancia, que se ve acentuada por su posición en un podio alto de seis gradas (fig. 177). El «mausoleo B» de Sabratha, que se fecha a principios del siglo

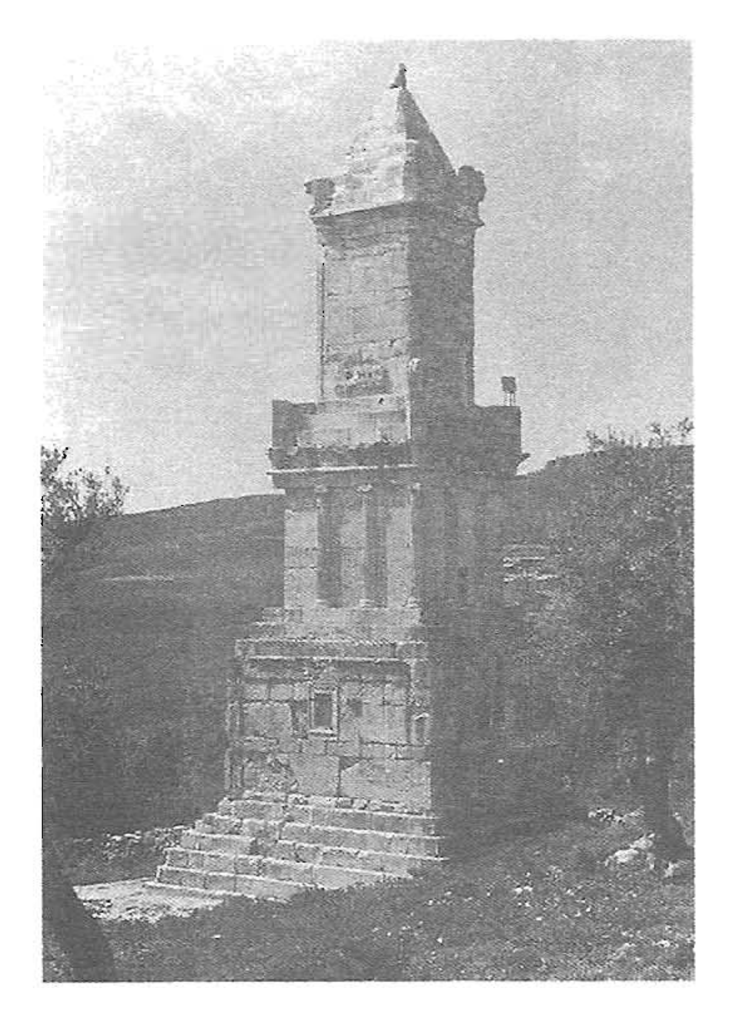


FIGURA 176. El mausoleo libio-púnico de Dougga.

II a.n.e., confirma en su arquitectura la influencia del helenismo alejandrino en la región de las Sirtes (A. di Vita, 1976, pp. 273-286). El gusto púnico está sin embargo muy presente en la rica decoración esculpida, que adopta motivos tanto de Oriente como del arcaísmo griego, con una profusión algo pesada y barroca que se salva gracias a la elegancia del conjunto y a la esbeltez del monumento.

En la misma Cartago y en su *hinterland* más próximo, es también la época helenística la que proporciona más testimonios de las realizaciones locales. A falta de edificios íntegros, sus restos evidencian las opciones relativas a su decoración arquitectónica. Los púnicos fueron muy eclécticos en cuanto a su opción y realización de los distintos órdenes. Sentían una especial predilección por el capitel de tipo eólico, que al parecer incorporaron a través de su versión chipriota a partir del siglo IV a.n.e. Estos capiteles en forma de voluta son habituales en la decoración de las estelas, y también en los distintos estilos de los mausoleos: por ejemplo en Dougga y en Sabratha. De Medjez el-Bab, cerca de Cartago, procede una jamba de puerta en piedra caliza decorada con una pilastra acanalada rematada con un capitel de este tipo. Podría pertenecer a un mausoleo fechable a finales del siglo III (fig. 178). La columna jónica, posiblemente también copiada inicialmente a partir de ejemplares chipriotas, desempeña asimismo un papel importante en la decoración arquitectónica de Carta-

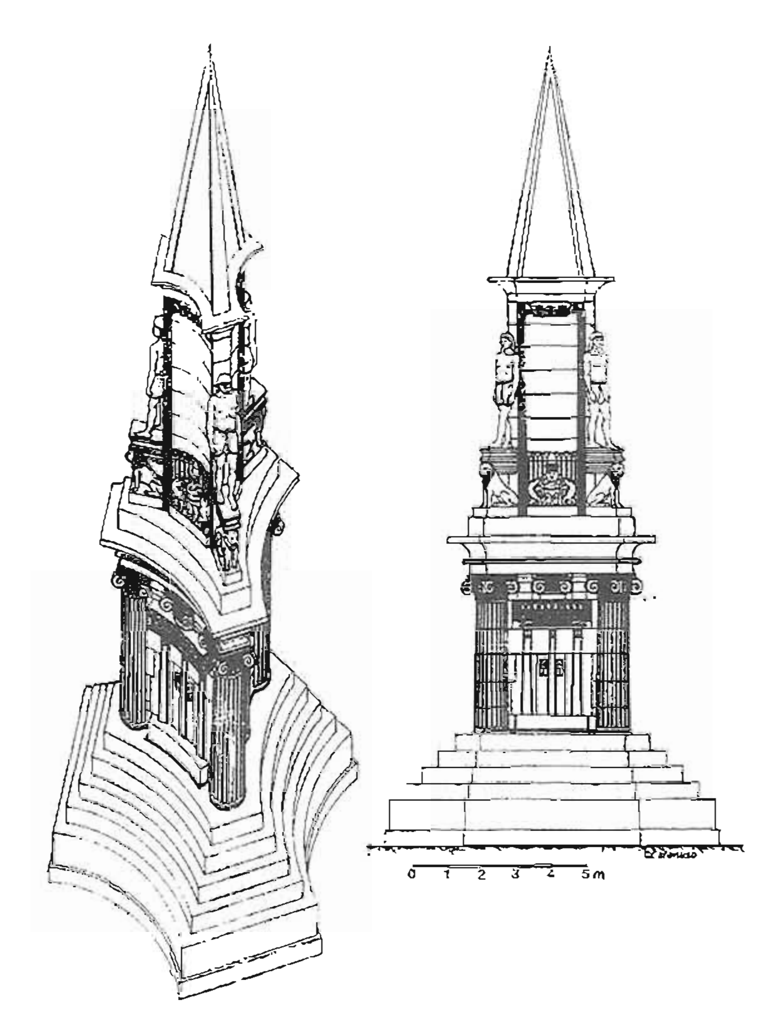


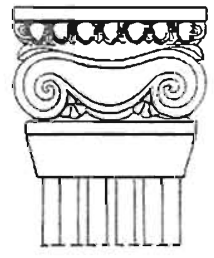
FIGURA 177. El «mausoleo B» de Sabratha, en Libia.

go a partir al menos del siglo IV. La utilización de este estilo se ha llegado a atribuir incluso a un carácter sagrado, en la medida en que aparece en cipos arquitectónicos encontrados en santuarios (A. Lézine, 1960, p. 43). De hecho en el tofet de Salambó se han descubierto cipos-pilares de sección claramente cuadrada y coronados por capiteles jónicos; uno de ellos, en caliza gris muy dura, presenta sobre las volutas del capitel un ábaco decorado con ovas y dardos (fig. 179). Una estela de este mismo tofet, bajo cuya dedicatoria encontramos como sujeto principal del registro inferior una columna de capitel jónico muy estilizado sosteniendo una esfinge, evidencia que este ornamento arquitectónico estuvo sin duda de moda en el siglo III (es la fecha que puede asignarse a esta estela) por razones tanto «estéticas» como religiosas (fig. 180). Sabemos por Apiano (*Libyca*, 96) que en la fachada de los fondeaderos para naves establecidos en el islote y en el perímetro de la dársena del puerto de guerra se levantaban columnas jónicas que imprimían al conjunto el aspecto de amplios pórticos circulares dominados por este estilo.

Un pequeño monumento encantador, tallado en un monolito de piedra caliza, que parece ser un modelo reducido de un templo dedicado a Deméter, y depositado seguramente como exvoto, resume por sí solo bastante bien no sólo



FIGURA 178. Jamba de una puerta con pilastra coronada por un capitel eólico.



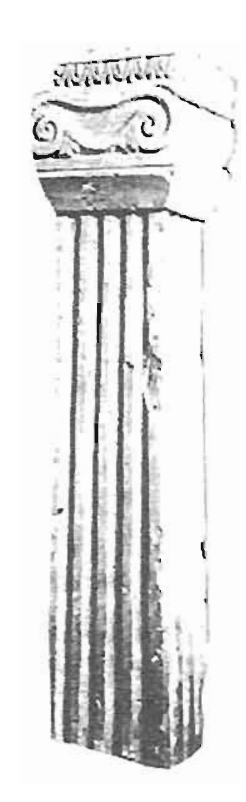


FIGURA 179. Cipo pilar con capitel jónico del tofet de Salambó.

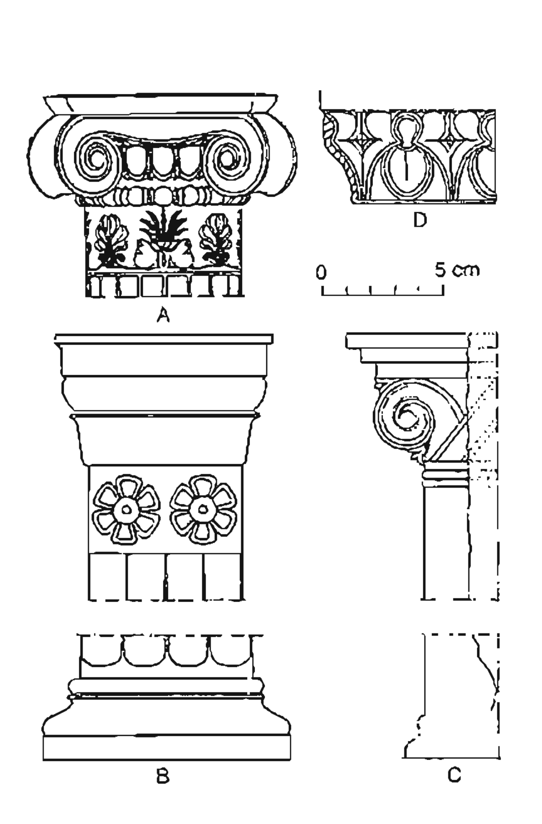
el tipo arquitectónico del templo de época púnica tardía derivado de la *naos* egiptizante (cf. *supra*, p. 201), sino también la estética dominante en decoración, en una época que se sitúa poco antes de la caída de Cartago. El «naiskos» de Thuburbo Maius (Henchir Kasbat, no lejos de Cartago) reproduce un edificio formado por una *cella* precedida de un pórtico de dos columnas, y todo el conjunto descansando sobre un zócalo (fig. 181). El frontón, bastante pesado, incluye, de arriba abajo, una gola terminal donde se reconoce la gola egip-



FIGURA 180. Estela del tofet de Cartago.

cia, una línea de perlas y volutas, una hilera de ovas y dardos, un talón decorado con palmetas invertidas y, finalmente, una hilera de dentículos. A destacar la calidad de los capiteles de las columnas jónicas del porche bajo la cornisa, sobre todo el tratamiento de los collarinos, decorados con palmetas de siete ramas y separados de los capiteles propiamente dichos por un rosario de perlas y volutas. Detrás del pórtico, la fachada de la *cella* aparece calada en profundidad en forma de nicho flanqueado por dos pilastras y coronado con un frontón, donde luchan dos delfines bajo una flor; un bajorrelieve que representa un verraco decora el basamento del nicho. Los capiteles de las pilastras que lo flanquean destacan por sus collarinos decorados con rosetas de seis pétalos, mientras que en los capiteles de las pilastras a ambos extremos de las fachadas laterales reaparece el orden eólico (fig. 181).

Los monumentos o fragmentos que acabamos de mencionar no son de mármol, sino de gres o de piedra caliza. Lo que no resulta nada sorprendente. Ni



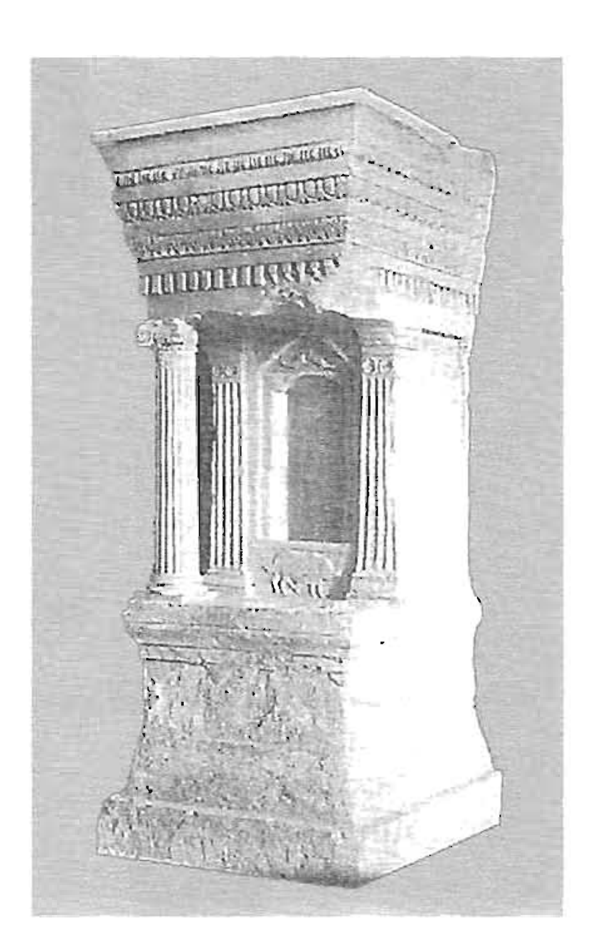


FIGURA 181. El naiskos de Thuburbo Maius, fotografiado a la derecha antes de la restauración de una columna. A la izquierda, detalle del modelado de la cornisa.

en la misma Roma se trabajaría el mármol antes de la segunda mitad de siglo II a.n.e., y para entonces Cartago ya había dejado de existir. De todas formas, en el caso excepcional de que se hubiera utilizado el mármol en la construcción de un edificio público o religioso, ¿cómo habría podido subsistir en una ciudad donde todo lo que no fue saqueado durante la caída fue reutilizado después o calcinado en los hornos de cal? Veremos más adelante que los mármoles que se han conservado proceden de los sarcófagos profundamente enterrados bajo tierra y preservados así hasta las excavaciones de finales del siglo pasado. Por lo que se refiere a sus obras monumentales (murallas, templos e incluso casas), los cartagineses recurrieron sobre todo al gres de los acantilados de El-Haouaria del extremo sur del cabo Bon, que explotaron desde el siglo VII por lo menos. Se compensó el relativo alejamiento de estos lugares de extracción, situados a la orilla del mar, mediante un cómodo sistema de transporte por vía marítima a lo largo de toda la costa. El material suministrado por estas canteras, aunque de talla y de aserradura fácil, era rústico y frágil si la superficie expuesta no se revocaba previamente. De ahí tal vez que los púnicos fueran hábiles estucadores.

Citaremos como ejemplo de esa habilidad un anta que parece tallada en espesor para ser utilizada como cipo funerario, y que constituyó uno de los pri-

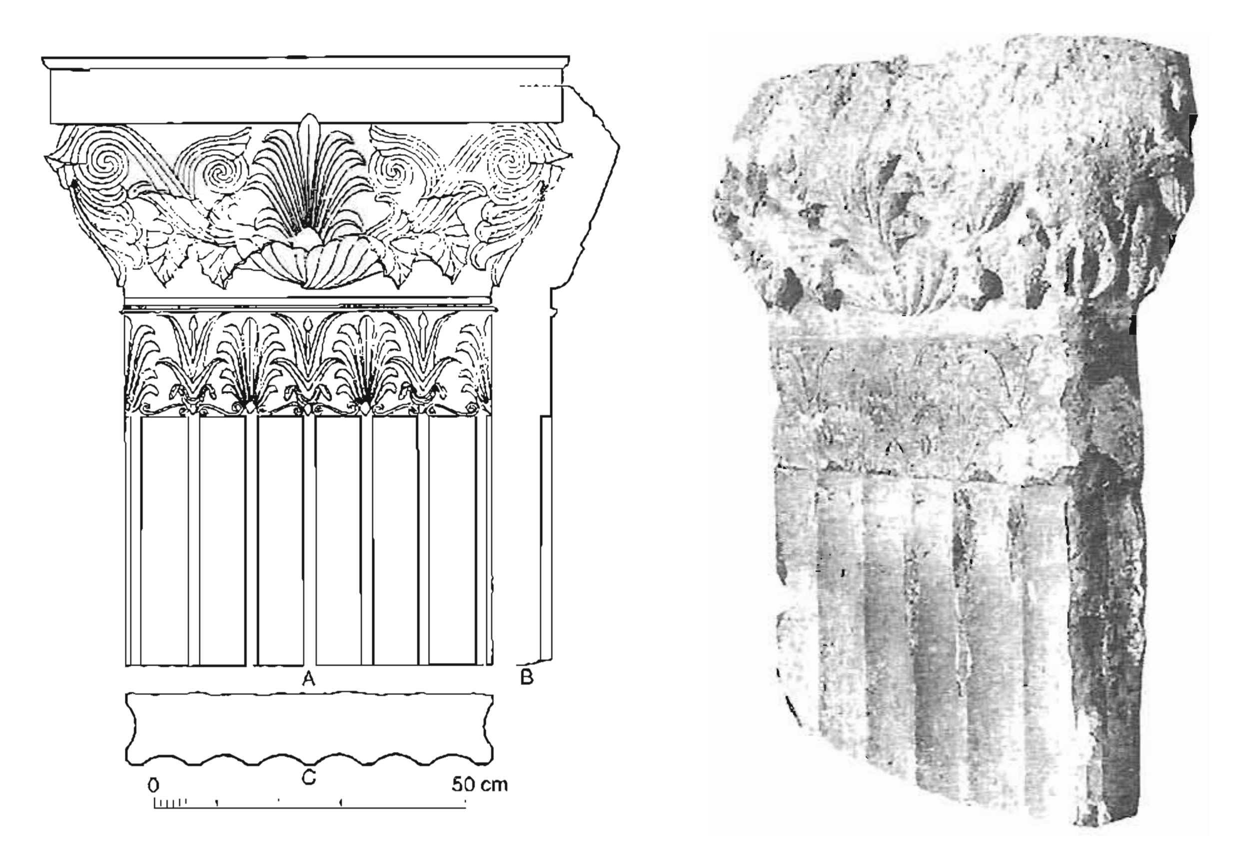


FIGURA 182. Pilastra de anta procedente de las excavaciones del tofet de Cartago.

meros hallazgos de las excavaciones del tofet de Salambó, en 1922. Los ornamentos de estuco aplicados al gres de El-Haouaria han sufrido mucho, pero la observación minuciosa de A. Lézine permitió reconstruir una decoración muy hermosa, con una exuberancia barroca que sugiere una influencia de la Sicilia helenística en este fragmento fechable sin duda a principios del siglo III a.n.e. (fig. 182). Encima del fuste surcado de acanaladuras jónicas, el collarino presenta un friso decorado de florones y palmetas unidos en su parte inferior por volutas; hace años todavía podían distinguirse en algunos lugares las huellas de una «pintura» roja que pudo ser el «asiento» de un laminado dorado. Mientras que en el collarino el estucador había intervenido sólo sobre una superficie de gres lisa, en el capitel la decoración había sido primero dibujada en la piedra y sólo luego precisada mediante la aplicación del estuco; en él puede verse una palmeta asomando entre un ramo de acantos cuya composición se extiende por todo el capitel. Esta pilastra pudo pertenecer a un templo próstilo de orden jónico, formando un relieve en un extremo de uno de los muros de la *cella* (A. Lézine, 1960, pp. 79-84).

Es curioso que los púnicos utilizaran poco, y tardíamente, el orden dórico, que sin embargo conocían de antiguo en Sicilia, donde este orden se había impuesto desde finales del siglo VI. Lo vimos ya en el Medracén, con sus capiteles dóricos sosteniendo los arquitrabes acabados en cornisas de gola egipcia (fig. 175). Algo más tarde, hacia finales del siglo II, vuelve a aparecer en columnas de fuste liso en el monumento funerario conocido como la Souma del Kroub,

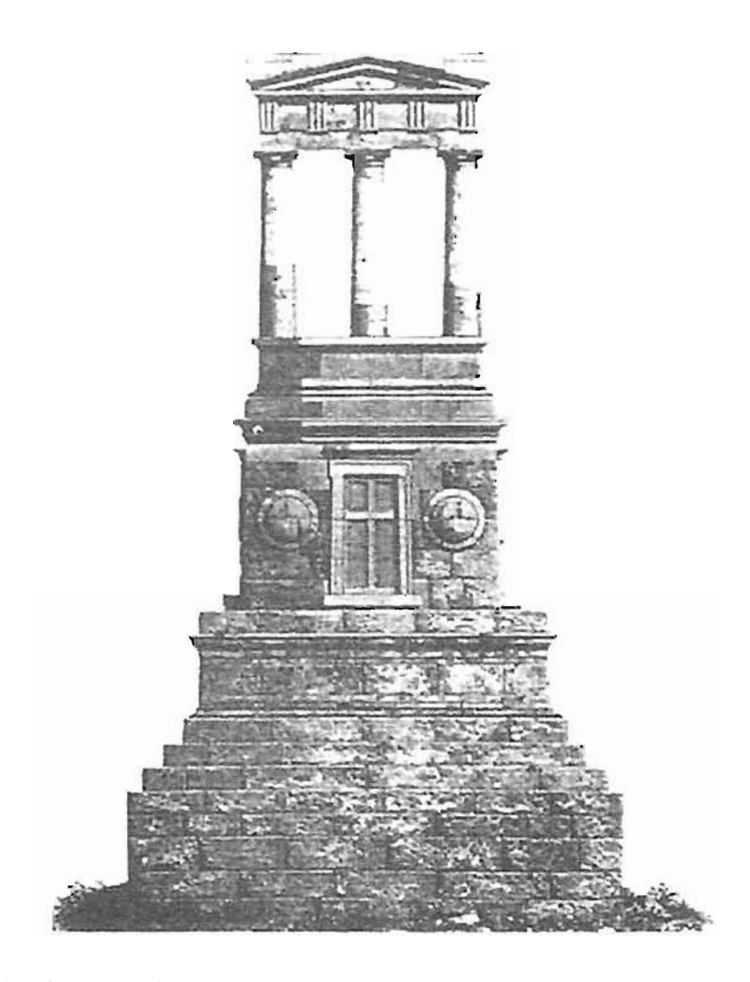


FIGURA 183. La Souma del Kroub. Descubierta por Ravoisié en el siglo XIX. ¿Falta tal vez un piramidión terminal?

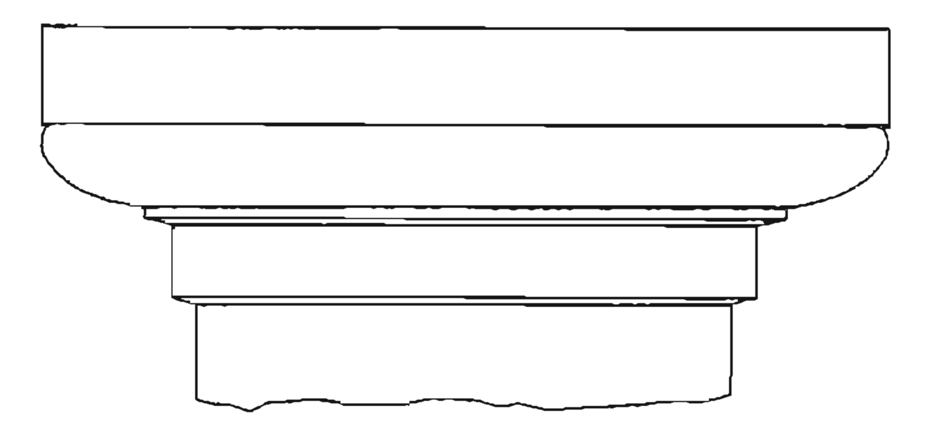


FIGURA 184. Uno de los capiteles del tholos del segundo piso de la Souma.

cerca de Constantina (figs. 183 y 184). En la propia Cartago, el capitel dórico más antiguo no parece fechable más allá de principios del siglo III. Es la fecha que se suele atribuir al capitel descubierto por Ch. Saumagne en sus excavaciones de Bordj Djedid. A destacar que el equino, bastante destacado, aparece unido al fuste por tres astrágalos, floritura que nos aleja de la tradición dórica más pura (fig. 185). El fuste mismo presenta concretamente unas acanaladuras que son en realidad jónicas, con aristas abatidas que preservan un listel bastante



FIGURA 185. Capitel dórico de Bordj Djedid.

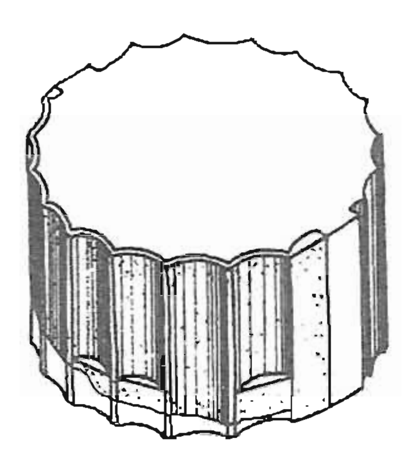


FIGURA 186. Columna estucada de Byrsa.

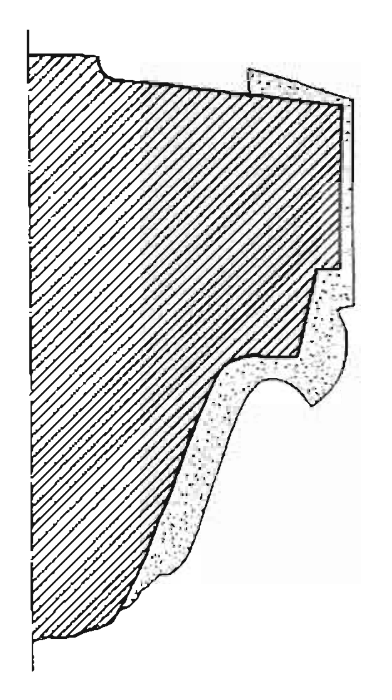


FIGURA 187. Capitel de pilastra en curva, en Byrsa.

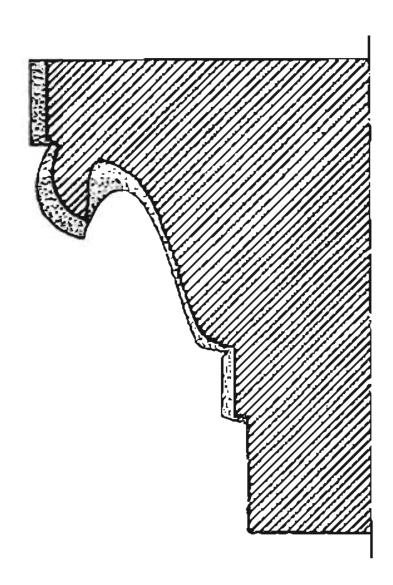


FIGURA 188. Cornisa curva. Excavaciones de Byrsa.

ancho según una mezcla de géneros no exenta de paralelos en la época helenística. Las recientes excavaciones llevadas a cabo en Cartago en los niveles correspondientes a esta época han incrementado de forma considerable las atestaciones del recurso a este orden en la propia metrópoli púnica. Recientemente F. Rakob, en un sondeo practicado bajo los niveles del *cardo* XIII romano, ha descubierto un capitel de perfil muy próximo al de Bordj Djedid (F. Rakob, 1989, p. 168).

El análisis de varios fragmentos descubiertos en el barrio tardío de la colina de Byrsa nos informa sobre las técnicas utilizadas sobre todo en la configuración de las columnas. Las acanaladuras practicadas primero en el fuste de gres dejaban las aristas vivas que luego se abatían mediante la aplicación de dos

capas de estuco, modelando un listel bastante más estrecho que el del fuste del capitel Saumagne (fig. 186). Este orden dórico se asocia, en las excavaciones de Byrsa, a unas cornisas curvas extremadamente escasas en el ámbito cartaginés hasta estos últimos años. Se observa aquí también la combinación de dos técnicas (figs. 187 y 188), la primera consistente en tallar ya en el gres un relieve pronunciado y muy agudo que el estucador reproducirá luego suavizando las curvas, la segunda dejando para el estucador toda la tarea de modelar la curva sobre un bloque de gres tan sólo perfilado poco antes (J. P. Morel, 1982a, p. 184).

Con módulos más restringidos, los arquitectos púnicos recurrieron asimismo al orden dórico para acondicionar los interiores de las casas de Byrsa, como demuestra el fragmento de media-columna de fuste liso trabajada en gres de El-Haouaria revestida con dos capas de estuco (fig. 189): primero una capa de apresto de 15 a 20 mm de espesor, luego una epidermis muy fina y homogénea de un espesor de 3 a 5 mm. Bajo el ábaco, el equino está unido al fuste por un collarino cuya curva aparece destacada por dos filetes (S. Lancel, 1979, p. 195).

El dominio de los estucadores cartagineses se revela también en los estucos arquitectónicos a molde dispuestos en aplique para la decoración interior de la parte superior de las paredes. Encontramos la *koiné* ornamental de época helenística (sucesión de hileras de palmetas invertidas, perlas y volutas, ovas y dardos, dentículos, rosetas), realzada gracias a una policromía en la que dominan el azul, el amarillo y el rosa (fig. 190).

ESCULTURA

Con los altos muros blancos de su muralla marítima golpeada por las olas, con su estuco brillando al sol, y con sus casas dispuestas en terrazas escalonadas hasta la cima de las colinas, Cartago debía de parecer a cuantos llegaran a ella por mar una ciudad magnífica. Al igual que todas las metrópolis opulentas del mundo mediterráneo, encerraba en sus pórticos, en sus templos, y en sus casas más ricas tesoros en obras de arte, sobre todo esculturas. No se trata de una simple hipótesis. Tras la conquista de la ciudad en la primavera del 146 a.C., Escipión llevó a Roma e hizo constar en el haber de su triunfo gran cantidad de estatuas y objetos de arte que los cartagineses, dice Apiano, habían traído de todo el mundo durante su prolongado periodo de victorias (*Libyca*, 135). El general romano invitó muy especialmente a los sicilianos para que vinieran a identificar y recuperar todo lo que los cartagineses les habían confiscado en Himera, Agrigento, Gela y Segesta, especialmente las estatuas, entre ellas el famoso toro de bronce fabricado para Falaris de Agrigento (Cicerón, *De signis*, 72-73). Así sabemos que los cartagineses habían convertido su ciudad en un vasto museo, lo que dice mucho en favor de su gusto y de su propia creatividad. Hay muchas posibilidades, efectivamente, de encontrar en ella, al igual que en el ámbito de la arquitectura, en primer lugar, un movimiento de oscilación entre Oriente y Occidente, y luego, la misma fuerte atracción ejercida por las culturas del mundo clásico.

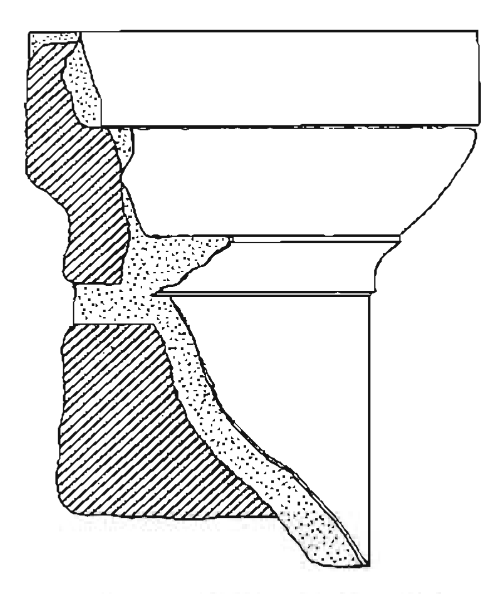


FIGURA 189. Capitel de columna dórica de fuste liso. Excavaciones de Byrsa.

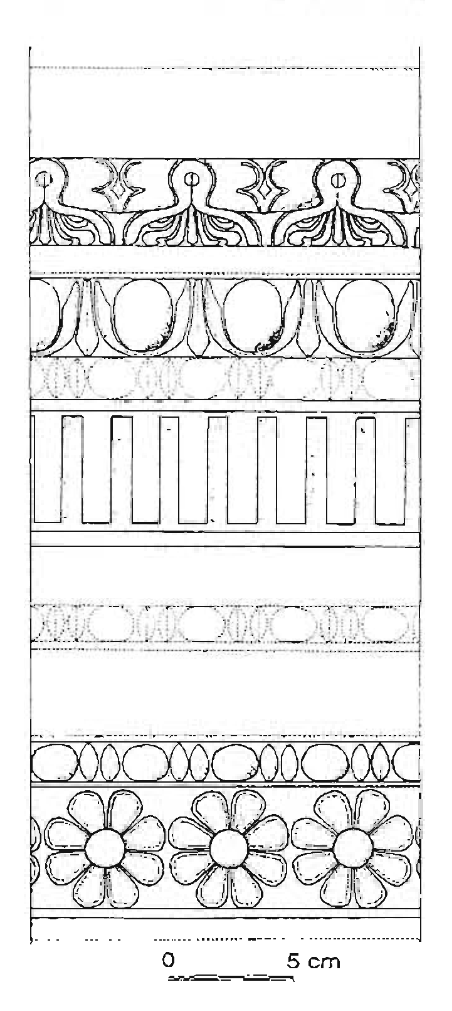


FIGURA 190. Decoración estucada y pintada del interior de las casas de Byrsa.



FIGURA 191. Torso de Marsala.

La gran escultura de los fenicios de Oriente fue sobre todo funeraria. Tenemos presentes los grandes sarcófagos antropoides de Sidón que, hasta el siglo V, fueron interpretados en un estilo claramente egiptizante. Todavía en el siglo IV la ejecución nilótica compite con la tímida helenización de las representaciones (S. Moscati, 1988, pp. 292-299). No sorprende, por tanto, encontrar tapaderas de sarcófagos antropoides muy antiguas (siglo V) en la provincia de los fenicios de Occidente, donde la tradición semita se conservó con mayor fidelidad: hechos de alabastro, los sarcófagos de Cádiz (Gades) representan a las figuras yacentes con rasgos «griegos», pero con esa notable rigidez de los monumentos orientales.

En Sicilia occidental, la situación era diferente. Como es sabido, los púnicos se instalaron allí muy pronto, pero esta vez en contacto con otra tradición, fuertemente implantada en la isla desde el siglo VII, la de la estética griega. Es lógico, pues, que el informe siciliano presente una especial riqueza y que, paralelamente, muchos especialistas se nieguen a situarlo en una perspectiva púnica. Y sin embargo, muchos de los fragmentos de escultura descubiertos en la región y realizados en altorrelieve guardan una relación directa con el estilo figurativo de las producciones de la misma Fenicia. Por ejemplo, un torso de piedra descubierto en la «albufera» de Marsala (probablemente originario de Motya) recuerda, salvo por la desnudez del pecho, una estatua egiptizante de Tiro conservada en el museo de Beirut, que se fecha en el siglo VIII; la estatua de Marsala (conservada en el museo de Palermo) lleva, como el ejemplar de Tiro,



FIGURA 192. Divinidad sentada en un trono entre dos esfinges. Pizzo Cannita.

un taparrabo típicamente oriental, que confirma la fidelidad, en la Motya del siglo VI, hacia unos cánones de representación completamente extraños al arte griego (fig. 191). También la diosa sentada en un trono entre dos esfinges, hallada en Pizzo Cannita e igualmente conservada en el museo de Palermo, hace claramente referencia a un tipo iconográfico oriental, aun cuando el tratamiento de la túnica sugiera una influencia jónica (fig. 192).

El encuentro más espectacular entre la cultura oriental de los púnicos y el arte griego se materializa en el hallazgo, realizado en Motya en 1979, de un «efebo» que, apenas sacado de la tierra que lo había conservado milagrosamente, suscitó interrogantes y comentarios. Nada tan insólito y al mismo tiempo tan bello. La estatua, de un joven, era mayor que el tamaño natural (1,80 m sin los pies, que faltaban). Los brazos habían desaparecido, pero al menos el gesto del brazo izquierdo puede reconstruirse con cierta facilidad, gracias a que la mano con los dedos separados se apoya en la cadera, subrayando con ello el movimiento mismo de esta cadera izquierda que aguanta el peso del cuerpo. El rostro, con el cabello rizado sobre la frente —un rasgo arcaizante— pertenece al estilo «severo» de principios del siglo V griego, que es la fecha que cabe retener —o como mucho a mediados del siglo V— para este mármol. Los remaches sobre el cráneo indican que en la cabeza pudo llevar una diadema o una corona, seguramente de bronce dorado. Pero la principal característica de

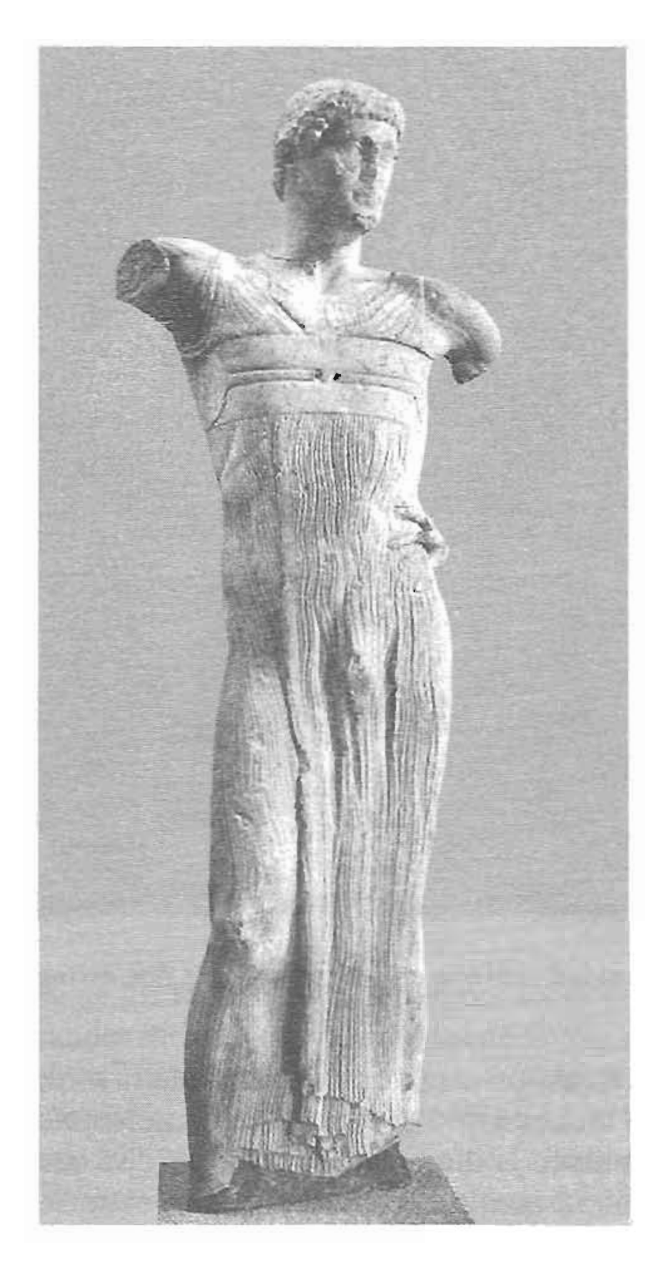


FIGURA 193. El «efebo de Motya».

esta efigie y de su enigmática belleza radica en el vestido del joven, que sustituye a la habitual «desnudez heroica» del arte griego clásico: una túnica muy fina, con largos pliegues fluidos que desnudan más que visten un cuerpo de hecho revelado de forma muy precisa, cuya libertad de movimiento sólo se ve limitada por ese extraño cinturón pectoral, a la altura de las axilas, y que se cerraba por delante con una hebilla de metal hoy perdida (fig. 193). Este último detalle —el cinturón— sugirió que el personaje podía ser un auriga. Pero el célebre auriga de Delfos lo lleva más bajo en un *quitón* muy distinto, y las actitudes de uno y otro excluyen toda posible asimilación. Con todo, a tenor de las observaciones de uno de los primeros y más autorizados analistas, no habría que salirse del marco de un circo o de las carreras de caballos para comprender esta asombrosa figura. Si no es un auriga, la estatua sería la imagen idealizada del

«editor» de los juegos, un miembro de la juventud dorada de Motya, representado aquí tras el triunfo conseguido en la arena no por él, sino por su auriga (V. Tusa, 1986, pp. 143-152).

Esta juventud resplandeciente del sujeto limita, en efecto, el campo de las hipótesis. Quizás permita explorar otra pista, abierta desde el momento en que decidimos reconocer en la larga túnica plisada un vestido ritual, la túnica de lino blanco ceñida por una tira muy ancha, sin duda de color púrpura, que llevaban los sacerdotes de Heracles-Melqart en Gades, según Silio Itálico (*Punica*, III, 24-28). De todos modos, bajo esta túnica sacerdotal no cabría ver un sacerdote, sino al mismísimo dios, más o menos disfrazado, como un prototipo del «Hércules travestido» (G. Falsone, 1987, pp. 420-427). Hipótesis ingeniosa y atractiva que, sin conocerla, haría suya poco después, atraído por otras vías, uno de los mejores conocedores del Mediterráneo eterno (D. Fernandez, 1988, pp. 348-353). ¿Es posible que esa «inquietante ambigüedad» del efebo de Motya, según Dominique Fernandez, explique el desconocimiento del gran público, a la vista de la rápida celebridad alcanzada por los machos guerreros de bronce repescados hace algunos años en Riace? Tal vez, pero sólo si recordamos que esta ambigüedad es ante todo cultural. La mano que esculpió el mármol de Motya con esta trémula sensibilidad es griega: se ha pensado en Pitágoras de Rhegion, activo en la Magna Grecia durante la primera mitad del siglo V. Pero la ropa, esa larga túnica plisada de origen oriental, es púnica, como lo es también el personaje en una ciudad entonces controlada por Cartago, representado con este vestido, hombre o dios, o acaso también un personaje real: hace poco se propuso ver en él a Amílcar, el vencido de Himera (G. Ch. Picard, 1991, pp. 390-391). De ahí se infiere una pérdida de las referencias habituales, fuente de incomodidad intelectual y estética, cosa frecuente en situaciones de contacto cultural como es el caso de todos los fenicios de Occidente. En este sentido, el efebo de Motya tiene un valor emblemático.

Un descubrimiento así ¿sería imaginable en Cartago? Posiblemente no, por razones que ya se han mencionado. Al saqueo o a las «recuperaciones» de Escipión siguieron al filo de los siglos tantos otros saqueos que la exhumación de un mármol como el de Motya sería puro milagro. Que la escultura cartaginesa que conocemos sea funeraria obedece a esta doble situación histórica y arqueológica. La tradición de los sarcófagos con tapa se mantuvo en la metrópoli púnica hasta la época helenística y algunas se conservaron en las profundidades de los hipogeos: concretamente en la necrópolis llamada de Sainte-Monique, en la actual colina de Saida, al norte de la ciudad, donde el padre Delattre descubrió dos sarcófagos de mármol —ahora en el museo de Cartago— que evidenciaban las modificaciones sufridas a partir del modelo oriental. Sobre un techo de dos vertientes con acrotera, de tipo griego, aparecen representados en altorrelieve no dos «yacentes», sino dos «estatuas» acostadas, cuyos pies reposan en una peana.

Una de ellas, con un relieve muy marcado, es una mujer cuya vestimenta manifiesta un sincretismo singular (figs. 194 y 195). La cabeza está cubierta con un velo a ambos lados del rostro —un poco a la manera de un *klaft*— a su



FIGURA 194. La necrópolis denominada de Sainte-Monique. Sarcófago «de la sacerdotisa». Museo Nacional de Cartago.



FIGURA 195. El sarcófago «de la sacerdotisa», detalle.

vez coronado por una cabeza de halcón; la larga túnica plisada, ceñida muy alto y ornada alrededor del cuello con una especie de égida, está envuelta por dos grandes alas plegadas una sobre la otra ciñendo la parte baja del cuerpo como una funda; el brazo derecho extendido hacia abajo sostiene una paloma, y la mano izquierda, semicerrada, un vaso para perfumes. Elementos egiptizantes (el halcón, las alas cruzadas típicas de la iconografía de Isis-Nephthys) se superponen así a una representación basada en el modelo helenístico, sobre todo por lo que se refiere a la configuración del rostro. El mármol de esta elegante figura (se ha querido ver en ella una sacerdotisa, pero podría ser una imagen de Tanit) estaba pintado, y en las alas pueden verse todavía restos evidentes de estos realces de color.

El personaje que se erige a su lado en el museo de Cartago es un hombre barbudo, imbuido en un vestido largo, y representado según un tipo iconográ-



FIGURA 196. Necrópolis de Sainte-Monique. Sarcófago llamado «del sacerdote». Museo Nacional de Cartago.

fico muy repetido: el brazo izquierdo doblado sostiene con la mano una copa, en un gesto similar al de la «sacerdotisa», y la mano derecha está levantada, la palma extendida hacia adelante, no para «bendecir», como se ha dicho a veces, sino en una actitud de oración (fig. 196). ¿Se trata de un sacerdote o de un magistrado, como creyó el padre Delattre al ver en la riqueza de esta necrópolis, fechada en los últimos tiempos de la ciudad, tumbas de notables (la «necrópolis de los rabs»)?

La ejecución «griega» de esta tapa de sarcófago contrasta con la de una tapa de osario de piedra caliza descubierta en el mismo sitio funerario (fig. 197). El mismo mármol, el mismo ropaje, los mismos gestos en ambas manos; pero el personaje cuya cabeza descansa sobre lo que parecen ser dos grandes cojines



FIGURA 197. Necrópolis de Sainte-Monique. Tapa del osario del Sarcófago de Baalshillek.

está representado en relieve liso, como en las estelas, y de una manera mucho más próxima a la tradición oriental.

Estas diferencias de ejecución y de materia prima han inspirado a veces comentarios tajantes. Para St. Gsell, por ejemplo —y más tarde para J. Carcopino— sólo una mano griega pudo tallar y esculpir las dos tapas de mármol en altorrelieve. Si no se importaron ya acabadas, como mucho, fueron obra de griegos establecidos en Cartago, que trabajaban a destajo el mármol procedente del Egeo para complacer a su clientela. ¿Se conoce algún escultor púnico? Una base de estatua encontrada en Éfeso lleva en griego la firma de «Boeto, hijo de Apolodoro, cartaginés»: precisión sin duda necesaria para distinguir a este Boeto de otros homónimos, como el autor del famoso «niño del ánade» conservado en el museo del Capitolio, en Roma, o como el Boeto de Calcedonia, autor, algo más tarde, del grupo en bronce de la excavación submarina de Mahdia, conservado en el museo del Bardo. Para St. Gsell, no cabía duda de que este Boeto fue un griego nacido en Cartago, pero de padre griego. Pero sabemos que fuera de Cartago los púnicos solían cambiar sus nombres semitas por nombres griegos, que sonaban mejor en las relaciones de negocios. Una prácti-

ca que recuerda, al menos en su intención, la transcripción en caracteres griegos del nombre de Magón en los sellos de las ánforas.

Es cierto que el arte funerario de Cartago produjo más que nada obras poco ambiciosas, realizadas con la caliza local, que respondían menos a preocupaciones estéticas que a una actitud frente a la muerte y a los muertos. Es en este contexto que hay que situar las estatuas funerarias —de dimensiones notablemente inferiores al tamaño natural— descubiertas en las necrópolis cartaginesas de la época final (siglo III-principios del II) que, ya sean femeninas o masculinas, presentan todas ellas el mismo gesto: rígidas, incluso hieráticas, estas figuras colocadas en las tumbas levantan la mano derecha en una actitud de oración (¿o de voto?), mientras que la izquierda sostiene o bien una copa, o bien, en el caso de imágenes femeninas, un objeto que suele identificar con un disco (figs. 198 y 199). Estas representaciones se vuelven aún más esquemáticas cuando se realizan en relieve liso, en la cavidad de los nichos practicados en el espesor de estelas con frontón (fig. 200).

Estelas y bronces grabados

Hace setenta años, con absoluto desprecio hacia todo cuanto no respondiera a los cánones del arte clásico, St. Gsell despachaba tajantemente las estelas de Cartago en unas pocas líneas: «Fue evidentemente en Cartago donde se fabricaron las incontables pequeñas estelas de piedra del país, mercancía común y sin valor artístico» (St. Gsell, 1924, IV, p. 210). Actitud explicable, si tenemos en cuenta los gustos de la época. Una mayor atención a los hechos de cultura «periféricos», y una mayor sensibilidad hacia las interacciones culturales, han modificado nuestra percepción de estas «incontables pequeñas estelas». Muy difundidas a lo largo de los siglos y halladas a miles en las áreas de sacrificio, estas estelas materializan una imaginería que no es idéntica en todas las provincias del territorio púnico y que, en la misma Cartago, conoció un proceso evolutivo.

Las estelas cartaginesas de la época arcaica (finales del siglo VIII-siglo VI) son «anicónicas», por no decir abstractas. Como además son anepígrafas, su mensaje anónimo es muy abierto: la representación geométrica de un betilo o pilar sagrado, o la del «ídolo-botella», o de un rombo (fig. 201; cf. también fig. 135, *supra*). La figura humana interviene tarde, y aún muy estilizada, a veces destacada gracias a una aplicación de estuco sobre el panel de gres desbastado (fig. 201).

En la misma época, el artesanado de Motya, en Sicilia occidental, desarrolla una iconografía muy diferente, y, al decir de muchos, más fiel a los orígenes orientales, pese a la proximidad del mundo cultural griego, cuya influencia no se detectaba todavía (S. Moscati, 1988, p. 312). La figura humana, tan excepcional entonces en Cartago, está presente en todas partes, casi siempre representada de frente, con una estilización más o menos acentuada, a veces de perfil, en ademán de oración (fig. 202). La imagen es a veces francamente egipti-



FIGURA 198. Estatua funeraria de Gammarth.



FIGURA 199. Estatua funeraria femenina de Cartago.

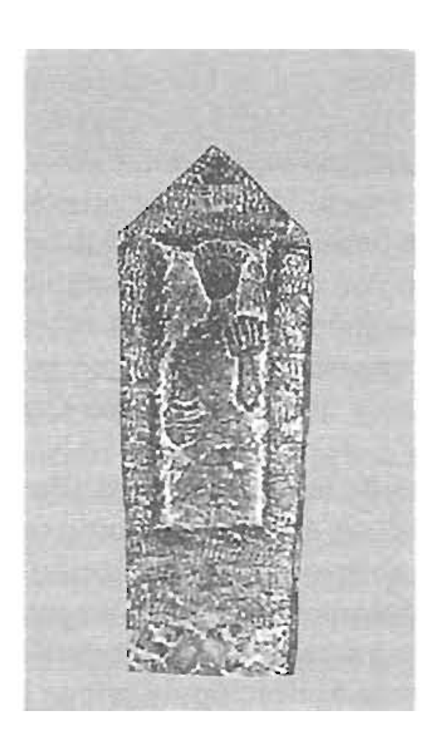


FIGURA 200. Estela funeraria de Cartago.

zante, como en el caso de esta estela doble donde ambos personajes, uno frente a otro, con taparrabo, reproducen el gesto de adoración que suele dirigirse al sol alado (fig. 203): reencontramos aquí el mismo tema de una placa de marfil recientemente descubierta en una tumba arcaica de Byrsa (cf. *supra*, fig. 48a). También está muy próximo a sus orígenes fenicios el tema de la figura femeni-

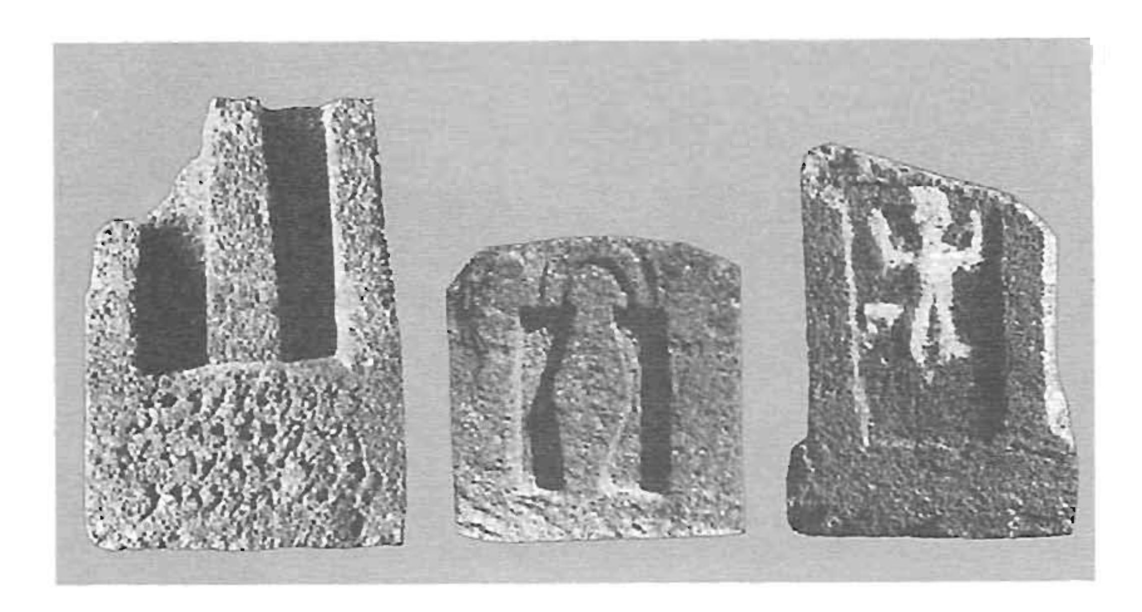


FIGURA 201. Estelas arcaicas de Cartago. A la izquierda, un betilo o pilar sagrado estilizado que, excepcionalmente en época arcaica, lleva una inscripción dedicada: «Este es el cipo MLK B'L que ha dedicado Magón, hijo de Hannón, a Ba'al Hammón» (*CIS*, 5685). En el centro, una figura romboidal, con un creciente lunar invertido encima; a la derecha, una silueta humana esquemática, estucada.

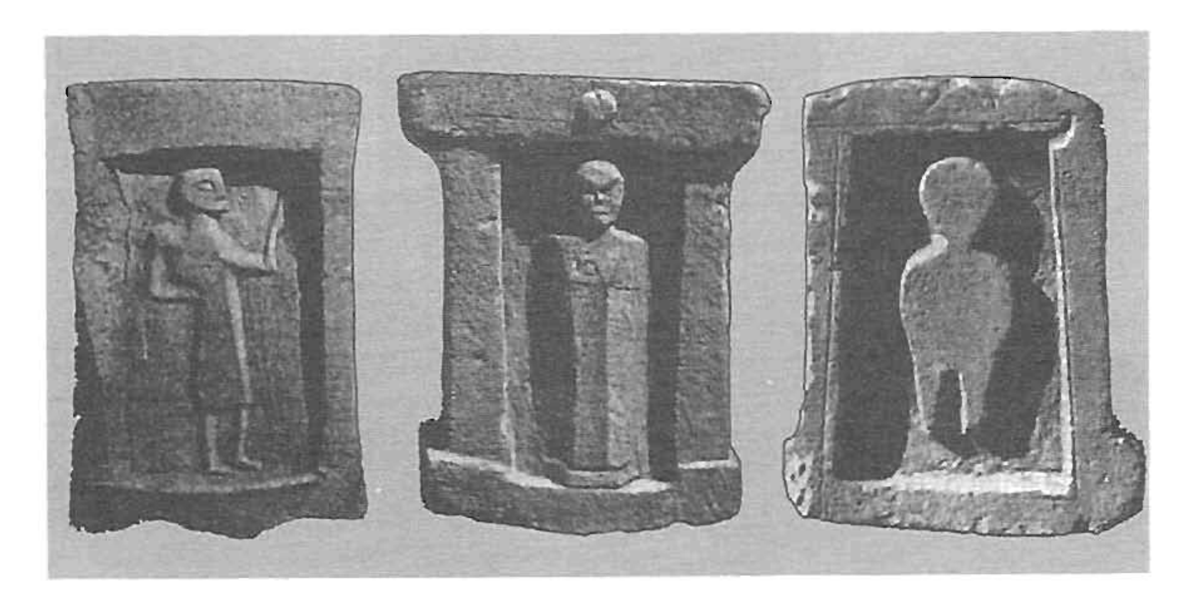


FIGURA 202. Estelas del tofet de Motya (siglo VI).

na con vestido largo, peinado egiptizante, y con ambos brazos cruzados sobre el pecho (fig. 204).

En Cartago, la evolución estilística de las estelas es muy lenta. A partir de finales del siglo VI, los cipos, todavía tallados en el gres de El-Haouaria, apenas cambian de forma, aunque son algo más elaborados. Aparecen ahora también los cipos-naiskoi, mencionados anteriormente por su relevancia para la primera arquitectura monumental de la ciudad púnica (*supra*, figs. 170-173). El «signo de Tanit» hace también su primera aparición en los cipos de gres hacia



FIGURA 203. Estela de Motya.

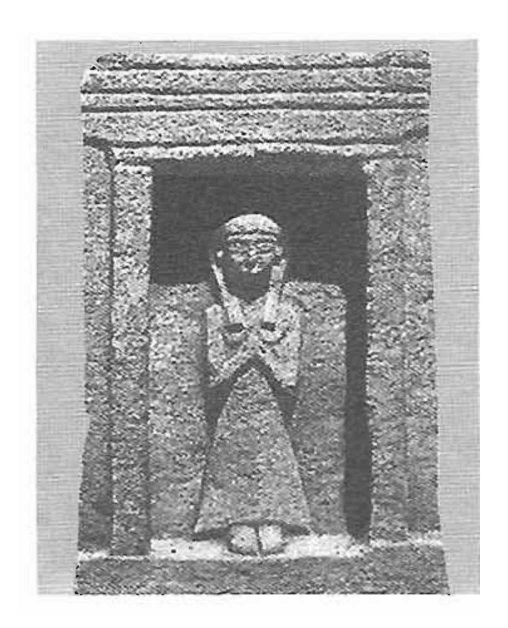


FIGURA 204. Estela de Motya.

finales del siglo V (cf. *supra*, p. 221). Pero es el paso a otro material, una caliza gris, a veces azulada, muy fina y densa, que determina, en una época difícil de precisar (¿hacia finales del siglo IV?), la aparición de una iconografía mucho más rica y diversificada (C. Picard, 1976, pp. 67-137; 1982a, pp. 18-27). El perfil de la estela helenizada presenta un frontón triangular casi siempre flanqueado de acroteras, a la manera de los pilares funerarios de tipo griego. En los ejemplares más bellos, una palmeta (ahora ya griega, no fenicia) ocupa el espacio del frontón, en alternancia con el antebrazo levantado, símbolo de plegaria (o de voto), y el «signo de Tanit» (figs. 205 a 210). La adopción del nuevo


FIGURA 205. Constantina (siglos III-II).


FIGURA 206. Cartago, siglo III.


FIGURA 207. Cartago, siglo III.


FIGURA 208. Cartago, finales del siglo III.


FIGURA 209. Cartago, siglo III.

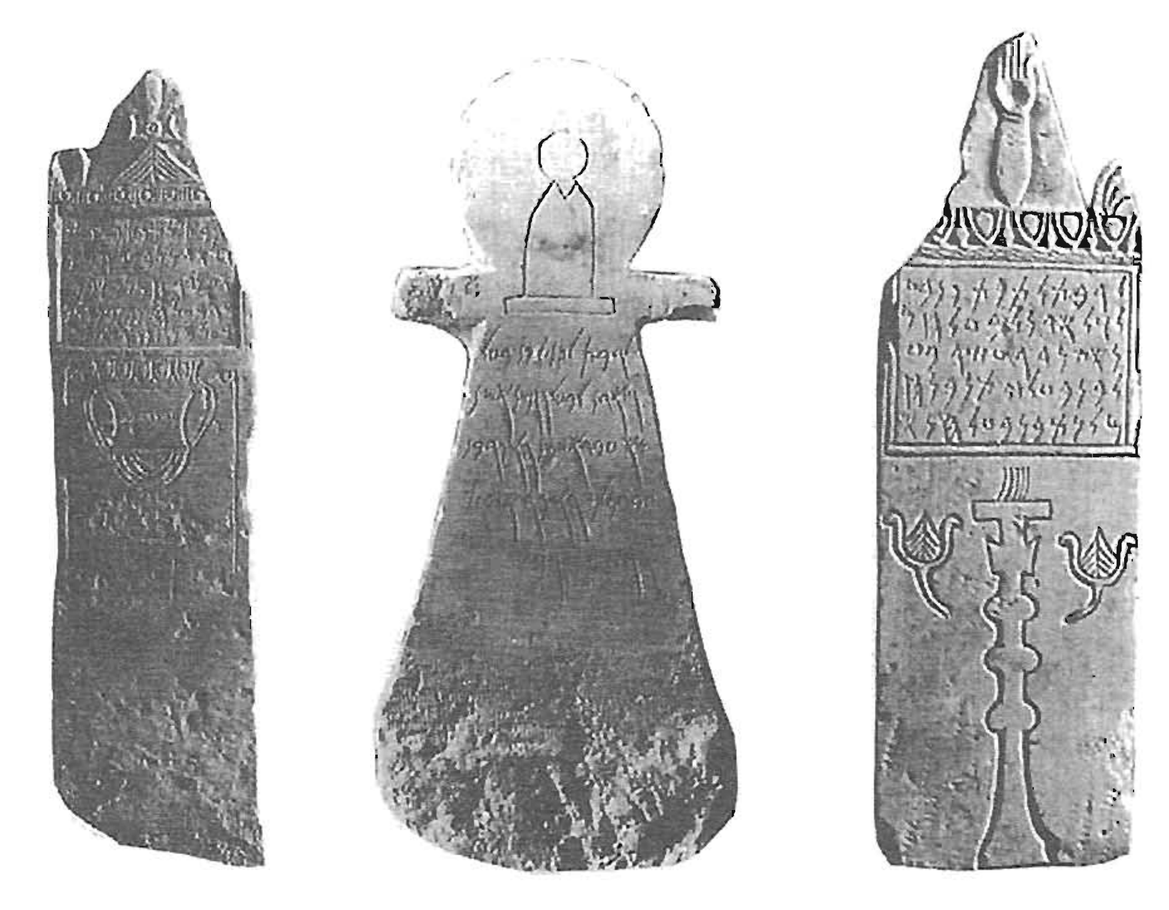


FIGURA 210. Estelas de Cartago (siglo III-principios del siglo II).

soporte permite al escultor una realización más precisa y compleja, dividida en registros separados por hileras de motivos (ovas, perlas) típicas de la decoración arquitectónica griega. En esta realización la dedicatoria suele venir grabada en una posición intermedia, el motivo ornamental principal en el registro inferior, a menudo enmarcado entre las columnas de capiteles eólicos, de moda en la metrópoli púnica, como vimos.

Para la decoración de esta parte inferior de la estela, el artesano se nutre de registros decorativos muy diversos, animales (figs. 205, 206 y 208), florales (fig. 209) o inspirados en el simbolismo religioso: caduceos, aras, candelabros (figs. 207 y 210). Excepcionalmente el perfil habitual de la estela da paso a un pequeño monumento que el artesano se las ingenia para modelar en forma de «signo de Tanit» (fig. 210). Al término de esta evolución están las estelas sin ningún relieve, cuya decoración aparece simplemente incisa en superficies lisas. No hay duda de que se trata de los elementos más bellos de un arte modesto, aunque por lo general muy elegante en la representación, por ejemplo, de una palmera estilizada rodeada de hiedra entre dos columnas eólicas, o también de una composición floral inspirada en el acanto pero de desarrollo libre, en el mismo marco arquitectónico (fig. 211).

Caso aparte es una estela, por suerte sólo mutilada en su parte superior, con el busto de un hombre joven grabado en piedra, y con una hebilla ciñendo la capa: hay que conocer la resistencia que presenta esta durísima piedra caliza





FIGURA 211. Estelas de Cartago con decoración incisa.

al estilete para apreciar debidamente la espontaneidad de este dibujo en el que no se aprecia ningún retoque (fig. 211).

Gracias a esta habilidad de los artesanos cartagineses para el grabado, conocemos también, pero ahora en bronce, la rica serie de navajas de afeitar que presentábamos al hablar de la iconografía del dios Melqart (*supra*, p. 193). Destacábamos allí, en la iconografía del dios y en la misma época, la coexistencia de rasgos orientales y de esquemas de representación evidentemente importados del arte clásico. Esta coexistencia vuelve a aparecer de forma más generalizada en la imaginería desarrollada en los motivos incisos de estas navajas de afeitar. En las tumbas de la necrópolis de Sainte-Monique, donde se han encontrado la mayoría de ellas, vemos coexistir temas bastante variados: follajes, decoraciones florales, escenas de tipo helenístico. Pero la abundancia de figuras egiptizantes o de imágenes nilóticas se explica en este caso sobre todo por la función talismática de estos objetos (C. Picard, 1967, p. 82; E. Acquaro, 1971, pp. 100-113). El grupo de navajas helenizantes forma un conjunto muy notable por su calidad de diseño y de ejecución (fig. 212). Hay quien ha atribuido una vez más esta calidad a artistas griegos establecidos en Cartago (J. Vercoutter, 1945, pp. 306-307). Pero no existe ninguna razón de peso para no atribuirlos a otras manos igualmente capaces de grabar ornamentos de esta calidad, como

afirma muy justamente un especialista de esta imaginería helenística (C. Picard, 1979, p. 108).

TERRACOTAS

Más aún que los semitas orientales, de quienes habían heredado las técnicas, los fenicios de Occidente practicaron con brío las artes de la cocción: las terracotas y las cerámicas. Vimos (*supra*, p. 67) que una de las grandes aportaciones de la arqueología funeraria de Cartago desde finales del siglo pasado fue la revelación de las máscaras de terracota, máscaras masculinas que se han intentado clasificar por tipos añadiendo a los ejemplares cartagineses objetos análogos encontrados luego en Cerdeña y en Sicilia: tres tipos, según Picard (1967, pp. 10-19), cuatro según Moscati (1966, p. 206), cinco según Cintas (1946). Hacia finales del siglo VI, junto a las máscaras propiamente dichas, aparecen unos «protomos», es decir, máscaras llenas con ojos y boca compactos, sin perforar. Se caracterizan sobre todo por un tratamiento de la arcilla «en pastillas», a partir de pequeños discos aplicados desde el cabello hasta la barba. Hasta hace unos años todavía se podía distinguir en la «máscara Saumagne» (*supra*, fig. 38) realces de color: rojo vivo en las mejillas, negro y blanco en los ojos (C. Picard, 1967, p. 20).

De la misma época (finales del siglo VI-principios del V) data un protomo masculino diferente, con barba larga afilada dividida en dos por un profundo surco, encontrado por Cintas en sus excavaciones de la necrópolis de Útica (fig. 213a). Esta máscara materializa un esquema iconográfico aparentemente de moda también por la misma época en Cerdeña, como atestigua un protomo femenino de ejecución muy próxima y de dimensiones análogas descubierta en Monte Sirai (fig. 213b): idéntica técnica —pequeños círculos— en el cabello, mismo tratamiento de la nariz y de los pómulos resaltados por un surco. Pero hay variantes que diferencian los moldes que sirvieron para moldear ambos objetos: en Útica la barba se levanta hacia adelante (si bien la mano del artesano pudo perfectamente obtener este movimiento al sacarlo del molde); en monte Sirai se retocaron los ojos, y las orejas aparecen más altas respecto a la línea de las cejas. Un bello ejemplar conservado en el museo de Cádiz y procedente de este sitio, es prácticamente idéntico al de Monte Sirai. Estas analogías entre tres lugares diferentes y alejados unos de otros del ámbito fenicio-púnico se explicarían si, tal como se cree (S. Moscati, 1972a, p. 365; A. Ciasca, 1988, p. 354), el protomo con la larga barba fuera la imagen de una divinidad, necesariamente canonizada y fija, con lo que su presencia en una tumba representaría un gesto votivo.

Por esta misma época (finales del siglo VI) hace su aparición en las tumbas de Cartago una bonita serie de protomos femeninos, entre los que destacan tres tipos. El primero es claramente egiptizante: la figurilla lleva el *klaft*, que deja bien al descubierto las orejas, de pabellones muy abiertos y a la vista, según la moda oriental (fig. 214); debajo de la banda lisa que fija los cabellos en la



FIGURA 212. Navajas de afeitar (Cartago, siglo III). A la izquierda, figura egiptizante; a la derecha, motivo helenizante.

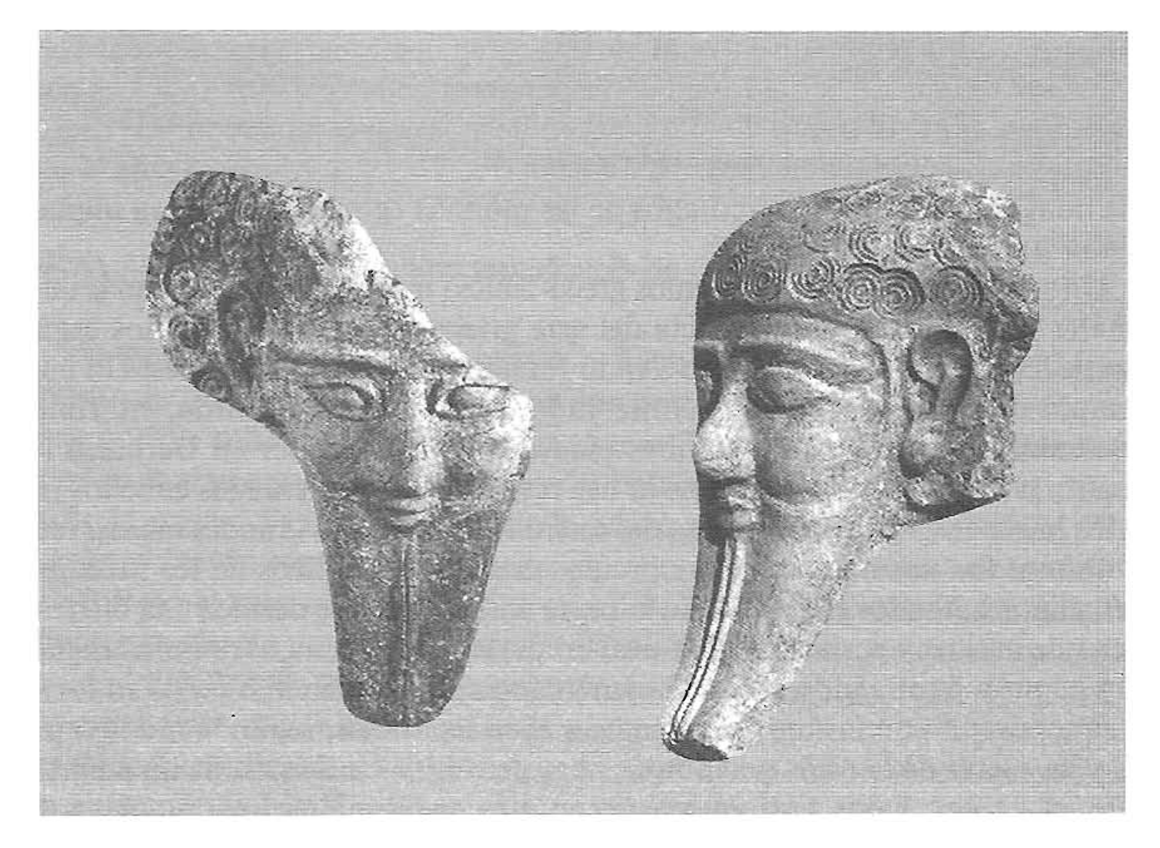


FIGURA 213. Protomos masculinos con barba larga. A la izquierda, ejemplar de Útica; a la derecha, ejemplar de Monte Sirai.



FIGURA 214. Protomo femenino egiptizante de Tharros (Cerdeña, siglo IV a.C.).

frente, donde a veces resultan visibles restos de pintura amarilla y negra, las cejas aparecen en relieve, en ángulo recto respecto de la nariz. Los ejemplares descubiertos en las tumbas de Dermech y de Douimès de Cartago (C. Picard, 1967, pp. 20-21) presentan ínfimas variantes, en cualquier caso, debidas sobre todo a los retoques efectuados en el objeto antes de la cocción. Todos se parecen mucho, hasta el punto de que parecen hechos con el mismo molde que los ejemplares descubiertos en Tharros, Cerdeña (fig. 214) y en Motya, Sicilia. Como si la imagen rígida de los sarcófagos de las momias egipcias se hubiera impuesto con una rigidez intocable.

Un segundo tipo que llamaremos greco-fenicio muestra cómo, algo más tarde (finales del siglo VI), la influencia del arte griego arcaico modifica los esquemas de representación que siguen siendo fundamentalmente orientales. Un buen ejemplo de ello es el protomo conservado en el museo del Bardo, en Túnez, y descubierto en una de las tumbas excavadas por Gauckler en Dermech (C. Picard, 1967, pp. 22-23). Una banda lisa resguarda en la frente los cabellos peinados hacia atrás y a ambos lados del rostro formando dos grandes masas; reencontramos los mismos pequeños círculos estampados típicos de los protomos masculinos barbados (fig. 215). En la parte alta de la frente destaca una diadema hecha de anillos y perlas. La cara oval es alargada, con una barbilla triangular y un mentón puntiagudo con un hoyuelo; los ojos parecen alargados en forma de almendra; las orejas muy destacadas y bien separadas, según la moda oriental, y las aletas de la nariz perforadas para permitir la inclusión de un pequeño arete, el *nezem*. Estos protomos parecen más «personalizados» gracias a los retoques hechos después del vaciado del molde y a los realces de pintura, cuyos restos pueden verse todavía en el ejemplar de Cartago. Pero fuera de la metrópoli púnica su difusión es menor, aunque se conoce un equivalente en Motya.



FIGURA 215. Protomo femenino grecofenicio de Cartago (finales del siglo VI a.C.).

Un tercer tipo que se encuentra con frecuencia en las tumbas de Cartago a partir de principios del siglo V son los protomos femeninos llamados «rodios» porque son muy parecidos al esquema figurativo de los protomos fabricados en Rodas a partir de principios del siglo VI, posiblemente bajo la influencia de la misma Fenicia con la que la isla mantenía estrecha relación. Estos protomos fueron reproducidos luego en todo el mundo griego, sobre todo en Delos. Bajo el velo que recubre los cabellos, esta vez sin discos «en pastilla» y fijados mediante una banda lisa, el rostro oval sonríe. Se ha descubierto gran cantidad de ellos en Cerdeña, concretamente en Tharros, y también en los sitios españoles y en Ibiza. Ilustran la obliteración creciente de los principales rasgos de la tradición oriental en los sectores del mundo púnico en contacto con el mundo colonial griego.

Intentar determinar los principales factores implicados en la fijación y en la moda de un tipo iconográfico concreto resulta una tentación apasionante, pero difícil y arriesgada. Así, por ejemplo, la frecuencia de máscaras con el



FIGURA 216. Figuras femeninas helenizantes de Motya (siglo V).

rostro de Sileno —una mayoría en Cartago, pero también en Cerdeña, en Tharros y en Sulcis, en los siglos V y IV, y concebidas a partir de esquemas iconográficos arcaizantes— se ha atribuido a la introducción de los cultos dionisíacos en el ámbito púnico (C. Picard, 1979, pp. 91-92). Pero cabe preguntarse si esta aclimatación de la iconografía de Sileno y del Sátiro no se vio favorecida por la omnipresencia del dios Bes en el universo cultural púnico, cuyas virtudes y silueta tanto se parecen a las de los sátiros y a las de Sileno. Volviendo a las imágenes femeninas helenizantes del área púnica en los siglos VI y V, es evidente que la *koré* jónica impuso un esquema que poco a poco acabaría por eclipsar los rasgos residuales de la tipología oriental. Parece lógico que esta influencia fuera particularmente marcada allí donde el contacto con el área cultural del mundo colonial griego fue más estrecho, como demuestran estas cabezas femeninas de terracota (pero en altorrelieve: no son protomos) de Motya, conservadas en el museo Whitaker (fig. 216). Como el famoso efebo de mármol, éstas pertenecen en realidad al arte griego.

En un contexto geográfico y cultural menos penetrado de helenismo, el arte de los coroplastas púnicos posee una fisonomía diferente, a veces fuertemente impregnada de las culturas locales. Es el caso en el mundo ibérico, sobre todo en Ibiza, donde la presencia púnica data de antiguo (cf. *supra*, p. 86). La necrópolis del Puig d'es Molins proporcionó abundantes estatuillas fechables en el siglo IV, cuando el gusto local sobreimpuso a los modelos greco-púnicos una sobrecarga ornamental ingenua y barroca (fig. 217): diademas inmensas y muy




FIGURA 217. Estatuillas en terracota de Ibiza. Necrópolis del Puig des Molins (siglo IV a.C.).

trabajadas, pesados pendientes, collares en forma de pectoral con varias vueltas. Estas muñecas de terracota (su tamaño supera apenas una treintena de centímetros) solían llevar el arete nasal semita, el *nezem*. La insularidad desempeñó su papel; este arte, mezclado y original a la vez, se desarrolló aisladamente, sin circulación exterior.

A partir de finales del siglo IV, el mundo de las terracotas de Cartago manifiesta claramente que la metrópoli púnica se había convertido en un *melting pot* cultural. A su primera vocación de posta entre Oriente y Occidente, la ciudad añadió su papel, especialmente afirmado en la época helenística, como centro de redistribución y lugar de intercambios activo en un eje norte-sur. Intercambio de mercancías y de bienes de consumo, pero también intercambio de ideas, por ejemplo en el ámbito religioso, en el que Cartago parece ser más receptora que emisora. Si se considera el hecho en relación con su incidencia en la producción artística y artesanal, cabe dar la máxima importancia a la entronización oficial del culto de las diosas griegas de Sicilia, Deméter y Koré, en la ciudad púnica en el 396 a.C. A nivel estrictamente religioso, resulta difícil valorar el impacto real de este nuevo culto. Algunos han intentado relacionarlo con las transformaciones, ver conmociones, que se han creído detectar en la

organización del tofet de Salambó durante la primera mitad del siglo IV (G. Ch. y C. Picard, 1970, pp. 148-150). Según este punto de vista, el triunfo de Tanit en el tofet —veíamos que en una época no demasiado precisa le había ganado la partida a Ba'al Hammón— estaría asociado no sólo a la ruptura con el «régimen monárquico» y a la instauración de un régimen aristocrático tras la derrota de Himilcón en Sicilia, sino también a la entronización oficial de las diosas sicilianas en Cartago, a modo de reparación por el sacrilegio que Himilcón habría cometido al permitir el saqueo de un templo de Deméter y Koré en Siracusa. Es una hipótesis atractiva e ingeniosa, que no puede verificarse dada la imposibilidad de una lectura cronológica de los estratos de deposición del tofet.

En cambio es seguro que el tipo de iconografía de las terracotas votivas femeninas recibió de forma durable la influencia iconográfica de estas diosas. Las excavaciones llevadas a cabo en los niveles del siglo III y principios del II en Cartago multiplicaron los hallazgos de figurillas del tipo de Deméter *kernophoros*, la diosa —en realidad su sirvienta— que en su cabeza lleva no un cesto (*kernos*), sino más bien una especie de cuenco quemaperfumes. A destacar las que figuran en un lote de terracotas votivas descubiertas por el doctor Carton en una «capilla» ya evocada antes (cf. *supra*, p. 200) al hablar de la arquitectura de los templos. En este lote, la *kernophoros* viene acompañada de la representación de un dios barbudo, tocado con una tiara de plumas (como el *Sardus pater* de Cerdeña), en el que puede reconocerse una efigie de Ba'al Hammón (fig. 218). La diosa siciliana aparece con frecuencia representada en postura divina, sentada en un trono, con una ejecución de detalle perfectamente similar a la de los coroplastas sicilianos (fig. 219). Paralelamente los artesanos púnicos continuaron fabricando imágenes piadosas siempre en línea con la tradición greco-púnica arcaizante (fig. 220). En las excavaciones del barrio de casas tardopúnicas de Byrsa, la misión arqueológica francesa descubrió hace años un local —sin duda una tienda de coroplastas— donde se habían depositado figurillas visiblemente moldeadas la víspera de la destrucción del 146. Al lado de las habituales figuras helenísticas (figs. 221 y 222), dos pequeñas estatuillas del dios Bes, representado de pie sobre un pequeño pedestal cilíndrico, estaban a la espera de un comprador, con los colores todavía vivos: el marrón en la cara y en el cinturón de broche delantero, y el azul claro en la barba desplegada (fig. 223). Pero el dios, tradicionalmente impúdico, estaba vestido y disimulaba su sexo (¿señal de nuevos tiempos?).

Más adelante veremos que, para uso cotidiano, el ama de casa cartaginesa recurrió progresivamente, a partir del siglo III, a vajillas importadas (sobre todo de Italia), pero también a falsificaciones más o menos logradas de estos productos de importación. Estos hechos tuvieron que ver directamente con una guerra económica que fue un componente importante de lo que se ha dado en llamar las «guerras púnicas».

Pero los alfareros cartagineses perseveraron hasta el final en sus producciones tradicionales, y mantuvieron «artículos» muy característicos que contrastaban, por persistente, con un fondo de uniformidad helenística. Es el caso,

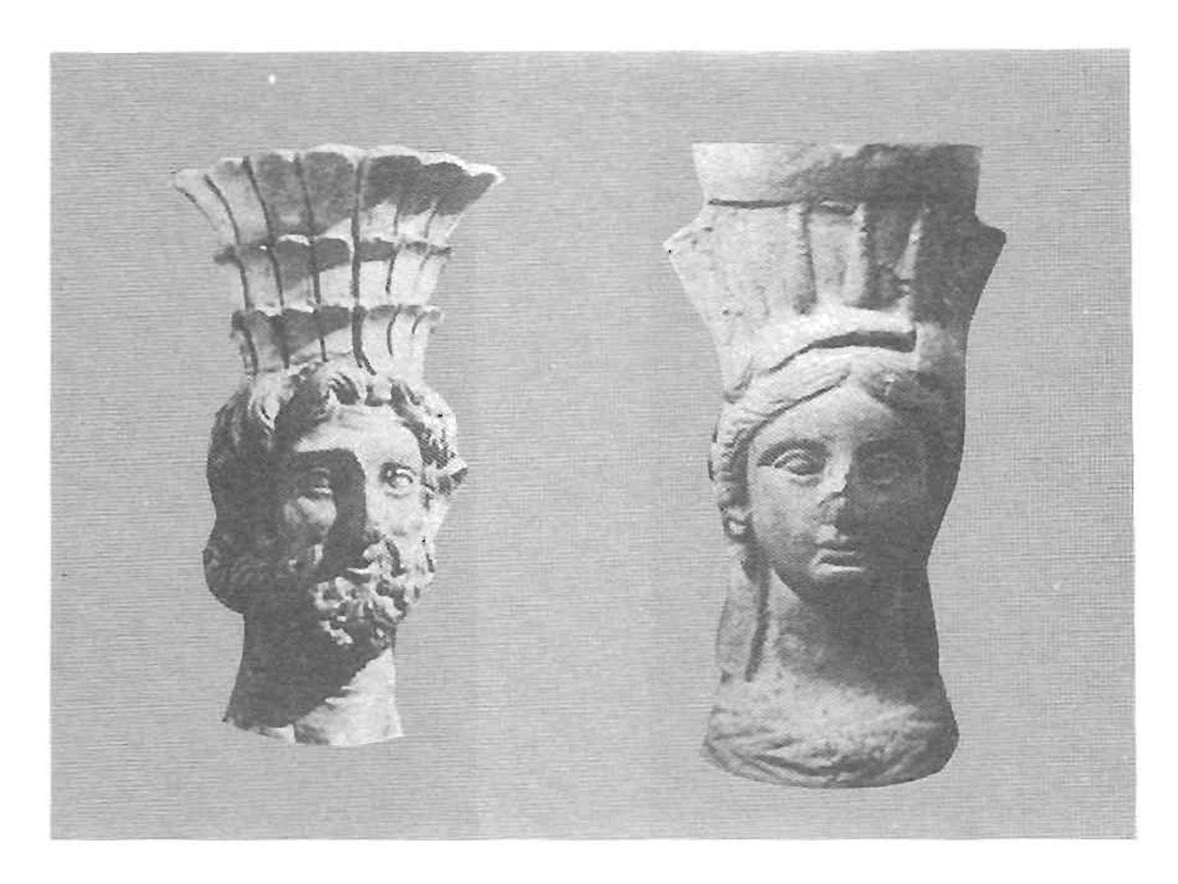


FIGURA 218. Terracotas de la «capilla Carton» en Cartago. A la izquierda, divinidad barbada tocada con una tiara de plumas; a la derecha, tipo de Deméter *kernophoros*.

por ejemplo, de estos pequeños moldes que se conocen, a falta de algo mejor, con el nombre de «moldes para pasteles». A veces se han podido encontrar, en algunas sepulturas, sus marcas en terracota (¿haciendo las veces de panes y pasteles?) (M. Astruc, 1959, pp. 132-133). Uno de los hallazgos más interesantes de P. Gauckler realizado en la necrópolis arcaica de Dermech, muy a finales del siglo pasado, fue un conjunto de hornos de alfarero instalados allí durante los últimos años de la ciudad púnica. Estos hornos habían estado visiblemente en uso hasta la víspera de la caída de la ciudad. Entre los desechos y las escorias de horno se encontró todo un lote de estos moldes, con sus marcas, al parecer la última producción de las últimas hornadas (fig. 224). En ellos podía verse el ibis, el ojo *oudja*, la palmeta fenicia, emblemas eternos de una Cartago que siguió siendo, a pesar de todo, oriental.

PHOINIKEIA GRAMMATA Y *LIBRI PUNICI*

Cartago recibió de su madre patria tiria no sólo sus dioses y sus cultos, sino su más fuerte marca de originalidad en Occidente y lo esencial de su identidad cultural, en forma de una lengua, para nosotros materializada en una escritura que durante algún tiempo no tuvo rival en todas aquellas costas, donde la emigración fenicia estuvo presente a partir de finales del siglo IX. Aunque no duró



FIGURA 219. Estatua ritual de la Deméter de influencia púnica, procedente de Korba (cabo Bon).



FIGURA 220. Estatua de un devoto púnico en actitud de oración, siglo III a.C.

mucho, es cierto: se fecha a mediados del siglo VIII el ejemplar de grafito más antiguo y sin duda uno de los más célebres, del tipo «Yo pertenezco a tal», escrito en caracteres griegos en la copia llamada «de Néstor», un vaso euboico procedente de las excavaciones de la necrópolis de Pitecusa (Ischia), en la bahía de Nápoles (P. A. Hansen, 1983, n.° 454). En realidad fueron calcidios establecidos en la Italia meridional quienes transmitieron a Etruria un alfabeto con el que se redactaron las primeras inscripciones etruscas, a principios del siglo VII (D. Briquel, 1991, pp. 615-616). Habrá que esperar más de un siglo todavía para encontrar los documentos más antiguos escritos en latín, con un alfabeto todavía de tipo griego, transmitido a través del etrusco: hoy se sospecha que la famosa fíbula de Preneste, el testimonio más antiguo conocido de un latín arcaico preliterario, podría ser falsa (P. Flobert, 1991, pp. 540-543). En la península ibérica, donde varios sistemas de escritura se documentan más tardíamente, el más precoz es el «tartésico» en la zona meridional, que tuvo como modelo, según opinión generalizada, el alfabeto fenicio (J. de Hoz, 1991, pp. 669-

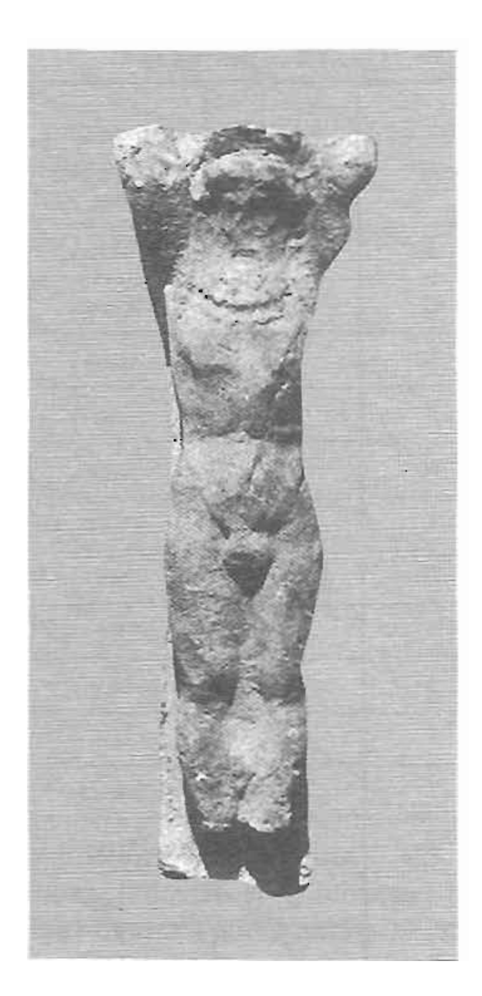


FIGURA 221. Terracota de aplique. Excavaciones de la misión arqueológica francesa en Cartago.

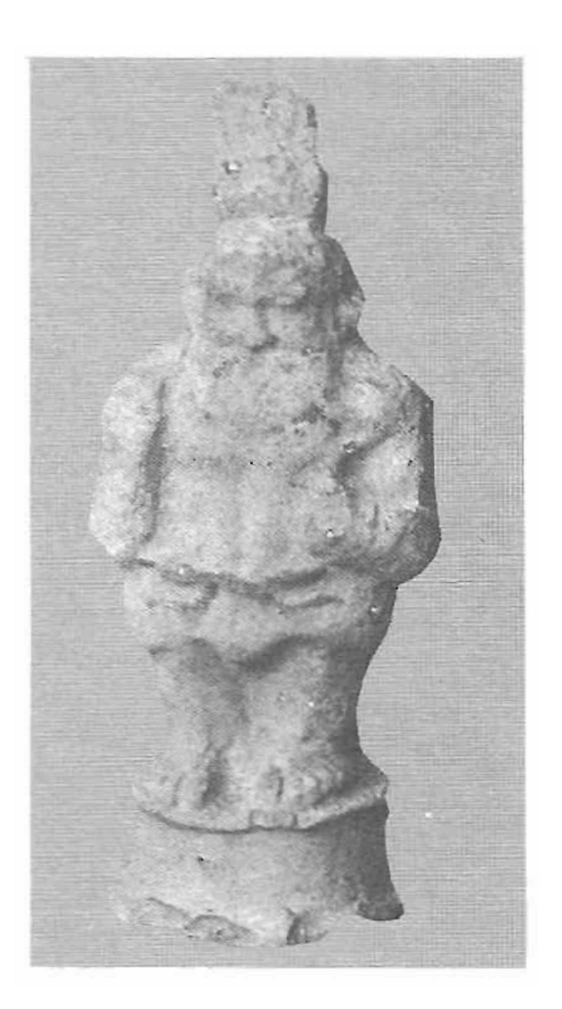


FIGURA 223. Estatuilla en terracota pintada del dios Bes. Excavación de la misión arqueológica francesa en Cartago.



FIGURA 222. Cabeza de figura femenina en terracota. Excavaciones de la misión arqueológica francesa en Cartago.

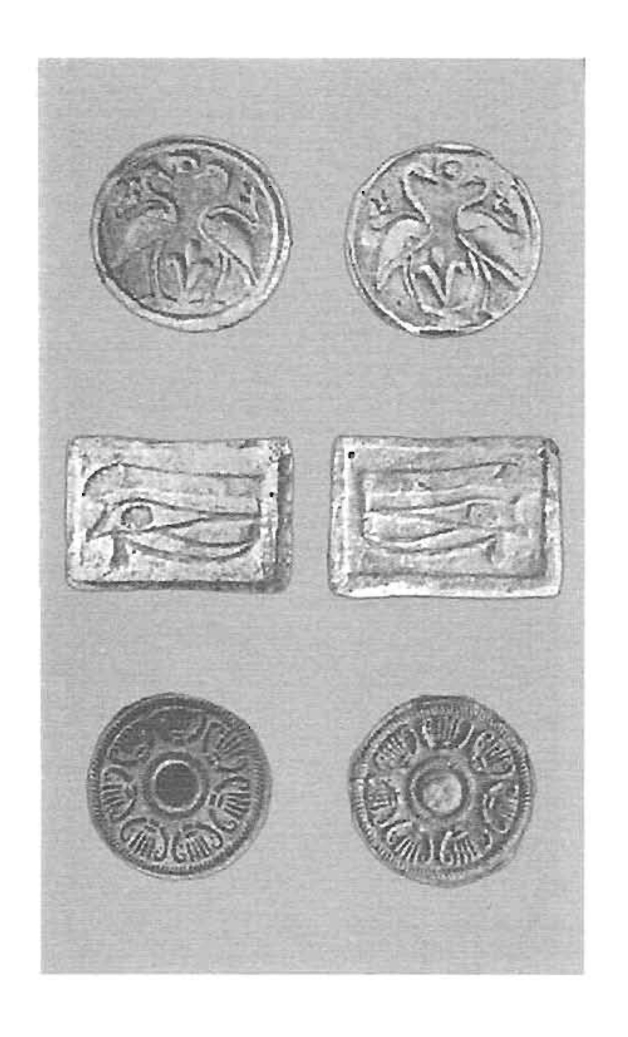


FIGURA 224. Moldes (a la izquierda) y sellos en terracota (a la derecha), procedentes del «Cerámico» de Cartago (siglo III a.C.).

678). En las primeras comunicaciones escritas, el fenicio tuvo pues incontestablemente un papel de pionero en Occidente.

De forma directa, pero también indirecta, porque el alfabeto fenicio está en el origen de todos los que se desarrollaron a partir de un alfabeto «protogriego». En contacto con los mercaderes fenicios, los griegos tuvieron la ocasión (¿desde finales del II milenio, o más bien hacia el 800 a.C.? Todavía se discuten la fecha y las modalidades del préstamo: M. G. Amadasi-Guzzo, 1991, pp. 293-309) de apreciar la comodidad que presentaba para las transacciones comerciales este alfabeto «corto» de veintidós signos, que adoptaron con total conocimiento —y reconocimiento— de causa bajo el nombre de *Phoinikeia grammata* (Heródoto, V, 58-61; Diodoro, III, 67, 1). Y al mismo tiempo que incorporaban de los fenicios su alfabeto, los griegos también introdujeron una parte del vocabulario semita relativo al material de escritura —la hoja de papiro, *byblos*, una palabra que tendría un gran futuro; la tablilla para escribir, *deltos*—, o a las mercancías que habían aprendido a conocer gracias a los fenicios: el oro (*chrysos*), el lino (*byssos*), la túnica (*chitôn*) (E. Masson, 1967; D. van Berchem, 1991, p. 144). Pero añadamos que los griegos no adoptaron este alfabeto semita-occidental sin perfeccionarlo: al grafismo de su propia gama vocálica, mucho más amplia y precisa que la fenicia, añadieron varios signos gráficos que en semita correspondían a unas consonantes laríngeas sin equivalente en su propia fonología (fig. 225).

Fenicio (siglo X a. C.)			Griego (siglos VIII – VII a. C.)			Alfabeto latino
Nombre	Alfabeto	Transcripción	Nombre	Alfabeto	Transcripción	
alef	𐤀 𐤀	ʾ	alfa	𐤀 A	Α α	a
bet	𐤁	b	beta	𐤁	Β β	b
gímel	𐤂	g	gamma	𐤂	Γ γ	g
dalet	𐤃	d	delta	𐤃	Δ δ	d
ḥe	𐤄	h	épsilon	𐤄	Ε ε	é
waw	𐤅	w	digamma	𐤅	Ϝ	
zayn	𐤆	z	zeta	I	Ζ ζ	z
ḥet	𐤇 𐤇	h	eta	𐤇	Η η	e
ṭet	𐤈	t	theta	⊗	Θ θ	th
yod	𐤉	y	iota	I	Ι ι	i
kaf	𐤊	k	kappa	𐤊	Κ κ	k
lamed	𐤋	l	lambda	𐤋	Λ λ	l
mem	𐤌	m	my	𐤌	Μ μ	m
nun	𐤍	n	ny	𐤍	Ν ν	n
samek	𐤎	s	xi	𐤎	Ξ ξ	x
ʿayn	𐤏	ʿ	ómicron	O	Ο ο	o
pe	𐤐	p	pi	𐤐 𐤐	Π π	p
ṣadé	𐤑	s	san	𐤑		
qof	𐤒	q	koppa	𐤒		
reš	𐤓	r	rho	𐤓	Ρ ρ	r
šin	𐤔	s	sigma	𐤔 𐤔	Σ σ	s
taw	𐤕	t	tau	T	Τ τ	t
			ípsilon		Υ υ	u
			fi		Φ φ	ph
			ji		Χ χ	ch
			psi		Ψ ψ	ps
			omega		Ω ω	o

FIGURA 225. El alfabeto fenicio y su recepción en griego.

Acabamos de ver la fuerza y también la debilidad de este alfabeto semita-occidental, consolidado en Biblos y en Tiro a principios del primer milenio e importado tal cual a Occidente. Su fuerza radicó en su flexibilidad y en su facilidad de uso, sobre todo en los libros de cuentas y en las facturas comerciales, donde era fundamental anotar las cantidades y los precios (las letras tenían, por orden, un valor numérico que han conservado en los alfabetos griegos) e identificar las mercancías: no había lugar para la ambigüedad. Su debilidad, que en textos más complejos podía ponerse en evidencia, residía en que este alfabeto era un esqueleto consonántico. Los fenicios, que tenían un sistema vocálico pobre (sólo *a/i/u*), no vieron la necesidad de anotar sus vocales; la grafía de las palabras se reducía a sus raíces consonánticas, de dos o máximo tres letras: las tres letras de la palabra KTB (el radical del verbo «escribir») eran suficientes para plasmar por escrito los diversos modos y aspectos verbales del acto de escribir. Fuente obvia de incertidumbre. Pero ¿quién leía en aquella remota antigüedad? No hay que olvidar que la escritura e incluso la lectura eran actividades que implicaban un saber técnico, y que por aquel entonces había infinitamente muchos más oyentes que lectores, estos últimos profesionales avezados en esta práctica. En su evolución, las lenguas semitas (el arameo, el hebreo, el árabe), para evitar el riesgo de confusión, asignaron más tarde a las vocales largas unos signos consonánticos utilizados, como dicen los especialistas, a modo de *matres lectionis*, de «madres» o «generadoras de lectura»: ni la Biblia hebraica ni el Corán representan para sus lectores una dificultad susceptible de perjudicar la comprensión del libro santo. Necesidad que los púnicos ya habían empezado a sentir. En los textos epigráficos de los últimos tiempos de Cartago vemos coexistir en el grafismo de una misma palabra, por ejemplo en la que significa «tumba» (frecuente en las inscripciones funerarias), el escueto esqueleto consonántico QBR y, más raramente, la «forma plena» QBʿR, con el *ayn* (ʿ) utilizado como *mater lectionis* en la segunda sílaba (H. Bénichou-Safar, 1982, p. 195) (fig. 226).

La primera letra de este alfabeto, *alef* (el *alfa* griego, nuestra *a*) se utiliza también en púnico tardío para vocalizar una sílaba en el interior de una palabra. Pero los púnicos recurrieron a este signo, a menudo utilizado a modo de vocal final, sobre todo en el ámbito de la onomástica extranjera, donde la precisión del elemento vocálico se hacía necesaria: por ejemplo, en la versión púnica de las láminas de Pyrgi (*supra*, p. 89), donde *alef* corresponde al final del nombre del jefe etrusco Thefaria; y, más tarde, en la grafía de los nombres latinos: por ejemplo, el nombre de la gran enemiga, *Roma*, que vemos transcrita RMʾ.

Esta decisión adoptada por los fenicio-púnicos respecto de su alfabeto no supone la única dificultad de lectura con que se encuentran los epigrafistas cuando descubren un texto un poco largo que se sale de las fórmulas repetitivas de las inscripciones votivas o funerarias. La realización gráfica de estos textos les plantea a veces problemas. Los especialistas en epigrafía latina constatan en su propio campo una evolución en el grafismo de la mayúscula, la *littera quadrata*, generalizada en todo el mundo romano en toda clase de inscripciones



a



b

c

FIGURA 226. Tres ejemplos de escritura púnica de época helenística. Como todas las lenguas semitas, se leen de derecha a izquierda; a: texto en una línea: «Tumba (QBR) de la sacerdotisa Arisatbaal, esposa de Melqarthilles» (*CIS*, 5941); b: «Tumba (QBʿR) de la sacerdotisa Safonbaal, hija de Asdrúbal, etc.» (*CIS*, 5950); c: Estela votiva (*CIS*, 185): «A la Señora Tanit, faz de Baʿal Hammón, y al Señor Baʿal Hammón; voto hecho por Bodastart, hijo de Baʿal Hammón, nieto de Bodastart, porque han escuchado su voz».

sobre soporte duro. Por consiguiente era aún más difícil que se perpetuara inmutable una forma «canónica» de unos caracteres que no se escribían según normas cuasi geométricas, como la mayúscula latina, sino que se emparentaban más bien con lo que nosotros llamamos una escritura cursiva. De hecho, se constata una evolución, tanto en el tiempo como en el espacio, en las formas gráficas de este alfabeto. No se escribía igual, en la misma época, en Cerdeña que en Cartago (fig. 227). Y, en la metrópoli púnica, las grafías variaron. En la época clásica (siglos V-III), lo que distingue la escritura cartaginesa de las

	1	2	3	4
ɔ				
b				
g				
d				
h				
w				
z				
ḥ				
ṭ				
y				
k				
l				
m				
n				
s				
c				
p				
ṣ				
q				
r				
š				
t				

FIGURA 227. Escrituras púnicas. 1: Lámina de Pyrgi (hacia el 500 a.C.); 2: Cerdeña, siglo III a.C.; 3: Cartago, siglo III a.C.; 4: Leptis Magna, siglo I a.C.-siglo II d.C.

escrituras observables en otros lugares (Malta, Sicilia o Cerdeña) es, en primer lugar, la clara prolongación de los trazos verticales de signos como el de *alef*, *gímel*, *qoph* o *resh*. Es también su oblicuidad (hacia la derecha) así como su trazo muchas veces «grueso» lo que otorga a estas letras su singular elegancia, gracias a la combinación de trazos gruesos y finos (fig. 226). De todos modos estas variantes son mínimas, y la relativa constancia se debe a las escuelas de escribas (*sopherim*) que imponían sus normas a los grabadores, que no se confundían con los primeros (C. Bonner, 1991, pp. 151-152).

Tras la caída de Cartago, se siguieron grabando textos en piedra —son los textos neopúnicos: *infra*, p. 391— que presentan una escritura notablemente evolucionada, por no decir degradada, con caracteres que llegan a ser esquemáticos y que tienden a veces a confundirse. El aspecto cursivo de estas letras se acentúa notablemente, lo que se explicaría por la interrupción de la tradición de los escribas en los textos monumentales: se inscriben en la piedra, más libremente, gestos gráficos antes reservados a soportes «ligeros»: papiros, pieles, pergaminos (M. G. Amadasi-Guzzo, 1990, pp. 31-32).

LA LENGUA Y LA LITERATURA PÚNICAS

Actualmente medimos el poder de una lengua y su capacidad de audiencia por su «imperialismo», por la extensión de su uso fuera de sus fronteras. La historia demuestra que la preeminencia de una lengua es, con mucho, una fun-

ción del peso político de su nación o de su territorio de origen en su entorno internacional. En la época de Montesquieu o de Voltaire no era necesario un ministerio de la lengua para asegurar en Europa la supremacía cultural del francés. Pero la historia reciente muestra también que en un contexto de relaciones internacionales complejas, y con un denso flujo de comunicaciones, se deja sentir la necesidad de una lengua común de intercambio. Y esta lengua es aquella que ha sabido imponerse a las demás, tanto por su simplicidad como por su comodidad de uso, y también porque aparece vinculada a la innnovación técnica y al desarrollo comercial. En la época helenística, el griego desempeñó este papel —antes de que el latín tomara el relevo— haciendo retroceder la «punicofonía» en el conjunto de la cuenca occidental mediterránea. Siglos después de que los griegos incorporaran ese magnífico instrumento que era el alfabeto inventado por los fenicios, la situación lingüística se había decantado en su favor. Pero el púnico mantenía sus posiciones en África, donde había eclipsado desde hacía mucho tiempo a la lengua indígena, la libia, que nunca mereció reconocimiento oficial, salvo en época de Masinisa y de Micipsa. En unas excavaciones de Dougga han aparecido varios textos de esta época, entre los que destaca la dedicatoria bilingüe del famoso mausoleo (*supra*, p. 282). La lengua oficial de los reinos númidas y mauros era la lengua de Cartago. Los escasos textos administrativos que se han conservado allí aparecen redactados en púnico, como aquel hito del Djebel Massouje (*supra*, p. 241) que precisaba los límites de la *chôra Thusca* bajo el reinado de Micipsa, es decir, unos años después de la caída de Cartago. Las leyendas de las monedas de los reyes númidas son púnicas, tanto las acuñadas por los reyes masilios del oeste (Sifax, Vermina) como las de Masinisa, en el este (J. Mazard, 1955, pp. 17-36) (fig. 228). Y dado que acabamos de evocar al rey masilio, enemigo jurado de Cartago, mencionaremos como prueba de su adhesión a la lengua de Cartago un rasgo que cuenta Cicerón (*De signis*, IV, 103): como uno de sus almirantes había robado del santuario de Juno en Malta —el templo de Tanit-Caelestis— unos escudos de marfil de talla exquisita para ofrecérselos al rey, Masinisa los devolvió con gran pompa en una pentarreme, tras grabar en caracteres púnicos un texto de excusa y de homenaje a la diosa.

Como luego veremos (*infra*, p. 386), puede decirse con G. Camps (1979, p. 48) que, más allá de la aparente paradoja, «África nunca fue tan púnica como después del saqueo del 146». Y este gran especialista del África libio-bereber añadía: «La historia, que gusta de los símbolos, nos muesta a los hijos de Masinisa recibiendo de manos de Escipión Emiliano los manuscritos salvados de la quema, testimonio material de la herencia espiritual de Cartago». Se trata de abordar la delicada cuestión de los *libri Punici*, delicada y dolorosa. Porque si bien la «historia» no es leyenda, y aunque estos manuscritos se salvaran efectivamente del incendio que devoró Cartago en la primavera del 146, no escaparon luego al inmenso naufragio en que han perecido tantas obras literarias de la Antigüedad.

El Senado romano tuvo, al parecer, un presentimiento de este naufragio y tomó decisiones al respecto cuando, según Plinio el Viejo (*H. N.*, XVIII, 22-23),



FIGURA 228. Moneda de Masinisa. En el dorso, bajo el elefante, leyenda incompleta en caracteres púnicos: MSNSN, «Masinisan».

donó a los príncipes africanos (*regulis Africae*) las bibliotecas de Cartago tras la caída de la ciudad, y aseguró al menos, mediante traducción, la supervivencia de los veintiocho libros del agrónomo Magón. Como recuerda Plinio, el especialista latino de la economía rural, Catón, murió en el 146, y cabe preguntarse si el trato de favor reservado a la obra de Magón, en el contexto de los debates que agitaron al Senado romano entre partidarios y adversarios de la destrucción de la ciudad púnica (*infra*, p. 369), no constituyó una especie de desaire póstumo contra Catón (V. Krings, 1991, p. 653). Esta traducción podría ser, «en parte, la manifestación de una reacción anticatoniana» (J. Heurgon, 1976, p. 447). La tarea de traducir el tratado al latín se confió a un personaje de noble origen, D. Silano, experto en lengua púnica, y el libro fue traducido también al griego por Casio Dionisio de Útica. Estas traducciones, así como el original púnico, se han perdido, pero veíamos que los numerosos extractos conservados por los agrónomos latinos confirman suficientemente el valor técnico y la importancia cultural de la obra de Magón (R. Martin, 1971, pp. 37-52).

Queda una palabra que hace soñar, *bibliothecae*, empleada por Plinio, y que sugiere por sí sola masas de libros; concretamente en esta época, cuando se trataba de ejemplares definitivos, editados con esmero, significaba rollos o *uolumina* de papiro. Nos gustaría poder tomar la palabra al pie de la letra, evocar las bibliotecas de Alexandría, sugerir incluso que las de Cartago pudieron ser bastante más antiguas que la famosa biblioteca egipcia, creada tan sólo en la época de las guerras púnicas. Los cartagineses, se ha dicho, pudieron perfectamente imitar el ejemplo dado en el siglo VII por el rey asirio Assurbanipal (M. Sznycer, 1968, p. 142). Y también podemos imaginar el contenido de estos armarios llenos de libros: archivos y crónicas, evidentemente, pero también toda

una literatura religiosa, tal como sugiere una historia bastante sombría relatada por Plutarco (*De facie*, 26-30) sobre pergaminos sagrados salvados durante la destrucción de la ciudad y escondidos un tiempo bajo tierra (V. Krings, 1991, p. 655). De todos modos no hay duda de que en Cartago hubo una literatura propiamente histórica, pero en la época helenística al menos, buena parte de los cronistas escribieron en griego: es un dato cierto en el caso de Sileno y de Sosilo, los historiógrafos de Aníbal —el último fue su profesor de griego (Cornelio Nepote, *Hannibal*, 13, 3)—, que le acompañaron a Italia y relataron sus campañas y su vida. Y, cuando Aníbal hizo grabar en el 205 sus *res gestae* en la inscripción del templo de Hera en el cabo Lacinio, lo hizo a la vez en púnico y en griego, para asegurar al texto una mayor audiencia (Tito Livio, XXVIII, 46, 16).

En su *Guerra de Yugurta*, Salustio consagra a la antigua población del norte de África un texto justamente célebre, basado, dice, en la traducción que le hicieron de «libros púnicos»: «ex libris Punicis qui regis Hiempsalis dicebantur» (*Yug.*, 17, 7). Lamentamos tener que citar a Salustio en latín, pero es que todo el problema radica en esta mención en genitivo al rey Hiempsal, que tanto puede referirse al primer Hiempsal, el hijo de Micipsa y nieto de Masinisa, como a Hiempsal II, el hijo de Gauda, tal como se ha propuesto no hace mucho (V. Kontorini, 1975, pp. 89-99). Porque estas pocas palabras también pueden significar o bien que estos «libros púnicos» fueron obra del rey númida, en cuyo caso cabe la sospecha de que los hubiera escrito en griego a pesar de su título (V. Krings, 1990, pp. 115-117); o bien que estos libros le pertenecían, o los guardaba, cosa bastante lógica dado que Hiempsal —ya fuera el hijo de Micipsa o el de Gauda— era el descendiente de aquellos «reyezuelos africanos» que, según Plinio, recibieron en donación las bibliotecas de Cartago. Salustio tuvo el honor de ser, tras la victoria de César en Thapso en el 46, el primer gobernador de la nueva provincia de *Africa noua*. La muerte de su protector dos años más tarde le obligó a abandonar África, pero no sin antes reunir una sólida documentación sobre esta Numidia, telón de fondo y tan presente en su libro. Que posiblemente manejara para la ocasión textos históricos y «etnográficos» realmente escritos en púnico puede considerarse como una hipótesis seria. ¿Qué ocurrió luego con estos *libri Punici*? Aquí empezaría un conato de novela histórica.

Quien lo intente dispondrá de un jalón inesperado en unas pocas líneas de una carta escrita por san Agustín, muy a finales del siglo IV de nuestra era, a un gramático de una ciudad vecina, Madauro, la patria de Apuleyo, donde él mismo fue alumno en su juventud. Frente a este Máximo que pretendía ser más romano que los romanos de Roma, y que se burlaba de los nombres indígenas, Agustín (*Ep.*, 17, 2) salió en defensa de estos *libri Punici*, que tanta ciencia y sabiduría habían aportado al patrimonio de la humanidad. Pero añadió: «como nos informan los doctores más sabios», lo que significaba que él mismo no los había leído.

Capítulo IX

¿CARTAGO O ROMA?

Esta pregunta formulada como alternativa fue el título de un libro consagrado a las guerras púnicas (J. P. Brisson, 1973) que así destacaba el hecho de que en un momento determinado, hacia finales del siglo III a.n.e., el destino, como decían los clásicos, pareció vacilar. Aún pasaría mucho tiempo antes de que un bárbaro, Alarico, saqueara Roma con sus hordas godas. El único peligro real para la Ciudad Eterna en la época clásica venía del norte, de aquellos galos que habían conquistado audazmente las primeras laderas del Capitolio. Pero aquellos invasores celtas no eran sino bandas mal organizadas y Roma todavía no era, a principios del siglo IV, aquel imperio naciente capaz de jugarse el todo por el todo en una confrontación decisiva.

Un siglo y medio más tarde estaba en juego algo muy distinto. El Oriente helenista, aunque muy rico, carecía de liderazgo. Alejandro había muerto, y Pirro también. Por primera vez en la historia del mundo mediterráneo, Occidente iba a ser el principal protagonista de un enfrentamiento decisivo entre dos naciones igualmente prósperas: una, Roma, en posición casi central, «nórdica» respecto de la otra; y Cartago, geográficamente más marginal, pero que tenía la ventaja de ocupar, en el sur, una posición clave en el eje de unión entre ambas cuencas mediterráneas. ¿Puede hablarse de un enfrentamiento norte-sur? Sí, pero sólo si despojamos a este término de su significado económico, lo que equivale a vaciarlo de casi toda la sustancia geopolítica de su connotación actual. Creemos haber mostrado en las páginas precedentes que, a principios del siglo III, Cartago era una ciudad situada en primera fila gracias a sus conocimientos técnicos, a su marina y a su implantación comercial en todo el Mediterráneo occidental. Pero tenía al menos dos puntos flacos: por un lado, un ejército profesional, fundamentalmente constituido por mercenarios, es decir, poco homogéneo y de lealtad incierta; por otro, una débil coherencia geográfica y una insuficiente consolidación territorial, pese a la expansión africana. Frente a ella, Roma sometía definitivamente a Etruria en la primera mitad del siglo III y, paralelamente, sus victorias sobre Pirro le aseguraban el control de todo

el sur de Italia y la posibilidad de controlar Sicilia, aquella isla defendida por los griegos contra los cartagineses durante más de tres siglos y que la derrota de Pirro dejaba desprotegida. ¿Qué haría Cartago si se viera desposeída de la Sicilia occidental y, tras ella, de Cerdeña y de Córcega, ahora los eslabones más débiles? Estas islas fueron durante siglos eje de sus actividades marítimas y trampolín para sus empresas comerciales en Occidente.

La «primera guerra púnica» y la pérdida de Sicilia

Angebant ingentis spiritus uirum Sicilia Sardiniaque amissae: todo humanista en ciernes conoció esta frase de Tito Livio mencionada en su crónica de la segunda guerra púnica (XXI, 1). El hombre, inmensamente orgulloso, atormentado por la pérdida de Sicilia y de Cerdeña, era Amílcar Barca, el padre de Aníbal. Tanto más atormentado cuanto que había estado a un paso de neutralizar a los romanos en Sicilia entre el 246 y el 242. Treinta años más tarde su hijo lideraría, en tierra italiana, la guerra de venganza en cuyo espíritu fue educado.

La pérdida de Sicilia fue el último acto de una lucha constante por parte de Cartago para mantener al menos posiciones estratégicas inestimables en la parte occidental de la isla (fig. 229). Antes evocábamos las principales fases de estas viejas confrontaciones entre griegos y púnicos (*supra*, pp. 91-93). Muy a finales del siglo IV, en el 306, un tratado concluido entre Roma y Cartago había consolidado las respectivas situaciones, o más exactamente, los límites respectivos de intervención, que excluían a Roma de Sicilia y a Cartago de Italia. Un siciliano del siglo III, Filino, nos transmite las cláusulas de este acuerdo, cuya existencia no se discute, pese a las dudas de Polibio al respecto (III, 26, 3). Es probable que el historiador griego, que formaba parte del círculo de Escipión Emiliano a mediados del siglo II, se dejara persuadir por los aristócratas romanos de la futilidad de aquel tratado antes que admitir que Roma lo había transgredido.

Porque de hecho Roma no respetó el tratado. Bandas de mercenarios campanienses —que se daban a sí mismos el nombre de mamertinos, «hombres de Marte», según el nombre osco, Mamers, del dios de la guerra—, procedentes de sus bases del Bruttium, al otro lado del estrecho, merodeaban desde hacía tiempo por Sicilia al servicio de unos y otros, conquistando Mesina y fundando allí una especie de Estado en el año 288 a.C., donde vivieron unos años en paz. Unos años en que Pirro, aunque sin buscar pelea con ellos, puso fin a sus brillantes correrías sicilianas tras victorias sin futuro, para acabar abandonando Sicilia en el 276, y volver a guerrear unos pocos meses todavía en el sur de Italia. Antes de marcharse, Pirro valoró la situación con lucidez: «¡Qué campo de batalla —dijo— dejamos a los cartagineses y a los romanos!» (Plutarco, *Pyrrhus*, 23). El futuro no tardaría en darle la razón, aunque la lucha tomara unos derroteros que él no pudo prever.

La retirada de Pirro dejó nuevamente el campo libre en la isla a los cartagi-

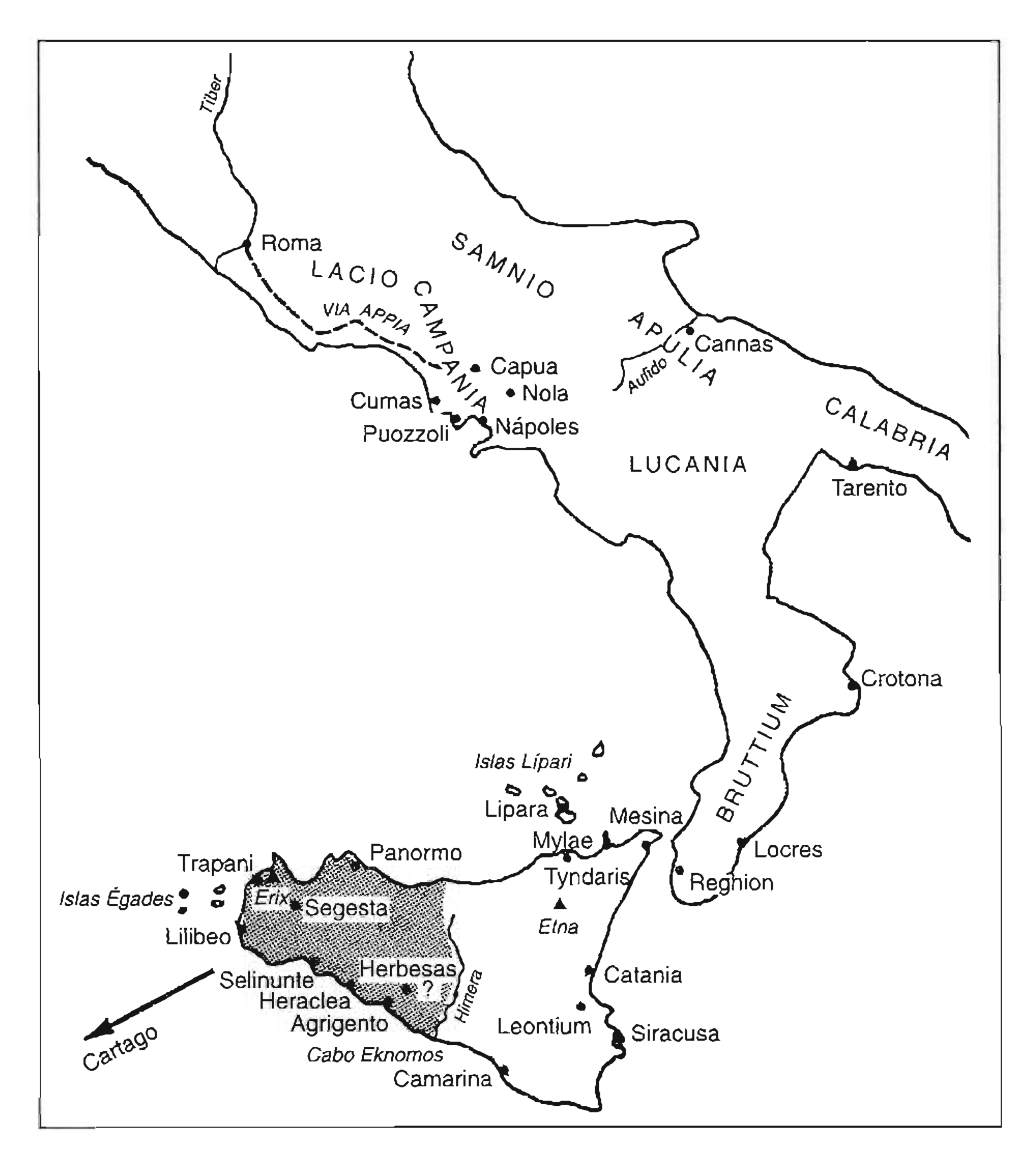


FIGURA 229. Italia meridional y Sicilia. En gris, zona de influencia púnica a mediados del siglo III a.C.

neses, a excepción del principado de Siracusa, donde un nuevo «rey», Hierón, consolidaba su poder en el 270. Muy pronto los mamertinos de Mesina entraron en conflicto con él al intentar invadir su territorio, y, al verse en dificultades, pidieron la protección de Cartago: un almirante púnico al frente de una flota amarrada cerca de allí (tal vez en Lípari) destacó una guarnición en la ciudadela de Mesina. Poco después, y por razones todavía oscuras, los mismos mamertinos decidieron pedir ayuda a Roma contra sus protectores cartagineses. Esto pasaba en el 264. La empresa era arriesgada. Años atrás, el Senado romano había apoyado, para luego masacrar, a la misma turbulenta soldadesca que se había apoderado de la ciudad de Rhegion, al otro lado del estrecho. Actitud, según comenta uno de los más penetrantes historiadores de la Italia republicana, «que ilustra perfectamente la mezcla de connivencia y de desautorización, de premeditación y de *laisser-faire* que caracteriza al imperialismo romano de esta época, obligado por sus conquistas a ir siempre más allá» (J. Heurgon, 1979, p. 338).

En realidad, el Senado de Roma no tomó ninguna decisión. Pero, a través de los comicios convocados por los cónsules entre las centurias, el pueblo aceptó la petición de los mamertinos, lo que para los latinos equivalía a una *deditio*, una sumisión. Para Cartago, el envío de un cuerpo expedicionario romano a Sicilia constituyó un *casus belli*. Desembarcando con un primer destacamento no lejos de Mesina, el cónsul Apio Claudio Caudex le declaraba *de facto* la guerra.

Las causas del conflicto y sus primeras fases

Las causas reales del conflicto han sido, y continúan siendo, motivo de debate. Polibio (I, 11) hace valer que frente a las dudas del Senado romano los cónsules se apoyaron en los sentimientos del pueblo, «afectado por las guerras precedentes», y favorable a la guerra ante la esperanza de botín. Veremos luego que la realidad sería muy distinta tras aquellas luchas ruinosas que duraron más de veinte años. En otro orden de cosas, no hay duda de que la instalación de una guarnición púnica en Mesina, a pocas millas de las costas italianas, ponía en peligro aquella «doctrina Monroe» consagrada por el tratado del 306. Además, durante los años inmediatamente anteriores a esta guerra romano-púnica de Sicilia, Roma estuvo en manos de las familias de origen campaniense, necesariamente más sensibles al peligro que esta proximidad representaba, agravado a su vez por las bases navales púnicas de las islas Eólicas (J. Heurgon, 1969, p. 344): entre el 267 y el 245 los Atilios, que eran campanienses, ocuparon siete veces el consulado. Esta primera guerra púnica sería su guerra, como las guerras contra los etruscos habían sido obra de los Favios. Incluso se ha llegado a destacar la importancia económica creciente de Campania en aquellos años: su riqueza agrícola se consolidaba, la exportación de sus vinos era cada vez más floreciente y su producción cerámica ya empezaba a eclipsar a Apulia y Tarento (G. Ch. y C. Picard, 1970, pp. 183-184). La guerra de Sicilia habría

sido, en este sentido, producto de la decisión e influencia de un verdadero *lobby* comercial en defensa de sus intereses. De cualquier forma todos estos móviles iban en una misma dirección, y la anexión de Sicilia, a mediados del siglo III, era el mejor objetivo posible —para nosotros el más evidente— de la recién estrenada, y aún vacilante, política mediterránea de Roma. Recordemos la baladronada, tres siglos después, del Trimalción de Petronio, propietario latifundista de la región de Tarento que pretendía unir Sicilia a sus tierras para así poder ir a África cuando quisiera sin tener que salir de casa (Petronio, 48, 3). La broma es reveladora: Trimalción, latifundista *parvenu*, sueña como debieron de soñar muchos latifundistas campanienses: confundiendo sus propias aspiraciones con las de la república romana. El lema de todo imperialismo es «aún más».

No entraremos aquí en los detalles de una historia rica en peripecias y en reveses de fortuna por ambas partes, y tantas veces relatada desde la obra del historiador alemán J. Beloch y del francés St. Gsell (G. Ch. y C. Picard, 1970, pp. 186-199; J. P. Brisson, 1973, pp. 27-98; F. Decret, 1977, pp. 154-169; C. Nicolet, 1978, pp. 606-612; W. Huss, 1985, pp. 222-249). Sólo nos detendremos en los aspectos más importantes y en sus principales articulaciones. Hierón de Siracusa, inicialmente aliado de los púnicos, no tardó mucho en cambiar de bando y jurar fidelidad a los romanos (263), garantizándoles el abastecimiento durante toda la guerra. El primer choque importante tuvo lugar poco después en Agrigento, donde los cartagineses habían concentrado contingentes de mercenarios reclutados en España, en la Galia y en la Liguria, bajo el mando de un general llamado Aníbal (262). Al cabo de siete meses de asedio a manos de un ejército comandado por dos cónsules romanos, la ciudad tuvo que rendirse, pero el general cartaginés pudo escapar con el grueso de sus fuerzas.

Esta derrota, que supuso el alineamiento de muchas ciudades sicilianas al lado de Roma, como Segesta, convenció a los cartagineses de la imposibilidad de derrotar a las legiones en una guerra abierta convencional. Modificaron su táctica en consecuencia, acuartelaron sus tropas en varias plazas bien fortificadas, y desde allí mantuvieron en jaque a los romanos gracias a su conocimiento —heredado de los griegos— de la poliorcética (la ciencia de la defensa de plazas fuertes). Pirro había demostrado poco antes su incontestable dominio de este arte militar. Paralelamente, tropas ligeras acosaban a los convoyes de abastecimiento enemigos y su aún incontestable dominio de los mares permitió a sus naves arrasar las costas italianas y desembarcar soldados en las ciudades del litoral siciliano. Esta táctica tuvo éxito durante bastantes años, ya que era un terreno que los cartagineses conocían muy bien desde tiempo atrás, y además se benefició de un mando permanente de generales experimentados frente a unos cónsules que cambiaban cada año.

Esta fase de la guerra marcó un hito en la historia militar de Roma. Consciente de que no tenía ninguna posibilidad de invertir la situación sin dotarse de una marina de guerra, el Senado, hacia el año 260, decidió iniciar la construcción de una flota de cien quinquerremes y veinte trirremes. Recordemos la hermosa historia que cuenta Polibio (I, 20), según la cual los romanos copia-

ron una nave cartaginesa llegada a sus manos tras una falsa maniobra. A la tarea también se añadieron los astilleros de la Italia meridional, fundamentalmente los de Tarento, y se sospecha que fueron los griegos quienes proporcionaron timoneles para esta flota improvisada. Tras un primer intento desafortunado, un cónsul llamado Duilio dio finalmente a Roma su primera victoria naval tras una batalla en que el famoso «cuervo» hizo maravillas (*supra*, p. 129). Gracias a este dispositivo, que permitía inmovilizar la nave enemiga manteniéndola sujeta y pegada a la propia nave, los romanos pudieron contrarrestar la táctica de la embestida, tan cara a los marinos cartagineses, e imponer la táctica del abordaje, un terreno más familiar para sus tropas de marina. Así fue como en Mylae (Milazzo), entre las islas Eólicas y la costa norte de Sicilia, los púnicos perdieron cincuenta naves y su almirante, aquel mismo Aníbal escapado poco antes del asedio de Agrigento, fue crucificado en Cerdeña por sus propios soldados.

La expedición de Régulo en África

Pero como la lucha en Sicilia se eternizaba, Roma decidió atacar a los cartagineses en la misma África, al igual que hiciera Agatocles medio siglo antes. Se confió esta expedición a dos cónsules del año 256, L. Manlio Vulso y M. Atilio Régulo. Una flota cartaginesa intentó sin éxito interceptar la armada romana formada, según Polibio (I, 25), por trescientas treinta naves que, zarpadas de Sicilia, desembarcaron en el extremo suroriental del cabo Bon, en Clypea (Kelibia). Los cónsules se instalaron con sus tropas en aquel lugar estratégico, idóneo para asegurar sus comunicaciones con Sicilia, que había sido fortificado anteriormente por los púnicos (*supra*, p. 245). Las fortificaciones no resistieron mucho tiempo, y las tropas romanas devastaron todos aquellos ricos campos que a duras penas empezaban a rehacerse tras la expedición de Agatocles. Es muy posible que fuera en esta época cuando se tomó y destruyó la pequeña ciudad de Kerkouane, entre Kelibia y Ras ed-Drek (*supra*, p. 250). Poco después, por orden del senado, Manlio Vulso llevó el grueso de su ejército a Italia, mientras que Régulo se quedó con cuarenta naves, quince mil soldados de infantería y quinientos jinetes.

En la primavera del año 255, Régulo reanudó la campaña y consiguió un primer éxito en Adyn, probablemente Uthina (Oudna), no lejos de Túnez (M. H. Fantar, 1989, pp. 82-83). Siempre tras las huellas de Agatocles, el cónsul romano conquistó Túnez y allí estableció su campamento (cf. fig. 230). Las conversaciones de paz que los acosados cartagineses mantuvieron con él a través de una delegación se malograron por las excesivas exigencias de Régulo, que pretendía ni más ni menos imponer al adversario el abandono de Sicilia y de Cerdeña, añadiendo otras muchas condiciones draconianas: el rescate de prisioneros y el pago de un tributo anual, entre otras. Los cartagineses volvieron a crecerse con la llegada de un oficial lacedemonio llamado Xantipa, contratado como asesor técnico, que trajo consigo una tropa de mercenarios reclutados

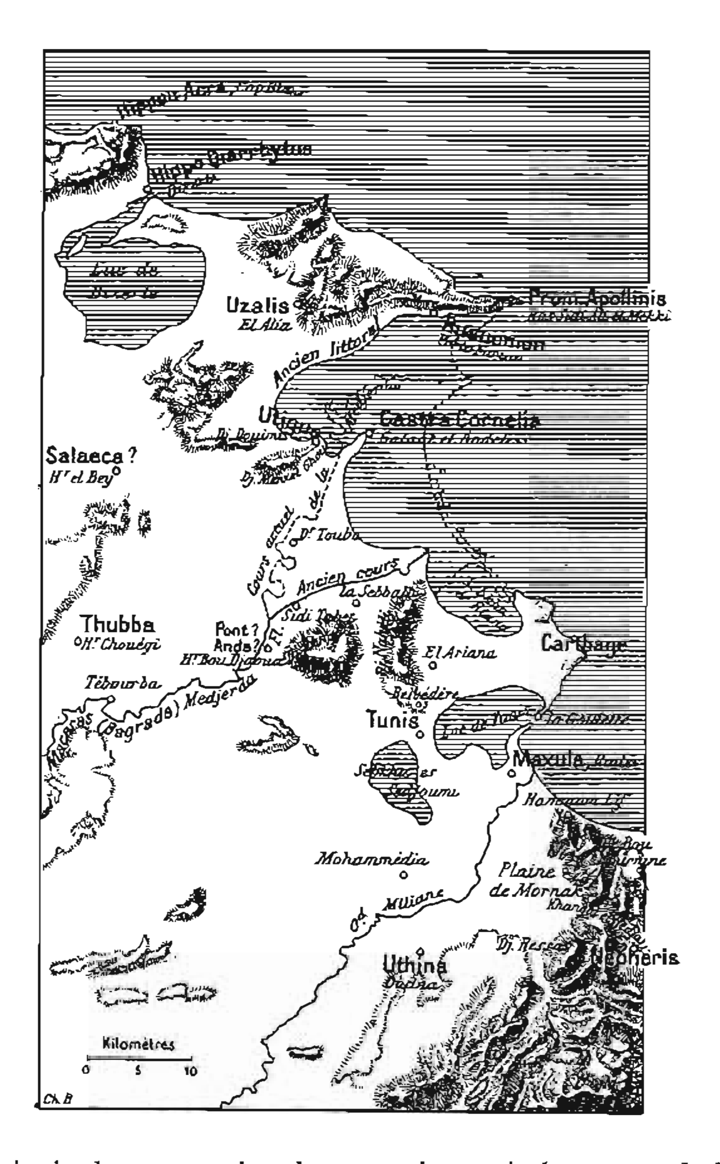


FIGURA 230. Principales escenarios de operaciones de la guerra de los mercenarios.

en Grecia. Xantipa evidenció los errores del mando púnico en la última batalla: no había que enfrentarse a la legión en un terreno accidentado donde su estructura flexible le otorgaba ventaja sobre la falange cartaginesa, más pesada y con menor posibilidad de maniobra. En cambio, en terreno llano, la caballería y los elefantes cartagineses, esos *Panzer* de la Antigüedad, podrían desempeñar plenamente su papel.

El ejército cartaginés acampó no lejos de Túnez, y Régulo cometió el error de aceptar el combate en terreno elegido por el enemigo, donde Xantipa había organizado la alineación púnica: los elefantes cubrían el frente formando una sola línea, la falange detrás, una parte de los mercenarios en el ala derecha, y los más móviles y la caballería delante de cada una de ambas alas (Polibio, I, 33). Régulo creyó poder resistir al choque de los elefantes alineando sus manípulos al fondo, con un frente más estrecho. Cosa que en efecto ocurrió, pero su caballería, menos numerosa, retrocedió, dejando sus flancos desprotegidos. Únicamente su ala izquierda pudo evitar el desastre y volver a su base de

Clipea, tras conseguir eludir a los elefantes, derrotar al ala derecha púnica y ganar terreno. Régulo fue hecho prisionero junto a varios centenares de sus hombres.

En este punto habría que situar en su justa medida, aunque cueste hacerlo, una leyenda, aunque sólo sea por el mero hecho de que forma parte de nuestra cultura. Polibio no vuelve a mencionar a Régulo tras su captura en el campo de batalla, y es probable que muriera oscuramente en las prisiones cartaginesas. Pero muchos escritores latinos posteriores (nada menos que Cicerón, Tito Livio, Floro, Valerio Máximo, Aulo Gelio) dieron crédito a esta hermosa y conocida historia: en el 251-250 los cartagineses habrían devuelto al antiguo cónsul a Roma, tras años de cautividad, con la misión de obtener un intercambio de prisioneros y, en la medida de lo posible, el fin de las hostilidades. Régulo se habría comprometido bajo juramento a volver a Cartago si la negociación fracasaba. Y ésta habría efectivamente fracasado porque él habría aconsejado al Senado la continuación de la guerra. Fiel a su juramento, habría vuelto a África para morir bajo terribles suplicios. En su tratado *Deberes*, Cicerón no dejó de mencionar y destacar este extraordinario *exemplum* haciendo acopio de toda su elocuencia, que no de su íntima convicción: ¡nada más hermoso, a nivel de la ética individual, que el sacrificio de este hombre en aras del deber! ¡Qué bello ejemplo, además, de la *fides Romana*, frente a la *fides Punica*, es decir, la perfidia púnica! En nuestra conciencia colectiva, y en el «pequeño Larousse» que, en Francia, es uno de sus guardianes, la talla de Régulo, héroe del honor salvaguardado, sigue intacta.

Los romanos tardarían más de medio siglo en volver a poner un pie en África tras aquel grave revés, al que vino a añadirse el año siguiente, en el 254, un verdadero desastre naval. Aunque consiguieron construir rápidamente una flota de guerra, carecían de experiencia en el mar y de dominio de las rutas marítimas. Y cuando, a decir de Polibio (I, 36, 10), Roma envió una flota de trescientas cincuenta naves para repatriar los restos del cuerpo expedicionario de Régulo, pese a lograr una primera victoria sobre la fuerza naval púnica de doscientas naves que había salido a su encuentro, en el viaje de vuelta el brillante éxito anterior se trocó en desastre por un error de los dos cónsules romanos que, contra la opinión de sus timoneles, habían decidido vadear los peligrosos parajes litorales del sur de Sicilia. Cerca de las costas de Camarina, una tempestad hundió casi todas las naves; sólo ochenta de ellas pudieron salvarse del naufragio. Tampoco el año siguiente, el 253, los cónsules Cn. Servilio Cepión y C. Sempronio Blaeso, pésimos almirantes, tuvieron mejor suerte. Con una nueva flota construida a toda prisa, navegaron a lo largo de las costas orientales de Túnez y, llegados a la isla de Djerba (Meninx), se dejaron sorprender por la marea y encallaron en el fondo de la Pequeña Sirte, y sólo pudieron salir tirando por la borda todo el cargamento de sus naves. De vuelta en Palermo, quisieron volver a Italia por la ruta más directa, y en una tempestad en alta mar perdieron más de ciento cincuenta barcos. Tras esta nueva catástrofe, Roma renunció a las incursiones marítimas lejanas. Los cartagineses vieron alejarse el peligro que había amenazado tan directamente sus tierras africanas y recobraron la espe-

ranza (Polibio, I, 39). Aprovecharon aquellos años, concretamente el año 247, para extender su glacis africano conquistando el lejano Thevesta, al suroeste de Cartago.

La batalla naval de las islas Égades y el fin de la guerra de Sicilia

En Sicilia, la guerra continuaba con distintas suertes, al principio con reveses para los cartagineses: tras la caída en el 254 de Palermo, su posesión urbana más importante, se vieron reducidos a sus fortalezas del extremo occidental siciliano, Lilibeo (Marsala), donde se habían atrincherado tras la destrucción de Motya en el 397, y Drepanum (Trapani), su base naval. Para conquistar esta base, los romanos no escatimaron esfuerzos y durante el asedio de la ciudad por mar y por tierra pusieron en práctica procedimientos que hoy, retrospectivamente, aparecen como un ensayo de lo que un siglo más tarde les permitirá conquistar Cartago. Para bloquear la entrada del puerto hundieron varias naves y luego improvisaron además una especie de dique, que sería arrastrado por el mar poco después, lo que despejó el acceso. Y los veinte mil soldados movilizados por Roma para asediar la ciudad no consiguieron doblegar la resistencia de sus diez mil defensores a las órdenes de Himilcón, gobernador de la plaza. En el 249, el cónsul Apio Claudio Púlquer creyó poder acabar con la defensa cartaginesa sorprendiendo con sus ciento veinte naves a la flota cartaginesa en la rada, tentativa que se saldó con una rotunda derrota y la pérdida, por parte romana, de noventa y tres naves (Polibio, I, 15). Varios golpes audaces adicionales por parte púnica en las costas sicilianas disuadieron por un tiempo a sus adversarios de un enfrentamiento naval.

Poco después, para relevar a Himilcón, Cartago envió a Sicilia al valiente defensor de Lilibeo, un joven general de gran porvenir, Amílcar Barca, quien, desde su «finisterre» siciliano, multiplicó entre el 247 y el 241 las incursiones navales en las costas italianas. Para defender mejor las plazas fuertes de Lilibeo y de Drepanum, se instaló en la acrópolis de Eryx (Erice), no lejos del templo consagrado antiguamente a Astarté (la Venus Ericina de los latinos), un nido de águilas desde el cual hostigaba al enemigo apostando sus tropas cerca de su propio campamento, en dirección a Palermo.

Hacía ya más de veinte años que duraba esta guerra, en el transcurso de los cuales Roma sobre todo había enviado al fondo del mar sumas enormes en forma de cientos de naves perdidas: 700, según Polibio, contra 400 por parte cartaginesa. Dado que el tesoro público ya no podía sufragar el esfuerzo de la guerra, el Senado recurrió a la financiación privada que incluía a todos aquellos que tenían interés en la victoria o, lo que es lo mismo, en la conquista de Sicilia. Sufragaron los gastos hombres de la clase dirigente, dice Polibio (I, 59), es decir, aquellos aristócratas campanienses que ya veíamos activos en los orígenes del conflicto. Bien a título individual, bien agrupándose en consorcio, financiaron la construcción y el equipamiento de las naves, exigiendo a cambio, en caso de victoria, tan sólo el reembolso de las sumas adelantadas. Así

fue como una flota de doscientas naves, al mando del cónsul Lutacio Catulo, zarpó determinada a aislar Drepanum y Lilibeo de toda comunicación por mar. Cartago, por su parte, envió una escuadra de refuerzo y abastecimiento a Amílcar. El choque naval decisivo tuvo lugar en la primavera del 241 junto a las islas Égades, delante del reducto defendido por los púnicos, que acabaron derrotados. Amílcar Barca, que perdió toda esperanza de ayuda por mar, recibió de Cartago plenos poderes para iniciar negociaciones con el cónsul romano. De él obtuvo honores de guerra para sus soldados y para las tropas de Giscón, el gobernador de Lilibeo, que pudieron conservar sus armas y su libertad mediante el pago de un modesto rescate. Para Cartago, que ya sólo ocupaba una ínfima parte de tierra siciliana, el tratado de paz definitivo parecía relativamente ventajoso: abandono de toda pretensión sobre Sicilia y las islas Eolias. Las cláusulas financieras, al principio blandas en el primer proyecto de convención entre el cónsul y los negociadores cartagineses, fueron agravadas por exigencia del pueblo romano, dice Polibio (I, 63, 1). Cartago tuvo que pagar inmediatamente 1.000 talentos euboicos y otros 2.200 talentos en diez anualidades. Aunque resulta difícil estimar con cierta precisión lo que representaba esta suma entonces, lo que sí está claro en todo caso es que estaba lejos del coste real que esta guerra había supuesto para los romanos.

Cartago, en este asunto, perdió mucho más que un pequeño rincón de Sicilia. Era también el primer eslabón de una red que empezaba a deshacerse. Las dos grandes islas del norte, Cerdeña y Córcega, eran ahora vulnerables. Su defección sería la consecuencia —no inmediata— de las dificultades financieras de la ciudad púnica.

La guerra de los mercenarios

Tras la conclusión de la «paz de Lutacio» quedaban en Sicilia occidental 20.000 hombres del ejército púnico, en su mayoría mercenarios —los demás eran libios, súbditos de Cartago—, que las cláusulas del tratado prohibían desmovilizar en la misma isla. Correspondió a Giscón la tarea de repatriarlos a África. Lo hizo con habilidad, por pequeños grupos y escalonando las salidas, para dar tiempo al gobierno de Cartago a pagar a los soldados gradualmente, y devolver a los mercenarios licenciados a sus países de origen. Pero el Senado cartaginés reaccionó con mezquindad: dejó que los mercenarios llegados de Sicilia se reagruparan en la ciudad, con la esperanza de poder obligarles, mediante una negociación global, a aceptar la renuncia de una parte de su sueldo (Polibio, I, II, 66). Luego, dada su proliferación en la misma Cartago, se decidió reagruparlos en Sicca (El Kef). Allí, el gobernador militar del territorio africano de Cartago, aquel Hannón que había expandido pocos años antes las fronteras libias con la conquista de Thevesta, les propuso, en una arenga sobre la crisis financiera de la República, liquidar su sueldo a un precio inferior al convenido. El campamento de Sicca estaba repleto de iberos, galos, ligures, baleares, griegos y africanos: tantas lenguas diferentes, y la malicia de algunos ofi-

ciales, hicieron el discurso de Hannón incomprensible o inaceptable. Porque además aquellos hombres desconfiaban de un jefe bajo cuyas órdenes no habían servido. Los mercenarios se rebelaron y acamparon masivamente cerca de Túnez. Allí, viendo que su amenaza podía hacer mella en el gobierno púnico, aumentaron sus exigencias: tras pagárseles el sueldo debido, exigieron el reembolso de sus equipos, caballos... El Senado de Cartago designó a Giscón como árbitro.

Las célebres páginas de la novela de Flaubert, históricamente exactas en sus líneas generales porque se atienen minuciosamente a nuestra única fuente, Polibio, popularizaron a los héroes de aquella revuelta. Al igual que Polibio, Flaubert destacó sobre todo a uno de aquellos «semigriegos», como los llamó el historiador, es decir, antiguos esclavos de cultura helena escapados de las ergástulas de Sicilia o del sur de Italia: Espendio, un campaniense tránsfuga de Roma, que llevaba todas las de perder con una solución negociada de la crisis con Cartago. Además de fuerza física y de coraje, según Polibio, poseía algo muy excepcional entre los bárbaros que le rodeaban: la inteligencia táctica y la elocuencia. No le costó convencer al jefe de los libios, Matos, de que hiciera causa común con él. Matos se había destacado en la revuelta precedente como un líder activo y, en tanto que africano, sabía que no podría escapar al resentimiento de Cartago. Le fue fácil convencer a sus compatriotas de que Cartago se vengaría en ellos una vez los demás hubieran regresado a sus países. Ambos hombres consiguieron vencer, mediante el terror, toda oposición en el campamento de mercenarios y constituir un frente común contra Giscón. Éste, que había empezado a pagar a los mercenarios de origen extranjero, respondió a los libios que le reclamaban sus haberes que se dirigieran a su general, Matos. Esta réplica desencadenó la ira de los libios, que se precipitaron sobre las arcas del cartaginés, y Matos y Espendio, atizando su cólera para forzarles a cometer lo irreparable, se llevaron y encadenaron a Giscón y a su séquito.

Fue el principio de una «guerra inexpiable» (Polibio, I, 65, 6), es decir, implacable, salvaje. Este carácter de atrocidad de la guerra de los mercenarios, que Polibio llama también «guerra de África», por oposición a la que acababa de librarse en Sicilia, se debe sobre todo a sus aspectos de guerra civil (los libios del territorio africano eran súbditos de Cartago) y casi revolucionaria. Los historiadores más recientes (G. Ch. y C. Picard, 1970, pp. 199-203; J. P. Brisson, 1973, pp. 109-120; F. Decret, 1977, pp. 171-173; W. Huss, 1985, pp. 252-259) han destacado estos aspectos que no resultan evidentes en el relato del historiador griego.

Matos y sus aliados enviaron emisarios a las principales ciudades de África para incitarlos a liberarse del yugo de Cartago y solicitar su ayuda. Estos llamamientos recibieron un amplio eco: casi todas las poblaciones de África, dice Polibio (I, 70, 9), se pusieron al lado de los insurgentes y les proporcionaron provisiones y refuerzos. La mayoría de los libios de los territorios controlados por Cartago hicieron causa común con los mercenarios; las mujeres entregaron sus joyas. Matos y Espendio pudieron así recoger cantidades importantes con que pagar los retrasos de los mercenarios y financiar la insurrección. Esta solidaridad es fácil de explicar: Cartago había presionado a los africanos durante

la larga guerra de Sicilia exigiéndoles la mitad de sus cosechas y el pago por duplicado de sus tributos para costear sus ejércitos. Enseguida 70.000 libios, según Polibio (I, 73, 3), se unieron a los mercenarios. Estas fuerzas fueron divididas en tres grupos. Dos ejércitos fueron a sitiar Útica y Bizerta (Hippo Dhiarrytus), que habían permanecido fieles a Cartago. El tercer cuerpo del ejército, acantonado cerca de Túnez, cortó el istmo y aisló la metrópoli púnica del continente (fig. 230). Para salvar Útica, el Consejo de Ancianos llamó a Hannón, el vencedor de Thevesta, quien en un primer momento pudo dispersar a los sitiadores, pero estropeó su triunfo con su blandura y su desidia. Flaubert se divirtió esbozando en su novela un retrato-acusación de un sufete obeso que calentaba sus úlceras en baños calientes, y se atracaba con glotonería de viandas exquisitas o exóticas.

En este momento vemos reaparecer a Amílcar Barca, considerado por Polibio, que se hacía eco del punto de vista romano, como el mejor jefe militar de la época (I, 64). Cartago le confió el mando de la guerra contra los insurgentes, junto con nuevos mercenarios, algunos tránsfugas del campo enemigo, y fuerzas de infantería y de caballería reclutadas entre los ciudadanos, en total unos diez mil hombres. Una maniobra audaz —una marcha imprevista por el cordón arenoso que, desde esa época, cerraba el golfo de Útica desde Gammarth en dirección a Ras el-Mekki— le permitió acabar con el asedio de Útica y masacrar a miles de mercenarios. Luego su alianza con Naravas y sus jinetes númidas le ayudó a obtener una nueva victoria. Amílcar utilizó también la seducción: aceptó entre sus fuerzas a aquellos prisioneros que aceptaron alinearse con él y dejó partir a los demás, contentándose con su promesa de no volver jamás a luchar contra Cartago.

Aquí se sitúa el episodio que justifica el nombre de guerra inexpiable. Los principales jefes rebeldes, con Matos y Espendio a la cabeza, calibraron inmediatamente el peligro de división entre sus filas propiciado por la hábil actitud de Amílcar, y, para atajarlo, propusieron en asamblea una respuesta brutal, que implicaba a todo el mundo sin esperanza de vuelta atrás, y que formularon por boca de un jefe galo, Autarito que, gracias a su dominio de la lengua púnica, de la que muchos tenían conocimientos rudimentarios, logró hacerse entender por casi todos los mercenarios. Giscón, el antiguo gobernador de Lilibeo que había llevado las primeras conversaciones con ellos en Sicca y que se encontraba todavía en sus manos, murió entre atroces torturas junto a centenares de sus compañeros. La conmoción en Cartago fue enorme, y se pidió a los generales Amílcar y Hannón que unieran sus fuerzas para acabar con los mercenarios. Pero sus desavenencias propiciaron una innovación, que podría llamarse «democrática», en la designación de los responsables militares: el Consejo de Ancianos aceptó transferir esta responsabilidad al ejército, y el ejército designó a Amílcar.

Era el año 238. Esta guerra de los mercenarios duraba ya tres años. Pero los acontecimientos se precipitaron. Amílcar consiguió atraer al grueso de los insurrectos, cerca de cuarenta mil hombres, a un desfiladero que, dice Polibio (I, 85, 7), «se llama la Sierra, debido a su parecido con este instrumento». Este

lugar, que Flaubert llamó «el desfiladero del Hacha», no ha podido identificarse con precisión, pero podría situarse en las inmediaciones del Zaghouan o del Djebel Ressas (fig. 230). Allí los mercenarios, agotados por el hambre, fueron masacrados por los elefantes de Amílcar. Hechos prisioneros, Espendio y los demás jefes fueron crucificados delante del recinto amurallado de Cartago, a la vista de Matos, que aún asediaba la ciudad. Éste devolvió a los cartagineses su gentileza capturando y crucificando al primer general de Amílcar, de nombre Aníbal —al que no hay que confundir con el hijo de Amílcar, por entonces todavía un niño. Pero fue el final de la aventura para el jefe libio. Pronto cayó también prisionero, y su caída supuso la sumisión general de los africanos. Ni Útica ni Bizerta pudieron resistir mucho tiempo. En cuanto a Matos, expió su crimen —haber hecho temblar a Cartago, él, un súbdito indígena— sufriendo por las calles de la ciudad las crueldades de un «vía crucis» que inspiró a Flaubert, en las páginas magistrales de su libro, un cuadro digno de figurar en una antología del jardín de los suplicios.

Cartago había estado al borde de su perdición. Esta guerra de los mercenarios tendría también consecuencias desastrosas en el ámbito exterior. Durante los tres años que duró la penuria de Cartago, el clan dominante en el Senado romano, que había impuesto la paz moderada del 241 tras la guerra de Sicilia, se abstuvo de intervenir y evitó toda iniciativa susceptible de agravar la situación de los vencidos. Es cierto que muchos mercaderes italianos abastecieron a los insurgentes, y los guardacostas cartagineses capturaron centenares de ellos. Pero Roma, reconociendo inmediatamente su error, intercambió estos *negotiatores* cautivos por los últimos prisioneros cartagineses todavía detenidos desde el final de la guerra de Sicilia, y autorizó a sus mercaderes a exportar a Cartago, pero manteniendo el bloqueo respecto a los mercenarios. A los habitantes de Útica, que ofrecieron entregar la ciudad, Roma respondió con una negativa. Y tampoco aceptó la invitación de los mercenarios de Cerdeña, asimismo sublevados, para tomar posesión de la isla (Polibio, I, 83). Tanta moderación sorprende. Nuestras fuentes la explican por el deseo de Roma de ajustarse a las obligaciones emanadas de los tratados, en este caso el del año 241. Pero también cabe sospechar otro motivo para explicar esta aparente mansedumbre: el principio de la cimentación de un imperialismo económico, paralelo a un imperialismo político y militar todavía naciente.

Pero Roma se mantenía a la escucha de la política interna de Cartago; y estaba inquieta: la pérdida de influencia de los gerontes, y con ella la de sus elementos más moderados, como aquel Hannón, más preocupado por la expansión africana que por aventuras ultramarinas, jugaba en favor de un jefe temido por los romanos como Amílcar Barca. Así se explicaría el sorprendente cambio de actitud de Roma respecto a Cerdeña, en los años 238-237, tras la guerra de los mercenarios. Muchos de éstos, que habían permanecido allí, buscaron refugio en Italia para huir de la hostilidad de las tribus sardas. Y cuando propusieron al Senado la conquista de la isla, que había quedado de alguna forma sin herederos, esta vez su llamada fue escuchada. La injerencia de Roma supuso una verdadera violación del tratado del 241, que dejaba Cerdeña al mar-

gen de las condiciones de paz. Cartago se dispuso a reaccionar con una expedición que debía reunirse con el ejército de Amílcar en España. El Senado romano «votó la guerra», lo que autorizaba a sus embajadores a declararla si los cartagineses no cedían. Pero Cartago, agotada por años de lucha, cedió. Tuvo que renunciar a Cerdeña y aceptar además el pago a Roma de una indemnización suplementaria de 1.200 talentos. Designado para tomar posesión de Cerdeña en nombre de Roma, el cónsul Sempronio Graco se hizo también con Córcega.

Los Bárcidas en España

En un cuarto de siglo, las posiciones de unos y otros sobre el tablero del Mediterráneo occidental se habían modificado profundamente. Cartago salió marginada de estos años de guerra, y reducida en lo esencial a su territorio africano, que había sabido acrecentar. Para salvaguardar su vocación de potencia comercial, necesitada de puntos de apoyo fuera de África, empezó a mirar hacia el oeste, hacia el sur de España, donde una antigua implantación fenicia le facilitaba un establecimiento (fig. 231). Este principado ibérico, tan parecido a veces a una empresa familiar, fue obra de Amílcar Barca, y la historiografía moderna le ha dado el nombre, un tanto exagerado, de «reino bárcida».

El joven Aníbal, su hijo, tenía nueve años cuando Amílcar, a punto de zarpar con su ejército hacia España, le hizo jurar solemnemente sobre el altar de Zeus (léase Baʿal Shamin), donde celebraba un sacrificio, que nunca sería amigo de los romanos (Tito Livio, XXI, 1, 4). Cincuenta años más tarde, refugiado en casa de Antíoco de Siria, también hostil a los romanos, Aníbal revelaría, empujado por las dudas de su anfitrión sobre su fidelidad, aquel juramento que había marcado su vida y dictado su conducta (Polibio, III, 11). El rasgo es más que una simple anécdota y no hay razón para considerarlo, como a veces se ha hecho (J. P. Brisson, 1973, p. 132), una invención tardía de los anales romanos deseosos de justificar moralmente la política agresiva de Roma contra Cartago. Confirma el espíritu con que Amílcar abordó la empresa española. No se trataba solamente de borrar su inmerecida derrota de Sicilia. No era sólo cuestión de establecer mediante el control directo de las riquezas mineras de Andalucía los fundamentos de una nueva prosperidad para Cartago, aunque efectivamente fuera uno de los objetivos asignados a esta política. Amílcar miraba más lejos. Quería instaurar en el sur de Iberia una administración política y militar similar a la que los púnicos habían establecido en África, y convertir esta extensa base territorial, suficientemente alejada de Roma para quedar al abrigo de sus golpes, en un trampolín que le permitiera «reiniciar la aventura momentáneamente interrumpida» (F. Decret, 1977, p. 179). En esto Amílcar iba más allá de la misión que se le había confiado.

Se ha querido convertir la «hora española» en un momento muy original de la historia de Cartago. La tarea no es fácil, puesto que habría que ceder a la tentación de identificar el poder establecido en España por Amílcar y sus

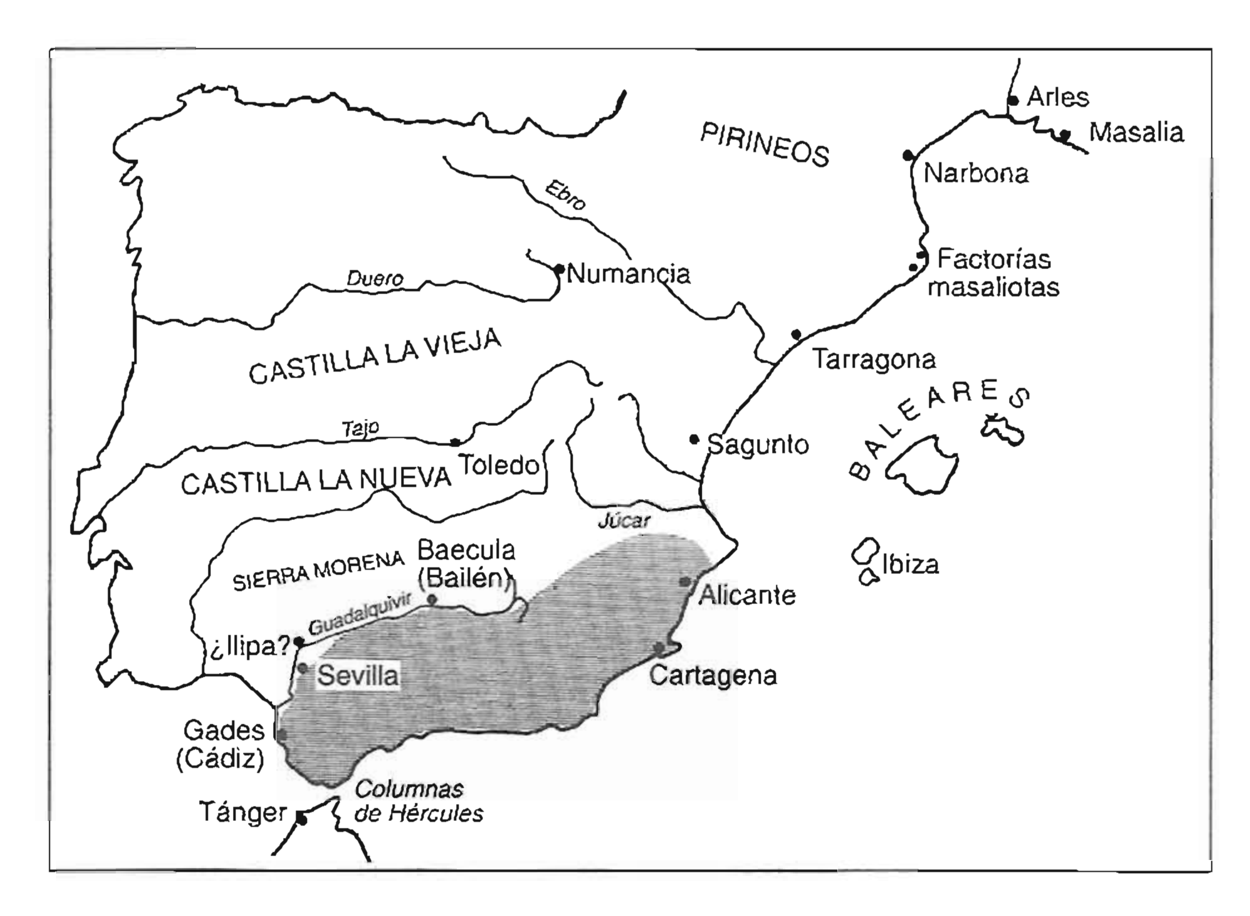


FIGURA 231. La península ibérica en época púnica. En gris, extensión probable del «reino bárcida».

sucesores con una monarquía de tipo helenista, basada en la persona de un jefe «carismático» y en una religión dinástica con un panteón constituido por las divinidades que, unidas en tríadas, figuran en el famoso juramento de Aníbal (*supra*, p. 195). ¿Crearon los Bárcidas «un Estado independiente de hecho si no de derecho» en España (G. Ch. y C. Picard, 1970, p. 213)? Esta afirmación se basa concretamente en las efigies que figuran en las monedas procedentes del sur de España, y que de hecho pueden atribuirse a una acuñación bárcida de finales del siglo III (fig. 232). Se ha querido ver en ellas el retrato de Amílcar Barca y de su yerno Asdrúbal, representados como monarcas helenos, coronados con un laurel y ceñidos con la diadema real; y la maza que aparece en una de estas monedas —donde se reconoce a Amílcar— sería además la prueba de un deseo de asimilación con Heracles-Melqart, la gran divinidad gaditana. Pero la identificación de estas efigies como retratos de los jefes bárcidas es polémica. Habría también que considerar con cierta prudencia la tradición que se remonta a un historiador romano muy hostil a Cartago, Fabio Pictor, según el cual Amílcar habría ido a España por iniciativa propia, sin apoyo del gobierno de Cartago, y tras su muerte, su yerno y sucesor, Asdrúbal, habría intentado cambiar la constitución de Cartago para instaurar la monarquía. Lo cierto es que Amílcar Barca gozó en España de un proconsulado duradero —cosa que había faltado cruelmente a los generales púnicos de las guerras de Sicilia—, basado en un ejército fuertemente cohesionado en torno a su perso-





FIGURA 232. Amílcar Barca, a la izquierda, y su yerno Asdrúbal, a la derecha, en monedas púnicas acuñadas en España, según Villaronga. El personaje de la izquierda, con la maza, está representado según el tipo de Heracles-Melqart.

na, dotado de una amplia autonomía, y que presentaba ciertos aspectos dinásticos. Amílcar encontró la muerte en el 229, al ahogarse en el Júcar durante su retirada frente a los celtiberos oretanos, y dado que sus hijos Aníbal y Asdrúbal el Joven no tenían todavía edad para sucederle, el ejército eligió a Asdrúbal el Viejo, su cuñado, y Cartago no hizo más que ratificar la elección.

No entraremos aquí en los detalles de la «gesta» ibérica de los Bárcidas, más propia de la historia antigua de España que de Cartago. Sobre todo porque las campañas arqueológicas hoy en curso en el sur de este país, muy activas por cierto, permitirán seguramente precisar la realidad de la implantación púnica en el *hinterland* de Tartessos en esta época. Instalado primero en Gades, Amílcar empezó reabriendo para las finanzas púnicas las minas de oro y plata que iban a permitir a la metrópoli cancelar sus deudas. Deseoso de extender lo más al norte posible la esfera de influencia cartaginesa por la costa oriental, en el 231 estableció su cuartel general en un lugar conocido por su nombre griego *Akra Leuke* (cabo Blanco), hoy Alicante. Asdrúbal consolidó su obra y no dudó en fundar en esta misma costa, al sur de Alicante, una «nueva Cartago» (en latín *Carthago Nova*, Cartagena), que fue considerada por sus contemporáneos como una capital (Polibio, III, 15). El mismo historiador (X, 10) nos ha dejado una descripción de esta ciudad, que él llegó a conocer, y en ella nos habla del suntuoso palacio construido por Asdrúbal, casado en segundas nupcias con la hija de un rey ibero, acentuando así las tendencias monárquicas del gobierno de la España cartaginesa.

Asdrúbal murió en el 222 apuñalado por un «patriota» celtibero, pero poco antes, en el 226, había firmado, en nombre de Cartago, un tratado con una embajada romana por el que se prohibía a los cartagineses «cruzar en armas el río Iber» (Polibio, II, 13, 7; III, 27, 9). Es decir, el Ebro, que desemboca en el Mediterráneo algo más al sur de Tarragona, y bastante más al norte de Sagunto. Es probable que el Senado romano estuviera menos preocupado por

contener la expansión cartaginesa que por asegurarse la neutralidad púnica en la peligrosa situación creada por las turbulentas tribus celtas. Pero existe una dificultad de interpretación en un pasaje de Polibio (III, 30, 2-3), en el que el historiador griego parece considerar el ataque de Aníbal contra Sagunto como una infracción del tratado firmado por Asdrúbal. Para resolver esta dificultad se ha considerado que, o bien Polibio se equivocó creyendo que Sagunto estaba al norte del Ebro (identificación clara del «río Iber»), o bien el Iber mencionado en el tratado no es el Ebro sino otro río, tal vez el Júcar: esta última es la opción de algunos autores, siguiendo a J. Carcopino (por ejemplo, G. Ch. y C. Picard, 1970, p. 218). Pero basta con releer otro párrafo de Polibio (III, 6) para dar con la buena solución: cuando menciona la opinión de sus contemporáneos sobre las razones inmediatas de la guerra, precisa «como primera causa, el asedio de Sagunto por los cartagineses y, como segunda causa, la travesía por parte de los mismos cartagineses del río que las gentes del país llaman Iber». El tratado firmado por Asdrúbal databa del 226. Evidentemente en el 219, año del inicio de las hostilidades, Sagunto, al sur del Ebro, se había convertido en aliada del pueblo romano y, como tal, protegida contra los avances de los cartagineses por las cláusulas ya viejas del tratado de Lutacio. La toma de Sagunto se convertía, pues, en un *casus belli*, al que Aníbal añadiría un segundo al cruzar poco después el río Iber, el Ebro. Que tenía conciencia de ello se desprende de las palabras que dirigió a sus soldados, a finales del 218, en vísperas de la batalla del Tesino, burlándose del afán de los romanos por condenarlos a la total inmovilidad: «Los límites que han fijado no los observan ni ellos. "¡No crucéis el Ebro! ¡Ninguna relación con los saguntinos!" "¿Estará Sagunto encima del Ebro?" "¡No deis un solo paso!"» (Tito Livio, XXI, 44, 5-6).

La guerra de Aníbal o «Segunda guerra púnica»

La figura de Aníbal en la historia y en la leyenda es tan grande que se necesitaría al menos todo un libro para contenerla, aun sin incluir esa segunda vida en el exilio al que le confinaron la hostilidad de Roma y la ingratitud de los suyos desde el 195. En el corazón mismo de este destino excepcional, los años que duró la campaña que le llevó de España al sur de Italia son un tema casi inagotable para los historiadores. Sólo la travesía de los Alpes podría llenar una biblioteca entera.

Seguiremos a Aníbal en su gigantesca aventura, aunque sin detenernos en los detalles ni en todas las facetas de una personalidad rica y diversa, fascinante incluso por lo que respecta a su apariencia física (G. Ch. Picard, 1967, pp. 204-208) (fig. 233). En la época de la toma de Sagunto, en el 219, tenía poco más de veinticinco años. Tito Livio (XXI, 4, 2) menciona el reflejo de su imagen en las miradas de los veteranos de Amílcar: «Los viejos soldados veían en él a Amílcar joven redivivo; el mismo vigor en su fisonomía, la misma energía en la mirada, la misma apostura, los mismos rasgos». Y el historiador añade a continuación que el joven oficial hizo que cuanto tenía de su padre

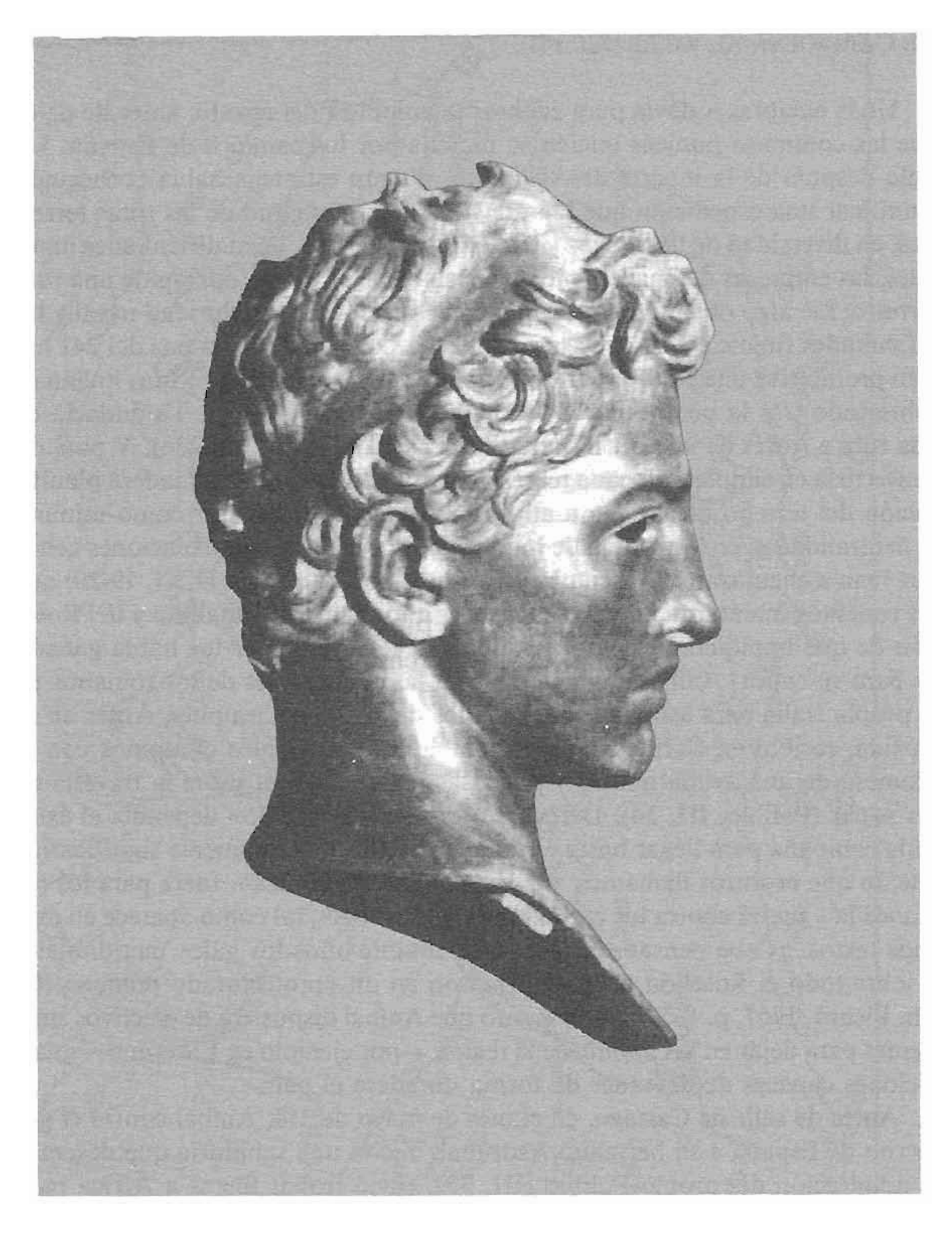


FIGURA 233. El bronce de Volubilis: retrato de Aníbal, según G. Ch. Picard; cabeza del Juba II, según la *communis opinio*.

quedara relegado a un segundo término frente a sus soldados. Este célebre retrato, coloreado de una evidente parcialidad cuando aborda los aspectos morales y religiosos del personaje, muestra que el jefe de la guerra, pese a su todavía corta experiencia pero con excepcionales cualidades personales, estaba a la altura del prodigioso desafío.

DE CARTAGENA AL VALLE DEL PO

Unas palabras todavía para calibrar la amplitud del retrato, antes de dejar que las columnas púnicas inicien su marcha por los caminos de España. Un siglo después de la muerte de Alejandro, ningún estratega había conseguido planificar una expedición que lograra superar, en longitud de las rutas terrestres, en diversidad de territorios y naciones implicadas, ni en dificultades naturales, las empresas del macedonio en Oriente. Claro que la opción de una ruta terrestre fue algo obligado para Aníbal: la situación de inferioridad naval y las dificultades financieras en que se encontraba Cartago desde la paz del 241 hacían prohibitiva una flota capaz de abordar una armada en las costas italianas, sobre todo tras la pérdida de los enclaves insulares de enlace. La audacia de una ruta a través de valles y montañas era pues obligada (fig. 234). Y para no convertirla en simple y alocada temeridad, era necesaria una verdadera planificación del terreno que se iba a atravesar. Había que asegurar como mínimo la neutralidad y, en la medida de lo posible, la ayuda de las poblaciones celtas que iban a encontrar por el camino. Sabemos por Tito Livio (XXI, 19-20) que los romanos intentaron en vano convencer a los galos de Cataluña y del Rosellón de que impidieran el paso a Aníbal. El jefe púnico se los había ganado ya para su causa. Aníbal también conocía las dificultades de los romanos en la propia Italia para asimilar a los pueblos de la Galia Cisalpina. Antes de su partida, recibió en Cartagena a los notables de estos galos cisalpinos con la promesa de una ayuda militar y preciosas informaciones sobre la travesía de los Alpes (Polibio, III, 34). Del acierto de este «plan galo» dependía el éxito de la campaña para llegar hasta el valle del Po. Resulta altamente significativo que, lo que nosotros llamamos «la segunda guerra púnica», fuera para los romanos la «guerra contra los cartagineses y los galos», tal como aparece en muchos textos. ¿Cabe pensar entonces que durante años los galos meridionales y sobre todo el Rosellón se transformaron en un «protectorado púnico» (G. Ch. Picard, 1967, p. 165)? No es seguro que Aníbal dispusiera de efectivos suficientes para dejar en los *oppida* de la región —por ejemplo en Enserune— guarniciones capaces de defender de forma duradera el país.

Antes de salir de Cartago, en el mes de mayo de 218, Aníbal confió el gobierno de España a su hermano Asdrúbal. Y con una sabiduría que despertó la admiración del propio Polibio (III, 33), envió tropas iberas a África para garantizar su seguridad, y paralelamente trasladó tropas africanas a España. Aníbal partió con noventa mil soldados de infantería y doce mil jinetes. Encontró una fuerte resistencia en las tribus celtiberas de la Cataluña meridional y tuvo que dejar allí una parte de sus efectivos antes de cruzar el puerto del Perthus. Al final del verano del 218 ya había llegado al Ródano; lo cruzó no por Beaucaire, como a veces se cree, sino más arriba, sin duda a la altura de su confluencia con el Cèze, cerca de Orange. Gracias a la rapidez de la marcha, consiguió evitar el enfrentamiento de su ejército, reducido ahora a cincuenta mil hombres a pie, nueve mil jinetes y treinta y siete elefantes, con las dos legio-

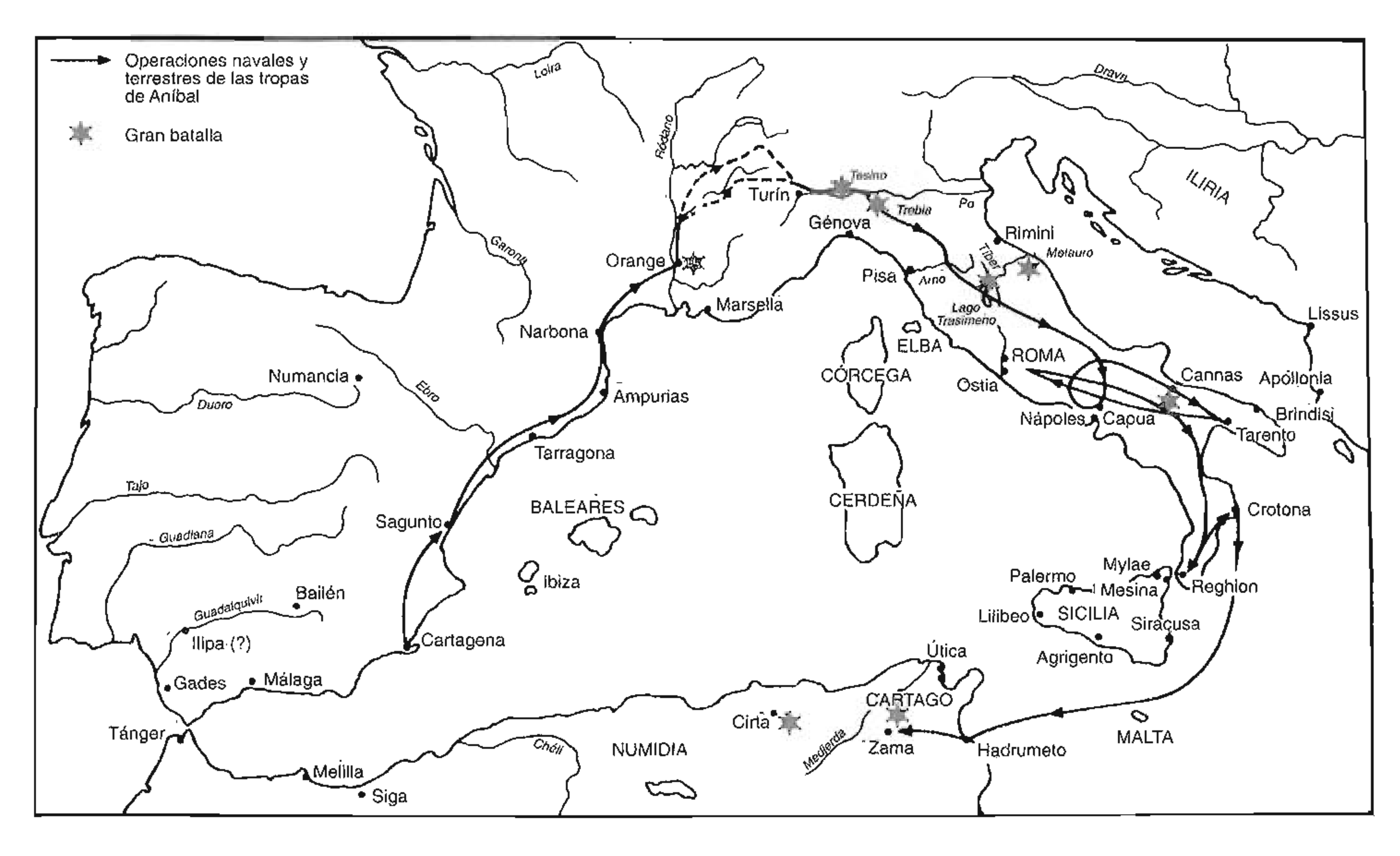


FIGURA 234. De Cartagena a Zama (218-202 a.C.).

nes que Roma había desembarcado en Marsella bajo el mando de P. Cornelio Escipión, el padre del que sería el primer Africano.

Hoy parece prácticamente seguro, aunque carezcamos de pruebas decisivas —y el debate siga, pues, abierto—, que Aníbal remontó la orilla izquierda del Ródano hasta su confluencia con el Isère, que remontó también para iniciar el desvío siguiendo el curso del Maurienne y atravesar los Alpes o bien por el puerto del Clapier, bien por el antiguo paso del Petit-Mont-Cenis. Algunos autores mantienen que el jefe púnico optó por este itinerario un tanto largo y poco frecuentado por razones políticas: Aníbal, siempre bien informado, habría sacado partido de la división interna de los alóbroges, apoyando a la futura fracción vencedora y ganándose así sus buenos oficios (G. Ch. y C. Picard, 1970, p. 248; J. P. Brisson, 1973, p. 167). Pero ¿tenía otra alternativa? El objetivo inmediato de Aníbal aquel verano de 218 era llegar lo antes posible al valle del Po para engrosar su ejército con contingentes celtas que sabía que encontraría allí. Mapa en mano, se diría que la vía más corta para lograrlo eran las costas ligures. Pero tomar esa ruta habría sido una locura, porque suponía tener que vencer previamente la resistencia de Marsella, fiel aliada de Roma, y también porque, en aquellos pasos estrechos del litoral, hubiera quedado expuesto a las emboscadas de los salteadores ligures, y también a los golpes de mano de la flota romana. La ruta mejor era la antigua «vía herculiana» —porque se decía que el primero en abrirla había sido Hércules, el héroe epónimo de todos los grandes puertos del mundo antiguo—, que remontaba el Durance y atravesaba los Alpes por el puerto del Mont-Genèvre. Otra variante muy utilizada todavía en la Edad Media y principios de los tiempos modernos doblaba a la derecha por el valle del Guil para ganar a través del Queyras el puerto de la Traversette, cerca del monte Viso. Pero el desembarco de las legiones de Escipión en Marsella había cortado esta vía a Aníbal porque, de tomarla, habría puesto en grave peligro a su ejército en los parajes del Luberon.

La estrategia de Aníbal había previsto esta eventualidad y preparado un itinerario de recambio, ya mencionado, que cruzaba el Ródano al norte de Beaucaire. Y, ante esta perspectiva, se había asegurado anticipadamente, incluso antes de salir de España, los servicios de guías indígenas. Sabía que, cuanto más se alejara del mar, menos posibilidades había de toparse con los romanos (Tito Livio, XXI, 31, 2). De hecho, desde que Escipión conoció las disposiciones adoptadas por su enemigo, en lugar de lanzarse tras él, confió sus dos legiones a su hermano Cneo para que las hiciera pasar a España, y él volvió a Italia para esperar con otro ejército la llegada del invasor en los valles de la Cisalpina.

La travesía de los grandes puertos alpinos a finales de año, con la llegada del invierno, tuvo que ser desde luego agotadora, y seguramente los autores antiguos no exageraron al describir estas dificultades (Tito Livio, XXI, 36, copia textualmente a Polibio, III, 55; pero añade en el capítulo siguiente, 37, la historia del vinagre vertido en las rocas previamente calcinadas, que otros recuperaron, desde Plinio el Viejo hasta Apiano y Juvenal, y que inspiró algunos

infructuosos ensayos de historiadores aficionados, ávidos de trabajos prácticos). Aníbal logró atravesar los Alpes en apenas quince días, pero pagó un precio muy alto en vidas humanas. Al llegar al territorio de los insubros, cerca de Turín, contaba con un ejército de infantería de sólo doce mil africanos y ocho mil iberos, y seis mil jinetes. Según Polibio (III, 56), son las cifras que el mismo Aníbal hizo grabar en la famosa estela del cabo Lacinio en memoria de sus *res gestae*.

De victoria en victoria

Las páginas que los historiadores antiguos consagran a la campaña italiana del jefe púnico dos años después son otros tantos testimonios de victorias. No había terminado aún el año 218 cuando Aníbal derrotaba a Escipión, que fue gravemente herido en el Tesino, cerca de Verceil, y los galos que servían en las filas romanas se volvían contra Roma para ponerse al servicio de Aníbal. En los últimos días de diciembre, el segundo cónsul, Sempronio Longo, caía en una trampa tendida por Aníbal a orillas del Trebia, y perdía veinte mil hombres (fig. 235). El jefe cartaginés, interesado en preservar la elite de sus tropas, había perdido sobre todo ayudantes galos, aunque el frío intenso y húmedo también causara estragos entre los suyos. Muchos caballos y mulas, y casi todos los elefantes, habían caído. Aníbal pasó el invierno cerca de Bolonia para reponer sus fuerzas, y allí acudieron miles de galos dispuestos a ponerse bajo sus órdenes. El cartaginés apreciaba su ayuda, pero desconfiaba de ellos y de su proverbial inestabilidad, dado que, además, los trataba sin miramientos. Polibio (III, 78) cuenta al respecto una «estratagema típicamente fenicia» del jefe púnico: para evitar ser reconocido con demasiada facilidad en su propio campo, hizo fabricar varias pelucas para diferentes edades de la vida, y se las ponía según el papel deseado, escogiendo cada vez atavíos apropiados para cada peluca. Parece que ni sus familiares podían reconocerle fácilmente.

La primavera del 217 fue cruda y lluviosa en el norte de Italia. En las zonas pantanosas de la región del Arno las tropas sufrieron mucho. El propio general, aquejado de una oftalmía, perdió un ojo por falta de cuidados. Montaba el único paquidermo que había sobrevivido. Así nació la imagen secular del «jefe tuerto montado en un elefante getulo».

Recuperado de ese mal paso, Aníbal retomó rápidamente la iniciativa, continuó su ruta a través de la Toscana, y saqueó los campos para atraer hasta él al ejército romano más próximo, el del cónsul Flaminio, y provocar su ataque, lo que efectivamente ocurrió el día del solsticio de verano, el 21 de junio del 217. Aníbal hizo pasar a su ejército por la estrecha llanura a orillas del lago Trasimeno y acampó a la salida del paso, no sin antes acantonar tropas en los altos que cierran, por el noreste, esta especie de desfiladero. En tres horas, dice Tito Livio (XXII, 6, 1), todo se había acabado. Los romanos perdieron quince mil hombres, incluido su jefe Flaminio, contra dos mil quinientos

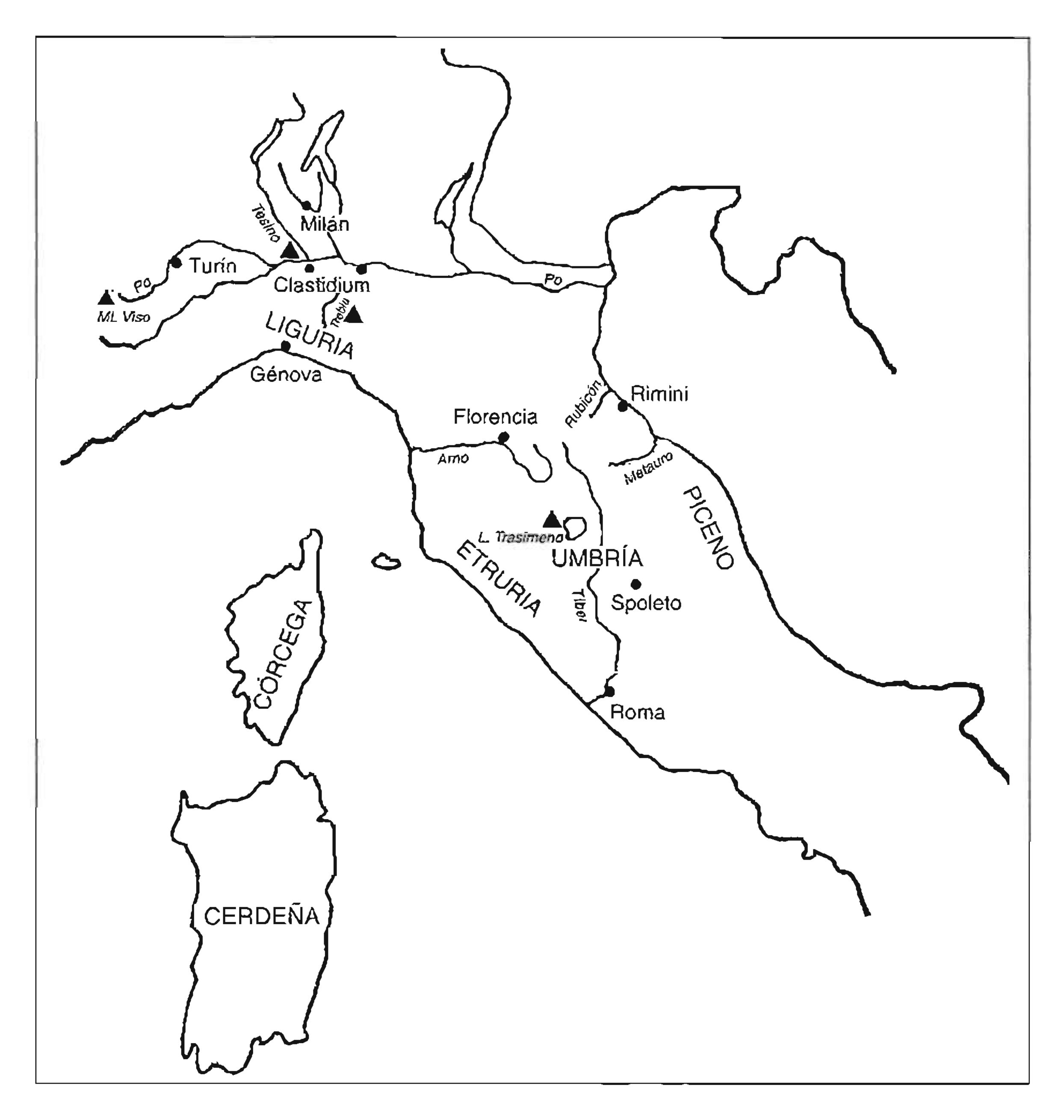


FIGURA 235. Del Tesino al Trasimeno (218-217 a.C.). Los triángulos marcan los lugares de las victorias del Tesino, del Trebia y del lago Trasimeno.

solamente en las filas púnicas. Fiel a su método de división de las fuerzas italianas, Aníbal, tras la batalla, devolvió a sus casas a los aliados de Roma sin exigir rescate, diciéndoles que había venido para liberarles y no para hacerles la guerra. Por su parte, el jefe de la caballería púnica, Maharbal, aniquilaba al otro cónsul, Cn. Servilio, y a los cuatro mil jinetes que había traído de refuerzo.

El jefe cartaginés no cometió el error de ir contra Roma; no estaba en situación de poder derrotarla. Aquello que, junto a sus débiles efectivos, constituía su principal fuerza, su sentido táctico y su rapidez de maniobra basada sobre todo en la caballería, de nada le servía en una guerra de posiciones. Un asedio requería además máquinas lentas de preparar y de utilizar. Aníbal prefirió pasar de Etruria al Piceno, en la costa adriática, cuya riqueza agrícola podía faci-

litar no sólo la recuperación de animales y hombres, sino también el reequipamiento de su infantería africana con las armas arrebatadas al enemigo en el Trasimeno.

En Roma, en este año 217, la situación política era inédita. De los dos cónsules, uno había muerto, y el otro, Servilio, aunque con sus fuerzas intactas, estaba bloqueado en Rimini y aislado de toda comunicación. Amparado por el prestigio de dos consulados y por la censura, Q. Fabio Máximo fue designado para ejercer la magistratura excepcional de la «dictadura». Aníbal no tardó en darse cuenta de que las opciones tácticas del enemigo habían cambiado. Intentó en vano atraer al combate al que pronto se conocería con el sobrenombre de Cunctator, el «Temporizador». En Campania, donde se hallaba entonces el jefe cartaginés atraído por la perspectiva de la deserción de Capua y de su rico territorio circundante, Fabio hostigó al enemigo e intentó cercarlo. Aníbal rompió finalmente aquel falso contacto y pasó el invierno del 217-216 y la primavera en Apulia. Mientras invernaba en Geronium, no lejos del Gargano, Roma recobraba la esperanza y la confianza tras varios éxitos de sus soldados. Además, en España, donde Cornelio Escipión se había instalado desde el otoño del 218, los acontecimientos se volvían en favor de Roma: Hannón, encargado de defender en Cataluña los accesos al «reino bárcida», había sido derrotado y hecho prisionero. Al año siguiente, con la ayuda de los transportes de tropas masaliotas, los romanos continuaron ganando terreno hacia el sur y se establecieron sólidamente en los alrededores de Sagunto. No sólo habían aislado a Aníbal de su retaguardia, sino que imposibilitaban la movilización de unas reservas con las que él más contaba. A finales del año 217 los comicios en Roma designaban cónsules para el 218 a Pablo Emilio y a un plebeyo, Terencio Varrón. Pronto siguieron medidas de movilización excepcionales: se formaron ocho legiones, y el maestro de caballería Minucio, cuya vehemencia le había colocado al borde de un desastre del que Fabio le había salvado, recibía un mando importante. Estaba claro que Roma se preparaba para una confrontación que deseaba fuera definitiva.

CANNAS (VERANO DEL 216)

Es lo que Aníbal estaba esperando. A principios de verano abandonó su campamento para avituallar sus tropas con la cosecha de la siega. Para precipitar los acontecimientos, conquistó la ciudadela de Cannas, a orillas del Aufido (hoy el Ofanto, en Apulia, al sur del Gargano). El 2 de agosto los romanos le presentaron esa batalla que tanto había esperado. Paradójicamente, no se sabe todavía con certeza dónde se desarrolló exactamente la más famosa batalla de toda la Antigüedad, y también la más estudiada por los estrategas modernos: si en la orilla derecha del Aufido, que parece lo más probable, o en la orilla izquierda (G. Brizzi, 1984, p. 42). Un lector poco atento tal vez se extrañe: ¿es posible que decenas de miles de muertos, y otras tantas armas abandonadas en el lugar, no dejaran ni la más mínima huella? Lo cierto es que armas y equipos

eran demasiado preciosos para ser abandonados en el campo de batalla; incluso Tito Livio (XXII, 51, 5) precisa, por si fuera necesario, que al día siguiente los cartagineses recogieron los despojos del combate. Quedaban los cuerpos; los cartagineses enterraron a los suyos (Tito Livio, XXII, 52, 6), pero nuestras fuentes permanecen mudas sobre la suerte de los muertos en las filas romanas, mucho más numerosos. Por un momento se creyó que el descubrimiento antiguo de una necrópolis en la orilla derecha del río podía corresponder a las tumbas de los muertos en la batalla. Pero un análisis más minucioso la identificó más tarde como un cementerio de época muy posterior.

Respecto a los combates, nuestras fuentes (Polibio, Tito Livio, y también Cornelio Nepote, Valerio Máximo y Frontino) son suficientemente concordantes y precisas para permitirnos seguir su desarrollo e incluso situar sus distintas fases en un mapa, para satisfacción de los amantes del *Kriegspiel*. Frente a las ocho legiones romanas, cuyos efectivos doblaban los suyos propios (los cónsules, con los ayudantes, alinearon noventa mil soldados de infantería y seis mil jinetes), Aníbal, para compensar al menos en apariencia su inferioridad numérica, desplegó su ejército en una sola línea, formando un frente tan amplio como el romano, pero infinitamente menos profundo (fig. 236). Su opción táctica se estudiaría en las academias militares hasta el siglo XIX. Dispuso, como de costumbre, su caballería en los flancos: los iberos y los celtas a la izquierda, los númidas a la derecha. En el centro, la infantería gala y española, como el *umbo* de un escudo o como un creciente con la parte convexa vuelta hacia el enemigo. Entre las extremidades del creciente y los flancos de caballería desplegó a la infantería libia en dos cuerpos iguales a ambos lados. Aníbal anticipó que el asalto enemigo se dirigiría principalmente contra el saliente de su centro, y también había previsto, si no determinado de antemano, que los iberos y los galos del saliente central cederían bajo ese primer ataque, y que la infantería romana se encontraría entonces a la altura de los africanos. Entonces éstos, mediante una simple maniobra a derecha y a izquierda, atacarían a su vez de flanco al enemigo, ahora cercado. Simultáneamente, la caballería ibera y celta del ala izquierda, bajo el mando de Asdrúbal, derrotaba al ala derecha romana y, retrocediendo tras sus propias líneas, atacaba luego el ala izquierda, que había resistido a los númidas, pero que corrió a la desbandada cuando se vio cercada. Sólo restaba a la caballería púnica un ataque por sorpresa contra la infantería romana ya atrapada en la red prevista desde el inicio de la batalla por la táctica de repliegue central ideada por Aníbal. El jefe púnico perdió cuatro mil galos y mil quinientos iberos y africanos, y unos doscientos jinetes. Por parte romana fue un desastre: murieron casi setenta mil hombres en la batalla y los dos cónsules del año anterior, Atilio y Servilio. Sólo Terencio Varrón logró ganar Venusia, junto con unas pocas decenas de jinetes (Polibio, III, 116 y 117).

¿Estaba Roma al alcance inmediato del vencedor? Maharbal, el maestro de caballería púnico, así lo creía. Se lo dijo a su jefe, al que ya veía cenando en el Capitolio al día siguiente. Aníbal contestó que tenía que pensarlo. Y recibió de Maharbal una respuesta un tanto despechada, que Tito Livio recogió en una

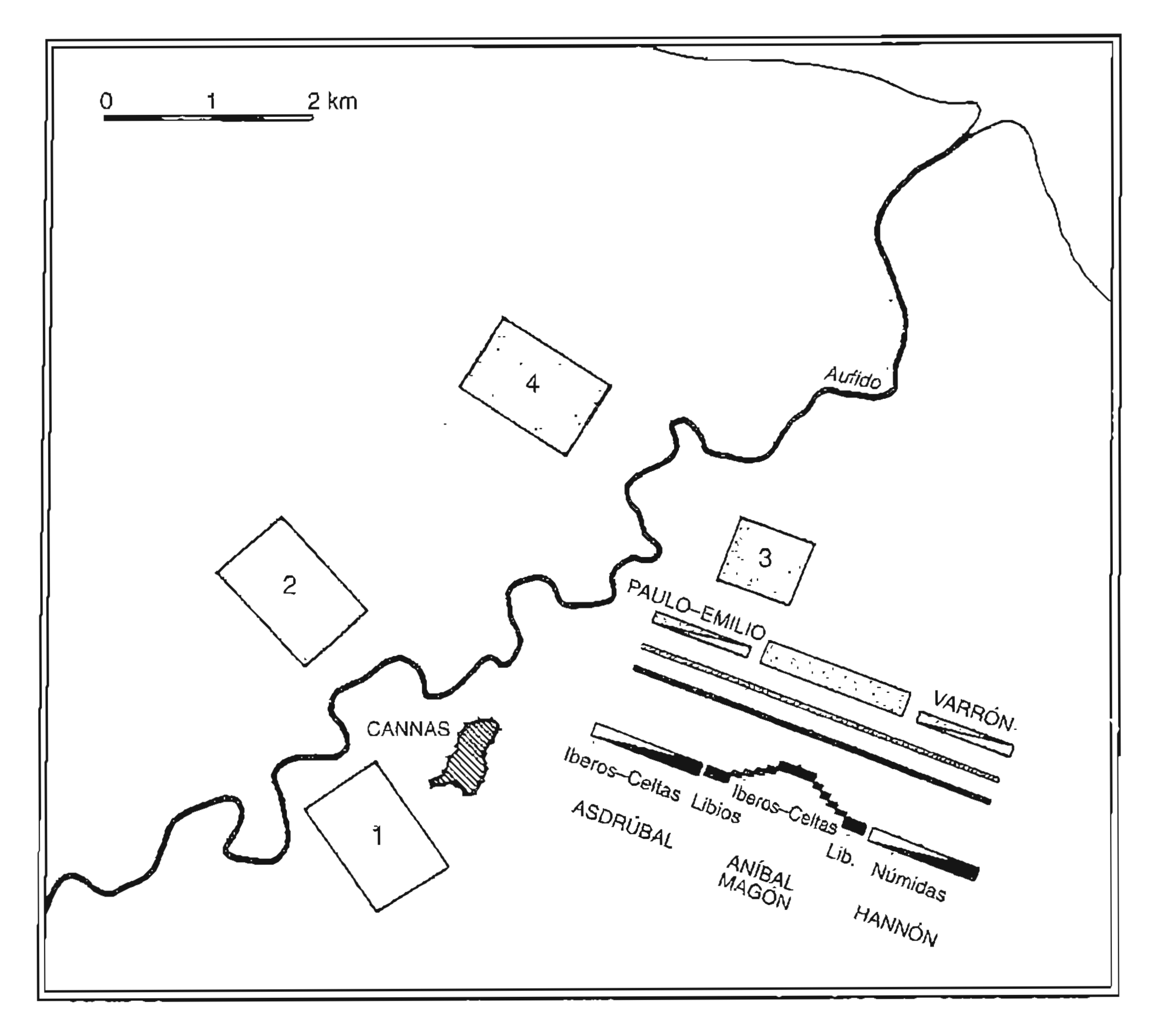


FIGURA 236. Los dos ejércitos en formación antes de la batalla de Cannas. 1: primer campamento de Aníbal; 2: segundo campamento púnico; 3: pequeño campamento romano; 4: gran campamento romano.

fórmula célebre por su concisión y la ejemplaridad del asíndeton: «Vincere scis, Hannibal, victoria uti nescis!» (Tito Livio, XXII, 51, 2). En realidad, las objeciones que podían hacerse contra una marcha forzada sobre Roma después de Cannas no habían cambiado desde Trasimeno, independientemente de la sangría infligida a los romanos. Además, Aníbal tenía otros motivos para hacer la guerra, y otros planes. En efecto, una vez realizada la selección de prisioneros y tras devolver a sus casas a los aliados italianos, dirigió a los soldados romanos cautivos, para los que fijó rescate, unas palabras que no habría que tomarse a la ligera: la suya no era una guerra de exterminio, les dijo; luchaba por mantener la dignidad (*dignitas*) de su país y por la hegemonía (*imperium*) (Tito Livio, XXII, 58, 3). Aníbal esperaba, pues, que Roma pidiera la paz. Quería una victoria reconocida mediante un tratado que subvirtiera, en favor de Cartago, la humillante situación nacida de los tratados del 241 (pérdida de Sicilia y una fuerte indemnización) y del 236 (pérdida de Cerdeña) (Cl. Nicolet, 1978, p. 620). Con este fin Aníbal desplegó, a partir de Cannas, una intensa activi-

dad diplomática en el sur de Italia, aprovechando el efecto profundamente desestabilizador de su victoria, que había logrado alejar de Roma a muchos apulios, samnitas, lucanos y brutios. En nombre de Cartago, el jefe púnico pactó con varias ciudades italianas convenciones que garantizaban su autonomía, sus leyes y sus instituciones, sin imponerles tributo ni guarnición cartaginesa. Pero, en Capua, Aníbal se dejó embaucar. Recibido en el senado de esta ciudad tras la conclusión de una convención de alianza, prometió a los ciudadanos que su ciudad sería muy pronto la capital de toda Italia (Tito Livio, XXIII, 10, 2). Su estrategia apareció entonces transparente: se trataba de contener a Roma al norte de Campania, estableciendo en el sur de Italia (y en Sicilia) un protectorado *de facto*. Es decir, empezar la casa por el tejado, como diríamos hoy en día.

Reveses en Sicilia y en España

Al año siguiente, en el 215, Aníbal concluía un pacto de alianza con el rey Filipo V de Macedonia, donde se estipulaba el apoyo de los macedonios —que seguían contando con uno de los mejores ejércitos de la época— a los cartagineses, la obligación de ayuda mutua y el compromiso de no firmar una paz separada con su enemigo común. El texto de este tratado, transmitido por Polibio (VII, 9), menciona las divinidades púnicas que fueron evocadas, por tríadas, en apoyo del juramento (cf. *supra*, p. 195). Algunos han querido ver en ellas el panteón de los Bárcidas, no el de Cartago (G. Ch. y C. Picard, 1970, p. 212). Filipo V de Macedonia quería apoderarse de toda la costa oriental del Adriático, y, a cambio, estaba dispuesto a favorecer los planes de Cartago destinados a implantar una confederación italiana presidida por Capua, que le sería devota.

Paralelamente, la situación en Sicilia sufrió un cambio a raíz de la muerte del tirano de Siracusa, Hierón, quien, tras un larguísimo reinado, dejaba como regente al todavía adolescente Hierónimo. Aníbal envió a dos de sus oficiales a entablar negociaciones con los tutores del joven príncipe: a finales del 215 un pacto prometía a Siracusa el dominio de la mitad oriental de Sicilia. Los siracusanos entraron inmediatamente en guerra contra Roma, que se vio así privada del trigo de la isla. Los combates que siguieron en torno a Siracusa, que durarían tres años, pusieron en evidencia las dificultades crecientes de los púnicos y de sus aliados para acabar con las fuerzas romanas. La ciudad se defendió al principio con éxito, gracias a sus poderosas murallas, reforzadas con las famosas máquinas de Arquímedes (Tito Livio, XXIV, 34). Pero las fuerzas terrestres y navales enviadas por Cartago se revelaron impotentes para romper el cerco impuesto por el cónsul M. Claudio Marcelo. Siracusa cayó en el 212 y su genial defensor tuvo un final de viejo sabio distraído: en medio del ruido y del furor del saqueo de la ciudad, y completamente absorbido aún por los garabatos que estaba dibujando en la arena de su ábaco, murió, sin ser reconocido, a manos de un soldado (Tito Livio, XXV, 31, 9).

Dos años más tarde, en el 210, caía asimismo Agrigento, y los púnicos perdían Sicilia, esta vez sin esperanza de recuperarla algún día. En Italia, Aníbal obtuvo algunos éxitos en el extremo sur, sobre todo en Tarento, donde la entrega de la ciudad ponía por fin a su disposición un buen puerto, pero fueron victorias pírricas. Roma había logrado reconstruir un ejército fuerte y numeroso —veinticinco legiones, en total unos doscientos mil hombres con los contingentes aliados— y se propuso agotar las fuerzas del jefe púnico y arañar sus posiciones. Los romanos fueron recuperando una a una las plazas conquistadas o conseguidas por vía diplomática en Italia central y meridional. Capua, que Aníbal había querido convertir en centro y ejemplo de su política italiana, sitiada por seis legiones, pidió en vano ayuda a los cartagineses y tuvo que rendirse en el 211. Tarento se perdió en el 209, y con ella la esperanza de devolver a Cartago el control de las aguas territoriales de la región. Aníbal, que había creído reinar en el sur de Italia, era de hecho prisionero de Calabria.

Roma, que contaba con buenos estrategas, había comprendido desde el principio de la guerra que derrotar a Aníbal no sería empresa fácil en suelo italiano, y que para lograrlo tenía que acabar con las fuerzas vivas de su lejana retaguardia, es decir, de España, donde la suerte de las armas fue durante mucho tiempo incierta. En el 215 Asdrúbal Barca había sido derrotado por el ejército de los Escipiones al sur del Ebro. Pero Cartago había reaccionado reuniendo doce mil soldados de infantería, quince mil jinetes y sesenta naves de guerra que, destinadas inicialmente al teatro de operaciones italiano, fueron enviadas a España bajo el mando de Magón, el tercer hijo de Amílcar Barca. A finales del año 212 los ejércitos de Publio y de Cneo Escipión fueron masacrados junto con sus jefes. Dos años más tarde, Publio Cornelio Escipión se dirigió a aquella España donde su padre y su tío acababan de caer. El futuro Africano tenía entonces veinticinco años, pero tras tomar la toga viril ocho años antes, había participado en casi todas las grandes batallas contra las tropas de Aníbal: en el Tesino, en el Trebio y en Cannas. En el campo de batalla se había familiarizado con la táctica y las maniobras del jefe púnico y pronto iba a revelar un genio estratégico similar. Pese a su juventud, el hombre tenía además una sorprendente preocupación por su imagen: no comenzaba nada, ni en público ni en privado, sin recogerse antes en el Capitolio, y esta costumbre, que recordaba tal vez a los romanos el personaje de Numa, el rey taumaturgo, estimuló la creencia en su origen divino. Algunos le creían incluso nacido de una serpiente monstruosa que se habría vislumbrado en el lecho de su madre (Tito Livio, XXVI, 19, 5-7). Escipión dejaba hacer, y alimentaba el misterio. Apenas llegado a España, conquistó Cartagena, se hizo con cuantos tesoros, máquinas y equipamientos contenía la capital bárcida, y también con sus naves ancladas en el puerto.

En la primavera del año siguiente, el 208, Escipión marchó hasta el interior del país en dirección al alto valle del Guadalquivir para apoderarse de las minas de oro y plata que durante tanto tiempo habían constituido la riqueza de Cartago. Al este de Córdoba se enfrentó al ejército de Asdrúbal Barca, quien, puesto en dificultades, rompió el cerco y consiguió escapar hacia el norte, cru-

zando el Tajo y dirigiéndose hacia los Pirineos para atravesarlos por su extremo occidental y evitar así el cordón de seguridad romano en Cataluña (Tito Livio, XXVII, 19, 1). En una odisea comparable a la de su hermano Aníbal, llegó a los Alpes a finales del invierno del 208-207. Roma temía una nueva edición de la experiencia ya realizada diez años antes, que se vería agravada si esta vez ambos hermanos conseguían unir sus fuerzas en la Italia central. Pero Asdrúbal perdió tiempo en el asedio de Plaisance, y el mensaje que envió a su hermano para una reunión en Umbría fue interceptado. El cónsul C. Claudio Nerón, encargado de retener a Aníbal en el Bruttium, pudo así ceder una parte de sus tropas a su colega M. Livio para bloquear la ruta a Asdrúbal. Éste, abrumado por la conjunción de dos ejércitos consulares, fue masacrado y muerto en la batalla sobre el Metauro, no lejos de Rimini. La situación se ponía difícil para Aníbal. Cuatro años antes, mediante una incursión por el norte de Campania y el Lacio, el jefe púnico había llegado hasta las orillas del Anio, a pocos kilómetros al este de Roma, algo que tenía pendiente desde Trasimeno. Acampó allí e incluso se adelantó con dos mil jinetes hasta la Puerta Colina para explorar con su tropa el pie de las murallas (Tito Livio, XXVI, 11, 1-3). Aquel objetivo que años atrás había rozado debía ahora parecerle muy lejano.

El final de la aventura

La alianza con Filipo V terminó por cambiar de signo. El rey de Macedonia tuvo que luchar en otros frentes, incluida la propia Grecia. También tuvo que hacer frente al rey de Pérgamo y a los bárbaros apostados en sus fronteras septentrionales. Y finalmente, en el 206, pese al tratado de asistencia mutua firmado en el 215 con los púnicos, acabó por aliarse con Roma. Cartago haría todavía una última tentativa para socorrer a Aníbal en la primavera del año 205. Magón, su hermano menor, zarpó de Menorca con treinta naves y quince mil hombres, desembarcó en Liguria y conquistó Génova y Savona. Encontró apoyo entre las poblaciones ligures y galas de la Cisalpina, donde consiguió resistir dos años. Visiblemente, Cartago pensaba que manteniendo la presión directa en la misma Italia, por el norte y por el sur, los ejércitos romanos no se moverían y no llevarían la guerra a África. Pero este cálculo ya se había desbaratado: Escipión, a partir de sus bases sicilianas, había desembarcado en el 204 un ejército en el territorio africano de Cartago. Tras fracasar en Útica y pasar el invierno no lejos de allí, en los *Castra Cornelia*, en la primavera del 203 vencía en los *Campi Magni*, en la cuenca media del Medjerda, a las tropas cartaginesas y a sus aliados númidas, haciendo prisionero a su jefe, Sifax. Cartago se dio por aludida e hizo regresar a Aníbal y a Magón de Italia. Este último, herido, sucumbió durante el viaje de vuelta.

Capítulo X

EL TIEMPO DE LAS ADVERSIDADES Y EL FIN DE CARTAGO

La decisión de Roma de llevar la guerra a África se había madurado y preparado cuidadosamente durante mucho tiempo. Esta preparación comportó necesariamente negociaciones con los príncipes indígenas. En estos años finales del siglo III a.n.e., si se hace abstracción aquí del Magreb occidental (el actual Marruecos), donde había un reino moro (mauro), la parte central del norte de África, desde el Moulouya, al oeste, hasta los límites del territorio africano de Cartago, al este (fig. 237), se dividía en dos reinos. En estos años inmediatamente anteriores al final de la guerra de Aníbal, el más importante era el reino occidental, el de los númidas masesilios, cuyo rey Sifax tenía su capital en Siga (Takembrit), en el Oranesado. En un alto que dominaba la villa, Sifax —o su sucesor Vermina— hizo construir un mausoleo, excavado y publicado no hace mucho (F. Rakob, 1979, pp. 149-157), de planta y alzado parecido al «mausoleo B» de Sabratha (*supra*, p. 287) (fig. 238), aunque más sobrio. En el extremo oriental de su reino, Sifax tenía una segunda capital, Cirta (Constantina), aunque parece que las posesiones masesilias limítrofes con el territorio púnico eran en aquella época adquisiciones recientes (J. Desanges, 1978a, p. 646). El otro reino númida era el de los masilios, de menor extensión y con una fachada marítima posiblemente muy estrecha, entre la península de Collo, en Argelia, y Khroumirie, en la zona litoral noroeste de la actual Túnez. En el Medracén, al noreste de Batna, cuya decoración arquitectónica comentábamos antes (*supra*, p. 282), a veces puede verse el mausoleo de la dinastía de los masilios (G. Camps, 1973, p. 516). En la época que comentamos, en el año 206, Masinisa acababa de suceder a su padre a la cabeza de este reino masilio donde reinaría más de medio siglo.

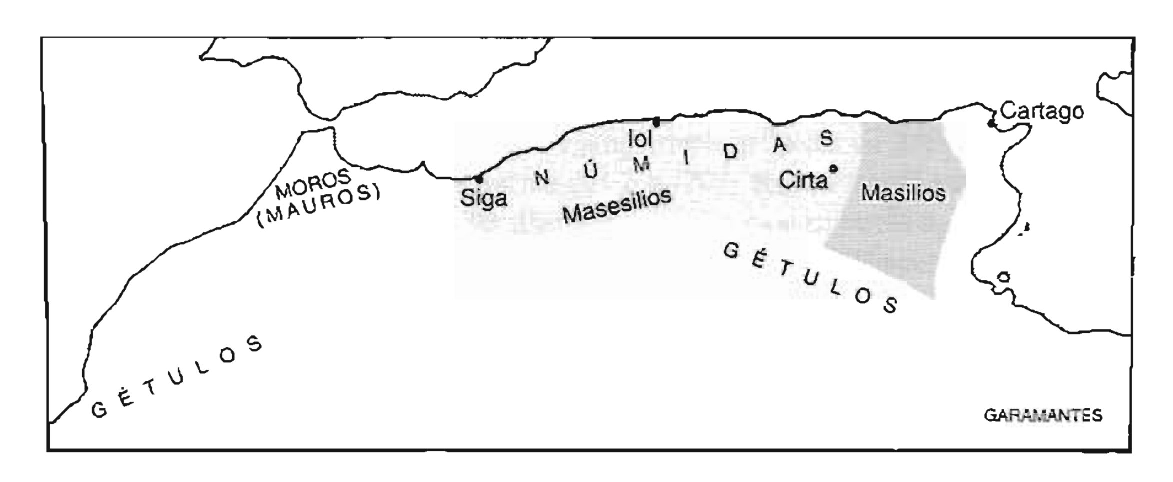
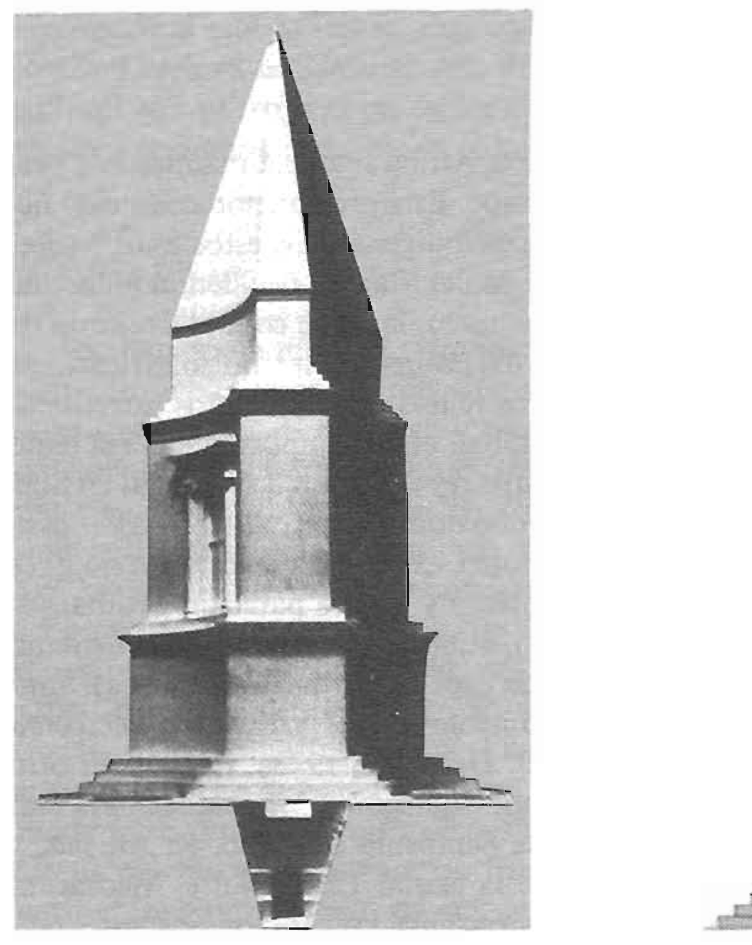


FIGURA 237. El reino númida masesilio de Sifax (en gris claro) y el reino masilio (en gris oscuro), que Masinisa heredó a finales del siglo III.



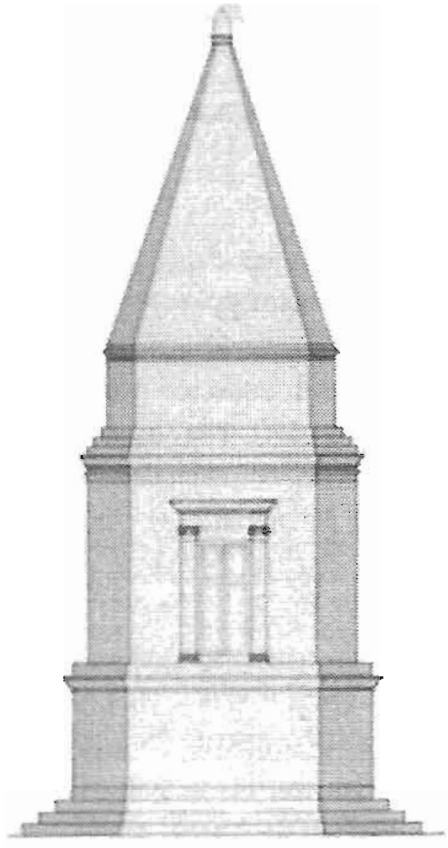


FIGURA 238. El mausoleo númida de Siga (reconstrucción y maqueta).

BAJO LA MIRADA DE LOS PRÍNCIPES NÚMIDAS

Cabe imaginar que estos príncipes indígenas no fueron meros espectadores pasivos de la lucha entre Roma y Cartago. Tomaron partido por uno o por otro, con fidelidades variables. El rey masilio, Gaia, proporcionó a Cartago tropas que fueron trasladadas a España bajo el mando de su hijo Masinisa, que luchó allí al lado de los púnicos entre el 212 y el 206. Masinisa tuvo pues la ocasión de asistir en España a la ruina de la potencia cartaginesa. Sintió cambiar los vientos tras la terrible derrota del ejército púnico en Ilipa, al norte de Sevilla, y solicitó a Escipión una entrevista, que tuvo lugar en Gades, para ofrecer su ayuda al general romano en caso de que Roma llevara la guerra a África. Escipión, que había tenido oportunidad de apreciar el valor de la caballería masilia, aceptó la oferta. Entretanto, la muerte de su padre obligó a Masinisa a regresar precipitadamente a su reino para defender su derecho a la sucesión. Venció a sus rivales pero, atacado por Sifax, tuvo que exiliarse durante un tiempo.

Por su parte Sifax, tras una larga alianza con Roma, convencido de que los romanos le ayudarían a liberarse de la tutela púnica, acabó por aceptar la alianza con los cartagineses. Durante el verano del 206, Escipión, acompañado de Lelio, hizo la travesía de Cartagena a Siga en dos quinquerremes para ver al rey masesilio. A las puertas del puerto de Siga, en la desembocadura del Tafna, se topó con las trirremes de Asdrúbal, hijo de Giscón quien, tras la derrota de Ilipa, se había embarcado en Gades para volver a Cartago haciendo escala en Siga. Sifax invitó a ambos adversarios a compartir su hospitalidad. Asdrúbal salió de este encuentro inesperado aún más impresionado por Escipión que su anfitrión. Con un hombre así, dijo, «¡los cartagineses deberían preguntarse menos sobre cómo han perdido España, y más acerca de cómo conservar África!» (Tito Livio, XXVIII, 18, 9). Escipión volvió a Cartagena convencido de haber conseguido la alianza del rey númida. Pero se equivocaba. Sifax había desempeñado perfectamente el papel de buen anfitrión y buenos oficios, pero no deseaba enemistarse con Cartago, cuyo poderío en África seguía intacto. Además, con la anexión del reino masilio aprovechando las dificultades de Masinisa, ahora era vecino inmediato de la gran potencia africana. En cuanto a los cartagineses, ante la inminencia de la guerra en su propio suelo, deseaban conservar la amistad del rey númida. Esta amistad quedó sellada, hacia finales del año 205, mediante el matrimonio del rey masesilio, padre de hijos ya adultos y él mismo bastante viejo, con la hija de Asdrúbal, Sofonisbe —en realidad Sofonisba, como puede leerse en los mejores manuscritos de Tito Livio cuando transcribe el púnico Safonbaʿal, «aquella que Baʿal ha protegido». Joven, bella, instruida, música, con encanto y gracia, Sofonisbe lo tenía todo para seducir a un hombre y retenerlo. Cautivó a Sifax, como algo más tarde lo haría con Masinisa, cuando en el 203 éste conquistó el palacio de Cirta y se enamoró de ella, «amore captivae victor captus», como tan bellamente relata Tito Livio (XXX, 13, 18), hasta el punto de hacerla matar con veneno antes que entregarla a Escipión, con el consentimiento de esta oriental que prefirió la muerte a una vida en cautividad en el campo de los enemigos mortales de su país. Musa de los

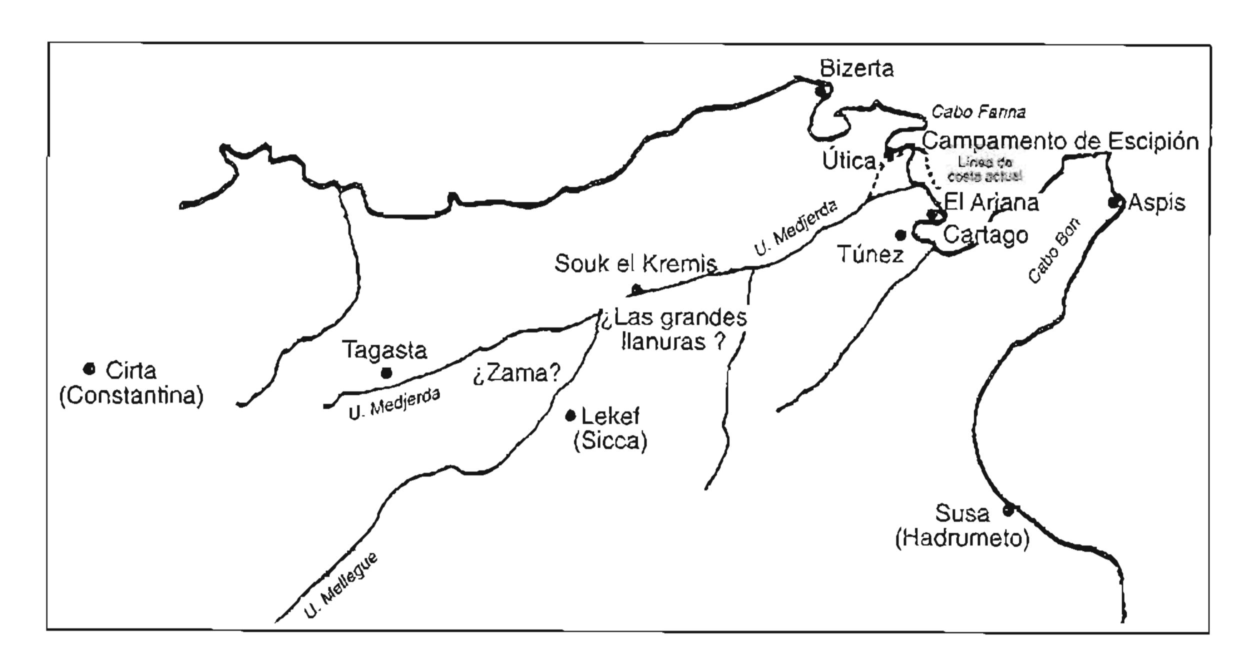


FIGURA 239. El escenario de las operaciones africanas al final de la segunda guerra púnica.

pintores de la edad clásica europea, Sofonisbe debe a Tito Livio su lugar en la galería de las mujeres de excepción que jalonan la historia antigua de África del Norte, desde Dido hasta la reina Kahena.

Convocado por el senado de Cartago tras el desastre de «las grandes llanuras», Aníbal reencontró a principios de otoño del 203 el África que había abandonado de niño y que ahora le era profundamente extraña. También desconfiaba de los senadores cartagineses, muy dominados por la fracción política dirigida por el viejo enemigo de su familia, Hannón, al que consideraba, por su cobardía, su envidia y sus campañas de denigración, el verdadero responsable de su fracaso final en Italia. De hecho, el senado de Cartago no esperó el retorno de Aníbal para iniciar negociaciones con Escipión a través de plenipotenciarios enviados al campamento del general romano en Túnez. Aníbal desembarcó en Leptis Minor (Lemta) y ganó la Byzacena para establecerse en su cuartel de invierno, cerca de Hadrumeto (Susa) (fig. 239). Tomaba así sus distancias respecto del gobierno de Cartago, pero también alejaba sus tropas del ejército de Escipión para conservar entera libertad de movimiento. Además, esta parte costera de la Byzacena era una región que conocía bien: su familia tenía allí propiedades y su seguridad personal estaba garantizada.

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE ANÍBAL Y ESCIPIÓN EL AFRICANO

En la primavera del 202, un golpe de mano cartaginés contra unas naves de abastecimiento romanas embarrancadas tras una tempestad en la costa oeste del cabo Bon, y el ataque, poco después, de los barcos de guerra púnicos contra la nave que transportaba a los negociadores de Escipión, pusieron un brutal punto final —visiblemente deseado por la fracción belicista del senado

de Cartago— a las negociaciones de paz iniciadas meses atrás. Aníbal dejó su cuartel de invierno y se dirigió hacia el oeste para establecer su campamento a cinco jornadas de marcha, cerca de Zama (Polibio, XV, 5, 3; Tito Livio, XXX, 29, 2), la ciudad que en época romana será posiblemente Zama Regia —puesto que había en la región dos localidades homónimas bastante próximas—, hoy Jâma, a treinta kilómetros al norte de Maktar (G. Ch. Picard, 1967, pp. 204-205). Aníbal hizo saber a Escipión que deseaba hablar con él. El general romano esperó a tener a Masinisa y a sus diez mil jinetes númidas cerca para aceptar esta entrevista en posición de fuerza. Nada permite dudar de la historicidad del encuentro, aunque no puede tomarse al pie de la letra la reconstrucción que los autores clásicos —tradicional en la historiografía antigua— nos han legado sobre el contenido concreto del encuentro entre los dos jefes de guerra más grandes de la época en vísperas de su confrontación (Polibio, XV, 6-8; Tito Livio, XXX, 30-31). Tan sólo retendremos que Aníbal se mostró dispuesto a renunciar a todas las posesiones territoriales de Cartago fuera de África y a todo intento de reconquistarlas, para salvar la flota de guerra de su patria. Escipión rehusó, e hizo inevitable la guerra.

Era a finales de verano o principios de otoño de aquel año 202. El choque tuvo lugar en la llanura de Siliana. Por lo que se refiere al relato de sus diferentes fases, se puede confiar plenamente en Polibio (y en Tito Livio, que toma el relevo en latín), amigo personal de C. Lelio, el lugarteniente de Escipión, que estaba en Zama a la cabeza de un cuerpo de caballería. Aníbal disponía de una infantería numéricamente algo superior a la de su adversario: cincuenta mil hombres según Apiano (*Libyca*, 40), si bien este autor no es uno de los más fiables. Pero su caballería era inferior a la de Masinisa, aliado de Escipión. Éste, temiendo la carga de los elefantes —Aníbal había encontrado en África ochenta paquidermos—, decidió abrir en las tres líneas de su infantería unos pasillos perpendiculares al frente capaces de canalizar la carga de los elefantes y procurar escapatorias a sus soldados. Lelio y la caballería italiana formaron en el ala izquierda, Masinisa y sus númidas en la derecha. La táctica de Escipión fue un rotundo éxito. La mayoría de los elefantes se precipitó por los pasillos y atravesó el campo de batalla de punta a punta sin grandes pérdidas para las líneas romanas. Tampoco el combate de infantería se desarrolló según las previsiones de Aníbal: el jefe púnico esperaba poder desorganizar y romper las fuerzas romanas con ataques puntuales de su poderosa primera línea, compuesta por mercenarios, luego de su segunda línea, formada por los cartagineses y los libios, para dar la estocada final con sus veteranos, que guardaba en reserva (Polibio, XV, 12, 7). Pero Escipión consiguió reorganizar su frente ordenando que sus *principes* y sus *triarii*, todavía intactos, se colocaran junto a los soldados de primera línea, los *hastati*. La caballería romana, muy superior numéricamente con el apoyo de los númidas, consiguió en un primer momento sembrar la confusión entre los jinetes púnicos, acosándolos hasta impedirles volver al combate, para luego cargar contra los flancos y la retaguardia de Aníbal. Fue una masacre y una desbandada. El jefe púnico, con una débil escolta montada, huyó sin tregua hasta llegar a Hadrumeto.

DESPUÉS DE ZAMA: EL SUFETADO Y EL EXILIO DE ANÍBAL

Del mismo modo que quince años antes Aníbal no tuvo realmente la intención de conquistar Roma, Escipión tampoco pensaba destruir Cartago, aunque, según la tradición, el debate sobre la cuestión estuviera ya abierto en Roma. El Senado quería impedir la repetición en el futuro de la aventura iniciada en el 218 desde el reino bárcida en España. Se trataba de contener a Cartago y confinarla a su territorio de África, tenerla sujeta incluso en sus tierras del oeste a través del reino númida. La paz que siguió a la derrota de Zama se concluyó en el 201 con cláusulas agravadas en relación a lo previsto en las negociaciones del 203: Cartago se mantenía como estado independiente y conservaba su territorio africano hasta las *Fossae Punicae*, pero tuvo que devolver a Masinisa su reino y todas las tierras controladas por sus antepasados masilios. Militarmente, la ciudad púnica quedó atada de manos: se comprometía a no hacer la guerra, ni en África ni en ningún otro sitio, sin el acuerdo del pueblo romano; tuvo que entregar sus elefantes y comprometerse a no adquirir ninguno más; abandonar todas sus naves largas (es decir, de guerra) salvo diez (en lugar de las veinte contempladas en las primeras negociaciones); y debía pagar una indemnización que, fijada en cinco mil talentos en el 203, pasaba ahora a diez mil talentos, pagaderos en cincuenta anualidades. Por orden de Escipión la flota cartaginesa fue llevada a alta mar e incendiada ante los ojos de todo el mundo. Pero fue el pago de la primera anualidad del tributo, algo más tarde, lo que realmente impresionó al Consejo de Ancianos. Las lamentaciones de aquellos que Aníbal había calificado de tenderos le arrancaron una amarga sonrisa: ¿por qué no derramaron sus lágrimas cuando se confiscaron las armas, se incendiaron las naves y la ciudad fue puesta bajo tutela política? Deploraba, habría añadido Aníbal, que los senadores cartagineses no comprendieran que llorando la pérdida de aquel dinero, en realidad vertían lágrimas por la menor de sus desgracias (Tito Livio, XXX, 44, 4-11).

Los acontecimientos posteriores le darían la razón. Tras la paz del 201, Aníbal no se retiró. Si damos crédito a Cornelio Nepote (*Hannibal*, VII, 1-4), parece que se mantuvo al mando del ejército que Cartago, por tratado, pudo conservar para la eventual defensa de su territorio. Y habría puesto a sus veteranos, transformados ahora en agricultores, a plantar olivos en la Byzacena (*supra*, p. 256). En Cartago, la derrota desencadenó un malestar político que se tradujo en irritación popular contra una oligarquía a la que se acusaba de desidia y de prevaricación en su forma de llevar los asuntos públicos. Aníbal fue elegido sufete para el año 196, junto con un colega cuyo nombre no ha sido retenido por la historia.

Lo primero que hizo fue convocar a un magistrado al que Tito Livio (XXXIII, 46, 3) da el nombre de *quaestor*, es decir, un personaje encargado de la administración de las finanzas. Perteneciente a la fracción opuesta a Aníbal, en principio sólo tenía que rendir cuentas ante el Consejo de Ancianos, y se negó a obedecer las órdenes del sufete. Dada la separación de poderes existente, creyó estar en una posición de fuerza, tanto más cuanto que a su cese

entraría en la orden de los jueces —el Consejo de los Cien o Ciento Cuatro— para convertirse en uno de sus miembros inamovibles y poderosos. Aníbal lo hizo arrestar y comparecer ante la Asamblea del pueblo, que no sólo lo depuso sino que, a instancias de Aníbal, votó una ley que establecía que los futuros jueces serían elegidos solamente por un año y sin posibilidad de reelección inmediata (Tito Livio, XXXIII, 46, 6-7). Pero con ello el sufete había pasado por encima del Senado, que normalmente hubiera tenido que pronunciarse sobre la reforma ante el pueblo; fue un duro golpe contra una verdadera casta. A este ataque político Aníbal añadió otro financiero: quiso que se rindieran cuentas de la situación de las finanzas públicas, tanto de los ingresos, es decir, el producto de los impuestos y de las tasas sobre las mercancías, como de los gastos a que se destinaban aquellos ingresos. Esta auditoría presupuestaria sacó a la luz las pérdidas del Estado cartaginés debidas a la malversación y al robo por parte de los oligarcas, por lo que el sufete declaró ante la Asamblea del Pueblo que la República no tenía por qué gravar a los ciudadanos para cumplir con el Senado romano las obligaciones nacidas de la derrota. Bastaba con ingresar en las arcas públicas las sumas robadas (Tito Livio, XXXIII, 47, 1-2), es decir, obligar a los prevaricadores a restituir las cantidades malversadas.

Cabe imaginar los odios que estas restituciones forzosas desencadenaron contra Aníbal. Emisarios enviados a Roma acusaron al sufete de mantener relaciones secretas con el rey Antíoco de Siria, entonces hostil a Roma. Pese a las reservas de Escipión el Africano, que juzgó indigno que su patria se mezclara en las peleas de la política interior cartaginesa, el Senado romano envió a tres de sus miembros a Cartago para formular una acusación contra Aníbal ante su propio Consejo de Ancianos. Era el verano del 195. El antiguo sufete había abandonado su cargo anual y era ahora vulnerable. No se dejó engañar por los rumores que se hicieron correr artificialmente, según los cuales la llegada de los tres senadores romanos estaba relacionada con el litigio entre Masinisa y los cartagineses (Tito Livio, XXXIII, 47). Había previsto esta eventualidad y salió discretamente de la ciudad con sólo dos sirvientes. Al día siguiente estaba a salvo en uno de sus dominios de la costa de la Byzacena, entre Thapso y Acholla. Allí le esperaba una nave para llevarlo a Cercina (isla Kerkenna) y de allí a Tiro: sería sólo la primera etapa de un largo exilio, pero el hombre más grande de Cartago encontraba, casi simbólicamente, un primer refugio en aquella madre patria fenicia de donde Dido había salido diez siglos antes.

La nueva prosperidad de Cartago

Los bienes de Aníbal fueron confiscados y su casa arrasada. Pero lo que la arqueología retiene de la ciudad púnica durante estos primeros años del siglo II a.n.e. no son imágenes de destrucción, sino de construcción. No imágenes de marasmo, sino de prosperidad. Aquí no volveremos a mencionar, si no es fugazmente, la sorprendente vitalidad del desarrollo urbano plasmado en las reformas y construcciones de esta época, especialmente en el barrio de la lade-

ra sur y suroeste de la colina de Byrsa. Antes señalábamos sus evidencias cronológicas y el carácter estandarizado de este hábitat construido en terrenos todavía vacantes en esta época un tanto tardía para una ocupación residencial, y sugeríamos que el «promotor» de estos habitáculos «normalizados» pudo ser el sufete del año 196 (*supra*, p. 150). Simple hipótesis, claro. Mucho más sorprendente resulta el testimonio de los arqueólogos británicos que estudiaron los restos del puerto de guerra en el «islote almirante» de la laguna circular. Vimos (*supra*, p. 168) que la cronología que proponen para las construcciones monumentales mencionadas por Apiano (*Libyca*, 96) se basa en datos un tanto frágiles, todo hay que decirlo, pero difícilmente refutables: unos fragmentos de cerámica que fechan este conjunto de diques secos, o al menos sus últimas reformas, pocos años antes de la destrucción de Cartago en el 146. Como si, décadas después de la paz del 201, Roma hubiera dejado de controlar y de verificar la prohibición impuesta a la ciudad púnica de no armar más que diez barcos largos. Las fuentes revelan que esta veleidad de los cartagineses fue denunciada hacia el año 170 ante el Senado de Roma por Gulusa, uno de los hijos de Masinisa, que acusó a Cartago de equipar una gran flota bajo el pretexto de ofrecerla a los romanos, en principio sus aliados en aquel entonces, con la intención última de volverla finalmente contra ellos. Pero Tito Livio (XLIII, 3) informa de ello sin demasiada convicción. Con esta aparente distorsión entre el testimonio de los textos y el de la arqueología se abre uno de esos vacíos que suelen dar vértigo al historiador de la Antigüedad.

Sea cual fuere la realidad última de los puertos, lo cierto es que Cartago no tardó en conocer una prosperidad real, hasta el punto de poder proponer diez años más tarde a Roma, que rehusó, la liquidación anticipada de las indemnizaciones de guerra escalonadas a lo largo de cincuenta años (Tito Livio, XXXVI, 4, 7). Evocando estos años de principios del siglo II, Apiano (*Libyca*, 67) insiste en la recuperación económica de Cartago y en su crecimiento demográfico, unos años en que su obligado pacifismo le permitió beneficiarse plenamente de todo su sistema productivo, sobre todo el agrícola. Los dos países salieron exhaustos de la larga «guerra de Aníbal»; pero mientras Roma continuó guerreando contra Filipo de Macedonia, contra Antíoco de Siria, y contra Perseo, Cartago pudo invertir en actividades lucrativas el dinero dedicado antaño a armar sus flotas de guerra, reclutar mercenarios y mantener sus ejércitos. Es la normal revancha de los vencidos.

La importancia de los abastecimientos de grano de Cartago en beneficio y a petición de Roma a cambio de dinero, destinados asimismo a la subsistencia de los ejércitos romanos en campaña, confirma la capacidad de la agricultura púnica de generar grandes excedentes para la exportación en este periodo. En el 200 se enviaron doscientos mil celemines de trigo a Roma, y otro tanto a Macedonia, para la intendencia del cuerpo expedicionario romano (Tito Livio, XXXI, 19, 2). Diez años más tarde, en el 191, una delegación del Senado solicitó el suministro de cantidades mucho más importantes (quinientos mil celemines de cebada destinados al ejército romano) a Cartago, que para presumir, llegó a ofrecérselo gratis, cosa que el Senado romano rehusó (Tito Livio,

XXXVI, 4, 9). En el 171, varios diputados cartagineses anunciaban en Roma que un contigente similar de cebada, más un millón de celemines de trigo, estaba ya preparado; por orden de Roma sería enviado a Macedonia (Tito Livio, XLIII, 6).

Por lo que se refiere a las prácticas comerciales habituales, un texto literario fechable a principios del siglo II confirma, como si fuera necesario, que los negocios seguían adelante y que la empresa privada cartaginesa seguía presente en Italia. El *Poenulus* («El Cartaginés») es una *palliata,* una comedia posiblemente representada hacia el 190 a.n.e., cuyo argumento procede del repertorio griego, pero cuyos diálogos indican claramente que los romanos de la época tenían un conocimiento directo y familiar de los comerciantes púnicos. El personaje que Plauto lleva a escena con el nombre-comodín de Hannón aparece diseñado sin hostilidad, simplemente con la habitual guasa con que los romanos solían percibir a estos mercaderes extranjeros, sobre todo por parte de aquellos que envidiaban secretamente su habilidad. Hannón es un *gugga* (apodo genérico seguramente peyorativo) que lleva aretes en las orejas y se presenta, como sus esclavos, vestido con una túnica desprovista de cinto (la palabra *tunica,* dicho sea de paso, es un préstamo seguro del púnico). Como buen cartaginés, domina todas las lenguas aunque aparenta no saberlas (*Poenulus*, v. 112), y primero se expresa deliberadamente en púnico, lo que nos permite conocer, en una treintena de líneas, una lengua franca que se ha identificado, no sin dificultad, con la lengua que entonces se hablaba en Cartago pero tal y como la percibían los oídos latinos (M. Sznycer, 1967). En Roma sabían sin duda el púnico en aquella época, aunque sólo fuera por el contacto con los esclavos cartagineses capturados como botín de guerra —el autor cómico de la generación siguiente, Terencio, fue probablemente uno de ellos—, aunque la aproximación de Milfión, en su conato de diálogo con el viejo «gugga», ofrezca tan sólo una pobre idea de este conocimiento práctico: de hecho, todo lo que Milfión sabe decir es «Avo» («Hola» y «Adiós»), con lo que no se aleja para nada del latín «Ave» que significa lo mismo, y que procede también del púnico (*Poenulus*, vv. 977 y ss.).

Business as usual podría haber dicho Hannón, pero en griego, la lengua comercial de la época. Sería interesante saber qué venía a vender. «Cucharas, caños y nueces» dice el guasón de Milfión (*Poenulus*, v. 1.014), a quien no hay que dar crédito, porque sabemos que en lugar de traducir las palabras pronunciadas por Hannón, al que apenas oye, ¡prefiere alardear traduciéndolas por palabras latinas similares fonéticamente! (M. Sznycer, 1967, p. 134). Es más probable que fueran otros productos tales como animales salvajes (para los juegos que se organizaban en Roma), pieles, lanas, metales (estaño y plata, principalmente), salazones y productos agrícolas (cera, miel, frutas y verduras). Detengámonos en uno de ellos, poco presente en los textos, pero que la arqueología confirma en abundancia, dado que de todas estas mercancías es la única indestructible: la cerámica.

La cerámica tardopúnica

Decíamos que la cerámica púnica, entre la que destacan los grandes recipientes (ánforas para aceite y vino) por su altísima calidad, no alcanzaba a cubrir ciertas necesidades. Desde época antigua, las importaciones primero griegas, concretamente de Corinto, y más tarde etruscas, compitieron con las cerámicas locales en el ámbito de los cuencos y vasos para beber y de los envases para aceites perfumados (*supra*, p. 67). Luego, a partir del siglo V, la cerámica ática, con figuras rojas o con barniz negro sin figuras, impuso su calidad en los hogares púnicos en artículos tales como cuencos, copas y platos. Esta cerámica de paredes finas y ligeras, resistente y «sonora», con un barniz difícil de quitar y de gastar, se revelaba superior, en el uso, a la cerámica local ordinaria, más pesada y porosa. Esta cerámica ática, que llegó a Cartago hasta mediados del siglo IV, tenía que ser necesariamente un producto bastante costoso, no porque fuera en sí misma lujosa, sino porque llegaba a destino a través de un circuito bastante complejo, jalonado probablemente por distintos intermediarios comerciales. A partir del siglo III tomaron el relevo importaciones menos lejanas. Estudios más detallados y minuciosos de las cerámicas encontradas en Cartago y en los sitios púnicos africanos fechados en esta época han refutado la idea, aceptada durante mucho tiempo, según la cual la Magna Grecia (Sicilia y el sur de Italia) se había convertido en época helenística en el principal abastecedor de Cartago en este ámbito (J. P. Morel, 1980, pp. 29-75). Las cerámicas procedentes de esta área sufrían la fuerte competencia de importaciones más occidentales, como las cerámicas grises de la costa ibérica, sobre todo de Ampurias, en Cataluña, que los púnicos podían adquirir a precios ventajosos gracias a su situación privilegiada. En sus territorios africanos desarrollaron al mismo tiempo la fabricación de una vajilla de pasta dura y bien cocida, de color teja en su interior, y con aspecto por lo general grisáceo en la superficie, bien representada en forma de pequeñas ollas y de cazos con tapa, presentes en la época helenística en todos los sitios mediterráneos, donde suelen aparecer como una producción en serie.

En el ámbito de la cerámica hay que imaginar la cuenca occidental del Mediterráneo como un «mercado común» muy abierto, aun en situaciones conflictivas, y donde las interacciones artesanales eran moneda corriente. La presencia industrial y comercial de los púnicos era allí muy importante. Las excavaciones recientes de Cartago y, paralelamente, la gran actividad de las investigaciones arqueológicas en los sitios de la costa oriental española han favorecido una notable revalorización de esta presencia, gracias a la identificación de muchos tipos cerámicos de barniz negro como productos del territorio africano de Cartago o de su área de influencia (Baleares, litoral ibérico, Cerdeña, Sicilia occidental: Lilibeo, Segesta) (fig. 240). Muchos ejemplares de los llamados «vasos plásticos», es decir, cerámicas con representaciones animales (por ejemplo, delfines, caballos o cerdos) o humanas, deben considerarse producciones de Cartago o de sus zonas de influencia cultural, a lo largo de un periodo bastante amplio comprendido entre el final del siglo IV y mediados del si-

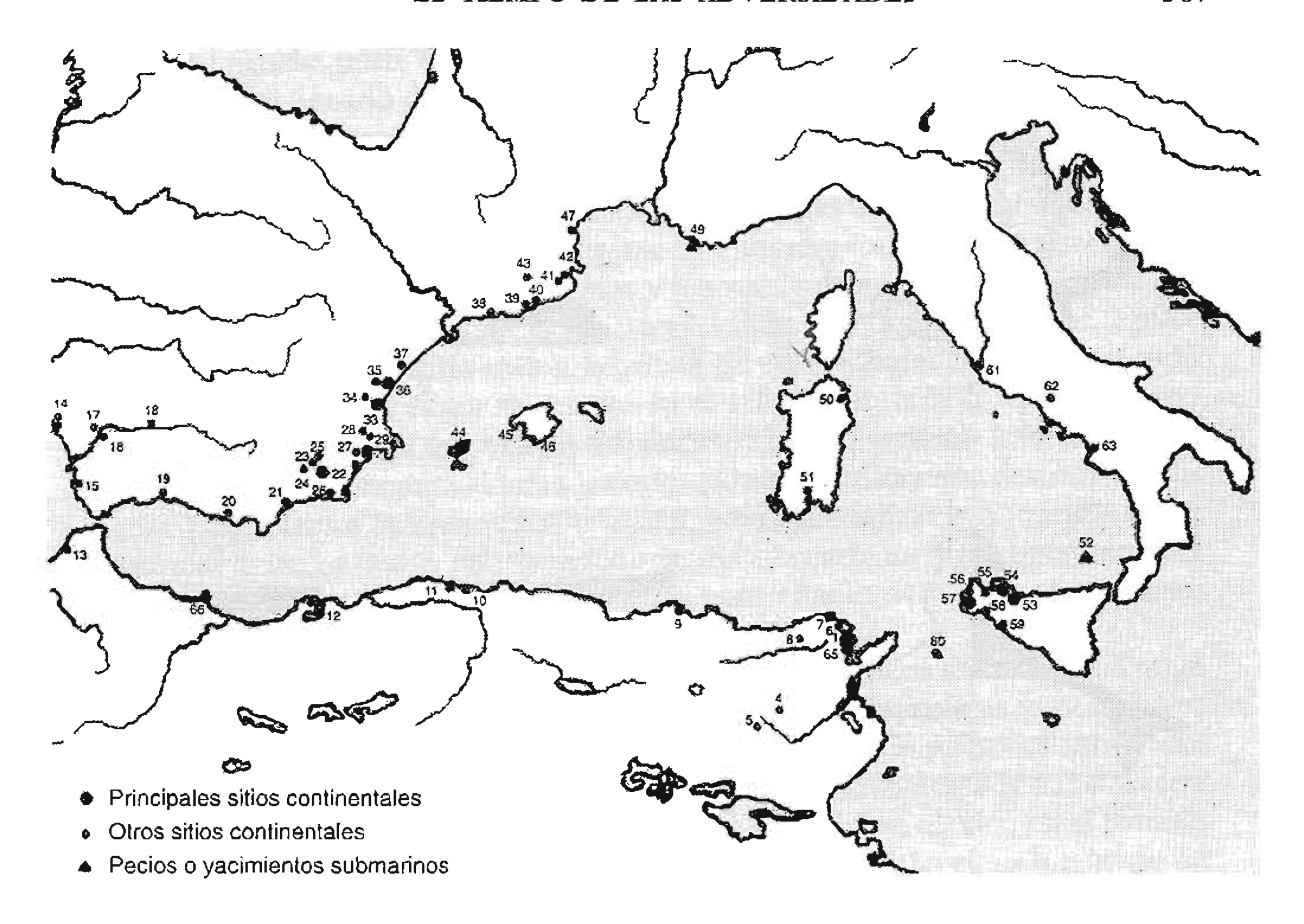


FIGURA 240. Mapa de los sitios del Mediterráneo occidental donde se documentan cerámicas de barniz negro púnicas o de influencia púnica (según J. P. Morel). Destaca la abundancia de estas cerámicas en las costas españolas, y también en Sicilia y en Roma (n.º 61).

glo II: citaremos en concreto unas representaciones de negros (tema ya de moda en la cerámica griega de la época clásica) y recipientes en forma de pies calzados con sandalias (J. P. Morel, 1990). Se han encontrado fragmentos de vasos de este tipo en sitios de Italia, sobre todo en Roma, llegados allí en las cajas de los «guggas» cartagineses. A partir de mediados del siglo III (la época de la primera «guerra púnica») Cartago también produjo, sin duda, una cerámica de pasta ocre claro, compacta y muy homogénea, de paredes finas —sobre todo formas de platos con borde ancho y pequeñas cajas cilíndricas o «pyxides»—, revestidas con un bello barniz negro mate tan sólido y espeso como el barniz negro ático, al que esta cerámica pretendía, al parecer, relegar (es la «clase Byrsa 661» de J. P. Morel, 1982, pp. 53-54) (fig. 241).

En cambio, a partir de los primeros años del siglo II, Cartago conoció una oleada de importaciones de productos cerámicos de buena calidad, conocidos como «cerámica campaniense A» procedente de Italia, concretamente de la región de Nápoles. El término «campaniense» designa una vajilla —concretamente copas, platos y cuencos— cuya pasta ocre oscuro de barniz negro, y a veces un poco azulado con reflejos metálicos, la distingue fácilmente tanto de la ce-

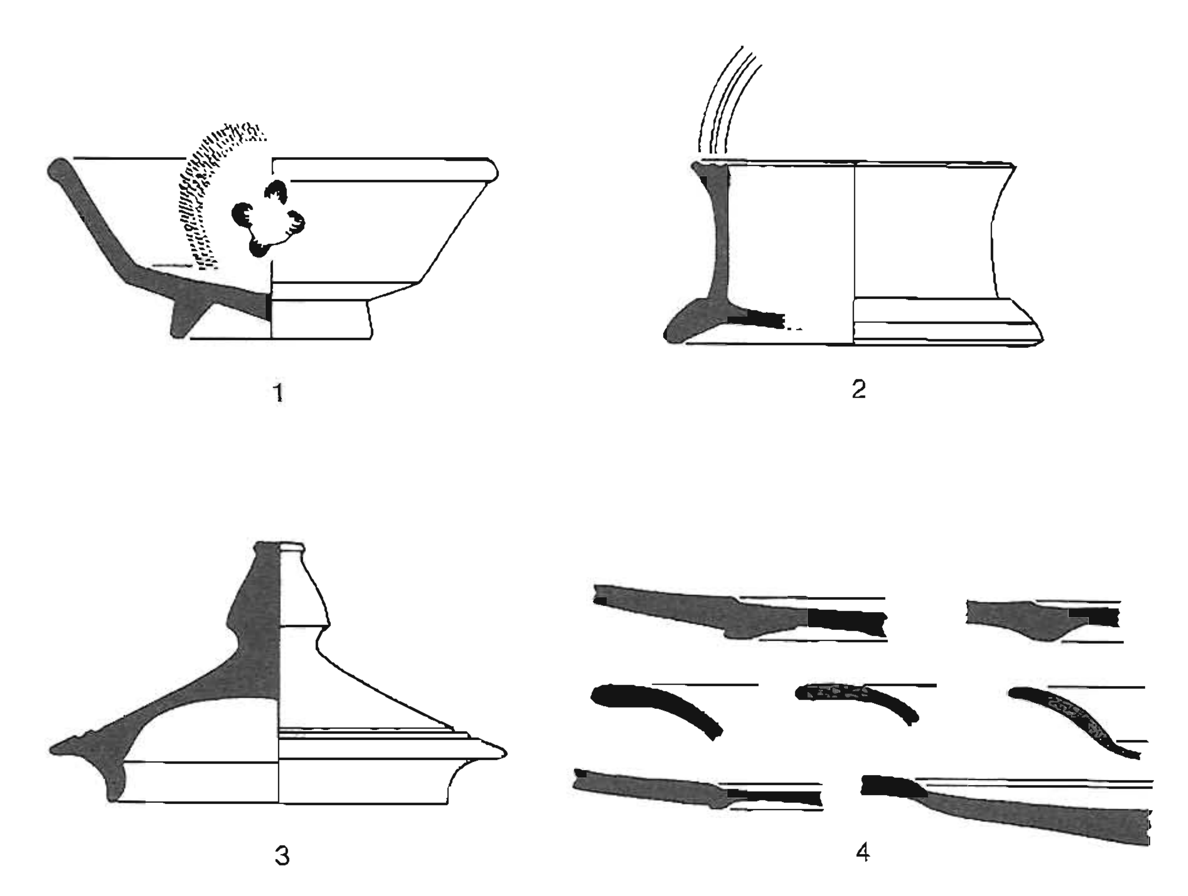


FIGURA 241. Cerámicas púnicas de barniz negro. 1: pequeño cuenco del tipo Byrsa 401; 2: píxide del tipo Byrsa 661; 3: tapadera del tipo Byrsa 661; 4: fragmentos de páteras y platos del tipo Byrsa 661.

rámica ática del periodo precedente como de la producción púnica de barniz negro que acabamos de ver. Las excavaciones francesas de estos últimos años en la colina de Byrsa autorizan a situar en el segundo cuarto del siglo II el «apogeo» de estas importaciones de cerámica campaniense: en el nivel correspondiente a los años anteriores a la caída de Cartago, las calles de este barrio estaban literalmente repletas de fragmentos de esta vajilla, que se tiraba sin miramientos una vez rota o gastada. Esta presencia masiva, que no es exclusiva de los productos locales mencionados, no debe interpretarse como un retroceso de la prosperidad económica de Cartago en esa época: en este flujo de intercambios entonces muy activo entre el norte de África y la Italia central y meridional, vía Sicilia, los importadores italianos seguramente no regalaban nada a la metrópoli púnica, que compensaba la importación de productos elaborados con la exportación de sus propios productos y de sus excedentes agrícolas.

«DELENDA EST CARTHAGO!»

En una fecha que se sitúa entre 153 o 152 llegó a Cartago una de aquellas embajadas romanas que venían de vez en cuando a informarse de la situación o a arbitrar conflictos entre los cartagineses y sus vecinos númidas. De esa em-

bajada formaba parte Catón el Viejo, que entonces tenía 81 años, y que todavía era, en el Senado de Roma, el activo jefe de filas de los partidarios de una guerra preventiva contra la metrópoli púnica. Apiano (*Libyca*, 69) y Plutarco (*Catón el Viejo*, 26) cuentan que, durante su misión, Catón y los demás embajadores romanos quedaron sorprendidos por los aires de prosperidad de Cartago y de los campos vecinos. Además, según Plutarco, Catón habría encontrado la ciudad llena de toda clase de armas y rebosante de preparativos bélicos; habría visto incluso material suficiente para levantar una flota (Tito Livio, *Epítome del l.*, XLVII). Habría sido a la vuelta de esta embajada cuando en cada sesión del Senado, y hasta su muerte en el 150, Catón habría repetido como una letanía la fórmula que marcaba el inicio de cada una de sus intervenciones, fuera o no relevante para el tema tratado: «Opino que hay que destruir Cartago». Y conocemos la leyenda según la cual, para materializar lo que sentía como una amenaza constante, habría llevado un día a la curia un higo supuestamente fresco cogido en Cartago tres días antes, para añadir: «¡Pues sí, tenemos un enemigo tan cerca de nuestras murallas!».

No cabe duda de que aquella insolente salud económica de la vieja enemiga africana inquietó y evidentemente irritó a los medios financieros y comerciales italianos. Pero ya es menos cierto que estas envidias e inquietudes estuvieran directamente vinculadas a la intervención decidida poco después de la muerte de Catón. Porque, frente a los partidarios de la guerra se alzaba, en el Senado romano, un partido moderado a cuya cabeza se encontraba el propio yerno de Escipión el Africano, Cornelio Escipión Nasica. Se ha atribuido a este gran personaje, que había ejercido la más alta magistratura, una filosofía política de gran altura de miras, basada en la idea de que una gran nación debía aceptar la coexistencia con un enemigo exterior poderoso que, por el mero hecho de serlo, ejercía suficiente presión para mantener la propia cohesión y salvarla del riesgo de desintegración interna o de una posible revolución. Pero es posible que estas ideas, inspiradas en ciertas corrientes del pensamiento político griego, y que circulaban todavía en *De Republica* de Cicerón, fueran atribuidas a Nasica mucho después, quizás en la época en que los Gracos, como veremos, aparecen asociados a un primer intento de renacimiento de la ciudad destruida (C. Nicolet, 1978, p. 626). A principios del siglo V de nuestra era, en la *Ciudad de Dios* (I, 30), san Agustín, muy sensible al pasado prerromano de Cartago, mencionaba todavía a Escipión Nasica como autor de la predicción de los males —sobre todo las guerras civiles que serían fatales para la ciudad— que una excesiva seguridad exterior podía desencadenar en la república romana. Estos debates, reseñados en nuestras fuentes, desde Diodoro hasta Plutarco, demuestran que el Senado romano se encontraba dividido sobre la actitud a tomar respecto a Cartago, y que el problema se contemplaba en el marco de conjunto de la política exterior de Roma (M. Dubuisson, 1989, pp. 283-285).

Al final, los temores a un posible renacimiento del enemigo vencido por Escipión el Africano acabaron por imponerse. En el 151, Cartago saldó la última de las cincuenta anualidades de la indemnización fijada por el tratado del 201, y con ello quedaba liberada de la última carga que todavía pesaba —aunque

cada vez menos— sobre su economía. A los partidarios de la guerra ya sólo les restaba encontrar un pretexto, que de hecho se presentó cuando al año siguiente los cartagineses, crispados por una nueva intrusión númida en su territorio africano, decidieron contraatacar.

Recordemos que una de las cláusulas del tratado del 201 prohibía a Cartago hacer la guerra —incluso una guerra puramente defensiva— sin el consentimiento del pueblo romano. Atado por esta cláusula, el senado de Cartago había tenido que pedir repetidas veces en las últimas décadas el arbitraje de Roma para dirimir las diferencias que la oponían a Masinisa. Un texto de Polibio (XXXI, 21) —preferible al de Tito Livio, XXXIV, 62, que sitúa estos acontecimientos en el año 193, es decir, en una fecha demasiado alta— nos informa que en los años 165-162 Masinisa asoló la región de los *emporia*, aquellas ciudades portuarias de la Pequeña Sirte, entre el golfo de Gabes y Leptis Magna, que los cartagineses consideraban desde hacía siglos como territorio si no bajo su administración directa, al menos dentro de su zona de influencia. Roma, alertada, hizo oídos sordos a las quejas de Cartago y dejó hacer al rey númida. Unos diez años más tarde, aprovechando su ventaja, Masinisa invadió la región de las Grandes Llanuras y la Thusca, una vasta y rica comarca entre el curso medio del Medjerda y el uadi Siliana. De nuevo los cartagineses imploraron la intervención del Senado romano, que acabó por enviar a África aquella embajada con Catón el Viejo, que se retiró sin zanjar la cuestión. Agotada la paciencia, en el 151-150 la ciudad púnica llevó al poder a los representantes del partido popular, más proclives que la oligarquía a la resistencia. Un ejército púnico liderado por Asdrúbal el Boetarca («comandante de las tropas auxiliares»), defendió contra los númidas una ciudad llamada Oroscopa, cuya situación se desconoce (Apiano, *Libyca*, 70). Tras un primer choque indeciso, las tropas de Asdrúbal, cercadas y reducidas por el hambre, tuvieron que rendirse y fueron masacradas a traición. Masinisa mantenía, pues, el control sobre sus nuevas conquistas, que le situaban a las puertas del país de Cartago.

Pero lo peor fue que Roma decidió aprovechar aquel coletazo desesperado para acabar con su vieja enemiga. ¿Es posible que los últimos triunfos de Masinisa despertaran el temor de que este jefe númida pudiera tener a su alcance un objetivo, pacientemente urdido etapa tras etapa desde su victoria sobre Sifax, de crear sobre las ruinas de Cartago un reino indígena de dimensiones similares a las del actual Magreb, con el que no habría más remedio que contar? Hay historiadores que han visto en esta preocupación la causa de la tercera guerra púnica. Pero también hay quienes han recordado que en el 150 el príncipe númida, con 88 años, estaba a las puertas de la muerte, y no podía contar con sus herederos —en una sucesión que se anunciaba tan conflictiva como la que le había llevado a él mismo al poder medio siglo antes— para llevar a cabo una empresa tan grandiosa (G. Ch. y C. Picard, 1970, p. 285). Probablemente haya que ampliar el campo de visión y adecuarlo a las dimensiones del mundo mediterráneo de la época para intentar comprender por qué Roma, tras haber controlado a Cartago durante medio siglo, utilizó el primer pretexto jurídico a mano para poner brutalmente fin a la coexistencia. En el 168 se había producido un

acontecimiento importante, la derrota en Pidna de Perseo, rey de Macedonia, que liberaba definitivamente a los romanos de su obsesión por una eventual alianza de Cartago con aquella monarquía. El fin del último gran reino heleno supuso, pues, un verdadero punto de inflexión en la historia del mundo antiguo de aquella época, al hacer saltar el último corsé que retenía todavía al imperialismo romano. En los años siguientes y hasta el 152, las fuerzas de Roma estuvieron muy ocupadas en las duras campañas de España contra los celtíberos. Pero dos años más tarde, el Senado tenía ya las manos libres.

La «solución final»

Roma decidió la guerra, pero no la declaró y ocultó sus intenciones. Pero en Cartago se supo que Italia se movilizaba. El miedo se impuso al orgullo que había inspirado la resistencia contra el príncipe númida. Útica, que olió el cambio, desertó y se puso bajo la protección de Roma. Asdrúbal, condenado a muerte como chivo expiatorio, pudo escapar, pero la oligarquía, liderada por Hannón, volvió al poder y decidió apelar a la «buena fe» de los romanos y enviar a Roma una embajada en el año 149.

Mientras tanto, por parte romana, todo estaba dispuesto para la guerra; los dos cónsules, Manilio y Censorino, ya habían concentrado en Sicilia el cuerpo expedicionario y la flota que pronto les transportaría a África. En Roma, la embajada púnica, que acababa de hacer acto de sumisión ante el Senado, se vio sorprendida por la exigencia de que Cartago, en prueba de su lealtad, debía entregar antes de treinta días trescientos rehenes en el cuartel general de los cónsules en Sicilia.

Los cónsules se instalaron con sus tropas en la primavera del 149 en Útica, donde la delegación púnica pudo conocer finalmente cuál era la voluntad de Roma: Cartago debía entregar todas las armas y todas las máquinas de guerra. A pesar de las protestas del pueblo, el Senado cartaginés obedeció. Apiano (*Libyca*, 80) —quien sigue a Polibio (XXXVI, 6-7), que da las mismas cifras— ha descrito el largo transporte de unas doscientas mil piezas de armamento ligero y dos mil máquinas de lanzamiento, balistas y catapultas desde Cartago hasta Útica. Consumado el desarme, sólo quedaba desvelar a los cartagineses la última fase de un plan cuidadosamente mantenido en secreto. Fue notificado en Útica a una diputación formada por los treinta principales personajes de Cartago: los cartagineses quedaban libres para vivir según sus leyes, a condición de que abandonaran su ciudad, que Roma había decidido destruir, para ir a establecerse donde quisieran, siempre que fuera como mínimo a ochenta estadios (unos quince kilómetros) del mar.

Un tal dictado equivalía a una sentencia de muerte. No existía precedente en la Antigüedad de una ciudad que hubiera sobrevivido políticamente a la erradicación de la esencia de su ámbito sagrado: a la destrucción de sus templos y de sus necrópolis y a la deportación de sus cultos, que implicaba un golpe mucho más mortífero que el desplazamiento de su población. Pero este despla-

zamiento en sí mismo, simplemente material y profano, era la negación misma de lo que había sido durante siglos la vocación y la razón de ser de Cartago, ciudad marítima cuyo poderío y riqueza dependían de las antenas que lanzaba desde sus puertos a través de los mares. Es evidente que la sabia explotación de su territorio africano, sobre todo desde el siglo IV, había diversificado sus recursos e incrementado su autonomía. Pero ¿podían los cartagineses atender a las razones del discurso de consolación que, según Apiano (*Libyca*, 86-87), les dirigió el cónsul Censorino, diciéndoles que era preferible renunciar a los viejos demonios de la expansión ultramarina, que en el fondo les habían aportado más mal que bien en el pasado? No es en absoluto un azar si en el libro II de su *República* Cicerón atribuye estas teorías a Escipión Emiliano, el destructor de Cartago, de las que el discurso de Censorino, tal como lo transmite Apiano, no sería más que su contrapunto (J. Heurgon, 1976, pp. 449-450). Rómulo, dice Escipión, tuvo la sabiduría de no escoger para Roma un emplazamiento marítimo, inadecuado para una ciudad fundada en la esperanza de la duración y del imperio sobre el mundo. Si los cartagineses oyeron realmente tales palabras de la boca de Censorino, tuvieron que tomarlas como una burla amarga. Cartago, privada de sus salidas marítimas y replegada sobre su único territorio africano, estaba condenada, en el mejor de los casos, a no ser más que una colonia agrícola de Roma.

Si los cónsules romanos esperaban economizar una guerra persuadiendo a los cartagineses de cometer un suicidio colectivo, sus esperanzas fueron vanas. Ante el anuncio del dictado de Roma, la ira popular sustituyó muy pronto al abatimiento: además de los parlamentarios portadores de la terrible nueva, también los senadores fueron acusados de traición y los mercaderes italianos que se encontraban en Cartago fueron masacrados. Se cerraron las puertas de la ciudad, mientras el Senado cartaginés decretaba el estado de guerra y liberaba a los esclavos para poder enrolarlos. Se pidió al «boetarca» llamado Asdrúbal, que defendía los campos con unos veinte mil hombres, que olvidara la sentencia de muerte dictada contra él y dirigiera las operaciones militares fuera de la ciudad, mientras que un general homónimo se encargaba de la defensa de la ciudad intramuros. La energía de la desesperación hizo prodigios: arsenales improvisados fabricaban diariamente cien escudos, trescientas espadas, quinientas jabalinas, mil proyectiles de catapulta (Estrabón, XVII, 3, 15; Apiano, *Libyca*, 93). Las mujeres de Cartago ofrecieron su oro, y dicen que donaron sus cabellos para fabricar cuerdas para las máquinas.

Ambos cónsules romanos subestimaron sin duda esta heroica determinación. Siguieron sin apresurarse a asediar una ciudad todavía insuficientemente defendida. Además, la actitud de Masinisa no propiciaba la aceleración de los acontecimientos: el viejo rey númida, que moriría al año siguiente, veía sin entusiasmo cómo el aliado romano le sacaba las castañas del fuego y no tenía prisa en echarle una mano. Sólo en el verano de este año 149 la plaza fue finalmente sitiada. Manilio tenía encomendada la tarea de forzar las fortificaciones del lado del istmo, mientras que Censorino se encargó de atacar la parte en principio más débil del gran recinto amurallado, aquella que, en el lado sur,

unía las defensas del istmo con la entrada de los puertos por la orilla norte del lago de Túnez.

EL ASEDIO Y LAS MURALLAS DE CARTAGO

Los generales romanos no tardaron en darse cuenta de que conquistar de viva fuerza Cartago, aun desarmada a traición, era una empresa ardua. Al modo de muchas grandes ciudades del mundo helenístico, la ciudad propiamente dicha, así como sus *suburbia* residenciales y sus arrabales semirrurales periféricos estaban encerrados en el interior de una vasta protección fortificada que protegía el conjunto de la península (fig. 242). Las indicaciones concordantes que nos transmiten las fuentes permiten atribuirle una longitud de entre 22.000 a 23.000 pasos romanos, es decir, entre 32 y 33 kilómetros, cifra algo superior a la que se obtiene midiéndola en un mapa a partir de los trazados revelados por las excavaciones realizadas en el istmo a mediados de siglo. A diferencia de la muralla simple que protegía la península por las partes escarpadas, en el norte y en el este, de los barrios actuales de Gammarth y de La Marsa hasta Sidi-bou-Said, la muralla que seccionaba el istmo a lo largo de unos cinco kilómetros era triple. Según Apiano (*Libyca*, 95), cada uno de sus elementos, de una anchura de treinta pies (algo menos de nueve metros), tenía treinta codos de altura (unos quince metros), sin incluir las almenas ni las torres que flanqueaban la muralla a intervalos de dos pletros (algo menos de sesenta metros). Cada muralla contaba, siempre según Apiano, con dos plantas: abajo se encontraban los establos para cobijar a los trescientos elefantes, y arriba las caballerizas con espacio para cuatro mil caballos, depósitos de forraje y cebada, y cuarteles para veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes. Esta descripción reclama claramente algunas correcciones: Apiano tiene que equivocarse cuando habla de tres murallas de la misma altura que, además del coste de su construcción, habría presentado más inconvenientes que ventajas para los defensores. Por triple muralla (*triplon teichos*) hay que entender una triple línea defensiva donde sólo la muralla principal, por su espesor, podía incluir la compleja distribución descrita por el historiador griego. Un texto de Orosio (*Adv. Pag.*, IV, 22, 5-6) presenta esta «alta muralla» como una muralla de piedra de treinta pies de ancho (la misma medida que da Apiano) por cuarenta codos de alto (unos veinte metros, en lugar de los quince de Apiano).

El cónsul Manilio atacó esta «triple muralla» en el verano del 149, pero esta primera tentativa fue vana (Apiano, *Libyca*, 97). El relato del evento nos dice algo más sobre la naturaleza de esta fortificación: Manilio tuvo primero que llenar el foso (*taphros*), forzar luego la pequeña muralla (*brachu epiteichisma*), es decir, el parapeto que lo coronaba, antes de poder atacar las altas murallas (*upsela teiche*). El cónsul romano reanudó poco después el intento, pero tras numerosas tentativas, dice Apiano (*Libyca*, 97, *in fine*), renunció finalmente a atacar por este lado, tras hacer tan sólo una brecha en el primer recinto defensivo. Y aquí el historiador griego emplea el término más apropiado de *pro-*

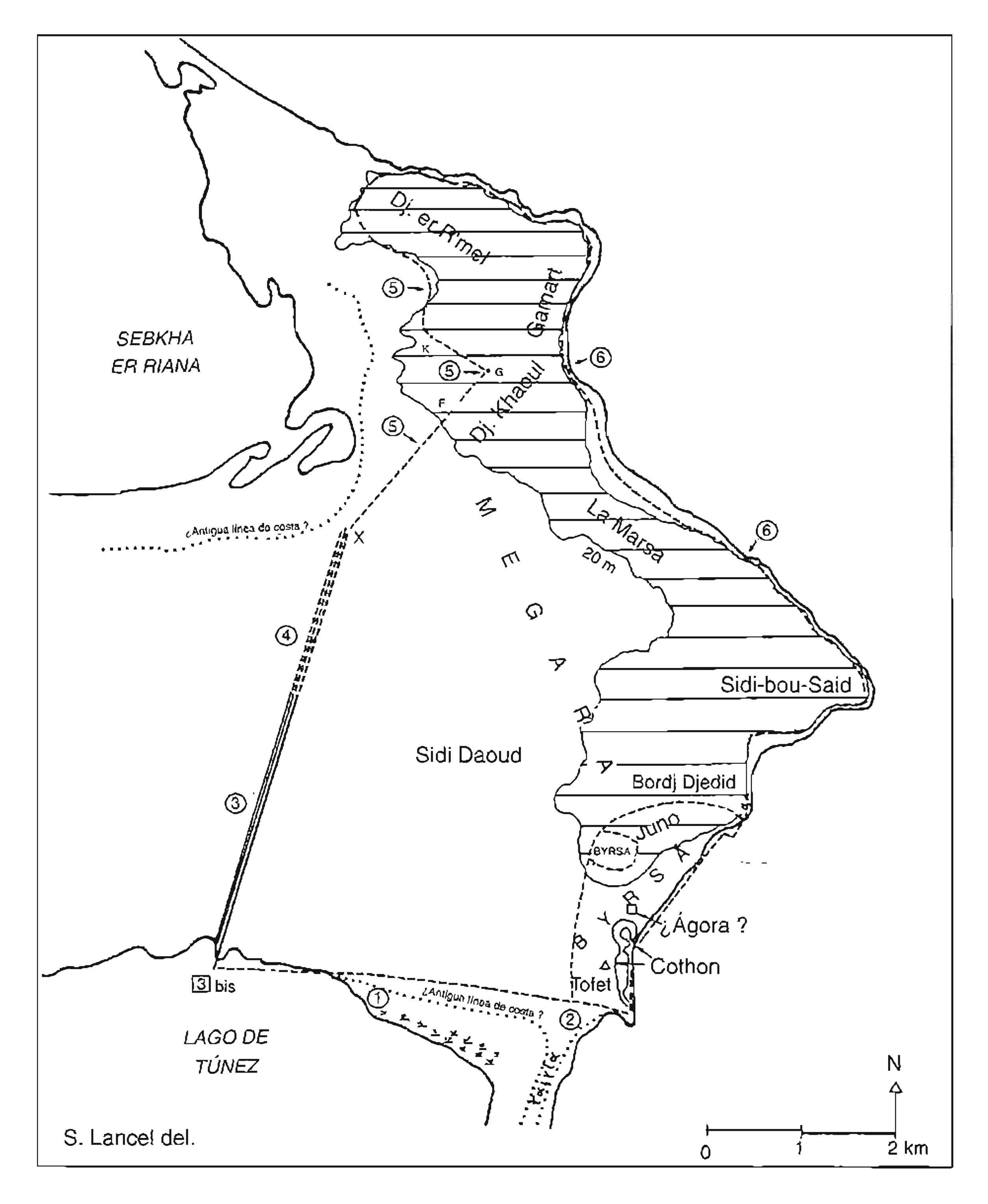


FIGURA 242. El recinto amurallado periurbano de Cartago en la época de la tercera guerra púnica: realidades e hipótesis. 1: emplazamiento teórico del primer campamento de Censorino (verano del 149); 2: segundo campamento de Censorino en la *taenia*, a finales del 149 (Apiano, 99); 3: triple muro en el istmo, trazado descubierto por el general Duval; 3bis: ángulo del triple muro en forma de muro simple hacia el este, a orillas del lago (vestigios de 1911 y 1950); 4: prolongación teórica del triple muro en el istmo; 5: ataque de Escipión en el 147 en dos puntos del muro simple al norte; 6: localización teórica del ataque frustrado de Mancino, a principios del 147 (Apiano, *Lyb.*, 113), por el acantilado litoral.

teichisma. Para precisar aún más la naturaleza de estas defensas, anticipemos los acontecimientos para destacar un comentario de Polibio, que resulta precioso, porque procede de un testigo ocular que presenció el asedio junto a Escipión Emiliano, y que era experto en poliorcética. En el otoño del 147, el general cartaginés Asdrúbal intentó negociar una tregua, o al menos salvarse personalmente, y concertó una entrevista con Gulusa, el rey númida aliado de Roma. El encuentro tuvo lugar en el istmo: Asdrúbal franqueó la alta muralla y quedó «tapado por el foso y la empalizada». Estas palabras de Polibio (XXXVIII, 7, 3) precisan los términos de Apiano: al oeste, la construcción más exterior es el foso, rodeado, en la parte de la muralla alta, por una empalizada implantada a su vez sobre un pequeño promontorio, que Apiano llama a veces *apiteichisma*, y otras más justamente *proteichisma*.

El lector tal vez se extrañe de que edificaciones tan monumentales, si fueron una realidad, no hayan dejado rastro. El arqueólogo lo está menos, porque sabe que en Cartago cada piedra de construcción resultaba preciosa, y que todo elemento recuperable desapareció rápidamente, incluso los cimientos más profundos. Pero tras una prospección aérea materializada en fotografía, el general Duval, comandante en jefe de las fuerzas francesas en Túnez, hizo erigir en 1949 unas fortificaciones militares en diferentes puntos, jalonando el trazado que él había visto y que seccionaba el istmo en dirección nornoreste. Este trazado, que supuestamente revelaba unas estructuras desaparecidas, estaba formado por tres franjas paralelas. La excavación reveló esta tripartición objetivando la existencia de tres elementos principales en las distintas cotas abiertas: al oeste, lado continental, un foso de unos veinte metros de ancho, seguido de una banqueta de unos cuatro metros, a su vez rodeada al este (el lado que daba a la ciudad) por un foso más estrecho, de unos cinco metros de ancho. El elemento más perceptible en los documentos gráficos y fotográficos que quedan de esta excavación (S. Lancel, 1989) son estas banquetas que presentan casi siempre protuberancias en las que pueden verse «bastiones»; la banqueta y sus bastiones presentan casi todos ellos unos orificios de treinta a cuarenta centímetros de diámetro, con fragmentos de ánfora en el fondo, que parece lícito interpretar como orificios para postes (fig. 243). Por lo general se reconoce (por ejemplo G. Ch. y C. Picard, 1982, p. 35) en estos vestigios descubiertos en estas excavaciones restos de fortificaciones púnicas del istmo y, más concretamente, los antemuros mencionados en los textos, así como el foso y la banqueta empalizada. Si el general Duval hubiera ordenado realizar sondeos a unas decenas de metros más al este de estas estructuras, del lado de la ciudad, habría descubierto también el rastro de la muralla principal, al menos en forma de uno de esos «negativos» que los arqueólogos que ahora trabajan en Cartago conocen muy bien, pero tan difíciles de percibir en aquella época.

En el extremo sur, esta triple fortificación hacía un ángulo, de donde nacía la muralla simple que, bordeando el lago de Túnez, llegaba a los barrios portuarios, al sur de la ciudad. Aquel mismo verano del 149, fue Censorino, que estaba al mando de la flota, el encargado de atacar esta muralla, que abordó, dice Apiano (*Lybica*, 97), por su «ángulo simple» con la ayuda de escaleras



FIGURA 243. Una banqueta, donde pueden apreciarse los orificios de viga (excavación del general Duval en el istmo de Cartago).

levantadas desde la orilla del lago y desde las naves ancladas cerca de la orilla. El intento fracasó dos veces, y Censorino decidió establecer su campamento al pie de la muralla, a orillas del lago. Después, dice Apiano (*Libyca*, 98), el cónsul hizo rellenar parcialmente el lago para permitir mayor espacio de maniobra a las máquinas de asedio, sobre todo a sus dos arietes. Uno de ellos, atendido por seis mil hombres, consiguió abatir una parte de la muralla, permitiendo a los romanos penetrar en la plaza por la brecha, aunque no pudieron mantenerse en ella. A partir de varios detalles del texto de Apiano puede inferirse de forma aproximada el emplazamiento del primer campamento de Censorino, y también el de su plataforma de ataque, sin duda a poca distancia, en una línea de costa algo más al norte que la que figura actualmente en los mapas modernos (fig. 242). A principios de este siglo unas aguas exepcionalmente bajas permitieron al doctor Carton observar, sumergidas a poca distancia de la antigua línea de costa, estructuras de muros pertenecientes sin duda a esta muralla sur, cerca del punto de unión con la triple muralla del istmo. Y, poco después de las excavaciones del general Duval, los sondeos emprendidos en el mismo punto confirmaron efectivamente su presencia (S. Lancel, 1989, pp. 273-276).

Con la llegada de los tórridos calores del verano del 149, Censorino no pudo mantenerse demasiado tiempo al pie de esta muralla, cuya altura le impedía beneficiarse de la brisa del mar y de los vientos frescos que, en el verano cartaginés, vienen del nornoreste (Apiano, *Libyca*, 99). Por ello el cónsul trasladó su campamento hacia el mar, estableciéndose en el cordón arenoso (la *taenia*

o *glôssa* de nuestros textos) cerca de la desembocadura de los puertos. De allí partió la cabeza de puente que le permitirá, en el 147, el asalto final.

Mientras tanto, el año 149 había acabado sin que los romanos supieran aprovechar la difícil situación de Cartago, abandonada por las grandes ciudades fenicias del Sahel, Hadrumeto, Leptis, Thapso, Acholla, que habían seguido el ejemplo de Útica (Apiano, *Libyca*, 94). Al intentar expulsar a Asdrúbal, que defendía con sus tropas la región del Djebel Zaghouan e interceptaba las comunicaciones con la Byzacena, el cónsul Manilio se dejó sorprender en un lecho fluvial cerca de Neferis y pudo salvarse sólo gracias a la sangre fría y al sentido táctico de uno de sus tribunos, Escipión Emiliano, el hijo de Paulo-Emilio, el nieto adoptivo de Escipión el Africano. Poco antes de su muerte, Catón el Viejo, ciñéndose por así decir una corona de inmortalidad, y utilizando palabras de Homero (*Odisea*, X, 495), había dicho de este joven: «Sólo él es sabio; los demás son sombras que pasan».

ESCIPIÓN EMILIANO

A principios del 148, sintiendo ya próxima su muerte, Masinisa mandó llamar a Escipión a su capital para que le ayudara a asegurar la sucesión de este reino númida que había recibido de las manos del Africano. Pero cuando Escipión Emiliano llegó a Cirta (Constantina) el viejo rey acababa de morir. Dotado de un poder de arbitraje, el oficial romano solucionó esta sucesión con sabiduría, marginando a los hijos nacidos en concubinato y dividiendo el poder real entre los tres hijos legítimos: Micipsa recibió la capital y la administración del reino, Mastanabal la jurisdicción, y Gulusa el mando de los ejércitos. Escipión volvió con Gulusa, cuyas tropas reforzaron los contigentes romanos. Poco después obtuvo otra victoria con la rendición del principal lugarteniente de Asdrúbal, Famaias, que se pasó al lado romano con más de dos mil de sus hombres. Durante el resto del año 148 las posiciones no se modificaron en Cartago. Sucedió a los dos cónsules salientes L. Calpurnio Pisón, que incorporó como legado a Hostilio Mancino, al quien confió la flota. Los dos nuevos jefes decidieron hacer la guerra a las ciudades leales a la metrópoli púnica para reducirlas y privar así a los cartagineses de posibles víveres y hombres. En el cabo Bon las potentes defensas de Clypea (Kelibia) resistieron, pero Neapolis (Nabeul) se rindió a Pisón y fue saqueada.

En la primavera del 147, Mancino, vadeando Cartago de punta a punta con su flota, observó que en el sector norte de la ciudad, en la parte de Megara, la muralla estaba poco defendida allí donde la costa rocosa dificultaba el acceso: o en Gammarth, o más probablemente donde los altos de Sidi-bou-Said se hunden en el mar formando acantilados o inclinaciones muy escarpadas. Envió un destacamento de unos diez hombres a escalar los acantilados con el propósito de franquear la muralla. Los cartagineses, que vieron cómo levantaban sus escaleras, salieron por una poterna, pero fueron ahuyentados por los hombres del comando, al que acababa de unirse Mancino y el grueso de la tropa,

que pudo así penetrar en el interior de la muralla. Pero este ataque improvisado realizado por hombres insuficientemente armados y sin víveres pudo acabar en desastre (Apiano, *Libyca*, 113-114). Al día siguiente, Mancino y sus hombres, unos pocos centenares, fueron acorralados por los cartagineses contra la muralla, y estaban a punto de morir cuando la intervención inesperada de Escipión Emiliano les salvó la vida.

En efecto, los comicios del año 147 habían elegido cónsul, pese a no tener la edad requerida para el cargo, al nieto adoptivo del Africano. Y el pueblo consiguió que le fuera confiado el mando del ejército de África, en lugar de echarlo a suertes entre los dos cónsules del año. Escipión Emiliano completó sus efectivos con enrolamientos y desembarcó en Útica llevando consigo como lugarteniente a su más fiel amigo, C. Lelio, y a dos griegos de primerísimo rango, el filósofo Panecio de Rodas y el historiador Polibio. Su llegada a Útica coincidió con la expedición improvisada de Mancino, y corrió enseguida en su ayuda. Las versiones difieren sobre el desenlace del evento. Según Apiano (*Libyca*, 114), Escipión acogió en sus naves a los romanos en dificultad, repatrió inmediatamente a Mancino a Roma y estableció su campamento a poca distancia de Cartago. Según el compendiador bizantino de Dión Casio, Zonaras, Mancino pudo mantenerse algún tiempo en Megara con la ayuda de Escipión, lo que le permitió al año siguiente, tras la toma de la ciudad por Escipión, vanagloriarse de haber entrado en ella el primero. Al parecer habría presentado ante el foro un plano de Cartago con la representación de los diferentes ataques romanos, sin desmarcarse demasiado de la realidad y dando toda clase de detalles y explicaciones a quien quisiera oírle. Es de suponer que en Roma se siguieron las operaciones de África con pasión; los partidarios del *Kriegspiel* ni siquiera se privaron de las ridiculizaciones más odiosas: Plutarco cuenta que, durante el asedio, un jinete romano hizo servir en un festín un enorme pastel con la forma de la ciudad e ¡invitó a sus comensales a cortarlo en pedazos! La anécdota, caricaturesca, es sin duda legendaria.

La muralla de Cartago seguía siendo el verdadero héroe de este largo asedio. En el curso del año 147, Escipión, tras restablecer el orden y la disciplina entre su ejército, atacó varias veces las defensas del dispositivo enemigo. También atacó el vasto barrio suburbano de Megara, pero no, como Mancino, desde el mar abierto, sino bordeando por el norte, desde el istmo, la costa baja del *sinus Uticensis* (la actual Sebkha er-Riana). Sus hombres atacaron por dos puntos un muro que al parecer era una muralla simple, como el tramo sur a orillas del lago de Túnez. Y aquí intervino un episodio un tanto inquietante, susceptible de hacernos sospechar de la credibilidad de nuestra fuente (Apiano, *Libyca*, 117). Porque los soldados de Escipión se topan casi como por milagro con una torre (*purgos*) que pertenecía a un particular, situada extramuros, pero tan próxima a la muralla que desde ella los romanos podían lanzar un puente improvisado sobre la muralla, abordar la antepuerta y abrir una puerta al grueso de la tropa, cuatro mil hombres, que así habrían entrado en Megara. ¿Puede aceptarse que los cartagineses fueran tan imprudentes como para dejar intacta tan cerca de su muralla una construcción totalmente dispuesta para fa-

cilitar los planes de un posible asaltante? Pero las dudas que planean sobre esta peripecia tal como aparece en Apiano no afectan al conjunto del relato, que viene confirmado por otra fuente. Aquel intento no fue más que un reconocimiento, porque Escipión juzgó imprudente avanzar más por esta zona suburbana llena de huertas separadas entre sí por muretes y setos, y cortada y recortada por múltiples canales de riego, es decir, propicia para toda clase de emboscadas. Se volvió atrás con sus tropas, pero esta incursión tuvo al menos una consecuencia: Asdrúbal, preocupado por la seguridad del corazón de la ciudad tras este golpe de mano, abandonó el campamento que todavía mantenía extramuros para hostigar al enemigo, y se refugió en Byrsa. Y una de nuestras fuentes nos precisa que el general púnico reforzó el recinto amurallado del centro de la ciudad —«aquel que se erigía delante de las casas» (Zonaras, IX, 29)— mediante fosos y empalizadas, a imagen de las defensas exteriores del triple muro del istmo. El relato de esta fase es para nosotros precioso, en la medida también en que viene a sumarse a otros textos que sugieren claramente que con este nombre de Byrsa se quería designar no sólo la ciudadela en el sentido estricto del término, en cuya colina se refugiaron los últimos supervivientes del asedio, sino también la ciudad de Cartago en su definición propiamente urbana, por oposición a Megara (S. Lancel, 1988, pp. 69-70).

La reclusión intramuros de todos los defensores de Cartago determinó un giro que se revelaría decisivo en esta guerra de posiciones. Escipión ultimó el acordonamiento cortando el istmo, paralelamente a la fortificación púnica, mediante un campamento parapetado de planta rectangular provisto de torres, y la del medio, rematada por un alto mirador, permitía observar todo el campo púnico. Poco después, para completar el bloqueo e imposibilitar todo abastecimiento por mar, el general romano decidió cerrar el acceso a los puertos levantando en dirección a sus rompeolas un dique cuyo trazado exacto todavía se discute, puesto que no se ha encontrado el más mínimo vestigio. Escipión quería, evidentemente, que esta construcción fuera lo menos larga posible, pero al mismo tiempo tenia que levantarse a suficiente distancia de la muralla sur del recinto amurallado (el que desembocaba en los puertos) para que cuantos trabajaban en ella estuvieran fuera de tiro. Es, pues, probable que el dique atravesara la actual bahía del Kram, partiendo de un punto situado en el cordón lacustre (la *taenia* o *glôssa* de los textos), entre los actuales barrios de Kherredine y del Kram (fig. 242).

Desde aquel momento empezó una lucha encarnizada, circunscrita a este sector de los puertos. Los cartagineses no esperaron a que se acabara el dique para encontrar un atajo. En secreto, y trabajando sobre todo de noche para no ser vistos, construyeron un nuevo acceso a los puertos, por el lado este, posiblemente a partir de la dársena circular del puerto de guerra, y al mismo tiempo se las ingeniaron para armar una pequeña flota de combate con materiales usados y procedentes de viejas construcciones. Cuando las naves y el nuevo canal estuvieron listos, hicieron una brecha en la muralla de la fachada marítima de la ciudad (fig. 244) y por ella salieron varias decenas de trirremes y quinquerremes y otros muchos barcos más pequeños. El efecto sorpresa fue total, y el úni-

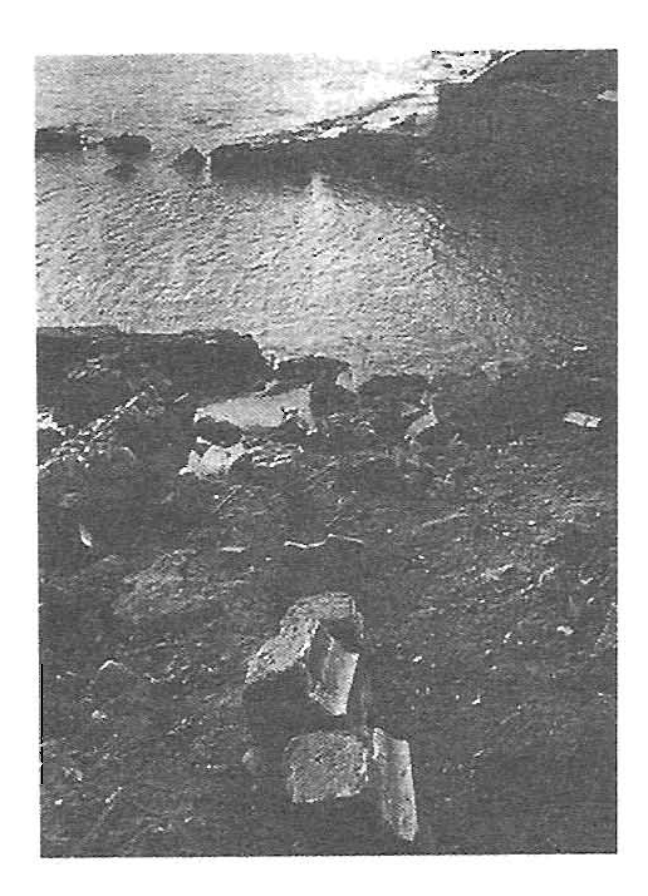


FIGURA 244. En primer término, bloques de coronamiento en cornisa de la muralla marítima de Cartago en época helenística (siglos III-II). En segundo término, canal de drenaje de la dársena rectangular del puerto mercante púnico, cuya apertura permitió descubrir las cornisas.

co error de los cartagineses, dice Apiano (*Libyca*, 121), fue no haber sacado el máximo partido de su acción.

Un dique es una presa, pero también es un puente tendido de un lado a otro, y es así como Escipión pensaba utilizarlo para llegar hasta la plataforma del antepuerto, el *chôma* de los clásicos, el cuadrilátero de Falbe de los arqueólogos (*supra*, p. 170). Quien conozca el tranquilo puerto de pesca que anima todavía hoy la pequeña cala del Kram tendrá dificultades para imaginarse el ruido y el furor del lugar en el otoño del 147. Los sitiados habían construido en este terraplén una muralla suplementaria para defenderlo mejor. Por el pavimento del dique Escipión hizo trasladar las máquinas de asedio, que los cartagineses incendiaron en un primer momento en una salida desesperada. La última palabra la tenía, sin embargo, el asaltante, que se estableció sólidamente en el desembarcadero, erigió allí una fortificación para contrarrestar la escasa altura de la muralla púnica y finalmente expulsó de allí a los defensores. A principios del invierno 147-146 Escipión apostó allí a cuatro mil hombres para defender este punto altamente estratégico (Apiano, *Libyca*, 125).

El desenlace se aproximaba. Durante el invierno, el cónsul, secundado por Lelio y por el rey númida Gulusa, consiguió acabar con los focos de resistencia que todavía subsistían en los territorios próximos a Cartago, sobre todo en la

base del cabo Bon, alrededor de la ciudad de Neferis, que fue tomada tras un largo asedio. En la primavera siguiente, Escipión, que había conservado el mando pese a haber expirado su consulado, decidió que había llegado el momento de acabar con aquella ciudad desangrada, muchos de cuyos habitantes ya había sucumbido a las privaciones y a las heridas.

El asalto final y la destrucción de Cartago (primavera del 146)

El asalto final se ordenó un día de marzo o de abril de 146. Partió del terraplén del antepuerto defendido y fortificado desde hacía meses por los hombres de Escipión. Asdrúbal, creyendo que el ataque se dirigiría primero contra la dársena rectangular del puerto mercante, yuxtapuesto de hecho al terraplén, prendió fuego a las construcciones anexas, muy posiblemente depósitos de madera. Pero Lelio, que dirigía en aquel momento la maniobra, se dirigió al puerto circular e hizo atravesar a sus hombres la doble muralla mediante puentes improvisados. Los asediados estaban al cabo de sus fuerzas y no opusieron gran resistencia. Cerca del puerto de guerra —un poco más al norte de esta dársena— se extendía la explanada de la gran plaza pública, el ágora de los textos griegos. Escipión la tomó pero, como ya era de noche, no siguió adelante y acampó allí con sus hombres (Apiano, *Libyca*, 127). A la mañana siguiente los soldados se resarcieron de sus esfuerzos invadiendo el templo de Apolo que daba, al parecer, sobre la plaza, y arrancando a punta de espada, para repartírselas entre ellos, las placas de oro que ornaban el tabernáculo de la capilla de culto al dios.

Una vez abatidas las defensas de la ciudad baja, el objetivo final era la ciudadela de Byrsa, último bastión de resistencia, donde se habían refugiado decenas de miles de hombres, mujeres y niños. El cónsul llamó a cuatro mil hombres que todavía no habían entrado en combate y los hizo converger hacia la ciudadela, haciéndolos avanzar concretamente por tres calles que, desde la plaza, llevaban hasta ella. Estas calles, dice Apiano (*Libyca*, 128), estaban flanqueadas por casas de seis pisos, desde donde se acosaba a los romanos con todo tipo de proyectiles. Estas casas de seis plantas —aunque no haya que tomar esta precisión al pie de la letra— son evidentemente inmuebles de habitación colectivos; en ellos se reconocerán fácilmente las «manzanas» descubiertas estos últimos años por la misión arqueológica francesa en la ladera sureste de Byrsa, sobre todo porque se levantan a ambos lados de la calle principal, cuyo trazado corresponde al eje que une, en línea recta, esta ladera con el barrio inmediatamente próximo al puerto de guerra (*supra*, p. 159). Se trataría pues de una de las tres calles por las que avanzaron los legionarios romanos. Este avance fue difícil. Tuvieron que luchar casa por casa, y, una vez en los terrados, pasar de unas a otras cruzando el espacio de las calles mediante tablones que hacían las veces de puentes; la anchura de las calles transversales del barrio descubierto en Byrsa —cinco metros de media— no hacía la tarea imposible.

Mientras tanto, el combate hacía estragos también en las calles, donde los

cuerpos lanzados desde lo alto de los pisos se sumaban a los de las víctimas de la lucha en la calle. Apiano (*Libyca*, 129) ha descrito estas escenas de pesadilla con una precisión de horror jamás alcanzada en la Antigüedad en un relato de este tipo, sobre todo cuando, una vez el barrio incendiado bloque por bloque, y las paredes asoladas, vinieron los «barrenderos» encargados de despejar las calles para abrir camino a futuras oleadas de asalto. Las descripciones apocalípticas típicas de la conquista de una ciudad son, ciertamente, uno de los clisés de la historiografía helenística (V. Krings, 1989, pp. 334-335). Pero no acusemos demasiado deprisa a Apiano de haber exagerado la relación de los hechos transmitida por Polibio y haber cedido gratuitamente al deleite morboso cuando cuenta cómo los auxiliares de tropa arrastraban con ganchos a muertos y vivos, mezclados junto con los cascotes de las casas, hasta unos agujeros donde a veces se veían asomar, todavía moviéndose, cabezas y pies que eran aplastados por caballos al galope. Estas escenas atroces eran el salvaje fruto de tantos odios sembrados por ambas partes: cuando Asdrúbal, el año anterior, furioso por la incursión de los romanos en Megara, hizo mutilar y estrangular a sus prisioneros a la vista de sus camaradas en las murallas de Byrsa, no podía ignorar lo que recogería más tarde. La excavación arqueológica también confirma estas atrocidades: los *lithologoi* de Escipión, como los llama Apiano, no pudieron borrar de las calles todos los rastros de aquellos terribles combates; y bajo los bloques de piedra que todavía los cubrían, sobre todo a nivel del cruce de las calles II y III, los huesos humanos que se han encontrado demuestran la realidad de las escenas descritas por el historiador griego. Pero los centenares de hombres y de mujeres que perecieron entonces fueron enterrados en osarios improvisados deprisa y corriendo no lejos de allí: son las «fosas comunes» que el padre Delattre descubrió en esta parte, al oeste del barrio (S. Lancel, 1988, pp. 85-86).

Así se sucedieron seis días y seis noches. El séptimo día algunos asediados salieron de la ciudadela para ir a suplicar a Escipión que por lo menos dejara con vida a los que se rindieran. Desfilaron cincuenta mil supervivientes a quienes les fue perdonada la vida pero que acabaron sus días en la esclavitud. Quedaban cerca de un millar de tránsfugas que no podían esperar ninguna clemencia. Buscaron un último refugio en el templo de Eshmún, donde se les unió Asdrúbal con los suyos. En el último momento, el general púnico se acobardó y, con un ramo de suplicante, fue a postrarse ante Escipión implorando piedad. Esta cobardía de un hombre fue redimida por una mujer: vestida con túnica festiva, la esposa de Asdrúbal se erigió en el muro alto del templo, de cara al general romano y a su marido, a quien reprochó su traición. Luego se arrojó con sus hijos a las llamas del templo que los tránsfugas acababan de encender y murió con ellos. En el último día de la ciudad, este holocausto se confundía en la leyenda con el de Dido, la reina fundadora.

A lo largo de toda su historia, Cartago siempre había resplandecido a la luz del brillo de las hogueras. La que consumió la ciudad —cuyo estrato de carbones, apelmazado por los siglos, se encuentra en todas partes— duraría todavía diez días. Marcelo, en el 212, lloró ante la belleza de una Siracusa que

sus soldados se aprestaban a asaltar y a devastar. Ante el incendio que destruyó Cartago, se dice que Escipión derramó lágrimas y pronunció en alta voz estos versos de Homero: «Llegará un día en que Ilion, la ciudad santa, perecerá, en que perecerán Príamo y su pueblo, hábil en el manejo de la lanza» (*Ilíada*, IV, 164-165). Y a Polibio, que le preguntó el porqué de esta cita, parece que le respondió que temía que tal vez un día se volviera a citar en relación con su patria. Nerón, mucho más tarde, haría del acto una caricatura al declamar el *Iliou Persis* ante el incendio de Roma que él mismo había ordenado. Pero por parte de Escipión Emiliano era un deseo y una forma de exorcizar el destino. Los gritos que desgarraban sus oídos mientras ardía Cartago eran gritos de la ciudad mártir entre mártires, eran los gritos de aquella Troya «protomártir» que perseguiría por siempre a la Antigüedad, gritos cuyo eco no se ha apagado del todo, los gritos de aquella «noche cruel que fue, para todo un pueblo, una noche eterna», como dice Racine.

Cartago entró en su noche y se hizo el silencio sobre las ruinas de lo que había sido una de las más bellas ciudades del mundo antiguo.

Capítulo XI

LA DOBLE SUPERVIVENCIA DE CARTAGO

Aparte de las instituciones y las leyes, una ciudad suele estar configurada —sobre todo en la Antigüedad— por tres tipos de realidad, en niveles muy distintos: sus muros y el hecho concreto de su existencia urbana; sus templos y cultos; su lengua y los testimonios escritos de su cultura y de su pasado. Los muros y los templos caen, los libros se destruyen o desaparecen; sólo la lengua y la religión, su contenido inmaterial, pueden escapar y sobrevivir a la destrucción, o renacer.

Hablaremos primero de los muros. Es cierto que Cartago fue completamente incendiada y destruida a manos de Escipión en la primavera del 146 a.C. Pero en la historiografía moderna se ha desarrollado una extraña y progresiva exageración de los hechos, sobre todo a partir del texto de Apiano (*Libyca*, 134), donde se menciona la orden dada por una comisión de diez miembros enviada por el Senado romano de arrasar cuanto quedara de la ciudad. La imagen de Escipión ordenando pasar el arado sobre las ruinas de Cartago se debe a Niebuhr, un pionero de la historia antigua de finales del siglo pasado. El episodio de la sal esparcida por el suelo encontró su primera expresión en la pluma de B. L. Hallward a principios de este siglo en la *Cambridge Ancient History*, inspirada al parecer en la Biblia, en el libro de los Jueces (9, 45), donde vemos a Abimelek tirar sal en la ciudad de Sichem que acababa de destruir. Imágenes tan fuertes tenían asegurado un gran éxito y no sorprende verlas reproducidas hasta fechas muy próximas a nosotros. Las excavaciones recientes han permitido aproximarlas a una realidad más modesta en términos de imaginación, pero mucho más reconfortante para el arqueólogo (fig. 245). Cuando en los años setenta encontramos en las laderas de Byrsa muros que alcanzaban a veces los dos metros de altura —eran los de las «casas de seis plantas» mencionadas por Apiano—, los periodistas escribieron, como si fuera un chiste, que la misión arqueológica francesa había encontrado la prueba de que, a pesar del *delenda est Carthago* del viejo Catón, ¡Cartago no había sido destruida! Cuenta Plutarco (*Marius*, 40, 9) que en estos restos bien reales y todavía parcialmente en

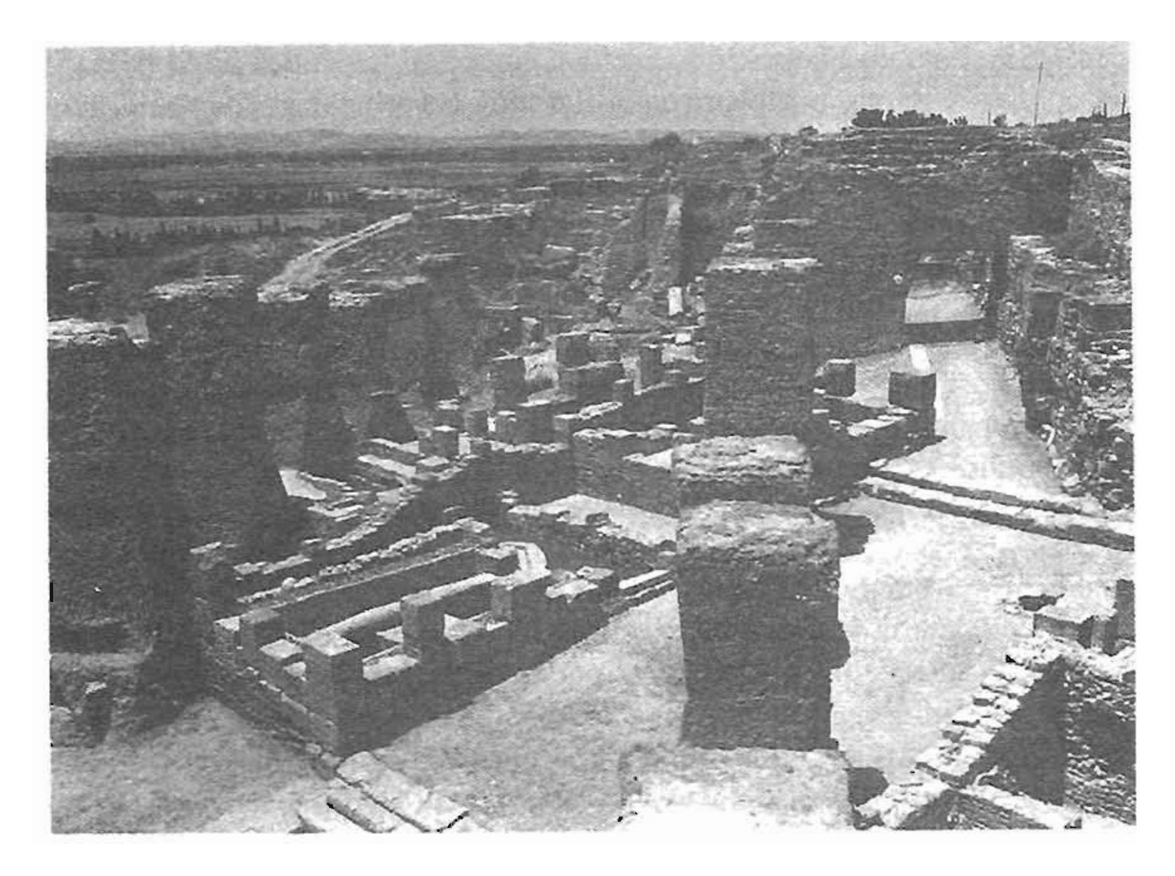


FIGURA 245. El barrio púnico de Byrsa debajo de los potentes cimientos del centro monumental de la Cartago romana.

pie de la ciudad martirizada —en la que estaba prohibido vivir pero que estaba abierta al turista— Mario se sentaría medio siglo después, durante su obligado exilio forzado por la dictadura de Sila, para meditar a su vez acerca de la fragilidad de las cosas humanas. Y así siguieron las cosas, tras la destrucción de la ciudad, a lo largo de más de un siglo, durante el cual Roma instalaría en Útica al gobernador de la nueva provincia de África, contentándose con «velar el cadáver», como dice Mommsen. Aunque la expresión es más poética que exacta desde un punto de vista histórico, lo cierto es que el intento de colonización iniciado por C. Graco en el 122 abortó al cabo de un año, y que además nunca afectó al perímetro urbano maldito de Cartago.

Hubo que esperar a la instauración en Roma de un nuevo orden para que cesara la prohibición que afectaba al suelo de la ciudad destruida. La decisión de crear en Cartago una colonia cabe atribuirla a César, que la adoptó *in extremis* poco antes de su muerte durante los idus de marzo del 44. Pero sería Octavio Augusto quien, en el año 29, le daría una existencia real con el nombre de colonia *Iulia Concordia Carthago*, reforzada mediante el traslado de colonos (M. Le Glay, 1985, pp. 235-247). Las recientes excavaciones han puesto de manifiesto que la nueva capital de la provincia romana del África proconsular tomó forma sólo muy lenta y progresivamente, y que, en su realidad concreta, nunca llegó a materializar del todo la red ortogonal de vías cardinales y decumanas trazada por los agrimensores del emperador Augusto (H. Hurst, 1985,

pp. 149-155). Esta «urbanización» partía de un punto central situado en la cima de la colina de Byrsa, posiblemente allí donde tuvo lugar el epílogo dramático de más de seis siglos de historia de la Cartago púnica. Vimos (*supra*, p. 145) cómo muy a finales del siglo I a.n.e. se levantó en el lugar de la colina original un vasto terraplén de planta rectangular destinado a convertirse en el centro monumental de la Cartago romana (P. Gros, 1990, pp. 548-551). Según los urbanistas romanos, una gran superficie lisa y octogonal se prestaba mejor a la implantación de edificios de gran amplitud: foro, basílica judicial, templos rodeados de pórticos. Pero a nivel político, estas enormes obras de nivelación no sólo transformaron el antiguo aspecto del lugar, sino que destruyeron un símbolo, el símbolo del apogeo del poder de la ciudad púnica y el de su resistencia encarnizada. Lo que la excavación evidencia, aquí más que en cualquier otro lugar de Cartago, es la fuerte impronta de los restos de las casas púnicas asaltadas en la primavera del 146 en las laderas de Byrsa, enterrados bajo los pesados y macizos cimientos de las orgullosas construcciones de la Cartago romana (fig. 245). Tras la muerte de la ciudad, el entierro de sus vestigios.

SUPERVIVENCIA INSTITUCIONAL Y RELIGIOSA

Esta segunda muerte de la ciudad contrasta enormemente con la supervivencia de la religión, la lengua y, en menor medida, las instituciones en la misma época.

Empecemos por estas últimas. El ejemplo más sorprendente de su vitalidad nos lleva al *pagus Thuscae*, el país númida con fuerte influencia púnica en tiempos de la Cartago independiente (*supra*, p. 241). En Maktar, centro de este antiguo distrito administrativo púnico, que seguía siendo una *ciuitas* indígena, los magistrados municipales eran sufetes, como en la Cartago de Aníbal. Pero el texto epigráfico que permite conocerlos, y que data de la segunda mitad del siglo I de nuestra era, cita tres, en lugar de los dos de la antigua capital púnica, y cabe pensar, con G. Ch. Picard (1957, pp. 39-40 y 61), que este triunvirato —es también bajo este nombre latino que aparece a veces este colegio en los textos de Maktar— se debe a la influencia del derecho consuetudinario númida. Otras ciudades, y no menos importantes (en la misma región, Althiburos y Thugga, Leptis Magna en Tripolitania, Calama y Cirta en Numidia), también conservaron esta magistratura heredada de la tradición púnica a veces incluso hasta la época de Trajano —es decir, hasta el apogeo del Imperio—, cuando África estaba ya ampliamente romanizada (G. Ch. Picard, 1974, pp. 125-133). Cerca de Maktar, en una pequeña aglomeración llamada Magraoua (sin duda la antigua Macota), se encontraron inscripciones que dan cuenta de los *baalim* (los «notables») de Maktar, en la época de los *rab* («jefes», «amos») Iasuchtan (un nombre libio) y Bodeshún (un nombre púnico). Así pues, en la segunda mitad del primer siglo de nuestra era también en ciudades de importancia más modesta se constata, al lado de los sufetes, la supervivencia a escala municipal de otra forma de titularidad de origen cartaginés, que recae en personas cuyos

nombres, bereberes o púnicos, aparecen según la moda semita, con las ascendencias de una o dos generaciones. La romanización fue de hecho un proceso lento, excepto en las colonias o municipios receptores de población venida de Italia, que aceleraron el proceso en contextos directamente calcados del modelo romano.

La fidelidad a los dioses antiguos y a sus cultos es, de todas estas prácticas, la más inmaterial y, por consiguiente, la que tenía mayores posibilidades de resistir a los cambios. Durante mucho tiempo todavía —un siglo y medio, a veces más— estas divinidades fueron invocadas con sus nombres semitas. Una inscripción escrita en «neopúnico» descubierta recientemente (A. Ferjaoui, 1990, pp. 113-119) a pocos kilómetros al suroeste de Maktar, en *Mididi* (Hr Medded), nos hace saber que los ciudadanos de esta ciudad dedicaron un santuario a ʿAštart, aquella Astarté que muy pronto triunfaría bajo el nombre de Venus, pero que nunca conseguiría borrar del todo su carácter oriental original. Tanit sobrevivió, de forma más segura y durable, con el nombre de Juno Caelestis, y Baʿal Hammón bajo el de Saturno. La gran popularidad y la larga persistencia de este último ilustran la perfecta adaptación del gran dios de Cartago a una mentalidad religiosa africana que su culto, conservado durante siglos en un contexto cultural propiamente púnico, había contribuido enormemente a configurar.

De Baʿal Hammón a Saturno africano

Evidentemente desde la divinidad tutelar de Cartago hasta el gran dios africano de época romana se constata una modificación, sobre todo una ampliación del campo religioso cubierto por la personalidad divina, hasta el punto de que su mejor especialista pudo decir que Saturno era el fiel heredero de Baʿal Hammón (M. Le Glay, 1966, p. 68). Algunos han ido más lejos y han visto en el paso de Baʿal Hammón a Saturno —a través de una asimilación con Cronos, como muestran las estelas de El Hofra, cerca de Constantina (A. Berthier, 1955, pp. 167-178)— la transformación de una divinidad de naturaleza trascendente, que no se mezcla con los hombres y que actúa por mediación de intercesores (Tanit, y también Astarté), en un dios ciertamente dotado de múltiples y fuertes poderes, pero instalado más familiarmente en el panteón de las divinidades de origen indoeuropeo (G. Ch. Picard, 1990, p. 97). De hecho, el análisis del imponente corpus de las estelas relativas a esta divinidad evidencia una evolución en la que al final, en el siglo III de nuestra era, cuando toda la religión está ya profundamente romanizada, aparece Saturno perfectamente antropomorfizado, flanqueado por sus jinetes sirviendo a los Dioscuros, pero sin haber perdido el enorme poder de un dios exigente y prácticamente único.

En una primera fase, durante el primer siglo de nuestra era, el «Señor Baʿal Hammón» aparece invocado en púnico en textos que aparecen por lo general en un contexto muy sobrio, con frecuencia reducido a la reproducción del «signo de Tanit», del creciente lunar, a veces del caduceo, de palmeras y



FIGURA 246. A la izquierda, la llamada estela de la Ghorfa. A la derecha, estela consagrada a Saturno el 8 de noviembre de 323.

de granos de uva. Estas últimas representaciones, símbolos de fecundidad, se hacen preponderantes en una serie que viene cronológicamente a continuación, el de las estelas llamadas de la Ghorfa, una rica colección descubierta en diferentes sitios de la Túnez central, ahora dispersa entre Londres, París, Viena, el Museo Nacional del Bardo y Dougga. Una investigación reciente ha permitido situar en la pequeña localidad de Magraoua, cerca de Maktar, el origen de la mayoría de estas estelas (A. M'Charek, 1988, pp. 731-760). En los monumentos de esta serie fechada en el siglo II, que presentan un relieve liso o poco destacado, ya no se cita al dios en el texto, ahora reducido, cuando aparece, a una dedicatoria en fórmula latina (fig. 246). La decoración, especialmente exuberante, de algunas de estas estelas, aparece dividida en registros superpuestos, uno de los cuales ofrece una representación de Saturno portando en la mano



FIGURA 247. Estela consagrada a Saturno de Siliana, llamada «estela Boglio» (siglo III o principios del siglo IV d.C.).

derecha el rayo, que le asimila a Júpiter, y en la izquierda una piña incrustada en un mango, que lo convierte en un *Liber Pater.* Después, en el siglo III, tenemos la bellísima colección de las «estelas de Saturno» —que suelen presentar, justo debajo del frontón triangular, una moldura con la invocación latina: *Saturno Aug(usto) sacrum*— en altorrelieve más marcado, y donde el poder y la gloria del dios aparecen bien asentados. Uno de los más bellos ejemplares es una estela descubierta hace tiempo en Siliana (fig. 247): bajo el águila del frontón, que el dios tiene en común con Júpiter, Saturno reina con enorme majestuosidad; se apoya en una víctima ritual y lleva en la mano derecha su atributo funcional, la *harpé* u hocino, flanqueado por los Dioscuros, sus asesores; las Victorias que enmarcan la escena acentúan el carácter triunfal: como el sol, que también encarna, Saturno es invencible (*invictus*). Debajo, tres registros historiados, graciosamente animados, evidencian que Saturno reina como «señor» —lleva a menudo el título de *Dominus*, traducción del púnico *Adon*— no sólo sobre Cuttinus, el dedicante, que ha «cumplido su promesa con los suyos» (*votum solvit cum suis*), sino sobre toda una sociedad campesina a la que asegura su prosperidad: la escena ritual, donde el «señor» de la región coloca con su mano los granos de incienso en un altar enmarcado por un carnero y un becerro, consagra una feliz plenitud, evidenciada en los cestos llenos de fruta que portan unas mujeres y en los trabajos del campo, representados más abajo,

realizados bajo el benévolo patrocinio de la divinidad. «Ninguna inquietud mística en esta obra» se dijo (G. Ch. Picard, 1954, p. 121). Ninguna inquietud aparente, en efecto. Pero ante estas imágenes que obedecen a cánones de representación a su vez en proceso de evolución ¿podemos ir más allá de las apariencias?

Saturno continuador de Baʿal Hammón no fue sólo el campeón del paganismo africano; continuó imponiéndose en la religión popular incluso cuando el cristianismo ganaba terreno. En una estela de los alrededores de *Vaga* (Beja), fechada muy concretamente el 8 de noviembre del 323 gracias a la mención de los cónsules de ese año, aparece dominando una escena de sacrificio, acompañado por lo que parece un doble genio solar, y representado con esa rigidez propia del arte de la Antigüedad tardía, que hace difícil discernir cuánto hay de torpeza y cuánto de deseo de representación hierática (fig. 246). El texto dice que el exvoto procede de un sacerdote, de nombre M. Gargilio Zabo, que celebró su sacrificio bajo la presidencia del «superior» (*magister*) del colegio sacerdotal (A. Beschaouch, 1968, pp. 253-268). Esta inscripción se suma a otras que dejan entrever las etapas de adhesión al dios en el marco de un verdadero sacerdocio: primero venía la consagración de los fieles a Saturno mediante el voto de sus padres antes incluso de nacer; luego venía la iniciación en la adolescencia; entonces podían o bien seguir como simples fieles, o bien dedicarse al servicio divino, es decir, convertirse en *sacerdos*, en cuyo caso a los 65 años celebraban una especie de jubileo «entrando bajo el yugo» del dios, al que se sometían totalmente (es el rito del *intratio sub jugum*, donde las palabras latinas repiten fórmulas rituales de textos bíblicos) (M. Le Glay, 1988, pp. 232-234). Estos textos muestran sin ambages el poder que ejercía el Saturno africano sobre las almas, y cuáles eran sus exigencias. No olvidemos que en toda África, desde Sabratha, en Tripolitania, donde un área de sacrificio recientemente descubierta y todavía inédita funcionó al menos hasta la época de Domiciano, pasando por la Numidia profunda, en *Cirta*-Constantina y en otros lugares, hasta Tipasa, en las costas de Mauritania (*supra*, p. 100), los tofets continuaban en servicio. Claro que se practicaba en general un rito de sustitución, el llamado «molchomor», que incluía víctimas tales como corderos y cápridos: *vita pro vita, sanguine pro sanguine, anima pro anima*, tal como aparece escrito en las estelas de N'gaous. Pero el sacrificio humano permaneció subyacente. No hace mucho se evocaba esta tradición ritual para explicar las extrañas epidemias de suicidios casi rituales que, sobre todo en Numidia, afectaron a ciertas categorías de cristianos refractarios al orden establecido, los «circunceliones», a mediados del siglo IV (C. Lepelley, 1980, pp. 261-271). Recordemos que, según Tertuliano, en su época todavía se perpetraban sacrificios infantiles en secreto. Añadiremos a este informe una imagen inquietante, fechada en la misma época. Procede de un relato de la pasión de las santas Perpetua y Felicitas, cuyo martirio tuvo lugar en Cartago en el 203: el texto dice que los condenados a muerte expuestos a las fieras en el anfiteatro vestían hábitos rituales; en los hombres se trataba del hábito de los sacerdotes de Saturno. Como bien observa G. Ch. Picard (1954, p. 134), era una manera legal de perpetuar la vieja tradición de los sacrificios humanos.

En cuanto a la apelación del dios, puede parecernos engañosa y reductora. Bajo el nombre de Saturno, los africanos adoraban de hecho a un dios cósmico, señor del cielo y de la tierra, y del más allá infernal; Saturno es también Plutón, y como él *frugifer*, protector de las cosechas; de hecho lo vemos en la terracota de Thinissut de época romana llevando en la cabeza un *modius* (celemín), igual que Plutón (*supra*, fig. 104). En la religiosidad popular se confunde con Júpiter, y una inscripción de Constantina llega incluso a explicitar esta confusión en su invocación preliminar: *Iovi Saturno Augusto*. Un tal sincretismo, si bien no llegó a eclipsar totalmente a las demás divinidades del paganismo clásico en beneficio de Saturno, colocaba al gran dios africano en ruda competencia con el dios único de la religión del Libro. «Fue un paso hacia el monoteísmo» pudo escribir St. Gsell; sí, pero por una vía paralela y no convergente. Saturno resume, en sí mismo, la corriente profunda de semitización que regó el norte de África hasta el fin de la dominación romana.

SUPERVIVENCIAS DEL PÚNICO

Última revancha final de Cartago sobre sus verdugos, la extraordinaria persistencia de su lengua. Ciertamente la caída de Cartago interrumpió brutalmente la práctica de la grafía oficial del púnico. Pero hemos dicho también que siguió utilizándose una escritura «neopúnica» cursiva, cada vez más reformada y, por lo tanto, más y más indescifrable, por lo menos hasta finales del primer siglo de nuestra era, todavía dos siglos y medio después de la destrucción de Cartago y de su muerte política. El aprendizaje de la escritura acabó por perderse, pero fonéticamente la lengua siguió viva. Se siguió hablando el púnico, aunque se dejara de escribir. Mejor dicho, se siguió escribiendo, pero en caracteres latinos y, a veces, pocas, en letras griegas. A mediados del siglo III de nuestra era, los soldados apostados en Bu Ngem, un fortín del *limes* de Tripolitania, a unos cien kilómetros al sur de las costas de la Gran Sirte, hablaban una especie de lengua franca, mezcla de púnico y de latín, que a veces llegaron incluso a transcribir en *ostraka*, o a garabatear en los revoques de las paredes de sus dormitorios (R. Marichal, 1979, pp. 436-437). En la misma Tripolitania (las regiones occidentales de la actual Libia) se encontraron en diferentes sitios —sobre todo en Leptis Magna, Zliten, Bir ed-Dreder— decenas de textos que durante mucho tiempo parecieron enigmáticos; primero se quiso ver en ellos inscripciones «latino-libias», pero corresponde al gran semitista italiano G. Levi Della Vida el mérito de haberlos identificado como «latino-púnicos», es decir, pequeños textos —la mayoría inscripciones funerarias, o dedicatorias de monumentos— donde las palabras semitas están transcritas en latín, como en la versión latina de los párrafos púnicos del *Poenulus* de Plauto (G. Levi Della Vida, 1963, pp. 65-91).

Los «latino-púnicos» de Tripolitania (cómodamente agrupados por F. Varrioni, 1976, pp. 536-555, y M. G. Amadasi-Guzzo, 1990a, pp. 107-108) no dejan lugar a dudas sobre lo que debe entenderse por *Punica lingua*, cuando a

principios del siglo V san Agustín la presentaba, al mismo nivel que el latín, como la lengua de los cristianos de África (*Tract. in epist. Ioh.*, 2, 3). El obispo de Hipona precisaba incluso: *Punica, id est Afra*, «púnico, es decir, africano»; hasta tal punto consideraba al púnico, muy degradado, que se hablaba un poco por todas partes como la marca cultural específica de África, en comparación con la universalidad del latín: en su entorno, y especialmente en Hipona, su ciudad episcopal. Los sermones que pronunció contienen muchas alusiones al púnico; comentando ante sus fieles un proverbio púnico, lo cita sin embargo en latín, porque, decía, no todos sus oyentes sabían el púnico, lo que significa que otros muchos lo entendían (*Serm.*, 167, 4). Él mismo tenía conocimientos limitados de esta lengua, como lo demuestra, entre otros textos, un párrafo conmovedor de un diálogo anterior a su conversión, donde le vemos discutir con su hijo Adeodato, todavía adolescente, sobre el significado de una palabra púnica (*De magistro*, 13, 44). En realidad, era sobre todo en el medio rural donde el púnico era indispensable para la comunicación y también para la acción pastoral (S. Lancel, 1982b, pp. 270-273). El conocimiento del púnico era una condición necesaria, si no suficiente, para ser sacerdote u obispo en el campo y en las pequeñas poblaciones de Numidia (el este argelino actual y la zona fronteriza con Túnez). Para citar sólo un ejemplo, fue precisamente el dominio de esta lengua lo que decidió a Agustín a elevar al episcopado, en una localidad limítrofe de su vasta diócesis de Hipona, a un joven clérigo llamado Antonino, decisión que muy pronto lamentaría amargamente.

Cuando san Agustín murió entre los muros de Hipona asolada por las hordas vándalas, en el 430, hacía más de mil años que se hablaba el púnico en África. Si la capacidad de «arraigo» de una cultura se mide por la vida y la capacidad de supervivencia de su lengua, la cifra merece tomarse en consideración. Y la lengua de Dido —pero ¿es la misma, tantos siglos después?— sobrevivió seguramente a la llegada de los vándalos. Al parecer todavía se hablaba cuando Belisario reconquistó África por cuenta de los bizantinos, en el siglo VI. El fin del mundo antiguo favoreció la constitución de «islotes» culturales en el norte de África: seguramente aún subsistían «bolsas» de punicófonos cuando, ciento cincuenta años más tarde, otros semitas venidos de Arabia implantaron en lo que se llamó el Magreb un Islam todavía muy nuevo. Y no faltan quienes piensan que este Islam y su entorno cultural encontraron allí un terreno perfectamente abonado (M. H. Fantar, 1990a, p. 66). Pero esto ya es otra historia.

El renacimiento arqueológico de Cartago

La segunda supervivencia de Cartago se debe a los hombres de nuestro tiempo. Hombres, sabios o simples curiosos, que aunque fueran por lo general humanistas y hubieran leído a sus autores, se negaron a dejarse encerrar en el «corpus clos» —como dice E. Leroy Ladurie— de las fuentes clásicas. Polibio y Diodoro, Tito Livio y Apiano son lecturas indispensables, como prueban las

frecuentes referencias que se hacen en las páginas precedentes. Suministran la trama y lo esencial de esta historia a lo largo de varios siglos. Pero su mirada es una mirada a una ciudad vencida, y sobre todo proyectada desde su implicación en la cadena de acontecimientos que provocaron su pérdida. Si nos atuviéramos sólo a los textos, Cartago sería tan sólo la socia finalmente desgraciada y siempre un tanto abstracta de la Magna Grecia, y luego de Roma. Es la arqueología la que le ha devuelto su personalidad, una personalidad ambigua —hemos insistido en ello—, como era de esperar en una cultura mediatriz entre Oriente y Occidente.

El reconocimiento arqueológico de Cartago y de la civilización púnica es reciente: se remonta a poco más de un siglo. No es extraño. En la Edad Media y a principios de los tiempos modernos, lo que primero saltaba a la vista del viajero en esta Ifriqiya prodigiosamente rica en vestigios del pasado, era la envergadura, a veces sorprendente, de los monumentos de época romana todavía en pie. Raramente su atención se fijaba en un edificio prerromano conservado en medio de un contexto monumental claramente posterior. Pero la excepción ocurrió a principios del siglo XVII, cuando un consejero del parlamento de Aix, Nicolas de Peiresc, disuadió a un antiguo prisionero de los berberiscos, liberado y luego convertido al Islam, Thomas d'Arcos, de arrancar del mausoleo de Dougga la inscripción púnico-libia (P. A. Février, 1989, pp. 26-28). Vimos (*supra,* p. 282) que otros no fueron tan comedidos. En el siglo XVIII varios viajeros europeos escribieron relatos de sus expediciones a «Barbaria» (D. Brahimi, 1976); pero las ruinas que describieron eran romanas. Sólo excepcionalmente podían ver un monumento de una época anterior, como T. Shaw, un clérigo inglés residente en Argel durante unos diez años, que hacia 1730 percibió el «Kbour er-Roumia» o «Tumba de la Cristiana», cerca de Tipasa.

Pero muchos de estos viajeros, a veces incluso célebres, salían decepcionados, como Chateaubriand: de vuelta de su periplo por Grecia y Tierra Santa, pasó en 1807 por Túnez e hizo naturalmente la excursión a Cartago; por desgracia el sitio estaba entonces desnudo y desolado, desprovisto de los monumentos que, todavía identificables, habían visto El Bekri en el siglo XI y El Idrissi en el XII. Mientras tanto, Cartago servía de cantera para construir no sólo Túnez, muy próxima, sino también Kairuán y, al otro lado del mar, Pisa y Génova, cuando Andrea Doria, almirante de Carlos V, conquistó La Goleta en 1535. Chateaubriand anotó la impresión de su paseo entre las cisternas de La Malga y Byrsa: «Para ir desde las cisternas públicas a la colina de Byrsa se atraviesa un camino desigual ... La cima de la acrópolis ofrece un terreno unido, sembrado de pequeños pedazos de mármol, visiblemente el área de un palacio o de un templo. Si optamos por el palacio, será el palacio de Dido; si se prefiere el templo, habrá que reconocer el de Esculapio» (*Itinéraire de Paris à Jérusalem*, La Pléiade, p. 1.202). El gran escritor, que conocía los clásicos, indicaba así, de forma amena, las pistas a seguir. Veremos que el consejo no cayó en saco roto.

En la misma Cartago, fue un danés, C. T. Falbe, cónsul general de su país en Túnez, quien hizo de verdadero pionero un cuarto de siglo más tarde. Tardó

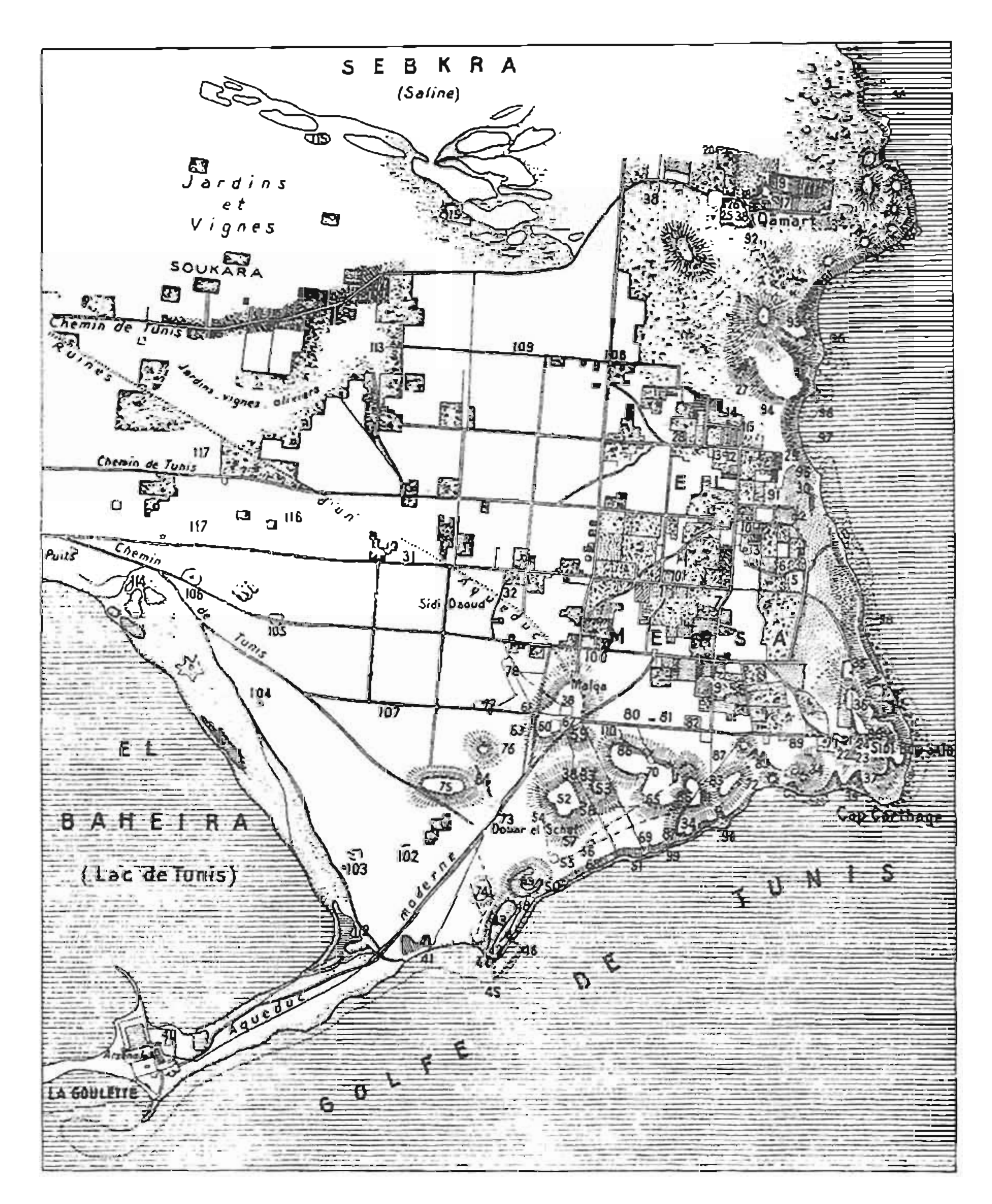


FIGURA 248. El mapa arqueológico de Cartago elaborado por Falbe.

varios años en preparar un mapa arqueológico de Cartago, que publicó en París en 1833 junto con sus *Recherches sur l'emplacement de Carthage*. En este documento *princeps*, en que se destacaban y relacionaban más de un centenar de puntos de interés particular, Falbe anotó también con precisión el trazado de las improntas que cortaban en ángulo recto el istmo hasta La Malga, entre el pueblo de La Soukra y Sidi-bou-Said, formando cuadrados de 2.400 pies de ancho que, según se supo después, materializaban todavía el catastro rural decidido por los Gracos en el 122 a.C. (fig. 248). Con este mapa, el sitio de Carta-

go entraba en la era de la investigación arqueológica: la meseta de Byrsa —el punto 52 de Falbe— aparecía todavía como aquella explanada rectangular y desnuda que Chateaubriand contemplara veinticinco años antes. Hoy todavía se hacen muchas referencias a este documento, que fijó la situación de los lugares, algunos de ellos profundamente modificados desde entonces, sobre todo por lo que se refiere al barrio portuario y a la línea de costa en general. Cuando en 1974 la misión danesa empezó a trabajar en el marco de la campaña internacional patrocinada por la Unesco, escogió el punto 90 determinado un siglo y medio antes por su ilustre compatriota.

A mediados del siglo XIX las iniciativas se multiplicaron. La ciudad de Dido se percibía como un bastión avanzado hacia Occidente de aquel Oriente entonces tan de moda. Si el descubrimiento del antiguo Egipto marcó el principio de siglo, el redescubrimiento de Cartago, y pronto el de todo el antiguo norte de África, marcaría aquellos años del final del romanticismo. En 1837 se creó la Sociedad para la Exploración de Cartago, que naturalmente incluía a Falbe entre sus miembros, en torno a su presidente Dureau de la Malle, que publicó en 1835 sus *Recherches sur la topographie de Carthage*. De acuerdo con el espíritu del momento, sus estatutos incluían cláusulas hoy lamentables, como la que preveía que, para financiar la continuación de la investigación, podrían venderse los objetos de la excavación a particulares o a museos. Es así como el inglés Nathan Davis, que exploró sobre todo la zona litoral próxima a los puntos 34 y 87 de Falbe, enriqueció el Museo Británico con una bella serie de mosaicos romanos con decoración floral (G. Ch. Picard, 1984, p. 13). Publicó en 1861 el resultado de sus excavaciones con el título: *Carthage and her Remains*.

Flaubert en Cartago

Una mañana de finales de abril de 1858, Gustave Flaubert desembarcaba en Túnez, viajando desde Philippeville por mar. Sabemos las razones de este viaje, que sólo duró un mes. El escritor sudaba tinta con su novela que entonces se titulaba *Cartago*. Con el fin de documentarse sobre el tema, según él mismo explica en su correspondencia de esa época, con tanta inspiración como frustración, había devorado un sinfín de volúmenes —noventa y ocho, escribe en una de sus cartas— y manuales científicos. En una carta dirigida a Ernest Feydeau en el verano de 1857, parecía resignado a que en su libro, que tenía a Cartago como personaje principal, «la arqueología sólo fuera algo probable» (*Correspondance*, La Pléiade, p. 749). Y luego, descontento de sí mismo, de aquel «color» que no acababa de ver, decidió emprender la expedición. No perdió el tiempo: fue hasta Útica y Bizerta, y paseó a caballo días enteros por el sitio de Cartago, donde conoció a Nathan Davis. A principios de mayo podía escribir a su amigo Louis Bouilhet: «Conozco Cartago *a fondo* y a todas las horas del día y de la noche» (*Corresp.*, p. 810). La precisión con que consignó muchos aspectos del sitio en sus *Notes de voyage* (t. II, ed. Conard, 1910, pp.

310-319) demuestra que no era una fanfarronada. Regresó a Croisset a finales de junio de 1858, persuadido de que su libro, según escribió entonces a Ernest Feydeau, «debía rehacerse, mejor dicho, hacerse de arriba a abajo» (*Corresp.*, p. 817), pero ahora impregnado de las imágenes todavía frescas de todo cuanto había buscado en vano en los libros. Con este nuevo espíritu, trabajaría todavía durante tres años antes de publicar su *Salambó* en 1862.

Si bien el libro, que causó un gran impacto en la época, no sirvió de mucho a la gloria eterna de Flaubert, sí fue útil en cambio, y mucho, a la causa de la arqueología cartaginesa. El escritor, de forma más o menos consciente, se había dejado llevar por la fuerte corriente de interés hacia el orientalismo. Si añadimos que volvió entusiasmado de su viaje por Turquía y Grecia en 1850 con su amigo Maxime du Camp, y que era, desde la adolescencia, un lector asiduo de Michelet, se comprende su tentación de iniciar la aventura de una novela histórica a la vez africana y oriental. Muy leída, miles de veces reeditada, la novela añadió una dimensión imaginaria al movimiento de ideas que la había originado. Incluidos los más pequeños detalles, que no por pequeños eran menos duraderos. La toponimia de Cartago lleva todavía las huellas del libro: el barrio de los antiguos puertos, Salambó, debe su nombre a la heroína, y la hondonada de Amílcar, que entalla el flanco sur del promontorio de Sidi-bou-Said, prolonga el eco de aquella famosa frase inicial que Flaubert quiso incluir: «Fue en Megara, suburbio de Cartago, en el vergel de Amílcar».

Mientras que Nathan Davis acababa sus excavaciones en la ciudad baja, Charles-Ernest Beulé llegaba a Byrsa para empezar las suyas. Era el año 1859, y este arqueólogo, más conocido por ser el «inventor» de los propileos de la acrópolis de Atenas, no pudo conocer a Flaubert. Pero el recuerdo de la estancia del escritor flotaba todavía en el aire de Cartago, y además Beulé había leído el *Itinéraire de Paris à Jérusalem*. Es lógico, pues, que trazara «las supuestas ruinas del palacio de Dido» en un mapa que publicó tras su exploración de la meseta de Byrsa (fig. 249). Como la mayoría de cuantos sondearon el suelo de Cartago en aquella época, Beulé quería dar con los vestigios de la ciudad más antigua. Ignorando la naturaleza de la explanada donde se encontraba (*supra*, p. 386), y deseoso de echar mano al recinto de la ciudadela asaltada en el 146, se dejó engañar por los muros de contención romanos que encorsetaban esta meseta prácticamente artificial, y los tomó por el recinto amurallado. Pero en los últimos metros de una excavación muy profunda, descubrió verdaderos vestigios púnicos: no los del «interior de las murallas de Byrsa», como creyó entonces, sino restos de casas destruidas e incendiadas por los soldados de Escipión en su avance hacia la ciudadela. Fue, pues, el primero en entrar en contacto con el estrato de incendio de la ciudad, y quedó tan sorprendido que exageró considerablemente su importancia: «En varias habitaciones la roca aparecía cubierta por una capa de cenizas de un metro y medio de espesor» (Beulé, 1861, p. 55).

La Cartago púnica empezaba a asomar, aunque todavía oscilara entre la realidad y la ficción. Ficción fue la reconstrucción fantasiosa que para Útica y Cartago propuso Daux, un ingeniero enviado por Napoleón III entre 1865 y

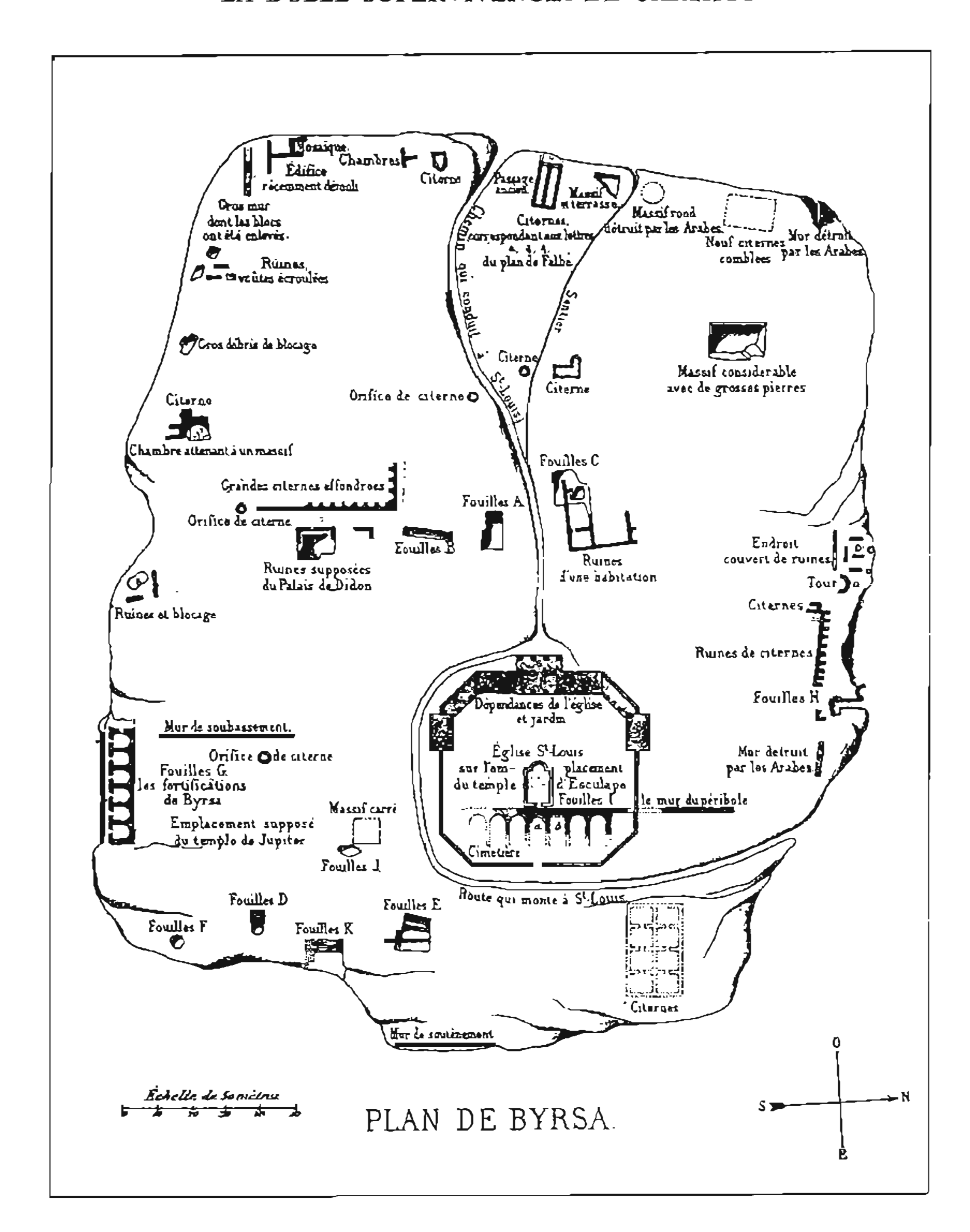


FIGURA 249. Plano de la situación de las excavaciones de Beulé en Byrsa. Obsérvese en el centro, a la izquierda, la indicación de las «supuestas ruinas del palacio de Dido», y abajo, en el centro, la indicación del «templo de Esculapio» bajo la capilla gótica dedicada a san Luis, construida poco antes de que Beulé elaborara este mapa.

1867. Pero reales fueron las casi dos mil estelas púnicas originarias del tofet descubiertas por E. de Sainte-Marie, en misión por cuenta de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, en diferentes puntos del sitio, tal y como fueron dispersadas en época romana. La nave encargada de trasladar muchas de esas estelas al museo del Louvre naufragó a su llegada, estelas que, por centenares, yacen desde hace más de un siglo en el fondo de la rada de Toulon.

Los inicios de una investigación científica

El último cuarto del siglo XIX sería decisivo para el redescubrimiento de Cartago, sobre todo de la Cartago púnica. La colección de estelas votivas recogidas en La Manouba en la huerta de Sidi Mustafá Kaznadar, ministro del bey de Túnez —fue esa colección la que atrajo la atención de E. de Sainte-Marie sobre estos monumentos—, demostraba que en la Regencia misma existía interés por este pasado tan antiguo. Este interés no podía por menos que facilitar las grandes empresas de recuperación de este pasado, aunque fueran extranjeras. En 1875, el futuro cardenal Lavigerie, entonces arzobispo de Argel, encargó a dos Padres Blancos la conservación de la capilla erigida en 1841 por orden de Luis Felipe a la memoria de san Luis, y construida frente al mar sobre la meseta de Byrsa, en el supuesto emplazamiento del templo de Eshmún. Poco después se unió a ellos un joven misionero que volvía de América y que sería el primer capellán de san Luis: el reverendo padre Delattre (P. Gandolphe, 1950, p. 287). El objetivo del cardenal Lavigerie era doble: ante todo actuar en Cartago *ad maiorem Dei gloriam* bajo los colores de Francia; pero también llevar a buen término, bajo esos mismos colores, otra empresa, esta vez científica, cuyos objetivos se definían en una carta dirigida a la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres en abril de 1881. Un mes más tarde, el tratado del Bardo convertía Túnez en un protectorado francés y, al año siguiente, un decreto del bey instituía un Servicio de Antigüedades y reglamentaba las modalidades de la investigación arqueológica.

El padre Delattre no esperó para ponerse a trabajar. Durante casi medio siglo pudo verse su fuerte silueta de coloso pelirrojo y barbudo ir y venir de un corte a otro, repartiéndose equitativamente entre la exhumación de los monumentos paleocristianos y la excavación de las necrópolis púnicas. Mencionábamos (*supra,* p. 35) todo cuanto la arqueología de la primera Cartago debe a sus actividades. A principios del siglo XX, gracias a sus esfuerzos y también al talento de Gauckler, el segundo director del jovencísimo Servicio de Antigüedades de Túnez, el estrato subterráneo de los muertos había entregado lo esencial de la información que cabía esperar. Pero en el ámbito de los vivos, y a merced de los terrenos todavía disponibles, se precisaban investigaciones algo más delicadas, que requerían de la arqueología mayor habilidad de aproximación, instrumentación más sutil, una percepción más sensible, y menor subjetividad ante el objeto de investigación, logros todos ellos de nuestro tiempo. Esa fue la tarea de las generaciones siguientes. No volveremos a citar aquí a todos aquellos que, tras los pioneros del siglo XIX, nos han permitido conocer la ciudad de Dido y de Aníbal. Sin ellos, ya sean franceses o tunecinos, alemanes, norteamericanos o británicos, hubiera sido imposible escribir un libro como éste, donde sus nombres aparecen con tanta frecuencia.

Poco después de la instalación del padre Delattre en Byrsa, el pequeño museo que construyó a la sombra de la catedral y del seminario de los Padres Blancos contaba ya con miles de piezas. Estas colecciones están ahora en los vastos edificios del noviciado, convertido en Museo Nacional de Cartago. Y aquí aban-

donamos al lector. Antes de visitar el barrio púnico de la ladera sur de la colina, cuya comprensión se ve facilitada por los carteles y la maqueta expuesta en la planta baja, podrá admirar las estatuas yacentes de mármol exhumadas por el padre Delattre en la necrópolis entonces llamada de Sainte-Monique. Luego subirá a la primera planta del museo, donde los objetos le explicarán a su manera más de seis siglos de historia de la ciudad púnica. No podrá dejar de acercarse a una de las altas ventanas de la fachada para ver la panorámica que abarca desde los altos de Sidi-bou-Said, a la izquierda, hasta La Goleta, a la derecha. Aquí el paisaje amplifica la historia. Debajo, en primer plano, más allá del cenotafio que habita san Luis con una presencia hoy más discreta, su mirada contemplará lo que queda del tribunal —una de las basílicas más grandes del África romana— donde, a finales del siglo IV de nuestra era, el mejor amigo de Agustín, Alipio, estuvo a punto de sufrir un error judicial (*Confesiones*, VI, IX, 14). Después, más allá del límite de la meseta, la vista oscila sobre la ciudad baja. A lo lejos, los relieves del cabo Bon cierran el golfo de Cartago y tapan el horizonte. En días despejados, y cerrando la salida hacia el mar abierto, podrá adivinar, más que ver, el cono de la isla de Zembra, que ya habrá percibido a babor, a su llegada por mar. Acaso Elisa-Dido descansara allí, poco antes de llevar a cabo en Byrsa el gesto fundador de toda esta historia.

RESUMEN CRONOLÓGICO

c. 1200 — Invasión de Fenicia por pueblos procedentes de Anatolia y del mar Egeo, a los que los egipcios dieron el nombre genérico de «Pueblos del Mar». Ras Shamra-Ugarit (que no se recuperará jamás), Sidón y Tiro son saqueadas. Poco después, Ramsés III logra detener una nueva oleada de los «Pueblos del Mar» en una batalla naval que aparece relatada en imágenes en los muros de su templo funerario de Medinet Thabu. Mientras tanto, los filisteos se han establecido en un territorio —la futura Palestina— situado entre Fenicia y Egipto.

c. 1100-1000 — Rebelión de las ciudades fenicias (Biblos, Sidón, Tiro). Inicio de la expansión fenicia al Mediterráneo oriental, luego occidental. **1100**: fecha legendaria de la fundación de Gades (Cádiz); **1101**: fecha legendaria de la fundación de Útica. Primeras incursiones fenicias en Sicilia.

c. 1000 — Edad de oro de las ciudades costeras de Fenicia. **969-935**: reinado del rey Hiram I en Tiro; alianza con el rey Salomón (972-932), sucesor de David en el trono de Israel en Jerusalén.

c. 900-800 — Inscripción de Nora. Primeras incursiones fenicias en Cerdeña y en las costas meridionales españolas. **814**: fecha tradicional de la fundación de Cartago.

c. 800-700 — **753**: fecha tradicional de la fundación de Roma. Colonización griega en el sur de Italia y en Sicilia, en la segunda mitad del siglo VIII. Finales del siglo VIII: primeros testimonios arqueológicos en Cartago: tofet de Salambó, las tumbas de datación más antigua, cerámica euboica de los sondeos en profundidad en el hábitat arcaico. Fundaciones fenicias en Andalucía (Almuñécar, Trayamar, Toscanos), en Malta, en Cerdeña (Tharros, Sulcis, Bithia) y en Sicilia (Motya).

c. 700-600 — Las ciudades fenicias en guerra con la potencia asiria (asedio de Tiro por Asarhadon en el **671**). Gran desarrollo de las necrópolis arcaicas de Cartago en la primera mitad del siglo VII (necrópolis de Dermech, Douimès, Juno, Byrsa). Primera ampliación

del hábitat más antiguo. **654**: fundación de Ibiza, en las Baleares (¿por Cartago?); hacia el **650**: fundación (¿por los fenicios de Gades?) de Mogador, en la costa atlántica de Marruecos. Fundación de Cirene por los griegos, y de Leptis Magna por los fenicios.

c. 600-500 — Hacia el **600**: los griegos de Focea fundan Masalia (Marsella). Desarrollo de la colonización fenicio-púnica en Cerdeña (monte Sirai) y en Sicilia occidental (Palermo, Solunto). Primeras «escalas» púnicas en la costa norte del Magreb (Mersa Madakh, Tipasa). **535**: victoria en Alalia (Aleria, Córcega) de los cartagineses y los etruscos sobre los focenses. **509**: primer tratado entre Roma y Cartago. Hacia el **500**: láminas de oro etrusco-púnicas de Pyrgi.

c. 500-400 — **480**: Batalla de Himera, en Sicilia, y derrota de Amílcar frente a Gelón de Siracusa. Mediados del siglo V: Cartago inicia la constitución de un territorio africano. **409**: destrucción de Selinunte y reconquista de Himera por los cartagineses. **405**: Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa, firma el tratado por el que reconoce a los cartagineses la posesión de la Sicilia occidental.

c. 400 y 300 — **397**: Dionisio el Viejo destruye Motya. Himilcón funda Lilibeo (Marsala), junto a Motya, pero fracasa frente a Siracusa. Introducción en Cartago del culto a las diosas sicilianas (Deméter y Koré). **348**: segundo tratado entre Cartago y Roma. **310-307**: Agatocles, tirano de Siracusa, pasa a África, arrasa el cabo Bon, pero es derrotado frente a Cartago; fracasa el «golpe de estado» de Bomílcar. **306**: tercer tratado entre Roma y Cartago.

c. 300-200 — Hacia **275**: cuando Pirro de Épiro vuelve a Italia tras su derrota en Lilibeo, los cartagineses reocupan la Sicilia occidental y extienden su control a gran parte de la isla. **264**: los romanos intervienen en Mesina contra la guarnición instalada por los cartagineses. **264-241**: «primera guerra púnica», o guerra de Sicilia; **260**: victoria naval romana en Mylae (Milazzo); **256**: Régulo en África; **241**: victoria de la flota romana en las islas Égades; Cartago pide la paz y pierde Sicilia. **241-238**: guerra de los mercenarios, o «guerra de África». Roma se anexiona Cerdeña y Córcega. **237-229**: fundación por Amílcar Barca de un «reino» púnico en la España meridional. **221**: Asdrúbal, yerno de Amílcar Barca, funda Cartagena. **219**: asedio y conquista de Sagunto por Aníbal, hijo de Amílcar Barca. **218-202**: «segunda guerra púnica» o «guerra de Aníbal». Travesía de los Alpes (invierno de **218**); victorias de Aníbal en el Tesino, en el Trebia (**218**), en el lago Trasimeno (**217**). Batalla de Cannas y defección de Capua (**216**). Alianza entre Cartago y Filipo V de Macedonia (**215**). Aníbal controla el sur de Italia y hace una incursión hasta Roma (**211**). Victorias de Cornelio Escipión (el Africano) en España y fin de

la dominación púnica en la península ibérica. Escipión desembarca en África (**204**), se alza con una victoria en los *Campi Magni* y hace prisionero a Sifax (**203**). A su regreso de Italia, Aníbal es derrotado por Escipión en Zama (**202**). El tratado de paz concluido en **201** confina Cartago a su territorio africano, acaba con su flota, la somete a la tutela política de Roma y le impone el pago de una fuerte indemnización de guerra.

c. 200-146 Aníbal es elegido sufete (**196**), pero poco después tiene que exiliarse. Prosperidad de Cartago en esta primera mitad del siglo II, confirmada sobre todo por los resultados de las recientes excavaciones arqueológicas (barrio de Byrsa y puerto de guerra). **150**: Roma considera como *casus belli* la decisión de Cartago de responder militarmente a las últimas provocaciones de Masinisa en su territorio: es el principio de la «tercera guerra púnica». Desarmados a traición, los cartagineses rehúsan someterse al dictado de Roma (**146**). Tras un asedio de tres años, la ciudad es asaltada y destruida en la primavera del **146**.

BIBLIOGRAFÍA

El lector hallará citados aquí, por orden alfabético, a los autores cuyos libros o artículos aparecen mencionados a lo largo de esta obra, y que se han utilizado para la elaboración de la misma.

Para completar la información del lector, y a falta de una bibliografía exhaustiva que sería desalentadora —tanto por lo que respecta a su recopilación como a su consulta—, aconsejaríamos la obra de referencia *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*, Éditions Brepols, 1992.

Acquaro, E. (1971), *I rasoi punici*, CNR, Roma.

— (1988), «Scarabs and Amulets», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 394-403.

— (1988a), «Bronzes», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 422-435.

Akkari-Weriemmi, J. (1985), «Un témoignage spectaculaire sur la présence libyco-punique dans l'île de Djerba: le mausolée d'Henchir Bourgou», *Reppal*, I, Túnez, INAA, pp. 189-196.

Amadasi-Guzzo, M. G. (1967), «Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in occidente», *Studi Semitici*, 28, Roma.

— (1990), *Iscrizioni fenicie e puniche in Italia*, Roma.

— (1990a), «Stato degli studi sulle iscrizioni latino-puniche della Tripolitania», *Africa Romana*, VII (Sassari, 15-17 de diciembre de 1989), Sassari, pp. 101-108.

— (1991), «''The Shadow Line''. Réflexions sur l'introduction de l'alphabet en Grèce», en *Phoinikeia Grammata*, Actas del coloquio de Lieja, 15-18 de diciembre de 1989, Namur, pp. 293-309.

Anziani, D. (1912), «Nécropoles puniques du Sahel tunisien», *Mélanges de l'École française de Rome*, 32, pp. 245-303.

Astruc, M. (1951), *La necrópolis de Villaricos*, Madrid.

— (1957), «Exotisme et localisme. Étude sur les coquilles d'oeufs d'autruche décorés d'Ibiza», en *Archivo de Prehistoria Levantina*, pp. 47-112.

— (1959), «Empreintes et reliefs carthaginois de terre cuite», *Mélanges de l'École française de Rome*, 71, pp. 107-134.

Aubet Semmler, M. E. (1974), cf. J. Ferron (1974).

— (1980), «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir», II, *Studia Archaeologica*, 63, Valladolid.

— (1982), «Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der Iberischen Halbinsel», en *Phoenizier im Westen*, H. G. Niemeyer, ed. (Madrider Beiträge, 8), Maguncia, pp. 309-335.

Baradez, J. (1959), «Nouvelles recherches sur les ports antiques de Carthage», *Karthago*, IX, pp. 47-78.

Barreca, F. (1983), «Le fortificazioni puniche sul Capo Bon. II. Ras ed-Drek», en *Prospezione archeologica al Capo Bon*, II, CNR, Roma, pp. 17-28.

— (1984), «Gli esertici annibalici», *Rivista di Storia dell'Antichità*, XIII-XIV, 1983-1984, pp. 43-68.

Bartoloni, P. (1976), *Le stele archaiche di Cartagine*, CNR, Roma.

— (1988), «Ships and Navigation», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 72-77.

Basch, L. (1987), *Le musée imaginaire de la marine antique*, Atenas.

Ben Abed, A. (1990), cf. D. Soren (1990).

Bénichou-Safar, H. (1981), «À propos des ossements humains du tophet de Carthage», *Rivista di Studi Fenici*, 9, pp. 5-9.

— (1982), *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, CNRS, París.

— (1988), «Sur l'incinération des enfants aux tophets de Carthage et de Sousse», *Revue de l'histoire des religions*, CCV, 1, pp. 57-68.

Benigni, G. (1975), «Il "segno di Tanit" in Oriente», *Rivista di Studi Fenici*, 3, pp. 17-18.

Ben Younès, H. (1981), *La présence punique au Sahel*, tesis doctoral, Universidad de Túnez.

— (1985), «Rapport sur la campagne de fouilles effectuée dans la grande nécropole punique de la région de Mahdia», *Reppal*, I, INAA, Túnez, pp. 23-61.

— (1986), «La nécropole punique d'El Hkayma, mars 1984», *Reppal*, II, INAA, Túnez, pp. 31-67.

— (1987), «Le vase de Smirat et la victoire sur la mort», *Reppal*, III, INAA, Túnez, pp. 17-32.

— (1988), «La nécropole punique d'El Hkayma, septembre 1985», *Reppal*, IV, INAA, Túnez, pp. 49-159.

Bérard, V. (1930), *La résurrection d'Homère*, París.

Berthier, A., y R. Charlier (1955), *Le sanctuaire punique d'El Hofra*, París.

Beschaouch, A. (1968), «Une stèle consacrée à Saturne le 8 novembre 323», *Bull. arch. du Comité*, pp. 253-268.

Beulé, Ch. É. (1861), *Fouilles à Carthage*, París.

Bisi, A. M. (1966), «Le influenze puniche sulla religione libica. La gorfa di Kef el-Blida», en *Studi e materiali di storia delle religioni*, vol. 37, pp. 85-112.

— (1967), *Le stele puniche* (*Studi Semitici*, 27), Roma, 1967.

— (1968), «I pettini d'avorio di Cartagine», *Africa*, III (1967-1968), pp. 11-51.

— (1970), *La ceramica punica. Aspetti e problemi*, Nápoles, 1970.

— (1979), «Les sources syropalestiniennes et chypriotes de l'art punique», *Antiquités africaines*, 14, pp. 17-35.

— (1980), «La diffusion du "smiting god" syro-palestinien dans le milieu phénicien d'Occident», *Karthago*, 19, pp. 5-15.

— (1982), «Simboli animati nella religione fenicio-punica», *Religioni e Civiltà*, n. s. 3, Bari.

— (1983), «Importazioni e imitazioni greco-geometriche nella piu antica ceramica fenicia d'occidente», en *Atti I Congr. Intern. di Studi Fenici e Punici*, Roma, pp. 693-715.

De La Blanchère, R. (1888), «Fouilles à Sousse», *Bull. arch. du Comité*, pp. 149-154.

Blázquez, J. M. (1975), *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en occidente*, Salamanca, 1975².

Bondi, S. F. (1988), «City Planning and Architecture», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 248-281.

Bonnet, C. (1986), «Le culte de Melqart à Carthage: un cas de conservatisme religieux», *Studia Phoenicia*, IV: *Religio Phoenicia*, Namur, pp. 209-222.
— (1988), *Melqart. Cultes et mythes de l'Héraklès tyrien en Méditerranée* (*Studia Phoenicia*, VIII), Namur-Lovaina, 1988.
— (1991), «Les scribes phénico-puniques», en *Phoenikeia Grammata*, Actas del coloquio de Lieja, 15-18 de noviembre de 1989, Namur, pp. 147-172.
Bordreuil, P. (1986), «Attestations inédites de Melqart, Baʿal Hammon et Baʿal Saphon à Tyr», *Studia Phoenicia*, IV: *Religio Phoenicia*, Namur, pp. 71-86.
Boucher, É. (1953), «Céramique archaïque d'importation au musée Lavigerie de Carthage», *Cahiers de Byrsa*, III, pp. 11-86.
Brahimi, D. (1976), *Voyageurs français au XVIIIe siècle en Barbarie*, Lille-París.
Briquel, D. (1991), «L'écriture étrusque d'après les inscriptions du VIIIe siècle avant J.C.», en *Phoinikeia Grammata*, Actas del coloquio de Lieja, 15-18 de noviembre de 1989, Namur-Lovaina, pp. 615-631.
Brisson, J. P. (1973), *Carthage ou Rome*, Fayard, París.
Brizzi, G. (1984), *Annibale: strategia e immagine*, Spoleto.
Camps, G. (1961), *Aux origines de la Berbérie. Monuments et rites funéraires protohistoriques*, AMG, París.
— (1973), «Nouvelles observations sur l'architecture et l'âge du Médracen, le mausolée royal de Numidie», *CRAI*, pp. 470-517.
— (1979), «Les Numides et la civilisation punique», *Antiquités africaines*, 14, pp. 43-53.
— (1986), «L'araire berbère», en *Actes du IIIe coll. intern. d'histoire et d'archéologie de l'Afrique du Nord*, Montpellier, 1-5 de abril de 1985, CTHS, París, pp. 177-180.
Caquot, A. (1981), «Rephaïm», artículo en el suplemento al *Dictionnaire de la Bible*, fasc. 55, París, col. 344-357.
Carter, T. H. (1965), «Western Phoenicians at Lepcis Magna», *American Journal of Archaeology*, LXIX, 2, pp. 123-132.
Carton, L. (1911), «Le port marchand et le mur de mer de la Carthage punique», *Revue archéologique*, 18, pp. 229-255.
— (1913), *Documents pour servir à l'étude des ports et de l'enceinte de la Carthage punique*, Leroux, París.
— (1929), *Sanctuaire punique découvert à Carthage*, Geuthner, París.
Casson, L. (1971), *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton.
Ciasca, A. (1988), «Masks and Protomes», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 354-369.
Cintas, P. (1946), *Les amulettes puniques*, Túnez.
— (1947), «Le sanctuaire punique de Sousse», *Revue africaine*, 410-411, pp. 1-80.
— (1948), «Un sanctuaire précarthaginois sur la grève de Salammbô», *Revue tunisienne*, 3.ª serie, 1, pp. 1-31.
— (1949), *Fouilles puniques à Tipasa*, Direct. des Ant. de l'Algérie, Argel.
— (1950), *Céramique punique*, Klincksieck, París.
— (1954), *Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc*, AMG, París.
— (1968), «Le signe de Tanit», *Archéologie vivante*, 1, 2 (1968-1969), pp. 4-10.
— (1970), *Manuel d'archéologie punique*, t. I, A. y J. Picard, París.
— (1976), *Manuel d'archéologie punique*, t. II, A. y J. Picard, París.
Cintas, P., y E. G. Gobert (1941), «Smirat», *Revue tunisienne*, 45-47, pp. 83-121.
Clerc, G., cf. J. Leclant.
Coarelli, F., e Y. Thébert (1988), «Architecture funéraire et pouvoir: réflexions sur l'hellénisme numide», *Mél. de l'Éc. fr. de Rome, Antiquité*, t. 100, 2, pp. 761-818.
Charlier, R. (1955), cf. A. Berthier (1955).

Chelbi, F. (1983), «Quelques aspects de la civilisation carthaginoise à l'époque hellénistique», *Cahiers des Études anciennes* (Quebec), XVI, pp. 79-87.
— (1984), «Découverte d'un habitat punique sur le flanc sud-est de la colline de Byrsa, en *Actes du Ier coll. intern. d'histoire et d'archéologie de l'Afrique du Nord*, Perpiñán, 14-18 de abril de 1981 (= *Bull. arch. du Comité*, n.s. 17 B), pp. 21-33.
D'Agostino, B. (1977), «Tombe principesche dell'orientalizzante antico da Pontecagnano», *Monumenti Antichi dell'Accademia dei Lincei*, 49, Misc., II, 1.
Davis, N. (1861), *Carthage and her Remains*, Londres.
Decret, F. (1977), *Carthage ou l'empire de la mer*, Seuil, París.
De Hoz, J. (1991), «The Phoenician Origin of the Early Hispanic Scripts», en *Phoinikeia Grammata*, Actas del coloquio de Lieja, *op. cit.*, pp. 669-678.
Delattre, A. L. (1921), «Tombeaux puniques de la colline de Junon», *CRAI*, pp. 96-99.
Demargne, P. (1951), «La céramique punique», *Revue archéologique*, pp. 44-52.
Desanges, J. (1967), «Rex Muxitanorum Hiarbas (Justin, XVIII, 6, 1)», *Philologus*, 111, pp. 304-308.
— (1978), *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, col. École française de Rome, 38, Roma.
— (1978a), «L'Afrique romaine et libyco-berbère», en *Rome et la conquête du monde méditerranéen. 2 - Genèse d'un empire* (bajo la dir. de C. Nicolet), PUF, París, col. «Nouvelle Clio», pp. 627-656.
—, ed. (1980), Plinio el Viejo, *Histoire naturelle*, V, 1-46, col. des Univ. de France, París.
— (1990), «La localisation du "Beau Promontoire" de Polybe», *Karthago*, XXII (1988-1989), pp. 19-31.
De Smet, J. J. (1913), «Fouilles de sépultures puniques à Lemta (Leptis Minor)», *Bull. arch. du Comité*, pp. 327-342.
Di Vita, A. (1969), «Le date di fondazione di Leptis e di Sabratha», en *Hommages à Marcel Renard*, t. III (col. Latomus, 103), Bruselas, pp. 196-202.
— (1976), «Il mausoleo punico-ellenistico B di Sabratha», *MDAI, Röm. Abt.*, 83, pp. 273-286.
Di Vita-Évrard, G. (1986), «La Fossa Regia et les diocèses d'Afrique Proconsulaire», *Africa Romana*, 3, Sassari, pp. 34-58.
Dubuisson, M. (1989), «Delenda est Carthago. Remise en question d'un stéréotype», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, Lovaina, pp. 279-287.
Dupont-Sommer, A. (1968), «Une nouvelle inscription punique de Carthage», *CRAI*, pp. 116-133.
Eisfeldt, O. (1935), *Molk als Opferbegriff im Punischen und Hebraïschen und das Ende des Gottes Moloch*, Halle, 1935.
Ellis, S. (1987), «Excavations at Carthage, 1986», *CEDAC*, Cartago, 8, junio de 1987, p. 12.
Falbe, C. T. (1833), *Recherches sur l'emplacement de Carthage*, París.
Falsone, G. (1987), «La statue de Motyè. Aurige ou prêtre de Melqart?», *Stemmata. Mélanges offerts à J. Labarbe*, Lieja-Lovaina la Nueva, pp. 420-427.
Fantar, M. H., (1970), *Eschatologie phénicienne-punique*, INAA, Túnez.
— (1978), «La cité punique de Thapsus», en *Actes du IIe congrès int. sur l'étude des cultures de la Méditerranée occidentale*, Argel, pp. 59-70.
— (1984), *Kerkouane, cité punique du cap Bon (Tunisie)*, t. I, INAA, Túnez.
— (1984a), «A Gammarth avant la conquête romaine», en *Actes du IIe coll. intern. sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord*, Grenoble, 5-9 de abril de 1983 (= *Bull. arch. du Comité*, n.s. 17 B), 1985, pp. 3-18.
— (1986), *Kerkouane, cité punique du cap Bon (Tunisie)*, t. III, INAA, Túnez.

— (1989), «Regulus en Afrique», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, Lovaina, pp. 75-84.
— (1990), «Ba'al Hammon», *Reppal*, V, INAA, Túnez, pp. 67-105.
— (1990a), «Survivances de la civilisation punique en Afrique du Nord», *Africa Romana*, VII, Sassari, pp. 53-70.
Fedele, F., y G. Foster (1988), «Tharros: ovicaprini sacrificiali e rituale del Tofet», *Rivista di Studi Fenici*, 16, 1, pp. 29-42.
Ferchiou, N. (1987), «Deux témoignages de l'architecture religieuse de la Carthage hellénistique», *Rivista di Studi Fenici*, 15, pp. 15-35.
— (1990), «Habitats fortifiés préimpériaux en Tunisie antique», *Antiquités africaines*, 26, pp. 43-86.
Ferjaoui, A. (1990), «Dédicace d'un sanctuaire à Astart», en *Hommages à M. Sznycer*, t. I (= *Semitica*, XXXVIII), pp. 113-119.
Fernandez, D. (1988), *Le radeau de la Gorgone. Promenades en Sicile*, Grasset, París.
Ferron, J. (1958), «Le médaillon de Carthage», *Cahiers de Byrsa*, VIII, pp. 45-56.
— (1968), «Le mythe solaire de la résurrection des âmes», *Archéologia*, 20, enero-febrero de 1968, pp. 52-55.
— (1969), «Les statuettes au tympanon dans les hypogées puniques», *Antiquités africaines*, 3, pp. 11-33.
Ferron, J., y M. E. Aubet (1974), *Les orants de Carthage*, París.
Février, J. G. (1960), «Essai de reconstitution du sacrifice molek», *Journal asiatique*, pp. 167-187.
Février, P. A. (1967), «Origines de l'habitat urbain en Maurétaine Césarienne», *Journal des Savants*, pp. 107-123.
— (1980), «Les rites funéraires de la nécropole orientale de Sétif», *Antiquités africaines*, 15, pp. 91-124.
— (1989), *Approches du Maghreb romain*, t. I, Édisud, Aix-en-Provence.
Flobert, P. (1991), «L'apport des inscriptions archaïques à notre connaissance du latin prélittéraire», *Latomus*, 50, 3, pp. 521-543.
Foster, G. (1988), cf. F. Fedele (1988).
Foucher, L. (1960), «César en Afrique. Autour d'Aggar», *Cahiers de Tunisie*, 31, pp. 11-17.
Frost, H. (1989), «The Prefabricated Punic War Ship», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, Lovaina, pp. 127-135.
Gandolphe, P. (1950), «Saint-Louis de Carthage», *Cahiers de Byrsa*, I, pp. 269-306.
Garbini, G. (1981), «Continuità ed innovazioni nella religione fenicia», *Atti del colloquio in Roma: la religione fenicia* (= *Studi Semitici*, 53), Roma, pp. 34-36.
Gauckler, P. (1915), *Nécropoles puniques de Carthage*, 2.ª parte, París.
Gharbi, M. (1990), «Les fortifications préromaines de Tunisie: le cas de Kelibia», *Africa Romana*, VII, Sassari, pp. 187-198.
Gobert, E. G. (1941), cf. P. Cintas (1941).
Gómez Bellard, C. (1990), *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Ministerio de Cultura, Madrid.
Gran Aymerich, J. M. J. (1979), «Prospections archéologiques au Sahara atlantique (Río de Oro et Seguiet el Hamra)», *Antiquités africaines*, 13, pp. 7-21.
Gras, M. (1985), *Trafics tyrrhéniens archaïques* (Bibl. École fr. d'Athènes et de Rome, 258), Roma.
— (1989) (en col. con P. Rouillard y J. Teixidor), *L'univers phénicien*, Arthaud, París.
Grimal, P. (1969), *Les jardins romains*, PUF, París, 2.ª ed.
Gros, P. (1990), «Le premier urbanisme de la colonia Julia Carthago. Mythes et réalités d'une fondation césaro-augustéenne», *L'Afrique dans l'occident romain (Ier siècle av. J.-C.-IVe siècle apr. J.-C.)*, col. Éc. fr. de Rome, 134, Roma, pp. 547-573.

Gsell, St. (1921-1928), *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* (abreviado *HAAN*), t. I, París, 1921[3]; t. II y III, París, 1921[2]; t. IV, París, 1924[2]; t. VIII, París, 1928.
Guerrero, V. M. (1989), «Las ánforas Cintas 282/283 y el comercio de vino fenicio en occidente», *Saguntum*, 22, pp. 147-164.
— (1989a), «L'épave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de commerce punique du IIIe siècle avant J.C.», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, Lovaina, pp. 115-124.
Guéry, P. (1980), cf. P. A. Février (1980).
Halff, G. (1965), «L'onomastique punique de Carthage; répertoire et commentaire», *Karthago*, XII, pp. 61-145.
Hansen, P. H. (1983), *Carmina epigraphica graeca saeculorum VIII-V. A. Chr.*, Berlín.
Harden, D. (1927), «Punic Urns from the Precinct of Tanit at Carthage», *American Journal of Archaeology*, XXXI, pp. 297-310.
— (1937), «The Pottery from the Precinct of Tanit at Salammbô, Carthage», *Iraq*, IV, pp. 59-89.
— (1962), *The Phoenicians*, Londres, 1971[2].
Heurgon, J. (1965), «Les inscriptions de Pyrgi et l'alliance étrusco-punique autour de 500 avant J.C.», *CRAI*, pp. 89-104.
— (1969), *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, PUF, col. «Nouvelle Clio», 7, París.
— (1976), «L'agronome carthaginois Magon et ses traducteurs en grec et en latin», *CRAI*, pp. 441-456.
Hurst, H. (1979), «Excavations at Carthage, 1977-1978: Fourth Interim Report», *The Antiquaries Journal*, vol. LIX, 1, pp. 19-49.
— (1985), «Fouilles britanniques au port circulaire et quelques idées sur le développement de la Carthage romaine», *Cahiers des Études anciennes* (Quebec), XVII, pp. 143-156.
Hurst, H., y L. Stager (1978), «A Metropolitan Landscape: the Late Punic Port of Carthage», *World Archaeology*, 9, pp. 333-342.
Huss, W. (1985), *Geschichte der Karthager* (*Handbuch der Altertumwissenschaft*, III, 8), Munich.
— (1986), «Hannibal und die Religion», *Studia Phoenicia*, IV: *Religio Phoenicia*, Namur, pp. 223-238.
Hvidberg-Hansen, F. O. (1979), *La déesse TNT. Une étude sur la religion cananéo-punique*, Copenhague.
Icard, F. (1923), «Découverte de l'area du sanctuaire de Tanit», *Revue tunisienne*, pp. 1-11.
— (1923a), cf. E. Vassel.
Jodin, A. (1966), *Mogador, comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Tánger.
— (1967), *Les établissements du roi Juba II aux îles Purpuraires (Mogador)*, Tánger.
Karageorghis, V. (1973), *Excavations in the Necropolis of Salamis*, III, Chipre.
Kelsey, F. (1926), *A Preliminary Report on the Excavations at Carthage, 1925*, supl. a *American Journal of Archaeology*, Macmillan, Nueva York.
Koch, M. (1984), *Tarshish und Hispanien*, Berlín.
Kontorini, V. (1975), «Le roi Hiempsal II de Numidie et Rhodes», *Antiquité classique*, 44, pp. 89-99.
Krings, V. (1990), «Les libri Punici de Salluste», *Africa Romana*, VII, Sassari, pp. 109-117.
— (1991), «Les lettres grecques à Carthage», en *Phoinikeia Grammata*, Actas del coloquio de Lieja, *op. cit.*, pp. 649-668.
Lancel, S. (1968), «Tipasitana III: la nécropole préromaine occidentale de Tipasa», *Bulletin d'archéologie algérienne*, III, pp. 85-166.

— ed. (1979), *Byrsa I. Mission archéologique française à Carthage. Rapport préliminaire des fouilles, 1974-1976*, col. École française de Rome, 41, Roma.
— (1980), «La céramique phénico-punique de la nécropole archaïque de Byrsa: quelques remarques préliminaires», *Actes du colloque sur la céramique antique*, Cartago, 23-24 de junio de 1980, *CEDAC*, Cartago, dossier I, pp. 1-7.
— (1981), «Fouilles françaises à Carthage. La colline de Byrsa et l'occupation punique. Bilan de sept années de fouilles», *CRAI*, pp. 156-193.
—, ed. (1982), *Byrsa II. Mission archéologique française à Carthage. Rapports préliminaires des fouilles 1977-1978 (niveaux et vestiges puniques)*, col. Éc. fr. de Rome, 41, Roma.
— (1982a), «Tipasa de Maurétanie. Histoire et archéologie. I. État des questions des origines préromaines à la fin du IIIᵉ siècle», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 10, 2, Berlín-Nueva York, pp. 739-786.
— (1982b), «La fin et la survie de la latinité en Afrique du Nord», *Revue des Études latines*, 59, 1981 (1982), pp. 269-297.
— (1983), *La colline de Byrsa à l'époque punique*, Éd. Recherches sur les Civilisations, París.
— (1983a), «Ivoires phénico-puniques de la nécropole archaïque de Byrsa, à Carthage», en *Atti I Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, Roma, pp. 687-692.
— (1984), «Remarques sur la topographie urbaine de la Carthage punique», en *Actes du Iᵉʳ coll. int. sur l'histoire et l'archéologie de l'Afrique du Nord* (= *Bull. arch. du Comité*, n.s. 17 B), pp. 35-53.
— (1985), «La renaissance de la Carthage punique. Réflexions sur quelques enseignements de la campagne internationale patronée par l'Unesco», *CRAI*, pp. 727-751.
— (1988), «Les fouilles de la mission archéologique française à Carthage et le problème de Byrsa», *Studia Phoenicia*, VI: *Carthago*, Lovaina, 1988, pp. 61-89.
— (1989), «L'enceinte périurbaine de Carthage lors de la troisième guerre punique: réalités et hypothèses», *Studia Phoenicia*, X: *Punic Wars*, Lovaina, pp. 251-278.
— (1990), «Problèmes d'urbanisme de la Carthage punique à la lumière des fouilles anciennes et récentes», *Carthage et son territoire dans l'Antiquité*, Actas del IV col. int. (Estrasburgo, 1988), CTHS, París, pp. 9-30.
Lantier, R. (1923), cf. L. Poinssot (1923).
Lapeyre, G. G. (1935), «Fouilles récentes à Carthage», *CRAI*, pp. 81-87.
— (1939), «Fouilles du musée Lavigerie à Carthage», *CRAI*, pp. 294-300.
Leclant, J. (1968), «Les talismans égyptiens dans les nécropoles», *Archéologie vivante*, 1, 2, diciembre de 1968, pp. 95-113.
— (1980), «À propos des étuis porte-amulettes égyptiens et puniques», en *Oriental Studies presented to B. S. J. Isserlin*, Leyden, 1980, pp. 102-107.
Leclant, J., y G. Clerc (1986), «Nuntii. III. Découvertes d'objets égyptiens et égyptisants hors d'Égypte», *Orientalia*, 55, 3, pp. 318-319.
— (1987), «Nuntii. III. Découvertes d'objets égyptiens et égyptisants hors d'Égypte», *Orientalia*, 56, 3, pp. 388-389.
Le Glay, M. (1966), *Saturne africain, histoire*, París.
— (1985), «Les premiers temps de la Carthage romaine», en *Hist. et arch. de l'Afrique du Nord*, II.ª col. int. (Grenoble, 5-9 de abril de 1983), CTHS, París, pp. 235-247.
— (1988), «Nouveaux documents, nouveaux points de vue sur Saturne africain», en *Studia Phoenicia*, VI: *Carthago*, Lovaina, pp. 187-237.
Lemaire, A. (1984), «La stèle araméenne de Barhadad», *Orientalia*, 53, pp. 337-349.
Lepelley, C. (1980), «Iuvenes et circoncellions: les derniers sacrifices humains de l'Afrique antique», *Antiquités africaines*, 15, pp. 261-271.

Leveau, P. (1984), *Caesarea de Maurétanie, une ville romaine et ses campagnes*, col. Éc. fr. de Rome, 70, Roma.
Levi Della Vida, G. (1963), «Sulle iscrizioni "latino-libique" della Tripolitania», *Oriens Antiquus*, II, pp. 65-95.
— (1971), «Magistrature romana e indigene nelle iscrizioni puniche Tripolitane», en *Studi in onore di Edoardo Volterra*, VI, Milán, pp. 457-469.
Lézine, A. (1959), «Résistance à l'hellénisme de l'architecture religieuse de Carthage», *Cahiers de Tunisie*, 26-27, pp. 247-261.
— (1960), *Architecture punique. Recueil de documents*, PUF, París.
— (1968), *Carthage, Utique. Études d'architecture et d'urbanisme*, París.
Lipinski, É. (1987), «Les racines syrophéniciennes de la religion carthaginoise», *CEDAC*, Cartago, 8, pp. 28-44.
Little, J. (1975), cf. R. A. Yorke (1975).
Longerstay, M. (1990), «Les peintures rupestres des haouanet de Khroumirie: aspects techniques et répertoire iconographique», *Revue archéologique de Picardie*, 1-2, pp. 119-131.
— (1990a), «Représentations de navires archaïques en Tunisie du Nord. Contribution à la chronologie des haouanet», *Karthago*, XXII, pp. 33-44.
Lonis, R. (1978), «Les conditions de la navigation sur la côte atlantique de l'Afrique dans l'Antiquité: le problème du retour», en *Afrique noire et monde méditerranéen*, Dakar-Abidjan, pp. 147-170.
Marichal, R. (1979), «Les ostraka de Bu Njem», *CRAI*, pp. 436-437.
Martin, R. (1971), *Recherches sur les agronomes latins et sur leurs conceptions économiques et sociales*, París.
Masson, É. (1967), *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grec*, París.
Mauny, R. (1960), *Les navigations médiévales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise (1434)*, Lisboa.
Maurin, L. (1962), «Himilcon le Magonide. Crises et mutations à Carthage au débout du IV[e] siècle avant J.C.», *Semitica*, XII, pp. 5-43.
Mazard, J. (1955), *Corpus nummorum Numidiae Mauretaniaeque*, AMG, París.
M'Charek, A. (1988), «Maghrâwa, lieu de provenance des stèles punico-numides dites de la Ghorfa», *Mél. Éc. fr. de Rome, Antiquité*, t. 100, 2, pp. 731-761.
Meijer, F. J. (1984), «Cato's African Figs», *Mnémosyne*, XXXVII, pp. 117-124.
Merlin, A. (1918), «Tombeaux de la colline dite "de Junon"», *Bull. arch. du Comité*, pp. 288-312.
Monod, T. (1973), «Les monnaies nord-africaines anciennes de Corvo (Açores)», *Bull. Inst. fond. Afrique noire*, XXXV, serie B, pp. 231-234.
— (1979), «À propos de l'île Herné (baie de Dakhla, Sahara occidental)», *Bull. Inst. fond. Afrique noire*, XLI, serie B, pp. 15-20.
Morel, J. P. (1969), «Kerkouane, ville punique du cap Bon: remarques archéologiques et historiques», *Mél. de l'Éc. fr. de Rome*, LXXXI, pp. 473-518.
— (1975), «L'expansion phocéenne en Occident», *Bull de Corresp. hellénique*, XCIX, pp. 853-896.
— (1980), «Les vases à vernis noir et à figures rouges d'Afrique avant la deuxième guerre punique et le problème des importations de Grande-Grèce», *Antiquités africaines*, 15, pp. 29-90.
— (1982), «La céramique à vernis noir de Carthage-Byrsa: nouvelles données et éléments de comparaison», en *Actes du colloque sur la céramique antique*, Cartago, *CEDAC*, dosier I, pp. 43-61.
— (1982a), «Le secteur B (1978)», en *Byrsa II*, col. Éc. fr. de Rome, 41, Roma, pp. 181-213.

— (1983), «Les importations de céramiques grecques et italiennes dans le monde punique (V^{e}-I^{er} siècle), en *Atti I Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Roma, pp. 731-740.
— (1990), «À propos des vases plastiques à vernis noir de Carthage», comunicación, *Bull. arch. du Comité*, n.s. 22-23, en prensa.
Mosca, P. (1975), *Child Sacrifice in Cannaanite and Israelite Religion: a Study in Mulk and MLK*, tesis doctoral, Harvard.
Moscati, S. (1966), *Il mondo dei Fenici*, il Saggiatore, Milán.
— (1972), «L'origine del "segno di Tanit"», *Rendiconti dell'Accad. dei Lincei*, pp. 371-374.
— (1981), «Un bilancio per TNT», *Oriens Antiquus*, XX, pp. 107-117.
— (1987), «Il sacrificio punico dei fanciulli: realtà o invenzione?», *Rendiconti dell'Accad. dei Lincei*, pp. 3-15.
— (1988), «Sarcophagi et Stelae», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 292-299 y 304-327.
—, *et al.* (1972a), *I Fenici e Cartagine*, UTET, Turín.
Nicolet, C., ed. (1978), «Les guerres puniques», en *Rome et la conquête du monde méditerranéen. 2 - Genèse d'un empire*, PUF, París, col. «Nouvelle Clio», pp. 594-626.
Niemeyer, H. G., ed. (1982), *Phönizier im Westen. Die Beiträge des int. Symposium über «Die phönizische Expansion im Westlichen Mittelmeerraum»*, Colonia, 24-27 de abril de 1979 (Madrider Beiträge, 8), Maguncia.
— (1984), «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch des römisch-germanischen Zentral-museums*, 31, pp. 3-94.
— (1990), «À la recherche de la Carthage archaïque: premiers résultats des fouilles de l'université de Hambourg en 1986 et 1987», en *Carthage et son territoire dans l'Antiquité*, IV.ª col. int., Estrasburgo, 1988, CTHS, París, 1990, pp. 45-52.
Pallary, P. (1922), «Note sur les débris osseux trouvés dans le sanctuaire de Tanit à Salammbô, près Carthage», *Bull. arch. du Comité*, pp. 223-226.
Paskoff, R. (1985), (en col. con H. Hurst y F. Rakob), «Position du niveau de la mer et déplacement de la ligne du rivage à Carthage (Tunisie) dans l'Antiquité», *Comptes rendus de l'Acad. des sciences de Paris*, serie II, 13, pp. 613-617.
Pellicer Catalán, M. (1962), «Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)», *Excavaciones arqueológicas en España*, 17, Madrid.
Picard, C. (1967), «Sacra Punica», *Karthago*, 13, pp. 3-115.
— (1967a), «Thèmes hellénistiques sur les stèles de Carthage», *Antiquités africaines*, 1, pp. 9-30.
— (1968), «Genèse et évolution des signes de la bouteille et de Tanit à Carthage», *Studi Magrebini*, II, pp. 77-87.
— (1976), «Les représentations du sacrifice molk sur les ex-voto de Carthage», *Karthago*, XVII, 1973-1974 (1976), pp. 67-138.
— (1978), «Les représentations du sacrifice molk sur les ex-voto de Carthage (suite et fin)», *Karthago*, XVIII, 1975-1976 (1978), pp. 5-116.
— (1979), «Les représentations du cycle dionysiaque à Carthage dans l'art punique», *Antiquités africaines*, 14, pp. 83-113.
— (1982), «Les navigations de Carthage vers l'ouest. Carthage et le pays de Tharsis aux VIII^{e}-VI^{e} siècles», en H. G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Maguncia, pp. 167-173.
— (1982a), «Les sacrifices d'enfants à Carthage», *Archéologia*, 69, diciembre de 1982, pp. 18-27.

— (1990), «Les sacrifices molk chez les Puniques: certitudes et hypothèses», en *Hommages à M. Sznycer*, t. II (= *Semitica*, XXXIX), pp. 77-88.
Picard, G. (1945), «Le sanctuaire dit de Tanit à Carthage», *CRAI*, pp. 443-452.
Picard, G. Ch. (1954), *Les religions de l'Afrique antique*, París.
— (1957), *Civitas Mactaritana* (*Karthago*, VIII).
— (1966), «L'administration territoriale de Carthage», en *Mélanges offerts à André Piganiol*, t. III, París, pp. 1.257-1.265.
— (1967), *Hannibal*, Hachette, París.
— (1974), «Une survivance du droit punique en Afrique romaine: les cités suffétales», en *I diritti locali nelle provinze romane* (Accad. Naz. dei Lincei, cuad. 194), Roma, pp. 125-133.
— (1983), «Est-il possible d'écrire une histoire de Carthage?», en *Atti I Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, Roma, 5-10 de noviembre de 1979, CNR, Roma, pp. 279-283.
— (1984), «La recherche archéologique en Tunisie des origines à l'indépendance», *Cahiers des Études anciennes* (Quebec), XVI, pp. 11-20.
— (1990), «Ba'al Hammon et Saturne dans l'Afrique romaine», en *Hommages à M. Sznycer*, t. II (= *Semitica*, XXXIX), pp. 89-97.
— (1991), «Mythe et histoire aux débuts de Carthage», en *Atti II Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, vol. I, CNR, Roma, pp. 385-392.
Picard, G. Ch., y C. Picard (1970), *Vie et mort de Carthage*, Hachette, París.
— (1982), *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal (IIIᵉ siècle avant J. C.)*, 2.ª ed., Hachette, París.
Pisano, G. (1988), «Jewellery», en *The Phoenicians*, Bompiani, Milán, pp. 370-393.
Poinssot, C. (1958), *Les ruines de Dougga*, INAA, Túnez.
Poinssot, L., y R. Lantier (1923), «Un sanctuaire de Tanit à Carthage», *Revue de l'histoire des religions*, pp. 31-68.
Ponsich, M. (1967), *Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger (Études et travaux d'arch. marocaine*, III), Tánger.
— (1982), «Lixus; informations archéologiques», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 10, 2, Berlín-Nueva York, pp. 817-849.
— (1982a), «Territoires utiles du Maroc punique», en H. G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Maguncia, pp. 429-444.
Pritchard, J. B. (1978), *Recovering Sarepta, a Phoenician City*, Princeton.
Quillard, B. (1971), «Les étuis porte-amulettes carthaginois», *Karthago*, XVI, 1971-1972, pp. 5-32.
— (1979), *Bijoux carthaginois. I - Les colliers*, Lovaina la Nueva.
Rakob, F. (1979), «Numidische Königsarchitektur in Nordafrika», en *Die Numider*, Bonn, pp. 119-171.
— (1984), «Deutsche Ausgrabungen in Karthago. Die punischen Befunde», *MDAI, Röm. Abt.*, 91, pp. 1-22.
— (1987), «Zur Siedlungstopographie des punischen Karthagos», *MDAI, Röm. Abt.*, 94, pp. 333-349.
— (1989), «Karthago. Die Frühe Siedlung», *MDAI, Röm. Abt.*, 96, pp. 156-208.
— (1990), «La Carthage archaïque», *Carthage et son territoire dans l'Antiquité*, IVᵉ col. int., Estrasburgo, 1988, CTHS, París, 1990, pp. 31-43.
Ramón, J. (1981), *La producción anfórica púnico-ebusitana*, Ibiza.
Rebuffat, R. (1976), «D'un portulan grec du XVIᵉ siècle au *Périple d'Hannon*», *Karthago*, XVII, 1973-1974 (1976), pp. 139-151.
— (1988), «Les nomades de Lixus», *Bull. arch. du Comité*, n.s. 18 B, 1982 (1988), pp. 77-85.

— (1988a), «Voyage du Carthaginois Hannon de Lixos à Cerné», *Bull. arch. du Comité*, n.s. 18 B, 1982 (1988), pp. 198-200.
Ribichini, S. (1985), «Temple et sacerdoce dans l'économie de Carthage», en *Histoire et archéologie de l'Afrique du Nord*, II.ª col. int., Grenoble, 5-9 de abril de 1983, CTHS, París, pp. 29-37.
— (1987), *Il tofet e il sacrificio dei fanciulli* (col. Sardo, 2), Sassari.
Richard, J. (1961), *Étude médico-légale des urnes sacrificielles puniques et de leur contenu*, tesis doctoral en Medicina, Lille.
Rougé, J. (1975), *La marine dans l'Antiquité*, París.
Rouillard, P. (1989), (en col. con M. Gras y J. Teixidor), *L'univers phénicien*, Arthaud, París.
Ruiz-Mata, D. (1985), «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)», *Aula Orientalis*, III, pp. 241-263.
Saumagne, Ch. (1923), «Notes sur les découvertes de Salammbô. 1: sur les sacrifices humains; 2: sur les monuments», *Revue tunisienne*, pp. 3-23.
— (1928), «Vestiges de la colonie de C. Gracchus à Carthage», *Bull. arch. du Comité*, 1928-1929, pp. 648-664.
— (1931), «Notes de topographie carthaginoise. II. Sondages aux abords des anciens ports», *Bull. arch. du Comité*, 1930-1931, pp. 654-659.
— (1960), «Le "lungomare" de la Carthage romaine», *Karthago*, X, 1959-1960, pp. 157-170.
Scheid, J., y J. Svenbro (1985), «Byrsa. La ruse d'Elissa et la fondation de Carthage», *Annales É. S. C.*, pp. 328-342.
Schubart, H. (1982), «Phönizische Niederlassungen an der iberischen Südküste», en H. G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Maguncia, pp. 205-234.
Seefried-Brouillet, M. (1982), *Les pendentifs en verre sur noyau des pays de la Méditerranée antique*, Roma.
Simonetti, A. (1982), «Sacrifici umani e uccisioni rituali nel mondo fenicio-punico. Il contributo delle fonti letterarie», *Rivista di Studi Fenici*, 11, pp. 91-111.
Slim, H. (1990), cf. D. Soren (1990).
Soren, D., A. Ben Abed y H. Slim (1990), *Carthage. Uncovering the Mysteries and Splendors of Ancient Tunisia*, Simon and Schuster, Nueva York.
Speranza, F. (1974), *Scriptorum Romanorum de re rustica reliquiae. I. Ab antiquissimis temporibus ad aetatem Varronianam, accedunt Magonis de agri cultura fragmenta*, Mesina, pp. 75-119.
Stager, L. (1978), «The Punic Project», en *The Oriental Institute*, informe anual, Universidad de Chicago, 1977-1978, pp. 19-37.
— (1978a), cf. H. Hurst (1978).
— (1979), «Archaeological News», *CEDAC*, Cartago, 2, junio de 1979, pp. 31-32.
— (1980), «The Rite of Child Sacrifice at Carthage», en *New Light on Ancient Carthage*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 1-11.
— (1982), «Carthage: a View of the Tophet», en H. G. Niemeyer, ed. *Phönizier im Westen*, Maguncia, pp. 155-163.
Stager, L., y S. Wolff (1984), «Child Sacrifice at Carthage: Religious Rite or Population Control?», *Biblical Archaeology Review*, enero-febrero de 1984, pp. 31-51.
Sznycer, M. (1967), *Les passages puniques en transcription latine dans le «Poenulus» de Plaute*, Klincksieck, París.
— (1968), «La littérature punique», en *Archéologie vivante*, 1, 2, diciembre de 1968, pp. 141-148.
— (1978), «Carthage et la civilisation punique», en *Rome et la conquête du monde mé-*

diterranéen. 2. Genèse d'un empire (bajo la dir. de C. Nicolet), PUF, col. «Nouvelle Clio», 8 bis, París, pp. 545-593.
— (1986), «Le problème de la "Mégara" de Carthage», en *Histoire et archéologie de l'Afrique du Nord*, III.ª col. int., Montpellier, 1-5 de abril de 1985, CTHS, París, pp. 123-135.
Teixidor, J. (1989), (en col. con M. Gras y P. Rouillard), *L'univers phénicien*, Arthaud, París.
Thébert, Y. (1988), cf. F. Coarelli (1988).
Thuillier, J. P. (1982), «Timbres amphoriques puniques écrits en lettres grecques», en *Colloque sur la céramique antique*, Cartago, 23-24 de junio de 1980, *CEDAC*, Cartago, dossier I, pp. 15-20.
— (1985), «Nouvelles découvertes de bucchero à Carthage», en *Il commercio etrusco arcaico*, Actas del encuentro de Roma, 5-7 de diciembre de 1983, Roma, pp. 55-63.
Tlatli, S. E. (1978), *La Carthage punique*, Maisonneuve, París, Cérès Productions, Túnez.
Tusa, V. (1972), «Lo scavo del 1970», en *Mozia-VII*, CNR, Roma, pp. 7-81.
— (1978), «La necropoli arcaica e adiacenze», en *Mozia-IX*, CNR, Roma, pp. 7-65.
— (1986), «Il giovane di Mozia», *Rivista di Studi Fenici*, 14, pp. 143-152.
Vallet, G. (1958), *Rhegion et Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du détroit de Messine*, París.
Van Berchem, D. (1967), «Sanctuaires d'Hercule-Melqart. Contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerrannée», *Syria*, 44, pp. 73-109 y 307-338.
— (1991), «Commerce et écriture. L'exemple de Délos à l'époque hellénistique», *Museum Helveticum*, 48, pp. 129-145.
Vassel, E. (1923), «Les enseignements du sanctuaire punique de Carthage», *Ann. de l'Acad. des sciences coloniales*, pp. 3-51.
Vassel, E., y F. Icard (1923a), «Les inscriptions votives du temple de Tanit à Carthage», *Revue tunisienne*, pp. 3-20.
Vattioni, F. (1976), «Glosse puniche», *Augustinianum*, XVI, 3, pp. 505-555.
Vegas, M. (1989), «Archaische und mittelpunische Keramik aus Karthago, Grabungen 1987-1988», *MDAI, Röm, Abt.*, 96, pp. 209-259.
Vercoutter, J. (1945), *Les objets égyptiens et égyptisants du mobilier funéraire carthaginois*, Geuthner, París.
Villard, F. (1959), «Vases attiques du Vᵉ siècle avant J.C. à Gouraya», *Libyca*, VII, pp. 1-12.
Villaronga, L. (1973), *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona.
Vuillemot, G. (1965), *Reconnaissances aux échelles puniques d'Oranie*, Museo Rolin, Autun.
Warmington, B. H. (1961), *Histoire et civilisation de Carthage*, Payot, París.
Weil, R. (1961), *Aristote et l'histoire*, París.
Wolff, S. (1984), cf. L. Stager (1984).
Xella, P. (1985), «Quelques aspects du rapport économie-religion d'après les tarifs sacrificiels puniques», en *Histoire et archéologie de l'Afrique du Nord*, II.ª col. int., Grenoble, 5-9 de abril de 1983, CTHS, París, pp. 39-45.
— (1991), *Ba'al Hammon. Recherches sur l'identité et l'histoire d'un dieu phénico-punique*, CNR, Roma.
Yorke, R. A., y J. Little (1975), «Offshore Survey at Carthage (Tunisia)», *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 5, 1, pp. 94-98.

ÍNDICE ALFABÉTICO*

* Los números en cursiva hacen referencia a las ilustraciones.

ÍNDICE DE FIGURAS

ÍNDICE